

The book cover features a central illustration of a woman with long, wavy blonde hair, wearing a red tunic and a braided headband. She is holding a sword aloft with both hands. Her arms are covered in intricate, swirling tattoos. The background is a landscape with blue mountains and a yellowish sky. On the left side, there is a vertical decorative border with a complex, interlocking knotwork pattern in shades of green and gold, featuring dragon-like motifs at the top and bottom.

ALICE BORCHARDT

LA REINA
DRAGÓN

Lectulandia

Arturo se dio la vuelta y vino resueltamente hacia nosotros. Estaba espléndido, y nunca olvidaré que en ese momento comencé a amarlo. Y ya nunca dejé de hacerlo. Nunca nadie me ha provocado tanta pena, dolor y alegría como él. Ni siquiera por mis hijos he sentido el amor que le profeso todavía ahora. Y creo que aunque hubiera sabido lo que nos deparaba el futuro (preocupaciones, tormentos, batallas y penas), aun así le habría entregado mi corazón tal como hice entonces.

Nacida en un entorno en el que los enfrentamientos son constantes y las armas están siempre presentes en la vida de hombres y mujeres, Guinevere, hija de una poderosa reina pagana, es una amenaza para su gente y una preciada presa para el temible mago Merlín.

Enviada a un lugar secreto, crece bajo la protección de un hombre-lobo y de un druida de agrio carácter. Pero ni siquiera en las remotas costas de Escocia, donde los dragones velan por ella, está a salvo del todopoderoso mago. Merlín conoce el destino de la bella joven y no se detendrá ante nada para evitar el cumplimiento de la profecía, puesto que si Guinevere y Arturo llegan a reinar, llevarán la paz al país que convertirá a Merlín, hambriento de poder, en un personaje secundario.

Lectulandia

Alice Borchardt

La Reina Dragón

La leyenda de Guinevere-1

ePub r1.0

fenikz 30.09.15

Título original: *The Dragon Queen*
Alice Borchardt, 2001
Traducción: Rocío Monasterio
Ilustraciones: Scott McKowen
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PRÓLOGO

Es extraño que yo acabe escribiendo un libro, y precisamente ahora que ya no creo en ellos. De joven me encantaban: los fajos de papel en cajas de cobre, los pergaminos empastados en los que había que pasar las hojas de una en una. Me descubrieron el mundo.

O eso era lo que yo creía.

En eso nos ha convertido la iglesia cristiana: En ratas de biblioteca. Ahora pienso que quizá no sea ninguna ventaja.

Antes de que Patricio llegara a Irlanda, éramos gentes del viento, de la tormenta, de las crecidas de los ríos en primavera. Contábamos el paso de las estaciones y los movimientos del sol según los cambios del cielo. Resistíamos las hambrunas en primavera y festejábamos la abundancia que el otoño nos ofrecía. De día vivíamos bajo el sol, cuando éste lucía; y bajo la oscura lluvia y las tenues neblinas si no lo hacía. Nos cantábamos melodías que alcanzaban los cielos alzadas por el sol, la luna y las estrellas, y observábamos los astros cuando salían y lucían sobre los sepulcros para llevarse con ellos las almas de los muertos. Buscábamos la verdad, la tolerancia, el amor y la belleza en el rostro de nuestros semejantes, en sus manos, su corazón y su cuerpo; nunca en las páginas de papel oscuras y frágiles, ni en los pergaminos.

Éramos gentes de la música, y cantábamos y danzábamos, el trueno y el murmullo de las mareas en la arena y los guijarros, el rugido del viento en el bosque cortejando las llanuras y los campos, el agudo lamento de una tormenta invernal. Cuando teníamos hambre, comíamos, si es que teníamos el qué. Muchas veces no era así. Cuando hacía frío, nos reuníamos alrededor del fuego y contábamos magníficas historias de amor, de guerra, sobre el horror y la maldad, de dioses y héroes, que a veces superaban a los mismos dioses con su inquebrantable valentía y espíritu de sacrificio.

Sí, es cierto, admiraba los libros, y todavía lo sigo haciendo. Tienen el poder de preservar una verdad durante dos mil años y mostrársela a aquel que tenga la capacidad y cuidado de leerla; pueden grabar una mentira en letras de oro para el resto de los tiempos. Pero lo peor de todo es que pueden no tratar de nada.

De nada real.

Y hombres y mujeres entregan su vida buscando entre las sombras aquello que no existió más que en la mente de un loco. Pueden desperdiciar años tras una pizca de verdad que creen que se esconde en los desvaríos sin sentido de un pobre tonto.

Como sabéis, el huso hila la madeja, la lanzadera vuela sobre la urdimbre y la trama, los abalorios de colores adornan las telas, las azuelas alisan la madera, la cuchilla la corta y la espátula limpia las pieles. Pero un conjunto de palabras puede no tener ningún sentido.

Por eso debemos regresar a la música, la danza, el hambre, el deseo y el amor, para que no olvidemos quiénes somos y por qué. Debemos sentarnos alrededor del fuego y contar historias, historias de hombres y dioses, y con ellas aprender a vivir. En el trabajo y en la guerra, en la vida y en la muerte, guiados por la experiencia de nuestros antepasados. Con sabiduría y valentía, habilidad y verdad, música y danza.

Yo misma soy una criatura de la danza, la imitación de los movimientos abarcados en el diálogo entre la Tierra y el cielo. La danza del poder, los pasos que di al borde de un precipicio hace ya tanto tiempo.



CAPÍTULO 1

Cornualles, Inglaterra. Tintagel, año de Nuestro Señor 470

El barco arribó al muelle.

Más altas aún que la fortaleza, las rocas se alzaban sobre los dos hombres que estaban en cubierta.

—Nunca ha sucumbido a ningún asalto —dijo el capitán a Maeniel.

—No cuesta creerlo —respondió Maeniel, observando los impresionantes muros de piedra y madera de la parte más alta.

—Ni siquiera el César osó asediarlo —continuó el capitán—, o al menos eso dicen.

Aunque la primavera ya había llegado al continente, en Britania el viento todavía era helado, sobre todo el proveniente del mar. Maeniel se envolvió aún más en su manto. Sabía que el capitán se moría de curiosidad por saber quién era él y en qué consistía su misión, pero se había negado a decir más de lo que fuera absolutamente necesario. Las Personas a las que servía necesitaban toda la protección posible. No solo por los recaudadores de los impuestos imperiales, sino también por los caudillos bárbaros que tan diligentemente servían a los intereses de aquellos que monopolizaban los últimos vestigios del poder romano. Seguramente el capitán tenía amigos en todos los puertos a los que habían llamado los vénetos. Era difícil lograr que una carta llegara a Roma en un año, pero los rumores se propagaban tan rápido como el fuego entre la maleza.

—No pude dejar de sorprenderme cuando me permitieron traerlo hasta aquí, continuó diciendo el capitán.

—Tengo asuntos que resolver con Vortigen —respondió Maeniel.

El capitán se rió.

—Me encanta el modo en que dice eso, como si fuera un campesino yendo a la feria a comprarse un caballo. Un pequeño asuntillo, nada fuera de lo normal. Vortigen es el gran rey de Inglaterra, y parece que lo conoce por su nombre. No, no, mi señor Maeniel, no hay nada raro en todo eso. Sin embargo, anoche hubo mucho movimiento por aquí. Estuve llevando a gente durante todo el día, uno tras otro. Vos sois el último. Disfrute del banquete, mi señor.

Maeniel asintió sonriendo.

—Gran rey o no, espero que sepa lo que está haciendo. Todos esos sajones... —dijo el capitán, pronunciando con desprecio la palabra «sajones».

Uno de los marineros echó el ancla y acercó el barco al muelle, mientras otros dos

amarraban el barco de proa y popa a las anillas de hierro clavadas en la piedra.

—¡No! —gritó el capitán—. Dejad eso, navegaremos con la marea. No me quedaría aquí esta noche por nada del mundo.

Alzó la vista hacia la fortaleza con los ojos semicerrados. El hombre que sujetaba el barco contra el muelle lo miró extrañado.

—Creí que disfrutaríamos de la hospitalidad del rey.

—Esta noche no, no me quedaré —respondió el capitán—. Y no me pregunte la razón.

Maeniel saltó desde la borda al muelle.

—Regresa a la Galia, ¿verdad? —preguntó al capitán.

—Así es.

—Vaya —dijo el marinero—, tantas complicaciones para nada. Podríamos quedarnos por lo menos esta noche y mañana recoger un cargamento.

—No —insistió el capitán—, llegaremos a Vennies al amanecer. Más vale que lo hagamos así.

Una docena de hombres estaban en los remos, su compañero se encogió de hombros y desatracó el barco.

—¡Tendremos que emplearnos a fondo! —gritó el capitán a la tripulación—. Pero mañana por la mañana estaremos en casa. Todos los casados podréis tirar a los amantes de vuestras mujeres por la ventana y echar una cabezadita. Nos han pagado en monedas de oro por esta jornada y todo el mundo recibirá su parte.

Después se fueron, alejándose con la marea de la tarde.

Maeniel cerró los ojos. La brisa le traía una mezcla de olores: sal, carne y distintas especias; la brea quemada de las antorchas que encendieron en lo alto de la muralla el olor de los cuerpos que se hacinaban en los barrios de piedra y que no tenían la costumbre de lavarse demasiado a menudo; el sudor y el perfume; los distintos olores del lino; la seda y la lana. Ésta era una reunión de la alta aristocracia.

Pero algo más flotaba en el aire, algo que su conciencia se resistía a admitir en ese momento, una advertencia. Sí, era una advertencia. En ocasiones los hombres sienten esas cosas. Era cierto que había pagado al capitán en monedas de oro para que lo trajera a Tintagel, en el reino de Dumnonia, pero el marino podría haberse quedado a pasar la noche e intentar conseguir un cargamento. De hecho, el capitán no había desperdiciado las ocasiones de ganar dinero una vez que llegaron a Britania, recogiendo a viajeros a lo largo de toda la costa y llevándolos hasta la isla. Pero con la caída del sol había empezado a ponerse nervioso. Maeniel conocía los síntomas a la perfección. Al capitán se le erizó el cabello de la nuca, tal y como le pasó a Maeniel la primera vez que vio la fortaleza. El capitán no habría podido decir por qué, y tampoco Maeniel. Si le dejaran escoger, Maeniel el Lobo se habría ido de allí. No sería una huida exactamente, pero aquel sentimiento «no del todo bueno» era algo que el lobo no quería tener cerca, ya que no era posible pasarlo por alto ni tampoco resolverlo. Pero los humanos, y eso era él en ese momento, con sus citas

predeterminadas y sus encuentros planificados no solían atender la conciencia oculta que rondaba, que rondaba al lobo.

Un criado apareció a su lado e hizo una reverencia.

—Mi señor —se comportaba de esa manera a la vista de la túnica de seda de Maeniel y su pesado manto de terciopelo—, mi señor, ¿habéis venido al banquete?

Maeniel asintió.

—La escalera se encuentra a vuestra izquierda, os conducirá a la ciudadela; pero antes de que vayáis, si fuerais tan amable de entregarme vuestra espada...

Maeniel se sintió aún más incómodo. Por un momento pensó en negarse, pero en la creciente oscuridad adivinó las figuras de dos hombres detrás del criado y pensó que debían de ser miembros de la guardia real.

—¿Soy yo la única persona que ha de entregar su arma? El criado volvió a hacer una reverencia.

—No, mi señor. No se permite que nadie vaya armado en los encuentros con el rey, al menos esta noche. Se guardarán en las cámaras de la fortaleza y mañana serán devueltas. La guardia las custodiará durante toda la noche.

Maeniel se soltó el cinto de la espada.

—Quiero ver dónde la guardas.

El criado sonrió, con cierta condescendencia, pero respondió:

—Como queráis, señor.

A continuación abrió los ojos con asombro al ver la empuñadura. Estaba recubierta con una malla de oro, una malla muy gruesa, el criado nunca antes en su vida había visto tal cantidad de oro junto.

—Parece antigua.

—Lo es —respondió Maeniel.

—La empuñadura...

—La empuñadura no tiene importancia, la hoja sí que la tiene. —Al decir esto, Maeniel sacó la mitad de la hoja de la vaina. La luz de las antorchas de lo alto de las murallas formaba un arco iris en el acero.

Los dos soldados que estaban tras el sirviente intentaban ver la hoja por encima de su hombro, pero lo único que lograban ver era su reflejo.

—Un arma así sólo puede hacerla un dios —dijo uno de ellos.

Maeniel la miró con expresión triste.

—No fueron dioses, sino hombres los que la hicieron y llevaron antes de que los romanos llegaran a la Galia. Pero dejemos este tema y, por favor, cuidado de ella.

Entregó al sirviente el cinto, la espada y la funda.

—Mi maestro me otorgó las armas y yo las respeto.

A continuación se dio la vuelta y comenzó a subir la escalera. El sirviente caminaba sosteniendo la espada, tras él los soldados.

Desde la escalera Maeniel podía contemplar la inmensidad del océano. El sol no era más que un globo anaranjado entre las nubes rosáceas en el horizonte, pero como

se preparaba un banquete, las antorchas alumbraban todos los rincones. El sirviente se detuvo antes de llegar al final.

—La fortaleza se construyó en forma de anillos, cada nivel se alza sobre el anterior.

En ese momento Maeniel sintió la magia, parecía que siempre le ocurría cuando menos se lo esperaba. Ese anillo tenía una superficie mayor que los demás y en él habían plantado un jardín. Había grandes superficies de cultivo sobre la arcilla y urnas enormes que contenían pequeños árboles y arbustos. Un murete que llegaba hasta la cintura rodeaba el jardín, y los árboles y enredaderas crecían pegados a él, tan frondosas éstas que casi colgaban hasta el siguiente nivel. Había rosas, muchísimas rosas, blancas, amarillas y rojas. Granados, avellanos y frambuesos, que cubrían la cerca con sus tallos espinosos. Todavía no habían dado fruto, pero estaban en flor, y las florecillas blancas se veían aquí y allá como estrellas entre las enredaderas. En las zonas de arcilla rebosaban diferentes hierbas: romero, hierbabuena (que crecía en cualquier sitio con agua y sol), poleo-menta, menta verde y menta blanca, cebollas, puerros, ajos, coles y mostaza, que ofrecía al viento nocturno y a la brisa marina sus flores amarillas en forma de cruz.

—Un jardín en el cielo —dijo Maeniel.

—Así es. ¿Sois un maestro?

—¿Un maestro? —preguntó Maeniel sorprendido—. ¿Un maestro de qué?

—De la magia, señor —aclaró el sirviente, y después señaló a los soldados. Estaban subiendo el último tramo de escalones, que conducía a la torre interior que se alzaba sobre ellos.

—Ni siquiera se han dado cuenta de que no les seguimos y anunciarán al rey nuestra llegada. Él se lo agradecerá. Siempre es muy educado y ni siquiera les hará notar su distracción. La mayoría de las personas ni siquiera ve este jardín, y los que lo hacen creen que es una extravagancia del gran rey tener estas pocas flores y un huerto cerca de la puerta principal. Lo llevaré hasta la sala de las armas.

—Sí —respondió Maeniel—, bajo el rosal.

—Detrás —lo corrigió el sirviente, pues había macizos de rosales blancos a lo largo de toda la parte interior del muro.

Maeniel vio el muro y la entrada oculta por la magia, y él y el sirviente, que en ese momento Maeniel ya sabía que no era un simple criado, entraron.

¿Era por la mañana o por la tarde? No podía saberlo con seguridad, y el lobo no se lo dijo. El sol lucía en el horizonte, atravesando con sus rayos la neblina de la inmensa sala.

«Inmensa —pensó Maeniel—, ¿por qué inmensa?». La neblina era tan espesa que apenas podía distinguir la puerta por la que acababa de entrar, pero sentía que se trataba de un espacio enorme y vacío, de techos altos, ventanas enormes que se asomaban al cielo cargado de nubes, sacudido por los vientos que con sus severas corrientes descendentes traían frío y humedad, mientras que las corrientes

ascendentes estaban cargadas de calor, del hedor de la selva, del bosque y las marismas, y un relámpago a punto de cernerse y desgarrar tierra y cielo. La neblina que lo rodeaba no llegaba a ser niebla ni tampoco rocío, sino unas nubes dispersas que cubrían aquella tierra estival.

—No sois un hombre como los demás —dijo el sirviente.

—No —respondió Maeniel tan opaco como las nubes, y también de un azul intenso, del color de la plata y anaranjado bajo la luz del nuevo sol, ¿o era el antiguo?, que ardía junto a él—, soy un lobo que a veces adquiere la apariencia de un hombre. Dime, ¿aquí está amaneciendo o atardece?

—Aquí no existe un «aquí», y no es ni lo uno ni lo otro, sino las dos cosas al mismo tiempo. ¿Deseáis algún mal a mi señor?

—No, he venido con la esperanza de que él pudiera ayudarme...

El sirviente lo detuvo con un gesto.

—No necesito saber nada más. Hay aquí quien le desea enfermedad y penurias. Se le ha advertido, pero la necesidad de establecer la paz ha prevalecido sobre el peligro. Yo no puedo hacer más que aconsejar precaución. —Alzó la espada frente a él y se oyó un repique, como si una gran campana hubiera sonado, antes de que el arma desapareciera—. En dos días le será devuelta. Esté donde esté, la tendrá. Su hoja está templada con el amor de quien la hizo. Su sangre se mezcló con el acero fundido como una ofrenda, haciéndola resistente ante cualquier magia, excepto la vuestra. No importa lo que yo haga, no lograré retenerla aquí por mucho tiempo. Es suya en más de un sentido.

Instantes después, ambos subían los escalones que conducían a la puerta de Vortigen.

—Ni siquiera los muertos pueden permanecer mucho tiempo a las puertas del cielo —continuó el sirviente—. Sólo las aves lo dominan. Por eso son sagradas para ella, aquella que te dio rostro y forma. A lo largo del tiempo ha tenido un solo nombre, la Señora.

Llegaron al final y ante ellos apareció el gran salón de Vortigen. Cuando Maeniel se volvió para mirar, el sirviente había desaparecido.

El salón del banquete ocupaba la zona más alta de la fortaleza, una cúpula entera de piedra.

«Está vitrificada —pensó Maeniel—, una casa de cristal».

Había oído contar el proceso, pero nunca lo había visto. En su origen los muros eran de madera, y la cúpula de arena y otros silicatos. Con un fuego controlado se había convertido la arena en un material similar a la obsidiana, y cuando la madera había ardidido apareció una gran burbuja de cristal. Ése era el salón de Vortigen. La parte interior y exterior de los muros estaba pulida, y se habían abierto espacios para la puerta y la chimenea en lo alto.

Era magnífico.

Maeniel entró por la puerta en forma de arco. La parte de la cúpula de cristal

próxima a la chimenea era transparente, pero al ser de noche sólo las estrellas se veían a través de ella. Se reflejaban en el suelo de piedra pulida como una catarata resplandeciente. El hogar se encontraba en el centro, tres escalones conducían hasta donde el fuego ardía, calentando toda la estancia. La sala era muy grande, pero aun así las llamas se reflejaban en el suelo negro y los muros mate. Además, innumerables velas ardían, cada una de ellas sostenida por altos soportes situados detrás de una mesa que circundaba casi toda la sala.

No pocas personas estaban ya reunidas allí, deambulando por la estancia mientras bebían a sorbos vino servido en copas romanas de cristal y charlaban con amigos y desconocidos. No hacía mucho, Maeniel había visto por primera vez en el continente el nuevo sistema de hogares. Él prefería los hogares centrales, pero necesitaban demasiado combustible. Estaba seguro de que en un tiempo no muy lejano el mundo se calentaría únicamente con aquellas chimeneas. Sin embargo, había algo democrático en los hogares tradicionales, pues se podía caminar alrededor y sentirse a gusto; mientras que con las chimeneas sólo aquellos que lograban sentarse más cerca disfrutaban del calor y la luz, y el resto quedaba condenado a la creciente oscuridad y frío. Así visto, era igual a lo que sucedía a lo largo y ancho del agonizante Imperio romano.

Una bella sirvienta, de pelo rubio y ojos azules bordeados por largas pestañas, le ofreció una copa de vino. La copa era de cristal y su estructura de oro, pero cuando la joven se acercó para servirle el vino, se sorprendió a sí mismo temblando de miedo. Entonces vio el collar que llevaba la muchacha, y se fijó en que todas las otras mujeres lucían collares similares. La joven ofreció conducirlo hasta el rey y Maeniel la siguió.

El hombre que imaginó que sería Vortigen estaba sentado a la mesa, justo enfrente a la puerta. Cuando llegaron ante él, la joven volvió a atender al resto de invitados. Maeniel se arrodilló.

—Levántate —dijo Vortigen—, así sólo puedo verte los ojos. Por favor, ven aquí y siéntate a mi lado.

Maeniel se levantó y asintió, mientras observaba que la mesa —una auténtica obra de arte, de madera de roble y tallada con el dragón real— estaba dividida en seis partes, con una pequeña separación entre ellas que permitían a los invitados pasar. La joven que le había conducido hasta el rey caminaba entre los invitados con su jarro de cristal, llenando las copas de los pocos que habían tomado asiento.

—Es hermosa —dijo el rey preocupado—, ¿la quieres?

—No. —La respuesta de Maeniel fue rotunda, incluso demasiado vehemente.

El rey le hizo un gesto tranquilizador, y Maeniel se disculpó inmediatamente.

—Lo siento —dijo con más suavidad, y a continuación repitió, intentando parecer apenado—. No.

—Si lo que dice la carta sobre ti es cierto, entiendo que puedas encontrarla inquietante. Todas ellas son esclavas, ya me entendéis, mis hijos y yernos las

compraron especialmente para la ocasión en Anglia, Sussex y Essex. Ninguna mujer ha sido invitada al banquete. La única razón de que estas mujeres se encuentren aquí es para servir a los invitados.

—Claro —respondió Maeniel.

Observó detenidamente a las personas que seguían llegando a la sala. Cada uno de aquellos hombres parecía tener de uno a cuatro sajones en su séquito. Maeniel rodeó la mesa y se sentó al lado del rey.

—Con vuestro permiso, mi señor.

Vortigen quitó importancia a sus disculpas con un gesto y le puso la mano en la rodilla.

—Y ¿cómo se encuentra mi viejo amigo y corresponsal, el obispo de Aries?

—Está bien, y os envía recuerdos.

—¿Todavía se relaciona con los bagandas?

—Así es, y en su nombre he venido. Me han dicho que sus actividades son todavía más frecuentes en este reino.

—Es cierto. Por esa razón mis hijos han traído a los sajones desde sus tierras a lo largo de toda la costa... para acabar con la hermandad de los bagandas.

Maeniel asintió.

—Al igual que los galos, que utilizaron a los francos para recaudar los impuestos y reprimir la rebelión de su propio pueblo.

El rey asintió con tristeza.

—En calidad de gran rey les advertí que los asaltos en la costa cesarían y los cultivos serían más rentables si disminuían los impuestos en vez de aplastar a su propio pueblo utilizando a los sajones como mercenarios. Pero lo único que han aprendido de los romanos es a destrozarlo todo y el modo de sacar el máximo provecho. Sólo permanecen fieles a sus propios intereses. Y ahora nos invaden tribus provenientes del continente, y la gente abandona sus casas y huye. La situación en el norte es diferente, nos hemos defendido rápidamente. —Tras suspirar prosiguió—: Ya no me quedan fuerzas. Durante toda mi vida he luchado contra la derrota.

De hecho, la verdad es que el mismo Maeniel lo notaba débil. Aunque sabía que no tenía más de cuarenta años, mechones canosos aclaraban el pelo del rey y profundas arrugas de fatiga, que ningún descanso podría disipar, le marcaban el rostro.

—Todo lo que los romanos hicieron fue saquear —dijo Maeniel—. Y todo lo que consiguieron fue romper los lazos que unían a los señores con su pueblo, y acabar con el derecho de esos hombres y mujeres a que, al menos, el más insignificante de esos grandes señores respondiera por sus actos. Los caciques, los tiranos y los bárbaros son las marionetas que les proporcionan placer. Los pequeños comerciantes y artesanos, habilidosos o no, no tienen ninguna importancia para ellos. Los romanos valoran la belleza, pero la convierten en su esclava; pues bien es cierto que en sus tierras el cantante, el músico, el bailarín, el escultor y el pintor son todos esclavos, al

igual que los intelectuales, prelados y cualquier otra persona que no comparta con ellos la devoción por el arte de la guerra y la opresión. Ése ha sido y sigue siendo su legado, y tendremos que combatir esa maldición lo mejor que podamos.

—Todo lo que dices es cierto. Ya veo cuál es la fuente de inspiración de muchos de los argumentos del bueno del obispo.

—He tenido mucho tiempo para meditar —respondió Maeniel—. Pero tal vez éste sea el momento en el que podamos acabar con esta decadencia. Incluso en la Galia los bagandas han mantenido la esperanza, el deseo de resistir, de seguir con vida.

—No puedo ofrecerles ninguna ayuda. Si mi familia llegase a saber que he recibido a un emisario de los bagandas, a un seguidor de Pelagius, tendría muchos más problemas con mis sucesores de los que ya tengo ahora. Me temo incluso que no tengo ni oro ni hombres que poner al servicio de vuestro distinguido señor. Pero hablaremos de esto más tarde, y quizás encuentre algo que ofrecerles. Lo que no puedo concederles es un asiento a mi lado, pero os colocaré al final de la mesa, cerca de la puerta.

Maeniel asintió.

—Me siento muy honrado de encontrarme aquí, sea cual sea mi lugar en la mesa —murmuró.

El número de invitados seguía creciendo. Entró en la sala un hombre corpulento con espada y acompañado por tres guerreros sajones. El sirviente que había recogido la espada de Maeniel lo seguía.

—Va armado —dijo Maeniel.

Vortigen observó a su invitado con tristeza.

—Por supuesto. Nadie osaría retirar su espada. Es Merlín, o simplemente el merlín. Igual que yo soy Vortigen, y el Vortigen.

—Me confundís.

—Es un acertijo —respondió Vortigen.

—He oído hablar de Merlín. Es el líder de los druidas en Britania, además de arzobispo de Canterbury.

—El mismo.

—Es muy joven para ostentar tales cargos.

Era cierto que el hombre que Maeniel observaba tenía un aspecto joven. Era moreno, como tantos britanos del norte, y sin embargo de apariencia albina, de piel pálida y fina como el alabastro, ojos azules, grandes y penetrantes. La melena oscura le llegaba hasta los hombros. Sus ropas eran magníficas, de acuerdo con su alto rango. Lucía pantalones de montar de ante oscuro, polainas sujetas con ligas cruzadas y una túnica de seda del color de la medianoche bordada con estrellas de oro. El cinto de la espada estaba recubierto de diferentes tipos de ópalo y oro. Se cubría con un manto de terciopelo de color escarlata.

—Es el reino de la medianoche de Dis Pater en la Tierra —susurró Maeniel.

—No hables así —le respondió Vortigen, e hizo un gesto contra el mal de ojo.

Merlín no tardó en demostrar qué y quién era, pues sin dilación se dirigió al hogar, no para rodearlo como los simples mortales hacen, sino para cruzarlo. Descendió los tres escalones y atravesó el fuego. Maeniel y Vortigen pudieron ver cómo caminaba sobre el lecho de brasas.

«No le pueden quemar», pensó Maeniel. En ocasiones aquellos que tienen poderes especiales pueden caminar a través del fuego sin quemarse si son lo suficientemente rápidos, sin embargo, sus ropas no suelen gozar de la misma inmunidad. «Seguro que la túnica y el manto se prenden». Pero no fue así, y con desprecio, como si quisiera acabar con cualquier posible duda sobre su destreza con la magia, se detuvo y con el pie apartó a un lado un gran tronco de roble ardiendo.

Una cascada de chispas flotó en el aire y lo rodeó como luciérnagas en un crepúsculo estival, pero Maeniel pudo ver que ninguna le causaba ningún daño. No había rastro de quemaduras en su piel, ni tampoco en sus ropas, y si fuera un simple mortal tendría que tenerlas, pero no era así. Cuando llegó al otro lado y subió los tres peldaños, él mismo se presentó ante Vortigen, que en ese momento estaba de pie, delante de su asiento en la mesa. No se arrodilló ante él, y Maeniel recordó que en algunas tierras de los celtas había una ley que decía que ni siquiera un rey podía hablar antes que el druida. Un murmullo de sobrecogimiento recorrió la sala, seguido de aplausos.

Merlín frunció el entrecejo.

—Bienvenido seas, Merlín —dijo Vortigen—. ¿Has venido a divertirnos con tus trucos de prestidigitador?

Maeniel notó que lo había herido.

—¿Trucos de prestidigitador, mi señor Vortigen?

Maeniel percibió la insolencia tras las palabras «mi señor».

—¿Por qué llevas espada? Creo recordar que prometiste entregarla para asistir a esta reunión. Nuestro pacto era que no hubiera armas. En ese momento el sirviente apareció detrás de Merlín. Parecía que había llegado hasta allí sin que nadie se percatara. Hizo una gran reverencia.

—¿Mi señor? —preguntó—. Creo que es la misma conversación que mantuvimos en las escaleras.

Merlín se dio la vuelta y miró al sirviente; estaba de espaldas a Maeniel, pero éste pudo ver el efecto de esa mirada, pues el criado retrocedió dos pasos. Para Maeniel eso se reveló como un nuevo tipo de poder.

Merlín volvió a dirigirse a Vortigen.

—¿Qué significa esto, mi señor y rey, que no confías?

—No. No hay excepciones. Entrega las armas o vete —dijo Vortigen, señalando la puerta.

Merlín se desprendió el cinto.

—Entrégasela a Varen.

El sirviente hizo una reverencia y cogió el cinto de las manos de Merlín. Al hacerlo, Maeniel vio en su cara una mueca de dolor, oyó un silbido y llegó hasta él el olor a carne quemada. El rostro de Vareen palideció.

—No es necesario que castigues a mis sirvientes porque estés furioso conmigo — dijo Vortigen.

—Creo que sí lo es. Es necesario imponer disciplina a quien se cree superior a lo que realmente es, agotando la paciencia de aquellos que están muy por encima de ellos.

El rostro de Vareen se relajó.

—Un contratiempo sin importancia, una nimiedad, en realidad.

Sonrió mirando a Maeniel y, dándose la vuelta, se dirigió a la puerta.

Merlín observó con atención la sala y a continuación saludó a cada uno de los hombres que allí había, hasta que sus ojos se posaron en Maeniel. Parecía que también a él le iba a saludar de manera mecánica, pero su mirada volvió a él casi sin querer.

—Creo que ya conozco a todos los presentes... excepto a uno. Al entrar me pareció que mantenías con él una conversación importante. ¿Interrumpo?

—De ningún modo, es un simple mensajero de un viejo amigo, Cosmos, el obispo de Aries. Me trae noticias tuyas y una carta.

—¿Cuál es su nombre?

Una súbita tensión cruzó el aire. Maeniel abrió la boca para presentarse él mismo, pero Vortigen se le adelantó.

—Se le conoce como el Vigilante Gris.

Merlín sonrió, o sería más apropiado decir que hizo una mueca que mostraba los dientes.

—¿Vigilante? Me pareció oír que era un mensajero.

—También a veces cumple esa función, pero creo que deberíamos tomar asiento. El banquete está a punto de comenzar. Mi señor Merlín, puedes sentarte a mi izquierda, el lugar de honor. El Vigilante Gris se pondrá a mi derecha.

Para Maeniel supuso una agradable sorpresa. Vortigen le había dicho que debería sentarse al final de la mesa, ¿a qué se debía ese cambio de planes?

Merlín volvió a repetir aquella mueca. Maeniel no se sentía precisamente como en casa. ¿De verdad creían los humanos que con esas sonrisas se podía engañar a alguien? En ese momento Maeniel comprendió por qué se sentía tan incómodo. En aquella sala había tanto odio que bastaría para hacer arder toda Britania.

Aquél era un pensamiento profético, pero no lo sabía. Se volvió a preguntar por qué los humanos tratan siempre de ocultar su desprecio mutuo bajo comportamientos sociales hipócritas. Si él sintiera lo mismo que la mayoría de los humanos sentían por alguna persona o cosa en particular, se habría alejado lo más posible del objeto de su odio con tal de evitarlo. Pero allí estaban ellos, todos reunidos estudiando cuál sería la manera más eficaz de matarse entre sí. Tenía la certidumbre de que no lo harían

allí, pero aparte de ese detalle, sabía que más valía no apostar en todo lo demás.

Uno de los inmensos sajones que acompañaba a Merlín se sentó al otro lado de Maeniel.

—Ese asiento es de mujeres —dijo, señalando el lugar que ocupaba Maeniel.

—No lo dudo —respondió Maeniel.

—Si la reina estuviera aquí, se sentaría en ese mismo lugar.

—Pero como no está, yo le guardaré el sitio.

—¿No te sientes ofendido? Muchos hombres lo estarían si les dices que están sentados en un sitio de mujeres. No querrían que nadie creyese que se les puede tratar como a mujeres. —El sajón sonrió con malicia.

—En este momento no me interesa ofenderme, sino comer hasta hartarme. Estoy hambriento, así que insúltame después de cenar, entonces ya tendré tiempo de ocuparme de ti.

—Tal vez vuelva a insultarte después de la cena, y también te trataré como a una mujer. —Se rió de su propia estupidez y dio un codazo a su vecino de mesa, otro de los enormes sajones de Merlín.

Maeniel, que no quería tener problemas en la mesa del rey, observó al sajón con una mirada larga, lenta y evaluadora.

—Tiene ojos de lobo —dijo el sajón, ya sin sonreír—. Yo he matado lobos.

—Y yo hombres —le respondió Maeniel.

Sintió el peso de la mano del sajón en su pierna. Maeniel bajó la suya y un instante después sujetaba aquella mano que había estado sobre su muslo entre los omóplatos del propio sajón. Con su mano libre, éste intentaba alcanzar el cuchillo que había sobre la mesa.

—Ni lo intentes —lo advirtió Maeniel—. Puedo romperte la muñeca y lo haré.

El sajón se quedó quieto. Parecía que nadie se había dado cuenta de lo que ocurría. Los sirvientes estaban repartiendo las copas y las mujeres las llenaban tras ellos con la mirada baja. Vortigen miraba al frente con una leve sonrisa en los labios, a su lado Merlín observaba a Maeniel por el rabillo del ojo.

—Más vale que no perturbes la tranquilidad del rey, de lo contrario te rebanaré el cuello con tu propio cuchillo de mesa —dijo Maeniel quedamente.

El sajón no respondió.

Maeniel le llevó el codo casi hasta el punto de dislocación. El sudor comenzó a cubrir el rostro del sajón.

—Haz lo que te dice.

—Era la voz de Merlín.

—Sssssí... —La palabra silbaba como vapor saliendo de una tetera. Maeniel soltó el brazo del sajón, y éste gimió aliviado.

Vortigen murmuró con suavidad.

—Y zurdo, además.

Maeniel permanecía en silencio, pero algo en el rostro de Merlín le resultaba

desagradable. Era como si aquel hombre, sacerdote, druida o lo que fuera, tuviera una expresión de satisfacción; y a Maeniel no le gustaba. No, no le gustaba en absoluto.

Vareen puso una copa ante él. La muchacha que lo seguía llevaba el mismo collar que el resto, pero parecía que no hacía caso de su situación o no tenía miedo, pues desprendía un olor que a Maeniel le recordó al del agua clara y fría, y algo más concreto, tal vez romero. Le sonrió al llenarle la copa, y cuando Maeniel se encontró con su mirada encontró en ella algo especial.

«Vaya, soy siempre muy susceptible. Muchas cosas me molestan de los humanos, pero de sus mujeres, jamás», pensó. A la joven le bailaba en los ojos una sonrisa para él. El obispo lo había advertido sobre las mujeres. Él no le prestaba mucha atención, pero al final siempre seguía su consejo. «Pero para ellas, las más bellas, siempre he sido un lobo. Es mucho más fácil tratar con mis compañeros grises».

—No la reconozco —susurró el sajón—. No es una de las que yo traje.

Se dirigía a su compañero, sentado a su lado. La rabia que había sentido Maeniel cuando el sajón le tocó sin permiso había hecho que sus sentidos estuviesen alerta.

—Maldita sea —contestó el otro sajón también entre susurros—. Debe de ser una de las de Vareen. Me pregunto cuántas habrá logrado infiltrar entre los invitados.

—No lo sé —le respondió el sajón estremeciéndose.

—¿Has visto un fantasma, Cara Chata? —se burló el otro guerrero—. Seguro que ese cerdo tragón del britano no te ha retorcido tanto el brazo.

Maeniel se dio cuenta de que hablaban en voz baja y en su propia lengua, y no dudó de que así se sentían seguros. No sólo pensaban que nadie podría oír sus murmullos, sino que, aunque no fuese así, sería imposible que los entendieran. Alcanzó la copa el primero, se la llevó a los labios y bebió.

«Muy bueno», pensó.

—Es de una de las villas romanas de la Galia.

—No sé por qué tiene tanta fuerza —continuó Cara Chata—. No es tan corpulento ni musculoso.

—Ves magia por todas partes.

—Eso es porque esos druid...

—Cállate.

Maeniel vio que Cara Chata pegaba un brinco al recibir la patada de su compañero por debajo de la mesa.

—No hables de eso.

Maeniel tomó media copa más de vino, pero fue la última porque notó que estaba empezando a hacerle efecto; sin embargo parecía que era al único que le pasaba. Todos los invitados vaciaban sus copas de buena gana, y las mujeres hacían una ronda tras otra sirviendo más vino. Merlín se levantó. Sostenía una gran copa entre las manos, con complicadas filigranas en los extremos y rubíes engarzados. Algo en esos rubíes hería los ojos de Maeniel. Sobresalían de manera extraña.

—Brindemos por nuestro rey y por la paz tan duramente ganada que disfrutamos

en esta isla. —Merlín alzó la copa hacia Vareen y le ordenó—: Llénala.

Mientras Vareen se acercaba, Maeniel se dio cuenta antes que ningún otro de que lo que Merlín sostenía entre las manos no era una copa, sino una serpiente brillante, dorada y con ojos de rubí. Vareen lanzó un grito cuando el animal se lanzó hacia él y le clavó los colmillos en la muñeca. En ese preciso instante, Maeniel notó el frío filo introduciéndose en su cuerpo. Se dio la vuelta. Cara Chata hundía un cuchillo de hoja larga, de esos característicos del pueblo sajón, en su vientre, justo por debajo de las costillas. Con una mano Maeniel agarró el hombro del sajón, y con la otra le cogió la mandíbula. Con una doble maniobra le rompió el cuello.

En toda la estancia se oían los gritos de los hombres que eran asesinados. Cuando el primer sajón se desplomó, Maeniel vio que otro apuñalaba a Vortigen por la espalda. Lo apartó de un golpe y evisceró al asesino del rey.

El lobo despertó y saltó desde las profundidades de la mente, obligando a Maeniel a que se produjera la transformación con tal de salvar su vida. Un segundo después, el lobo gris se colocó ante el asiento del rey. Estaba confundido. No conocía más que a Vortigen en aquella sala, y éste yacía muerto. Antes de que Maeniel lo matara, el asesino había cumplido su misión. Estaba seguro de que todo eso era cosa de Merlín. El lobo quería la cabeza del druida.

Algo golpeó a Maeniel como un garrote, haciéndole tambalearse, la serpiente rodeaba su cuerpo con dos vueltas. Volvió la cabeza y dos ojos rojos y centelleantes se clavaron en los suyos. A continuación lo atacó, clavándole los colmillos en las paletillas.

Si Maeniel hubiera podido gritar, lo habría hecho. En vez de eso, se convirtió de nuevo en humano. Incluso Merlín parecía asombrado ante la visión. Un poderoso guerrero desnudo lo separaba del fuego, con la piel deslumbrante por las llamas y una poderosa maquinaria de músculos bajo ella.

Vareen, moribundo, lo vio. ¡Venganza! Los mismos dioses reclamarían venganza por lo que el druida había hecho. Merlín lo había planeado todo con la ayuda de los sajones y de los grandes señores que vendían a sus propias gentes y traicionaban al gran rey. Utilizó sus últimas fuerzas para llegar a la mente del lobo y enviarle un mensaje, que era como una pequeña luz entre la confusión. «Lánzala al fuego».

Vareen yacía en los brazos de la esclava que había servido el vino a Maeniel. La muchacha olía a mar.

Ambos oyeron el grito de Merlín.

—¡No!

Se protegió la cara con los brazos, en el momento en que Maeniel se liberaba de la serpiente lanzándola, junto con mucha de su propia sangre y piel, al corazón de la hoguera. Se produjo una explosión, y salieron disparados hacia el techo troncos y trozos de la serpiente. Comenzaron a llover esquirlas de cristal como pequeños cuchillos de colores grisáceos sobre culpables e inocentes.

Las esquirlas atravesaron un brazo a Merlín y le hicieron cortes en el rostro.

El mago pegó un grito y se desplomó, al igual que docenas de sus hombres, algunos muertos y otros todavía con vida, sobre sangre y tripas, tirados junto a sus propias víctimas.

La muchacha, sosteniendo el cuerpo de Vareen entre sus brazos, sonrió e hizo un extraño gesto a Maeniel.

El viento alzó a Maeniel. Se sentía como si estuviera atrapado en los rápidos de algún río, precipitándose a la nada mientras el veneno de aquella criatura mágica salía de su cuerpo. Y después volaba sobre las nubes. Durante unos instantes vio un mar levantándose, moviéndose, agitándose entre espuma a la luz de la luna. Estaba tan alto que no podía decir si volaba o si caía.

Lo abandonó todo, voluntad, memoria y por último hasta la conciencia, para entregarse a la nada.



Maeniel pensó que ella suponía algo agradable para un lobo maltrecho y tirado en un espeso bosquecillo de serbal. Había llegado hasta allí en algún momento de la noche, o al menos eso fue lo primero que se le ocurrió al despertarse entre los árboles.

La sed le había arrancado del primario mar de oscuridad. Todo lo que había tenido lugar en el banquete de Vortigen parecía un recuerdo remoto o los últimos vestigios de una pesadilla. El hecho de soñar es común a todas las criaturas de sangre caliente, e incluso como lobo, Maeniel ya estaba acostumbrado a las pesadillas. Se levantó tambaleándose, sintiendo todavía un intenso dolor en el hombro, y fue en busca de agua.

La encontró a los pies de la colina, un manantial que rebosaba en una pila de piedra.

Bebió. La sed era una tortura abrasadora, pero bebió demasiado y su estómago devolvió el líquido sobre unos helechos, a la orilla del riachuelo. Descansó un momento y sintió que un auténtico pavor invadía su mente. Recordó la serpiente dorada de ojos rojos y centelleantes. ¿Había logrado matarla? Ella sí había matado a Vareen. De hecho, Merlín había puesto toda su atención en acabar con Vareen, considerándolo mayor amenaza que Vortigen.

Dios mío, tal vez nunca pudiera comer ni beber, pues lo devolvería todo. Moriría en medio de grandes tormentos. La sed le quemaba los labios como una brasa ardiendo. ¿Y si nunca lograra calmar esa sed? Pero él era fuerte. La mayoría de los caninos lo son, y él no se abandonaría al pánico tan fácilmente. «Descansa y deja que tu estómago haga lo mismo». Así lo hizo, y después de poco tiempo volvió a beber, esta vez más lentamente, y no se produjo ninguna reacción.

Se quedó allí durante el resto de la noche, durmiendo a ratos y bebiendo cuando se despertaba, hasta que se sintió más recuperado. Se despertó con las primeras luces. Había oído hablar de la gran Muralla de Adriano, que unía un mar con el otro por la

parte más estrecha de la isla. Maeniel tardó un momento en darse cuenta de que era esa muralla lo que estaba contemplando, o al menos lo que quedaba de ella, construida en medio del campo. La muralla, el terraplén y la zanja, y en una colina cercana un castillo cubierto por la maleza y pequeños arbustos.

Durante unos minutos se preguntó cómo había podido llegar tan lejos de Tintagel, casi al otro extremo del reino, pero una serpiente que iba a beber lo distrajo. A Maeniel se le puso la piel de gallina y echó a correr dando un bramido desgarrador y amenazante. La serpiente, un ejemplar vulgar de anillos verdes, se asustó y se escondió entre la hierba. Allí se quedó, mirándolo atenta entre los tallos. Maeniel recordó su propia sed de la noche anterior y sintió pena por el animal, así que se quedó quieto y no hizo más ruidos que la asustasen. Al poco tiempo, la serpiente, envalentonada, volvió deslizándose entre las juncias tras las que se escondía y, acercando la cabeza al agua, comenzó a beber.

Maeniel se sintió realmente confundido, cuando la serpiente se dio la vuelta, lo miró y dijo:

—Tranquilo, espérame aquí.

«Lo que faltaba, ahora oigo voces», pensó.

«No, no es eso. Cállate y obedece», le dijo su parte lobo. Estaba tan malherido y débil que todo lo que podía hacer era obedecer, y cayó en un ligero sueño.

Estaba despierto cuando una hembra de liebre y sus crías se pararon a beber, y también cuando aparecieron un semental y tres yeguas que vagaban por las colinas. Pero ni siquiera se movió y permaneció cerca del macizo de rosas salvajes donde descansaba. Se sentía demasiado débil para ir tras ellos y convertirlos en su almuerzo, y mucho menos los caballos, que estaban muy inquietos por alguna razón. Temblaban de miedo.

En ese momento apareció ella, y era una estampa realmente agradable para sus ojos. Una joven loba, con las tetillas rebosantes de leche y carne en el estómago para sus crías. Bebió y sus ojos se encontraron con los suyos por encima del agua. Dio un pequeño respingo y luego rodeó el pozo para mirarlo bien.

—Madre —le dijo Maeniel—, dame un poco de lo que tienes en el estómago. Estoy muy débil.

—Tengo que cuidar de mis cachorros.

—Te compensaré una vez que haya recuperado mis fuerzas.

La hembra tomó una decisión.

—No todos los días se encuentra a un extraño descansando bajo un matorral. ¿Te quedarás conmigo o volverás con los tuyos?

—Los míos se encuentran muy lejos de aquí y no creo que pudiera encontrarlos.

—Tratas de ganar tiempo como si fueras un... —No sabía exactamente con qué compararle.

Maeniel levantó la cabeza. Ella significaba la vida.

—Me quedaré.

La hembra bajó el hocico y él lo lamió. La loba regurgitó toda la carne y, al comer, Maeniel sentía que la vida volvía a su cuerpo como la lluvia empapa la tierra tras una larga sequía. Cuando se puso en pie, estaba delgado, pero sano y aún hambriento.

Ella se había sentado y había estado observando cómo engullía la carne.

—Bien —le dijo.

Maeniel recordó lo asustados que estaban los cuatro caballos. Estaba convencido de saber la razón. El viento le susurraba muchas cosas.

—¿Osos? —preguntó a la hembra. (Los lobos son muy lacónicos).

—Sí. —Lo que quería decir: «Sí, hay osos merodeando por aquí».

—Ven conmigo.

Ella vaciló un momento.

—Yo te protegeré.

—Parece que no te costaría demasiado.

No lejos del manantial, la ladera se recortaba convirtiéndose un profundo acantilado. El oso había conseguido su presa arrinconando a los caballos en el acantilado.

Uno de los animales había muerto.

El oso comió de su grupa, luego se fue en busca de su cueva. Todavía quedaba mucha carne en el cuerpo del animal muerto. La hembra se sentó, y alzando el hocico dio un aullido de aviso.

Ella y Maeniel comenzaron a comer. Él empezó por la grupa, donde ya había comido el oso, y le dejó a ella las paletillas. Según las leyes de los lobos, ella tenía derecho a comer todo lo que pudiera para así alimentarse a sí misma y a sus crías.

Sus dos hermanos llegaron un poco después, pero para entonces Maeniel ya se había saciado y estaba limpiándose.

Los lobos lo miraron.

La hembra levantó la cabeza y les habló:

—No os preocupéis por él. Además, necesito un compañero y él lo será.

Los hermanos estudiaron a Maeniel y éste hizo lo mismo. Siendo muy, muy optimistas se podía calcular que no tenían más de dos años. Ella tendría la misma edad; en una manada bien organizada y segura aún no debería haber tenido crías, pero algo les había sucedido.

—¿Hombres? —preguntó Maeniel.

Los hermanos se miraron entre sí.

—Sí.

—Me uniré a vosotros. Yo puedo aportar lo que sé.

—¿Conoces a los hombres y puedes predecir sus extraños comportamientos? —preguntó uno de los hermanos.

—Sí, no se me da nada mal. —Maeniel esperaba paciente a que terminaran de olfatearle desde el hocico hasta la cola. Después de todo, ellos eran los que se habían

unido a la comida de su hermana.

Maeniel se sentó y golpeó el suelo con la cola de vez en cuando. Estudió las diferentes alternativas. ¿Por qué no? Ellos necesitaban su ayuda. El amor entre los lobos no daba tantas satisfacciones como el de los humanos, pero, Dios mío, la de complicaciones que conllevaba el deseo humano. Tenía otras obligaciones, pero no sabía cómo encontrar el camino de vuelta a Francia, o si ni siquiera podría lograrlo. Incluso si así fuera, tardaría meses o años en atravesar aquel país sacudido por la guerra. Si lo que había sucedido la noche anterior era una señal de cómo estaban las cosas en Britania, no era un buen sitio para encontrar ayuda. Además de tener una deuda de gratitud con la hembra lobo, estaba cansado de los humanos.

«Necesito un descanso —pensó—. He hecho todo lo que he podido por los bagandas, ya no puedo darles más. Me quedaré».

Tras estas consideraciones, ya había tomado una decisión. Se levantó cuando la hembra terminó y la acompañó hasta la guarida para alimentar a las crías. «Será agradable volver a tener una familia. Hace ya tanto tiempo». En vez de sentir resentimiento y cansancio, descubrió que la compañía de la hembra le aliviaba el espíritu, y se sintió muy agradecido.



CAPÍTULO 2

No puedes escribir nada importante.

Le dije a mi maestro que lo encontraba ridículo. Él se limitó a asentir y a sacudir la cabeza, con expresión de sensatez en el rostro. No soporto que hagan eso. Estábamos tumbados sobre la hierba y los brezos en un bonito día primaveral de temperatura agradable, mirando las montañas. Se alzaban hasta el cielo, entre las sombras de las nubes, o tal vez ellas mismas eran nubes, casi tocando el horizonte de Occidente. Aquel día formaban una «V», abierta por la parte de arriba y unida cerca del agua. Los pájaros flotaban entre la masa de nubes más alta dentro de los portalones, y el sol, en su viaje hacia el oeste, formaba con sus rayos un arco iris.

Los dragones jugaban en la playa y al pie del acantilado en el que estábamos, y más allá pescaban para alimentar a sus pequeños, que lloraban en los nidos que colgaban bajo nosotros. Eran preciosos, azules por la parte inferior y del color plateado que tiene el mar al anochecer por el lomo. Mientras los mirábamos, los machos luchaban demostrando su fuerza. Unían sus cuellos y entonces, cabeza contra cabeza, intentaban derribar al contrario. Así es como las serpientes demuestran su fuerza, y del mismo modo hacen las serpientes del mar.

Ver a las hembras pescar era un espectáculo impresionante. Se deslizaban en el agua como cisnes gigantes, con sus enormes ojos estudiando el fondo marino en busca de bancos de peces. Cuando encontraban uno, sumergían la cabeza como una punta de flecha, seguida del enorme cuerpo. Si tenías suerte y el agua era cristalina, podías seguirlas por las profundidades mientras los peces avanzaban al unísono arriba y abajo, resplandecientes al pasar al lado de las rocas y las algas, como pequeñas agujas brillantes llenas de vida; y tras ellos la sombra de la terrorífica dragona, cazando todas las presas que necesitara para estar llena. Después salían a la superficie y regresaban a la playa, donde regurgitaban su botín para alimentar a sus crías, que las llamaban desde los nidos ocultos entre las dunas.

—¿Puedes describir esto? —me preguntó el maestro—. ¿Cómo huele el aire salado y fresco, los colores de las flores florecidas que te rodean?

—No, seguramente no podría —tuve que admitir—. Pero lo intentaría.

—Sí, pero nunca estarías totalmente satisfecha —respondió el anciano—, y la fascinación por conseguirlo te llevaría a intentarlo una y otra vez, maltratando a tu mente, cuerpo y espíritu por enfrentarlos con lo imposible. Igual que los poetas. Por eso lo hacen. Y de hecho no es ésa una vida tan mala. Pero no creo que sea la vida

que te está destinada. No, el movimiento de las estrellas, el vuelo de los pájaros, la lectura de los palos, las sombras en el agua cuando la observo, todo ello predice otro destino para ti.

»Además, te oí llamarme desde el vientre de tu madre, y por eso te traje aquí — continuó el maestro—. No puede escribirse ninguna de las cosas importantes para ti. Puedo enseñarte todo lo que necesitas aprender, y puedo guiarte por el sendero de la sabiduría, pero la única manera de entender la guerra es luchando en la batalla. E incluso entonces no lo sabrás todo, pero las opciones se te presentarán mucho más claras. La única manera de aprender cosas sobre el amor es amando y siendo amado. Y tal vez entonces el precio de ese saber te parezca demasiado alto.

»Así que, por ahora —añadió el anciano—, te he traído a ver los dragones y las montañas que pueden conducirte a la felicidad, tal y como a mí me sucedió, y otra razón de que hayamos venido es que soy un pobre anciano perezoso y quiero ver los dragones una vez más antes de morir. Ya no vienen muy a menudo a la antigua zona de anidación, y los portalones se abren cada vez menos frecuentemente.

Hablaba para sí mismo como si fuera un anciano, pero incluso yo, que no era más que una niña, sabía que no era tan mayor, aunque ya poseía una inmensa sabiduría. Muchas veces me dijeron lo afortunada que era por tenerlo como maestro. Se llamaba Dugald. No era raro que me llevara a observar diferentes cosas. Me mostró cómo los pájaros hembra cuidan de sus crías en el nido. Caminamos por los cultivos y al labrador nos contó cómo sabía cuándo estaba lista la tierra para recibir el profundo cuerno de metal, cómo podía sentir bajo sus pies si la tierra estaba lo suficientemente templada y húmeda para que al ararla se abriese sin agrietarse, y cómo al ver volcar la reja del arado dibujaba suavemente el primer surco, su corazón se henchía de alegría. Visitamos al armero en su fragua. Aprendí a montar incluso sin caballo, y comencé a adiestrarme en las armas antes de lo que puedo recordar. Éstas eran las principales artes que debía saber, pues como me dijo él, y tal y como yo sabía antes de que se me dijera nada, había nacido para la guerra, y ese oficio desempeñaría a lo largo de toda mi vida. Yo sabía que era así, y ha sido mi primer pensamiento al despertarme desde que tengo memoria. Mi primer recuerdo es cómo empezó todo, y aunque me dijeron que no debo recordar ese día primero, lo recuerdo, y no es sólo mi recuerdo más antiguo, sino el más importante que tengo y tendré nunca.



Regresaba a casa con el estómago lleno de comida para las crías cuando oyó el aullido de alarma. Era muy agudo, totalmente fuera del alcance de los oídos humanos. Rápidamente se puso en guardia. No había prestado mucha atención a su alrededor como tenía por costumbre, y se sintió desconcertado durante un momento. Los lobos no pueden preguntar «¿Qué?», el aullido de alarma no significaba más que «Atención, problemas». Tenía el estómago repleto de carne, y maldijo en el idioma

de los humanos porque no podía moverse con rapidez y se sentía somnoliento. Se escondió tras unos helechos y un pino caído; si un humano hubiera estado observándolo, pensaría que había desaparecido de repente. Las hojas apenas se movieron unos milímetros cuando se tumbó entre ellas.

La guarida se encontraba justo bajo la cima. Él y su compañera habían escogido ese lugar porque el terreno era tan abrupto que incluso los pastores evitaban pasar por allí, pero para el lobo era como el más ancho de los caminos. Rodeó la guarida subiendo a la cima, y desde allí vio a la pequeña.

No era recién nacida, pero no tendría más de un año o dos. Empezó a chillar y mover los brazos hacia los tres adultos que se alejaban; pero una vez se perdieron de vista, se quedó callada.

«Un buen sentido práctico —pensó el lobo—. ¿Para qué llorar si no hay nadie que te consuele?».

Mientras la miraba, la pequeña se volvió y gateó hacia la guarida. El aullido que él había oído provenía de allí, donde se protegían su compañera y los lobeznos. Uno de ellos, seguramente el que se distinguía por tener una pata más oscura, se había aventurado a acercarse a la entrada. El bebé asomó la cabeza y se rozaron con la nariz.

Ambos reaccionaron con gran sobresalto. La niña retrocedió rápidamente, y se oyó escarbar a la cría, escondiéndose cerca de su madre. Después la niña se sentó tranquilamente, como hacen los niños buenos, y empezó a jugar con las piedrecillas que había a la entrada de la guarida. No era una niña regordeta, sino uno de esos bebés delgados y larguiruchos que empiezan a gatear muy pronto y aprenden a caminar antes incluso de decir la primera palabra, pues no tienen que mantener en equilibrio tanto peso como sus iguales más rellenitos. Se comportan como si tuvieran mucha prisa por alcanzar su independencia.

La niña no era especialmente guapa.

Mientras la observaba, su compañera sacó la cabeza. Trotó sin dificultad hasta unirse a ella.

—¿Qué hace aquí? —preguntó de ese modo lacónico tan característico de los lobos.

—Seguramente no la quieren —respondió ella.

Él la miró lleno de escepticismo. Los lobos no son como los pájaros, no ven la necesidad de estar charloteando sin parar. El lobo se agachó para entrar en la guarida y dejar la comida que traía a sus crías, después volvió a salir.

—Iré a ver si es verdad que se han ido —dijo a su compañera—. No le hagas nada.

La hembra lo miró con una expresión que rozaba el desprecio, como si le dijera «¿Es qué soy tonta y tienes que explicarme lo que es obvio?». El lobo se alejó trotando con las orejas gachas, tras la pista de los humanos que habían llevado al bebé.

Tres de ellos, dos hombres y una mujer, habían ido directamente hasta la guarida, escalando la montaña y descendiendo nada más dejar a la niña. Seguramente la mujer era quien les había conducido hasta allí. Él ya la conocía, era Idonia.

Regresó a la guarida, en ella la hembra daba de mamar a las tres crías y al bebé humano. Les echó una larga mirada.

—Tengo suficiente para todos —le dijo ella, y bajando la cabeza se dejó acariciar por el sol.

Después de su comida, las crías y la niña empezaron a jugar por allí. Llegaron otros dos lobos pertenecientes a la manada, pero aparte de un par de parpadeos incrédulos, ninguno hizo ningún comentario, para entonces el sol ya estaba muy bajo y comenzaba a atardecer. Los lobeznos estaban hambrientos y empezaron a aullar, y lo mismo hizo la niña. Pero cuando se acercó a la hembra, ésta la rechazó con firmeza. Gateando, se aproximó hasta el líder de la manada, donde fue mejor recibida.

Empezó su misión de exploración, y unas cuantas veces el líder se vio obligado a hacer lo que los padres lobo tienen que hacer de vez en cuando: poner su pesada pata sobre la niña para evitar que le metiera los dedos en los ojos, el hocico y las orejas. Pero después de mucho intentarlo, la niña consiguió agarrarse a dos mechones de pelo, y medio subida sobre el animal, se durmió con su costado como almohada.

Los lobeznos estaban apoyados de manera parecida sobre su madre. Cuando ya era completamente de noche y el viento empezaba a ser frío, la hembra se sacudió las crías de encima, miró irónicamente al macho y su durmiente compañía, y metió a sus tres crías en la guarida. El líder de la manada la miró enfadado. Tenía las orejas tensas, luego volvió a ponerlas en su posición normal. Como no era un lobo del todo, no dejó a la niña sola. Alguno de sus hermanos podía confundir a la pequeña con la cena, un error fatal no sólo para la niña. Fueran cuales fuesen los poderes que las gentes de esas tierras estaban invocando, no les pasaría por alto la muerte de la criatura en bocas y garras de su manada, por mucho que pareciera que era lo que estaban buscando.

La hembra salió de la guarida y volvió a mirarlo con ironía (era una loba de lo más sarcástica), y se unió a los otros dos machos. Era hora de ir a cazar. Al pasar por la boca de la guarida, la hembra se quedó esperando un momento, con la cabeza gacha. Uno de los lobeznos era muy rebelde, y seguro que después de poco tiempo, el hocico asomaría por la entrada de la cueva. Sorpresa, consternación y aprensión se reflejaron en la cara de la cría. Su madre no hizo nada, se quedó allí parada, con la cabeza baja. Pero con eso era suficiente. El lobezno se deslizó dentro otra vez lloriqueando suavemente para disculparse, y los tres lobos se alejaron en la noche de caza.

El gran lobo gris continuó sentado inmóvil en la oscuridad, con la niña dormida apoyada en él, hasta que le llegaron los ruidos lejanos de humanos caminando entre los árboles bajos y los matorrales que poblaban la ladera de la montaña. Entonces,

alejándose de la niña tan suave y cuidadosamente que ésta no se despertó, se confundió entre los matorrales de malvas que cubrían las rocas de la cima. Pocos minutos después, los humanos llegaron, alumbrándose con antorchas, y se quedaron mirando a la niña, que dormía.

Eran dos hombres y una mujer los que habían salido al claro de delante de la guarida. Uno de los hombres era de mediana edad, con cabello oscuro y una barba salpicada de canas. El otro tenía formas apolíneas; joven, rubio, delgado, de gran musculatura y tobillos y muñecas estrechas, hombros anchos y la tez pálida y luminosa de las gentes del norte. La mujer, Idonia, era ya mayor, pero el lobo sabía que no tanto como parecía. Tenía el rostro surcado de profundas arrugas, los ojos hundidos y los párpados caídos. El cuerpo delgado y la piel curtida por las inclemencias del tiempo. Sobre un vestido azul oscuro vestía una túnica con un complicado estampado a base de llamas y oro, un arco iris en tonos rojos en la parte inferior que se mezclaba con el azul intenso de la parte superior.

El hombre moreno se arrodilló y cogió a la niña, que no se despertó.

—No me lo puedo creer —dijo el joven rubio—. No le han hecho nada.

—¡Sssshh! —susurró Idonia, y tocó los labios de la niña con el dedo—. Leche. Ha mamado de una hembra lobo.

Alzó los brazos al cielo en lo que parecía un gesto ritual, y el lobo pudo ver que llevaba un endrino en su mano derecha.

—Es la elegida —dijo la mujer.

—Has perdido el juicio —la contradijo el joven rubio—. Está bien, los lobos no le han hecho nada; pero ¿qué prueba eso? Todas esas historias no tienen ningún sentido.

—Si lo dices tú... —le respondió el otro hombre. Parecía que no estaba muy dispuesto a ponerse a discutir.

—¡Sssshh! —lo interrumpió el joven con suavidad—. Quedaos quietos. Voy a intentar alcanzarlo. Nos está observando.

Tenía una pequeña ballesta colgada del cinturón.

El lobo sabía que lo habían descubierto. El joven rubio le miraba a los ojos. El animal pegó su cuerpo aún más contra el brezo y se consideró a sí mismo un tonto. Sus ojos habían brillado a la luz de las antorchas y el hombre lo había visto. Era joven y además parecía rápido. Un segundo después ya tenía la mano sobre el muelle. El lobo había calculado mal. Pensaba que el joven alzaría el arma para disparar, dándole un segundo o dos para saltar a derecha o a izquierda, y así tener el cincuenta por ciento de posibilidades de escapar con vida; pero el desgraciado iba a disparar desde la posición en que lo tenía, sobre la cadera.

Pero en cuanto tocó el arma, el virote fue a dar en el suelo sin llegar a hacer ninguna presión en el muelle. El lobo se levantó rápidamente y descendió hasta una pequeña alameda que había más abajo. El joven maldijo.

—Lo he perdido. Se me ha debido de deslizar la mano. Qué se le va a hacer. —Se

agachó para recoger la flecha hundida en la tierra a sus pies.

—No la vuelvas a cargar —le dijo Idonia.

El joven la miró con expresión ofendida, parecía peligroso.

—¿Acaso me estás diciendo lo que tengo que hacer?

—Me parece que eres un invitado de mi pueblo, y ¿ofende un invitado a su anfitrión?

—No —intervino el hombre moreno—, no lo hace, si es lo suficientemente listo.

Las miradas de los dos hombres se encontraron.

—No era más que un lobo.

—No más que un lobo —repitió el hombre moreno.

—Ése era el Vigilante Gris —intervino Idonia. Se agachó, recogió el virote y lo lanzó a la oscuridad.

El joven la miraba furioso.

—¿Qué? ¿Bautizas a las alimañas que te roban las ovejas?

—Esos lobos nunca nos robaron ovejas, ni niños tampoco. Volvamos, está empezando a hacer frío.

La niña tiritó en brazos del hombre moreno, que la envolvió en su manto con ternura.

Desde su posición entre los árboles, el lobo los vio alejarse. No creyó ni por un momento que la mano del joven rubio se hubiese deslizado sin querer. Alrededor de Idonia siempre pasaban cosas demasiado extrañas para que lo creyera. La cola del gran lobo gris se movía a derecha e izquierda, y vuelta a empezar, señal de gran agitación. Regresó a la guarida y comprobó que los lobeznos se encontraban bien. Seguían todos dormidos, incluso el más aventurero. Su compañera y sus hermanos podrían alimentarlos sin ningún problema. El lobo comenzó a descender la colina en dirección a la Casa del Halcón.

Se movía con la suavidad con la que los lobos se mueven, recordando que había dejado sus ropas y armas en el tronco de un árbol hueco. Hacía años que no las utilizaba. Había deseado no tener que utilizarlas nunca más, y derrochó con unas cuantas maldiciones propias de los humanos (sólo mentalmente, ya que un lobo nunca se expresaría en esos términos) parte de su energía. Bajó la cabeza y continuó caminando.



Idonia lo vio sentado ante una mesa baja en la entrada, cerca de la puerta. Tenía expresión agresiva y una cerveza ante él. Lo reconoció de inmediato, aunque sólo lo había visto unas pocas veces, y muchos años atrás. Acababa de volver con sus dos acompañantes y la pequeña... Se dio cuenta de que debía haberlos seguido. Idonia preguntó a su ayudante quién era, para saber con qué nombre se había presentado.

—Dijo llamarse Maeniel, y parece un vagabundo por sus ropas y un héroe por sus

armas. Y huele a moho, sólo se me ocurre que ha salido de la tumba para venir a visitaros.

—Gracias, Crerar —le dijo Idonia. Después, con un silencioso gesto de reconocimiento, se acercó a Maeniel y lo saludó—: Maeniel, siempre te había llamado el Vigilante Gris.

Él se levantó e hizo una amable reverencia, después preguntó:

—¿A qué estás jugando, mi señora, dejando a un bebé en un lugar tan peligroso? Sabes muy bien que yo no le haría daño, pero no podría responder por el resto de los miembros de mi familia.

—Cuando dijeron que querían dejar a la niña con los lobos, enseguida pensé en ti.

—Podría sentirme halagado, pero no se me ocurre por qué debería estarlo —respondió Maeniel.

Idonia rió entre dientes.

—Únete a mí en la mesa principal. Tu rango lo exige. Además, quiero que conozcas a Dugald y a Titus. Dugald es el moreno. Es el encargado del cuidado de la niña.

—¿Y Titus?

—Un sajón romanizado. —Idonia hizo una mueca de desprecio con los labios—. Dugald está convencido de que aún puede tratar con los bárbaros a pesar de su traición.

—Gracias por controlar su ballesta.

—No estuvo nada mal, ¿verdad? —respondió Idonia con voz suave.

El gran salón estaba en penumbra. El hogar que estaba en el centro de la estancia desprendía una luz incandescente a través de la fina capa de cenizas. Fuera, el viento se levantaba y ambos podían oír el oleaje del mar. La marea estaba bajando, y la oían rugir y murmurar en la distancia. El viento que soplaba desde el mar azotaba el edificio como pesados martillazos.

—¿Se acerca una tormenta? —preguntó Maeniel.

—Sí. Las he convocado cada noche desde... —Escupió en el suelo de piedra—. Esa sabandija rubia del sajón está aquí. Preferiría mil veces cenar con los lobos. Los lobos pueden exigir su parte de la presa, pero no necesitas cubrirte las espaldas cuando estás entre ellos.

—Cenaste con nosotros más de una vez.

—Sí, y nunca temí la traición. Crerar, sienta a mi amigo a mi lado en la mesa principal —dijo Idonia a su ayudante—. Vamos a ver a la pequeña.

Maeniel se terminó la cerveza y la siguió.

Cuando volvieron, el salón ya estaba listo para la cena. En cada muro ardían antorchas. La mesa principal estaba dispuesta de tal manera que formaba una herradura alrededor del hogar. Los tapices que narraban la historia del clan del Halcón resplandecían sobre los muros de la estancia redonda, sus colores intensos brillaban en las sombras. La ebanistería se veía realzada con imágenes pintadas,

combinando exóticas fieras y plantas trenzadas en macramé, todo ello pintado en rojo, verde, dorado, azul, naranja, lavanda, violeta y otros colores para los que un lobo ni siquiera tenía nombres. Tras el gran banco situado en el extremo de la mesa más próximo al hogar, el halcón lanzaba un grito, las alas extendidas, la cabeza alzada y el pico abierto.

Idonia, Dugald y Titus el Sajón se sentaron juntos bajo la protección de las alas del halcón. El resto del clan ocupó su lugar en la mesa más baja para disponerse a tomar su comida principal del día.

—Puedo dar a todo mi pueblo una comida con carne todos los días —le explicó Idonia a Maeniel orgullosa—. Este año y el anterior han sido muy buenos.

Una de las muchachas que servían la cerveza y el aguamiel dio un chillido y se alejó de la mesa apresurada. Idonia fijó sus ojos gélidos en Titus.

El joven rubio soltó una carcajada.

—Es toda una belleza —dijo.

La muchacha enrojeció. Idonia se acercó hasta ella y le cogió de la mano. La joven agachó la cabeza cerca del rostro de Idonia. La anciana le susurró algo y la muchacha asintió y se alejó.

—Un pequeño consejo, por si te molestas en escucharlo —dijo Dugald dirigiéndose al sajón.

—¿Cuál es?

—Las muchachas de esta casa son todas hijas de buena familia. Vienen aquí en busca de un buen casamiento.

—Lo más probable es que en este momento el padre de la muchacha esté observándote —dijo Idonia—. Se encuentra sentado entre las demás gentes de mi pueblo. Así que si tus planes inmediatos no incluyen casarse, te aconsejo vehementemente que dejes las manos quietas.

El rostro del sajón enrojeció de rabia.

—Debería sentirse halagada —masculló.

—Seguramente —dijo Maeniel—, pero quizá no. E incluso siendo así, los hombres de su pueblo no compartirían ese sentimiento. Escucha a Idonia. Está haciendo lo posible para que no tengas problemas.

El sajón sonrió y dijo en latín:

—Estos salvajes y sus pretensiones... Todos saben que carecen de moral. El mismísimo César afirmó que compartían a sus mujeres.

Maeniel le respondió en un latín aún más correcto, ya que su dialecto era más puro que el sajón había aprendido.

—¿Qué oyen mis oídos? ¿Te consideras un romano? En los tiempos en que yo conocí a los romanos, te habrían condenado al circo, donde tendrías que morir valientemente para su entretenimiento.

Esta vez el sajón palideció, y deslizó la mano hasta la empuñadura de su espada.

—Y César se equivocaba. Es cierto que las costumbres de esta gente sencilla no

son las mismas que las vuestras y las de Roma, pero a su manera respetan y dedican grandes honores a sus mujeres, en especial a las jóvenes como ésa.

El sajón sujetó con más firmeza la empuñadura de su espada.

—No hagas eso —se le adelantó Maeniel—. Te arrebataré la espada y te la haré tragar.

Después sonrió al sajón con una sonrisa tan amplia que dejaba ver todos los dientes.

Idonia estaba sentada entre el sajón y Maeniel. Éste sabía que la mujer no comprendía sus palabras, pero sí identificó la hostilidad que había en ellas y que había retado al sajón. Su expresión demostraba enorme satisfacción.

Dugald miraba para otro lado, por lo que Maeniel pensó que también debía de estar sonriendo. En ese mismo momento llegó la comida y todo el mundo se preocupó por conseguir lo que más le gustaba. La muchacha a la que el sajón había molestado sirvió a Maeniel con gran solemnidad el plato más succulento. Dugald parecía sorprendido, y el sajón simplemente furioso. Idonia tenía más bien una expresión malhumorada. El plato consistía en una paletilla de jabalí con membrillo, miel y zanahoria. Comenzó a oírse un murmullo de voces en la mesa principal. Maeniel se levantó. Hizo una reverencia primero a las personas allí reunidas, después a Idonia y a continuación a la muchacha, que le respondió con otra reverencia. Volvió a sentarse, cortó un trozo de carne para sí y dejó el resto a los demás.

Idonia se sirvió también, y lo mismo hizo Dugald. El sajón, en cambio, no quiso.

Maeniel se sentía satisfecho. Sonrió a la muchacha y ésta le dedicó una nueva reverencia. Cuando pasó a su lado, le rozó con los dedos la muñeca y los deslizó suavemente por el brazo hasta el hombro. Después se alejó para sentarse a la mesa en compañía de su familia.

Los ojos de Maeniel la observaron con admiración mientras pasaba. Era una muchacha muy bonita, de pelo castaño oscuro como un roble centenario y tez muy pálida, casi del color de la leche.

—Mmmmm —dijo.

Idonia rió, luego le susurró:

—Esta noche será tuya. Ya he hecho los obsequios necesarios a su familia, pero esperarán que seas generoso por la mañana.

Sus palabras hicieron enrojecer a Maeniel.

El jabalí pronto desapareció, pero fue sustituido por un venado, una becada, pescado, tres tipos de sopa, añojo asado, galletas de avena y pan de cebada.

A Maeniel, al que le gustaba la carne de cerdo pero que ahora sólo podía comerla cocinada, le gustó especialmente el añojo, y se entretuvo pensando en cómo ser generoso al día siguiente. De ningún modo iba a rechazar la hospitalidad de Idonia. El broche que sujetaba su manto era el único objeto de valor que poseía. Era de oro con rubíes, granates y ámbar engarzados, del tamaño de la palma de una mano de hombre, y fácilmente podía alcanzar el valor de la tierra que necesita una familia para

alimentarse, alrededor de los cien acres. Sí, eso serviría.

La muchedumbre del salón se ocupaba de un asunto de tal importancia como es comer tanto como fuera posible, pero pronto Maeniel se dio cuenta de que el sajón lo observaba con disimulo, y no era el único. Cada uno de los asistentes fijaba su atención en él cada cierto tiempo. Idonia le había dado un lugar de honor a su lado, había recibido los mejores platos y se le habían dedicado muchas atenciones especiales. Si es que conocía un poco a los humanos, sabía que por lo menos la mitad de aquellos que lo observaban eran conscientes de que esa noche disfrutaría de exquisita compañía en su cama. Pero Idonia no lo había presentado, ni siquiera había dicho a nadie su nombre. Todos los presentes en el salón, incluso el desagradable sajón, debían de morirse de curiosidad.

Después de un tiempo, hasta los más ancianos y lentos comiendo se sintieron saciados. Las mismas muchachas que habían servido la comida al inicio de la cena servían ahora la bebida. La joven de cabello oscuro fue hasta Maeniel con una jarra de plata rebosante de hidromiel. Sirvió un poco en su copa y le sonrió, a continuación le rozó la mejilla con los dedos delicadamente pero con un gesto posesivo.

Maeniel le devolvió la sonrisa y le ofreció la copa. La muchacha bebió y se la devolvió. Besó el sitio por el que ella había bebido, y después también bebió. La joven sacudió la cabeza hacia atrás, apartándose la larga cabellera, y regresó al lugar que ocupaba con su familia.

Maeniel suspiró profundamente.

El sajón le lanzó una mirada llena de odio.

Dugald volvió a mirar hacia otro lado, era demasiado educado para reírse abiertamente.

Idonia se levantó, era hora de ocuparse de sus obligaciones. Si había alguna disputa seria entre sus gentes, un negocio o una boda importante pendiente o incluso el nacimiento de algún niño, ése era el momento de plantárselo. Quizá no se solucionase en ese preciso momento y lugar, pero era cuando se le presentaban los casos y ella se ponía al corriente de la situación.

Comenzó a caminar por la parte exterior de la mesa principal, saludando a todas sus gentes, desde el anciano de pelo más cano hasta el niño más pequeño.

Maeniel se recostó en su asiento y la observó, preguntándose cuánto tiempo había pasado desde que se encontraron por primera vez. En su juventud había sido una muchacha muy bella. Nunca se había molestado en contar los años, pero ahora ella era ya mayor, aunque aún se adivinaba la sombra de lo que una vez había sido. Maeniel sabía que la mujer había sobrevivido, si no a todos, a la mayoría de los humanos y a todos los lobos. Eso lo intranquilizaba, sobre todo si se trataba de alguien que había conocido de niño y había ido envejeciendo, cada vez más curvado y marchito por el paso de los años. Lo hacía ser más consciente de su propia edad.

Muchas veces parece que los ancianos se dividen en dos tipos: los escuálidos y los patosos. Idonia pertenecía a la categoría de los escuálidos: alta, flaca y de piel

curtida. Su rostro era cadavérico, de ojos hundidos, pero la boca aún era expresiva y agradable. Además, conservaba la mayor parte de los dientes.

Hizo un recorrido por la sala mientras todos bebían, y después volvió a situarse ante el gran banco. Alzó los dos brazos y su silueta se recortó contra el resplandor del hogar central.

—Bebamos por nuestros invitados y una buena comida.

Idonia había terminado su discurso y todas las personas sentadas a la mesa golpeaban la superficie de madera con las copas, los platos y los puños. Sólo el lobo oyó el crujido entre las vigas.

Se levantó y desenfundó la espada antes incluso de darse cuenta. Iba a matar al sajón en primer lugar, pero después se detuvo durante unos segundos.

Su mirada se encontró con la de Dugald, que lo miraba boquiabierto, al igual que Idonia.

—¿Es que no lo ha oído nadie? —gritó, rompiendo el repentino silencio.

En ese momento los cuervos echaron a volar, sobrevolando el salón justo por encima de las cabezas de todos los sentados a la mesa. Los cuervos son pájaros de gran tamaño, y su sombra cubría a todo el mundo.

—¡Contra los muros! —gritó Idonia—. ¡Nos atacan!

El sajón se levantó.

—Juro que... —empezó a decir.

—Maldito traidor —le dijo Maeniel, pero no se atrevía a utilizar la espada que sostenía y violar la hospitalidad de Idonia.

Dugald se encargó de matar al sajón.

Maeniel nunca llegó a saber cómo, sólo pudo ver al sajón cayendo como un guiñapo a sus pies.

—Gracias por distraerlo —le dijo Dugald tranquilamente, mientras limpiaba la daga con la manga.

La guerra era una constante, las armas siempre estaban cerca de los humanos, ya fueran hombres o mujeres. Todos corrían hacia las cuatro puertas del salón que daban al patio. Los atacantes trepaban por la empalizada que rodeaba la estancia.

Idonia se detuvo un momento junto a Maeniel y Dugald.

—Coged a la niña. Ella es más importante que la vida de todos nosotros, es lo más importante de todo.

Maeniel y Dugald se preparaban para enfrentarse a los enemigos, pero Idonia alzó la mano y gritó.

—¡Deteneos!

—¿Que nos detengamos? —gritó a su vez Dugald—. ¿Detenemos para qué? Estaremos a su merced de un momento a otro.

—Deteneos —ordenó de nuevo Idonia, con voz semejante a un fuerte chasquido.

Los atacantes cubrían la empalizada de madera, apiñándose como los lobos de una manada cuando finalmente el ciervo que estaban persiguiendo pierde el equilibrio

y cae a tierra.

Idonia se dio la vuelta y levantó los brazos, en ese momento la muralla comenzó a arder. Los atacantes saltaban, alguno de ellos envuelto en llamas. Las gentes de Idonia cargaron contra ellos con cualquier cosa que hubieran podido coger en el momento. Un hombre se lanzó al ataque tras Maeniel blandiendo una jaula, pájaro inclusive. Toda la empalizada estaba envuelta en llamas, un anillo de fuego que rodeaba la Sala del Halcón. El pueblo de Idonia logró acabar con los pocos atacantes que habían logrado cruzarla, pero por encima de las murallas empezaron a llover flechas mortíferas. Los defensores de la sala intentaban ponerse a cubierto como podían.

—Ayudadme —gritó Idonia, y corrió hacia el césped que crecía enfrente de la puerta principal.

Comenzó a enrollarlo como si fuese una gruesa alfombra, ayudada por Maeniel así como por el resto de hombres, y poco después apareció ante sus ojos una trampilla. Antes que acabaran de retirar el césped ya llegaba hasta él el gélido aire marino con la fuerza de un vendaval, con intensidad comparable a la del calor que desprendía la empalizada en llamas.

La ráfaga de aire alcanzó el fuego, dándole mayor fuerza, y las llamas se alzaban aún más poderosas hacia el cielo. Las flechas, como bandadas de pájaros atrapadas en una tormenta de fuego, caían al suelo totalmente inofensivas; pero, mientras, lo que sí seguía suponiendo un peligro era el avance del fuego.

—¡Rápido! —gritó Idonia—. No hay tiempo que perder.

Se movía con agilidad, seguida por Maeniel, Dugald y todos los demás. Descubrió las entradas de tres túneles más, uno en cada punto cardinal. Cuando ya estaban todos abiertos, el fuego alcanzó el talud y la zanja que había debajo, y las llamas rodearon la estructura de madera que sujetaba al suelo los postes de la empalizada.

—¿Qué pretendes, mujer? —gritó Dugald—. Nos matará a todos, nos quemaremos vivos allí abajo.

El fuego ardía con intensidad, nada podría traspasarlo. Las flechas que lanzaban los atacantes desde el exterior simplemente se desintegraban entre las llamas nada más llegar al aire ardiente que envolvía los maderos.

—Siempre he dicho que las mujeres más viejas y tontas son hombres —le respondió Idonia—. Mira al tejado del nido del halcón.

Dugald miró, y lo que vio no fue el típico tejado hecho de juncos, sino césped, que en el clima frío y húmedo del Norte de Britania crece con la misma facilidad en la tierra que en los tejados. Los muros eran de madera, pero estaban reforzados con piedra. Las mujeres, en un arranque de disciplina, ya estaban enfriando las vigas con calderos de agua que sacaban del pozo.

—Todos saben qué deben hacer —gritó Idonia, y añadió señalando a uno de los túneles—. Y si, Dugald, te preocupa la idea de acabar quemado, vete a disfrutar de la

brisa marina.

El cuervo que les había alertado apareció sobre sus cabezas, descendió y se posó al lado de Maeniel. Volaba entre sinuosos silbidos.

—Suenan como una bolsa llena de serpientes —dijo Dugald—. ¿Es un pájaro de verdad?

—Demasiado de verdad —respondió Maeniel mirando al pájaro con preocupación—. Y te prometo que ese sonido es tan agradable viniendo de un pájaro como de un hombre.

—¿Cómo llegaron hasta aquí?

—En barcos —dijo Maeniel, escuchando atentamente al cuervo.

—¿Qué tipo de barcos? ¿De dónde vienen? —preguntó Dugald.

—Es un pájaro —señaló Maeniel.

El cuervo hizo un sonido estridente, casi una carcajada, y después se posó en el hombro de Maeniel. Picoteó la camisa y después emitió más sonidos. Maeniel tradujo lo que decía.

—Él y sus compañeros encontraron un barco encallado más o menos a una milla de la playa. Estaban disfrutando de su cena, unos cuantos peces, cuando llegaron los hombres en un velero empujado por las suaves corrientes de la marea alta. Eran más que sus plumas de la cola y las dos alas juntas. Todavía no son demasiados —dijo dirigiéndose a Idonia.

Los hombres regresaban del salón armados, esta vez de manera más convencional: mallas, corazas de piel, espadas, lanzas y escudos. Uno a uno iba descendiendo a los túneles.

—Conducen a cuevas marinas que hay cerca —explicó Idonia—. Supongo que nuestros invitados inesperados estarán ansiosos de que el fuego se consuma para echarse sobre nosotros. ¿No se sorprenderán un poco cuando se encuentren una cuadrilla de hombres furiosos bajo ellos?

Maeniel corrió tan pegado a las llamas como pudo, cogió uno de los cadáveres por la pierna y lo tiró en el salón. A duras penas se distinguía que se trataba de un ser humano, pero sus armas eran fáciles de reconocer.

—Las legiones ya se han retirado —dijo Dugald—, pero su recuerdo persiste.

—Romanos —gruñó Idonia.

—Tropas auxiliares —dijo Maeniel—. ¿Sajones?

Dugald se encogió de hombros.

—Sajones, francos, vándalos, ¿quién sabe? Vienen a servir a los terratenientes, que entienden la vida como si estuvieran en un imperio, y se hacen con todo lo que pueden.

El cuervo abandonó el hombro de Maeniel y comenzó a investigar el brazo del cadáver.

—Por lo visto sabe a carne asada —dijo Idonia riéndose.

—La verdad es que es el cuervo el que... —dijo Maeniel, e hizo un sonido agudo

al animal. El pájaro le dio la espalda, extendió la cola como un abanico y se concentró en lo que hacía.

—Parece... —empezó a decir Dugald.

—Lo es —le dijo Maeniel.

—Entonces dejémoslo solo. También ese cerdo asado no era más que un carroñero que venía a picotear los huesos de mí amado Albion. Dejemos que ahora reciba lo mismo a cambio. Al menos así sirve para algo, que es algo que no se puede decir de la mayoría de ellos, al menos no cuando están vivos.

El odio que se desprendía de su voz hizo estremecerse a Maeniel.

—No son importantes —intervino Idonia mientras una compacta fila de hombres bien armados descendía al túnel—. Apuesto a que la mayoría ya estarán muertos al anochecer; pero, Dugald, tienes que huir con la pequeña. Sea quien sea quien mande a esos hombres, enviará más. Somos demasiado pocos para asegurarnos de que estará a salvo, y ella es importante. Lo noto. No, esa palabra no es suficiente, «notar». Lo sé. Debemos protegerla. Huye al norte, más allá de la gran cañada, donde los romanos nunca llegaron a poner un pie.

—Pero, Idonia, quiero que reciba una educación, que conozca las costumbres romanas por si decide hacerlas suyas. Idonia, sea lo que sea lo que pensemos de ellos, han hecho cosas maravillosas. Cosas que nunca caerán en el olvido, y mucho menos podrán ser superadas. Sus libros, la poesía, la música, esculturas magníficas, casas de mármol y cedro, suelos de mosaicos, vías empedradas por las que parece que los carruajes vuelan. Necesita conocer y comprender todas esas cosas. Tiene que aprender griego para profundizar en las raíces de ese pueblo y...

—Estás cegado por la locura, ¿no ves que los asesinos que enviaron a estos inútiles quieren masacrar a mi pueblo y acabar con la vida de la pequeña antes incluso de que empiece? —gritó Idonia—. ¿Has olvidado lo que hicieron a tu orden? ¿La destrucción del santuario en Mona?

—Eran paganos —respondió Dugald piadosamente—. Hasta que escuchamos la palabra de Patricio, todos nosotros éramos...

—Me aburrís —le interrumpió Maeniel—. Podrían habernos matado a todos y habríamos perdido a la niña, pero justo cuando hay una tregua en medio de la batalla, os enzarzáis en una discusión... Vuestro pueblo está muy débil. Decidme, cuando huyan, porque acabarán huyendo, ¿adónde irán?

—Supongo que volverán a sus barcos —respondió Idonia.

—Sí, y cuando lo hagan yo les estaré esperando.

El cuervo comía de forma voraz. Maeniel apartó el cadáver de una patada.

—Vamos, tendrás todo lo que quieras.

El pájaro echó a volar entre lloros de indignación, y comenzó a maldecir a Maeniel en Lengua Tercera de Cuervo bastante aceptable.

—¿Por qué no aprendes Lengua Segunda? —preguntó Maeniel.

—No soy de allí —le respondió el cuervo.



CAPÍTULO 3

Al día siguiente el lobo encontró a Dugald viajando solo a través del páramo. Llevaba a la niña en brazos. Maeniel se detuvo y se sentó en medio del camino, con la cola hecha un ovillo.

Dugald también se detuvo, lo estudió, y después se acercó a una piedra plana cubierta de líquenes que había cerca. Se sentó, con la niña dormida apoyada en su hombro. Se apartó parte del manto, lo extendió sobre la piedra y cubrió con ternura a la niña. La pequeña siguió dormida chupándose el pulgar.

El cielo estaba prácticamente despejado. La brisa era agradable. Provenientes de un acantilado cercano, se oían los sonidos del mar. Los dos podrían asegurar que la marea estaba subiendo por el ruido que hacían las olas al golpear los guijarros de la orilla, y los dos serían capaces de decir cuándo subiría la pleamar y en qué momento comenzaría a bajar.

El lobo apoyó las patas delanteras en la piedra y alargando el cuello empezó a olfatear al bebé. Estaba sano, y aunque llevaba ropas de niño y el pelo muy corto, era una niña. El lobo podía saber por la información que recibía su olfato que llegaría a ser una mujer formidable, una criatura que habría que tener en cuenta. No había signos reveladores que le dijeran que padecía de algo, una enfermedad que acabara con ella, o algo que detuviera su desarrollo y la dejara tullida antes de alcanzar todo su potencial. No, si a esa criatura se la alimentaba como era conveniente, se le daba abrigo y protección, disfrutaría de la misma vitalidad a los ochenta años que ahora mismo. Podía saber todas esas cosas del mismo modo que sabía, cuando estudiaba a sus presas, cuáles eran las más vulnerables y en qué medida.

Saltó al suelo y se alejó trotando. Desapareció entre los suaves brezos, la hierba ya alta y los robles que cubrían el acantilado. Dugald no se movió de donde estaba, al lado de la niña que dormía.

Un momento después, un hombre salió de los arbustos, se sentó junto a Dugald y empezó a colocarse las polainas. No llevaba espada.

—Idonia y yo discutimos —dijo Dugald—. Una pelea en serio, y me echó.

—Sí, ya lo sé —respondió Maeniel.

—Es interesante. ¿Cómo lo sabes?

Maeniel lo miró larga y pausadamente, una mirada de lobo.

—Mi olfato me lo dijo, eso y otras cosas.

—Claro, puedes oler el miedo. Hasta los perros lo hacen.

—No hagas ostentación de tu ignorancia o intentes insultarme. No soporto a los tontos y los insultos me irritan.

Dugald se sonrojó.

—Lo siento. He descargado en ti mi preocupación. Me disculpo por ello.

—No lo sientes y no te disculpes. ¿Sabes lo que más me molesta de tu orden?

—¿El qué?

—Los aires de grandeza. La idea tan arraigada en vuestra cabeza de que el resto de la humanidad no es más que un montón de bestias asustadas por vuestros conocimientos superiores e impacientes porque dirijáis sus vidas. En ese aspecto sois como los romanos a los que tanto admiráis. Ambos tenéis la más absoluta de las certezas de vuestro derecho a gobernar, a esclavizar, a explotar a todos aquellos que consideráis inferiores.

Las mejillas de Dugald estaban ardiendo, sentía cómo crecía la furia en su corazón. Se puso en pie para coger a la pequeña y alejarse de aquel lugar.

—No —dijo Maeniel, cogiéndolo del antebrazo con fuerza—. Te quedarás aquí, al igual que yo, y los dos discutiremos los planes que tienes para la niña. Conozco a Idonia desde hace tiempo y si ella dice que la niña es importante, yo la creo. Me convertisteis en parte de todo esto en el momento en que dejasteis a la niña ante mi guarida, amenazando a mis lobeznos. Bien, ahora estoy aquí y no estoy dispuesto a irme sin más, así que no lo haré, druida. Creía que en este santuario de la naturaleza había logrado escapar de los problemas del mundo; pero ya veo, vi cuando me encontré con Idonia, que no es así. Por eso he vuelto para participar de nuevo en las luchas de los humanos. De esta manera había de ser si tengo el más mínimo aprecio a Idonia y a su esposo, Malcolm.

Tras estas palabras soltó el brazo de Dugald.

Dugald hizo la señal de la cruz y suspiró aliviado.

—Veo que no hay que menospreciarte.

—Ni tampoco lo contrario. Por favor, aparta esa maldita daga. Supongo que es con la que mataste al sajón.

Dugald se miró la mano.

—Vaya, lo siento. No me había dado cuenta de que todavía la llevaba. —La daga desapareció entre sus ropas—. Preferiría que no utilizases ese nombre.

—¿Cuál?

—«Druida», y no disimules conmigo. Ya no nos llamamos así desde que Patricio vino a Irlanda y trajo el mensaje cristiano.

—Es cierto, ya no sois más que monjes cristianos —dijo Maeniel sonriendo.

—Sí.

—Unos monjes muy poderosos, pero al mismo tiempo hombres santos.

—Sí. Quien porta la palabra de Dios es siempre muy poderoso.

—Raptaste a la niña.

Los ojos de Dugald miraron en todas direcciones, pero no quisieron encontrarse

con la mirada de Maeniel.

—Raptaste a la niña y discutiste con tu señor, Merlín. Él es quien te persigue.

—Sí, no, sí y sí.

—¿Y eso significa...?

—Merlín se llevó a la criatura. Está predestinada a ser reina. Pero la madre de la pequeña mandó buscarme. Es una descendiente de Boudicca, la gran reina guerrera de los icenios. No acataba las leyes romanas, y hasta no hace muchos años vagaba con sus armas y guiaba a sus hombres en la lucha. Pero la niña fue fruto de un embarazo inesperado a mediana edad, y no se la quería entregar a Merlín para que la criara e hiciera de ella la esposa adecuada para el hijo de Uther Pendragon.

»Porque eso era lo que Merlín pretendía —continuó—. Ése es su deseo y el del grupo de sacerdotes que dirige en busca de la unión de los señores de Britania y los guerreros sajones que dominan sus defensas contra los pictos, los irlandeses y las tribus de más allá de la muralla y del otro lado del mar. Vuelven la espalda a las antiguas costumbres y dirigen sus miradas a Roma. Dice que ha funcionado con los bárbaros en el continente y que lo mismo pasará aquí, pero yo no estoy de acuerdo.

—¿Y por qué no te enfrentas a él abiertamente? —le preguntó Maeniel.

Dugald se echó a reír. A su lado, la niña se revolvió. Sobre sus cabezas el cielo estaba cada vez más nublado, y el sol no podía traspasar las nubes cada vez más espesas. La pequeña tenía frío.

—La piedra está fría —dijo Dugald.

La niña ocupaba casi todo el manto de Dugald, y Maeniel la tapó mejor con parte del suyo.

—Cuando Patricio, bendito sea su recuerdo, vino a Irlanda a enseñarnos la palabra de Cristo, su adversario, el rey de Connacht, murió. Según se dice se cayó desde una gran altura. Hay ruedas dentro de ruedas, normas sobre cómo han de hacerse las normas, y leyes sobre otras leyes —dijo Dugald.

—¿Y?

—Me has acusado de ser arrogante. Es cierto, lo soy. Lo somos. Pero tenemos motivos. Para que nuestra orden pueda seguir adelante, tiene que haber unanimidad de opiniones sobre algunos temas importantes. El perdedor en esos debates debe morir junto con todos sus seguidores.

—¿Patricio venció, se aceptó a Cristo y su palabra, y el perdedor fue lanzado desde una gran altura? —preguntó el lobo.

Dugald apartó el rostro de la mirada del lobo y dejó que el viento lo golpeará. Muy alto, un halcón llamaba a sus compañeros, con un sonido áspero les decía que estaba cazando.

—No, no lanzado. Lanzado, no. Nadie tocaría a ese hombre. La sangre del culpable cubriría al asesino. Pero el perdedor sabía qué debía hacer.

—¿Cómo lo sabes? No pudiste ser testigo. Dugald tenía aspecto sombrío.

—¿No? ¿No estuve presente?

Maeniel notó que se le erizaban los cabellos. Sabía que esos hombres estudiaban el modo de volver a vidas pasadas. Se preguntó si se hallaba ante uno de esos hombres.

—Ya comprendo.

—No, no puedes. No, si no has realizado nunca ese viaje. Pero para poder continuar, me encuentro en esta posición respecto a Merlín.

—Supongo que una persona en esa situación debe de sentir una soledad inmensa, ya que tiene que hacer desaparecer sus ideas con él. No serán muchos los que quieran acompañarlo en su suerte.

—Ninguno —asintió Dugald.

—Así que, ahora te encuentras aquí, solo con una niña raptada, no sólo perseguido por los sajones, sino también por el poderoso líder de vuestra secta.

—Lo has entendido perfectamente, mi buen amigo. Es cierto, él la ve como la madre de la desgracia, el desastre agazapado esperando su momento, una descendiente de Boudicca. La niña pertenece a la realeza más pura; pero, como todos los desgraciados descendientes de la reina, también es la más desafortunada y está condenada. Por eso, si yo muero, ella morirá conmigo. No puedo abandonar, porque el primero de los sacrificios para que ella continuara con vida fue el de su madre. Una gran mujer, que murió confiando en mí.

—Te ofreceré toda la ayuda que pueda —dijo el lobo—. Ven conmigo, quédate en mi casa, mi compañera gris tiene leche suficiente. Nunca pudo saber lo que pensaba responder Dugald, porque en ese momento aparecieron los soldados y los rodearon. Su líder, un joven rubio de sonrisa burlona, sostenía la punta de su espada contra la garganta de Maeniel.

—Una niña preciosa —dijo el joven—. ¿A quién debo dirigirme como su madre? Maeniel sonrió.

—Por ejemplo, a mí.

El joven le devolvió la sonrisa.

—Es sorprendente que tú mismo reconozcas no ser hombre.

Retiró la espada unos milímetros y Maeniel pudo adivinar la estocada en sus ojos. El joven guerrero dio un paso hacia delante. La espada debería haber atravesado la garganta de Maeniel, pero éste ya no estaba a su alcance. Un instante después, Maeniel volvió a aparecer agarrando al joven por su larga cabellera y con la espada de su enemigo en la mano, sosteniéndola contra su garganta.

Dugald había cogido rápidamente a la pequeña y observaba con ojos nerviosos todo lo que sucedía.

—Atrás, todos vosotros —ordenó Maeniel—. De lo contrario os entregaré la cabeza de vuestro jefe.

—Cretinos —dijo el joven—. Ya conocéis las órdenes. Matadlo.

Maeniel echó la cabeza hacia atrás y el filo de la espada mordió el cuello del guerrero. La sangre salió a borbotones y tiñó de rojo su camisa blanca.

—Quedaos donde estáis —dijo Maeniel.

Un joven más moreno que el que Maeniel tenía cogido, pero con el que tenía un gran parecido, gritó:

—Dugald, te negaste a saltar, y por eso hemos venido a verte planear en el aire. Haz que tu perro de caza se retire.

—Un perro de caza, es cierto —le gritó Dugald—. Es el perro de caza de Cullain y fue como es mi perro: un gran héroe.

Maeniel golpeó con fuerza a su rehén en un lado de la cabeza con su propia espada. Los ojos del joven giraron en su órbita y Maeniel le soltó el pelo, dejándolo caer a sus pies.

El joven moreno cargó contra él sin dudar. Maeniel no esquivó el golpe, un hombre realmente rápido no tiene que hacerlo; simplemente ya no estaba allí cuando el filo de la espada golpeó la piedra, haciendo saltar chispas en todas las direcciones.

Dugald se adelantó y pareció que cogía las chispas con la mano. Hizo unos gestos ante el hombre moreno, que vestía una coraza de malla, y de repente empezó a salir humo de las ropas del joven. Maeniel vio cómo enrojecía a medida que el metal se calentaba cada vez más. El joven gritaba, tiró la espada y comenzó a golpearse el cuerpo mientras el calor traspasaba las ropas acolchadas que llevaba bajo la coraza y le quemaba la piel.

El resto de soldados retrocedía, contemplando boquiabiertos lo que sucedía a su líder.

—¡Huyamos! —exclamó Dugald.

Y cumplió sus palabras al momento. Maeniel arrojó la espada de su enemigo y lo siguió.



Así que mi vida comenzó mamando de la tetilla de una loba mientras Dugald y el Vigilante Gris huían hacia el norte, hacia el reino de los pictos. Su esposa, porque eso es lo que era, con cuatro patas y pelaje gris o no, se unió a nosotros, junto con sus tres crías y sus hermanos. Formábamos una familia. Seguramente no una muy convencional, pero una familia al fin y al cabo.

La primera noche que pasamos al raso oí a Dugald intentando explicar qué era magia al Vigilante Gris. Nos habíamos ocultado en una cueva sobre el mar. El viento aullaba y las olas golpeaban las rocas, en la oscuridad, bajo nosotros. Cuando subió la marea, el sabor del agua salada llegó hasta mi boca, a pesar de lo alto que estábamos, y gateé hasta la entrada de la cueva para mirar arriba y abajo.

—Miradla. Es una niña muy audaz —dijo el lobo mientras me cogía y me recostaba contra la hembra.

La hembra me lamió y me eché a reír. Después gateé hacia la fuente de todas mis delicias, la tetilla, en el acogedor vientre.

—Necesitará ser audaz —dijo Dugald—, ya que muchos serán los que la busquen y por muchas razones distintas, pero todas crueles. Si los guerreros la atrapasen, nos arrojarían a todos al mar, y yo la llevaría conmigo. Ése sería el mejor de los destinos que se podría esperar. Otros, en cambio, la venderían a los salteadores sajones, que la llevarían al Cuerno de Oro, en Constantinopla, donde moriría o se prostituiría el resto de su vida por la calle de esa u otra ciudad griega cualquiera. Habría los que la llevarían a Roma y harían de ella una monja de clausura en cualquier iglesia antes de que aprendiera siquiera a decir su nombre, y, sin saber nada, viviría y moriría dedicada a la oración y las buenas obras.

El Vigilante Gris resopló.

—Todo eso es muy romántico, amigo, pero los conventos y las órdenes monásticas son los encargados de guardar los archivos, y si ella procede de una gran familia, como tú dices, algún obispo ambicioso se encargaría de no perderle la pista. Lo más probable es que la prepararan para la vida que seguramente acabará llevando. Pero ahora deja de evitar mis preguntas. Te he ofrecido mi persona y a toda mi familia, y estamos a tu servicio.

—Tu familia —lo interrumpió Dugald—. ¡Seis lobos!

—Eso es —respondió bruscamente el Vigilante Gris.

Su esposa, la hembra lobo, miró a ambos burlescamente. Los lobeznos estaban a mi lado (yo seguía mamando de la tetilla, había sido un día muy activo), eran demasiado pequeños para darse cuenta de que hablaban de ellos, pero los hermanos de la hembra levantaron la cabeza. Estaban descansando en la parte más profunda de la cueva, lejos del fuego, y sus ojos dorados miraban con desaprobación a Dugald.

—Ruego vuestro perdón, por lo que más queráis —dijo éste haciendo reverencias en su dirección—. Está bien, supongo que son tu familia y que estáis a mi servicio.

—Muy bien —contestó el Vigilante Gris—. Ahora, en primer lugar, ¿qué hiciste a aquel guerrero que nos atacó y qué significa todo esto?

—Lo que le hice fue magia.

—¿Magia de verdad? —Las cejas del lobo se arquearon.

—Sí, magia de verdad. Uno de los pocos trucos que aún conservo, porque ya soy viejo, y los viajes y los problemas me han debilitado. Te diré algo que posiblemente no sepas.

Maeniel asintió.

—El mago de los proverbios siempre se representa como un anciano con larga barba blanca, pero no es así, seguramente esa idea la extendió un mago de la antigüedad que quería parecer venerable. En realidad, la magia es asunto de hombres, o mujeres si es el caso, en plena juventud. Los viejos pierden el instinto erótico que guía los actos más arriesgados y la energía para llevarlos a cabo. Hubo un tiempo en el que podría haber hecho huir a esos cretinos dando saltitos y aullando, aunque me supusiera un gran esfuerzo, pero esos días ya están muy lejos. No hice más que coger unas pocas chispas de una espada torpemente empuñada y dirigirlas contra él. E

incluso limitándome a eso, el esfuerzo me abrasó. —Alargó la mano hacia Maeniel y éste pudo ver varias quemaduras pequeñas, pero evidentes—. Pagas por cada truco que utilizas, la diferencia está en que cuando eres joven casi no te das cuenta.

»En cuanto a mi disputa con el líder de mi orden... —Dugald respiró profundamente—. Cuando la gran reina cayó ante los romanos, su familia, toda su familia, y su pueblo fueron condenados a muerte. La brutalidad del oficial romano al mando fue tan terrible que los mismos romanos lo retiraron antes de que arruinara la provincia.

Maeniel volvió a asentir.

—Pero hubo supervivientes —continuó Dugald—. Parece que siempre hay supervivientes. Los que quedaban huyeron a Irlanda, ayudados por los vénetos, que eran huéspedes y amigos de la casa real. Su madre era una leyenda, y su hija podía conseguir un matrimonio conveniente. Hacían acuerdos apropiados a su alto rango. —Señaló a la niña que dormía entre los lobeznos pegada al vientre del lobo—. ¿Sabías que hubo un tiempo en que esto no era una isla? ¿Sabías que vivían personas aquí en aquel tiempo?

—¿Qué relación tiene eso con todo lo demás?

Parecía que el viejo iba a comenzar su explicación.

—¿Por qué?

Se había quedado traspuesto.

—Debo de estar quedándome dormido. Por favor, discúlpame, estoy muy cansado.

—Acabas de interrumpir la historia de los icenios para decirme que esta tierra hubo un tiempo en el que no era una isla y yo te pregunté qué relación tenía eso con todo lo demás.

Dugald sonrió con una bonita sonrisa.

—Bueno, con todo y nada. Pero por favor, me siento muy débil —añadió bostezando—. Vayamos a dormir.

El Vigilante Gris se levantó y fue a la parte más profunda de la cueva.

—Nosotros no. Es hora de cazar.

Unos segundos después había tres lobos donde antes sólo había habido dos, y al momento no había ninguno, pues se deslizaron por la grieta de la roca que hacía las veces de entrada a la guarida. Dugald bostezó de nuevo y luego trató de apartarme de la hembra lobo. Ella le mostró los colmillos y lo miró directamente a los ojos.

En cuanto a mí, estaba bien donde estaba. La hembra daba tanto calor como una manta. Así que Dugald, con el rostro marcado por la fatiga, incomprendido por un niño, se hundió en una improvisada cama de hierba seca y se dispuso a dormir. Yo, por mi parte, me acurruqué entre aquellos que ya empezaba a considerar mis hermanos y me deslicé hacia las tinieblas.

Pero, y ésta es la razón por la que recuerdo aquella noche tan bien a pesar de ser tan pequeña, me volví a despertar en mitad de la noche. Era muy tarde y estoy segura

de que la Tierra se afanaba en los preparativos para la mañana. El fuego ya no era más que un montón de brasas rojas. Gracias a la verdad y la sabiduría del sueño, nos habíamos ido juntando más y más en busca de calor. Dugald, los lobeznos y yo compartíamos el lecho de hierba seca. El hocico de la hembra lobo descansaba contra el brazo de Dugald. Los lobeznos y yo descansábamos entre los cuerpos de los dos adultos, el hombre y el lobo. Dos de las crías estaban detrás de mí, pero una, la mayor, la de la marca característica en la pata, descansaba entre mis brazos, pero ya no era un lobo, sino un muchacho moreno de largas pestañas que dormía con el puño en la boca, hecho un ovillo contra mi cuerpo.

Dugald y Maeniel nunca se pusieron de acuerdo en cómo educarme, pero de todos modos aprendí mucho simplemente escuchándolos discutir, porque ambos tenían enormes conocimientos. Mientras tanto, crecía salvaje. Madre, porque yo consideraba como tal a la compañera del Gran Observador, y mi hermano, al que llamábamos Zarpa Negra, por la marca oscura que tenía en una pata, no se separaron. El resto de los hermanos grises fueron a buscar sus propias manadas y a encontrar sus tierras de caza. La siguiente primavera la hembra tuvo más crías, que también se fueron llegando el momento. Pensándolo ahora, debí de ser un estorbo para madre, pues tenía casi siete años cuando dejé de mamar, o más bien cuando ella me obligó a que dejara de hacerlo.

Dugald y el Vigilante Gris comenzaron una de sus discusiones de siempre sobre ese tema, el primero defendiendo que no era natural que una criatura tuviera tanto aprecio por un lobo, y el segundo diciéndome que debía seguir alimentándome. Acabé corriendo hacia la playa, una en la que los dragones no anidaban, y allí me eché a llorar. Se acercaron a mi madre y mi hermano.

—Ya tienes demasiados dientes —me dijo madre.

No sé a qué edad empecé a comprenderla cuando me hablaba, pero con siete años ya la entendía a la perfección.

—Un lobezno ya habría crecido y se habría marchado a tu edad, pero como los humanos sois más lentos, me hice cargo de ti, pero ahora ya se acabó. Tus dientes son una tortura, además de que puedes comer sin ningún problema todo lo que no corra más rápido que tú. —Madre me dio un golpe con el hocico y dijo—: Venga, atrapa un pez para mí.

Los peces venían, cuando subía la marea, para alimentarse en los bajíos. Ella y Zarpa Negra me enseñaron a cogerlos. Había que colocarse de modo que el sol no proyectara tu sombra en el agua. Entonces los peces se acercaban a mordisquearte los pies, y simplemente deslizabas dos dedos en el agua, los agarrabas por detrás de las branquias y los lanzabas a la playa.

Madre normalmente los atrapaba al vuelo. Zarpa Negra los sabía atrapar él mismo. Lo hacía desde que era un cachorro. También era el terror de los pájaros marinos, puesto que le encantaban los huevos y para cogerlos trepaba hasta lugares que eran de difícil acceso para los lobos.

Al principio creía que mi experiencia con él no era más que un sueño, pero el Vigilante Gris podría volver, y parecía que su hijo había heredado su característica, aunque se resistiese a utilizarla. Pero trepando por las rocas era una ventaja, y de vez en cuando, en nuestras expediciones, me encontraba ante un rostro sonriente seguido de un cuerpo ágil y bronceado que se deslizaba por lugares a los que un lobo nunca podría llegar. Sin embargo, parecía que no quería utilizar su poder más que para satisfacer su deseo de huevos frescos y en las contadas ocasiones que tenía algo que decir imposible de expresar en el lenguaje de los lobos.

Nos encontrábamos bailando y jugando entre las olas, disfrutando de la generosidad del maravilloso mundo imperturbable que nos rodeaba, cuando apareció algo oscuro entre las esponjosas nubes del horizonte. Madre lo vio primero, y se detuvo.

—Algo se mueve allí —dijo, mirando a un punto lejano en el mar, en el horizonte.

Dirigí mi vista hacia el mismo lugar y vi una vela. Estaba desplegada, henchida por el viento. La insignia que lucía le daba un aire macabro: un cuervo. Yo estaba acostumbrada a ver barcos, las embarcaciones pequeñas y forradas de piel de los pescadores y comerciantes que aparecían en la distancia rumbo al sur, a las tierras de los romanos. Pero ese barco se deslizaba velozmente, casi volaba sobre la superficie, como hacen los pájaros, y sólo con la vela era imposible que alcanzara tal velocidad.

En lo primero que pensé fue en decírselo al Vigilante Gris, pero entonces recordé que él y Dugald habían salido a cazar. Al otro lado del cabo, a mi izquierda, había un pueblo. Sus gentes se dedicaban a la pesca y cultivaban un pequeño valle que había cerca, pastoreaban a sus rebaños en las montañas por el verano y durante el invierno alimentaban las reses con heno de las praderas de la ladera. Éste y una docena más de pueblos similares desperdigados a lo largo de la costa eran la única presencia humana en esas montañas del extremo de Britania, las que miran hacia el mar del norte.

Dugald y Maeniel hablaban sin descanso. Y cómo hablaban, más de lo necesario para cubrir mis propios silencios y los de los lobos. Y sobre lo que más hablaban era sobre si esos pueblos eran vulnerables a las incursiones de sus vecinos los pictos, pegados a la muralla (la Muralla de Adriano que cruzaba las colinas del sur), y de los piratas con naves de remo y calado poco profundo. Venían en busca del poco oro y plata que los campesinos extraían de la montaña; de la lana, los largos ovillos de las ovejas de la montaña hilados por las mujeres cada primavera y teñidos luego en los talleres con los colores del arco iris; y, lo más terrible de todo, a por las mismas mujeres.

Cuando me advirtieron de que me mantuviera alejada de los desconocidos, el Vigilante Gris me contó que había lugares en los que una mujer cautiva que supiera trabajar la lana se consideraba un bien, lugares en los que una mujer equivalía a una cantidad de libras, de plata o de oro.

El cuervo, hermano del lobo, como aquel que acompañó al Vigilante Gris, era un

pájaro de mal agüero. El pájaro de la guerra.

—Hay un cuervo en las velas —le dije a madre—. Tendremos que huir.

Ella profirió un sonido grave en la garganta que entre los lobos significa estar de acuerdo.

—No —dijo Zarpa Negra—. Hay una tropa.

Sonrió, haciendo muecas con la lengua.

—Muchachas.

Madre también rió.

—El viento me ha dicho que están aquí desde hace dos horas. Los jóvenes de la tropa y las muchachas.

Eso me lo aclaraba todo.

Los pueblos de la costa mantenían a la tropa, que estaba formada por muchachos de todas esas poblaciones. Durante el verano vigilaban a los asaltadores a lo largo de la costa y a los que venían del sur. En invierno se separaban, cada uno devuelta a su hogar. Ahora estaban libres, hacían todo lo que les venía en gana, y se detenían para flirtear, y a veces más que eso, con las muchachas del pueblo. No eran bienvenidos por los agricultores más prósperos ni por los artesanos, pero se los toleraba. Muchos de ellos eran solteros con poco o ningún futuro, una desgracia potencial para una familia con alguna hija casadera.

Pero como vivían lejos de sus casas seis meses al año y suponían un mínimo de protección contra los saqueos provenientes de mar y tierra, los principales de los pueblos intentaban mantenerlos controlados sin tener que llegar a expulsarlos. Era posible ejercer ese control porque los muchachos necesitaban un refugio donde pasar el invierno, y aquel que fuera tan bárbaro como para hacerse enemigos serios entre los agricultores y los pescadores asentados allí, acabaría convertido en un forajido en busca y captura, merodeando por los bosques sin un refugio contra el frío, con todos los hombres en su contra. Esos muchachos podían ser muy bravucones, pero ninguno de ellos tan tonto como para arriesgarse a ese final. La mayoría intentaba sobresalir en el campo de batalla para poder alojarse en la casa de uno de los principales del pueblo o casarse con una heredera de tierras y buena tejedora, o, mejor aún, hacerse con una buena parte de las rapiñas y lograr abrirse camino con el pastoreo de ovejas y demás ganado en alguna de las casas de los principales. Nunca podía desaprovecharse esa oportunidad, y tal vez gracias a ese barco que se acercaba tan veloz lo conseguirían.

Podría haberme ido corriendo sin más y esconderme, pero nunca hacía ese tipo de cosas. Encontré a los muchachos en el lindero del bosque. Estaban dispersos entre los árboles. Los dos mayores tenían las mejores armas y estaban con un par de muchachas del pueblo. Me sorprendí mucho al darme cuenta de que una de ellas era Issa, la hija del principal del pueblo. El líder de la tropa era alto, rubio, musculoso y muy guapo. Todavía me acuerdo de su nombre: Bain. Como siempre, se habían emparejado con dos personas menos atractivas que subrayaban su físico. El otro

muchacho, el amigo de Bain, era moreno, de melena alborotada y espesa, sus brazos daban la impresión de ser demasiado largos, y tenía un cuerpo robusto, más bien retacón. La amiga de Issa era una pelirroja escuálida.

Issa sonreía a Bain, totalmente absorta en lo que él decía. Cuando hablé yo, estaba claro que no quería que nadie lo interrumpiese.

—He visto una vela —dije.

Me dedicó una mirada fugaz.

—Siempre hay velas —me contestó—. Lárgate.

Después volvió a fijar su atención en la apasionada Issa.

—Escúchame.

Cogí una piedrecilla y apunté más allá de su cara. Acerté en el tronco del cedro en el que estaban apoyados él e Issa.

Se volvió hacia mí con expresión de enfado.

—Tú, bicharraco, tienes suerte de haber fallado. Si no, te habría dado una lección sobre cómo hay que tratar a un guerrero.

—No he fallado —dije, tirándole otra piedrecilla. Ésta le acertó de pleno en la frente.

Pegó un grito y se dispuso a desenfundar la espada, pero su amigo le puso la mano en la muñeca y se lo impidió.

—¿Es que estás loco, Bain? No es más que un niño.

—No es uno de los nuestros —dijo Issa—. Anda con el loco y su sirviente, viven cerca de la playa.

Me confundieron con un niño. Le pasaba a la mayoría de la gente del pueblo, porque Dugald y Vigilante Gris me vestían como a un niño y no dejaban que el pelo me creciera.

—¿Me escucharéis? —pregunté. Por alguna razón sabía que no quedaba mucho tiempo—. Es todo lo que quiero que hagáis, que me escuchéis.

—Muy bien —dijo el moreno—. Bain, no nos conviene tener problemas con esa gente. Deja la espada en su vaina.

—No debéis preocuparos —dijo Issa con altanería—. Deben de ser esclavos fugados o algo así.

—Esclavos —repetí, indignada—. Te voy a dar esclavos. Empecé a buscar más piedrecillas.

—Deja ya las piedrecillas —dijo el amigo de Bain.

Se interpuso entre Bain y yo y vino hacia mí. Era muy rápido, me di cuenta enseguida. Por poco no pude evitar que me cogiera, y di una carrerita rápida hacia la roca que se alzaba sobre nosotros. Se detuvo cuando vio a madre y a Zarpa Negra salir de los arbustos, uno a cada lado. Me di cuenta entonces de que la pelirroja lo había seguido.

—¡Aahh! —exclamó—. El niño no viene solo.

Madre sacaba los colmillos con un gruñido nada amistoso.

—Para estar seguro, Anna —le respondió el moreno—. Una compañía no muy agradable. De acuerdo, enséñame esa vela.

No estábamos más que a unos pasos de la roca desnuda de la cima.

—¡Mira! —le indiqué, señalando al mar.

La vela estaba un poco más cerca, y ya se distinguía claramente el barco, los remos saliendo y metiéndose en el agua.

El muchacho moreno lo podía ver tan bien como yo desde donde nos encontrábamos. Se quedó pálido.

—¡Dios mío, piratas!

—¡Sí! —grité triunfal. Vi que la pelirroja se había quedado tan blanca como él.

—Gray... Gray —susurró—, ¿estás seguro?

Bain e Issa habían subido tras nosotros.

—No —gimió Issa—, me raptarán. Bain, protégame.

Bain no parecía muy dispuesto a proteger a nadie. Sus atractivos rasgos rubios se habían desdibujado y parecía más asustado, si cabe, que Gray.

—Necesitamos más hombres —dijo.

Gray resopló.

—No hay tiempo, Bain. No tardarán ni una hora en desembarcar. Debemos hacerles frente con la docena de hombres que tenemos.

—¿Estás loco? —gritó Bain—. Habrá al menos tres veces ese número en el barco, y además serán profesionales.

—¿Qué es un profesional? —pregunté desde el promontorio. Gray se tomó la molestia de contestar.

—Los hombres a bordo de ese barco se ganan la vida saqueando. Lo más probable es que tengan mucha experiencia en la lucha.

—¿Y son mejores que vosotros? —pregunté.

—Seguramente.

Brain tocaba el cuerno para reunir a los hombres.

—Me secuestrarán —dijo Issa enfurruñada—. Desde el pueblo verán la vela, no hace falta que los avisemos.

—No, no la verán —dijo Anna—. El pueblo está detrás del cabo, orientado hacia el noroeste. Las colinas tapan la vela. No se darán cuenta del ataque hasta que los piratas estén sobre ellos.

—Venga, vamos. —Cogió a su amiga por la muñeca y las dos muchachas comenzaron a descender corriendo la pendiente.

—¿Qué crees que harán? —preguntó Bain a Gray.

—Si yo fuera el capitán del barco, desembarcaría a mis hombres en la playa. Pueden acercarse por las rocas y caer sobre las mujeres. Es todavía pronto y la mayoría de los hombres estará trabajando en los campos, y bien sabes que son mujeres lo que quieren. Y lana nueva, las casas estarán repletas.

—Necesitamos más hombres —insistió Bain.

—No, la tropa está desperdigada por la costa. Cuando lográsemos reunir el número suficiente, Issa y Anna ya estarían en la sala de subastas de Londres.

—Muy bien, entonces ¿dónde nos encontramos? ¿En la playa?

—No, no —dijo Gray—. Aquí abajo, entre las rocas, a medio camino entre el pueblo y la playa. Hay pasos muy estrechos, de la anchura de un hombre, tal vez así tengamos alguna esperanza.

Salté desde mi posición en lo alto de la roca, y lo mismo hicieron madre y Zarpa Negra. Me puse de cuclillas entre ellos y miré hacia Gray.

—Vete a casa —me dijo—. O mejor, si tu familia no está allí, escóndete en el bosque y no salgas hasta que ya se hayan ido.

Entonces la luz relampagueó. Así es como la llamo desde entonces, la luz. Hay muchas maneras de ver el futuro, muchas magias. Pero ésta es la más rápida, la mejor, la más certera. Cuando ha relampagueado iluminando el mundo, nunca me ha guiado erróneamente. A la luz del relámpago, siempre he visto el mundo como es en realidad. No sólo veo las opciones que yo tengo, sino también las de los demás. Veo el camino que debo seguir para alcanzar mi meta, sea lo difícil que sea, incluso a veces peligroso. En aquel momento sentí primero el peso del miedo en el estómago, y vi la elección que hice en ese momento y que determinó para siempre lo que iba a ser mi vida.

—No —le respondí—, no puedo irme ahora. Me necesitarás.

Mi mirada se encontró con la suya durante un momento eterno, y supe que sentía el poder. Tal vez no se diese cuenta, pero lo sentía:

—Sí, te necesitaré.

Después se dirigió al resto, pues ya habría allí siete u ocho muchachos, y llegaban más. Ninguno me prestaba atención. Mientras Gray les explicaba su plan, envié a madre en busca de Maeniel. Sabía que los muchachos lo necesitarían. Siguieron a Gray sin decir una sola palabra, y esperaron entre las rocas, justo detrás de la playa, mientras los remeros acercaban el barco a la orilla.

Fui con ellos, pero Gray me colocó en lo alto de una roca de superficie lisa y más alta que un hombre. Me agaché con Zarpa Negra junto a mí. No sabía cómo habría podido subir hasta allí, pero me lo imaginaba.

No vararon el barco en la playa, sino que lo dejaron en aguas poco profundas. Arrojaron por la borda una gran piedra de granito, que tenía una anilla de hierro en la que estaba atada una cuerda. Aseguraron la cuerda en un montante cerca de popa, y después los piratas saltaron por la borda y avanzaron por el agua hasta la orilla.

—Ya tienen rehenes —gruñó Gray en voz baja—. Preparaos, muchachos, aquí llegan.

El primero en llegar a las rocas casi pasó por encima de Gray sin verlo, pero éste le cortó el cuello con su espada. El hombre que seguía al primer pirata me pareció que era el jefe. Llevaba una armadura de metal y piel, además de un escudo y un hacha. Balanceó el hacha sobre la cabeza de Gray, pero éste paró el golpe con el

escudo, que se deshizo. La primera estocada de Gray erró y golpeó la coraza. El pirata trató de clavarle en la cara el tachón de su escudo, una punta de bronce, y casi le saca un ojo. Pero en la mano con la que había sujetado el escudo, Gray sostenía ahora una improvisada maza hecha con una gran piedra atada a una rama. La hoja del hacha se rompió al golpear la piedra, y los trozos salieron disparados como una nube de brillantes agujas. El pirata perdió el equilibrio y cayó a tierra. Gray balanceó la maza y aplastó el cráneo de su enemigo, convirtiéndolo en una masa roja.

El pirata que seguía a éste iba mejor armado. La hoja de su espada era mucho más larga que la de Gray, y él mismo era más corpulento. Atacó con su espada directamente al estómago de Gray. Éste giró sobre sus talones y pegó un buen golpe a la hoja de la espada con la maza, pero no se rompió como el hacha. El pirata lo empujaba con su escudo intentando acorralarlo contra la roca y atravesarlo con la espada. Presa de rabia, salté desde la gran roca y me agarré al cuello del pirata. A ciegas, Brain avanzó con su corta espada, del tipo de las de los gladiadores romanos, y atravesó las ropas acolchadas de su enemigo, alcanzándole en el corazón, a través de las costillas.

A lo largo de todo el frente oía e incluso llegaba a sentir la dureza del combate, el puñado de muchachos asustados enfrentándose a los piratas más experimentados, intentando contenerlos. Y al menos durante un tiempo lo consiguieron. Los piratas retrocedieron, los estrechos pasos entre las rocas eran trampas mortales para ellos. Gracias a la astucia de Gray, los muchachos les habían atacado por sorpresa, con las armas enfundadas, y habían matado o dejado fuera de combate a media docena. Pero esta situación no podía durar mucho más, y yo lo sabía.

Otro jefe pirata hizo señas a sus hombres con la mano y éstos lo siguieron. Avanzaron hacia la derecha de Gray para rodear ese flanco. Una vez que hubieran dejado atrás las rocas, podrían acabar con nosotros en cuanto quisieran. Oí que Gray apretaba los dientes y gemía. En el terreno escarpado podríamos defendernos; pero, en caso contrario, estábamos sentenciados.

Muchos pueblos tienen un refrán que dice que más vale tener suerte que ser listo. Nosotros tuvimos suerte. Los piratas iban al encuentro de Maeniel, el Vigilante Gris, al intentar rodearnos por el flanco, y él era infalible, como yo ya sabía. Dos de los piratas retrocedieron tambaleándose, moribundos, desde la roca en la que Maeniel se había colocado.

Casi en el mismo momento llegaron refuerzos del pueblo. No todos los hombres estaban trabajando en los campos y también algunas mujeres habían venido, armándose con todo lo que pudieron encontrar: garrotes, cuchillos de cocina, horcas e incluso la sopa ardiendo y las gachas de la cena. Otro refuerzo del pueblo venía rodeando el cabo, un bote de pesca que transportaba a todos aquellos que no tenían la fuerza para trepar el cabo, empinado y escarpado. Los remeros trabajaban frenéticamente, y los hombres y las mujeres ya estaban listos para atacar. Los piratas decidieron que el botín no merecía un precio tan elevado y corrieron hacia su barco.

Yo estaba junto a Gray, y, levantando la maza y la espada, dijo:

—No ha sido un mal día de trabajo.

Miró los cadáveres que yacían sobre los guijarros de la playa. La mayoría eran piratas, y llevaban sus rapiñas anteriores encima. Corazas, armas finamente trabajadas, anillos de oro, cinturones de oro y plata, brazaletes, torques: Gray y sus hombres eran ricos.

Cuando vimos al primer pirata adentrarse en el agua, ambos nos dimos cuenta de que algo estaba ocurriendo en el barco. Los rehenes estaban saliendo a cubierta. Eran todas mujeres, y atacaron a puñetazos a los hombres que habían quedado a bordo. Algunas de ellas murió, pero no las suficientes, ni mucho menos, para que los piratas no acabaran contándose también entre las víctimas.

Entonces una de las mujeres se liberó. Tenía un puñal en una mano y un hacha en la otra. Cortó la cuerda del ancla. Le habían sacado un ojo, pero parecía que no sentía ningún dolor. La cuenca húmeda y roja me miró por encima de la estrecha franja de agua que separaba al barco de la playa.

Presas del pánico, los piratas trataban de agarrarse a la borda y saltar adentro. Pero la mujer de un solo ojo cortaba dedos y manos, algunas veces manejando el hacha como si fuese un cuchillo de carnicero de hoja larga, otras simplemente utilizando el puñal. También parecía que le divertía hacer caso omiso de los dedos y pasar directamente a las orejas, las narices y hasta los labios de los hombres que intentaban saltar por la borda.

Primero pensé que acabarían con ella, pero entonces el resto de mujeres se le unió y parecía que aprendía con rapidez. El barco se alejaba velozmente mar adentro, y unos pocos piratas intentaron resistir en la playa. Los muchachos de la tropa y las gentes del pueblo cargaron contra ellos aullando como las legiones de los condenados, pero el golpe final lo dio Dugald. Salió de detrás de una roca y dio una demostración ejemplar de poder.

Piedras, grava y guijarros se levantaron y se lanzaron sobre los piratas con la fuerza de hondas. En poco tiempo los hombres habían caído o huían en todas direcciones. El resto fue pura venganza. No creo que ninguno de ellos lograra escapar con vida. Como las mujeres del barco, todos habían visto cómo sus padres, hermanos, esposos e hijos morían a manos de los esclavistas. Muchas mujeres habían sido violadas, algunas en más de una ocasión, y las embarazadas o con bebés habían visto cómo mataban a los recién nacidos, porque una mujer con un hijo en edad de mamar tenía menos valor. No mostraron ninguna piedad.

Los pescadores remolcaron el barco hacia la orilla y lo vararon mientras las antiguas cautivas ahogaban entre las olas a los pocos piratas heridos que sobrevivían, después de haberles arrancado orejas, ojos, nariz y cualquier otra parte del cuerpo que hubiera despertado su furia. Cuando una mujer se venga, lo hace con toda el alma y todo el corazón, además de una buena dosis de inventiva e ingenio.

El sol estaba bajo, alumbraba con luz refulgente la playa; las olas parecían un

encaje de colores en el agua violeta. La matanza había terminado. Fuimos al salón del principal para hacer el reparto del botín. Entonces Gray me entregó la cabeza, la cabeza del jefe de los piratas. La metió en una bolsa y la colocó ante mí, que estaba sentada entre Dugald y el Vigilante Gris. Abrí la bolsa y miré su rostro. El pirata parecía sorprendido de haberse convertido en un trofeo, como si estuviera a punto de ponerse a protestar por haber muerto a manos de una tropa de novatos, unos simples muchachos. No esperaba morir ese día.

Es extraño lo bien que recuerdo ese rostro. Sin embargo, no puedo acordarme de los rostros de aquellos que amé a lo largo de toda mi vida, aquéllos por los que lo habría sacrificado todo más de una vez.

Dugald, temblando a mi lado, agotado por el esfuerzo de su magia, dijo:

—Ése no es regalo para una niña.

Maeniel observó la cabeza.

—La pondremos en aceite de cedro y luego la secaremos al calor del hogar.

Gray asintió.

—Fue la primera que avistó la vela y nos avisó. Sin ella, nos habrían cogido por sorpresa.

La mujer tuerta daba la sopa a Dugald. Escupió a la cabeza del pirata.

—Tuvo una muerte demasiado fácil. Ojalá hubiese caído en mis manos. Me sacó el ojo porque me resistí cuando intentaba abusar de mí. Me dijo que a una tejedora le bastaba con un solo ojo, y me prometió que esa noche sería peor. —Se echó a reír—. Parece que no podrá cumplir su promesa.

—Los que vivieron lo suficiente para enfrentarse a ti lo lamentaron —la consoló el Vigilante Gris.

Fue un buen festín, y todos bebimos hasta saciarnos, incluso las mujeres cautivas. Se habían quedado allí porque nadie sabía cómo llevarlas de nuevo a su tierra, ya que no teníamos la menor idea de dónde procedían. Todos los muchachos de la tropa recibieron buenas ofertas de los habitantes del pueblo, mientras Bain se pavoneaba como si la batalla la hubiese ganado él solo.

Cuando nos fuimos a casa, la mujer tuerta vino con nosotros.

—Mirad cómo vais vestidos los tres, con harapos, y estáis cubiertos de mugre —le dijo a Dugald, y cogiéndome la cabeza, me preguntó—: Gray hablaba como si fueses una niña, ¿es eso cierto?

—Soy una niña, pero no quiero serlo. Me gustaría irme con la tropa, como Gray y Bain —respondí.

—Claro, en fin, por ahora lo que necesitas es una mujer que cuide de ti.

—Para que quede claro —intervino Dugald—. No harás eso que dices. Antes compartiría la habitación con una manada de lobos. —En ese momento lo recordó—. ¡Dios mío, pero si ya lo hago!

Madre y Zarpa Negra avanzaban a grandes zancadas junto a mí.

Cuando la mujer llegó a nuestra cabaña, exclamó al ver el desorden y la suciedad.

Madre y Zarpa Negra roían huesos junto al hogar y ninguno de nosotros parecía muy preocupado por las buenas maneras en la mesa. Pero, antes que nada, Dugald y Maeniel la echaron en una cama. Al instante la mujer estaba lista para defenderse, pero Dugald, todavía tembloroso, le dijo.

—Pero, mujer, si sólo estoy pensando en la cuenca de tu ojo y... —señaló a Maeniel—. Él no es humano.

Maeniel se quitó las armas, se convirtió en lobo y se sentó ante el fuego. La mujer rió al verlo.

—Nunca había visto ese truco —dijo.

Dugald le puso una cataplasma en la cuenca del ojo para aliviarle el dolor, y después le dio algo a beber que, según dijo, tranquilizaba el alma. La mujer nos dijo que se llamaba Kyra.

Nuestra casa estaba construida a la manera tradicional, presente en todo el mundo. Era de planta redonda con postes de madera y tres hiladas de piedra que los juntaban haciendo un muro. Unidas a los postes había unas cañas flexibles que formaban la estructura de la cúpula. Ésta estaba cubierta de cuero, y sobre la piel había una capa de musgo verde. También había musgo contra los muros para protegernos de los vientos de las tormentas. Así que, desde fuera, parecía un montículo verde cerca del mar. Un hogar en el centro la calentaba y alumbraba. La chimenea, aunque no había tal cosa en aquellos tiempos, era un agujero para el humo en el tejado, y se podía tapar con un enrejado que se corría.

Me desperté en mitad de la noche al oír el llanto de Kyra, que estaba tumbada a mi lado. Sólo había dos camas en la habitación, y Dugald ocupaba la otra. Los lobos dormían cerca del hogar. Dugald tenía el sueño pesado. Los lobos también estaban tranquilos, con las colas cubriéndoles los hocicos. El Vigilante Gris había colgado la cabeza decapitada sobre el hogar, hacia un lado, de manera que se secase con el humo. Pendía del pelo largo y oscuro, y mientras lo miraba, medio dormida, parecía que su rostro tomaba vida. Se abrieron los ojos y me miraron malévolamente. La piel ya no era tan cetrina y tenía las mejillas hundidas. Parecía que la sangre le siguiera corriendo por las venas y el corazón todavía le latiera.

—¿Al llorar no te duele el ojo? —le pregunté a Kyra.

—Sí —me contestó—, pero el dolor de mi corazón es tal que supera cualquier dolor que el cuerpo pueda sufrir, así que no importa.

Yo no era más que una niña y mi imaginación no podía cubrir el abismo que separaba su estado del mío, pero quería darle algo que le proporcionara algo de paz.

—Hace frío —dije—. El fuego ya casi está apagado.

—¿Sí? Creía que era la pena la que me hacía notar este frío. En un momento me levanto y lo vuelvo a encender. No puedo esperar vivir entre vosotros, seáis lo que seáis tú y tu gente, sin recompensaros como es debido.

Todavía era muy pequeña, pero no quería que alguien que había sufrido tanto se sintiese mi sirvienta.

—No —respondí—. Ésa será mi tarea. Dime, ¿cómo se llamaba el dueño de esa cabeza que cuelga sobre el hogar?

Me contestó a la vieja usanza.

—Hubo un tiempo en el que yo tenía un hombre, un hijo y un bebé de pecho.

La miré y vi que la parte de delante de los harapos que vestía estaban manchados de leche de sus pezones. Le salía sin ningún niño para recogerla.

—Ahora no tengo ni hombre, ni hijo, ni bebé. Su nombre era Cymry.

—Cymry —repetí, ensayando el nombre. Los ojos parpadearon y la boca se movió—. Cymry. Cymry, enciende el fuego.

Las llamas se alzaron poderosas, cubriendo la habitación de luz y calor. Kyra rió.

—Así que algo hay de cierto en las antiguas historias.

—Eso parece.

El fuego volvió a ser mortecino, pero había suficiente leña en el hogar. Se había hecho una hoguera muy acogedora. La cabeza estaba quieta y la muerte la tomó de nuevo.

—Ha pagado por todo lo que ha hecho —dije—. Puedes descansar tranquila.

Pero Kyra ya estaba dormida.



A partir de entonces no hubo ningún problema. Esto sorprendió a muchos, porque todos éramos agricultores, y los agricultores nunca creen que saldrán adelante. O tal vez les preocupa atraer la ira de los dioses por su mucha autocomplacencia.

Kyra mejoró mucho la casa, encontró pieles para cubrir el suelo y juncos. Tan pronto como pudo se puso a tejer de nuevo, y colocó un telar bajo los árboles que nuestras mujeres utilizaron desde... quién sabe cuándo, antes de que llegaran los barcos al sur y empezaran a comerciar con los pueblos que más tarde se convirtieron en los griegos, en un lugar llamado Troya. Kyra lavaba y cocinaba mucho mejor que los dos hombres. Muchísimo mejor. Me gustaba la comida que guisaba. Pero discutimos cuando intentó hacer que me vistiera como una niña.

—Eres una niña, ya lo sabes —me dijo—. Y tendrás que comportarte como tal. Los sacerdotes dicen que es una abominación hacer lo contrario.

Escupí como un gato furioso.

—¿Y a ti de qué te ha servido ser mujer? —le pregunté.

Al verla quedarse en silencio, después darse la vuelta y marcharse, supe que la había herido, y era la primera vez que hería los sentimientos de un ser humano. Me entristecí, así que corrí tras ella para disculparme. Primero no quería escucharme ni hablarme, y luego me di cuenta de que estaba llorando y me sentí todavía peor. Finalmente se calmó, se sentó y escondió el rostro en el viejo vestido que llevaba, presa de un gran dolor. No decía nada, y ambas nos sentamos entre los cedros, en el acantilado, contemplando las luces y sombras del mar. Zarpa Negra, madre y yo nos

sentamos junto a ella, y un par de veces madre restregó el hocico contra la mano de Kyra, como si quisiera darle consuelo.

La neblina de la mañana ya había desaparecido, y las nubes pasaban veloces, blancas y brillantes por la parte de arriba, más oscuras por debajo, del mismo color que el pelaje del Vigilante Gris en invierno. Lejos, en alta mar, llovía. Veía el largo rastro de la tormenta oscureciendo el horizonte como una mancha borrosa en la lejanía, y a veces, cuando el sol alumbraba entre las sombras de la tormenta, podía ver un doble arco iris que unía el mar con las nubes.

Kyra se sentó tranquila, rodeando las rodillas con los brazos, mirando al horizonte.

—Tienes razón. Ser mujer no sirve para nada. Cuando ya habían matado a todos los que amaba, me enfrenté a ellos con la esperanza de que me mataran a mí también. Por eso me sacó el ojo, dijo que así sería más dócil, y acertó. El dolor fue espantoso. En vez de dejar que me cegasen del todo, me comporté como el resto de las mujeres, haciendo lo que me ordenaban, incluso fingiendo que me gustaban sus abrazos. Estaba seguro de que ya me había domesticado, por eso no me ató y pude liberar al resto.

»Ni siquiera nos dejaron enterrar a los muertos —añadió—. Espero... algunos lograron escaparse... espero que ellos hayan celebrado los ritos. Dicen que no pueden descansar hasta que no se queman los huesos, después se reducen a polvo y se entregan al viento. Sus espíritus estarán intranquilos y vagarán sin descanso. Mi marido y mi hijo son mayores y encontrarán el camino, pero el bebé... no es lo suficientemente mayor para encontrar el camino él solo.

Se quedó tranquila un momento, sin hablar.

—¿Lo oyes por la noche? —le pregunté—. ¿Verdad? Y entonces te despiertas y te preguntas si está perdido en las tinieblas.

Asintió.

—Preguntaré a Cymry.

Se estremeció.

—Él está muerto y sabe adónde van los muertos.

—No. No quiero que se acerque a mi bebé. Mejor dejarle descansar, pequeña. — Y me besó en la cabeza.

—Me vestiré como una niña si es lo que quieres.

—No, pero tienes que aprender a ponerte bonita y a pavonearte, y sonreír como una tonta, y también a pestañear como si quisieras conseguir novio.

—Como Issa —dije, riéndome, la hija del principal.

Issa había empeorado desde que Bain se trasladó a la casa de su padre después de la batalla. Se pasaba todo el tiempo arreglándose, buscando superficies de agua en las que contemplarse. Que otra muchacha caminara cerca de Bain ya era suficiente para que dejara de hablarle y le dedicara miradas asesinas cada vez que se encontraban. Cuando un barco de comerciantes llegó a la cala, las rabietas no cesaron hasta que su

padre le compró un rollo de lino que su madre y ella tiñeron para hacer un vestido nuevo, y un collar de ámbar con una cruz de plata. Ya no lavaba en el río ni fregaba las ollas por miedo a estropearse las manos o romperse las uñas.

Kyra empezó a reírse.

—No, no, no hace falta llegar a tanto. Pero hay muchas otras cosas que hacen las mujeres y te pueden ser de ayuda: cocinar, tejer, bordar, y saber cómo sacarte el mejor partido. Nunca se sabe por dónde te llevará la vida.

Asentí.

—Aprenderé todo lo que tengas que enseñarme. Aunque no puedo prometer que lo vaya a poner en práctica, te prometo que no menospreciaré tus enseñanzas.

Me rodeó los hombros con el brazo y los cuatro nos sentamos juntos amigablemente. Oí que madre suspiraba al apoyar la cabeza en el regazo de Kyra, y Zarpa Negra se echó a dormir a mi lado.

—Estoy contenta de haber venido con vosotros —dijo Kyra—. No puedo evitar echar de menos a los que perdí, pero me ayudáis a que cicatricen las heridas. Eres muy madura para tu edad, y hay que decir a esos dos guardianes tuyos que ya va siendo hora de educarte.

Y eso fue lo que hice durante los siguientes años: aprender de todos ellos.

Dugald desistió de hacer de mí una romana, pero me hizo estudiar griego y latín, y me daba a leer todos los libros que conseguía. Discutíamos porque yo quería aprender magia y él no quería enseñarme, con el argumento de que habría que eliminar la magia de nuestras gentes, especialmente entre los líderes. Me dijo que me casaría con un rey, y me reí de sus palabras. Pero yo aprendía magia sin su ayuda.

Gray se casó con Anna y comenzó a ayudar a su padre en la forja. Todos los inviernos nos reuníamos en secreto los tres después de terminar el año, cogíamos el camino y subíamos a las montañas. Sólo nosotros tres, Kyra, Gray y yo, o los cuatro si contamos a Cymry, la cabeza. Subíamos a lo más alto, donde las piedras estaban cubiertas de hielo y una gruesa capa de nieve cubría la tierra.

Cymry se había secado bien. Lo sumergimos en aceite de cedro y la piel no se descompuso, aunque estaba tirante sobre los huesos. Los labios se le habían contraído y se veían los dientes. Incluso los ojos estaban intactos, algo turbios y hundidos, pero observaban detenidamente a través de los párpados medio cerrados, y podías sentir que el alma seguía allí. El humo del fuego le había oscurecido la piel, y las mejillas estaban cubiertas por la sombra de una barba incipiente. Gray me dijo que sigue creciendo durante un tiempo después de muerto.

Cazábamos un ciervo, cavábamos un hoyo y lo rodeábamos con piedras, después encendíamos un fuego y calentábamos las piedras. Cuando ya estaban calientes, poníamos ramas de cedro sobre ellas, colocábamos el ciervo encima, lo cubríamos con más ramas y una piel sujeta con piedras. Colgábamos a Cymry de la rama de un árbol, de manera que pudiera vernos, y nos sentábamos y hablábamos mientras se hacía la comida.

Kyra era una de las mayores. Esas mujeres tienen un nombre, pero no lo voy a decir. Como el nombre de Cymry, es poderoso, y quien lo sabe puede hacerles daño. Eran mis amigos, creo que los primeros, aparte de Dugald y el Vigilante Gris, y aprendiendo de ellos llegué a ser lo que soy.

Además, siempre tendrán su lugar aquí. Son parte de estas tierras desde tan antiguo que los britanos a su lado son unos jovencitos, y los romanos unos niños de pecho. Kyra me enseñó su lengua y sus tradiciones. En la antigüedad aquí no había un océano, y toda Irlanda, Britania y Francia estaban sobre tierra seca. En el mundo hacía mucho frío, y el agua que ahora cubre la tierra era hielo. Todo eso pertenecía al pueblo de Kyra. No había cultivos, ni ganado ni ovejas. No había ninguno de los animales que vive con los hombres, eran todos salvajes, y el pueblo de Kyra los cazaba a la sombra de los glaciares.

La Tierra era un bosque, en algunos lugares tan espeso que ningún humano podía abrirse camino entre los árboles. Los robles eran gigantescos, los fresnos parecían pilares de oro y mármol gris en otoño, en invierno desnudos como las columnas de un majestuoso salón. Los sauces invadían las aguas, y en las montañas pálidos abedules resplandecían entre los helechos y las oscuras piedras. Los gruesos troncos de los robles y los avellanos pardos daban frutos tan hermosos que borraban cualquier huella sobre la que cayeran. Las mujeres del pueblo de Kyra recolectaban las avellanas y las bellotas para hacer un pan sin levadura, suave como el plumón de un pajarillo y dulce como los endrinos otoñales. No tenían telas y vestían las pieles de los animales que cazaban, pero todos estaban sanos y bien alimentados gracias a las riquezas del río y del bosque. No necesitaban tropas, reyes o señores. Cuando tenían una disputa o algún problema que resolver, recurrían a aquellos que podían viajar al otro mundo. Los videntes, que encontrarían el camino que había que seguir.

—Dugald dice que las historias del otro mundo no son más que sueños y producto de la gran imaginación de los poetas —les dije.

Kyra me miró. Estaba acurrucada entre sus pieles, sentada sobre un tronco, atizando el fuego con un palo. Gray trabajaba la piel del ciervo con una rasqueta, limpiándola para curtirla. Soltó una risita.

—No te rías, ignorante —le dijo Kyra—. El viaje es real, igual que el riesgo que se corre. Algunos no regresan. Pero, en cierto modo, Dugald tiene razón. Muchos de los que emprenden el viaje se quedan en el límite, pero algunos logran cruzarlo, dejan este mundo y se adentran en el otro. Puede lograrse, y él es el peor de todos al negarlo, pues es uno de los que lo consiguió. Pero, y lo noto en su voz, tuvo miedo y regresó. Ahora quiere negarte a ti esa experiencia.

La carne que estaba sobre el fuego empezaba a desprender un olor muy apetitoso.

—¿Creéis...? —pregunté.

—No —respondieron Gray y Kyra al unísono—, hace falta más tiempo. Los niños siempre son muy impacientes. La carne todavía no está hecha.

—Kyra, ¿estás segura de que debes contarle todo esto? No creo que pertenezca a

tu mismo pueblo.

Kyra resopló y miró fríamente a Gray con su único ojo.

—Pero —continuó argumentando Gray—, decirle a la niña que es de la realeza, y con dones que no le presagian nada bueno para el futuro...

—Si no crees que hay algo diferente en ella, ¿qué haces aquí, Gray?

—Es cierto —dijo. Apartó la vista de ella y miró el bosque nevado—. Es cierto. Cuando vino a avisarnos de que había visto el barco, el cretino de Bain trató de no hacerle caso, pero es imposible no hacérselo o no tenerla en cuenta. Lo obligó a prestarle atención. Pero dejarle pensar que es de la realeza...

—Es que soy de la realeza —dije.

—¿Quién...? —me preguntó.

Él y Kyra me miraban atentamente.

—Dugald y el Vigilante Gris no quieren que se lo diga a nadie —expliqué con la mirada baja—. Les di mi palabra.

Levanté la vista. Los ojos de la cabeza me miraban fijamente, llenos de odio. Gray siguió mi mirada y pegó un respingo, como si le hubiesen pinchado.

—Dios —murmuró, e hizo el signo de la cruz.

Lo miré, atraída casi involuntariamente por su gemido.

Cuando volví a mirar, la cabeza parecía aún más espantosa de lo normal, pero seguía muerta.

Kyra se echó a reír. Gray parecía todavía asustado.

—Por un momento me pareció que... que esa cosa estaba viva.

—Sí —dijo Kyra—. Ahora hablemos de otras cosas.

Y eso fue lo que hicimos. Por aquel entonces Kyra había empezado a enseñarme las canciones y las historias que su pueblo contaba sobre el cielo. Cómo saber la hora, el día y la estación según los movimientos del sol, la luna y las estrellas. El significado de las constelaciones: el guerrero, piscis, el dragón, géminis, tauro, leo y muchas más. Cada una tenía su propia historia y canción. Eran muy largas y las poesías muy bonitas, y a mí me resultaban muy fáciles de recordar. Había dos calendarios, el del sol para los hombres y el de la luna para las mujeres, y los sabios aprendían a contar el tiempo con ambos. El día pertenecía a los hombres y la noche a las mujeres, pero el amanecer y el atardecer pertenecían a ambos y eran más poderosos que el día o la noche por separado.

Por eso interrogábamos a Cymry en la oscuridad.

Finalmente la carne estuvo lista, y comimos juntos. Cuando terminamos, la nieve era azul y el sol un globo escarlata en el horizonte.

Dugald estaba siendo agasajado en casa del principal, e Issa me había dicho que lo iban a sorprender con una mujer. Desde que descubrieron que era un druida, las gentes del pueblo no habían dejado de hacerle obsequios y ofrecer festines en su honor. Por supuesto, a cambio lo molestaban continuamente con sus peleas, problemas maritales, enfermedades y agravios. Le pedían que les adivinara el futuro a

ellos y a sus hijos, e incluso que bendijera al ganado, ovejas, cabras, cerdos y aparejos de pesca. Podía disfrutar de poca paz desde que descubrieron su magia.

Pedían encantamientos y filtros de amor, pociones de fertilidad, venenos, y otras cosas que se suponía que aseguraban la felicidad conyugal. Si cualquier criatura sufría algún problema durante su infancia, allí iba Dugald, ya fuera en lo más crudo del invierno o en plena noche. Pero él parecía disfrutar con toda esa atención que se le dedicaba, especialmente si venía de mujeres, más aún de muchachas. Eso se traducía en que ya no se preocupó más por mi cabello y dejó a Kyra y al Vigilante Gris que vivieran a su manera.

Eso me gustaba. Kyra me enseñó Historia. Pero no de la manera que los romanos la concebían, los relatos de guerras y reyes, sino el transcurso de la humanidad y cómo vencimos a dioses y bestias, y ahora estábamos por encima de ambos. En capacidades superábamos a los animales, en magia a los dioses. A todos menos al destino, ante el cual hasta los romanos se arrodillaban.

Cuando el sol ya no era más que un globo rojo en el horizonte, ofrecimos un sacrificio a Cymry. Derramamos vino tinto y aceite sobre su cabeza, y vi cómo se relamía y sus ojos, turbios por la muerte, parecían enturbiarse ahora por la bebida. Gray puso los ojos en blanco y se apoyó en el tronco en el que habíamos estado sentados. Kyra se reía con la misma risa crispada que tenía la noche en que la cabeza abrió los ojos por primera vez y nos miró. Después cogió un gran trozo de carne y algo del hígado que había guardado y lo arrojó al fuego.

Había mucha humedad y durante un instante las llamas se oscurecieron. Vi las dos pupilas como lunas gemelas del depredador resplandecientes detrás del fuego, y supe que el Vigilante Gris no se había creído la historia que le habíamos contado a Dugald y estaba allí. El humo envolvía la cabeza colgada de una rama cerca del fuego.

Los ojos se abrieron y volví a ver en ellos el odio que percibí la primera vez que me habían mirado, pero en esta ocasión parecía aturdido por el vino y la comida que le había dado Kyra.

—Vuelvo a sentir los placeres de la carne —dijo gimiendo.

—¡María, Madre de Dios! —exclamó Gray.

Empezó a gritar mientras una daga que llevaba enfundada y colgada del cinto se ponía al rojo vivo y luego blanca. Se había calentado y empezaba a quemarle. Desprendió la funda del cuerpo y la lanzó a la oscuridad.

—Te advertí que no llevaras nada de metal pegado al cuerpo —le dijo bruscamente Kyra.

—Lo sé, pero lo olvidé. Lo siento.

—Cymry —dije—. ¿Nos atacarán el año que viene? Y no me refiero sólo a los piratas.

La boca se movía como si estuviera mascando.

—Dadme más vino.

—No —dijo Kyra—. No te daré nada más. Contesta o te arrojaré al fuego.

—Yo te daré más, pero primero contesta —le prometí yo.

La cabeza dio un gemido que hizo que Gray se estremeciera y se volviera a santiguar. Kyra arrojó al fuego algo que llevaba en una vasija, y las llamas bramaron con más fuerza alrededor de Cymry. La mujer no pudo evitar un resoplido de alegría al observar el miedo dibujado en el rostro de la cabeza.

—No, no, nadie os atacará.

—Mientes —dijo Kyra brutalmente, y arrojó al fuego más de aquello que contenía la vasija colocada sobre el tronco, fuera lo que fuese.

—¡No, no! —chillaba la cabeza—. ¡No os miento, no puedo mentiros!

Las llamas se alzaban y el humo casi ocultaba la cabeza.

—Es cierto —dije—. No puede mentirnos ni a ti ni a mí.

—Dime —dijo Gray, sorprendiéndome mucho porque hasta entonces parecía muy asustado por la magia—, ¿pertenece la pequeña a la realeza?

El viento proveniente del mar despejó el humo, y vi a la luz parpadeante de las llamas que la cabeza tenía expresión humana. Volvió a emitir un gemido vibrante.

—¡Aaay, Dios, aaay! ¡Si pudiera estar vivo de nuevo!

—¿Qué harías si pudieras, cretino? ¿Llevar la desgracia y el dolor a todo aquel que se cruzara en tu camino? —le preguntó Kyra—. Ahora responde a la pregunta.

—No, no, juro que no volvería a causar dolor.

—Tranquilo —le dije—. Sírveme bien, y algún día te liberaré y podrás volver a nacer. Pero ahora responde. ¿Soy de sangre azul?

—No. Más que de la realeza, peor que eso, mejor que eso. ¿Creéis que cualquiera puede hacer de mí su esclavo? ¿Creéis que serviría a cualquiera? ¿Creéis que cualquiera podría condenarme a servirle?

—Regresa al lugar de donde viniste y no vuelvas hasta que te invoque —dije.

—¡Nooooo!

El grito era un gemido de angustia, pero se desvaneció y todo quedó en silencio. La cabeza colgaba sin vida, con su aspecto anterior, la piel tirante sobre los huesos, la mueca que mostraba los dientes, los ojos turbios y hundidos.

—Menuda pregunta —dijo Kyra a Gray—. ¿Que si es de la realeza? Sin duda. En ella reside el poder de las primeras reinas. Además, ¿qué te movió, si no, a entregarle la cabeza?

—No lo sé —musitó Gray—. Nunca lo he sabido. Pero ¿acaso crees que me gusta la vida de criado que llevo en casa del herrero mientras el bocazas de Bain alardea de su maravillosa boda con la hija del principal? El padre de Anna es robusto y joven, no llega a los treinta y cinco años. El desgraciado llegará a viejo mientras yo me deslomo en la forja.

—No pierdas la esperanza —le dije—. Tal vez la respuesta no llegue este año, pero seguro que no tarda en ser afirmativa. Además, es mejor esa vida que la de la tropa. Espera a que llegue el momento oportuno. Me queda mucho por aprender.

Kyra me revolvió el pelo.

—No eres más que una niña, a veces se me olvida.

El Vigilante Gris apareció al otro lado de la hoguera. Descolgó la cabeza del árbol y volvió a guardarla en su bolsa. Tenía forma humana y se protegía del frío con las mismas ropas viejas que siempre llevaba: una túnica, un manto, polainas sujetas con ligas cruzadas y botas.

—Mentiste a Dugald —me dijo mientras se echaba la bolsa a la espalda.

—Dugald es un pobre tonto —intervino Kyra.

—No —dijo el Vigilante Gris—, Dugald no es un pobre tonto. Creo que se equivoca en muchas cosas, pero no es tonto. Y en lo que a ti respecta —añadió mirándome—, has emprendido un camino muy peligroso que puede significar tu perdición.

—A la más profunda de las simas o a la más alta de las cimas —respondí—. Me arriesgaría a lo primero por la simple oportunidad de alcanzar lo segundo.

—¿Y tus compañeros? —me preguntó—. Una mujer sedienta de venganza y un hombre ambicioso.

—Tú, que no siempre eres humano, buscas entre nosotros nobles causas. Hasta un lobo lo entendería. Encuentro ayuda donde puedo, los necesito. Enséñame a luchar. No hay nadie mejor que tú, y haz que Dugald me enseñe magia. La necesitaré. Dile que me enseñe o aprenderé por mis propios medios.



No era más que una niña de siete años, pensaba Maeniel de regreso a la vivienda. Dugald había vuelto de la casa del principal oliendo a mujeres y perfume, y esperaba cerca de la puerta. Las discusiones comenzaron de nuevo en cuanto supo qué había estado haciendo la niña. Estaba dando vueltas a grandes zancadas alrededor de la casa, porque ahora la vivienda ya merecía tal nombre. Los muros estaban adornados con los tapices hechos por Kyra y los postes de madera oscura de pino que había tallado Gray apuntalaban el techo, cubiertos de tallas de aves y bestias entrelazadas. En la parte inferior un pez se revolvía atrapado en las garras de un águila. El gran gato moteado atrapaba al águila, y a su vez su cuerpo se entrelazaba con el del lobo. El dragón de la parte de arriba tenía al venado, cuya cornamenta se confundía con las formas sinuosas de las tres ramas que sostenían el techo. Alrededor de los muros Gray había puesto bancos sostenidos por patas con forma de alas de cuervo, y las camas las tenían con forma de salmones que se retorcían entre trigo y cebada para llamar a la buena suerte. Una foca protegía el dintel de la puerta, y desde su estómago un rostro de hombre vigilaba.

Vivir entre los tapices de Kyra significaba estar rodeado de los símbolos de todas las grandes moradas del cielo: el salmón, el guerrero, la reina en su trono, la foca y, entre todos el más soberbio, el dragón y el panal.

—No lo permitiré —aullaba Dugald señalando a Kyra—. No permitiré que boicotees mi esmerada educación enseñándole magia negra. Yo... —gesticulaba— yo... yo...

Parecía que no decidía qué sería lo que haría exactamente. Maeniel no pudo evitar una risita, algo que no debería haber hecho.

—Te venderé.

La amenaza era terrible y muy bien podía hacerse realidad. Kyra no tenía familia que la acogiera y no se casaría como habían hecho otras mujeres. No es necesario decir que siempre había alguien dispuesto a mantener a una mujer. Eran muy apreciadas como esposas y como esclavas, pues tenían muchas habilidades; eran mujeres de los pueblos pintados, que convertían su piel en cuadros maravillosos hechos con glasto, carmín, ocre y ceniza de ramas quemadas. Yo había visto las pinturas de Kyra, aunque la mayoría quedaban ocultas bajo sus ropas. Tenía los tobillos y las muñecas cubiertos de mariposas y enredaderas, el pecho y el vientre con flores. Telas de araña se movían grácilmente en el dorso de sus manos. Pero desde que estaba con nosotros, se pintaba también una víbora alrededor del pecho, sobre el corazón. Lo pintaba con alguna sustancia que parecía que las escamas de la serpiente estaban cubiertas de sangre y fuego, y el mismo animal estaba muerto, tenía el cuerpo pesado y negro como el humo de las velas justo después de extinguirse su luz. Cuando Kyra inspiraba profundamente, la cabeza de la víbora abría las fauces y mostraba los colmillos listos para morder. La serpiente descansaba entre las flores que le habían hecho cuando iba a casarse. No estaban sólo pintadas, sino grabadas en la piel con agujas y cuchillos.

Las mujeres que todavía mantenían la esperanza de volver a su tierra se habían ofrecido como criadas por un año. Otras habían llegado a arreglos más estables, convirtiéndose en las segundas o terceras esposas de hombres pudientes. Estos acuerdos estaban siempre guiados por la avaricia. Todas las mujeres eran expertas cocineras y tejedoras, cardadoras e hilanderas de lana, además de tintoreras. En cierto modo, éramos muy afortunados por tener a Kyra con nosotros. Ella era una de las mejores, y muchas otras mujeres venían con obsequios para que les enseñara motivos, puntos y otras cosas. Kyra también era una de las pocas que sabía trenzar ortigas.

Ante la amenaza, Kyra fue en busca de su puñal. Maeniel le cogió por la muñeca y dijo:

—Para, no cumpliré su promesa. —Se oían los aullidos de madre y Zarpa Negra bajo sus palabras.

—Si se lo pido a Dunnel, seguro que lo hace —gritó Dugald, furioso.

—Tal vez sí, pero no se lo pedirás —respondió Maeniel con voz tranquila.

Me abracé a la cintura de Kyra. Dunnel era el principal y profesaba una extraña admiración hacia Dugald.

—¡No permitas que lo haga! —supliqué a Maeniel.

—¡Sssh! —me dijo, revolviéndome el pelo—. Kyra, deja el puñal. Junto a mí tendrás un hogar lo que te quede de vida. Dugald, te echaré, si te atreves a hacer tal necesidad.

—¡Tú! ¿Tú me echarás a mí?

Dugald estaba realmente furioso.

—Te maldeciré con una enfermedad que te consuma. Que te cubra la podredumbre. Que te falte la virilidad.

—No, no lo harás. Ya hay quien lo ha intentado y no lo ha logrado.

—¿Virilidad? —pregunté—. Sé qué significa enfermedad y podredumbre, pero...

—¡Déjalo!

Sabía que era algo relacionado con el sexo, así que no me lo dirían.

—Dugald, te has abandonado a una vida muy cómoda. Yo cazo para ti y cambio mis presas por aquello que necesitamos. Kyra cultiva algodón, carda lana, tiñe tejidos y teje, además de ser una excelente cocinera. Todo lo que tú tienes que hacer es educar...

En ese momento me miró, y más tarde me dijo que mis cabellos formaban una aureola alrededor del rostro a la luz de las velas y el hogar, y entonces me dio mi nombre, Guinevere.

—Todo lo que tú debes hacer es educar a esta pequeña de cabellos dorados, porque eso es lo que es, Guinevere, la niña dorada. Y en cuanto a la magia negra, ella fue la que enseñó a Kyra, y no al revés.

Dugald se quedó en silencio.



Debéis comprender que nadie escribió mi nombre. Aquellos que a veces lo pronuncian y lo escriben lo hacen siempre de diferentes maneras. Así que en ocasiones la ortografía difiere. Tanto que puede parecer que tengo muchos nombres diferentes, pero en realidad sigo teniendo sólo uno. Y, como ocurre con todos los nombres ciertos, es una palabra de poder. Pero aparte de esto ya no diré nada más, porque creo que Dugald, en parte, tenía razón. Hay muchas cosas que no pueden describirse, y otras que no deberían describirse, y el uso de mi nombre es una de ellas.

Así pues, continuando con lo que decía al comenzar mi relato, salimos adelante.

Nadie nos atacó por tierra o mar. Tal vez la triste suerte de Cymry y su tripulación recorrió las tierras de norte a sur, este y oeste, en boca de aquellos que disfrutaban con nuevas como ésa, los juglares. Aunque a veces esos personajes llegan a altos puestos, no se deben confundir con los auténticos bardos que se sientan a la mesa de reyes y poderosos señores. Aquéllos cuyas canciones y sátiras se recompensan con oro y plata, y cuyas mejores obras alcanzan la inmortalidad, formando parte del aprendizaje de grandes poetas y de la preparación de los nobles para llegar a gobernar. Aunque

estos últimos no necesitan memorizar como un bardo hace, sino que únicamente deben estar familiarizados con ellos para así hacer sus peticiones a los bardos que visiten su palacio.

También de este divertimento se puede hacer mal uso. El rey o el poderoso señor saben qué sátira escoger cuando desean ridiculizar a su enemigo, y hacer que toda su corte lo desprecie al ser testigo de la cólera de ese hombre o mujer que se entregan a la furia y pierdan el control. Un ataque certero a la dignidad y el honor de un hombre puede conducirlo hasta la locura. No, esos juglares pertenecen a una clase más humilde. No pueden buscar ningún importante mecenas que los mantenga, y deben deambular de un lugar a otro con su violín, ya que ninguno de los humildes hombres que forman su audiencia podría darle cobijo más de una noche.

Al ser Dugald un hombre importante, muchas veces se nos invitaba a la casa del principal, y allí escuchábamos a muchos de esos juglares contar leyendas de dioses y dragones, intercaladas con rumores sobre grandes reyes y reinas de otros lugares y tierras. Y así iban añadiendo a su cantinela los hechos más nuevos y notables que oían, incluso si se trataba de pueblos tan remotos como el nuestro. Uno de estos importantes sucesos era la derrota del pirata Cymry a manos de una humilde tropa de muchachos y un puñado de gentes de un pequeño pueblo. Así pues, aunque yo no lo sabía, mi fama y la de Bain y Gray comenzó a extenderse, así como la reputación de nuestro pueblo de lugar mágico, entre personas que no conocíamos ni nunca llegaríamos a conocer. Y a lo largo y ancho de esas tierras los juglares alababan nuestras grandes hazañas.

Si se reflexiona sobre ello, algo que yo no hice en ese momento, se llega a la conclusión de que es algo positivo y negativo al mismo tiempo. Sea como sea, su consecuencia fue que no nos atacaron más durante los años siguientes. Y gracias a eso tuve tiempo para aprender a luchar con lord Maeniel, y Dugald me enseñó los dragones reales y cómo reinar. Y cuando tenía tiempo entre una cosa y otra, corría libre por la playa con madre, Zarpa Negra y Kyra.

Ay, cómo le gustaban a Kyra las historias. Aprovechaba todas las visitas a casa del principal para aprender más y más historias, hasta que yo misma me convencí de que sabía más que los juglares que se detenían en nuestras moradas. Y, de hecho, alguno de ellos venía a sentarse junto a nuestro hogar para escuchar y beber de su fuente inagotable de historias.

Todos los inviernos al acabar el año, llevábamos a Cymry a lo alto de las montañas y le preguntábamos si seríamos presa de saqueos ese año, y todos los inviernos nos respondía que no. Gracias a eso disfruté del mejor regalo de todos, tiempo para crecer. Vivíamos inmersos en la dicha y no éramos conscientes de ello.

Durante el verano cazábamos ciervos, liebres, e incluso osos y grandes felinos. Maeniel nos guiaba, y a la zaga iba Dugald, quejándose de sus articulaciones y huesos. Madre y Zarpa Negra encontraban las presas, y fuera lo que fuese lo que levantasen les seguíamos raudos, con la jabalina a punto. Ciervos, alces e incluso los

peligrosos uros caían ante nosotros.

Corría entre los lobos, hasta que me hice tan veloz que podía dar alcance a una liebre. Todavía ahora puedo recorrer millas, después de una vida de lucha, trabajo, batalla y crianza de hijos. Me parecía lo más natural acompañar a Maeniel, madre y Zarpa Negra hasta lo más profundo de las montañas para cazar un magnífico alce o incluso un uro. Otras veces también pescábamos, en medio de las aguas que fluían y reflúan en nuestra costa rocosa y escarpada.

La costa en estas tierras no es un refugio tranquilo y dulce, sino un cruel baluarte contra el fiero océano, y sus moradores, los impresionantes y aterradores dragones, son sus habitantes más peligrosos, admirados y hermosos. La mayoría de las veces pescábamos en los ríos, los arroyos y las charcas que formaba la marea al bajar, pero algunas noches íbamos a los escarpados acantilados y a las rocas que los pueblos del norte conocen como fiordos. La costa estaba salpicada de ellos, y a algunos no se podía llegar a pie. Sólo una barca botada cerca nos podía acercar a esos lugares aislados. En esos parajes la pesca era abundante, porque las especies más grandes guiaban hasta allí a los peces más pequeños, como el arenque y la caballa, para atraparlos en los bajíos. Pescábamos abadejos, pintarrojas, lenguados e incluso a veces marrajos, muy apreciados por el aceite de su hígado.

El mar me encantaba y trataba de convencer al Vigilante Gris de que alejásemos nuestro curragh de pesca, cubierto de piel, de la costa hasta perderla de vista, argumentando que Kyra me había enseñado a guiarme con las estrellas. Pero siempre se negó, decía que el mar era impredecible. No como las aguas tranquilas de color azul zafiro que bañaban las costas de la Galia y de Italia, donde el verano calentaba tierra y mar por igual y el agua era tan clara que se podía ver el fondo como a través de un fino cristal romano.

No, este mar era verde, gris y negro, e incluso en pleno verano una traicionera neblina cubría sus aguas como si fuera humo. En los fiordos un poco de viento o cualquier otro incidente bastaban para levantar enormes olas, de incluso siete metros. Cuántas veces volcó nuestro curragh y tuvimos que arrastrarlo hasta la costa con ayuda de pies y manos.

Una tarde estábamos pescando solos Maeniel y yo. Queríamos recoger hinojo de mar para Kyra, porque le gustaba conservarlo en vinagre, y así lo tendríamos en invierno además de la carne. A Maeniel le gustaba mucho, le gustaban todos los vegetales, algo que a mí me extrañaba mucho. Zarpa Negra compartía ese gusto, pero madre ni siquiera se dignaba mirar la verdura.

El fiordo acababa en una caleta protegida, en la que el hinojo de mar crecía en espesos macizos que ribeteaban toda la costa. Recogimos mucho, y luego el Vigilante Gris y yo fuimos a pescar.

No fue buena idea. Una borrasca se acercaba mientras pescábamos mújoles con la red, y en poco tiempo empezó a caer una lluvia gélida y se formaron olas de diez metros. La lluvia era una cortina de agua gruesa, gris y cegadora. Era la peor

tormenta que había visto nunca, y por una vez comprendí el respeto que el Vigilante Gris sentía por el mar. La lluvia nos golpeaba el rostro mientras intentábamos virar el curragh y llevarlo hasta la orilla. Pero acabamos girando sobre nosotros mismos, porque la lluvia era tan espesa que la playa se convirtió en una sombra apenas visible entre el aguacero.

Yo no era más que una niña soportando un gran peso. En poco tiempo estaba helada y calada hasta los huesos por la lluvia y las olas que saltaban a borda, y comprendí por qué el mar se lleva con él a tantos hombres. Supe que no me quedaban más que unos minutos de vida, y ni siquiera el Vigilante Gris, que era fuerte, más de lo que un humano puede serlo, aguantaría hasta el atardecer en medio de esa lluvia y frío.

Entonces las olas nos golpearon, lanzaron el curragh a lo alto, y pude ver los acantilados de granito con líquenes rojos y anaranjados brillando en las últimas y pálidas luces del día. Después descendimos, la ola que nos había suspendido en el aire desapareció, pero llegó otra que nos alzó como si fuésemos una hoja arrastrada por el viento. Cuando la ola rompió y el endeble curragh de piel se desintegró, nosotros nos hundimos en el silencio, bajo la superficie.

Las turbulentas aguas eran como niebla espesa, eso era lo que mi mente confundida se decía. Lo normal sería que hubiese intentado respirar y acabara ahogándome, pero el instinto me tapó boca y nariz. De todos modos, pensaba que había muerto cuando me di cuenta de dónde estaba. El frío ya no me paralizaba, sino el aturdimiento. Me sentía como una vasija rota que deja derramarse todo su contenido, me escapaba de mi cuerpo hacia el silencio submarino. Con la cabeza rompí la superficie, y el mundo era un caos de vientos devastadores y olas aplastadoras. Aproveché el segundo del que disponía para llenar los pulmones de aire. Después volví a hundirme, tocando el fondo con las rodillas.

Estaba cerca de la orilla, y comencé a luchar con todas las fuerzas que me quedaban. Durante un instante horrible, eterno, la resaca me arrastró de nuevo a mar abierto, pero entonces sentí algo enganchado a la espalda de mi chaqueta de piel. El Vigilante Gris me tenía cogida, y segundos más tarde gateábamos escapando de las olas mientras la lluvia nos azotaba entre la niebla, que poco a poco se iba levantando.

¡Qué frío, Dios, qué frío! Nunca sentí tanto frío, ni antes ni después de aquel día. Me tumbé exhausta, temblando, junto a una roca, y el Vigilante Gris me cubrió con una piel de vaca que siempre llevábamos con nosotros. Las vacas de la montaña son como las ovejas, porque tienen un pelaje largo y espeso. El Vigilante Gris me dijo que en ningún otro lugar son así las vacas. En esta ocasión la piel no me sirvió de mucho, tenía tanto frío que estaba aturdida y apenas podía pensar.

Maeniel adoptó la forma de lobo y protegido por su pelaje, empezó a recoger tablas que flotaban a la deriva tan rápido como podía. Pero los dos estábamos empapados y empezó a tambalearse, moviéndose cada vez más lentamente mientras apilaba la madera junto a mí.

Había que encender un fuego. Protegía una rama bajo la piel y froté los dedos contra los guijarros sobre los que descansaba. Uno me hizo un corte y supe que había encontrado sílex. Lo froté contra otra piedra y saltaron chispas, pero la madera estaba demasiado mojada y el viento era muy fuerte. Las chispas me quemaban los dedos y una se me posó en el dorso de la mano.

«Mi fuego», pensé llevada por la ira. Oh, Dios, oh, el dolor del fuego recorriendo el dorso de la mano hasta la yema de los dedos era insoportable. Acerqué el puño a la madera y ésta prendió. Maeniel se detuvo asombrado mientras yo acercaba la rama a la pila de maderas y se alzaron las llamas. Yo estaba chillando, extendiendo la mano bajo la lluvia para calmar el dolor, las marcas del fuego me surcaban la mano, desde el centro del dorso hasta cada una de las yemas de los dedos. Se me curaron en pocos días, pero me quedaron las cicatrices. Apenas son visibles, pero todavía las llevo conmigo. A partir de ese momento sólo nos preocupamos por mantener el fuego encendido hasta que pasara la tormenta. Nos cubrimos con la piel de vaca y nos sentamos con el fuego entre nosotros, sin pararnos a pensar en el humo, hasta que estuvimos secos y calientes.

Me quedé dormida apoyada contra la roca. El Vigilante Gris había colocado la piel sobre dos rocas, creando un cobijo seguro entre ellas. Como lobo, él dormía al otro lado de la hoguera. Cuando me desperté, era ese momento de gran poder entre las primeras luces y el amanecer. La luz era muy blanca, y la niebla cubría los fiordos. Los acantilados que nos rodeaban no eran más que sombras entre la neblina dispersa. La niebla se posaba sobre el mar como un grueso manto.

El dragón alzó la cabeza entre la bruma. Lo reconocí enseguida, a pesar de no haberlo visto nunca antes, porque, aunque su cuerpo era gris como plata bruñida, tenía una cresta roja sobre la cabeza que le bajaba hasta los ojos, similar a una crin de caballo. En ese momento le cubría uno de los lados del cuello, exactamente igual que las crines. Tenía otro pliegue de piel roja bajo el cuello, pero de un tono más oscuro que la que tenía sobre la cabeza.

Resopló y vi las ventanillas de su nariz, parecidas a las de una tortuga o una ballena. Tomó una gran bocanada de aire, y el simple hecho de respirar el frío y húmedo aire parecía gustarle, ya que la sangre le recorrió la cresta y la enderezó un poco, a la vez que se aclaraba la garganta. Pero súbitamente, pues no eran síntomas de furia o deseo, ambas reacciones desaparecieron.

El dragón era tan silencioso que el Vigilante Gris seguía durmiendo.

Me levanté y caminé hacia las olas que batían sin fuerza contra la orilla de guijarros, hasta que estuve delante del animal. No creo que ninguno de nosotros estuviese asustado. Era un animal tan mágico, tan bonito, que era imposible que me asustara; y yo era tan pequeña, tan inofensiva, que era imposible que él sintiera miedo.

Aunque nuestro curragh se había hundido, muchas de nuestras capturas habían sido arrastradas hasta la orilla. El Vigilante Gris había amontonado los mújoles más

allá del alcance de la marea. El dragón era nuestro huésped, así que cumplí con mis deberes de anfitriona. Cogí uno de los peces y lo dejé en las aguas pocas profundas, sacudido por las olas suaves del amanecer. Pero el dragón no lo cogió, sino que agachó su largo cuello y, como un magnífico cisne, lo rozó con el hocico, empujándolo de nuevo hacia la playa.

—¿No? —pregunté, y oí mi propia voz muy estridente en la tranquilidad del amanecer.

El dragón resopló con delicadeza, como si quisiera decir algo, esas cosas no me gustan demasiado.

—Bien. También tenemos hinojo de mar.

De hecho, teníamos dos sacos enormes repletos. Le ofrecí un poco, y lo comió de mi mano con gran delicadeza, como los caballos cogen la manzana que se les ofrece, con cuidado de no lastimar los dedos. Acerqué los dos sacos y los vacié en la orilla. Lo observó mientras comía.

La luz cada vez era más intensa, las brumas comenzaron a desvanecerse. Los acantilados que rodeaban el fiordo comenzaban a dibujarse entre la niebla, aunque todavía cubiertos de rocío. El dragón alzó la cabeza y me empujó suavemente en el pecho. «Le gusta el hinojo de mar —pensé—. No quiere peces, así que tampoco querrá comerme a mí». Así que coloqué mi mano sobre su frente, pegada a la cresta. Lo toqué, el mundo se desvaneció alrededor, y entonces comencé a hablar al dragón.

¿He dicho que el mar de estas tierras era gris, verde y negro? Me equivocaba. Es cierto que era de esos colores, pero también muchos otros: era rojo, unas veces como la sangre, otras como el esmalte finamente trabajado de una gema, o los rojos, amarillos y naranjas que bailan entre las llamas siempre cambiantes; y después era verde, como las esmeraldas, los secretos perdidos, brillante como las algas que flotan a la deriva sobre el mar; y azul, transparente cuando las olas besaban la orilla. Pero el azul, el azul, no sabemos nada sobre el azul. Hemos perdido el límpido arco azul del cielo estival sobre el mar; las luces azules, transparentes primero, translúcidas después, convirtiéndose en sombras a medida que las bestias se adentraban en las profundidades.

Me equivoqué, en ocasiones el dragón sí comía peces, y él y sus compañeros, comunicándose con cantos, los empujaban hacia los vastos cañones y las montañas submarinas.

Los cantos de los dragones de amor y guerra, hambre y dolor, pérdida, deseo, y el momento de deslumbrante felicidad expresada en la sinfonía eterna que ninguna mente humana podrá nunca abarcar. Ningún oído humano la ha oído nunca. Todos ellos cantan, ya lo sabéis, las tortugas, las ballenas, incluso las langostas entrechocan sus pinzas llamando al amor.

Me descubrió todas estas cosas durante el instante eterno, sin palabras, en que nuestras mentes se fundieron en una sola. Después el dragón se separó de mí, no yo de él, se dio la vuelta, y nadó hacia la niebla cada vez menos espesa, de vuelta a su

reino, el gran océano. Me senté sobre los guijarros, sollozando sin saber por qué.



CAPÍTULO 4

uando cumplí los trece años, la respuesta de Cymry fue otra.

Había sido un invierno duro, un año duro, si me paro a pensarlo desde el presente. Tuvimos una primavera larga y seca, algo muy poco habitual por estas tierras, y cuando los cultivos ya estaban echados a perder por la sequía, se puso a llover sin descanso, inundándolos completamente. Ganarse la vida trabajando la tierra puede ser una condena a veces. No puedo ni imaginarme cómo lo lograban aquellos que vivían en tierras romanas. Maeniel decía que muchas veces no lo conseguían, tenían que vender sus hijos a los comerciantes de esclavos, se morían de hambre y finalmente abandonaban sus hogares para escapar de los recaudadores de impuestos. Les abrumaba el coste de las legiones y la presión de un gobierno que cada año hacía menos por ellos, pues estaba en manos de los terratenientes más poderosos, que no tenían que pagar impuestos y no se preocupaban en absoluto por los pequeños agricultores que trabajaban sus propias tierras.

Maeniel y Dugald discutían constantemente sobre ese tema. Según el primero, el camino a Roma era el camino a la ruina; mientras que Dugald defendía que era la culminación de miles de años de civilización, nacida en el este y difundida por el pueblo de Kyra hacia Occidente, que había construido las magníficas cámaras mortuorias de la Galia Armorica e Irlanda. Cuando Kyra y yo empezábamos a quejarnos, madre se tapaba las orejas con las patas y Zarpa Negra gemía y se iba de la casa, y luego los dos se volvían hacia mí y el resto, y me sermoneaban que debía aprender política, pues algún día sería reina.

—¡Ja! ¿Qué es lo que voy a gobernar en este rincón perdido del mundo? —les contestaba yo.

Además, me gustaban las cosas justo como estaban. Dugald me hacía callar y me decía que tuviera paciencia. La situación en el sur se había calmado un poco. Los barcos de los comerciantes volvían a hacer sus rutas, uno de ellos atracó muy cerca de nosotros, y la tripulación nos puso al corriente de todas las novedades que sucedían en el mundo. De lo que más se hablaba era del hijo de Pendragon, educado por Merlín. Se decía que llegaría a ser gran rey, e incluso los sajones lo apoyaban.

Bajé al puerto cercano al cabo en el que había tenido lugar la batalla, y subimos al barco para admirar las joyas y especias que se mostraban sobre cubierta para su venta. A veces también había libros, papel e instrumentos de escritura. Cuando Dugald encontraba esas cosas las compraba, yo nunca me interesaba por las joyas o

las armas.

Gray me hizo un hacha, de un solo filo, como las que utilizan los frisones. Tenía aproximadamente veinticinco centímetros de longitud, y estaba forjada en una sola pieza, la espiga y el filo. La empuñadura estaba recubierta de alambre, y sobre él piel. Desde los diez años ya tenía mi propia lanza. Hacía poco que el Vigilante Gris me había dado un arco que, como él mismo me explicó, era como los que utilizaban los soldados de caballería de las tropas romanas. Así que no tenía necesidad de más armas por el momento.

En ese barco en concreto no había libros. Había mucha gente a bordo, entre ellos Issa, que convencía a su padre y a Bain para que le compraran otro collar, esta vez de oro. Gray también estaba allí, regateando con el capitán el precio de un saco lleno de hierros. Las cosas se estaban complicando, porque Gray estaba decidido a no pagar el precio que el hombre le pedía, y el capitán no admitía más negociaciones.

Un joven de la tripulación se dirigió a mí.

—¿No te interesa ninguna joya? —me preguntó, aparentemente de la manera más casual.

Me reí.

—No me lo podría permitir, no tengo dinero. Sólo acompaño a Kyra.

Kyra regateaba con un hombre de aspecto envejecido y barba negra que cada vez hacía gestos más teatrales.

—¿La tuerta?

—Sí.

—¿Es tu madre?

—No, mi madre murió hace mucho.

—Ya me lo imaginaba. Ella es muy morena y tú muy rubia. Tus cabellos son tan rubios que son casi blancos. No había vuelto a ver a nadie tan rubio desde que dejé mi tierra. Aquí la mayoría son morenos, y si no, pelirrojos. Pero tú, tú eres preciosa.

—Gracias.

Me cogió de la mano y me apartó del gentío que deambulaba entre los objetos expuestos en la cubierta del barco.

—¿Querrías pasear conmigo entre las rocas?

Señaló al cabo frente al cual estaba amarrado el barco en aguas poco profundas. En esa zona el terreno era muy escarpado, con pocos claros llanos y enormes rocas. Con sólo caminar un poco quedaríamos fuera de la vista del barco, vagando por un laberinto de claros de hierba y flores silvestres junto a tierras yermas de rocas templadas por el sol. Todavía tenía mi mano entre las suyas. Lo miré a los ojos. Eran de un gris azulado, y su cabello rubio, oscuro como la miel.

Me pregunté la razón de esa extraña proposición y por qué quería que me alejara sola con él. Incómoda, traté de separar mi mano de las suyas, pero no me dejaba.

—No —respondí—. Me parece que no...

—¿Por qué no? ¿Te parezco poco agraciado?

—No. —Era consciente de que aún sujetaba mi mano—. Cualquiera se daría cuenta de que eso no es cierto.

—Entonces escúchame —dijo señalando un collar de granates y ámbar—. Si vienes conmigo, te lo regalaré. Quedará precioso sobre una piel tan blanca y clara como la tuya. Lo compraré ahora mismo y nos lo podemos llevar con nosotros. Deja que te muestre cómo relucen los granates y el ámbar sobre una piel clara como la tuya. Acompáñame.

Todavía me sostenía la mano e hizo ademán de rodearme la cintura con el otro brazo. Me solté bruscamente y retrocedí.

—¿Y por qué quieres que vaya contigo y me ofreces regalos?

—Eso mismo me estaba preguntando yo.

Era la voz del Vigilante Gris, que estaba detrás del joven y me miraba por encima de su cabeza. El joven se dio la vuelta y se encontró mirando el pecho del Vigilante Gris. Durante todos los años que había vivido con Dugald y él, nunca lo había visto realmente furioso. Ni siquiera luchando contra los piratas. Pero noté que en ese momento sí que lo estaba. El muchacho estaba a un paso de la muerte, justo la distancia que lo separaba de Maeniel.

—No me ha hecho nada —dije.

—No será porque no fueran ésas sus intenciones. Es doncella y todavía una niña. Desaparece de mi vista antes de que te retuerza el cuello como a un conejo.

El muchacho se fue con sorprendente rapidez.

—¿Qué es lo que ha hecho? —pregunté a Maeniel asombrada ante su furia.

—No has entendido nada, ¿verdad?

—Vaya —dije entrecortadamente, y entonces sí comprendí. Primero enrojecí y luego no pude más que echarme a reír.

La tensión desapareció de Maeniel, y zanjó la cuestión comprándome el collar de granates y ámbar. Yo no me habría imaginado que Maeniel tuviera nada parecido a dinero, pero así era.

Más tarde nos detuvimos en casa del principal, él no estaba allí, pero Issa nos recibió muy respetuosamente. Ahora ella era quien llevaba la casa, al estar casada con Bain y haber muerto su madre el año anterior. Su padre parecía haber envejecido extraordinariamente en ese tiempo. Issa era su única hija con vida, lo que aclaraba el gran interés en Bain desde que no era más que una niña.

Nos ofreció vino e hidromiel, pero sólo tomamos cerveza, que era lo correcto en una visita informal. Había otras personas en el salón. Los romanos dicen que no tenemos más sitio donde sentarnos que el suelo, pero no es cierto. Tenemos bancos y mesas bajas dispuestas alrededor del hogar, y como la talla de madera se ha elevado a un arte entre nosotros, normalmente están bellamente tallados y son objetos muy preciados. Como iba diciendo, estábamos en el salón de Donell, de cedro aromático y resistente pino que crece en las montañas batido por el viento del mar. Ambos árboles estaban relacionados con la vida del mar. Focas, ballenas, tortugas, palmaria palmata,

hinojo de mar y espinacas marinas se relacionaban con los grandes animales y los dragones de largos cuellos; anguilas, caballas y merluzas se unían a los secretos de la eterna renovación.

El salón era una bella estancia con el fuego ardiendo en el hogar central. Su brillo se reflejaba en los colores preciosos de los tapices que cubrían los muros, en los que se representaban las hazañas de la ciudad y la familia, ensalzados por la oscura madera antigua y encerada de los muebles. Tomé asiento tal y como debían hacer las muchachas, entre los hombres de su familia. No había muchas personas allí, pues la mayoría estaban en el barco. Sin embargo, para nuestra sorpresa, encontramos al joven que me había hecho la invitación en la embarcación.

—Me llamo Farry —dijo—. Soy el hijo de Cuan, el capitán. La petición que hice a la doncella tenía intenciones honestas. Las joyas eran de gran valor y un hombre de huir no está en posición de desposarse.

La expresión de Maeniel no cambió.

—Si es así, deberías haberla hecho en presencia de Kyra.

—Sí, pero estaba impaciente y temía que cualquier otro me la quitase. Además, no sabía que ella fuese noble. Viste de manera tan... tan... humilde. Yo podía disponer de las joyas porque eran mías, y eran un buen obsequio. Pero no he venido aquí por eso.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó el Vigilante Gris—. Ella no es para ti, por mucho que ofrezcas. Es demasiado joven, y noble.

—Lo sé, lo sé. Entre sus antepasados se cuentan numerosos reyes y reinas, y por eso está en peligro. Lord Merlín todavía la busca, y han puesto precio a su cabeza. Todo esto me lo contó un hombre de la tripulación, que me dijo que debería atraparla y conducirla a Cornualles, donde podría estar al mando de muchos de los druidas y de los príncipes britanos. Ella supone algo muy importante, y ya comprendo la razón. Por eso le cogí la mano y me comporté de manera tan estúpida, pero ahora estoy aquí para explicar que no tenía malas intenciones.

Maeniel se disponía a contestar, pero le tapé la boca con la mano y me dirigí a Farry.

—Te agradezco la entrega de tu estima y admiración, y valoro en mucho tu amistad. También he de agradecerte tu advertencia. No creía que el recuerdo de la influencia de mi madre aún siguiera vivo, y pensaba que yo misma ya había caído en el olvido. —Tras estas palabras me levanté y tomé su mano.

Me miró durante un tiempo, como si quisiera grabar mi rostro en su mente para recordarlo.

—Desearía... —empezó a decir, pero se detuvo y emitió una pequeña carcajada—. No sé lo que desearía. Que tú fueras menos o yo más, supongo. Sí, seguramente sea eso. Las joyas te favorecen mucho. Me gustaría haber podido regalártelas yo mismo. Adiós.

A continuación se dio la vuelta y se alejó, mientras yo lo miraba con gran pena.

—No lo mires así, pequeña. Ha sido el primero en caer ante tus pies, pero no será el último. Más preocupante es lo que nos ha contado —me dijo el Vigilante Gris.

—Sí —dijo Dugald—. Esperaba que todo el asunto se hubiese olvidado ya, o que Merlín creyera que la niña se había perdido o había perecido estando a mi cargo.

—No, no es de los que olvidan las cosas. Al menos de las cosas que tienen que ver con ella. Y no dudes de que, en cuanto el barco emprenda su Camino de vuelta al reino tras la muralla romana, alguien, que ya puede ser Farry, su padre o algún marinero, anunciará a los druidas britanos que la niña es ya una mujer de peligrosa belleza e inteligencia.

—¿Qué hacemos?

—No se me ocurre una sola persona en el pueblo que nos traicionara.

—¿No? Entonces tienes mejor opinión de muchos de ellos que yo —respondió Dugald.

Madre y Zarpa Negra estaban junto a mí, y vi que ellos, Kyra y Maeniel estaban de acuerdo con Dugald.

—¿Entonces qué hago? —pregunté.

—¿Tú? Tú nada —dijo Maeniel—. Se trata de lo que hacemos todos. Somos una familia. Una vez juré que nunca más me mezclaría en las luchas humanas, pero aquí estoy.

—Creo que deberíamos volver a casa por otro camino diferente al que solemos utilizar. Tal vez alguno de los marinos de la tripulación esté haciendo planes estúpidos sobre cómo conseguir una buena cantidad de oro gracias a ese Merlín —dijo Kyra—. Cuando el barco haya partido, nada sucederá por un tiempo. Pronto llegará el otoño y debemos preguntar a Cymry.

Seguimos el consejo de Kyra, el Vigilante Gris adoptó la forma de lobo y nos condujo a casa por un camino que sólo él conocía.

El barco trajo una epidemia. En ese momento todavía no lo sabíamos, pero poco después de su partida la enfermedad se propagó por todo el pueblo. Como siempre pasa, atacó primero a los más viejos y a los más pequeños. Dugald cayó enfermo y estuvo muy grave, igual que el primer hijo de Issa, que murió. Yo no tuve más que un brote leve, ya que no solía ponerme enferma; y por supuesto, el Vigilante Gris y Zarpa Negra nunca contraían ningún mal. Pero madre también enfermó, no afectada por aquella dolencia de los humanos, fuera cual fuese, sino por una congestión pulmonar. El Vigilante Gris y Zarpa Negra salían a cazar, porque los cultivos eran muy pobres ese año. No sólo nosotros necesitábamos carne, sino todos los hogares del pueblo. Kyra, que tampoco enfermaba nunca, se quedaba en casa conmigo para cuidar de Dugald y madre.

Hice una cama de hierba fresca para madre cerca del fuego, y dormía con ella rodeándola entre mis brazos. Kyra preparaba medicinas. No decía a Dugald cuáles eran los ingredientes, y él maldecía mientras ella trataba de hacérselas tragar.

—¡Mujer, te maldeciré si no me dejas en paz! —gritaba temblando bajo las

mantas.

—Quédate tranquilo, viejo tonto, y bébete esto. Así te bajará la fiebre.

—¡Fiebre, fiebre! Si yo no tengo fiebre. Habéis dejado la puerta abierta y no tengo más que frío.

—¡Y para ti una plaga de zopencos con dos patas! —gritaba Kyra—. Si alguna vez en mi vida he visto un caso de fiebres palúdicas, es precisamente ahora. Así que cállate de una vez y bebe esto antes de que te tape la nariz y te lo haga tragar yo misma.

—Cumpliré su palabra —dije desde donde estaba, al lado de madre, junto al hogar—. Y yo la ayudaré. Ya sabes que sus remedios siempre te sientan bien.

—¡Si devuelvo hasta mi primera papilla, será todo culpa tuya, mujer!

—No te pasará eso. Y ahora bebe, maldito.

Y finalmente lo hizo, tomando todo el contenido del cuenco de un solo trago. Después Kyra lo envolvió entre mantas de lana. Dugald empezó a sudar y en poco tiempo la fiebre le había desaparecido. Entonces Kyra vino a ver cómo se encontraba madre.

—¿Qué tal está? —me preguntó.

—No demasiado bien. La oigo respirar.

Y era cierto. Al llenar y vaciar los pulmones de oxígeno, se oía una especie de gorgoteo y sonido áspero. Kyra se arrodilló y colocó la oreja contra las costillas de madre.

—No sé qué más puedo hacer. Le he dado las mismas medicinas que a Dugald, pero su especie no suda igual que los humanos, y tiene el hocico caliente y seco. —Kyra hizo el gesto de la cruz—. Me parece que está mucho más grave que Dugald.

Madre abrió los ojos y me miró.

—Ya soy vieja —me dijo—. Vieja para los de mi especie. Has sido una buena hija para mí, y ella una buena amiga. Dile que vaya a dormir. Su poción me ha aliviado el dolor del pecho, y por la mañana estaré mucho mejor.

Repetí a Kyra las palabras de madre. Ella asintió, después me sirvió un poco de un guiso en un cuenco, con un trozo de pan. Las galletas de avena que se hacen sobre una plancha o una piedra cerca de un fuego abierto son duras, pero se ablandan al mojarlas en caldo. Kyra se sirvió un poco también para ella y ofreció a madre, pero ésta lo rechazó y se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi regazo.

Dugald roncaba en su cama, vuelto hacia el muro.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que noté las lágrimas en el pan. Kyra me secó las mejillas.

—Estoy asustada. Temo por madre. Siempre la recuerdo cerca de mí. La recuerdo mejor que a mi madre humana. Y la leche tibia de sus tetillas, fue mi primer consuelo.

—Has tenido una vida extraña para una mujer, pero no creo que te haya perjudicado en nada. Es cierto que podría consolarte con mentiras piadosas, pero sé

qué sabrías ver a través de ellas. Creo que tienes motivos para estar asustada. Madre es vieja, según la edad de los lobos, y yo no sé ningún remedio para curarla. Ojalá pudiera hacer algo más, pero tal vez sea ella quien mejor sepa su estado, y realmente se encontrará mejor por la mañana. —Después me besó en la frente y se fue a la cama.

Acabé mi cena, me tumbé junto a madre, y cerré los ojos. Lo siguiente que recuerdo son rosas blancas, su olor y el tacto de sus pétalos entre los dedos. Caminaba entre macizos rebosantes de ellas. Cada planta tenía tallos muy largos que partían del cielo y caían hasta el suelo, y cada rama estaba cubierta de rosas blancas. Eran totalmente blancas, no tenían sombra de ningún otro color ni siquiera en el centro, y hasta los estambres y los pistilos también eran blancos.

El aire estaba cargado de humedad, y no se veía nada a unos pasos en ninguna dirección. «Son las rosas de los cuentos de hadas, y esto no es un sueño», pensé. Y cuando miré al suelo y vi que mis pies pisaban los pétalos blancos sobre un césped esmeralda cubierto de rocío, supe que no era un sueño. Entonces un montículo cubierto de rosas apareció ante mis ojos, y una entrada que era la puerta a la oscuridad.

Sabía que era peligroso si me encontraba con alguien, pero entré y aparecí en un bosque de noche. Recordé a Maeniel hablándome de él, de los árboles, tan grandes que ni siquiera muchos hombres unidos podrían rodearlos con sus brazos, y parecía que atrapaban las estrellas entre sus ramas como si fuesen flores. No había ningún camino, y el suelo estaba cubierto de helechos, muy suaves bajo mis pies. Me dirigí hacia una cascada que caía desde un acantilado aún más alto que los árboles. En medio de la oscuridad, el agua era de plata, brillante como si tuviera luz en su interior. Caía entre la espuma en un lago, donde titilaba con un brillo que me recordaba al de las estrellas en el cielo nocturno observadas desde la montaña, cuando admiramos los astros entre las difusas nubes de luz lejana.

Me acerqué al lago y miré el agua que centelleaba, danzaba, se revolvía en espuma formando interminables dibujos siempre cambiantes, fluyendo hacia otro lago y luego a un riachuelo que se perdía entre los árboles. De repente, estaba de nuevo en casa, y madre ya no estaba a mi lado. Levanté la cabeza y la vi junto a la puerta.

—Vine a despedirme.

—No, madre. —Me levanté—. No.

—No temo a la muerte. Ninguno de nosotros la teme, es un regalo de Dios. Ni siquiera pensamos nunca en ella, al menos no como vosotros lo hacéis. Estoy deseando sumergirme en el arroyo, que los rápidos me conduzcan hacia las estrellas del mar eterno.

Entonces volví a encontrarme en el bosque junto al lago de luz, con madre. Miró hacia mí.

—Siempre que me necesites vendré. Mientras la vida dure.

Inclinó el hocico hacia el lago de estrellas, bebió y desapareció.

De nuevo me encontraba en casa sosteniéndola entre mis brazos, pero su cuerpo ya estaba frío.

Hicimos una pira en un cabo, un cabo solitario formado por la erosión del viento en la roca. No todos los pueblos hacen piras. Algunos abandonan a sus muertos a los pájaros y los pigargos vocingleros, que limpian sus huesos hasta que puedan convertirse en cenizas o ser enterrados cerca de sus hogares. Hay muchas tradiciones diferentes. Los cristianos dicen que tienen que ser enterrados en la tierra para que puedan encontrar su cuerpo el Día del Juicio Final. Dugald compartía esta opinión en cierta manera. Pero Kyra, Maeniel, Zarpa Negra y yo creíamos en la vieja tradición, liberar el espíritu para que alcanzara las estrellas y buscara un nuevo hogar. Además, como puntualizó Maeniel, madre era un lobo y tal vez no quisiera ir a un sitio en el que hubiera humanos. Yo comprendía que los humanos tenemos mala relación entre nosotros, pero peor aún con los animales.

También hay quien recoge los huesos para que los espíritus protejan el hogar y regresen al útero de una mujer, así no irán a ningún sitio desconocido a unirse con otra familia, sino que permanecerán entre sus gentes. Teniendo en cuenta que algunos niños son como copias en miniatura de sus padres, no me parece una creencia muy desacertada. Empíricamente hablando, claro. Ése es el nombre que Maeniel da a ese tipo de conclusiones, empíricas, o a aquellas derivadas de la observación. Aunque fuera un lobo, creo que estaba más instruido que Dugald. Pero debíamos hacer los honores a madre y el fruto de sus esfuerzos, ¡yo! Porque todos estaban de acuerdo que yo habría muerto si madre no me hubiera dado su leche, además durante tanto tiempo. Un lobezno habría sido una carga mucho menos pesada.

Zarpa Negra llegó cuando preparábamos el cuerpo para la pira. Envolví a madre en lino puro y nuevo, y lo perfumé con enebro, cedro y rosas. Zarpa Negra vestía mallas y llevaba un corzo a la espalda.

—Ahora soy un hombre. Siempre adoptaba la forma de lobo para que madre estuviera cómoda, pero me dijo que cuando muriera podría escoger la forma que prefiriese —nos dijo.

Maeniel se acercó a él y lo besó en la frente. Se sonrieron. Kyra sollozaba, después besó también a Zarpa Negra. Yo hice lo mismo, pero él me miró de forma extraña. Maeniel frunció el entrecejo y apoyó la mano sobre el hombro de su hijo.

—Es tu hermana —le dijo.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —exclamó Dugald levantando las manos.

—Yo sí —le dijo Kyra—. Ahora callaos y no les deis ideas.

Tanto Zarpa Negra como yo sentíamos algo por el otro, pero por aquel entonces no sabíamos exactamente el qué. Él era aproximadamente dos años más joven que yo, todavía no era un hombre. Kyra le arregló una camisa vieja de Maeniel, ajustándola por algunos sitios para que le quedara bien.

Hay mucho que hacer a la hora de preparar un funeral. En primer lugar, teníamos

que lavarnos. Como era invierno, construimos un baño. Es una especie de cabaña en la que enciendes un fuego y calientas unas piedras. Hay dos formas diferentes de lavarse. Una consiste en echar agua sobre las piedras calientes y sentarse sobre el vapor, otra es meter las rocas en una vasija con agua para calentar el agua y restregarse con jabón de ortigas. Yo prefiero sentarme sin más entre el vapor, pero Kyra me obligó a lavarme con el agua. Después me dio la vuelta y me frotó la espalda.

—Te ama —me dijo—. Tú no lo sabes y no estoy segura de que lo sepa tampoco.

—Es mi hermano.

—No, no lo es. Es hijo de un lobo y un medio humano.

—Podría haberme ido peor. Desde que estamos con Maeniel nunca hemos pasado hambre.

—Sí, disfrutamos de una vida tan buena como los que viven en las haciendas más poderosas. Ese pobre Dugald sigue diciendo que eres de la realeza y que estás destinada a un rey.

—He oído hablar de reyes, y he leído sobre ellos, pero no he visto uno en mi vida. Estoy empezando a pensar que Dugald desvaría un poco. ¿Por qué debería un rey casarse conmigo? El hijo del capitán consideraba que debía sentirme afortunada por ofrecerme un buen regalo a cambio de yacer con él.

Kyra me golpeó el hombro un poco más fuerte de lo que lo había estado haciendo para llamar mi atención.

—Ya he acabado —me dijo tendiéndome el caldero y el cazo—. Enjuágate. ¿Qué sabes sobre los hombres que yacen con mujeres?

Me encogí de hombros, me enjuagué y comencé a secarme.

—El último verano Zarpa Negra y yo inventamos un juego muy divertido. ¿Sabes que las parejas se escabullen para irse solos entre las rocas, por el bosque o incluso en los almiarés? Pues nosotros nos acercábamos sigilosamente y luego pegábamos un grito.

—¡Dios misericordioso! Es un milagro que no os mataran. Algunos de esos hombres...

—Las mujeres tampoco parecían muy contentas de vernos allí. Un par de veces me alcanzaron con una piedra. ¿Te acuerdas cuando te dije que me había caído?

—Dios Santo.

Volví a encogerme de hombros.

—Soy casi tan veloz como Zarpa Negra. Fue pura suerte.

—¿Suerte? Si tenías un corte sobre la oreja tan largo como mi dedo —dijo Kyra bruscamente—. Ya sabía que era una mentira. Eres casi tan rápida y ágil como un lobo y nunca te caes. Me alegra saber que no me equivocaba.

Me encogí de hombros de nuevo. Me estaba poniendo mi taparrabos y cogiendo el *strophium* para envolverme el pecho.

—Sea como sea, ya conozco el procedimiento. Zarpa Negra y yo sabemos cómo

hay que hacerlo. ¿Tengo que ponerme esto?

—Sssssí. —La respuesta había sido más bien un silbido—. Sin ningún tipo de discusión. Ahora mismo, y nunca salgas sin él. Tú y ese demonio de hermano tuyo os haréis mayores antes de lo que yo creía.

Kyra salió y volvió trayendo una camisa blanca muy bonita y unos pantalones nuevos de piel de ciervo. Me puse el collar de granates y ámbar, y comencé a cepillarme el pelo. Kyra me apartó un poco y me observó. Su único ojo miraba triste y su expresión era sombría.

—Eres muy bonita y pronto serás hermosa. Y no de forma corriente. La juventud siempre es hermosa, pero tú pareces una de esas criaturas de fantasía que trae la desgracia a los mortales. Tales dones no pueden traer más que problemas.

Me reí.

—No soy más que una muchacha sin dote. Dugald dice que tengo un gran nombre, ¿pero quién se casa con un nombre? Kyra, no digas tonterías.

La besé y las dos fuimos a llevar a cabo nuestra triste tarea. Habíamos hecho la pira con madera de cedro, fresno y roble. Como madre había sido más que una simple loba, habíamos decidido liberar su alma al viento en el atardecer. Esperamos hasta que el sol descendía en el horizonte, por Occidente.

Maeniel cubrió la cabeza de madre y yo la besé entre las orejas, por la parte de arriba de la cabeza, como siempre hacía. Zarpa Negra, que vestía pantalones de gamuza, hizo lo mismo. Debíamos de formar un extraño grupo en la soledad del cabo. Bajo nosotros el mar se batía y rugía mientras subía la marea. El viento era un lamento alto y agudo, y los cuatro permanecemos juntos después de colocar el cuerpo de madre sobre la pira. Nos cogimos de la mano y le dimos el último adiós.

Dugald no hizo sus pobres observaciones de costumbre sobre los paganos. Empapamos algunas madejas de lana en aceite y vino y las colocamos entre los troncos, después encendimos un pequeño fuego e intentamos prender la pira. Madre era un pequeño fardo sobre la gran pira y la habíamos colocado con la cola cerca del hocico, como solía dormir. Pero por mucho que lo intentamos, no logramos que la madera prendiera. El sol desaparecía en el horizonte, alumbrando con sus últimos rayos por encima del agua. A medida que la oscuridad se hacía más intensa, el viento se levantaba más y nos salpicaba con agua de mar.

Y entonces lo comprendí.

No sé muy bien cómo logro comprender estas cosas. Dugald tiene todo tipo de explicaciones, pero me crean más interrogantes que dudas me resuelven. Simplemente lo supe. Me acerqué a la pira y puse la mano sobre el cuerpo de madre, un bulto frío bajo el lino.

—Está bien. Te llamaré si te necesito. Puedes ir. Encuentra la paz.

El fuego salió de mi mano y prendió la madera, como el día que casi morimos de frío el Vigilante Gris y yo en la playa. Las llamas eran mucho más cegadoras y fieras que las del aceite y el vino que habíamos arrojado a los troncos. Las llamas

avanzaban entre los troncos desprendiendo tanto calor que acabamos por alejarnos de allí. El fuego consumió el cuerpo de madre y resplandecía con mayor intensidad mientras las llamaradas se llevaban su alma a las estrellas.



CAPÍTULO 5

La magia existe. Las pocas cosas que yo había aprendido no eran más que trucos. Me di cuenta cuando me enfrenté con la realidad. Volvimos a preguntar a Cymry al acabar el año. Como siempre, le pregunté si nos atacarían durante ese año. Esta vez contestó que sí, pero no dijo nada más. Kyra, como era su costumbre, lo amenazó. Él lloriqueó y suplicó que le diésemos más vino, aceite y carne. Se lo di, pero siguió sin saber qué decirnos o simplemente no quería contárnoslo. Mi impresión era que realmente no lo sabía. El mundo es un lugar complejo, y así debían de ser también los otros mundos.

El invierno casi había llegado, y sería un invierno duro. Las lluvias y el frío del verano anterior habían acabado con las cosechas de trigo y cebada. No quedaba más que centeno y avena. Salí a recoger bellotas y avellanas con el resto de mujeres, y conseguimos unos cuantos cestos repletos. Nuestras comidas serían a base de pan hecho con harina.

Me encontraba trabajando con las otras mujeres cuando vino a buscarme el Vigilante Gris. Había esparcido las avellanas y las bellotas en la era porque estábamos secándolas. Si las guardas cuando todavía están húmedas, les sale moho. Nuestros antepasados, los primeros hombres, vivían de ellas. Se aseguraban de que tendrían suficiente comida dejando que los avellanos y los robles se extendieran, y por eso diseminaban las semillas por todos los terrenos donde les parecía que esos árboles podían darse bien. No teníamos ningún problema para recogerlas, lo más difícil era almacenarlas y seguir el método de conservación.

Precisamente por eso era tan importante el principal. Era un obstáculo que había que salvar. Maeniel lo llamaba el camino al poder. El principal servía a la comunidad cuidando de un gran almacén seco bajo su casa y defendiendo una gran superficie de terreno donde todas las familias podían pastorear el ganado. También vigilaba el bosque, donde buscaban alimento los cerdos, que se hacían con la mayor parte de las avellanas y bellotas que estaban en el suelo. Así que las mujeres y yo llevábamos muchas semanas trepando por las rocas para recoger los frutos que habían sobrado. Los guardábamos en grandes cestos que dejábamos en la era. Había que voltearlas todos los días con el fin de que estuvieran totalmente secas antes de llevarlas al sótano de la casa del principal.

Una cosa lleva a la otra, como una ola que se forma en alta mar y acaba rompiendo en una playa a doce millas de su origen. Si las cosechas de trigo y cebada

se malograban, no tendríamos suficientes alimentos para que forrajeara el ganado durante el invierno, los animales que nos daban leche y carne en verano. Sí, podíamos recoger muchas avellanas y bellotas tal y como habíamos hecho, pero si recogíamos demasiadas en el bosque, los cerdos no podrían alimentarse bien, y eran nuestro sustento principal durante el invierno. Pero nosotras las mujeres podíamos recoger los frutos secos de entre las rocas, donde los cerdos no podían llegar, y los hombres podían salir a pescar y traer bacalao de las aguas frías de alta mar.

Ninguno de estos trabajos es sencillo, ambos son arduos y pueden resultar peligrosos. Issa estaba en cama con un tobillo torcido, algo más grave de lo normal teniendo en cuenta que daría a luz a su segundo hijo dentro de pocas semanas. El resto de las mujeres estábamos agotadas de trabajar sin descanso recogiendo los frutos empapados, pues los que se encontraban entre las rocas estaban mucho más húmedos que los del bosque.

Los hombres que salían a pescar tenían que reflotar el barco de los piratas, porque era el único que teníamos que resultaba seguro en alta mar. Hizo falta que se pusieran diez hombres, como poco, a remar, y aun así les costó controlarlo. Maeniel formaba parte de la tripulación. El principal no quería arriesgar la vida de más de doce hombres, porque sabíamos que si la tormenta hundía el barco, no podrían soportar mucho tiempo las aguas heladas. En el poblado éramos poco más de cien personas. La pérdida de doce hombres sería una desgracia, más aún si se trataba de hombres jóvenes. Nunca debería sufrirse tal dolor. La pérdida de tantos hijos, esposos, padres y hermanos nos destrozaría. Las mujeres se irían para no volver jamás.

Ya ha sucedido más de una vez.

Las mujeres mirarían las casas, los campos, los bosques y la playa y pensarían: «Estamos malditas. Vayámonos. Siempre se necesitan mujeres. No quiero volver a ver la playa o el mar que me arrebató mi vida, mi amor».

Como sabéis, hay cuatro ferias. Las mujeres se ofrecen a sí mismas al rey o la reina, el que sea ese momento. El rey hace un ruido entre la multitud y dice:

—Tenemos mujeres disponibles, ¿quién busca esposa? Arriéndala un año y verás si te gusta. Algunas tienen niños, mejor, así sabéis que criarán sin problemas. Acercaos y mirad, hacedme vuestras ofertas. Yo guardaré todo lo que me paguéis hasta que sepáis si os quedáis con ella o no.

Yo pensaba hacer eso cuando me hiciera mayor. De ese modo puedes echar un buen vistazo al hombre y proponer tu oferta. Dugald, Maeniel, Kyra y yo discutíamos sin parar por ese tema. Ellos me querían casar, como hace el rey con las mujeres de su propiedad. Yo me negaba, fuera de la realeza o no. No tenía ningún deseo de que me entregaran a un lugar que yo no había elegido, con un hombre que seguramente sólo me quería porque se lo dictaba su instinto.

Entonces Dugald tuvo un ataque de cólera, una cólera terrible. Rompió todos los cacharros de cocina sin ni siquiera tocarlos, y avivó el fuego de tal manera que casi quema el techo y despierta a Cymry de su descanso en la muerte. Comenzó a gritar.

Kyra, Maeniel y Zarpa Negra huyeron corriendo. Dugald le dijo a Maeniel, antes de que se fuera, que eso era lo que pasaba si enseñabas a una mujer a ser independiente y a pensar por sí misma. Ella negará toda sabiduría y sensatez, y los augurios habían dicho que yo me casaría con un rey.

Di una patada en el suelo y dije:

—De acuerdo, ¿quién puede escapar a su destino? Pero si me he de casar con un rey, ¿se puede saber dónde está? Si he de encontrarlo al final de mi vida, resulta que no tenía pensado esperar tanto tiempo, así que conoceré a otros hombres antes que a él.

—¡No! —chilló Dugald.

Las llamas empezaron a chamuscar las vigas del tejado, ardían poderosas, avivadas por su cólera mágica.

—¡No! —gritó de nuevo.

No tendría ningún hombre antes del rey, y habría que quitar ese brillo de la mirada de Zarpa Negra. O si no utilizaría su poder para alejarlo, de manera que tuviera que huir con sus hermanos, que guiaban sus manadas por las tierras bajas. En ese momento rompí a llorar, y seguí a los que ya habían huido.

Pero Maeniel y Kyra me hicieron prometer que seguiría la corriente a Dugald por lo menos durante dos años más. Unos días después de ese episodio, cuando ya las otras mujeres y yo habíamos empezado a recoger las bellotas y las avellanas, Magetsky, la cuervo, volvió. Vivía con nosotros a temporadas, cuando no estaba con un nuevo compañero. Maeniel decía que era el único pájaro que conocía de vida tan alegre. Primero amaba a sus compañeros y luego los abandonaba.

Yo no entendía lo que quería decir, pero lo que puedo aclararos es que Magetsky no contribuyó a mejorar el humor de Dugald. Había aprendido nuevos trucos, porque los que ya sabía desde hace tiempo eran bastante malos: te adornaba la ropa con mierda mientras te estabas lavando, o te picoteaba en esa zona tan sensible que une el pulgar con el índice no accedías a compartir tu comida con ella. Sin embargo, ahora sabía imitar el sonido de un pedo de vaca, y le gustaba practicarlo colgada de una viga mientras comíamos. Y había perfeccionado la técnica de alcanzar con sus inmundicias (éste es el eufemismo adecuado) a los caminantes.

Una tarde, ya anocheciendo, hizo blanco en Dugald. ¡Splat! Justo en medio de la cabeza. Kyra y yo reímos hasta que no pudimos más. Pero Dugald pronunció una maldición terrible, la puso en una flecha, y la envió tras el pájaro. No la volvimos a ver durante unos días, y Dugald se paseaba con expresión satisfecha. Al final acabó volviendo con aspecto desaliñado. Nos dijo que le había costado un día y una noche liberarse de la maldición, y luego una tormenta la había arrastrado hasta Irlanda. El tiempo cada vez era más inclemente, y le había costado Dios y ayuda regresar. Fue a Maeniel con sus quejas sobre Dugald, pero aquél le respondió que se merecía lo que le había pasado y que a partir de ahora se lo pensaría dos veces antes de utilizar a Dugald como diana.

Ninguno de nosotros volvió a pensar en el incidente. En mi caso porque no era más que una niña, y los niños creen que lo saben todo. Maeniel porque, aunque es mago, ignora muchas cosas sobre el tema. Kyra sí se preocupó, pero estaba muy atareada con el resto de las mujeres y no me contó sus temores. Pero algún centinela vio los efectos de la magia de Dugald y se lo contó a otras personas, que llevaban esperando mucho tiempo.

Los muertos jamás pierden la paciencia.

Maeniel y Zarpa Negra se acercaron. Maeniel me tendió el arco.

—A cazar. Estaremos fuera unos días. Tú, Zarpa Negra, dirige los ciervos hacia ella.

—Pensaba que os iríais los dos.

—No. El principal no quiere poner en peligro la vida de más de un miembro de la misma familia. ¿Qué haríais tú y Dugald si os quedaseis solos? Ya sé que crees que eres mayor, pero me preocupó por ti de todos modos.

Así que dejé los frutos en las cestas y entonces Zarpa Negra y yo salimos a cazar.

—¿Por qué no puedes quedarte en casa y casarte conmigo? —me preguntó en cuanto las otras mujeres ya no nos podían oír.

—Porque eres mi hermano.

—No, no somos hermanos carnales. Maeniel y yo te adoptamos, pero no somos parientes.

Eso era verdad.

—La Iglesia no lo permite.

—¿Y desde cuándo te importa lo más mínimo lo que opinen esos malditos monjes que viven en islas, pero alejados de la costa? Si hubiésemos seguido sus enseñanzas, habríamos muerto hace tiempo. Perdón, debería decir que tú habrías muerto hace tiempo. Yo no soy más que un pobre lobo. Pero vosotros los humanos sois una plaga en la tierra.

Me eché a reír.

Me empujó y lo único que conseguí fue que me riera más todavía.

—No estoy muy segura de querer que un hombre se tumbe sobre mí, y menearme y gemir como aquellas tontas.

—Tranquila, no tendrás que hacerlo, porque no tengo ningún interés en tumbarme sobre una flaca y hacerla menearse y gemir. Sobre ninguna mujer, y mucho menos tú. Preferiría ir al bosque y tirarme desde un árbol. Además, ni siquiera sé por qué lo hacen, y tú tienes más picos que un saco lleno de leña.

Cogí una piedra y se la tiré, alcanzándole en las costillas. Después eché a correr. Dije que podría ser más veloz que el viento. Me persiguió a lo alto de la colina y luego hasta el valle del otro lado. Pero era muy testarudo y no se convirtió en lobo. Si lo hubiera hecho, me habría alcanzado. Sin embargo, siguió en su forma humana y cuando logró darme caza, aunque yo respiraba trabajosamente, él estaba ya sin aliento.

Para entonces ya casi había acabado la tarde, y estábamos cerca de un lago al que bajaban los ciervos a beber de noche. Nos sentamos en una piedra para charlar y esperar a que oscureciera. Él seguía insistiendo en el mismo tema.

—No, ahora en serio, ¿por qué no me puedo casar contigo?

—Eres más pequeño que yo.

—Sólo dos años, dentro de poco ya ni se notará. Te quiero —dijo muy serio—. No quiero que te cases con ningún rey viejo.

—No me voy a casar con ningún rey. Dugald sólo dice tonterías. Cuando tuvo que abandonar la corte de la reina se volvió loco.

—¿A cuántos reyes has visto por aquí? —me dijo él—. ¡Más que tonta! Lo más parecido que hay es un principal, y ya es viejo. Al menos lo eres para alguien de trece años si tienes cuarenta. Y todo lo que tiene es a esa cursi de Issa, que está casada con Bain, y encima él le pega. Intentó pegarle cuando lo pilló con la criada durante su último embarazo. Yo no te pegaría nunca si te casases conmigo.

Yo estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una piedra templada por el sol.

—Eso será porque estarás demasiado cansado cuando logres alcanzarme.

—No. —Su expresión se volvió seria—. Te quiero. Quiero que las cosas sigan como están. No te haría ningún daño aunque no estuviera cansado. Nosotros, el pueblo gris como Maeniel y yo, no somos peligrosos en cuestiones de amor. Te alimentaría aunque todo el trigo, las bellotas y la cebada se perdieran por culpa del frío. Sacrificaría animales todos los días, y no sólo cuando el principal quisiera organizar un banquete. Maeniel nos alimentó cuando nosotros no pensábamos nunca en hombres ni mujeres. Cuando vivíamos en las montañas solos con la manada.

Se apoyó sobre la piedra y me miró, y vi que hablaba en serio. Así que yo también me puse seria.

—Tienes razón. Yo tampoco quiero venderme a un hombre, pero no sé si tengo otra opción.

—Claro que tienes otra opción: yo. —Extendió la mano hacia mí y yo la cogí—. ¿Ves qué fácil es prometerse?

Retiré mi mano y dirigí la vista hacia una roca que dominaba el mar. La llamaban Beltane. Es en la festividad del deseo, el uno de mayo, cuando se celebra el comienzo del verano y los hombres van a las asambleas para presentarse ante el rey, y las muchachas sin tierras u otras propiedades se arriendan a sí mismas en busca de un acuerdo más estable.

Como ya he dicho, siempre se necesitaban mujeres. Parecía que nunca éramos suficientes. Una mujer fuerte, hábil y bonita podía conseguir un buen futuro, sobre todo si era su primera salida y era honrada. Ningún hombre poderoso me querría como primera esposa, pero tal vez podría convertirme en la tercera o cuarta de un gran señor o del líder de una tropa. Ésos siempre querían más mujeres. No se hacen grandes fortunas con pocas mujeres. Un hombre necesita mujeres que labren los campos, hilen, tejan, recojan la lana y atiendan las vacas, sin olvidarse de cuidar de

los niños que él le ha engendrado. El hombre da a la mujer los medios para hacer la fortuna, tierra, ovejas, ganado; ella hila y teje la lana, hace la mantequilla y el queso, y muele el grano para las gachas. Podría reclamar su parte por su trabajo y sus conocimientos.

Un momento después vi que el brezo se agitaba ligeramente en la ladera.

—Aquí hay alguien. Aparte de nosotros, quiero decir —susurré.

Zarpa Negra se agachó inmediatamente. Yo me quedé donde estaba, pues sabía que ya me debían haber visto. En su corazón, Zarpa Negra era un lobo y no necesitaba que nadie le enseñase a moverse con sigilo. Unos segundos después, oí unas pisadas y pude ver a Gray en el camino.

—¿Qué haces aquí, Guynifar? ¿Y además sola?

—No está sola —dijo Zarpa Negra mientras se ponía en pie.

Gray pegó un salto.

—Ya lo veo.

—Sí, y si pretendes hacerle algún daño, no me verás hasta que no te esté clavando mi puñal.

—Eres tremendamente desconfiada, ¿familia de Dugald?

—Sí —contesté—. Y tienes razones para alegrarte.

—Es verdad. Pero ¿qué estáis haciendo aquí?

—Cuando el sol esté bajo, vamos a cazar —le respondí—. El principal va a dar un banquete esta noche para las familias de los hombres que van a tripular el barca. Esperamos cazar un ciervo, con suerte dos.

Gray asintió.

—Yo tengo unos cepos para liebres.

—Estábamos haciendo tiempo hasta que anochezca —dijo Zarpa Negra—, hablando de matrimonio.

Gray se rió entre dientes.

—Creía que erais demasiado jóvenes para preocuparos por esas cosas.

—No —dije yo—, aunque no entendemos nada de eso de menearse y retorcerse.

Gray se rió con ganas al oírme, se rió tanto que tuvo que sentarse y le lloraron los ojos.

—Ya, ya lo sé. Como amigo de vuestra familia, tuve que escuchar varias quejas de alguna de esas parejas furiosas a las que sorprendisteis el año pasado.

—¿Qué querían?

—Opinaban que vosotros dos os merecáis una buena zurra.

Tanto Zarpa Negra como yo nos indignamos al oír eso y no dudamos en hacerlo evidente. Gray sacudía la cabeza.

—No, me temo que vuestros guardianes, Dugald y el Vigilante Gris, son demasiado peligrosos, y tampoco puedo decir que me gustara tener a Kyra como enemiga. Así que les dije que se ocuparan del asunto ellos mismos, que se comportaran mejor o que se escondieran mejor. Pero les prometí que hablaría con el

Vigilante Gris si no cesaban vuestras travesuras. Entonces el tiempo empezó a empeorar...

—¿Por qué hacen eso? —pregunté—. ¿Y por qué se esconden para hacerlo? ¿Les da vergüenza? Y si es así, ¿por qué les da vergüenza y...?

—¡Alto, alto, alto! —exclamó Gray.

Se reía tanto que tenía que apoyarse sobre la piedra en la que yo estaba sentada. Zarpa Negra lo miraba indignado ante su doble estupidez, tanto por ser adulto como por ser humano.

—Dios mío, no sois más que niños. Y lo único que puedo responderos es que con el tiempo descubriréis las respuestas a todas vuestras preguntas, e incluso a aquellas que todavía no habéis ni imaginado. Pero por ahora, contentaos con esperar. No por mucho madrugar amanece más temprano. Sólo el tiempo puede aclarar algunas cosas, y, por suerte para los dos, el tiempo es algo que os sobra.

Zarpa Negra y yo nos miramos.

—En fin —dijo él—, no era de eso de lo que hablábamos de todos modos. Ella dice que quiere ir a venderse a la feria de Beltane, pero yo creo que debería quedarse en casa y casarse conmigo. No somos hermanos carnales, aunque la adoptamos en nuestra familia. Casi soy tan buen cazador como el Vigilante Gris y la puedo mantener.

—Eso no lo dudo —dijo Gray—. No, no tengo la más mínima duda. Ninguna otra familia dejaría salir de noche a dos niños solos, y además esperar que regresasen con un ciervo. Sois muy capaces, pero también muy, muy raros.

Otra vez nos sentimos indignados.

—¿Raros? —pregunté—. ¿Por qué raros?

Gray me miró a los ojos durante un segundo, después desvió la mirada hacia el lago en el fondo del valle.

—No vayas a la feria de Beltane. Este año no, ni el que viene, ni el próximo. Muchos hombres te mirarían con deseo, pero no por tu valía. Muchos te harían ofertas, pero estás mejor en tu casa. Y si tienes que casarte, escoge a Zarpa Negra, él te entiende mejor que nadie.

—Se hace tarde —dijo Zarpa Negra.

—Y yo tengo que comprobar los cepos antes de que anochezca. Zarpa Negra desapareció tras un arbusto. Yo recogí sus ropas, las doblé y las escondí debajo de la piedra, después cogí el arco.

—Él los comprobará por ti.

Gray sacudió la cabeza.

—Sí, ya lo sé. ¿Tiene hambre?

—Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero aunque tuviera, no comería lo que es tuyo.

Gray cruzó los brazos y se puso a mirar más allá de los árboles que recorrían la orilla del lago.

—Dentro de un minuto o dos, estará detrás de la roca otra vez.

Gray esperó pacientemente, y en pocos minutos apareció Zarpa Negra con cuatro liebres. Gray se arrodilló y empezó a limpiarlas, desollarlas y destriparlas. Me senté en silencio, completamente quieta. El sol rozaba el horizonte cuando me di cuenta por un pequeño movimiento que Zarpa Negra se estaba escondiendo entre la maleza.

—Ahora quédate quieto —le dije a Gray—. Ya está preparado. Gray ya había acabado con las liebres y se puso en pie.

—¿Dónde está?

—Entre esos sauces que apuntan hacia el lago —susurré.

—¿Por qué lo sabes?

—No sé, simplemente lo sé. Ahora quédate quieto. Maeniel se enfada si pierdo flechas.

Medio sol estaba ya oculto tras el peñasco de la otra orilla del lago. El valle y la orilla estaban ya envueltos en sombras. El ambiente era fresco, y no corría nada de aire. Ningún pájaro u otro animal hacían ningún ruido. Vi moverse unas sombras al otro lado del lago. Allí estaban. Me arrodillé, con el arco preparado, observando.

El sol descendió un poco más. Al hacerlo, se alejaba un poco del peñasco y alumbraba la estrecha boca del valle donde el lago se convertía en una cascada que se precipitaba por un cauce rocoso hasta el mar. El sol moribundo salió de detrás del peñasco en su descenso e iluminaba esa parte del valle con brillantes rayos anaranjados. Era consciente de que tenía el arco entre las manos, la flecha preparada.

Zarpa Negra pasó al ataque. Los ciervos huían a lo largo del margen del río, chapoteando en el agua hacia la zona iluminada. La primera era una hembra preñada. Son sagradas y no se debe disparar contra ellas. El segundo era un ciervo joven con un gran costillar. ¡Buff! Podrías estar asándolo durante dos días y todavía no estaría hecho. El tercero, otra hembra con un cervato. Pero el cuarto debía de tener un año, un plato succulento. La flecha ya volaba antes de que me diera tiempo a pensarlo.

El ciervo escogido dio un brinco más. Por un momento pensé que había fallado. Pero después murió, cayendo en el agua y salpicando con un abanico de gotas.

—Parece que deberemos conformarnos sólo con uno —protesté mientras saltaba de la roca—. Zarpa Negra debería haber esperado hasta que hubiera más entre los que escoger. Un poco después podríamos haber cazado dos:

—Date por satisfecha. Apenas conozco a media docena de hombres que sean capaces de hacerlo tan bien, y ninguno tiene once o trece años.

—Ayúdanos a llevar el cuerpo a casa del principal y te daremos el corazón, el cerebro y el hígado.

—Hecho.

Nos dirigimos hacia el otro lado del lago. Cogí las ropas de Zarpa Negra y me coloqué el arco a la espalda. Gray colgó las liebres de un árbol. Cuando llegamos nos encontramos a Zarpa Negra sentado en la orilla.

Gray se metió en el agua y sacó al ciervo. El jabalí casi le alcanza, parecía que le

había estado esperando. Zarpa Negra, todavía en forma de lobo, se lanzó a por él, y el jabalí se dio la vuelta como si se hubiese dado cuenta de que Gray, tendido de lado, estaba fuera de su alcance, e intentó destriparlo con una arremetida terrible de sus colmillos. No lo consiguió, pero lo hirió en un costado.

«Dios, hemos venido sin lanzas», recuerdo haber pensado. Tenía que proteger a Zarpa Negra. Cogí una piedra y un segundo después la estrellaba contra el hocico del animal. Nunca antes había visto un jabalí. Puede resultar extraño, ya que la caza del jabalí es una de las pruebas sagradas de los jóvenes de la tropa, pero precisamente por eso son muy escasos y se ven muy pocos. Y todos los que había visto estaban muertos y atados a un palo, listos para el banquete de iniciación de algún joven guerrero. Incluso muertos daban miedo. La boca abierta con esos dientes largos y amarillentos que podían arrancar el brazo o la pierna a un hombre, los duros colmillos a ambos lados del hocico preparados para destripar a su oponente. Todo eso hacía difícil creer su derecho a disfrutar de los favores de las hembras. Destripar, es decir, desgarrar el intestino. Destripar. Y podían hacerlo en menos de un segundo, a un perro, un hombre, una mujer, un lobo, o incluso a un cerdo.

Todos nos movíamos deprisa, confiando en que el jabalí no fuera más rápido que nosotros. Sólo con una lanza es posible enfrentarse a la furia de un jabalí. Las lanzas, largas y resistentes, tienen una pieza en forma de cruz que evita que el jabalí se acerque, incluso cuando ya tiene la hoja en forma de punta clavada en el corazón.

Lo único que yo tenía era un arco y cuatro flechas.

—¡Al agua! —gritó Gray—. No nos seguirá hasta el agua.

Los tres saltamos al lago. No era muy profundo, pero lo suficiente como para que el jabalí no pudiera alcanzarnos. En menos de un minuto ya estábamos en la zona de las cascadas, que era peligrosa no tanto por la altura que tenían, que no era mucha, como por lo resbaladizo del fondo.

Las patas de Zarpa Negra buscaban con desesperación el modo de apoyarse en las rocas húmedas y musgosas, y lo consiguió un momento, pero al final lo arrastró la corriente hacia los rápidos. Gray se abandonó y se sumergió en el agua, dejándose llevar por la corriente. Yo intenté mantener el equilibrio y lo pagué caro, porque resbalé y me di un fuerte golpe. La corriente me arrastró hasta los estrechos, donde el agua corría entre grandes rocas. Choqué contra una de ellas, y el golpe me dejó sin aire. Empecé a tragar agua y salí a la superficie dando arcadas. Nos pudimos salvar únicamente gracias a que no muy lejos el riachuelo desembocaba en el mar, y pronto nos encontramos flotando entre las olas.

El jabalí corría a lo largo de la orilla, y estaba justo detrás de nosotros, levantando la arena con sus pezuñas afiladas mientras embestía el aire. Había más luz, porque el sol todavía no se había ocultado tras las colinas. Huimos por la orilla, corriendo por la arena hasta el pie de los altos acantilados.

Vi que la playa se terminaba un kilómetro y medio más allá. El acantilado caía sobre el mar, negro y amenazador. Zarpa Negra, más veloz que Gray y yo sobre sus

cuatro patas, corría delante, pero me di cuenta de que sangraba por un costado. No recuerdo haber gritado, pero debí de hacerlo, porque Gray me cogió en volandas y me sumergió en el agua. Cuando volvimos a flotar sobre la superficie, el jabalí estaba donde el agua menos cubría, observándonos con ojos que reflejaban los rayos de sol que alumbraban a nuestra espalda. Gray me tenía cogida por el pescuezo, y me di cuenta de por qué cuando una ola rompió sobre mi cabeza, y él me levantó.

A él sólo le cubría hasta la cintura, pero a mí el agua me llegaba más arriba del cuello.

—¡El arco! —gritó.

Todavía lo sujetaba con la mano derecha.

—Imposible —contesté.

Por eso había intentado mantener el equilibrio en la cascada. La cuerda del arco es un tendón trenzado, y una vez que se moja, no vuelve a funcionar bien hasta que no se seca.

Asintió.

—¿Sabes dejarte llevar por las olas?

—Sí.

Me soltó y se movió un poco hacia la izquierda. Llegó otra ola, y me levantó un poco. Me dejé llevar y me acercó un poco más a la playa.

El jabalí clavó su mirada en mí. «Muerte». Oí la palabra como si alguien la hubiese pronunciado en voz alta. «Muerte». «Cerdo, te referirás a tu muerte», le repliqué telepáticamente.

Una ola más. Me empujó más cerca, y también hacia la derecha, lejos de Gray. En ese momento el sol ya rozaba la superficie en el horizonte, podía sentir su resplandor, además de verlo por el rabillo del ojo. Me calentaba la espalda. El agua estaba helada. Pronto tendría tanto frío que me quedaría sin fuerzas y ni siquiera podría pensar con claridad. No faltaba mucho para que el sol desapareciera del todo. El jabalí seguía con los ojos clavados en mí. Me preguntaba qué estaría haciendo Gray, pero no me atrevía a comprobarlo. Fuera por lo que fuese, yo acaparaba toda la atención del jabalí.

Otra ola, esta vez con más fuerza, propia de los grandes oleajes. Cuando se deshizo, el agua ya sólo me cubría hasta la cintura. Estaba enfrente del jabalí. Podía ver la sangre de Zarpa Negra en sus colmillos. Estaba esperándome, una ola más y ya me tendría. ¿Dónde estaba Gray?

Me propulsé con los pies, saltando las olas. Gray golpeó con fuerza la cabeza del jabalí con una tabla que iba a la deriva.

La tabla se hundió en la cabeza del jabalí.

Gray lanzó el garrote y, pegando un grito, volvió a meterse en el agua. Pero un segundo después cayó, con los colmillos del jabalí clavados en el tobillo. Volvió a gritar. Corrí hacia él. Aquella no era una bestia normal, y yo tenía la mano derecha ardiendo.

Zarpa Negra surgió de la nada y arremetió contra el anca del jabalí. Le clavó los dientes y yo puse la mano sobre sus paletillas. Un hedor inundó el aire, y supe que había acusado el contacto conmigo.

Gray se levantó sin ayuda. Zarpa Negra soltó al animal y los tres echamos a correr hacia las rocas que teníamos enfrente. Las alcanzamos justo en el momento en el que los últimos rayos de sol dibujaban en el mar una estela de espejos. Empezamos a trepar desesperados. Se estaba haciendo de noche.

—¿Qué era eso? —gimió Gray.

Yo tenía fuertes temblores.

—No lo sé, pero tenemos que hacer un fuego, ¡y antes de que se haga completamente de noche! Puede que cambie de apariencia en la oscuridad.

Zarpa Negra podía trepar más ágilmente en forma humana. Le castañeteaban los dientes. Gray se quitó la camisa y la lanzó sobre la cabeza de Zarpa Negra. Miré hacia abajo y casi me caigo del miedo que sentí. Estábamos muy altos sobre la playa. Miré hacia arriba y me di cuenta de que no podíamos continuar. El acantilado descollaba sobre nuestras cabezas, alargándose sobre el agua. Habíamos llegado a un hueco formado por la erosión del viento y la lluvia justo debajo del punto más alto, una gruta poco profunda. Estábamos atrapados.

«Fuego», pensé.

—Fuego —me di cuenta que dije en voz alta.

El hueco en el que estábamos estaba lleno de tablas arrastradas por las olas en las grandes tormentas que hay durante la primavera y el verano.

—¡Fuego! —grité.

—Fuego, eso está muy bien —me chilló Gray—. Pero ¿cómo lo encendemos?

—Ya lo verás. Coge algunas tablas. —El sol no era más que un globo rojo en el horizonte, las nubes irisadas de rojo y negro—. Rápido.

Algo trepaba por las rocas. No llegaba a ver lo que era, ni tampoco quería verlo. «Todavía no estoy preparada. No estoy preparada para morir», pensé. ¿Por qué tenía tanto frío?

Zarpa Negra gateó hasta la pared curvada de la gruta y se recostó contra ella temblando. Gray apilaba tablas a mis pies. Él también había visto algo que no era un jabalí trepando hacia nosotros. Invadido por el miedo, recogía todo lo que veía que podía servir para hacer la hoguera.

Apoyé el brazo sobre el montón de tablas. La cortina de llamas que se encendió me chamuscó el pelo y me quemó las pestañas. Sólo logré cerrar los párpados a tiempo para que no se me abrasaran los ojos.

—¡Dios! —exclamó Gray, y no sonaba como una maldición, sino como un ruego.

El resto de tablas prendieron rápidamente, alumbrando más allá del acantilado, a la playa. Fuera lo que fuese lo que estaba trepando, huyó entre gemidos.

—¿Cómo has hecho eso? —me preguntó Gray.

—No lo sé —gemí—. Puedo hacerlo desde que tenía nueve años. Por favor, ahora

no hables. Deja que entre en calor.

Me arrastré hasta donde estaba Zarpa Negra y lo rodeé con mis brazos. Gray gateaba buscando más madera, y la echaba al fuego. Finalmente intentó descansar apoyándose contra el fondo de la gruta.

Por fin dejé de temblar. Zarpa Negra y yo ya habíamos entrado en calor. Él se había quedado sin sus ropas, pero la camisa de Gray le llegaba hasta las rodillas.

—Así que te quieres casar con ella —dijo Gray, y se echó a reír mirando a Zarpa Negra—. Tal vez seas el único candidato preparado. Estoy muy contento de que hayas hecho eso, Guynifar, pero me parece que muchos maridos encontrarían desconcertante que chasquearas los dedos para encender el fuego y preparar el desayuno.

Estudí el tobillo de Gray a la luz del fuego, y vi que la herida era bastante grave.

—No es justo —dijo jadeando—. Yo no le hice casi nada, pero él habría podido hacerme trozos como si fuera un tronco de madera blanda.

El tiempo se detuvo, ésa es la única explicación que puedo dar. «El fuego está en mi mano derecha, ¿qué hay en la izquierda? Dentro de no mucho seré una mujer, pero todavía no me ha venido la regla», pensé.

Entonces recordé a madre bebiendo en el lago de estrellas, al pie de las cascadas. El lugar de los sueños. Cuando le hablé a Maeniel de él, así fue como lo llamó, el lugar de los sueños. Sacudió la cabeza y dijo.

—No se trata de un sueño. Yo he estado una vez allí... no, dos.

Le pregunté dónde estaba ese lugar y cómo se podía llegar hasta él y regresar, pero me dijo que no lo sabía. Nunca había visto ningún mapa. Después sonrió de forma extraña.

—Está relacionado con las fronteras.

Las fronteras siempre son importantes: el mar y la orilla, el río y sus márgenes, la noche y el día, la vida y la muerte.

—Sí —había repetido—, la muerte y la vida.

Me contó que siempre que había estado en aquel lugar la muerte estaba presente, ya fuera la suya o la de otra persona. Yo estuve allí.

El agua de la brillante cascada me salpicaba los labios. Era de día, pero en la espesura del bosque en verano la cascada era una columna de luz. La luz daba en ella de manera que parecía que el agua no la reflejaba, sino que salía de ella misma; y no era azul, sino un torrente de chispas y oro pálido. Yo estuve allí, y pude respirar ese aire puro, tan puro que sólo traía el aroma de los árboles y la hierba. «Es el mar. Gotas del mar que bate contra las rocas», pensé.

El mundo volvió a transformarse. Ahora estaba envuelta por la resplandeciente luz del sol en el océano, el sol me acariciaba. Ascendía. Ascendía y el agua se hacía cada vez más transparente a medida que subía de las profundidades. Alto, alto como el salto de una marsopa. Sí, era increíble. Alto hacia la luz.

De repente estaba de nuevo en la gruta con Gray y Zarpa Negra. Tenía la mano

sobre el tobillo de Gray, y la herida se había cerrado. No tenía ni una cicatriz que pudiera demostrar que el jabalí lo había tocado.



Maeniel estaba en la playa con Kyra. Estaban limpiando abadejos. Más bien él era quien estaba limpiando el pescado. Kyra les quitaba las espinas, los frotaba con sal del mar y los colgaba de las redes. El principal también estaba allí para comprobar que la cuenta se hiciera correctamente y la sal se distribuyera de forma equitativa. A los hombres que habían salido en el barco les correspondía la mitad de las mejores piezas. El resto de pueblo tenía la otra mitad.

Hacía buen tiempo. El sol lucía y todos esperaban que continuara así hasta que el pescado se secara. De lo contrario, tendrían que ahumarlo. El pescado ahumado sabía mejor y estaba más tierno, pero el proceso de ahumarlo era más duro y necesitaba mucho combustible. Las mujeres que tendrían que ir en busca de la leña ya estaban cansadas de tanto trepar para recoger las bellotas y las avellanas de entre los peñascos.

Dugald vestía unas ropas que Maeniel no conocía. Era un caftán, teñido de marrón y con signos ogam bordados en el cuello, el dobladillo y el borde de las mangas anchas y largas. Maeniel, que sabía descifrar el ogam, se dio cuenta de que eran bendiciones para proteger a su portador. Se invocaba la bendición de Cristo, de su madre y de todo el coro celestial. Lo que estaba escrito en el dobladillo le hizo sonreír.

Tampoco se olvidaba a los «héroes». Sí, los «héroes» siempre recordados. Los emisarios de Roma tendían a desaprobar el culto a los héroes, y se rumoreaba que unos pocos, que habían llegado a extremos insoportables, habían sido objeto de la prueba del mar. Maeniel no estaba seguro de en qué consistía, pero el océano era oscuro, frío y muy profundo, y los encargados de llevar a cabo la prueba se aseguraban de que quedara bien claro si se superaba o no. Así que la mayoría de los legados eran discretos. Se podía estar orgulloso de que esos salvajes se llamasen a sí mismos cristianos, aunque algunas creencias de sobra se les colaran por debajo de la manta. Lo que sí le preocupaba era que Dugald invocara la magia, tal y como mostraban sus ropas. ¿Cuál sería el problema?

Dugald se le acercó. Viendo sus ropas, el resto le había dejado paso rápidamente. Maeniel dejó el cuchillo en el hueco del tronco de roble que utilizaba como mesa y se dio la vuelta hacia él.

—No está. Ni ella, ni Zarpa Negra ni Gray. La mujer de Gray me dijo que tenía unos cepos para liebres cerca del lago. Como anoche no volvió, vino a preguntarme si Zarpa Negra y Guinevere lo habían visto. Le dije que no los había visto, y tú me contaste que los habías enviado a cazar cerca del lago antes de salir en el barco. Los he estado buscando desde entonces, por mi cuenta. No están por aquí, los habría

encontrado. —Tenía mal aspecto, el rostro chupado y con expresión de miedo.

—Pobre hombre, pobre hombre. ¿Qué has hecho? —masculló Kyra—. No has comido y estás volviéndote loco por el sentimiento de culpabilidad.

—Es cierto —murmuró Dugald—. Lo estoy. Ese pájaro, maldito sea, ese pájaro es el responsable de todo.

Maeniel chasqueó los dedos con fuerza. Magetsky dejó de comer las tripas del pescado junto con los otros cuervos, voló hasta el tocón, y se posó cerca del cuchillo de Maeniel. Emitió un graznido y dedicó ruiditos a Dugald, como si quisiera decirle que no era la peor de sus aventuras.

—Le eché una maldición —dijo Dugald—. Me enfadó tanto que invoqué un viento negro y le lancé una flecha del diablo. No había utilizado una hechicería tan aparatosa desde hace muchos años. Temo haber despertado algo, quizá algo terrible.

—Ella no es fácil de atrapar —dijo Maeniel—. Es pura, y por eso invoqué a los Señores y las Damas de los cielos del sol para que la protegiesen. Ella es Guinevere, envuelta en luz.

Miró a Magetsky y le habló en Segundo Cuervo con tono enfadado. El pájaro fijó un ojo de ónix en él y emitió un sonido parecido al del agua burbujeante en una jarra, o al de las tripas de una víctima de la diarrea. Maeniel hizo un ruido de lobo furioso, un sonido sordo tan alto que casi se escapaba a los límites de audición del oído humano. Kyra y Dugald sabían que el pájaro probablemente lo percibiría mejor, pero incluso para ellos era evidente su carga de dura amenaza. Magetsky no perdió más tiempo. Se alejó volando hacia el valle.

—Empezaré la búsqueda. Puede llegar a sitios a los que ni siquiera yo podría acceder.

—Pero ¿qué te pasa? —reprendió Kyra a Dugald—. Creía que habías renunciado a tu magia.

—Lo había hecho, mujer, lo había hecho. Pero ese pájaro me sacó de tal manera de mis casillas que perdí el control. Cometí un error. Ha sido tanto tiempo... Nos hemos ocultado aquí con tantas comodidades que no creí, ¡Dios mío!, que la culpabilidad y el terror se apoderarían de mí. La magia de nuestros antepasados no eran más que maldiciones. Nos condujo a manos de los romanos. Ahora vende nuestras almas y nuestros cuerpos a los sajones en la figura de Merlín. En su nombre acabamos con Boudicca y mi orden, los pensadores y soñadores de la isla de Mona. ¿Qué he hecho llevado por mi cólera estúpida?

Agitó el puño ante Maeniel.

—Hay quienes... quienes... quienes llaman a... los «héroes» y reciben una respuesta. Ella es uno de ellos, y no una cualquiera. Por nacimiento, por educación, por naturaleza, una de ellos, y yo no le he enseñado nada de lo que necesita para protegerse.

—¿Por qué? Creí que habías prometido hacerla tu discípula después de que nos advirtiera sobre el barco y obligara a Cymry a hablar —gritó Kyra.

—No hables tan alto —dijo bruscamente Maeniel—. ¿No ves que todos nos están mirando? Las cosas ya son bastante difíciles por aquí. Pensad lo rápido que se puede extender la historia de una maldición de un hechicero. Y Dugald, no eres precisamente una ayuda apareciendo con esas ropas. La magia me hizo un hombre.

Dugald resopló. Maeniel lo miró con los ojos entrecerrados, y la mirada que Dugald le devolvió era un desafío.

—Era primavera. Las ancianas llevaron a los niños a la arboleda. Algunos lloriqueaban, otros no. Sabían que iban a ser sacrificados. Las ancianas se habían asegurado de que fueran los apropiados —dijo Maeniel.

—Todos vírgenes —intervino Kyra. Maeniel asintió.

—Dieron de beber a las niñas en cuencos de oro. Algunas se acabaron su contenido, otras no. Uno de los cuencos se quedó olvidado sobre la hierba, a la sombra de los árboles. Las muchachas bailaban alrededor del fuego. Eso fue lo que me atrajo en un primer momento. El intenso olor del humo y perfumes que venía del fuego. Era embriagador. En ese momento, yo ya estaba bebiendo de la poderosa fragancia que despedían sus cuerpos desnudos. Las sacerdotisas observaban salir la luna.

»En los cuencos había hidromiel —continuó—. A todos, incluso a los animales, incluso a los lobos, les gusta lo dulce. Bebí. En el cuenco había algo más que hidromiel. La locura de la primavera se apoderó de mí, y entonces alcé la vista. Ella caminaba hacia mí, y aunque parecía tan real como vosotros, sus pies no aplastaban las briznas de hierba. No era simplemente hermosa, es que nada en ella no lo era. No podría decir si estaba desnuda o vestida. Su belleza la cubría como un manto de luz.

»Sabían quién era —prosiguió—. Todos sabíamos quién era. Éramos su pueblo, y cuando viajaba por la Tierra, nosotros la protegíamos. Así sucedió cuando fue Leto y llevó a su hijo, niño de luz, a Delfos. La acompañamos en su viaje y cazamos para ella hasta que, entre grandes penalidades, dio a luz al hijo de las estrellas. Cuando la vi caminando hacia mí, me invadió una mezcla de alegría y asombro.

»Y ella me dijo: “Huye, o entrega tu rendición, lobo”. Entregué mi alma, sí, dichosamente. Sí, jubilosamente. Me tocó la frente. Debería haber huido, dar media vuelta y correr lejos de allí para que sus dedos no se posasen sobre mi cabeza. Ella no me habría seguido. No perseguía a nadie. Pero me quedé quieto, y dejé que hiciese lo que quisiera. Entonces retiró la mano, y yo caí de rodillas ante ella como hombre. Sonrió y se hizo aún más hermosa. “Porque eres justo, serás mi Niall”, me dijo. Puesto que era moreno, el pelo se rizó enmarcando mi rostro.

—Ella es la locura, la agonía de la locura —dijo Dugald.

—Sí, y en sus sueños vemos todos nuestros deseos —replicó Maeniel, y clavó el cuchillo en el tronco de roble.

—La magia no es buena en tiempos de guerra. Traicionó a Boudicca, les traicionó en la isla de Mona.

—No digas tonterías —le contestó Maeniel—. Un defecto de los tuyos es que se

pelearían entre ellos simplemente por no aburrirse una tarde lluviosa. El otro, el poder y la debilidad. Tienen una visión tan amplia que ven las maravillas de este mundo y las del más allá. Pero esa visión tan amplia provoca desorganización. Y te diré que la guerra no significa valor, coraje o ni siquiera aspectos tan negativos como la ira, la cólera o las matanzas. La guerra es organización, y la disciplina que conlleva la alta organización. Los romanos lo saben, y para ellos todo lo que los demás encuentran precioso, adorable, dichoso, interesante o admirable, no es más que un sacrificio que ofrecer en el altar de los dioses de la guerra. Poseen ese conocimiento, sin embargo también el olvido eterno de su derrota final e inexorable.

—Si Boudicca, la gran antepasada de Guinevere —añadió—, cayó, no fue por su magia, sino porque no tuvo el tiempo necesario para poner en marcha una organización capaz de derrotar a sus enemigos. Nosotros, tú, Kyra y yo, daremos a esa muchacha el tiempo suficiente. —Maeniel arrancó el cuchillo de la madera, y luego lo volvió a clavar hasta la empuñadura.

Se dio la vuelta, un instante después estaba entre los árboles cercanos a la playa, y al momento había desaparecido.



Despertamos en una mañana gris. La niebla cubría el mar, y el fuego que habíamos encendido entre las rocas se había reducido a cenizas. Zarpa Negra tenía la cabeza apoyada en mi regazo, y Gray estaba tumbado con la cabeza y los brazos cerca del fuego, como si se hubiera dormido mientras se calentaba, como seguramente había sucedido. No podía ver el jabalí, porque no podía ver la playa, pero oía sus resoplidos cerca de las rocas. Me tumbé y observé cómo salía el sol, intentando calentar la tierra entre la neblina.

—¿Qué hacemos? —preguntó Zarpa Negra.

Gray se despertó en ese preciso momento y me miró. Se tumbó de lado y se echó un vistazo al tobillo. De la herida sólo quedaban unas pocas marcas rojas. Sus pequeños ojos volvieron a mirarme.

—¿Cómo lo hiciste?

—Esperaba que no lo preguntases, porque no lo sé.

Asintió y luego se sentó. Yo todavía tenía el arco y tres flechas, pero Zarpa Negra se había quedado sin sus ropas. Estaba descalzo y lo único que llevaba era la camisa de Gray. Yo también había perdido mi calzado en algún momento de la huida por la playa, pero conservaba mis prendas. Gray no llevaba más que los pantalones, y estaba también descalzo.

—Menudo grupo formamos —dijo Gray—. Yo tengo frío y mataría por un trago de agua, y vosotros dos sois lo más harapiento que he visto en mi vida. ¿Qué es esa criatura? Me pasé toda la noche, o la mayor parte, echando al fuego cada palito que encontraba, aterrorizado por la idea de que «algo» en medio de la noche trepara hasta

aquí.

—Maeniel, que es mi padre, dice que criaturas como ésa son más poderosas de noche —dijo Zarpa Negra con voz temblorosa.

Yo había quitado la cuerda al arco y la había guardado en su bolsa, bajo mi camisa. Ahora ya estaba seca.

—Cuando la niebla se levante, intentaré matarlo.

—¿Estás segura de que podrás hacerlo? —preguntó Zarpa Negra.

—No, no lo estoy, pero no se me ocurre nada mejor.

Tenía el cuello agarrotado y tirones en los hombros. Realmente no estaba de muy buen humor.

—Yo sí. Huelo a verde —dijo Zarpa Negra.

—Sí —respondí con esperanza.

Gray se tocaba el pelo sin parar.

—¿Cómo puedes oler el verde?

—Quiere decir que hay una brecha entre estas rocas... No sé, tal vez hacia un claro o alguna salida —le expliqué.

Arrastrándose, Zarpa Negra comenzó a seguir su olfato alrededor de la gran piedra que nos impedía seguir subiendo. El paso que encontramos estaba lleno de tablas arrastradas por la marea, ramas muertas, arbustos y plantas de fresas y rosas silvestres. Algunos de los tallos eran más anchos que mi muñeca. Los conduje hasta el lecho de un río con un hilo de agua en el centro. Todos suspiramos satisfechos y aliviados cuando nos tumbamos en las piedras de la orilla y bebimos. Por un momento pareció que nunca podríamos saciarnos. Miré más allá del terraplén y vi un bosque de pinos, robles y fresnos en torno al riachuelo, y sauces de color verde, amarillo, y de todos los tonos intermedios, bajo el sol de la mañana.

Nos pareció que seguir el cauce del río era un buen camino. Era muy profundo. Las ramas de los árboles se unían por encima de nosotros, y los tallos espinosos del brezo y las rosas se enredaban alrededor de los sauces, cerrando cualquier salida hacia el bosque. También estaban cubiertos por bayas y escaramujos rosados. Teníamos tanta hambre que los recogimos y comimos. Las rosas silvestres crecían por todas partes. El aire cerca del riachuelo estaba cargado de su perfume, aunque no se veía ninguna flor.

—Esto no me gusta —dijo Zarpa Negra cuando llevábamos un rato caminando.

—A mí tampoco —dijo Gray con aprensión—. Debimos de recorrer una gran distancia ayer por la tarde, escapando del jabalí, porque he cazado por estas tierras toda mi vida y no recuerdo haber visto nunca este lugar.

—Y las rosas —dije yo—. Están por todas partes, rodeándonos.

El cauce se ensanchó, y los terraplenes de los lados se hacían cada vez más altos. Llegamos a un lago rodeado de árboles. Un camino no muy marcado recorría sus márgenes. En ese momento ya estábamos muy hambrientos y cansados, así que nos dirigimos hacia él. El lago se extendía hacia un lado, pero no pude ver hasta dónde,

porque una pesada capa de niebla cubría la superficie. Tras ella vislumbré unas cumbres que sobresalían entre la niebla, brillantes, resplandecientes como gasas bajo los rayos del sol. El dragón negro alzó la cabeza por encima del agua.

Oí el grito ahogado de Gray.

Zarpa Negra, al sentir la amenaza, se transformó en lobo. Yo sentía atracción, no creía que me fuera a hacer daño. Al fin y al cabo, el primero no lo había hecho. A un lado, el sendero avanzaba pegado al lago, a lo largo de un terreno de piedra negra que se adentraba en el agua.

—¡Para! —gritó Gray, porque si seguía el sendero acabaría entre la piedra y el agua.

Pero yo sabía que el dragón también querría sentirse a salvo, y no se acercaría hasta las aguas poco profundas entre los árboles y los lirios blancos donde Gray y Zarpa Negra estaban. Lo quería ver desde más cerca, porque nunca antes me había encontrado con un dragón negro. Cuando tomé el sendero, se acercó nadando hacia mí, igual que nadan los cisnes, casi como si se deslizara. Se impulsaba con las aletas unidas a su cuerpo rechoncho, y se detuvo cerca de la orilla. Entonces me miró.

Al principio me pareció la mirada de una serpiente, pero después decidí que no, pues ninguna serpiente tendría unos ojos como aquéllos. Eran grandes y brillantes como preciosos ópalos negros, y ocupaban la mayor parte de la cara. Su piel no parecía formada de placas o escamas, sino de seda negra, suave y brillante. Este dragón no era herbívoro, porque vi los oscuros colmillos curvos sobre la mandíbula inferior. Además, tenía dos largos bigotes que le salían justo de debajo de las ventanillas del hocico. Eran iguales que las ventanillas del primer dragón que vi, que se podían cerrar cuando se sumergía en el agua. Su cuello se curvaba como el de un cisne.

Nos quedamos totalmente inmóviles durante un momento. Miré más allá del dragón, hacia el lago, y me deleité con su belleza. Las aguas eran muy tranquilas, sólo una suave brisa rompía la superficie. En la lejanía, la niebla se deslizaba y cubría la orilla y las rocas que sobresalían entre las tranquilas aguas. En otra zona distinguí árboles que se adentraban más allá de la orilla, e incluso pantanos, que seguramente cubrirían kilómetros de terreno, en los que crecían lirios, juncias, juncos, aneas y berros blancos y amarillos. La superficie tranquila del agua reflejaba el cielo apacible, moteado de nubes.

Tomé aire. Incluso el aire estaba cargado de armonía y paz.

—De todos los lugares hermosos que he visto, éste es el más bonito.

—Sí —reconoció el dragón—. Y también es un lugar muy rico, lleno de peces, ranas, serpientes, pájaros, garzas, martines pescadores, patos y gansos. Y en los bosques de alrededor hay ciervos, alces, liebres, urogallos y faisanes, por no mencionar las numerosas palomas e incluso codornices. Y aunque te parezca que soy prolijo, no te he dicho ni una décima parte de las maravillas y bellezas que encontrarás aquí.

Lirios amarillos brotaban de la piedra bajo mis pies, finos brotes repletos de flores del color del amanecer.

—¿Me harás daño? —pregunté.

—No, ¿cómo podría hacerte daño? Yo cazo en los grandes abismos. Allí la mayoría de las criaturas que hay son muy pequeñas, chipirones, medusas...

Entonces vi sus presas, peces grotescos que nadaban en la oscuridad y brillaban como joyas. Nadaban por las profundidades del océano, y eran poco más que estómago, lustre y ojos. Los camarones se mueven hacia arriba y abajo según los ciclos del sol, sus cuerpos son transparentes como el cristal. Duermen en las profundidades durante el día, y suben a la superficie de noche para alumbrar con su luz de estrellas las aguas, alimentarse y reproducirse.

Las medusas deambulan entre las montañas subterráneas como campanas fosforescentes, con sus tentáculos extendidos en la oscuridad, y a veces, recorren millas. Grandes grupos de chipirones se alimentan de detritus, y son capaces de volar, expulsando agua con el cuerpo y saltando de la cresta de una ola a otra, cuando los dragones intentan darles caza. Pero, lo mejor de todo, es que profundas grietas llamean desde el interior de la capa de la Tierra, calentando y alumbrando la gélida oscuridad de las mayores profundidades del océano.

El calor de la corteza de la Tierra alimentaba a colonias completas de gusanos y anémonas, magníficos estallidos de color, que curiosamente viven donde la luz nunca brilla. Muchos peces y crustáceos diferentes se agrupaban en torno a las fumarolas, como camarones y cangrejos que bailaban sobre sus pinzas, estrellas de mar con brazos como serpientes, y al menos media docena de diferentes tipos de marisco. Todos ellos vivían, amaban y morían en un mundo sin luz ni ruidos, en la frontera del universo de la oscuridad.

—Me sumergí hasta las profundidades —dijo el dragón—, y me quedé allí mucho tiempo. Trataba de ayudar a uno de los de mi especie, atrapado entre el fango en una cueva situada en un cañón que no ha visto la luz desde que las primeras lluvias torrenciales cayeron y formaron los mares de la Tierra. Quería a ese dragón, pero fracasé. Fracasamos. He descansado y cubierto mis ojos de luz para aliviar mi dolor casi mortal. Así que ya ves que, aunque quisiera, y no quiero, no podría hacer daño a nadie. Pero ten cuidado, tal vez haya quien no esté tan dispuesto a dejarte pasar.

Tras estas palabras, el dragón se dio la vuelta y desapareció nadando hacia aguas más profundas. Gray y Zarpa Negra vinieron hasta donde yo estaba en el camino.

—Me ha hablado, y me ha contado sus orígenes y su vida.

—Era un animal extraño. Nunca había visto uno negro —dijo Gray.

—Vive en las profundidades y se alimenta de camarones y peces extraños. Me alertó.

—No necesito que nadie me alerte sobre este lugar.

—Es muy bonito —dijo Zarpa Negra—. No me importaría si nos quedásemos. Los lobos no son tan ambiciosos como los humanos. Mientras haya caza, ¿qué más

da lo demás?

Oí un bufido.

—¡No! —grité.

No me hacía falta mirar para saber lo que era. El jabalí.

Todos echamos a correr de nuevo.



CAPÍTULO 6

orrimos y dejamos atrás la piedra. Estaba furiosa. Volví sobre mis pasos. La gran roca que había junto al lago estaba llena de aristas y tenía árboles sobre ella. Un gran sauce era uno de ellos, y sus raíces y ramas colgaban sobre el lago. El tronco formaba un ángulo. Yo estaba descalza y era pequeña, y trepé al árbol como una ardilla.

Gray y Zarpa Negra se refugiaron en un árbol cercano, un roble de ramas altas. Tenía el arco y todavía me quedaban tres flechas. La cuerda estaba metida en la bolsa, bajo mi camisa. Cuando me puse a salvo en el árbol, no perdí tiempo en poner la cuerda al arco. Podía oír al jabalí resoplar y resollar, intentando encontrar un camino para trepar a la piedra entre los árboles. Sabía que la roca no era tan escarpada como el lugar al que habíamos subido el día anterior, y probablemente lo conseguiría.

—Chs, chs... haced ruido —les dije.

Justo en ese momento el jabalí lo consiguió. Zarpa Negra dio un aullido, también puede darlos cuando es humano. El jabalí llegó al pie del árbol en el que él y Gray estaban. Se paró y sacudió la cabeza adelante y atrás, como si estuviera desconcertado, mientras gruñía y golpeaba el suelo con las pezuñas. Lo miré detenidamente, apunté a uno de sus pequeños ojillos, y lancé una flecha.

Di en el blanco. El jabalí se tambaleó y luego emitió un chillido de dolor. Se alejó todavía tambaleante, de espaldas a mí, sacudiendo la cabeza y dando gemidos casi humanos. Oí que Gray y Zarpa Negra vitoreaban.

—¡Le has dado, le has dado!

Entonces empezó a soplar el viento, con tanta fuerza que casi me tira del árbol. El día había sido agradable y soleado hasta aquel momento, pero aquel viento era frío, como la helada que precede a la tormenta. El cielo se oscureció. Vi que la neblina se había acercado a la orilla y amortiguaba la luz. Mientras observaba el cambio del tiempo, el jabalí cayó. La sangre le brotaba de las ventanillas de la nariz y la boca.

—Está moribundo —dijo Gray.

Pero Zarpa Negra miraba al cielo. Hizo el signo de la cruz, y me di cuenta de que los dos estábamos asustados. Aquél no era un animal natural. No creía que estuviera muerto, y tenía razón, no lo estaba.

El viento volvió a soplar con fuerza y levantó tierra del suelo. El jabalí había desaparecido. En su lugar había un guerrero. Se cubría con una piel atada a la cintura con una correa. Estaba muerto, le habían cortado la cabeza, pero se la habían cosido

de nuevo con un basto cordel. En el pecho tenía el agujero por donde había entrado la espada, pero también estaba cerrado de la misma manera.

Me miró.

—¿Bajas o tendré que ir a buscarte?

La neblina se deslizaba entre los árboles, y todo se había vuelto tan oscuro como el atardecer más lúgubre. El aire estaba cargado de humedad.

—No creo que pudiera soportar el tacto de tus manos, así que bajaré sola.

Se dio la vuelta hacia Gray y Zarpa Negra.

—No tengo órdenes respecto a vosotros. No me interesáis. Marchaos.

—¡No! —gritaron al unísono.

—Sí, id en busca de Maeniel.

—Ni siquiera sé si podrá llegar hasta aquí —dijo Zarpa Negra.

—Apuesto a que sí, pero no lo hará a no ser que vayáis a buscarlo... ¡ya! —dije.

—Sí —convino Gray, y empujó a Zarpa Negra—. Yo cuidaré de nuestra acompañante femenina. Haz lo que ella dice, vete a buscar a Maeniel.

En ese momento ya estábamos los dos en el suelo. Yo había bajado del árbol, pero cuando el muerto intentó acercarse, retrocedí.

—No me toques. Tengo unos pocos poderes, y si me tocas, lucharé. No sé si puedo hacerte daño, pero lo intentaré.

Era muy alto y moreno. Llevaba el torques por debajo de la costura de la cabeza. Era el hombre más alto que había visto nunca, y tenía una espada. La llevaba colgada a la espalda como era costumbre antes. Incluso Gray parecía pequeño a su lado.

—Devuélveme la camisa —le pidió Gray a Zarpa Negra.

Zarpa Negra adoptó la forma de lobo y se desprendió de la camisa. Gray la sacudió.

—No vengas ahora con bromas sobre pulgas —le dije.

Zarpa Negra seguía allí, con las orejas tensas, estudiando al guerrero.

—Créeme, las bromas sobre pulgas son lo último en lo que estaba pensando.

—Kyra las suele hacer y Maeniel no le hace caso, pero Zarpa Negra se vuelve loco —le expliqué.

El muerto se dio la vuelta y, extendiendo el brazo, señaló el camino que se alejaba del lado.

—En marcha.

Gray y yo comenzamos a caminar.

El muerto nos seguía. El camino era cuesta abajo, y se alejaba cada vez más de la luz y el agua. El bosque en esa zona era tenebroso, por todas partes se abrazaban robles centenarios, y la bruma flotaba como espectros a la sombra de las ramas, absorbiendo toda la luz del sol. Nos abríamos camino con dificultad, porque las enormes raíces nudosas invadían el estrecho sendero. Era impensable salirse del camino, porque los huecos que dejaban las raíces estaban llenos de agua negra, y en ella se movían serpientes. Tanto Gray como yo les teníamos miedo. El sendero

serpenteaba entre los árboles y, poco a poco, perdíamos la esperanza de encontrar el camino de regreso, aunque lográsemos recuperar la libertad.

Sin embargo, en el bosque había vida. Los robles, de corteza muy dura y negros, estaban cubiertos de hojas que brillaban húmedas, como tallas de jade, bajo la turbia luz que la niebla dejaba pasar. Más allá del sendero se oían pajarillos entre las ramas. Eran pinzones grises y verdes, tan pequeños como mi pulgar. Cada poco se oía también a los jabalíes bufando mientras buscaban las bellotas que caían de los árboles. Los frutos eran grandes, cubiertos de una capa marrón, y con la corteza bien sellada.

Me detuve a observar uno de esos diminutos pájaros que estaba posado en el sendero. Sentí, pues no puedo decir que viera, al muerto acercándose por detrás. Pegué un salto hacia delante, y el pajarillo voló. Me di la vuelta y lo miré. Estaba muy cerca de mí, y pude ver con claridad la herida mortal cosida que tenía en el pecho, y la del cuello, por donde le habían cortado la cabeza. Era como si pudiera sentir el frío que irradiaba y me congelase.

—No me desprecies, bella señorita. Este trabajo no es de mi gusto. Soy un simple mensajero, un emisario enviado por el Señor de los Muertos. Hace ya mucho tiempo que estoy a su servicio. Yo no habría escogido ser sirviente de Dis.

Yo llevaba el pelo trenzado y recogido en la nuca. Sacudí la cabeza y noté que la humedad de la niebla lo había empapado.

—¿Cómo moriste? —pregunté, mirándole al rostro sin sangre.

—Hace mucho, mucho tiempo, mi pueblo vino a este lugar. Antes de que hubiera mojones, túmulos, cabañas, ganado, fortines o reyes. Lo miramos y supimos que sería nuestro. Era virgen, y los dioses bailaban en la noche con sus ropajes de luz.

«La aurora, las luces del norte», pensé.

—Pero todo tiene su precio, y recayó en mí. Conmigo bastaría, eso fue lo que pensaron. El mejor guerrero, el mejor cazador que tenían en ese momento. A los dioses sólo se les ofrece lo mejor. Así que cavaron un hoyo, pues yo debía morir tres veces. Me metieron cabeza abajo. Cuando estaba en el hoyo, admito que tenía miedo. Luché por respirar. Entonces me sacaron. Vi la luz por última vez (nunca supe lo maravilloso que eso era, pues estaba ocupado en vanagloriarme de mi logro), y entonces la lanza me atravesó el corazón. Apenas sentí cuando me cortaron la cabeza. Desde entonces, sirvo al Señor de los Muertos.

Su historia me entristeció profundamente. Me di la vuelta con los ojos llenos de lágrimas. No lo despreciaría, no.

El sendero siguió avanzando trabajosamente hasta que llegamos a un árbol en lo alto de una elevación. Herido por un rayo, estaba medio muerto. En la parte sin vida, colgaban cabezas humanas...

El sirviente de Dis llevaba comida. El suelo estaba cubierto de brazos y piernas.

—Tenemos que descansar —le dije a nuestro guía—. Hemos recorrido un camino muy largo y no nos quedan fuerzas.

Al pie del árbol, unas piedras planas se disponían en círculo alrededor de lo que parecía una hoguera. Removí las cenizas con la mano.

—¿Fuego? —pregunté a nuestro guía.

—Los caminantes vienen a la profundidad del bosque. Algunos encienden hogueras.

Tras decir eso, fue a un tronco hueco y sacó un poco de comida muy sencilla y una botella de aceite.

Hacía mucho frío. El viento que venía de los picos nevados de más allá del lago acariciaba las cumbres. Si miraba atrás, veía el lago a lo lejos, y en algunos puntos el sol lo alumbraba. A nuestros pies, el bosque estaba cubierto de niebla, y se distinguían hojas verdes y aguas negras. A un lado, lejos, muy lejos, se veía una ciudad bajo el sol. Los arbotantes sujetaban las finas torres, que se elevaban hasta las nubes rojas, violetas, rosadas, amarillas, resplandecientes bajo la luz de la ciudad. Las verdes colinas cercanas a la ciudad estaban cubiertas de hierba alta que danzaba con el viento estival.

—¿Qué es eso? —pregunté a nuestro guía.

—El lugar sin tiempo. El origen de la luz. Pero no podemos ir allí. Doncella, estás destinada a la oscuridad.

Y de hecho, sobre nosotros se extendía el humo y nubes negras atravesadas por rayos, relámpagos que se retorcían como serpientes resplandecientes.

—Déjanos encender un fuego aquí antes de que nos alcance la lluvia. Si tienes harina y aceite, puedo hacer pan.

Gray amontonó algunas de las ramas muertas que cubrían el suelo, caídas del árbol destrozado. La parte muerta del árbol era la que daba los frutos malignos. Colgaban de las ramas sujetos por el pelo, blanqueados por el viento y la lluvia. Parecía que habían muerto mucho tiempo atrás: la piel marchita, cuencas vacías donde antes había habido ojos, y muchos dientes. Cuando Gray terminó de recoger las ramas, cogí una larga y retorcida y prendió en una llamarada.

El guerrero retrocedió con una exclamación, pero más extraña fue la reacción de las cabezas. Oí murmullos. Era como una habitación llena de personas que habían sido testigos de alguna maravilla y lo comentaban en voz baja.

—¿Dónde estamos?

El fuego ya estaba encendido.

—Éstos son aquellos que no pueden ir a la luz ni a la oscuridad. Son los falsos. Falsos para sus amigos, para aquellos que amaron, para todos aquellos que les hicieron algún bien, que los quisieron, quienes merecían recibir mejor trato de su parte. A todos los traicionaron, con la consecuente pérdida de alma y cuerpo. No se les acepta en ningún sitio, ni en el cielo, ni en el infierno; ni en el paraíso, ni en el desierto; ni en la luz, ni en la oscuridad. En ningún lugar pueden entrar. Aquí se quedarán.

Me arrodillé y aparté la vista de ellos, amasé el pan y lo cocí sobre una piedra

plana, caliente por el fuego. Gray y yo estábamos hambrientos, y nos comimos hasta las migas, aunque no era un gran manjar, harina morena llena de gorgojos. Moteaban el pan como carvi.

Nuestro captor, o guía, quién sabe lo que era, probó un poco, sólo un poco que yo le di. Después le pedí que recordara el sol. Casi parecía que sonreía, y cogí su mano entre las mías. Recordé lo que estaba pensando la noche anterior cuando había curado a Gray. Estábamos en cuclillas, formando un círculo alrededor del fuego, casi apagado. El viento soplaba, y todo estaba silencioso. No oía más que su lamento en mis oídos. Soñé con bosques, bosques sin fin, pinos, píceas, abetos cubiertos por la nieve, blancos, resplandecientes, pálidos como la espuma de la cresta de las olas. Con gentes cubiertas por pieles, que cazaban por el bosque, entre risas.

Caí de rodillas. A través del fuego vi a una muchacha. Era tan rubia como yo, y se notaba que le gustaban las risas y la vida. Era una sensación de inocencia primaria y paz. Después terminó.

Estaba muerto, y yo no esperaba que eso cambiase, pero fue así. Me pregunté qué había hecho, porque, aunque su aspecto era el mismo, había vida en sus ojos cuando los fijó en los míos, donde antes no había nada. No estaba muy segura de si eso era bueno o malo. Entonces inclinamos la cabeza y rezamos un momento. Gray y yo hicimos la señal de la cruz. Nos pusimos de pie y seguimos adentrándonos en la oscuridad, dejando atrás el árbol con sus tristes frutos.

Cuando llegamos a la llanura, pude oler las hogueras. El humo se dirigía hacia nosotros por encima del yermo de piedra, frío a pesar de las llamas que se alzaban entre las grietas de la piedra. Tanto Gray como yo estábamos descalzos. Por aquel entonces ya lo había aceptado. Nosotros..., no, yo había sido llamada a la oscuridad por el Señor de los Muertos. No sé por qué Gray me acompañó, a no ser que se sintiera unido a mí. Siempre habíamos sido amigos, pero Maeniel y Dugald me habían advertido. La muerte es el destino no sólo de nuestra raza, sino de todos los seres vivos. Maeniel me dijo que una vez una mujer muy sabia le había dicho que si no muriéramos, no viviríamos. Yo rebosaba vida. Todo tiene su precio. Era muy extraño que un jabalí viniera a mí, a buscarme. Son los mensajeros de los reyes, y yo no soy tan importante. Sin embargo, fue así porque descendía de Boudicca. Es una familia muy importante, formada desde hace siglos por las casas nobles de Irlanda.

Si la muerte es lo último que me espera, pues rogaré a los dioses y a los héroes de mi pueblo que pueda enfrentarme a ella tan bien como he hecho con otras cosas más agradables. Como iba diciendo, Gray y yo cojeábamos, pero cuando nuestro guía vio nuestro sufrimiento, se detuvo e improvisó unos zapatos con la piel que vestía. Me dijo que era la piel de los uros del bosque.

Era un calzado bastante rudimentario, hecho a nuestra manera. La piel se corta a la medida del pie, un poco más larga, y después se hacen agujeros a los lados, donde se sujeta la correa, que se ata alrededor del tobillo y de la pierna. A partir de ese momento caminamos más cómodos. Íbamos de la mano, Gray cogía la mía entre las

suyas. Fuego y hielo, eso era lo único que veíamos alrededor. Piedras negras muy frías con grietas, de donde salían llamas que calentaban el aire. Al alejarnos, sentíamos de nuevo el viento gélido que recorría el yermo.

El cielo estaba cubierto por nubes compactas, y las llamas se reflejaban en ellas. Cuando llegamos a un alto, vi el salón de Dis. Tres anillos de fuego, y en el centro un trono que dominaba la pira principal.

—Tengo que ir yo delante. Los puentes son invisibles —dijo nuestro guía.

El trono de Dis es el centro del laberinto. Bordeamos el primer anillo hasta que nuestro guía nos dijo que nos detuviéramos. Entonces cruzó, el puente no era más que una sombra sobre las llamas. Lo seguí, poniendo los pies en el mismo sitio que él, porque no podía ver nada. Una vez el fuego bramó junto a mí, las llamas me lamían los brazos y las piernas.

Cerré los ojos y pasé rápidamente. Susurré (sí, Dugald me había enseñado algunas cosas): «Una sola cosa, Fuego. Fuego, no me quemes». Y no lo hizo, ni tampoco quemó mi ropa. Me acordé de Gray, y susurré de nuevo: «Una sola cosa, Fuego. Fuego, no quemes a mi amigo». Y después añadí: «Por favor», porque no hay que ser maleducado con los elementos.

El fuego no quemó a Gray, pero sus ropas no corrieron tanta suerte. Los pantalones, de lana tejida a mano, ardieron; y la camisa de lino quedó hecha trizas.

Nuestro guía asintió.

—Te ha lanzado un hechizo —dijo.

Gray estaba muy pálido, y sólo dijo:

—Adelante.

—Tenemos que seguir caminando. Él... —dijo señalando con la cabeza a una figura a lo lejos, en el trono del centro— de vez en cuando cambia su posición.

—¿Y qué pasa si la cambia cuando estamos de camino? —pregunté.

—Vaya pregunta más tonta —dijo Gray—. Demasiado tonta, la verdad. Si lo pienso mucho, acabaré no valiendo para nada. No contestes.

—Sois valientes, los dos sois muy valientes. La mayoría de los que conduje hasta aquí ya estaban tartamudeando de miedo.

—Bueno, nosotros también, pero intentamos poner la mejor cara que podemos —dije.

—Siempre bromeando —añadió Gray—, no importan las circunstancias, siempre bromeando.

Nuestro guía respondió con una simple sonrisa. A Gray le debió de resultar bastante desagradable, porque apartó la vista rápidamente. Pero yo le devolví la sonrisa. No me fue fácil vencer el miedo, pero lo hice.

—Me llamo Talorcan —me dijo—. Es una palabra de poder. Llámame si lo necesitas, como jabalí o como fantasma. Soy un hombre poderoso, por eso fui sacrificado. Siento el metal en el corazón cuando hablo de ello.

Habíamos llegado al segundo puente. El fuego ya no seguía probando nuestra

valentía. Cruzamos con facilidad, y lo mismo sucedió con el tercer puente. Entonces nos encontramos ante el terrorífico Señor de los Muertos. Gray se arrodilló ante el padre de las pesadillas, pero yo me quedé de pie.

—No tenéis derecho a traernos hasta aquí. Todavía estamos vivos, y no tenéis poder sobre nosotros —dije.

Veréis, hasta ese momento yo no me creía ni una de esas historias sobre mis antepasados. Boudicca. Qué tontería, no soy más que una pobre chiquilla. Cazo, cocino, limpio, me ocupo de los campos y de nuestro huerto, y aprendo a hilar, a tejer y a teñir con Kyra. Y tendré que llegar al mejor acuerdo posible con algún hombre, y pasaré a hacer todas esas cosas en su casa. Y, encima, compartiré su cama y criaré a sus hijos. Ésta es la suerte que corre una mujer normal y corriente, y si el hombre es cariñoso y generoso, y yo trabajadora y honesta, no resulta tan malo.

Pero entonces entendí, para mi desgracia, que Dugald tenía razón. No soy una mujer como las demás, nací con un destino diferente. No iba a andar lloriqueando. La criatura que había en el trono decidió divertirse conmigo, en vez de sentirse ofendido, y se echó a reír... Incluso su risa era horrible. Las llamas que salían del hogar a sus pies se avivaron y retorcieron al oírla. Aquellas llamas eran como serpientes, y se enroscaban y desenroscaban, se retorcían, silbaban y trataban de mordernos. Una me alcanzó el pie, donde las correas me sujetaban el calzado. Sentí los colmillos clavados en la piel, pero entonces se deshizo, chispeó y desapareció.

El trono en el que aquello estaba sentado era un objeto de maldad, una burla del jardín de la vida, de un manzano. Estaba hecho de acero, con hojas de esmeralda, flores de hueso y manzanas de rubí. El fuego, que habría abrasado cualquier otra fruta, las dejaba intactas. Además de las manzanas, del trono también colgaban los frutos de la victoria y la derrota: cabezas de hombres. Todavía estaban vivas, y se unieron a las carcajadas de su señor, el rey de la muerte.

El rostro de la criatura del trono cambiaba de repugnante forma. Un momento cubierto de sangre; al siguiente, marchito, consumido por la enfermedad y el dolor; un instante después hinchado como el de un ahogado o contraído por las torturas. Él era todas las muertes, y todas las muertes se reunían en él. Me sentí muy pequeña, un gorrión en las garras de un halcón, y comprendí lo que significa perder la esperanza.

Una de las cabezas habló tan alto que pude oírla.

—Chst, chst... mi señor.

Y la muerte inclinó el rostro hacia ella, entre las hojas y los frutos que pendían de una rama de hierro.

Hablaron en voz baja.

Después el Señor de los Muertos rió de nuevo.

—Eso podría estar bien —dijo.

Una mano de sombras señaló hacia la izquierda del trono, al borde del hogar. Después condujo a Gray a la izquierda, de manera que estábamos frente a frente, separados por el fuego.

—Ahora escuchad lo que dispongo, y debéis, cada uno y ambos, aceptarlo. Gray, ella será tu segunda mujer, y yacerás con ella aquí, delante de mi trono. Y tú, Gwenifyr, le servirás el resto de tus días, hasta que os acoja en mi reino para siempre. No tendréis, cada uno y ambos, más que el uno al otro en ésta y en todas vuestras vidas futuras.

Era una maldición terrible. Estaríamos atados el uno al otro el resto de nuestras vidas. Esclavos a lo largo de los años, viviendo juntos, sin espacio. Si intentábamos escapar, los *geas* nos traerían la muerte, y desde la muerte regresaríamos a la vida, sólo para seguir condenados al mismo destino terrible, un mundo sin final.

Entonces Gray demostró de qué madera estaba hecho. Yo estaba bañada en lágrimas. Sí, de verdad, porque sólo había comprendido a medias la atrocidad de la que se trataba. Pero Gray se enfrentó al rostro de la nada, y dijo:

—No.

La palabra se oyó como un latigazo, y, de hecho, un látigo de fuego lo rodeó. Cuando se apagó, Gray tenía quemaduras y estaba sangrando por varios sitios. Se tambaleó y cayó de rodillas, llorando y gritando de dolor. El látigo de fuego lo golpeó de nuevo. Gray gritaba sin parar, de un modo que hizo que incluso Talorcan se encogiera, hasta que acabó echado bocabajo, sobre un charco de sangre.

Yo lo miraba mientras luchaba de rodillas. Vi que lo que quedaba de su ropa estaba empapado en sangre, y el látigo le había sacado un ojo.

Grité, y por un momento me sentí a merced del horror que sentía.

—¡No, no! ¡Deteneos! Haré todo lo que queráis, pero no le hagáis más daño.

—Ya ves —la Muerte reía de nuevo—, ya ves, pequeña, lo fácil que es acabar con tu resistencia. Ahora, ven ante mi trono y consuma tu matrimonio —dijo haciendo un gesto hacia Gray.

—Sí —dijo éste—, no es ninguna vergüenza, señor del horror, derrumbarse por el dolor de otro, ya que, por lo que yo he visto, es el que causa la mayor parte de nuestros peores sufrimientos. Pero yo no me he rendido. Mucho aprecio, sí, mucho aprecio este frágil contenedor de carne que visto; ¡pero máspreciado aún es mi honor!

Y tras estas palabras, se arrojó al fuego.

Recuerdo haber pensado: «Sí, tiene razón. Ésa es la mejor solución». Pero los pensamientos sólo duran un instante, y lo seguí.



Gray sintió la caída. Primero parecía que los colmillos de cientos de serpientes se le clavaban en el cuerpo. No podía imaginarse un fuego sin fondo, pero aquél no tenía. Mientras caía entre las serpientes de fuego, éstas trataban de alcanzarlo, pero no podían. Vio cómo la oscuridad se precipitaba hacia él. Sabía que ella se había arrojado por el puente tras él, así que era una digna descendiente de las antiguas

reinas. La muerte no podía estar muy lejos. Tenía un segundo para lamentar su suerte, pero cuando la oscuridad lo envolvió, descubrió que se trataba de agua. ¿Qué era eso? Entonces pensó, sorprendido, que se ahogaría.

Pero no fue así. No sabía con seguridad cuánto tiempo contuvo la respiración, pero sí que una corriente lo había empujado cada vez más hacia el fondo. Entonces llegó a la superficie y sintió el viento en la piel. Así que, sin saber qué otra cosa hacer, tomó una gran bocanada de aire. Parecía que había pasado una eternidad entre las tinieblas, pero al final algo lo había expulsado.

Miró el agua, era verde, llena de sombras plateadas. ¿Peces? Delfines. Luchó por llegar a la luz. Su cabeza alcanzó la superficie, y sobre él vio nubes que brillaban bajo los últimos rayos del atardecer. Uno de los delfines lo empujó suavemente hacia delante, y vio unos acantilados a los lejos. Nadó desesperadamente hacia ellos. El agua salada le escocía en miles de puntos por todo el cuerpo. Sólo veía por un ojo, y sabía que el Señor de los Muertos lo había lisiado, pero no era de los que se rinden a la muerte. Nadó, sin importarle el dolor, hacia la orilla.

Notaba que algo extraño flotaba delante de él. Consiguió apartarlo y con el tacto adivinó que era madera. Una rama larga y pesada que alguna tormenta había arrastrado. La abrazó con más fervor que el que había dedicado nunca a una mujer. La marea estaba alta, y lo condujo hasta la orilla. Se encontró en la arena de la misma caleta por la que habían huido del jabalí. Por encima de la marca de la última marea, habían quedado las huellas de los tres. El jabalí no había dejado ninguna huella, pero teniendo en cuenta todo lo sucedido, tampoco era de extrañar.

La sed era una auténtica tortura, así como las numerosas heridas, que le escocían con el agua salada y la arena. Lo único que quería era quedarse quieto y solo. Así que se quedó tumbado durante un buen rato, intentando reunir fuerzas para ir en busca de agua. Oyó un aleteo y vio que un cuervo se posaba cerca de él. Entonces lo reconoció. Había perdido muchas plumas cuando Dugald lo había echado de Irlanda, y ahora le estaban creciendo de nuevo.

—Gray —graznó.

—En carne y hueso —le contestó con voz ronca—. Tú, pajarraco bastardo, piojoso, mal nacido. Como te acerques al ojo sano que me queda, te veré en la olla del guisado...

—Creo que está vivo —dijo una voz.

Cuando miró hacia arriba, vio a Maeniel y Dugald de pie, sobre él.

—Por una vez no ha hecho nada malo —dijo Maeniel—, te ha encontrado y nos ha traído hasta aquí.

Dugald le dio un poco de agua.

—¿Dónde habéis estado, y dónde está Guinevere?

Gray se bebió el agua de un solo trago.

—Contarte eso requeriría más fuerzas de las que tengo. Nos llevaron a la mansión de la Muerte, y ella salió de allí de la misma manera y en la misma dirección que yo.

Espero que sepa nadar.

—Sabe —dijo Maeniel—. Y muy bien. Lo sé porque yo mismo la enseñé.

—Menos mal. Llegué al mar, un poco lejos de la costa. Un tronco me arrastró hasta la orilla. Levantadme y os lo enseñaré. Estoy medio ciego, no veo por este lado. ¿Conservo el ojo?

Dugald le observó de cerca.

—Sí, pero tienes ese lado de la cara hinchado y un corte en el párpado. No soy Nuestro Señor, pero algo puedo hacer.

Puso su mano sobre ese lado del rostro de Gray y éste sintió un ligero alivio, la hinchazón bajó un poco.

Cuando Gray se dio cuenta de que conservaba los dos ojos sanos, se desmayó.

Dugald lo sujetó.

—Me parece que no podremos conseguir nada más de él.

Maeniel señalaba al mar.

—Mira, Dugald, dragones. Nunca antes había visto tantos... al menos no tantos juntos.

Dugald se incorporó y apoyó con suavidad la cabeza de Gray sobre la arena.

—Tú, pájaro de mal agüero —se dirigió a Magetsky—, mantente lejos de sus heridas.

El ave se echó a volar y le lanzó un chorro de excremento, pero no se atrevió a hacer blanco en él. Después se volvió a posar cerca, en la arena.

—No quiere volver a visitar Irlanda —dijo Maeniel riendo.

Entonces Dugald miró donde Maeniel señalaba.

—Por lo menos son veinte, tal vez más. No sabía que fuese su amiga. No me dijiste que se habían encontrado.

—Sí, una vez —respondió Maeniel—. Cuando era mucho más pequeña. Sólo una vez. No vi ningún peligro en ello.

—¡No, no! —Dugald gritaba, se retorció las manos y se tiraba de la barba—. La tienen. Si no, no serían tantos. La llevan con ellos, está con ellos. ¡No!

—Pobre viejo, me estás asustando. ¿Qué le harán? Ella es como mi hija. Y había pensado que podría tomar a mi hijo. Podría venir con nosotros, vivir en libertad.

—No estoy de acuerdo. Y éstos forman un extraño rebaño... —gritó Dugald.

—¿Rebaño? Si no se les puede llamar algo, es rebaño.

—No sé —volvió a lloriquear Dugald, cayendo de rodillas sobre la arena, junto a Gray—. No tenía que haberse encontrado con los dragones. Y ahora ya no sé.



CAPÍTULO 7

Quando salió a la superficie estaba entre los dragones, y no dudaba de que la dejarían en la orilla. Uno de los más grandes, una preciosidad de crines plateadas, simplemente se alzó bajo ella, y se encontró sentada sobre su lomo. Un coro de voces retumbó en su mente mientras le daban la bienvenida con alivio, alegría, placer y un poco de indignación. Resultaba bastante difícil decir algo entre tanta algarabía.

—Mis amigos —dijo, señalando hacia la orilla.

—No —le contestó su montura—, tus guardianes se han vuelto descuidados. Casi te perdimos. Ni siquiera el gran Dis querría estar en deuda con Merlín. Únicamente tu valentía y la de ese hombre os ha liberado de una vida de dolor.

—¡No creo que un hombre como Gray pudiera correr peor suerte que la muerte! —Estaba furiosa porque nunca lo había querido tanto como en el último momento, ante el señor de la oscuridad. Sabía que era un hombre valiente desde el primer momento, cuando él, no Bain, el líder, había organizado a la tropa contra los piratas.

—No, ellos no pueden protegerte. Por ahora te quedarás con nosotros.

—Entonces decidme al menos si sigue vivo, como yo.

—Sigue vivo, y está en la playa con tus amigos. Ellos cuidarán de él.

—Eso espero —dije, mirando atrás.

Alcancé a ver a lo lejos un pequeño grupo en la playa, antes de perdernos entre la niebla y perder de vista los acantilados y las playas de guijarros de mi hogar. Entonces me di cuenta de lo agotada y dolorida que estaba. Rodeé con los brazos el cuello del dragón y apoyé la cabeza sobre su piel, un poco áspera.

En el mundo natural atardecía, y mi cuerpo exhausto no podía protegerse del frío de la noche.

—Espero que me dejéis en tierra. Podría encender un fuego y calentarme, y además tengo mucha hambre.

—Enseguida —fue la lacónica respuesta.

Les oí hablar sobre mí entre sí, y también ellos estaban preocupados sobre dónde llevarme, al menos esa noche.

—Sugiero que intentemos llegar a las puertas —opinaba Crin Plateada, sobre el que yo viajaba.

—No. —Ésta era una voz femenina, grave y muy agradable—. Hay una borrasca en alta mar, y aunque no creo que se desplace hacia la costa, nos empujan olas

grandes y violentas. No llegaríamos hasta las puertas hasta mediodía. Ella es una criatura terrestre y no está preparada para protegerse del frío aire de la noche.

—¿Y los delfines qué dicen? —preguntó otro del grupo.

La música me bailaba en la cabeza, y veía las olas levantarse, el seno profundo, violetas, verdes y negras, bajo las últimas luces del día.

—Yo voto por la isla —dijo la voz femenina.

—A mí no me gusta —la contradijo Crin Plateada—. Algo queda en la isla. Fueron poderosos en su día.

—Pero no tiene nada que ver con Dis, me apuesto lo que sea —añadió la voz femenina.

—Eso es verdad —concedió Crin Plateada—. Mañana podemos nadar hasta las puertas y llevarla a un lugar realmente cómodo.

—Escuchad —dijo otro de los dragones—. Escuchad. Una gran ballena azul está cantando.

Y de nuevo la música flotó por mi mente. Hablaba de unas tierras heladas en verano e invierno. De icebergs a la deriva, resplandecientes como diamantes bajo el sol siempre débil; de osos tan blancos como las masas de nieve sobre las que cazaban; de pájaros que no volaban, sino que nadaban, aislados del frío del mar casi helado, gracias a sus plumas; de camarones tan grandes que el agua casi parecía una sopa. Ése es el océano más duro del mundo, y sin embargo el más rico. Y la canción terminaba con la imagen de la puesta de sol a lo lejos, los últimos rayos formando regueros de luz sobre el agua.

—¿No es precioso? —preguntó la voz femenina.

Tardé un momento en darme cuenta de que se dirigía a mí.

—Sí —respondí—. ¿Todas cantan? ¿Todas las criaturas del mar?

—Sí, y todas tienen diferentes canciones. Nosotros, los dragones, como vosotros nos llamáis, tenemos las nuestras. Estás muy cansada, pequeña. Cógete fuerte a mi esposo y te llevaremos a nuestra isla. Ahora sólo nos pertenece a nosotros y a los pájaros. El último habitante fue un ermitaño de la gran orden de lona. Buscaba el amor de Dios, la unión con el amor de Dios, y creemos que lo encontró. Después regresó con sus hermanos, para morir allí y que lo enterraran, porque aunque era uno solo con Dios, también era uno solo con ellos, y quería ver la dicha en sus rostros antes de emprender su último viaje en soledad.

En ese momento oí los gritos de las aves marinas, y una sombra se acercó entre la niebla. El dragón, Crin Plateada, llegó a tierra, y salió a la playa con ayuda de sus aletas, utilizándolas igual que las tortugas. La brisa del mar despejó un poco la niebla; y detrás de la playa, en un bosquecillo de abedules blancos, distinguí la choza de colmenas del anacoreta. Estaba medio enterrada bajo los jóvenes arbustos de tojo, y las flores amarillas parecían de oro en contraste con el gris.

Había cultivado un huerto cerca de la choza, y aunque las hortalizas habían desaparecido, rosas silvestres, nacidas de escaramujos, se extendían sobre el techo de

la choza de piedra, y salvia y romero florecían junto a la puerta. Las enredaderas trepaban por los troncos de los abedules y estaban cubiertas de flores, igual que el cielo de la noche está salpicado de estrellas.

—En esta isla no vive ningún animal más grande que un pájaro. Aquí podrás descansar tranquila —me dijo Crin Plateada.

Se movía con bastante agilidad en tierra, pensé, pero estaba claro que no le importaba mucho, porque volvió al agua tan pronto como pudo.

La primera orden del día era encender un fuego. La playa estaba repleta de tablas arrastradas por el mar, y también había muchas ramas caídas entre los árboles.

Como ya sabéis, no tengo muchas dificultades a la hora de encender un fuego. Luego cogí una antorcha y fui a inspeccionar la choza. Había una especie de cama, con tiras de piel, y un saco de piel de vaca cerca de la cama. Lo abrí y dentro había una manta gris de buena calidad. Había dos vasijas de piedra arrimadas a los muros, muy bien tapadas. Una de ellas todavía tenía sal, y la otra miel, ya dura y cristalizada. Coloqué la manta sobre la cama. Era lo suficientemente grande para cubrir las tiras y, doblándola, taparme a mí.

—¿Cómo es posible? —pregunté a los dragones, porque les podía oír en las aguas pocas profundas, hablando en voz alta.

—La hizo con fibras de cardo —me dijo la dragona—. Es una de las fibras más fuertes y duraderas de la naturaleza, pero cuesta mucho encontrarlas, y más aún tejerlas. Inmerso como estaba en el amor de Dios y la belleza del mundo, el bendito no se preocupaba por el tiempo, y tuvo paciencia suficiente para tejer la seda de las arañas y decorarla con las escamas de las alas de las mariposas. La dejó aquí, porque ya no la necesitaría más, para que algún atribulado trotamundos la encontrase y se calentase con ella, como él se calentó hace ya mucho tiempo.

Ya se había hecho de noche. Los dragones lanzaron a la orilla un gran pez. Hice una lasca, limpié el pescado y lo cociné sobre una piedra caliente cerca de la hoguera, y di buena cuenta de él. Lamí hasta las espinas. Nunca antes en toda mi vida había estado tan hambrienta. Después comí otro, esta vez envuelto en algas y sazonado con sal y pedacitos de miel.

No me acuerdo de que fuera a la choza, me tumbara en la cama y me tapara con la manta, pero tuve que hacerlo, porque allí me desperté en medio de la noche, oyendo voces pero sin entender qué decían. Durante un instante me sentí confusa. Después me acordé de los dragones. Debía de estar oyendo parte de sus conversaciones mientras pescaban entre las olas. Así que volví a caer dormida.

Cuando me desperté, me quedé tumbada sin moverme, mirando la luz gris que entraba por la puerta de la choza. La manta era muy caliente y desprendía olor a hierbas secas: romero, salvia y algo más difícil de distinguir, lavanda. Kyra me había enseñado muy bien a distinguir las hierbas, y yo había aprendido esos conocimientos, igual que a cocinar, únicamente gracias a ella. El Vigilante Gris me había enseñado a cazar con lascas, como la que había hecho para limpiar el pescado la noche anterior.

Pensé que había tenido mucha suerte con mis amigos y compañeros. Me habían enseñado a salir adelante en cualquier lugar.

«¿Estás despierta?».

La pregunta salía de mi mente.

—Sí —respondí.

Me levanté, doblé la manta, y la volví a colocar en el saco de piel de vaca.

Tenía sed. La noche anterior no me había preocupado de beber. Los peces estaban húmedos, y había tragado más agua de la que hubiera querido mientras me arrastraba el río subterráneo de la mansión de Dis. Pero ahora tenía sed, y me pregunté si habría agua fresca en la isla. Lo pregunté en voz alta, porque me parecía que si no expresaba mis pensamientos; los dragones no me oirían.

—Se está formando una terrible tormenta —dijo Crin Plateada.

Salí presurosa de la choza y vi el sol yacente tras un mar encendido. Entonces a la suya se unió la voz de su esposa.

—Debemos nadar mar adentro. Estar tan cerca de la costa significaría nuestro final. Nos golpearíamos contra las rocas y moriríamos.

Vacilé un momento. No se podía subestimar el peligro, pues las tormentas de verano pueden ser muy violentas. Si iba con los dragones, tal vez me soltase del lomo de Crin Plateada. Y me ahogaría. Les costaría ponerse a salvo en el mar encrespado, pero en la isla tampoco estarían seguros. A la luz del día pude ver que la isla tenía forma de montura, estrecha y baja en el medio, pero con acantilados altos y rocosos en los extremos. El monje había situado la choza un poco más alta del punto más bajo, a un lado de la parte central, donde crecían árboles y arbustos. Pero en el punto más bajo podía ver claramente una zona de rocas y arena en la que crecían plantas que se alimentan de sal (hinojo de mar y unas hierbas espinosas de flores amarillas) junto con algas, que se balanceaban con las ráfagas, cada vez más fuertes, del viento. Otro bosquecillo de abedules y sauces cubría las rocas que subían hacia el acantilado.

—Si vienes con nosotros a la vorágine, ven ahora —me ordenó Crin Plateada.

—Es una tormenta mortal —dijo su esposa—. Las ballenas también están, y parece que quieren escapar de sus violentas ráfagas. Ese Merlín te busca, y utilizará todo su poder contra ti, estés donde estés.

—En ese caso, huid. Yo soy una criatura terrestre. Me puedo refugiar en esas rocas de lo alto.

—¿Estás segura? —preguntó Crin Plateada.

—Sí.

Volví a la choza para coger el saco con la manta.

—Hagas lo que hagas —dijo la esposa de Crin Plateada—, hazlo rápido.

El sol del amanecer se ocultaba tras las primeras nubes negras, anunciadoras de la tormenta que se veían en el horizonte, y las olas habían empezado a batir con más fuerza contra la isla. Cuando volví corriendo al claro, los dos dragones ya se alejaban nadando.

¿Qué extremo de la isla sería mejor? Miré hacia uno. El acantilado parecía caer casi verticalmente. En el otro extremo, la caída era más gradual. Me di la vuelta para tomar esa dirección, y vi a madre. Me detuve, di un grito ahogado y los ojos se me llenaron de lágrimas. Parecía que su figura saliera del mar.

Una ola gris se levantó, arqueada; y la parte de la cresta se curvó formando la cabeza de un lobo, el lomo y una paletilla. Salió del agua embravecida de un salto, el agua que chorreaba se transformó en las patas, y una cola esponjosa las siguió; entonces se acercó a mí corriendo. Distinguí la dirección que me indicaba en las líneas de su figura. «Éste es el camino», parecía decir, y me llevó hasta el acantilado más escarpado. La seguí sin hacer preguntas, a través de un jardín de piedras gigantescas donde las flores silvestres crecían en gran abundancia, y sus colores resaltaban sobre el gris dominante del granito y la tormenta en ciernes. Espinos, algarrobas castañas, acianos azules, primulas amarillas y caléndulas anaranjadas.

Madre saltaba de una piedra a otra como si se desplazara sobre una alfombra encantada, hasta que llegó al acantilado. Y allí había una escalera. Estaba asustada y el viento me golpeaba con fuerza, pero pude ver que la escalera estaba labrada por manos humanas, aunque la vegetación de la primavera casi la había ocultado. Sauces, muy flexibles, y espinos crecían entre los escalones, y los cubrían con flores que parecían estrellas; serbales y acebos, con sus hojas puntiagudas, se alzaban a ambos lados de la escalera, y las zarzas cubrían la parte interior de las contrahuellas.

Los escalones estaban muy desgastados por los muchos pasos, y esas marcas estaban cubiertas de musgo y líquenes. «¿Durante cuánto tiempo?», pensé mientras seguía a madre cada vez más arriba, hasta que llegamos a un pozo, en lo más alto. Parecía que alguna fuerza poderosa había querido destruir el pozo, que estaba en ruinas. Se veía la pared de piedra, y tras ella y alrededor el terreno estaba ennegrecido, quemado como consecuencia del feroz ataque. En algunas partes había señales de que las mismas piedras se habían fundido en contacto con el calor. Yo no conocía una fuerza más poderosa que el rayo, o más peligrosa que el fuego, así que me preguntaba qué podría haber sido. Me acerqué al borde del pozo. Estaba formado por cristal volcánico, del tipo del de los fuertes vitrificados y del sílex creado por el fuego volcánico, pero el agua seguía corriendo.

Todo eso debía de haber sucedido mucho tiempo atrás. Tanto que no era capaz ni de imaginármelo, porque las marcas de la batalla estaban muy difuminadas por la erosión de los siglos, cubiertas por líquenes dispersos, de color verde grisáceo y dorado; y también había helechos, de tallos ásperos y hojas como encaje; y el terciopelo color esmeralda del musgo. El agua corría con cauce constante por el escarpado terreno del acantilado, hasta caer a la oscuridad del pozo, de donde salía el canto constante del agua antes de desaparecer.

Al otro lado del pozo, asomaba un tronco por la grieta de una piedra. O tal vez fuera el árbol el causante de la grieta, porque era ya muy viejo, y con sus raíces retorcidas podría agrietar el mármol y el granito de la roca. El viento había dejado de

soplar, lo que ahora había era un verdadero vendaval. Miré hacia el mar y vi que amanecía, violeta, rojo y dorado, como una gran conflagración entre las nubes de la incipiente tormenta, negras como el hollín. Supongo que estaba asustada, pero no recuerdo el miedo, sólo la belleza y la exultación. No hacía falta que nadie me dijera que aquel lugar era mágico.

Madre se había parado al otro lado del pozo derruido.

—Bebe —me dijo.

Me incliné, la oscuridad al fondo, y apreté los labios contra el hilillo de agua que corría hacia el pozo sobre el musgo. Nunca olvidaré el gusto de esa agua. Con sólo unos pocos sorbos calmé mi sed, y sentí que era la bebida más pura que nunca había probado. Esa agua sabía a mañana, a los escasos instantes entre el resplandor en el horizonte y el amanecer. Y a la luz violeta de los atardeceres, cuando el cansancio y una sensación de satisfacción inundan el alma. A verano, cuando el aire está cargado del olor a heno recién cortado; y a las medianoches invernales, cuando el viento casi desaparece y las estrellas son fuentes de luz.

Parecía que el viento había amainado, y supe que durante unos instantes había permanecido fuera del tiempo. Entonces la vi.

Era la Doncella de las Flores. El árbol que se aferraba al acantilado al otro lado del pozo era un membrillo, y parecía que ella estaba hecha de sus flores. No, no parecía, era así. Tenía los ojos azules como el pecho de un martín; el pelo oscuro, castaño como el tronco del membrillo; la piel clara como la crema, y sonrosada ligeramente, como las flores. Madre se sentó a sus pies, y ella apoyó una mano en su cabeza. Me miró con la seguridad distante de las miradas inmortales dirigidas a las criaturas del tiempo. Aparté los ojos de su rostro y miré a madre. Sentía su amor.

—Sube —me dijo la Doncella.

Vi una nueva escalera, cubierta de zarzamoras quemadas por el invierno anterior y ramas de arbustos de tojo. Conducía hasta un refugio bajo un saliente, en lo alto del acantilado.

—No sé si lo lograré —dije.

Madre sonrió, en la medida en que un lobo puede sonreír, sacando la lengua y con ojos brillantes.

—Ábrete camino con fuego. Ningún fuego tuyo le podría hacer daño.

La Doncella de las Flores sonrió.

El viento era un pitido en mis oídos, y madre y la guardiana del pozo desaparecieron. Entonces me di cuenta de por qué habían venido. El favor que Dis había hecho a Merlín era de los que se hacen entre los poderosos. Hoy por ti, mañana por mí. Pero esta vez Merlín había cruzado el límite y, si no conseguía destruirme, el hechizo que había utilizado para invocar la tormenta se volvería contra él.

Con los dedos prendí fuego a las ramas muertas que bloqueaban la escalera. Se encendieron a pesar de que empezaba a llover. Mientras el fortísimo viento acercaba la cortina de lluvia, las llamas lamían la isla. Una llamarada prendió los matorrales

muertos, y después una ráfaga de aire los arrastró, anuncio de la primera corriente helada de la borrasca cada vez más cercana.

Trepé corriendo, a veces me tenía que parar para sujetarme a los brezos y a los helechos que el fuego no había alcanzado, mientras el viento me golpeaba intentando arrancarme de la escalera y arrojarme al mar. Finalmente llegué a lo alto, bajo el saliente, en el momento en que la lluvia empezaba a arreciar. La tormenta estaba cada vez más cerca, y era una gran masa de nubes cubierta de cortinas grises de lluvia, preparadas para cernirse sobre la isla. En la pared de piedra del saliente había un agujero, me introduje por él como una serpiente, y llegué a una pequeña cueva hecha por el viento y la lluvia. No era más que un hueco en la piedra.

Saqué la manta del saco, me envolví con ella, y contemplé la furia de la tormenta. En la cueva entraba la luz por un pequeño agujero que había en el techo, formado a base de años de viento y lluvia. Una enredadera cubría uno de los muros, debía de entrar suficiente luz. Aunque la tormenta estaba en pleno apogeo, no entraba ni una gota de lluvia por el agujero, y la cueva estaba seca. Los rayos parpadeaban cegadores, como si danzaran sobre la isla. Me levanté y me aparté presurosa del agujero, apretando la espalda contra el muro. Sentí una descarga. La atmósfera estaba cargada de electricidad. Me estaba buscando, incluso allí.

Las cicatrices de la mano que tenía el poder del fuego empezaron a brillar con luz verde. Me dolía mientras se me agarrotaban. Sabía que él me sentía. Me alejé más, pegada al muro, y el resplandor de la mano disminuyó. Noté que el poder se extendía por todo mi cuerpo. Me acerqué al muro en el que crecía la enredadera. El resplandor se hizo aún más débil, pero ahora estaba expuesta a la luz, acurrucada en un recoveco cerca de la enredadera. Hubo un nuevo relámpago, y tras él la explosión de un trueno tan fuerte que sacudió los muros. Desde fuera, incluso por encima del rugido del viento y la lluvia, llegaban los gritos desesperados de las aves marinas cuando los relámpagos quemaban las rocas. Mi mano de fuego se retorció y me repiqueteaban los dedos contra la piedra, como si tuvieran vida propia. El miedo y el dolor se alternaban en mi mente y en mi cuerpo, el dolor en la mano era tan intenso que me hizo marearme y sentir náuseas. Me tambaleé hacia delante y el dolor se atenuó. Di otro paso hacia delante, y el dolor se calmó otro poco. Me sentía entumecida y muy aliviada. El dolor volvió con fuerza, pero lo atenué adelantándome otro poco.

Me rasqué. «¿Qué es lo que está pasando?». Intentaba empujarme bajo la lluvia, y cuando fuera visible al borde del saliente, un relámpago me abrasaría al momento.

El miedo a la muerte es una sensación terrible y maravillosa. Me obligó a correr de nuevo hacia el muro, bajo la luz, cerca de la enredadera. El dolor volvió con fuerza, y entendí cuáles eran mis opciones, porque la palma de la mano de fuego empezó a amoratarse, adoptando un color negruzco en las uñas. Se marchitaba. Sabía cómo era la gangrena porque lo había visto una vez en el pie de una niña que se había roto el tobillo jugando por la playa. El hueso le había atravesado la piel. El pie le dolía mucho, y al final murió. Dugald y el principal le habían cortado la pierna con

un hacha. Dugald dijo que era la única manera de salvarle la vida, y yo sabía que debería hacer lo mismo con mi mano. Escondí el rostro, con mano o sin ella, no me rendiría.

El dolor volvió a golpearme. Esta vez no pude contener los vómitos. La luz de la cueva se oscureció. «No te queda tiempo para acabar conmigo, maldito. No sé si podrás acabar con mi mano de fuego, pero no importa. No... me... rendiré...». Entonces volví a vomitar.

Para aquel entonces la tormenta ya amainaba. Cesaron los relámpagos y la lluvia seguía cayendo, golpeando la abertura por la que había gateado. Me puse de cuclillas, agradecida porque el dolor había desaparecido, sosteniendo la mano derecha con la izquierda mientras la vida regresaba lentamente a los dedos. Sólo había podido ganar siendo consciente de cuál sería el precio de mi victoria para mí y para mi enemigo. Me alejé del rincón donde había vomitado, crucé las piernas, y apoyada contra el muro cerré los ojos. El color me volvía a la mano, y aunque los dedos seguían amoratados, ya no estaban negros.

El increíble alivio que sentí al cesar aquel intenso dolor y el repiqueteo suave de la lluvia debieron de hacer que me durmiera.

—Excepcional —dijo una voz masculina.

—Es muy valiente —asintió una voz de mujer—. Espero que no lo desperdicie en una de esas luchas inútiles. Son muy propensos a la locura.

—¿«Son»? ¿«Son»? ¿Y nosotros qué somos?

En ese momento me desperté, muy asustada. Tenía el brazo sobre la enredadera y me pinchaba. Sólo un poco, pero me aparté de todos modos. Casi había cesado de llover y ya había más luz. Miré la enredadera y me encontré con las cuencas vacías de una calavera ennegrecida clavadas en mí.

Me deslicé a través de la cueva, hasta quedar acurrucada cerca de la abertura. Me dio un calambre en el brazo. Lo miré y vi que la palma de la mano estaba rosada, pero los dedos seguían pálidos y fríos. Los podía mover perfectamente, y parecía que poco a poco volvían a la normalidad. Después observé con atención el muro que cubría la enredadera. No estaba segura del todo, pero por lo menos había una docena. Me refiero a las calaveras. En algunas zonas la enredadera era muy espesa, y cubría algo bajo ella, pero en otras se podían ver las cuencas vacías y los dientes, y de vez en cuando un brillo metálico.

—Maravilloso, querido —dijo la voz—. Nos ha descubierto. Me encanta la expresión de consternación de sus caras.

—¡Cállate, Jetembo! —le interrumpió la voz masculina—. No soy capaz, y nunca lo fui, de disfrutar con el miedo de los niños, y eso es lo que es: una niña. Y ahora vete —añadió dirigiéndose a mí—. Ya sabemos que te refugiaste de la tormenta. Pero ahora ya ha terminado. Vete. Ni nosotros ni este lugar tenemos nada que ver contigo. Más bien, nada que ver con nada. —Casi lo dijo con nostalgia.

—¡Espera un momento! —dijo una tercera voz, también de mujer—. Vi algo

bastante raro, Pome. Vi cómo esta niña, como tú la llamas, ahuyentaba un ataque mágico de los más fieros. Alguien, algo en este maldito lugar en el culo del mundo, puso todo su empeño en matarla. Quiero saber más. Es la primera cosa interesante que pasa en mucho miles de años, ¿y tú quieres que se vaya?

—Merlín, el líder de los druidas de Britania, quiere acabar conmigo. Ésta ya es la segunda vez que lo intenta. Casi lo consigue, y si vosotros sois amigos... —Empecé a acercarme a la boca de la cueva.

—No lo somos —dijo la voz de mujer—. No nos tratamos con aficionados ineptos y paletos como... como el Merlín.

—¿El Merlín? —pregunté sorprendida.

—Eso. El Merlín. Es un cargo por nombramiento, me parece.

—¿Por nombramiento?

—Como antónimo de hereditario.

—No me importaría saber unas cuantas cosas —dije humildemente.

—Está prohibido —sentenció rotundamente el que se llamaba Pome.

—No seas tonto —replicó la voz de mujer—; las Cordilleras se han convertido en suaves cerros desde que estamos aquí, desde que nos pusieron aquí. El mar ha cubierto selvas, desiertos y grandes superficies de tierra. ¿Qué puede importar lo que digamos o dejemos de decir y a quién?

Pome suspiró.

—Supongo que tienes razón.

—Pues claro, querido —dijo la otra mujer, la que había hablado primero—. Pero son siempre unos interlocutores tan terriblemente aburridos...

—Pues vete a visitar el sueño, Jetembo. Pero no molestes. Ahora, cuéntame tu problema.

Y eso hice, empezando desde el principio: cómo había ido a parar al mundo subterráneo conducida por el jabalí, mis amigos y mi vida. Cuando terminé, la lluvia era más suave y había dado paso a la neblina. Concluí mi relato con una pregunta.

—¿Quién eres y cómo te llamas? Ya sé el nombre de dos de tus amigos, pero el tuyo no.

—Somos... —vaciló un instante—, somos esclavos. Es la palabra más parecida que tenéis en vuestro idioma. Nuestros captores nos dejaron aquí para proteger... algo de gran importancia. Nuestras vidas dependían de hacer bien nuestro trabajo, pero como tantos otros esclavos a lo largo de los siglos, nos rebelamos contra nuestros amos.

—Y nuestro castigo fue sepultarnos aquí, sin vida pero incapaces de morir —dijo de repente la que se llamaba Jetembo. Parecía que a pesar de todo el tiempo que había pasado, no le gustase recordarlo.

—¿Y la enredadera?

—Cielos —dijo Pome—, me había olvidado de cómo son los niños. Siempre quieren saberlo todo. Es una planta con conciencia primitiva, como un animal. Nos

aprisiona y protege a la vez. No la toques o te hará daño.

—Creo que ya es tarde.

—Sí, pero puede ser mucho peor que una simple irritación en la piel. No vuelvas a molestarla. —Esto lo dijo la primera mujer que había hablado—. En cuanto a tu problema, puedo ofrecerte poca ayuda, sólo un consejo. Pero seguro que es uno muy bueno, porque una vez fui consejera de gobernantes, reyes, emperadores, como quieras llamarlos. Yo misma concebí el plan que me trajo aquí.

—Pobre fanfarrona —dijo Jetembo.

—Porque tengo motivos —replicó Pome severamente—. El consejo es muy sencillo. No puedes echarte atrás ahora, sino que ¡debes!, debes seguir adelante. De lo contrario, morirás. Tu enemigo está decidido a verte muerta. La única manera de que tú y aquellos que amas sobreviváis es siguiendo hacia delante.

—¿Su furia alcanza a aquellos que amo?

—Sí —fue su respuesta—. Siento el odio implacable que hay en su magia cuando la vuelve contra ti. Ha fallado, y eso debilita a los brujos, así que tienes algo de tiempo. ¿Dónde te van a llevar esos dragones?

—No estoy segura —contesté perpleja.

—Entonces, encuentra un lugar y un momento en la orilla cuando el viento sople en dirección al mar, y llámame. Te responderé. Me llamo Lais. Y ahora vete, porque no puedes estar aquí una vez haya parado de llover, y ya casi lo ha hecho.

—Te saludo, protectora de tu pueblo. Te honro, y muchas gracias por la protección.

Tras estas palabras me di la vuelta y me fui. Además, estaba en lo cierto, pues el cielo estaba despejando, y la lluvia había dado paso a una neblina muy ligera. Bajé rápidamente la escalera hacia el pozo. Allí me detuve para beber unos sorbos más de agua, y entonces me di cuenta de que me había dejado la manta en la cueva. Pero cuando quise dar la vuelta, la escalera había desaparecido y no quedaban más que unos pocos escalones rotos de mármol que sólo subían un trecho.

Y entonces sí que huí, corriendo todo lo rápido que pude hasta llegar a la playa, y allí estaban los dragones en la orilla, esperándome.



Me dejaron en Tintagel a medianoche, en el muelle donde sabía que el Vigilante Gris había atracado por vez primera en Britania. La reina, esposa de Uther, Igrane, aguardaba con sus criadas, envueltas en mantos oscuros para protegerse del frío. Los dragones no nadarían hasta la zona alumbrada por las antorchas. Como me dijeron durante el viaje, ningún ser vivo, excepto él mismo, está a salvo con el hombre. Hemos conseguido un gran poder, y lo utilizamos y abusamos de él de manera irresponsable. Ignorantes de todas las leyes excepto las nuestras, somos el azote del resto de los reinos vivos de la naturaleza. Tal vez sintieran aprecio por mí, pero eso

no incluía al resto de mi especie.

Así que pisé tierra yo sola y me dirigí hacia la zona iluminada donde me esperaban. Estaba muy cansada y lo único que me apetecía era un buen baño e irme a la cama. Los dragones me habían dicho que Igrane y sus doncellas me recibirían. Me acordé con nostalgia de Kyra y mis amigos, Dugald y el Vigilante Gris. Preferiría mil veces estar con ellos, o con Kyra en la sauna.

La niebla cubría la superficie, y los dragones se alejaron hacia alta mar para ocultarse antes de llegar a Tintagel.

—Bueno, ¿se puede saber dónde están? —oí que preguntaba una voz con tono arrogante.

Me puse tensa. Reconocía, aunque no sabía cómo, la voz de Merlín. ¿Él? ¿Aquí? No podía evitar estar asustada, pero a la vez sentía curiosidad por ese hombre que me había odiado e intentaba darme caza prácticamente desde el mismo día en que nació. Hasta mí llegó la respuesta seca de Igrane.

—Ya sabes que te tienen miedo a ti y a tus arqueros y no se acercarán a las luces.

—Dragones... —resopló Merlín—. ¿Tengo que convencerme de la existencia de los dragones o será una decepción más de la larga lista que me has hecho sufrir?

«En fin, tengo que hacer mi aparición tarde o temprano. ¿Por qué no ahora mismo?», pensé.

—Los dragones han venido y se han ido —dije, entrando en la zona iluminada—. Ellos me han traído hasta aquí. Soy Guynifar.

Estaban reunidos en un semicírculo en torno a los portadores de las antorchas, Igrane en un extremo. Me recordó a una columna oscura, envuelta en su manto y con un velo que le cubría la cabeza, sólo se le veía el rostro, blanquísimo. Merlín estaba en el otro extremo de la media luna. Era tan moreno como el Vigilante Gris me lo había descrito, pero parecía un poco más viejo que aquel joven que había causado la muerte de Vortigen. En una mejilla tenía una cicatriz muy profunda. Ya veis que Dugald, a la manera de los druidas, no había mentado al Vigilante Gris al decirle que la magia tiene más fuerza en la juventud (pero lo que no le había dicho es que un brujo poderoso podía utilizarla para prolongar esos años de juventud). Merlín sólo aparentaba unos treinta años, y yo sabía que Vortigen había muerto casi hacía setenta.

Nuestras miradas, la de Merlín y la mía, se cruzaron como espadas listas para el ataque. Casi se podía ir el choque del metal. Me sorprendí de mi propio atrevimiento, pero entonces recordé las palabras de Lais. Había meditado sobre ellas durante todo el viaje. Estaba inmersa en la lucha, y en esta batalla era imposible echarse atrás.

De hecho, durante unos minutos pareció intimidado. Después habló, y sus mordaces palabras no estaban sólo dirigidas a mí.

—Miradla, no es más que una ordinaria, ¿o no? —se dirigió a un joven que estaba a su lado—. Con esto quieren que te cases, una mujer de la peor clase. Cristo, yo ni siquiera le permitiría que barrera tus habitaciones. Aunque no digo —añadió con una sonrisa— que no sirviera para divertir a mis hombres.

Se volvió hacia ellos, y vi que estaba rodeado de hombres armados. Se echaron a reír. Parecía que sus risas eran un poco forzadas, pero sus palabras habían sido como para fijarme en esos detalles. Me di cuenta de que me ponía colorada, no de vergüenza, sino de rabia. Quería hacer añicos a ese hombre, pero entonces me di cuenta un poco tarde de que él no era importante, ni tampoco Igrane. El único importante era el mozalbete que estaba a su lado, pues debía de ser Arturo. Arturo, el heredero del trono del gran rey. Arturo, el descendiente de un hombre que vestía el manto púrpura y dominaba el mayor imperio jamás conocido.

Nuestros ojos se encontraron, y en el silencio oí el ruido de las olas al chocar contra el muelle de piedra, el siseo de las antorchas, y por encima de todo el viento, el viento del mar eterno e interminable que purifica la costa. Hacía que mis ropas, hay que admitir que realmente andrajosas, se me pegaran al cuerpo.

—No le hables así —dijo Arturo con voz tranquila a Merlín— a una niña y a una doncella. No hagas que te odie desde vuestro primer encuentro.

A continuación se apartó de Merlín y de su madre, y me di cuenta de que entonces y siempre sería un hombre independiente. No una marioneta que bailara al son que otros marcaran.

—Vine pensando que me desilusionaría, pero veo que no es así. Eres tan bella como el lucero del alba, y en tus ojos veo la belleza y el férreo orgullo de las águilas. No sé qué matrimonio me estaba destinado, pero dado que soy libre para seguir mis propias inclinaciones, no dudes de que te haré una proposición. Tal vez no alcancemos el matrimonio propiamente dicho, pero no dejaría de ser un enlace de gran honor:

Se refería al hecho de que muchos de los hombres de su rango tomaban, o estaban obligados a tomar, a más de una mujer; y también a que, para muchos de estos hombres, por sus ocupaciones, era un inconveniente, y en ocasiones totalmente imposible, casarse de una manera convencional. Así que, antes que dejar que las mujeres y sus hijos fueran víctimas de la miseria y la desgracia, llegaban a otros acuerdos legales y aceptados. Un buen ejemplo de ello es mi amigo el marinero.

No pude evitar admirarlo, tanto por su diplomacia como por su tacto. Había logrado al mismo tiempo mostrar el respeto y reconocimiento que mi rango exigía, acabar con la malicia de su consejero más importante y peligroso, a la vez que mostraba cortesía hacia su madre, y suavizaba lo que podría ser una disputa peligrosa. Y, a la vez, me había puesto en mi sitio, el de alguien que tal vez no aspirase al mejor premio: la corona.

Mientras subíamos por las escaleras hacia la fortaleza, Igrane me preguntó.

—Querida, ¿qué has podido hacer para que mi apreciado Merlín cayera en tal... estado?

—Creo que fue no morir cuando él lo quiso —respondí amargamente.

Me habían hecho un halago y un desaire al mismo tiempo, y no sabía cuál de los dos era más importante. El agotamiento prácticamente me impedía continuar.

Cuando las criadas me llevaron al piso de arriba, estaba deseando meterme en la cama, pero me desvistieron. No me gustó. En casa dormía con Kyra, y teníamos una cortina que ella misma había tejido. La lana es gris y azul, pero también con un salmón, rosa, rojo y plateado, como cuando nadan a contracorriente para criar. El salmón es el símbolo de la fertilidad y la pureza para los pintados, ya que ellos se mantienen castos hasta el matrimonio, pero luego tienen muchos hijos.

Pero como iba diciendo, Kyra y yo nos dábamos la una a la otra intimidad a la hora de vestirnos. No como aquellas mujeres. Cuando me quitaron la ropa, me observaron y comentaron lo que veían.

—Tiene razón mi hijo —dijo Igrane—. Todavía es una niña.

Me tumbaron sobre la cama y... ¡miraron!

—Y doncella, también.

Una de ellas me tocó una mejilla y suspiró.

—Pétalos de rosa.

Otra me tocó el pecho y se echó a reír.

—Espinas de rosa.

Me bajé de la cama e intenté recoger mi ropa, pero Igrane me cogió por los hombros y me envolvió en un paño de lino blanco.

—No, necesitas un baño.

—Estaré encantada de tomar uno. Pero ahora dejad de manosearme —dije con firmeza.

Igrane señaló mi ropa y dijo:

—Quemadlas.

—¡No! Son mis mejores pantalones de montar. Mira, el trasero es de piel, y las rodilleras y las tobilleras también.

Igrane los olió.

—¿Se pueden lavar?

—Sí.

—¿Y la blusa?

—Bueno, es que es...

La apartó.

—¿Y el calzado?

Rozó los cordones con la mano. No pudo evitar pegar un brinco, mirándose los dedos, pues se había quemado.

—Me hice con ellos en la mansión de Dis. Son una promesa de amistad y lealtad. Que no los toquen.

—Dis —repitió pensativa—, Dis. Merlín te toma muy en serio, y ahora ya entiendo por qué. —Observó las burdas prendas de piel sobre el suelo—. No te preocupes, no las tocaremos. Nadie querría. Ahora vete a bañarte y lávate el pelo.

Eso hice, pero me llevé los zapatos conmigo. El baño era de tipo romano, con algunas modificaciones, tal vez debidas al clima. El agua se calentaba con un

hipocausto. Había una pileta, de mármol blanco, redondeada, que contenía agua limpia. Sobre la superficie flotaban pétalos de rosa.

—Entre todas las flores —me dijo Igrane—, la que más me gusta es la rosa.

Así debía ser. Es la flor de la diosa. La diosa se convirtió en pájaro y danzó con la serpiente de viento, hay quien dice dragón, y concibió el huevo del cosmos. Después lo colocó en un nido de pétalos de rosa, aunque siempre me pregunté de dónde sacó las rosas si no existía la Tierra para que crecieran. Hice esa observación a Kyra, y me contestó que dejara de criticar o no me contaría más historias. Así que me callé, y Dugald y el Vigilante Gris se rieron de nosotras.

Todavía estaba envuelta en el paño, así que no noté el frío hasta que no me lo quité. La habitación era redonda, pero las paredes no eran muy sólidas, y la brisa se colaba por los huecos. Me di cuenta de que no eran más que unos biombos de alabastro. Seis columnas sostenían el techo del pabellón, y cada una de ellas sostenía una lámpara de alabastro que hacía resplandecer el mármol del que estaban hechas las columnas, el suelo y también la pequeña piscina brillaban bajo esas luces. La única nota de color la daba un mosaico que bordeaba la pileta. Allí estaban representadas rosas, verbenas, y las hojas, las flores y los frutos del roble, el fresno, el serbal, el espino, el acebo, el almendro, el cedro, el haya y el abedul. Y, por último, setas y muérdago. Y entonces me di cuenta de cuál sería la serie de acontecimientos en cuanto pisara las verbenas.

El sacrificio era en el altar, y ya estaba todo preparado: aceite, fruta, vino y, por último, pero no por eso menos importante, un niño dormido. Un penetrante olor a verbena cargaba la atmósfera, proveniente del humo que salía de la hoguera, preparado para disimular el olor a sangre.

Volví bruscamente sobre mis pasos.

Igrane estaba sola. Sus criadas se habían ido. Me miraba por debajo de sus largas pestañas.

—Me preguntaba si lo sentirías.

—No tuve que sentirlo. Lo vi.

—Sí, sí, ya entiendo por qué Merlín te tiene tanto miedo. Vete. Hay una abertura en el círculo. Nunca es prudente cerrarlos.

La obedecí y me senté en la pileta.

—Mis criadas te ayudarán a bañarte.

—No, gracias. Ya hace tiempo que me baño sola.

—Descarada.

—Eso mismo me llamaron en la mansión de Dis.

A continuación se marchó.

Había jabón, a base de mirra, y era sorprendentemente áspero. Me froté con él. Igrane había dejado el paño blanco y un camisón sobre una silla en la esquina. Cuando me levanté sentí frío, y las llamas parpadearon en las lámparas de alabastro. El agua estaba caliente, y la brisa húmeda del mar era agradable. Observé el círculo y

me acerqué al cedro. Puse el pie sobre él, el círculo de luz del pabellón se apagó, y pasé a formar parte del aire puro. Respiré profundamente el aire de la libertad y pensé en el Vigilante Gris. De repente me encontraba de nuevo en casa.

Ya era tarde y en el hogar se amontonaba el carbón. Dugald y Kyra estaban dormidos, pero el Vigilante Gris y Zarpa Negra estaban acurrucados junto al hogar. El Vigilante Gris debió de percibir mi presencia, porque abrió los ojos y levantó la cabeza. Zarpa Negra debió de notar que se movía, e hizo lo mismo. Las cuatro lunas reflejadas en sus pupilas me miraron fijamente.

—Estoy bien —susurré—. Y volveré.

Zarpa Negra movió las orejas hacia delante, luego hacia detrás.

—¡Vaya! Eso era lo que nos preguntábamos —dijo.

No habló de preocupación, pero es que no se puede expresar eso en el lenguaje de los lobos.

—Amor —dije yo, algo no muy usual en su lenguaje, pero que cuando se dice significa mucho.

—Siempre —contestó.

Me aparté del cedro, y aparecí de pie, llena de dolor y frío bajo el viento de la noche. Entonces corrí hacia la silla, me vestí y me metí en la cama.



Estaba sorprendida. Tenía la cama para mí sola. No me sentía muy a gusto. Nadie duerme solo voluntariamente, pero estaba tan cansada que no me importaba nada más que poder acostarme. Al despertarme, seguía sola. Alguien había dejado una túnica y unos pantalones sobre la silla. Eran de lino blanco muy fino, del tipo de las ropas que usan los niños y los jóvenes. Me vestí y empecé a investigar.

La habitación contigua estaba llena de ese tipo de cosas que se encuentran en los talleres de los amantes de la filosofía natural. Yo lo sabía porque Dugald también era propenso a guardar esas cosas. En un estante había botellas de cristal tintado y recipientes de arcilla etiquetados en griego. Yo sabía el alfabeto, pero no podía leer las palabras, por la simple razón de que Dugald no logró encontrar ningún libro en griego.

También había animales raros disecados: una caja de cristal sellada con murciélagos, una estrella de mar con cuatro patas y víboras. De estas últimas me aparté como si todavía estuviesen vivas. Los ojos negros de un gato me miraban con desconfianza, y cuando me acerqué a él en forma de gato, se le pusieron los pelos de punta y se alejó corriendo. La parte de atrás de la habitación daba al jardín de la terraza, tal como el Vigilante Gris me había descrito, y los muros estaban cubiertos de rosas blancas, como él me había contado.

Pegado a uno de los muros había un diván con muchos cojines. No estaba segura de si realmente era un diván o una cama. Estaba cubierto con seda negra, o eso me

parecía hasta que me acerqué y vi las estrellas de medianoche deslumbrándome desde la oscuridad. Me alejé del diván. Junto a la puerta que daba a la terraza había un espejo ovalado. Me veía reflejada mientras cruzaba la habitación. Me vigilaba. Me había dado cuenta porque la posición de las patas había cambiado desde que había entrado en la habitación. Además, distinguía las marcas de los movimientos sobre el polvo que cubría el suelo.

Juntos hicimos una especie de coreografía unos pocos pasos. Me movía donde no pudiera seguir mi reflejo, pero en cuanto me despistaba y luego volvía a mirar, veía mi imagen reflejada de nuevo. «Sí, se mueve. No hay duda», pensé. Me acerqué y me observé sobre el cristal. El diván no se reflejaba. Según el espejo, lo único que había allí era una pared de piedra.

Me eché a temblar. No se me ocurriría sentarme en ese diván. El espejo tenía un marco de hierro, y estaba sobre una plataforma giratoria. Tenía dos caras, pero cuando lo cogí por debajo para girarlo, no pude. Tal vez girara en el otro sentido, así que lo cogí por la parte de arriba. El mismo problema.

Le di la espalda y miré el mar, centelleante bajo el sol. Desde aquel lugar no se alcanzaba a ver la parte más baja de la isla, sólo el agua y pequeñas nubes esponjosas en el horizonte. Entonces, rápidamente, rodeé el espejo. Intentó girarse y no dejarme ver por detrás, mostrándome sólo el cristal, pero lo empujé con fuerza. Cuando dejé de hacer fuerza, como si se resignara, se quedó quieto y en la superficie sólo se reflejaba lo que yo había estado contemplando por la ventana: el mar, los rayos de sol, las nubes y el cielo. Me quedé confusa, y después pensé «¿Por qué...? ¡Sí!».

—Crin Plateada.

Nada más decirlo, vi al dragón de cresta plateada y su esposa. Estaban en un lecho de algas, en alta mar, y comían peces pequeños, cangrejos y camarones. Parecían felices acariciados por el sol.

—La isla.

Esta vez no fue más que un susurro, y me encontré mirándola desde la playa.

—Dugald.

Y apareció ante mí, en nuestra casa. Él también me vio, y dio un grito ahogado. Kyra alzó la vista. Estaba ocupándose del fuego.

—Virgen María —dijo asustada.

Dugald me amenazaba con el puño.

—¿Dónde estás?

—En Tintagel, con Igrane. Éste es su espejo.

—Espejo, por mis muertos. Es una hechicera, experta en lo peor de la magia negra.

—Viejo pesado, deja de regañar a la criatura. ¿No te alegras de que al menos esté bien?

Parecía avergonzado.

—Supongo que sí —admitió a regañadientes.

—Creo que Arturo me va a hacer una oferta, sin embargo no de matrimonio.

—¿Qué?! —gritó—. ¿A una dama de tu rango? Ni se te ocurra aceptar, ¿me oyes? Ni se te ocurra.

Me encogí de hombros.

—Bueno, por lo menos podrías alegrarte de que ya no planee venderme en la feria de Beltane.

Dugald dejó escapar un grito, pero eso fue todo lo que pude oír, porque el espejo se nubló y vi llegar a Igrane.

—Eres muy precoz, ¿verdad? Encuentras el espejo y ya sabes cómo utilizarlo.

—Lo siento. ¿No debería haberlo hecho?

—No. Tendría que haberse cerrado, si temía que lo tocases. ¿Era Dugald el que aullaba?

—Sí.

—Él y Merlín son las personas más polémicas que conozco, y entre los dos, prefiero a Dugald. Merlín es malintencionado, por no decir muy peligroso.

Entró llevando una bandeja. Me traía vino. No estaba acostumbrada a él, así que no presté atención a su sabor. Me pareció amargo, aunque seguramente a ella le parecería propia de bárbaros y vomitiva la cerveza de cebada que tomaban las gentes de la costa para quitarse el frío. Había otras cosas en la bandeja a las que sí di el visto bueno: unos panes planos recién hechos; huevos con salsa de cebolla, ajo, pimienta y especias; queso y un cocido de avena con leche y mantequilla.

El diván de su estudio servía para sentarse. Apartó la tela con estrellas que lo cubría.

—Es una pieza maravillosa —dije.

Igrane se echó a reír y se enrolló en la seda. Desapareció. Quiero decir que desapareció de verdad. No es que se confundiera con el fondo, o fuera muy difícil verla (que era uno de los trucos más llamativos que Dugald me había enseñado), sino que desapareció. Me quedé boquiabierta mirando al lugar donde estaba hasta hacía un momento. Entonces volvió a aparecer, riéndose, y se puso a doblar la tela.

—La otra noche le hice la demostración a un amigo. Es bonito, ¿verdad? Está en manos de mi familia desde hace... hace... tiempo inmemorable. Sólo funciona con las mujeres de mi sangre. Un juguete muy bonito. Así conseguí a Arturo. Lo llevaba la noche que fui en busca de Uther Pendragon.

—Se dice que él y tu marido, el rey de Cornualles, se peleaban por ti, y Merlín disfrazó a Uther de tu marido. Y yacisteis juntos y nació el niño, sin que nadie supiera que aquél no era tu esposo legal.

—Oh, la gran comunidad barda. Una guerra tonta y despreciable entre dos estúpidos que deberían ser más avispados, y lo convierten en un romance inmortal. Querida, los hombres no se pelean por las mujeres. Jamás. Una simple mujer no es lo suficientemente importante. Se pelean por dinero y poder.

—Eso mismo dice Dugald.

—Dugald es sabio. Al menos en ese sentido. Soy Cornualles. ¿Sabéis que significa eso?

Lo sabía, y respondí.

—Muy bien. Veo que Dugald se ha preocupado de tu educación. Cuando Gerlos se casó conmigo, se hizo con la soberanía de Cornualles, pero debía, al menos una noche, entregarme al gran rey. Pero él tenía los ojos puestos en el trono, y no lo consentiría. Así que yo me consumía aquí, algo que, por cierto, no me molestaba lo más mínimo, mientras esos dos toros salvajes se daban cornadas. Pero el presagio de que debería yacer con Uther no me dejaba tranquila. —Se detuvo un momento.

—A veces, no muchas, los oráculos se ponen de acuerdo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Asentí.

—El futuro está escrito de muchas maneras: la lectura de palos, los dibujos que hace la espuma después de una marea con luna llena, el vuelo de los pájaros, las malformaciones de las crías de los animales domésticos, y por último, pero igualmente importante, las entrañas de un hombre drogado con muérdago y destripado con un cuchillo de bronce y oro. Se le deja agonizar en el suelo y se lee el futuro en sus tripas. La mayoría de los oráculos no coinciden entre sí. —Se encogió de hombros—. Y, si no, se contradicen unos pocos días después. Yo lo interpreto como que sólo te tienes a ti mismo. Creo que los dioses, de vez en cuando, se hartan de que hombres aburridos y mujeres más tontas aún que ellos los molesten continuamente.

»Pero algunas veces —continuó—, ante asuntos realmente importantes, todos ellos dicen lo mismo, y lo repiten una y otra vez. Eso fue lo que sucedió cuando consultamos a los espíritus si debía yacer con Uther. Mi deber es mi pueblo. —Frunció el entrecejo y pareció entristecerse un momento—. Así que me puse en contacto con Merlín. Mi marido se enteró y me puso un guardián, todo un fastidio. Pero nunca había oído hablar de mi manto, así que me envolví en él y fui al encuentro de Merlín. Él me llevó hasta Uther.

»Cuando mi marido lo descubrió —siguió contando— se puso furioso, y luego cayó en la desesperación. Murió en la primera batalla. Hay quien dice que no se defendió. —Volvió a fruncir la frente.

Señaló el diván, que ahora se reflejaba perfectamente en el espejo. Por lo visto el manto ocultaba completamente cualquier cosa que cubriera.

—Siéntate y toma tu desayuno —me dijo.

Debía de haberse dado cuenta de que había estado mordisqueando el pan mientras hablábamos. Cogí la bandeja y empecé a comer.

—Nueve meses después, di a luz a un niño —dijo casi con tristeza—. Puesto que Gerlos y yo no habíamos yacido durante algún tiempo, no había dudas sobre quién era el padre. Uther se casó conmigo, y Cornualles pasó a formar parte de sus numerosas posesiones, al igual que yo. Pero hasta ahora nunca he sido feliz con

Uther. En realidad casi ni nos conocemos. Yo sigo aquí mientras él se entretiene con sus concubinas, que son varias. Hubo un tiempo en el que sí fui feliz con Gerlos, antes de que la avaricia y la ambición lo consumieran. Pero mis consejeros me dijeron que el reino no soportaría más guerras.

Entendía perfectamente de qué me estaba hablando, y comprendí que ésa era la razón por la que yo estaba allí. Ya os habréis dado cuenta de que es porque mis distinguidas antepasadas despertaron la sublevación entre las gentes de un pueblo conquistado y resignado. Cuando el manso romano le reclamó el reino de su esposo al morir su señor, comprendió que su obligación era yacer con él. Pero él y sus hombres abusaron de sus dos hijas, y eso era un sacrilegio. No uno cualquiera, si no un sacrilegio de los peores. El romano era un hombre muy avaricioso. En lo único en que pensaba era en lo importante que se convertiría si llevaba el oro de los icenios a Roma. Aquello le costó la vida.

La locura y la obstinación le nublaron el juicio, ya que incluso los romanos saben que la mujer otorga la soberanía al gobernante, y entrega las armas a los hombres. Tal y como ellos dicen, una mujer es un templo, y tienen que comprender que siempre ha sido así y así seguirá siendo.

Comí y bebí el vino, pues había decidido formarme en ese aspecto, (ya que es lo que distingue a una casa noble entre los britones) y escuché educadamente las instrucciones que Igrane me daba sobre cómo debía comportarse una muchacha de buena familia en el banquete que tenía lugar esa noche para celebrar mi compromiso con Arturo. Ya veis, entre ellos habían llegado a la conclusión prematura de que me convertiría en una de sus concubinas. Me preguntaba a quién habrían elegido Uther, Igrane y Merlín para que se convirtiera en la esposa de Arturo y en la reina, aunque mi aceptación satisficiera a las familias gobernantes de Irlanda, Dalraida y Somerset. Yo estaba tocada por la magia, al igual que Igrane.

—Todas las mujeres de las familias en el poder tienen algo parecido —dijo Igrane refiriéndose al manto—. Supongo que vuestra distinguida antepasada y madre de tu linaje tendría algo relacionado con el poder originario, como esto. Algún tesoro que la ayudó a vencer a los romanos.

—Me pregunto el qué sería.

—Quién sabe —contestó Igrane, sacudiendo la cabeza—. Fuera lo que fuese, se perdió entre la orgía de sangre que envolvió su muerte, tal y como debía ser.

Sabía que Arturo estaría a punto de llegar, así que terminé el desayuno y corrí a la cama para calzarme. Igrane dio un respingo cuando vio el calzado, porque no tenían nada que ver con los maltrechos andrajos de piel oscura de la noche anterior. Ahora eran unas sandalias blancas, suaves y maleables, de caza y con buen corte, doradas, y con cordones muy largos que me enrosqué alrededor de las pantorrillas hasta la rodilla.

«Se acuerda de mí, mi amigo, porque nos hicimos amigos, el sirviente de Dis», pensé. En ese momento vi que Arturo subía por la escalera. A la luz del día era aún

más apuesto que iluminado por las antorchas. Iba acompañado por dos amigos, y me los presentó.

—Éste es mi hermano, Cai.

El muchacho me sonrió. Aparentaba un año o dos más que Arturo. Era moreno, de cabellos castaños y finos. Parecía de otro mundo, y descubrí por qué cuando me dio la mano: sentí el mar.

—Su pueblo me acogió —explicó Arturo—. A su lado la tranquilidad me inundó como el vino llena la copa.

Sí, el Pueblo del Mar. Si no fuera de constitución tan fuerte, tendría un gran parecido con sus antepasados. Me recordó al Vigilante Gris y a su hijo Zarpa Negra. Creo que al principio sólo pretendía darme la mano, pero fuera cual fuese la energía que percibió en mí, le gustó y acercó mi mano a sus labios.

Al igual que el Vigilante Gris, la honestidad era un rasgo muy marcado de su carácter, pues una sombra de tristeza cruzó su rostro como una nube nubla un valle, y supe que se había dado cuenta de que Arturo pretendía engañarme. Pero era demasiado leal para decirlo en voz alta, así que sólo murmuró un saludo. Después se apartó para hablar con Igrane.

A continuación, Arturo me presentó a Gawain, y cuando me tomó la mano, mil temblores me recorrieron el cuerpo. Merlín había acompañado a su joven rey con aquellos dos muchachos. Éste tampoco era del todo humano. Era rubio, como yo, y su belleza no era humana. Era muy masculino, tanto que su masculinidad me llamaba a gritos, y...

Aparté mi mano de entre las suyas tan rápido como pude. Me miró con ojos de experto que estudia una obra de arte, y después se volvió hacia Arturo.

—Magnífica. Todavía le falta madurar, pero cuando lo haga —hizo un gesto muy italiano—, albergará mil placeres para una mano experta.

Observé que iba vestido según la costumbre romana: sin mallas o pantalones, sólo una túnica y toga. Más tarde me enteré de que había sido criado en Roma. Sonrió a Arturo con malicia y fue a reunirse con Cai. Se sentaron todos en un almohadón a los pies de Igrane, que se reclinaba hacia ellos.

Arturo me cogió de la mano. Estaba tan preocupada en disimular que casi me derrito cuando me tocó. Y no me di cuenta de adónde nos dirigíamos hasta que ya habíamos llegado al jardín que daba al mar. Los rosales que cubrían los muros estaban en flor, y los macizos de hierbas, romero e hinojo, perfumaban el aire. Tipos de enredaderas que no conocía colgaban y cubrían la barandilla en la que nos apoyábamos. Cada ráfaga de aire sacudía los rosales y nos traía una mezcla de fragancias que susurraba sin palabras un deseo embriagador.

Él estaba detrás de mí, con la mano derecha apoyada en mi hombro, y sujetando mi mano izquierda con la suya. Me era más que difícil pensar en cualquier cosa con él tan cerca, así que decidí que tal vez tuviera que ser así.

—Te dije que te haría una oferta —me susurró al oído.

Suspiré. No tenía ningún problema con eso. Él tenía razón: estaba vencida.

—Tu rango, virtud y belleza merecen todo mi afecto y el más profundo de los respetos.

Emití murmullos de aprobación (aquello era a todo lo que podía aspirar).

—Mi madre —continuó diciendo en un susurro— posee grandes provincias en Cornualles. Una especialmente hermosa se encuentra en un valle cercano. Tiene su propia villa. Una construcción antigua, de gran belleza, de la época inmediatamente posterior a la llegada de los romanos.

Me fijé en que no había dicho «conquista». Y eso era lo que había sido, y muy sangrienta, además.

Me tenía rendida a sus pies. Prácticamente ya veía aquel lugar. Seguro que era exquisito y carente de todo sentido práctico, construido antes de que los romanos comprendieran que el clima de Albion era totalmente diferente al de Italia. Una entrada impresionante, suelos de mosaico, un jardín en el peristilo con una columnata a la entrada. Cómodos salones para las visitas, calentados por un hipocausto. Y un baño, seguramente con el mismo sistema de calefacción. ¡Maravilloso! Y totalmente imposible de mantener.

Podrías sentarte en el peristilo en un día primaveral no demasiado caluroso, oler las flores, y convencerte a ti mismo de que todavía existía la Pax Romana, desde Arabia hasta la Muralla de Adriano; y que legiones bien organizadas e invencibles mantenían a raya a los bárbaros. Y olvidar la revuelta constante en la que estaba inmersa Britania, Sajonia, Jutlandia, los francos y Dios sabe qué otros pueblos; todos intentando cortar el gaznate de su vecino, tratando de hacerse con unas migajas de poder con una mano, mientras con la otra violaban, asesinaban, saqueaban, esclavizaban, traicionaban y destruían al máximo número posible de sus iguales, siempre que así obtuvieran algún beneficio.

—¿Cuánta tierra, de qué tipo, y cuantas personas la trabajan?

—Mmm... —respondió. Parecía que su ardor se había apagado un poco, pero me dio una respuesta concisa y clara.

—Aproximadamente diez mil acres, de tierra negra y espesa que absorbe el agua como una esponja. Alrededor de cuatro villas, sin explotar por impuestos o tributos excesivos. Además, está en la costa y la propiedad incluye los derechos de pesca. Tiene cinco jardines amurallados, tres huertos (con manzanos, cerezos y melocotoneros), una instalación para secar el pescado, aves de corral y un palomar. Necesita alguien de mano más dura que mi madre para explotarla, pero apuesto a que tú lo conseguirías. Con sus características, da considerables rentas, pero dedicándole mayor atención seguro que los beneficios podrían doblarse.

—¿Ganado, ovejas, cabras, pastos, fundiciones y fraguas?

—Ganado y ovejas, sí. De las cabras no me preocupo. Pastos en las montañas, de buen pastoreo en verano. Las fundiciones y las fraguas tendrás que conseguirlas, o comprar a un herrero, pero el lugar y los utensilios ya están disponibles.

—Curtidurías y...

—Ya basta —respondió con firmeza, y se separó de la barandilla.

Estábamos uno enfrente del otro, separados por varios metros. Parecía divertirse, aunque estaba un tanto sorprendido. Tenía unos ojos muy bonitos, y sus labios eran simplemente increíbles. Deseaba con toda el alma probar esos labios curvos y suaves, pero mantuve la conversación sobre temas más materiales.

—¿Cuándo tomaría posesión de esa propiedad tan atractiva?

—Inmediatamente —respondió sin ganas—. Me refiero a inmediatamente después de haber firmado el contrato de matrimonio.

Asentí y me señalé a mí misma.

—¿Y cuándo tomarías tú posesión de esta propiedad tan atractiva? Aquello fue demasiado para él. Empezó a reírse. Cuando logró contener su buen humor, respondió:

—Tardaría unos cuantos años. Mi madre tiene que declarar que ya estás preparada para ser... esposa —terminó con delicadeza.

—¡Vaya! Tienes toda mi vida planeada. Lo único que tengo que hacer es vivirla.

—Sí, supongo que es así desde tu punto de vista. —Incluso parecía apenado—. Pero no es mala vida. De hecho, es mejor en muchos aspectos que la que la mayoría de la gente llega a conseguir. Y sin duda mejor que vivir en la selva con un druida marchito y exiliado, sus amigos, que sólo Dios sabe de dónde salen, y una esclava picta.

—Tus palabras me duelen. Quiero a Dugald, y el Vigilante Gris es muy recto, amable, cariñoso y muy sabio. Y en cuanto a Kyra, no es una esclava. Ni Dugald ni el Vigilante Gris tendrían nunca un esclavo. Ninguno de ellos cree en la esclavitud. Dugald me dijo en una ocasión que el primero, último y más valioso don que Dios había dado al hombre era la libertad. Vive según este precepto, y yo también. Además, firmar el contrato puede acarrear muchas dificultades. No tengo familiares en estas tierras que velen por mis intereses, y todavía no tengo edad para actuar por mí misma. Y aunque la tuviera, mi respuesta sería...

No pude acabar la frase. Su mano me tapó la boca con un gesto rápido.

—No sigas. —Su dura mirada contenía una advertencia—. Y hagas lo que hagas, no digas que no. Mi madre y Merlín se lo tomarían muy mal si lo hicieses, y ambos son muy poderosos.

Apartó la mano de mis labios y la deslizó hasta la barbilla.

—Te lo suplico, no contestes que no. Podrían destrozarte, los dos, y eso sería... —Apartó la mirada de mi rostro y la dirigió a la lejanía, por encima del mar—. Sería... —continuó, y por primera vez aparentó los dieciséis años que tenía—. Sería algo que no me gustaría ver. No, no me gustaría nada.



«Se lo daré», pensé una vez que se hubo marchado. Había conseguido decirme lo que quería que hiciese, sin ni siquiera ser explícito sobre ello. ¡Rodeos... y más rodeos! Evasivas todo el tiempo. Aún recelaba de él. Se le daba demasiado bien estar del lado de las dos partes; apoyaba tu causa, mientras te rodeaba suavemente con el brazo para hacerte caer en el plan que los poderosos habían preparado para ti. Pero allí estábamos los dos, y estaban decididos a casarme. No podía evitar preguntarme por qué.

Entonces recordé el discurso de Igrane sobre los oráculos, y me imaginé que habían dicho mi nombre demasiadas veces. Y por eso estaba allí, y la manera más fácil de disponer de mí era plantarme en el campo como a un árbol. Podría dirigir una provincia importante, dar placer e hijos a Arturo antes de que me hiciera demasiado vieja para atraerlo. Y así sería, estaba segura. ¡Oh!, seríamos maravillosamente felices durante... ¿cuánto tiempo? ¿Tres años? ¿Cuatro? ¿Cinco, incluso? Para entonces la rosa ya se habría marchitado. Y habría tenido hijos, y eso transforma el cuerpo de una mujer: pone áspera la piel, ensancha la cintura, el pecho pierde su firmeza. Pero, por encima de todo, esos cambios la preocupan, muchas veces más de lo que realmente la afectan físicamente. Por no mencionar cómo el hombre va perdiendo el interés, mientras el de la mujer crece.

Y sus desvelos no serían todos por mí y nuestra familia, como pasaría con un hombre humilde. Un gran señor puede tener todas las mujeres que quiera y pueda mantener. Rápidamente pasaría a un segundo lugar. La dulce Guynifar, cómodamente instalada en su nidito de Cornualles, con la prole creciendo alrededor, mientras él gobierna, casado por intereses políticos, entreteniéndose con carne fresca y tersa que seguro que Igrane y Merlín le proporcionarían para su disfrute.

¡De eso nada!

Pensaba en esas cosas cuando volvió Igrane. Había acompañado a Arturo y sus amigos a donde estuviesen sus habitaciones. Mientras se deslizaba escalera arriba, vi que tenía expresión de desaprobación. Arturo debía de haberle contado mis reticencias.

—Espero que no presentes ninguna dificultad.

—¿Dificultad? —respondí con suavidad—. ¿Por qué, a qué te refieres?

Creo que fingí con demasiado descaro, pues su mirada se hizo aún más severa y puso cara de pocos amigos.

—Ten cuidado —la provoqué—. Hechicera o no, estás dejando descubrir tu verdadera edad.

Intentaba enojarla, y tal vez tuve hasta demasiado éxito. Me agarró por el pelo con sus dedos largos de uñas largas. La violencia y el dolor me sobrepasaron, me quedé paralizada. La descarga fue terrible, y culminó en una especie de agonía que se extendió por mi brazo y mano derecha. No grité, o al menos eso creo. Pero emití una especie de maullido y Cai de rodillas ante ella. Al mirarla por última vez, vi la serpiente, porque a eso me recordaba, a una serpiente. Fuerte, fría, hermética, y se

escondía tan bien a tu lado que cuando percibías su presencia ya era demasiado tarde. Pero con mi provocación logré desenmascararla. Sabía que se había dejado engañar, encima por un simple niño, y eso era lo que más la enfurecía. No me quedaba duda de que no debía esperar la más mínima piedad por su parte cuando llegara el día, como mi señor Arturo había dicho, de destrozarme.

Yo también tenía poderes, pero no era el momento de provocar un duelo. Tal vez no me venciese, pero aunque lograra escapar de ella, no había que olvidar a Merlín. No, Arturo había sugerido la táctica más sabia: retrasar la acción. Todo eso me pasó por la cabeza mientras estaba de rodillas, así que empecé a sollozar.

—Deja de lloriquear. Levántate y cámbiate de ropa. Dios sabe que esta noche te quieren igual que a una diosa, y a mí me han asignado la denigrante tarea de arreglarte. No, vete al baño. Llamaré a mis sirvientas. No volveré a mancharme las manos tocándote.

Me sequé las lágrimas, y cuando la vi alejarse, me puse en pie y fui al baño. Me pregunté quién habría sido en realidad quien intentó matarme en la cueva de la isla. Me frotaba las manos con el jabón de mirra cuando me sucedió algo. La temperatura de mi corazón había bajado tanto que me puse a temblar bajo el calor del sol. Si podía dominarme de esa manera, ¿cómo dominarían ella y Merlín, brujo de magia negra, a su hijo?

«No. ¡No! No puede ser, simplemente no puede ser», pensé. Hay cosas demasiado horribles para pensarlas, al menos para una niña de trece años, y la idea de vivir todos y cada uno de los días con esos dos demonios... en fin, aparté ese pensamiento de mi cabeza y no pensé más en él. Lo que hice fue salir del agua y acercarme a las sirvientas.

Se mostraban muy serviles, y ahora ya entendía por qué. Un par de dosis más de aquel dolor que a Igrane le gustaba repartir y yo también me haría servil. Eran muy infantiles, de esas personas que les gusta jugar con muñecas en la adolescencia y ya siendo adultas. No coleccionarlas, guardarlas o admirarlas, sino jugar con ellas; y así era como me sentía: como una muñeca.

Me rizaron el pelo, y el olor de las tenacillas me pareció insoportable. Me pusieron una mascarilla de barro (sí, tenía un poco de color, qué os pensabais, si siempre había vivido al aire libre). Me perfumaron en media docena de sitios y me emperifollaron con un *strophium* de lino, una enagua de tirantes, un vestido ancho y de manga larga, cubierto de seda. Lo único que logré que no me pusieran fue una dalmática de brocado, y a duras penas. La que gané completamente fue la batalla del calzado, porque no se habían dado cuenta que era el mío, pues había cambiado. Durante todo el proceso hablaron de mi madre en latín, porque creían que no las entendía. Repetían los comentarios envenenados de Igrane sobre cómo se había abandonado a una gran «adoración por sus muslos», que no era más que un eufemismo para referirse a su promiscuidad.

Yo no lo sabía, casi no la recuerdo. Y si seguía las antiguas costumbres,

seguramente debía de ser verdad. Hubo un tiempo en el que las mujeres gozaban de mucha más libertad que ahora. Más libertad a la hora de hablar, comportarse y disponer de su propio cuerpo. Una gran señora podía dar a luz a un hijo ilegítimo si el día era auspicioso, el hombre era un héroe, o simplemente especial por su talento o físico. Nadie la despreciaba por eso. Más bien se la honraba por querer traer una vida prometedoras al mundo. Pero los romanos, que consideran a la mujer una especie inferior de la raza humana, junto con la iglesia, que Dugald dice que muchas veces refleja la actitud de los romanos, han convertido esa vieja costumbre en algo negativo. Así que las sirvientas estaban lejos de calumniar a mi madre; y si ellas no sabían que yo hablaba un latín bastante aceptable, Igrane, que supervisaba mi preparación con sonrisa desagradable, probablemente lo supiera, y seguramente la conversación estaba preparada para que yo la escuchase. Pero no creo haberle dado ninguna satisfacción, ya que logré lucir una expresión estúpida todo el tiempo.

Cuando terminaron de sacarme brillo para mi presentación, quién iba a entrar en escena más que Magetsky. Se posó en la barandilla entre un lío de plumas negras, pavoneándose entre las ramas de romero, y empezó a maldecirme en Primero, Segundo y Tercer Cuervo. Me gustaría poder haberle respondido algo, pero tenía miedo de llamar la atención sobre ella, no fuera a ser que Igrane encontrara una manera de matarla. Al menos me dio la esperanza de que Maeniel estuviera cerca, porque sabía que no recorrería todo ese camino volando sólo para encontrarme, ni siquiera por él.

Pero ya estaba oscureciendo, e Igrane me arrastró a la procesión que se dirigía hacia el salón donde tenía lugar el banquete.



Cuando llegamos al salón, me di cuenta de que estaba metida en un buen lío. La reunión tenía lugar en el mismo pabellón de cristal que el Vigilante Gris me había descrito. Lo abarrotaban las personas más poderosas de la corte britona, tanto sajones como romano-britones. No estaban separados entre sí. Los sajones, entonces igual que ahora, estaban a las órdenes de los terratenientes romano-britones. Contenían a los antiguos pueblos, de los que yo venía, casaban a sus hijas con señores sajones y garantizaban las tierras a aquellos que mantenían sus posiciones y recaudaban los impuestos. Les daban tierras para que las gobernaran, no para que las trabajasen, como hacía mi pueblo.

Arturo era su creación, y tan pronto como se firmase el contrato, también me considerarían a mí uno de ellos.

«No, no, no y no. No lo haré», pensé.

—Ya ves que hemos dado con algunos de tus parientes para que sean testigos de la firma de los papeles —dijo Igrane señalando a una mesa muy cerca de la puerta.

«Dios mío», pensé, mientras los miraba una y otra vez. Dios mío, eran

horrorosos. Se trataba de tres hombres. El que estaba en el medio, al que señalaba Igrane, era pelirrojo. Ahora no está muy de moda, pero él era pelirrojo, una espesa mata de pelo rojo en la cabeza. El rostro era de ese tono remolacha característico de los grandes bebedores, aunque eso no era demasiado grave si se miraba alrededor. Casi uno de cada cuatro hombres parecía que había bebido hasta la locura.

Los dos hombres que estaban a su lado eran aún peores. El de la derecha era enorme y moreno, como un oso. Llevaba un sombrero de piel y una coraza también de piel, muy vieja, viejísima, hecha pedazos, y tenía rasgaduras y agujeros por donde se veían los refuerzos de debajo. El otro era flaco, con bigotes de forajido y pelo greñado. Llevaba una malla de metal más que usada.

—Creemos que el del centro es vuestro padre. —El odio y el desdén eran evidentes en la voz de Igrane.

Desde donde estaba, me parecía que los tres estaban borrachos, con la cara abotargada y ojos somnolientos. El banquete todavía no había comenzado, y muchas personas paseaban, charlaban unas con otras, observando y dejándose observar. Merlín estaba sentado en la cabecera de la mesa, o más bien en el asiento más centrado y alejado de la puerta. Según la moda romana, lucía una diadema en vez de una corona. Era de oro y estaba adornada con hojas de roble, bellotas y las flores que cubren las ramas del árbol en primavera. Hojas de roble, flores, y estoy segura de que también hojas y raíces, eran los elementos característicos de una corona encantada, un objeto de un valor formidable. La dalmática que lucía sobre los leopardos negros era de plata bordada con hojas de roble azules. Su manto estaba tejido con mallas de plata.

Estaba magnífico.

Igual que Arturo. Iba vestido de dorado y rojo, como corresponde al rey del verano, y en su dalmática de lino estaba bordado en los mismos colores un dragón con barbas y cresta rojas. No, no sólo uno, eran dos dragones, con los cuellos entrelazados en amor y lucha. Eran ambas cosas, una prueba de fortaleza. Su manto era de hilos de oro.

Igrane me presentaba con palabras no muy halagadoras.

—Sí, firmaremos el contrato esta misma noche. Creo que ya es hora de que haga buenos contactos. Ella es de una familia irlandesa muy importante, y ya nos hemos fijado en muchas otras muchachas.

—Qué bien que ya os hayáis hecho con ella. Esos oráculos están rebelando al pueblo. —Esta observación fue contribución de una mujer de expresión dura, de mediana edad—. Mi yerno ya tuvo que apagar dos revueltas en el río, pero ya no nos darán más problemas. Ordené que embarcaran a trescientos rumbo a Grecia para venderlos allí. Yo creo que es mejor adelantarse y cobrar el dinero antes de que el barco zarpe, y que el capitán asuma todos los riesgos. Muchos mueren durante el viaje. Me pagó doscientos áureos por todo el lote. El comercio de esclavos está en pleno auge. Dejé que se corriera el rumor entre los campesinos que trabajan mis

tierras de que cobraría las rentas tanto en carne como en especies. Desde entonces están en la mejor de las disposiciones, incluso los que cuidan de la casa.

Se me revolvió el estómago. Me preguntaba cómo sería ser vendido, que te arranquen de tu familia, tus amigos, de todas las cosas que amas en la vida. Te llevan prácticamente a otro mundo, para allí ser considerado una propiedad más, y recibir el trato de un animal en el mejor de los casos; un exilio hasta la muerte. Si ésa fuera la única crueldad que se cometiera, ya sería suficientemente triste, pero demasiado a menudo, como me contó Kyra, es mucho peor. Los tratantes de esclavos no pierden el tiempo con bebés, niños muy pequeños, viejos y muchas veces tampoco con algunos adultos. No quieren cargar con esa basura. La mayoría de las veces los matan. Sobre todo si se defienden, y el marido de Kyra lo había hecho.

Por eso él, su hijo y el bebé habían muerto. En mis pesadillas, de vez en cuando recibo esas desagradables visitas, veo el pecho de Kyra, cómo le salía leche varios meses después de que se uniera a nosotros. El vestido se le mojaba, y cuando las dos íbamos al riachuelo cerca del mar a hacer la colada, lloraba y lloraba, y era imposible consolarla. No, yo nunca sería una de esas personas. No, jamás firmaría ese contrato.

Me solté de la mano de Igrane aprovechando que conversaba muy animadamente con una de las señoras.

—Creo que iré a visitar a mis parientes —dije.

Pensaba que de paso comprobaría si podrían servirme para algo. Me miró sorprendida, y sentí el mismo dolor de antes en el brazo y mano derechos, pero esta vez no dejé que me venciera y me dirigí a la mesa. Los tres hombres se miraron divertidos mientras me aproximaba, con expresión de desafío. Esperaba que su aspecto se hiciera cada vez más horrible a medida que me acercara, pero, por muy extraño que parezca, no fue así. Cuanto más cerca estaba de ellos, menos horribles me parecían. En primer lugar, el color tan poco saludable de la cara del que estaba en el centro no se trataba de mal color. Bueno, sí era color, pero no era consecuencia de ninguna enfermedad. Estaba tatuado. Como ya dije, era pelirrojo y muy blanco de piel. Los tatuajes representaban espirales célticas azules, que bajaban desde el nacimiento del pelo por la cara, el cuello, el pecho y los brazos. El efecto era asombroso y tenía una extraña belleza. Por primera vez pude contemplar sobre la piel de un guerrero el arte en todo su esplendor.

Esos dibujos inspirarían terror en la batalla y respeto entre los demás hombres. Precisamente lo que un hombre como él deseaba. Mientras me acercaba, me di cuenta de que me había empezado a mirar del mismo modo que yo lo miraba a él, con gran seriedad. De lejos, el hombre de su izquierda me había parecido flaco y muy enfermizo, y lo había considerado un parásito en busca de comida. Pero una vez más, al acercarme, cambió mi primera impresión. Era moreno, de piel blanca, tatuado como su compañero. Sus tatuajes eran grises, negros y rojizos, con las mismas formas cubriendo su rostro y cuello, y parecía que se extendían por todo el cuerpo. Su delgadez ya no me parecía enfermiza, sino más bien felina. Sus movimientos suaves

eran gráciles y poderosos.

El tercer hombre, el de la derecha, me sorprendió aún más que los dos anteriores. Me había parecido gordo y con la piel salpicada de manchas rojas, pero observado desde más cerca, el sobrepeso se convertía en un sólido poder. Era el hombre con más masa muscular que había visto en toda mi vida. Cabellos, pelo y barba eran morenos, pero sus tatuajes eran rojos. Incluso las orejas estaban tatuadas en rojo. Todo esto me desconcertó. Me detuve a unos quince centímetros de la mesa y me di cuenta de que en parte mi primera impresión había sido correcta. Aquellos hombres no pertenecían a ese lugar. Ninguno de ellos estaba lo suficientemente civilizado para estar en aquel salón.

¿De verdad eran así los guerreros de las cortes irlandesas? ¿Siempre mostraban esa ferocidad y sed de lucha? Observé al pelirrojo del centro.

—¿Decís que sois mis familiares?

—No eres la única en dudarlo. Cuando dijeron que eras su hija, no me lo creí —respondió, y se volvió hacia el más delgado—. A ti te dije eso mismo, ¿o no, Kiernan?

Éste se acarició el largo bigote.

—Así es, Mael, queridísimo. Eso me dijiste, pero creo que te equivocabas. Es su vivo retrato.

—Vaya... —reflexionó Mael, y después se dirigió a mí—. Según ellos tienes trece años. Yo no la conocí con trece años. Para mi desgracia, por cierto. Dios ayúdame, tampoco la conocí a los treinta. Otra vez para mi desgracia, mi maldita desgracia. Pero a no ser que me equivoque, y tengo que decirte, niña, que casi nunca me equivoco, eres su vivo retrato. ¿Y tú qué dices, Eoan? —preguntó al que parecía un toro—. ¿No es igualita a mi ángel, mi capullito de alelí, mi adoración? Su vivo retrato, eso es lo que es.

»Acércate, niña. Pon tu mano sobre la mía. A lo mejor es que soy tu padre —añadió.

Eoan dio un resopló burlonamente.

—O a lo mejor es que no lo eres, Mael. Me parece que otros cuatro o cinco hombretones compiten por ostentar tal honor.

Estaba empezando a enfadarme mucho.

—Os estáis burlando de mí —les dije.

—¡Ja! —exclamó el que se llamaba Kiernan—. No es de ti de quien nos burlamos, sino de este... —dio un codazo a Mael— patán pretencioso.

—La virtud de mi madre...

—Niña, Guynifar, ¿verdad? Las grandes virtudes de vuestra madre no tienen nada que ver en este asunto. —Sonrió a Mael—. Lo que encontramos bastante dudoso es su buen gusto. Pero opino que si le quieres como padre... —volvió a dar un codazo a Mael— debes reclamarlo ahora mismo. Tal vez más adelante, cuando lo hayas conocido mejor, cambies de opinión.

—Callaos de una vez, ignorantes —gruñó Mael—. Sea quien sea su padre, repito que es el vivo retrato de su madre. Además, puede pensar que estáis hablando con demasiada ligereza de su madre, que fue la esposa más fiel, honesta y trabajadora de aquel hermano mío mezquino y avaricioso durante treinta años. Mira, niña, cuando el rey murió y fue a... —Se interrumpió y preguntó a Kiernan—: ¿Adónde van los muertos?

—No lo sé, pero me parece que no es lo más importante en esta conversación. Vayan a donde vayan, no es aquí, o más bien debería decir que no están aquí. Y eso es lo que realmente importa para el objetivo de tu explicación.

—En cualquier caso —continuó Mael—, cuando mi hermano murió, Riona, tu madre, necesitaba un respiro de tanta respetabilidad, así que me escogió a mí.

—Diste en el clavo, Mael. Tú eres un respiro para la respetabilidad, sin duda. En eso sí que estoy de acuerdo —dijo Eoan.

—Acércate, niña —dijo Mael, inclinándose hacia mí—. Dame la mano.

Apreté el puño con firmeza contra mi estómago.

—¿Sí, y para qué? ¿Para poder venderme a Merlín y a Igrane?

Se echaron a reír y se miraron con miradas muy expresivas.

—¿No te gusta el muchacho? —me preguntó Mael.

Miraba por encima de los invitados a Arturo. Como la mesa era circular y estábamos cerca de las puertas, Igrane y Arturo estaban en el otro extremo de la sala, enfrente de nosotros. Me di cuenta de que hasta una mesa redonda tiene cabeza y cola. Arturo y Merlín estaban en la cabeza, en la parte más caliente y cómoda de la habitación, mientras que mis parientes y yo estábamos en la cola, cerca de la puerta, el lugar más frío e inhóspito de la sala.

Arturo era muy apuesto. Sólo mirarlo despertaba en mí extraños deseos.

—¡Sí! —respondí descaradamente a Mael—. Me gusta bastante, demasiado, en realidad. Lo que no me gusta de él son algunos de sus amigos.

Mael asintió.

Podía sentir la mirada de Igrane posada en mí. Yo estaba de medio lado, así que podía verla a ella y a Mael a la vez. El dolor volvió a golpearme sin previo aviso, me agarrotó la mano derecha y el antebrazo. Era inhumano. Me di cuenta de que estaba profiriendo un sonido cargado de angustia y la sala comenzó a oscurecerse alrededor. Apenas pude ver a Igrane haciéndome un gesto con la cabeza arrogante, que significaba que me acercara. «Ven ahora mismo o sufrirás las consecuencias», parecía decirme.

La voz de Mael logró despertar mi conciencia.

—Dame la mano —repitió.

¿Mano? ¿Qué mano? Apenas podía respirar, el dolor era insoportable. Igrane fijaba su mirada en mí con satisfacción velada, fría y maliciosa, pero me quedé donde estaba. Entonces el dolor desapareció, y sentí un gran alivio, aunque me dejó agotada, casi temblando.

«No. No firmaré el contrato, ni permitiré que lo firmen», pensé tercamente. Volví a mirar a mis nuevos «parientes». Parecía que se divertían, y no se me ocurría ni una sola razón. ¿Se darían cuenta de la batalla que se estaba desarrollando?

—Parece que la reina te reclama —dijo Kiernan.

—Sí, eso creo, pero tal vez se arrepienta cuando me reúna con ella.

Entonces di media vuelta y me dirigí hacia Igrane. Mientras caminaba, me llegaban murmullos de la conversación de mi nueva familia con tal claridad, que me preguntaba si estarían en mi cabeza.

—No me perdería este encuentro por nada del mundo —decía Mael.

La mayoría de los invitados ya estaban sentados, así que las miradas cargadas de desaprobación me acompañaron todo el camino hasta Igrane y Merlín. Estaban sentados uno junto al otro ante el gran trono, y Arturo un poco apartado hacia un lado. Merlín tenía un papel de vitela en una mano. Intenté estudiar mis opciones con la mayor frialdad posible. Podía firmar el contrato, pero ¿para qué molestarse? Si lo hacía, parecería que apoyaba sus planes. Podría hacer eso e intentar escabullirme cuando estuvieran distraídos. Ésa sería la mejor jugada, pero si te rindes a la coacción, muchas veces un compromiso lleva a otro y después a otro más, y al final te encuentras demasiado enredado para dar marcha atrás.

Pero no. Si quería tener el privilegio de dirigir yo misma mi vida, en vez de vivir lo que otros habían planeado por mí, tenía que fijar mi posición en ese momento. Tal vez fracasara, pero la libertad merece casi cualquier sacrificio, o al menos eso me enseñaron a creer Dugald y el Vigilante Gris; y por encima de todo, quería recuperar mi libertad y mi vida. Inmersa en esas reflexiones, llegué donde estaban Merlín, Igrane y Arturo.

Merlín me pidió lo mismo que mi presunto padre.

—Dame la mano.

—No.

Primero enrojeció, y un instante después su atractivo rostro palideció. Subió el cinto de la espada. De repente, sin que me lo esperara, se inclinó y su cara quedó a pocos centímetros de la mía. Tras él distinguí a su guardia, con corazas negras y reluciente metal, preparada a su alrededor.

—Ya me has dado más problemas de los necesarios —susurró.

El dolor volvió a mi brazo. Esta vez fue todavía peor. Lo primero que se me vino a la cabeza fue: «Voy a echar a perder mis ropas». El sudor volvió a cubrirme todo el cuerpo. Me dolía el brazo y la mano como si estuvieran en medio de una gran hoguera.

—Para —dije con voz ronca—. Para o me hago pis delante de todo el mundo.

—Sí, para —quien repetía mis palabras era Arturo—. ¿Qué impresión crees que dará si se viene abajo delante de las familias más importantes del reino?

Las palabras le salían atropelladamente. Casi pierdo el equilibrio cuando el dolor cesó tan repentinamente que temblé.

Arturo se acercó rodeando la mesa y me cogió por el brazo para sostenerme, mientras seguía hablando.

—Tal vez vosotros dos no temáis el escándalo, pero yo sí. No permitiré que mi nombre vaya de boca en boca como torturador y asesino de niños. ¿Me oís bien? ¡Para! —Entonces se dirigió a mí—. Te dije que no respondieras que no, te lo advertí.

Recuperé el aliento y el equilibrio. Me revolví y logré liberar mi brazo.

—Han traído a parientes míos para hacer el acuerdo legal, pero mi respuesta es no. No me convertiré en vuestra concubina legal. ¡No! —le espeté.

Merlín se volvió hacia Igrane. El gran hechicero, el archidruida de Britania, parecía de mal humor.

—Creí que me habías dicho que le habías infligido el dolor suficiente para hacerla dócil.

Igrane me miraba, pálida, con los labios blancos por la furia. «Son amantes», pensé. No sé por qué se me ocurrió en ese momento, pero supe que era verdad.

—Y eso creía yo —murmuró con voz ronca por la rabia—. Pero soy mejor que tú en esto. Utilizaré sutiles artes, querido Arturo, y así no parecerá... te lo juro, cariño, sólo parecerá que hablamos animadamente, pero en poco tiempo... —extendió la mano hacia mí— hará todo lo que yo le ordene.

—¡No! —grité, y mi mano salió disparada como si tuviera vida propia.

Le di un manotazo en la muñeca, y la manga empezó a arder. Se apartó, silbando como una serpiente furiosa.

—Fuego —murmuró Merlín—. Te voy yo a dar fuego...

Y mi vestido de seda se vio envuelto en llamas. A nuestro alrededor, los invitados se levantaban, gritando, mientras trataban de huir. Merlín e Igrane no eran más que sombras tras una cortina de llamas. «Muerte», pensé. Y entonces, como en la mansión de Dis: «Una sola cosa, Fuego. Fuego, no me quemes». No sé si el conjuro funcionó o si el vestido era demasiado frágil para ser un instrumento de la venganza de Merlín, pero la cuestión es que la seda se redujo a cenizas al instante, y me quedé con la enagua de lino, manchada pero intacta. Mi corazón estaba lleno de furia, y mi mano cubierta de fuego. Dolor... también. ¡Dios mío! Dolía. Pensaba que todavía me atacaban, en la palma tenía algo parecido a brasas. Lo arrojé contra Merlín. Le acertó, lo juro, en medio del pecho, y desde allí se extendió más allá y hasta la dalmática que llevaba. Todo aquel tejido de hilos de oro y metal... aquello era grave. Al momento estaba todo lo atareado que un hechicero puede estar.

La manga de Igrane estaba mojada y humeaba. Había apagado las llamas con vino. Todavía sostenía la jarra en una mano. Murmuró algo y la jarra salió disparada hacia mí como un arma arrojadiza. «¿Magia? ¿Eso es magia?», pensé esquivando el golpe.

Me volvió con fuerza el dolor de la mano derecha. De nuevo sentí las brasas en el puño cerrado. ¿Lo provocaban ellos o yo? Igrane llevaba uno de esos peinados tan complicados del gusto de las mujeres griegas y romanas. Sí, incluso aquí imponen sus

modas. El carbón ardiente salió disparado como una abeja furiosa y aterrizó justo en el centro de aquel nido de ratas hecho a base de trenzas, extensiones, alambres, flores y no sé qué más cosas que coronaban su cabeza. Debía de llevar algún fijador, porque durante un segundo aquello parecía una cortina de llamas. Me parece que fue a por otra jarra de vino, pero no lo puedo decir con seguridad porque para entonces ya había echado a correr. Rodeé el hogar y vi que los hombres de Merlín se alzaban como un muro entre yo y la puerta.

Era imposible. Jamás lograría sortearlos. Pero todavía me quedaba un arma, aunque no sabía si funcionaría. Dejé de correr y dije.

—Talorcan, ayúdame.

La guardia de Merlín comenzó a avanzar. Tenían en alto los escudos y las lanzas mientras me arrinconaban contra el hogar. No sucedía nada. «Bueno, pues...», pensé.

Entonces el jabalí surgió del corazón de las llamas. Troncos, teas en llamas y brasas saltaron por los aires como una cascada, y cayeron sobre la sala y todos los que había en ella. Pero para entonces la mayoría de los invitados ya estaban debajo de las mesas. Aun así, los gritos se intensificaron un momento, para a continuación hacerse el más absoluto de los silencios, cuando todos empezaron a percatarse de que tenía un nuevo aliado.

Alzó el hocico y entrechocó los dientes, mientras bufaba. ¿Sabíais que los jabalíes saben hablar? Yo no tenía ni idea, pero éste habló. Su voz era muy ronca y crispante. Balanceando la cabeza hacia delante y hacia atrás, observó la sala, y dijo:

—¡M-u-e-r-t-e!

La palabra retumbó en el silencio.

De repente, parecía que los soldados de Merlín preferían estar en cualquier otro lugar.

—Apartaos de mi camino —dije.

Se apresuraron a obedecer. Algunas mesas empezaron a caer al suelo, derribadas por los pocos hombres que todavía tenían presencia de ánimo e intentaban escudarse tras ellas en un intento por defenderse a sí mismos y a sus mujeres de aquel ser terrorífico que me acompañaba. Todos menos los tres hombres de la mesa cerca de la puerta, mis parientes. Parecía que sufrían un ataque espasmódico. Más tarde me di cuenta de que se retorcían de la risa.

—¡Pero cuánta razón tienes, hermano mío! —oí que decía Kiernan—. Esto no tiene precio.

—¿Es éste el momento? —pregunté, ofendida—. Al menos podríais dejar de reiros y ofrecerme vuestra ayuda.

El pelirrojo, Mael, volcó la mesa y se acercó corriendo. Junto a mí, Talorcan, el jabalí, resoplaba y danzaba, golpeando el suelo lustrado con sus pezuñas afiladas y brillantes. Se volvió hacia Mael.

—Torc Trywth —le dijo Mael—, el sirviente más antiguo de Dis, no pretendo hacerle daño. Y a ti, carne, aceite y vino te ofreceré en mi propio banquete, para que

disfrutes de los placeres de la prosperidad.

—¿Torc Trywth? —pregunté a Mael, que ya se encontraba junto a mí.

Me di cuenta que al oír ese nombre los soldados de Merlín se agachaban tras las mesas intentando esconderse. Pero Arturo no. Volcó la mesa, blandiendo una lanza, y se colocó delante de su madre.

—Lo único que quiero es marcharme —dije con voz trémula, y añadí mirando al jabalí—: Por favor, por favor, no les hagas nada si no intentan detenerme. Por favor.

Hasta mí llegó un gruñido que parecía salirle desde lo más profundo del estómago. El jabalí era hermoso. Hermoso de un modo especial, como Mael cuando me acerqué a él. Hermoso como el rey del verano en su posición, lanza en alto, preparado para proteger a sus invitados y a su madre.

Merlín estaba de pie, sereno, con sus lujosas ropas hechas trizas. Con su manto envolvía a Igrane, que sollozaba entre sus brazos.

—Zorra. —Su voz me llegó desde el otro extremo de la habitación—. ¿Cómo te atreves a desobedecerme y a insultar a mi señora?

—Tenéis suerte de que sólo la haya insultado. Podría haber hecho algo peor, mucho peor.

Se quitó a Igrane de encima y levantó la mano derecha. Tenía mucho miedo. No tenía ni idea de lo poderoso que era, pero por la violencia de la tormenta, debía de ser muy peligroso. Y yo sabía muy poco de magia de verdad, y nada en absoluto de cómo contrarrestar un hechizo formulado por un brujo tan poderoso que no era temido sólo en Britania, sino también en Irlanda y la Galia.

—No seas inocente —gritó Mael—. Hazle algo y el jabalí de la muerte te destripará un segundo después.

Pero no creo que ni siquiera la amenaza de una muerte inminente lo hubiera detenido. La lanza que sostenía Arturo estaba revestida de hierro, y antes de que Merlín pudiese pronunciar su conjuro, el asta le atravesó el brazo que tenía en alto con un chasquido. Merlín rugió una maldición con un grito que era medio de rabia, medio de dolor. La piel que había atravesado el hierro empezó a sisear y a desprender un olor horrible.

—Para —dijo Arturo—. Basta ya. Soy el rey, y haré lo que sea necesario. ¡Y me obedeceréis!

Las miradas de Merlín y Arturo se encontraron, mientras el primero se apretaba el brazo.

—Tú eres el rey de verano —dijo Merlín, refiriéndose a que, como el rey de invierno, Uther, estaba vivo, sólo era el heredero forzoso.

—Mi padre no está aquí, y en su ausencia, yo soy el rey y tu señor. Y también el tuyo, madre. Y yo diré lo que se ha de hacer, y eso será justo lo que se cumpla, ni un poco más ni un poco menos.

—Rey —se burló Merlín—. Rey.

Arturo giró la lanza sobre su mano y de repente, sin que nadie pudiera ver cómo

lo había hecho, la punta estaba a sólo unas pulgadas de la garganta de Merlín. La hoja era muy afilada, como sólo puede serlo el metal antiguo y limado. El movimiento más leve de la mano del joven rey haría que atravesara la garganta del brujo.

—Sí, rey. ¡Y seré rey o no seré nada!

Nada habría cambiado si todos los demás nos hubiésemos ido y los hubiéramos dejado a los dos solos en el salón, pues en ese momento no importábamos lo más mínimo. Merlín tomó ostensiblemente una bocanada de aire que todos pudimos oír, y después otra. Finalmente, respondió:

—Una sola palabra mía y no eres nada... niño.

—¡Otra palabra tuya, brujo, y te quemaré! Y si yo no vivo lo suficiente para hacerlo, no dudes que mi padre lo hará por mí.

Los dos seguían allí, inmóviles, con la vista fija uno en el otro durante unos segundos más. Merlín fue el que la bajó. Luego se alejó. Igrane, que desde que su peinado parecía un almiar arrasado por las llamas ya no parecía tan atractiva, lo tomó del brazo y lo condujo junto al resto de cortesanos, que se apiñaban pegados a la pared más lejana de la sala, tanto miedo tenían a Torc Trywth.

Sin embargo, Arturo se dio la vuelta y vino resueltamente hacia nosotros. Estaba espléndido, y nunca olvidaré que en ese momento comencé a amarlo. Y nunca dejé de hacerlo. Todavía ahora lo amo, y siempre lo amaré. Nunca nadie me ha provocado tanta pena, dolor y alegría como él. No, nadie, ni siquiera por mis hijos he sentido jamás el amor que le profeso todavía ahora. Y creo que si hubiera sabido lo que nos deparaba el futuro (preocupaciones, tormentos, batallas y penas), aun así le habría entregado mi corazón tal como hice entonces.

Un segundo después, estaba frente a mí. Mael estaba a mi lado, y se rió entre dientes cuando Arturo llegó.

—No tenía muy buen concepto de vos, mi señor, pero he de confesar que eso ha estado muy bien —le dijo Mael.

—Me obligaron a enfrentarme a ellos.

—Ajá, pero esto ya viene de antiguo, ¿verdad, mi señor?

Por un momento Arturo volvió a ser el muchacho con el que había hablado en el jardín. Estaba sereno, pero el dolor se adivinaba en lo más profundo de sus ojos, muy escondido, asustado y tembloroso de pena; pero allí estaba de todos modos. Y supe, no por lo que era (hechicera, bruja, maga), sino como mujer enamorada, que su pasado era tenebroso y cargado de dolor. Sin embargo, sus ojos me ofrecieron un brillo acogedor cuando se encontraron con los míos.

Me tomó la mano, y se la di de buen grado.

—Vete en paz, pero no olvides que eres mía. Esposa, concubina, de cualquier forma serás mía.

—Todavía soy una niña.

Asintió y me besó en la frente. Después se volvió hacia Mael y su expresión fue de sorpresa, como a mí me sucedió.

—No tienes el mismo aspecto que antes.

Y es que el cambio era asombroso. Sentado ya tenía un aspecto impresionante, pero de pie el efecto era aún mayor. Lo que yo había tomado por una coraza era una dalmática de placas de oro, unidas con cadenas de plata. Sus pantalones eran de piel, parecidos a los míos de montar, y un cinturón metálico, muy ancho, los sujetaba. Se veía perfectamente a través de la dalmática abierta. El único misterio era su armadura, que sólo descubrimos que lo era porque en ese momento extendió el brazo hacia el jabalí, y Talorcan afiló sus colmillos contra ella. Los tatuajes, o lo que yo había tomado como tales, que le cubrían el cuerpo se levantaron al contacto con el jabalí, convirtiéndose en una rejilla azul como el acero que le protegía cada pulgada del cuerpo. Brillaba como si formara parte de la piel viva. De hecho, como descubrí más tarde, así era.

Mael se rió de nuestras caras.

—Una armadura —dijo Arturo.

—Para mi disfrute y el del herrero que la hizo. Su maravillosa creación se une a la mía, que se deleita con su belleza. Y ahora, hija, ¿me darás la mano?

Lo hice, y me la tomó entre las suyas. Cerró los ojos y comenzó a hablar:

—Si quieres, te haré un regalo, algo que yo tengo, que te protegerá para siempre del sufrimiento a través de la mano que une tu pasión a la del universo, para que nadie pueda destrozar el milagro de tu vida con su maldad, como Merlín e Igrane intentaron hacer. El peor de los pecados es utilizar la bondad inherente del espíritu humano contra él mismo, y por desgracia, es la más común de las crueldades entre nuestros semejantes.

—¿De verdad eres mi padre?

Abrió los ojos, y descubrí que eran verdes, como los que suelen tener los pelirrojos, esmeraldas grisáceas, translúcidos, luminosos.

—¿Eso importa? ¿Acaso soy una de esas criaturas que tiene que alimentar su orgullo y vanidad viéndose reflejada en el rostro de un niño? Ella, tu madre, era hermosa, y lucía su belleza como el cielo luce su manto de sol, luna y estrellas. Te quiero porque siento el mismo goce que con su dulzura. No me hacen falta más razones. Ahora no digas nada más, mis amigos ya vienen hacia aquí.

Miré el banco donde estaban sentados, y estaba vacío. Pensé que debían de haberse ido cuando no los mirábamos. Arturo seguía a mi lado, y recorrió la sala con la mirada, buscándolos, con expresión de desconcierto.

—Cierra los ojos —dijo Maeniel.

Hice lo que me decía, y llegaron las alas. Siempre, siempre hay alas, suaves y cubiertas de polvos de colores vivos, como las de las mariposas; anchas y fuertes como las de las águilas a punto de emprender el vuelo; transparentes y con vetas como las de las libélulas; o suaves, oscuras, grises, blancas y negras, sorprendentes por su complejidad cuando se logra verlas, como las de las polillas. Pasan como si las estuviera viendo, arco iris de sombras del milagro de volar. Flotan sobre las praderas

llenas de vida, resplandecientes, que visten a la Tierra. Aman y acarician los pastos, señores de las dunas sobre el mar, las colinas rocosas e implacables, los pedregales víctimas de la sequía, y las vegas que sueñan a lo largo de ríos y arroyos. Sólo viven entre las raíces correosas, elevadas sobre el mar, mecidas por el ensalmo incansable del viento, alimentándose de las raíces sujetas al lodo húmedo de la orilla de los ríos y de las lagunas, impidiendo que las arranque el enemigo imperecedero de la montaña, el agua.

Abrí los ojos y vi la enredadera que partía de mi hombro. La manga del vestido había desaparecido, disuelta por el poder sin nombre de la mano de aquel hombre. Enroscándose, avanzaba por mi brazo, demostrando la creencia de mi pueblo de que pensamiento y forma es una sola cosa: unir, separar, buscar, soñar, amar. Un panorama indestructible y eterno de creación que jamás amaremos lo suficiente. El espectador y el participante, el protector y el destructor, pero sobre todo, unidos a su esplendor imperecedero, nosotros y Dios.

Las puertas del salón se abrieron de golpe por una fuerte corriente. Me sorprendí al ver la luz tras ellas. A mis espaldas, parecía que la madera que quedaba ardía con renovada energía. Me di la vuelta, preocupada por Arturo y Talorcan; pero el jabalí, con una especie de chillido de alegría, saltó entre las llamas y desapareció.

Arturo le hizo un gesto de despedida.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, mi corazón te aguardará —dije.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, tú poblarás mis sueños —respondió Arturo.

Entonces me volví, me adentré en la penumbra y desaparecí.



CAPÍTULO 8

El camino era difícil, aunque eso no le restaba belleza. De repente volvía a llevar las sandalias tal y como Torc Trywth me las había dado, piel burda sujeta con simples cintas. Las necesitaba.

Era de día, y sabía que me encontraba en una isla porque oía el mar. Pero aparte de eso, no sabía nada más. Niebla y lluvia cubrían la isla. La bruma del mar parecía una nube que se adentraba en la tierra, más que la agradable humedad que refrescaba la costa de Escocia. Esta niebla era caliente, húmeda, blanca y cegadora, y a la vez muy luminosa. La lluvia que caía sobre la isla también era caliente como la sangre, y en un momento me empapó el vestido.

Por encima de mí el viento arrastraba la bruma y la lluvia. Vi acantilados, oscuros y escarpados, de piedra volcánica en lo que tomé como la península. No sabía cómo llegar hasta allí, y cuando la niebla volvió a cernirse sobre mí, no sabía qué dirección tomar. El suelo era peligroso, resbaladizo, cubierto de hierba muy fresca, líquenes y musgo. Los arbustos y matorrales de alrededor eran oscuros, con tallos gruesos cubiertos de espinas enormes. Entre las espinas crecían flores.

«Qué extraño», pensé. Me recordaban a las rosas, porque algunas eran rojas (la mayoría oscuras como terciopelo) o blancas con franjas rosadas. Unas pocas, las flores más grandes que jamás había visto, eran de un blanco impoluto. Los estambres y los pistilos, que suelen ser amarillos, eran también blancos; y los pétalos eran de la misma sustancia translúcida que el alabastro.

Hacía calor, ese bochorno que sólo se da en los largos veranos de los pantanos. Empecé a sudar. Las nubes cargadas de humedad que flotaban sobre los arbustos me mojaban la cara. No veía a nadie más, y parecía que era una isla de otro planeta, pues estaba totalmente deshabitada. Rasgué una tira del dobladillo del vestido y me la até por encima de las rodillas, como se hace para marisquear por las aguas poco profundas. Pero antes de que empezara a descender, llegó el pájaro.

Era un poco más pequeño que Magetsky, la cuervo de Maeniel, y no se parecían en nada. Tenía dientes. Le asomaban un poco por la parte de delante del pico, pequeños y afilados como agujas. Dio un chillido, primero como el sonido que hace un serrucho al cortar una tabla, cada vez más agudo, para terminar con suavidad, como el tintineo de una campanilla de plata. Sus plumas se confundían con el follaje de los arbustos, de color marrón apagado o negro.

Sentí un cosquilleo en el brazo derecho y la mano, que después subió hasta el

hombro. Extendí el brazo hacia el pájaro y se me posó en la muñeca. Por un momento me pregunté qué me había llevado a hacer eso. No solía ser tan confiada. Había visto a Magetsky atacar a Maeniel en los ojos con aquel pico maldito que tenía cuando se sentía ofendida o simplemente estaba de mal humor. Pero al fin y al cabo él era un lobo, y podía lanzarla por los aires de un zarpazo, convirtiéndola en una bola de plumas revueltas, aturdida y asustada en el suelo, insultándole a gritos un buen rato (algunos de los insultos eran tan obscenos que yo ni siquiera los entendía). Y él simplemente le contestaba algo así como: «Cállate o te doy de comer a los zorros. Aunque tampoco me importaría encargarme de ti yo mismo». Entonces Magetsky volaba a la copa de un árbol y se quedaba allí enfurruñada, hasta que aparecía en escena algo de comida y nos disponíamos a dar buen uso de ella. En ese momento olvidaba por completo la pelea.

Así que no es difícil imaginarse por qué me andaba con especial cuidado con los pájaros. Pero entonces su mente llegó a la mía. No, no podía leer sus pensamientos. Eran demasiado diferentes. Los dragones podían hablarme directamente, y yo percibía sus pensamientos como si fueran palabras. Pero ese ser era... era... Intentar describir experiencias comunicativas de ese tipo no es más que dar palos de ciego. Él no estaba interesado en mi comida; sino que cazaba libélulas, escarabajos, orugas de las lisas y de colores o de las oscuras y peludas, lombrices, caracoles, lagartos, culebras, o incluso peces si conseguía atraparlos.

Era respetable, inteligente, y tenía una familia en un nicho en los acantilados. Cuando extendió las alas, vi que tenía garras en el medio. Observé las que también tenía en las patas, y éstas de las alas, y llegué a la conclusión de que debía de ser un magnífico escalador. No eran garras como las de los halcones, sino suaves, ágiles y con uñas romas. También supe que un amigo le había pedido que le hiciera un favor. Quería llevarme al mar por el camino más corto.

Se lo agradecí de la mejor manera que pude, y extendió las alas y la cola. Ésta era bastante larga para un pájaro, y, al igual que el resto de su cuerpo, parecía de lo más anodina hasta que alzó el vuelo. Entonces percibías toda su belleza. Al volar, desplegadas las alas y extendida la cola, se resaltaban sobre las plumas oscuras el plumaje rojo, naranja y verde azulado irisado. La cola lo equilibraba durante el vuelo y lo ayudaba a escalar. Era rapidísimo, y con las alas y las garras podía cubrir todo un árbol, haciéndose con cualquier tipo de presa en pocos minutos. Lo sé porque lo vi cazar.

—Un momento, pájaro —le dije cuando me di cuenta de que me quería llevar hacia la costa.

Me rasgué otra parte del vestido y empecé a coger todas las flores que podía de entre las espinas.

El pájaro emitió un sonido chirriante, esta vez ya no era un trino.

—Tengo cosas que hacer, cosas de pájaros. No me hagas esperar.

—Sólo un momento, pájaro.

Hizo lo que hacen los pájaros en vez de encogerse de hombros, y se puso a cazar. La rama sobre la que se había posado estaba cargada de flores rojas. Sobre ellas había orugas comiendo, orugas oscuras con puntos anaranjados. Eran muy difíciles de distinguir entre los pinchos puntiagudos, pero él lo lograba, y durante un rato perdió todo su interés en mí mientras se llenaba el buche. La verdad es que era algo digno de ver, su gran cuerpo oscuro acentuado por el arco iris de colores de las plumas primarias, la cola balanceándose mientras subía por los troncos y saltaba de una rama a otra, librando al árbol de los parásitos.

Yo cogía flores, de las blancas. No sabía muy bien por qué, pero de algún modo sabía que eran importantes y poderosas. El aire estaba cargado de su perfume, y ningún insecto las perturbaba. Nada lo hacía. Incluso el pájaro evitaba las cañas colgantes de los arbustos blancos. Arrancaba una flor tras otra, y era consciente de que lograba alcanzarlas entre las espinas únicamente gracias a las marcas curvas y verdes que tenía sobre el brazo derecho. Si un pincho me rozaba, las marcas se levantaban como la armadura azul de mi padre y me protegían de los espinos.

Ya conocéis nuestro arte. Tiene un diseño complicado, interminable y siempre distinto. A veces es puramente abstracto, una serie de círculos, curvas, líneas que se enroscan y retuercen, como los zarcillos de una enredadera sin fin; pero de algún modo parece contener todas las creaciones, desde las estrellas hasta los moluscos. Son diseños cambiantes, que pueden adoptar cualquier forma, representar cualquier ser vivo.

Así eran las marcas sobre mi brazo. Se adaptaban a la forma que necesitaba para protegerme mientras me movía entre los espinos. Al rato, ya tenía la bolsa que había improvisado repleta, y el pájaro regresaba con el buche lleno. Apareció impresionante ante mí, desplegó la cola reluciente, negra, marrón, roja y verde intenso como un precioso abanico, más oscuro por la parte de arriba y como un arco iris por debajo.

—Vamos.

Asentí y lo seguí entre la espesura del bosque, que parecía un laberinto, pues casi no se distinguía ningún sendero. Mientras descendíamos hacia el mar, la lluvia intermitente se convirtió en una molestia constante. Estaba empapada, el vestido me colgaba del cuerpo como un trapo y el agua me bajaba por el cuello y la espalda.

Por el contrario, el pájaro no tenía muchos problemas. Sus plumas estaban recubiertas de algo que me recordaba a las de los patos. Repelían el agua, pero me pareció que hasta él respiró aliviado cuando llegamos a la playa. Tras la cortina de agua, vi en el océano al dragón... esperándome.



Igrane sollozaba, era incapaz de parar.

Merlín no se mostraba demasiado comprensivo con ella. Se paseaba impaciente por la habitación, regañándola.

—Dijiste que habías comprobado que no era más que una mocosa llorona que haría lo que le ordenaras, si se le aplicaba mano dura.

—Y eso creía yo —gemía Igrane—. Nada indicaba lo contrario. No me dio motivos para que pensara otra cosa. Te lo juro. Lo comprobé. —Sus palabras se volvían incoherentes entre tantos lloros.

Arturo entró en la habitación en penumbras.

—Pues parece que vosotros dos estabais equivocados.

Igrane se fue hacia él. Lo rodeó con el brazo y apoyó la cabeza en su pecho, la mejilla pegada a la túnica de seda. Él también la rodeó con el brazo, como si quisiera consolarla, pero la mirada que dedicó a ambos era fría e impenetrable.

—Es mediodía, ¿por qué está a oscuras la habitación?

Merlín soltó una carcajada áspera e impaciente, que más bien parecía un ladrido.

—No creo que tu madre quiera que nadie la vea en ese estado a plena luz del día.

Igrane tenía la respiración entrecortada.

—¡Dios mío! Esa niña horrible podría haberme matado. Podría haberme matado.

—Madre, no creo que ella... —dijo Arturo apartándose de Igrane.

—Mejor cállate. ¿Qué sabes tú de magia? —replicó Igrane con una mezcla de rabia y angustia.

Arturo se apartó aún más, con expresión serena. Un observador imparcial habría dicho que parecía asustado.

—Casi nada —fue su respuesta.

—¡No podíais protegerme! —le gritó, y luego se dirigió a Merlín—. ¡No podíais protegerme! ¿Se puede saber por qué ninguno de los dos hizo nada por ayudarme?

Merlín cometió el error de echarse a reír. Poderosas llamas se elevaron en el hogar del centro de la estancia, y un tronco envuelto en ellas salió volando directo a su cara. Merlín hizo un gesto impaciente, y el tronco se deshizo a medio camino, quedando reducido a un montón de ascuas en el suelo.

—Madre, sólo te quemaste un poco el pelo. Ya volverá a crecer.

—¡Pelo! Pelo. Esto no tiene nada que ver con mi pelo.

—No lo sabe. Enséñaselo —le ordenó Merlín en voz baja.

—¡No! ¡No!

—¡Enséñaselo! —La voz de Merlín, además de haber subido de volumen, era de las que no admiten desobediencia—. Enséñaselo o te dejaré sola con todos tus problemas y tendrás que resolverlos como buenamente puedas.

—No... no puedo —susurró Igrane.

Pero fue corriendo hacia el espejo.

—¡Mira! ¡Mira! Mira mi... deformidad, la causa de mi desesperación.

El espejo empezó a brillar, proyectando sobre el rostro de Igrane una luz blanca muy pálida. Le quedaba muy poco pelo, y ese poco se había vuelto totalmente blanco. Estaba prácticamente desdentada, y tenía las mejillas arrugadas y hundidas. En menos de un día, había pasado de aparentar menos de treinta años a parecer una bruja de por

lo menos setenta. La luz del espejo fue perdiendo intensidad, e Igrane cayó de rodillas entre sollozos.

—¿Ya estás contento, Merlín? Me has humillado delante de mi propio hijo, y...

—Querida, mi amor —le contestó Merlín acercándose a ella.

—¡No te burles de mí! —chilló dolorida, pero dejó que Merlín la levantara tomándola de la mano cuando se agachó a su lado.

—No seas tonta, Igrane. —La voz de Merlín era dura, pero se podía vislumbrar algo de amabilidad en ella—. Jamás te he abandonado, y tampoco lo haré ahora. Esta noche. Esta noche hay luna llena.

Arturo se deslizó entre las cortinas de la puerta. Atravesó el jardín, que seguía llamándose el jardín de Vareen, hasta llegar a la balaustrada de mármol, y se puso a contemplar el mar. Tenía dieciséis años, pero sus ojos podían ser los de un hombre de sesenta. Un criado pasaba por allí y se cruzó un segundo con su enigmática mirada, y al momento apartó la vista. Arturo vio que se alejaba temblando. Muchas veces pasaba eso a quienes lo miraban a los ojos después de que hubiera estado con su madre. «Esta noche —pensó recordando las palabras—. Esta noche hay luna llena». Otro criado se acercaba. El rey de verano se volvió y miró fijamente un punto lejano entre las brumas, donde el horizonte y el mar se juntaban.

«No tengo magia. Merlín tenía razón, hay luna llena». Entonces oyó un repiqueteo, y un grito tan alto que podría haberse oído desde el otro extremo de la fortaleza. El rey de invierno, Uther, había llegado. Sólo llevaba con él unos pocos hombres, los que habían hecho el juramento de lealtad. A pesar de ser pocos, eran un grupo peligroso que valía diez veces su número en el campo de batalla. La guardia personal de su padre había jurado formar un muro de acero y cuerpos a su alrededor, sucediera lo que sucediese; y no abandonar el campo de batalla con vida si él había caído, sino intentar matar a un enemigo más y derramar su sangre sobre la tierra sedienta. Hay hombres que saben desde que nacen que son prescindibles. Uther era uno de esos hombres, y también su guardia, y Arturo. Luchaban para vencer. Pero si no era así, no huían.

Arturo quería a su padre, aunque la frase jamás fuera a salirle de los labios. Así que fue a recibirlo al muelle. Cuando Uther lo vio, lo rodeó con el brazo y le dio un beso. Ningún hombre pronunciaría la palabra «amor» en presencia de otro, pero su parentesco les permitía ese ritual, y ambos disfrutaban con él.

—Te dije que no vinieras aquí solo —le susurró Uther en el oído mientras se abrazaban.

—No tenía más remedio. Ya te lo explicaré más tarde —le contestó Arturo en voz baja.

Uther asintió, confiaba en el criterio de su hijo.

—Además, no estoy solo. Cai y Gawain me acompañan.

En ese momento Cai apareció junto a Arturo, e hizo una reverencia gentil ante Uther. Éste le hizo incorporarse y lo abrazó como había hecho con su hijo.

—¿Y Gawain?

Cai y Arturo intercambiaron una mirada que hablaba por sí sola.

—Está con una mujer —dijo Arturo.

—Ella sigue enviándolas —añadió Cai.

Aquel «ella» no hacía referencia a ninguna mujer, sino al espíritu femenino de la isla que el padre de Gawain gobernaba.

Uther se rió entre dientes.

—Ordenaré que preparen un banquete. Madre está... indispuesta.

Uther parecía divertido.

—Vaaaaayaaaa. ¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré más tarde —dijo Arturo en voz baja.

Uther asintió.

—La gatita que ella y Merlín trataban de domar sacó las uñas.

—¿Ya lo sabías? Hablo de la muchacha. Se llama... Guynifar —dijo Cai.

—Sí. Y alguien lo suficientemente sensato invocó al pueblo de las luces para que la protegiera. Su ascendencia es oscura, dicen algunos. Está maldita. ¿Sigue aquí?

Arturo sacudió la cabeza.

—No, se ha ido. Escapó.

—¿No querían que se fuera?

—No.

Uther silbó entre los dientes.

—Pues entonces debe de tener las uñas muy afiladas. ¿Tú qué piensas de ella, hijo?

—Me gustó mucho. Madre quería arreglarme un acuerdo con ella. Matrimonio no, pero se le ofrecieron tierras y dinero.

Cai se echó a reír.

—¿Significa eso que no aceptó?

—Yo diría que no. Le quemó el peinado a Igrane, envolvió en llamas al mismísimo Merlín e invocó a Torc Trywth —contestó Cai, y para entonces Uther también reía a grandes carcajadas—. Le dieron permiso para que se fuera.

—Ya me lo imagino. Ya me lo imagino. Pero mi hijo... —dijo Uther secándose los ojos, pero entonces vio la expresión sombría de Arturo.

Reconocía esa expresión. El muchacho no tenía ganas de hablar en ese momento. Oh, no. Ya conocía el árbol genealógico de la joven, y todos los que vivían en la costa estaban enterados de las predicciones de los oráculos, y hasta los campesinos más ignorantes hablaban de ello. Las mujeres de la familia de la muchacha (los hombres no eran más que meros complementos de esas féminas supernaturales) nunca auguraban nada bueno a las familias de los hombres con los que se desposaban. Sí, Riona había sido la esposa de un rey secundario en la historia de Irlanda, tan poco importante que Uther ni siquiera recordaba su nombre. Pero aquel hombre era mucho mayor que ella, y llevaba muchos años muerto cuando Riona concibió a su hija.

La buena reputación de una reina no admitía la promiscuidad. Era inconcebible que yaciera con otro hombre. No se sabía nada de aquel que ella había llamado y seducido para dar a luz a esa hija bastarda. Se dice que cuando Dugald vio a la criatura fue un golpe tan duro para él que estuvo inconsciente durante media hora. Aunque no dudaba que la historia se hubiera ido exagerando con el tiempo, la idea de que aquel bebé se convirtiera en su nuera desconcertaba a Uther.

Arturo estaba anunciando a los hombres de Uther el banquete de bienvenida. Los vítores se oían por todas partes, y el rey de invierno se vio arrastrado hacia la escalera que conducía a la ciudadela.



El banquete se acabó convirtiendo en la francachela alcohólica que Uther se había temido. Las luchas entre los terratenientes de Anglia estallaban sin cesar, y los sajones se habían unido a ellos. Dios santo, aquello había propiciado todo tipo de pillajes. Habían estado allí los últimos tres meses, luchando. Las condiciones en la costa eran miserables. Los piratas habían aprovechado el caos reinante para asaltar las poblaciones de la zona, y entonces los señores del interior habían perseguido a los piratas para ahorcarlos. No sabía muy bien si había logrado sofocar las revueltas, o más bien habían sido la peste y las hambrunas las que habían acabado con las ganas de matarse entre sí de los participantes de los levantamientos. Y ahora esta nueva preocupación. Una mujer de... no, su reputación no era cuestionable, sino alarmante. Alguien echó más ramas verdes al fuego y los vítores comenzaron de nuevo.

La habitación fue quedándose en penumbra a medida que se extinguía el fuego. El hombre que había llevado las hierbas se tambaleaba apoyado en la mesa. Increíble... todavía podía caminar. Uther estaba seguro de que la mayoría de ellos estaban completamente paralizados por culpa del hidromiel y el vapor que salía del hogar. Por lo menos la tercera parte de sus hombres eran sajones, y todos era adictos a aquella sustancia. En Anglia no habían tenido muchas oportunidades de divertirse, así que aprovecharían esa noche al límite.

Marihuana era como la llamaban, y la quemaban en las saunas, sobre todo la resina de aquel hierbajo y sus rudimentarias flores. El efecto que sobre él tenía era que sintiera una legión de insectos sobre la piel, y además le provocaba diarrea. Como tenía que quedarse hasta que el último hombre se retirara, estaba decidido a no llegar a respirar la dosis letal de aquel humo repugnante, para que no se produjeran las reacciones de costumbre. Dios les asista, aquélla era su idea de la diversión, y les deseaba que disfrutaran del banquete. Se lo merecían después de haber pasado los últimos dos meses en aquel infierno.

Miró a Arturo. Parecía que a su hijo tampoco le gustaba la bebida, pues apenas la había probado, y había pasado la mayor parte de la cena hablando con Cai. A Uther le habría gustado poder abordar al muchacho y oír su propia versión de toda aquella

historia. Pero era muy reservado con sus asuntos y Uther sabía por qué.

Dios, ¿tenía que pagar el muchacho por sus pecados? Cuando el marido de Igrane se había rebelado contra él, había aceptado el matrimonio como el precio que tenía que pagar por su traición a Gerlos. Ahora la detestaba y tampoco confiaba en su amante, Merlín; en ese punto la historia volvía a repetirse, con Merlín era presa de su propia trampa. Si el druida no lo hubiera apoyado cuando sucedió a su padre, no sabía si habría podido convencer a los nobles romanizados del sur de que lo aceptaran. Como fue así, se vio obligado a acabar con Gerlos en Dumnonia y robarle a su esposa. ¡Cristo! Se estaba mareando con el humo.

Después había dado en adopción al pequeño a la familia de Cai, de su misma tierra. Morgana vivía cerca del mar. Había tenido que arrebatarse el niño a la fuerza a Igrane para poder llevarlo con Morgana. Él no era de los que pegan a las mujeres, pero aquel día había sido una pesadilla que lo acompañaría el resto de su vida. Estaba seguro de que Merlín era el responsable, el responsable de los sueños. Había roto la nariz y la mandíbula a Igrane, y sin duda, ahora ella tenía un gran interés personal muy cruel. Así que soportó la tortura de sus pesadillas recurrentes con resignación.

Dios Todopoderoso, de todos modos había merecido la pena. Merlín consiguió convertirse en el tutor del muchacho, pero siempre bajo la mirada atenta de Morgana, y el pueblo de su hermana nunca le había fallado. Sonrió con tristeza al recordar lo que se contaba de las mujeres de aquella familia. Unos cuantos desertores de la legión en Isca Silurum y forajidos armados invadieron su bastión. Pensaron que sería tarea fácil, pues los hombres estaban fuera. Pero las mujeres, aquellas mujeres, hicieron de cada hombre un trofeo, y ahora sus cabezas se balanceaban colgadas de las vigas de las casas. Le habían enseñado unas cuantas en su última visita, y también lo que quedaba de la impedimenta de los legionarios.

Morgana era una sacerdotisa de la diosa de la guerra, cuyo nombre ostentaba. Desde el niño más pequeño al hombre o mujer más anciano, vivían de la agricultura y se dedicaban a la guerra. No lo habían hecho nada mal con Arturo. Uther se había llevado al niño con él cuando fue a luchar contra unos forajidos en venta Icenorum. Los piratas habían desembarcado, masacrado al pueblo y quemado la villa, y se dedicaban a saquear las villas agrícolas vecinas. Él y su guardia personal habían ido a echarlos de allí, el deber de todo rey. El efecto sorpresa se echó a perder cuando uno de los vigías de los piratas escapó a la flecha de su arquero, y pudieron concentrarse en la pradera que había al otro lado de la villa.

Uther no había visto el cauce seco del río a tiempo, porque estaba cubierto con hierba espesa. El suelo era blando como la mantequilla, y su caballo se hundió hasta los espolones. Salió volando por encima de la silla de montar, como si fuera un novato, dando volteretas, y fue a parar a los pies de sus enemigos. No se podía mover, y se le pasó por la cabeza que no quería dejar sin padre a un niño tan pequeño..., cuando un caballo saltó por encima de él y su montura cayó. Aterrizó delante de los corta-cabezas que se peleaban por atravesarle la garganta, y su hijo se convirtió en

una máquina de matar ante sus propios ojos.

Como el primero de los forajidos estaba demasiado cerca para darle una estocada limpia, Arturo se vio obligado a improvisar. Cortó la cabeza al caballo, y el animal cayó, tirando con él a su jinete. Girando la espada, Arturo le cortó el cuello. El hombre de la izquierda de Uther, que quedaba a la derecha de Arturo, blandía un hacha de guerra. Arturo tiró de las riendas y el caballo se levantó sobre sus patas traseras, con los cascos levantados hacia el cielo, y el hacha erró el golpe. Arturo atravesó la garganta del hombre con su espada, y el filo salió por la parte de detrás de su yelmo de piel.

Aunque seguía en el suelo, contando los segundos de vida que le quedaban, Uther no pudo dejar de admirar la fuerza en la muñeca y en el brazo necesaria para manejar la espada y cortar la cabeza del último guerrero con un corte tan limpio. «Demasiados», pensó Uther. El muchacho era increíble, pero eran demasiados hombres, pues más piratas lo presionaban desde todos los flancos. Pero entonces llegaron Cai y Gawain, y Uther se dio cuenta de que como heredero forzoso, Arturo tenía hombres que le habían jurado lealtad. Cai llevaba una maza, con la cabeza recubierta de plomo y largas púas. Era necesaria la fuerza de un oso para levantarla, pero Cai formaba parte de la orden del Oso, el grupo de guerreros de su *tuath*; y Uther sabía, pues Morgana se lo había dicho, que con toda seguridad ya se había iniciado en el selecto grupo de hombres y mujeres del Oso.

Uther se había hecho un esguince en la muñeca, se había retorcido la rodilla, había perdido dos dientes y roto uno de los huesos de la mandíbula superior; sin embargo no opinaba que estuviera gravemente herido, y estaba consciente cuando Arturo, Cai y Gawain lo alejaron del campo de batalla. El médico le dio opio para arrancarle la raíz de uno de los dientes, pues del otro no quedaba más que el lugar que había ocupado. El dolor de la mandíbula rota y la molestia adicional de haberse sacado la raíz no le dejaban dormir, y entonces comenzaron los gritos. Despertó a Cai, que compartía con él la tienda.

—¿Qué es eso?

Cai se sacudió la melena negra y espesa con una mano.

—Los prisioneros. Yo quería ahorcarlos, pero Arturo vio lo que habían hecho en el pueblo y se los entregó a sus gentes. La mayoría eran mujeres.

Al otro lado del catre de Cai, Arturo dormía el sueño de los justos. El ruido no le molestaba.

El opio debía de haber surtido efecto, porque cuando Uther volvió a despertarse al amanecer se sentía con fuerzas para montar. Una vez en los caballos, pasaron por la iglesia. La iglesia era de ésas con planta de cruz y muros de piedra. Tenía cuatro puertas. En cada puerta había una piel fresca clavada. Eran pieles humanas.

Uther alzó la vista de la copa. Dios, aquel maldito humo. Apenas podía ver, los ojos le lloraban sin parar. Escudriñó el banco de Arturo y Cai y vio que se habían ido. Más de la mitad de los hombres estaban tendidos sobre los bancos o tirados en el

suelo.

Uther dio un suspiro de satisfacción. «Dios. La idea de una cama caliente, suave, limpia y cómoda es más deliciosa que el vino, una mujer o incluso oro, o el trono del poder, todo lo que ansiaba tanto en mi juventud», pensó. Con el cuerpo entumecido, se levantó con dificultad. Media docena de sus hombres, que seguían sobrios, lo acompañaron. Era su rey y jamás debía quedarse solo. Compartían su habitación, velaban su sueño. Cuando llegaron a aquella estancia, lo único que quería era la cama. Los ruidos de sus hombres acomodándose para pasar la noche lo acompañaron mientras se adormecía.



A veces, mucho antes del amanecer, se despertaba con el olor y el sonido del mar. La marea estaba bajando, lo sabía por el sonido de las olas. Había alguien en la habitación.

Durante toda su vida, dormido o despierto, siempre había tenido a pocos milímetros el hacha que Morgana le había dado cuando tenía doce años y se afeitó por primera vez. Era una buena hacha, de cuarenta milímetros de largo. El grueso filo estaba más afilado en la zona más ancha del hacha. Esto hacía que el filo no se rompiese ni se torciese, se enfrentara a lo que se enfrentase. De esta forma la hoja penetraba fácil y rápidamente. En la parte posterior, una parte de la hoja estaba afilada en forma de sierra. Era muy doloroso, difícil y mortífero si se intentaba sacar una vez clavada en la carne.

La empuñadura no tenía nada especial, era de metal y estaba recubierta de piel, para poderla coger con firmeza. El guardamano era largo y estrecho, ligero, pero protegía muy bien los dedos. La metía debajo de la almohada, y el mundo siempre parecía mejor cuando su mano encontraba la empuñadura.

¿Quién diablos habría conseguido pasar entre la guardia? ¿Y cómo demonios lo habría hecho? Uther no dudó ni un segundo que el visitante se trataba de «él». Igrane no se le acercaba desde hacía años, y sólo se admitía a otras mujeres si se las había llamado antes, y últimamente cada vez hacía menos esos llamamientos.

La única luz que alumbraba la habitación venía de un hogar que había en una esquina, y sobre él un agujero de ventilación dejaba pasar la luz de la luna. Una luz plateada y muy tenue alumbraba las ascuas. La sombra se le acercó, y bajo la débil luz distinguió el rostro de su hijo. A Uther le atravesó una profunda tristeza, pero si Arturo quería arrebatarse la vida, así sería. ¿No está la vida de un rey siempre sometida a los deseos de los dioses? Pero el muchacho no iba armado. En realidad sí llevaba armas, pero muy pocas, como si saliese de viaje o a cazar. Lo único que llevaba en las manos era un candil de arcilla. Lo sostenía con una mano, y con la otra lo protegía.

Cuando se encontró con la mirada de su padre, le sonrió y se puso el dedo sobre

los labios, pidiéndole que no hiciese ruido.

Uther le devolvió la sonrisa de complicidad sin darse cuenta. Se deslizó fuera de la cama y siguió a su hijo en silencio. Salieron de la habitación y llegaron hasta la escalera. Allí les esperaba Cai, vestido de oscuro, con ropas que no llamaron la atención del rey.

—Se trata de una mujer...

—Una especie de mujer. Estamos espionando a Igrane y a Merlín —dijo Cai.

—Increíble. Nunca pude descubrir nada de su relación.

—Tenemos un informador —dijo Cai.

—Callaos —les interrumpió Arturo.

Se arrodilló ante Uther, y éste se quedó sorprendido, hasta que se dio cuenta de que se estaba atando las polainas.

—Podemos explicártelo por el camino —dijo y bajaron rápidamente los escalones.

Arturo y Cai iban a pie, ofrecieron un caballo a Uther, pero éste lo rechazó.

—Fui miembro de la familia de Morgana —les dijo en voz baja—. Y soy un buen caminante. Puedo seguirlos el ritmo sin ningún problema.

Y lo logró, aunque sabía que los dos jóvenes podrían haber avanzado aún más deprisa. Adecuaron su paso al de Uther, para que no se sintiera incómodo. No hicieron más que una parada, cuando Uther no quiso continuar porque había descubierto adónde iban.

—Ese lugar no tiene buena fama, y, además, el mar lo reclama.

—Ya lo sabemos —respondió Arturo—, ¿creías que iban a escoger un lugar agradable y sagrado para practicar su magia negra?

Cai apoyó sus palabras con un gruñido.

Sobre ellos, las nubes se desplazaban veloces, rozando la luna llena. Todo se iluminaba alrededor como si fuera de día, excepto por las sombras pesadas y aterciopeladas, y después se oscurecía, como la última luz que captan los ojos de un moribundo. Arturo y Cai caminaban cada vez más despacio, a medida que se acercaban a la costa.

—¿Habrán empezado ya? —preguntó Arturo a su hermano adoptivo.

—Según Ena, no. Esperarán a que se despeje el cielo, pues si no, no podrán hacer nada. Necesitan la luz de la luna.

Cuando llegaron a la cala, el cielo, bruñido por la brisa marina, empezaba a despejarse. Se ocultaron en el cerro desde el que se dominaban los dos cabos gemelos. Uther no pudo evitar estremecerse de miedo al mirar hacia abajo. La cala le recordó a unos muslos de mujer, y entre ellos nacía un manantial. El cerro en el que se ocultaban podía ser el pecho en el que se protegían.

—Aquí no hay nadie —susurró Uther—. No puedo creer que haya dejado mi cama caliente por esta aventura de niños.

—Claro que están aquí —le contestó Cai—. Señor, el humo de los sajones ha

afectado a tu olfato, pero yo los puedo oler.

La vegetación era exuberante, incluso cerca del mar. Había espesos matorrales, acebo y espinos, juncos y aneas en las partes más húmedas. En las zonas que alcanzaba la marea alta crecía el hinojo de mar. Cuando el cielo empezó a clarear, algo que Uther había tomado por una roca se quitó la capa y se metió en la charca que formaba el manantial. Era Merlín. Al principio Uther pensó que estaba desnudo, pero sólo era así de cintura para arriba. Llevaba una guirnalda de ortigas en la cabeza y una piel de ciervo a la cintura sujeta con un cinturón de oro.

—Traedlos —ordenó.

Otras dos figuras envueltas en una capa salieron de las sombras. Uther reconoció a una de ellas. Era Vivian, o la Vivian, una de las Vivians dedicada a ser el «consuelo» del hechicero más importante. El matrimonio le estaba prohibido. No estaba permitido que tuviera descendencia, pero se tenían en cuenta sus necesidades. De ahí la figura de las Vivians. Ella llevaba a alguien atado a una cadena, una sombra que cayó de rodillas ante Merlín.

«¿Igrane? —se preguntó Uther—. No, porque Merlín se está riendo de ella».

—¿Qué? ¿Vergonzoso? ¿A estas alturas? Desnúdale —ordenó Merlín a la Vivian.

Obedeció y bajo la capa oscura apareció un hombre joven que Uther identificó como uno de los guardias personales de Merlín. Estaba temblando.

—No quiero morir —dijo entre sollozos.

—Es natural, nadie quiere; pero no tengas tanto miedo, porque no tiene sentido. Ya hemos hecho esto más veces y no te has muerto, ¿verdad? —le respondió Merlín casi con dulzura.

—No, no, pero estuve a punto.

Merlín se echó a reír.

—No, ni siquiera estuvo cerca.

En ese momento la brisa empezó a soplar con más fuerza, las últimas nubes se alejaron de la luna y la escena se iluminó con gran claridad. El joven arrodillado estaba desnudo. La Vivian le había llevado sujeto por una cadena atada a un enorme anillo en el pene. Era tan grande que hacía imposible cualquier relación sexual normal. Merlín dio una bofetada al muchacho.

—Ya veo que estás muerto de miedo. Si no quieres participar en el rito, puedo encontrar a otro. Si quieres volver a casa, no tienes más que decirlo. Pero pasará bastante tiempo hasta que vuelva a visitarte de nuevo.

—No, no —decía el joven entre lloriqueos—. No. Quiero... quiero sentir... eso... otra vez.

—Entonces no hay problema. Acepta los riesgos y prepárate para mostrar total sumisión ante mis órdenes. Recuerda que no aceptaré más que plena obediencia.

—Sí, sí... mi señor.

—Venga, tiene que sonar un poco más convincente —insistió Merlín.

—Sí, mi señor.

—Muy bien. Túmbate sobre la piedra mirando al mar. Vivian, átale con las tiras de seda, por favor. No queremos que quede ninguna magulladura, ¿verdad?

Vivian ató al joven, y se tomó su tarea tan a conciencia que un par de veces el muchacho se quejó por lo fuerte que hacía los nudos.

—Vamos, cállate; si no, te daré motivos de verdad para que gimotees.

A partir de ese momento, la víctima no emitió ningún sonido más.

Entonces apareció Igrane.

«¿Estaba escondida?», se preguntaba Uther, pues un instante antes sólo estaban en la playa Merlín, Vivian y el joven, y ahora los acompañaba Igrane envuelta en un manto negro. Le cubría todo el cuerpo excepto la cabeza, y Uther notó lo que había envejecido. El poco pelo que le quedaba era completamente blanco, y tenía el rostro surcado de arrugas. No pudo evitar dar un grito ahogado de sorpresa. Miró a Arturo y éste le respondió con aquella expresión fría y opaca que conocía tan bien, acompañada de una extraña sonrisa.

—Ya lo sabías.

Arturo asintió.

Merlín se arrodilló sobre la piedra, detrás de su víctima, y empezó a acariciarlo. El joven se estremecía en un éxtasis de placer. La luna brillaba, y el mar resplandecía como plata antigua. El muchacho suplicaba la liberación final, pero Merlín simplemente reía. La erección del joven era tan tensa que parecía dolorosa. El hechicero ponía mucha atención en no tocar los genitales, parecía esperar algo. Dio un azote suave al muchacho y se alejó en dirección a la charca donde lo aguardaba su Vivian. El joven gemía de dolor. Mirándolo, los tres observadores del cerro no dudaban de que estaba sufriendo. Uther nunca antes había visto a un hombre tan excitado. Tenía el miembro tan grande como el de un caballo.

Por el contrario, Merlín parecía cansado, como si nada de lo que estaba ocurriendo le interesara demasiado. Tenía un aire preocupado y como de estar desempeñando una obligación, como una prostituta cuyo cliente está loco de deseo pero necesita un trato especial para eyacular. El joven siguió sufriendo un tiempo, pero se veía claramente que su deseo empezaba a disminuir. Merlín bebió un trago de una copa que la Vivian le ofrecía y después volvió a su ocupación.

Esta vez el tormento fue aún más cruel. El joven se rindió a la desesperación y el caos. Se agitaba con tanta fuerza que empezó a sangrar por las muñecas y los tobillos, donde las tiras de seda le apretaban. Esta vez Merlín resopló lleno de satisfacción.

Cai se arrastró pegado al suelo y le susurró a Uther en el oído:

—Mira el manantial.

Cuando lo hizo la piel se le puso de gallina. Antes no salía más que un hilo de agua, apenas visible la humedad brillante sobre la arena. Ahora la corriente era constante. El hechicero volvió a detenerse un momento y bebió un trago, sin hacer caso de las sacudidas cada vez más violentas de su muñeco. Volvió a dejar que disminuyera la tumescencia del muchacho antes de empezar a golpearlo otra vez.

Esta vez su esclavo comenzó a gritar.

El hechicero se enfadó. Ninguno de los observadores del cerro vio lo que hizo, pero algo hizo, porque los gritos se dejaron de oír. Más tarde, cuando el hechicero se alejó, pudieron ver por qué. El extremo de las tiras de seda que ataban al cautivo estaban alrededor de su garganta; y, mientras lo miraban, el hechicero las apretaba cada vez más, hasta que el cuerpo del joven se curvó como un arco, las muñecas y los talones unidos sobre la espalda. Y mientras lo hacía, el cuerpo se sacudía en espasmos de lo que parecía un placer inimaginable y el peor de los dolores.

Merlín volvió a reírse.

Uther experimentó horror, asco y admiración al ser testigo de un proceso consumado con tal perfección. El joven se había reducido al flujo incontrolable de sensaciones que el hechicero quería que sintiera. Una pequeña muerte. ¿Qué quedaría o podría quedar de un ser humano después de tal experiencia? El placer abandonó el cuerpo del muchacho después de saber cuántos espasmos. El agua del manantial salía a borbotones, como una mujer en la agonía de la pasión o el esfuerzo de dar a luz. El esperma del muchacho se mezcló con el agua que bullía. Ya había terminado. Su muerte estaba en manos de Merlín.

Cortó la seda que sujetaba las muñecas y los tobillos del muchacho contra el cuello e hizo rodar su cuerpo, que acabó bocabajo, con el rostro sobre el agua. Después de por lo menos medio minuto, el joven empezó a notar la falta de oxígeno. Unos segundos después, empezó a revolverse intentando soltarse de Merlín, que lo sujetaba por el pelo. Pero éste se arrodilló sobre su espalda y le impedía moverse. Cuando parecía que se recuperaba, Merlín volvía a sumergirle la cabeza en el agua, para seguidamente sacarla y sujetarle la cabeza hacia atrás.

Hasta el cerro llegaban los gritos roncacos del joven e incluso la respiración entrecortada.

—Ves, estás vivo. ¿Te habías dado cuenta?

—Sí, sí. Dejad que me levante, por favor, os lo suplico, dejad que me levante.

—Ahora mismo.

Tiró más de la cabeza hacia atrás, y desde el cerro pudieron verle el rostro. En ese momento, con un movimiento del cuchillo que había utilizado para cortar las ligaduras, Merlín le cortó el cuello. Casi lo decapita, y la cabeza y el tronco flotaban mientras los últimos latidos del corazón impulsaban la sangre fuera del cuerpo, mezclada con el riachuelo, que formaba remolinos, convertido en una vorágine.

Entonces ella surgió del agua, humo y coágulos oscuros de sangre. Se acercó a Merlín, ahora le había llegado a él el momento de gritar. Besó al hechicero, y Uther se cubrió la cabeza con los brazos mientras se apretaba contra el suelo. No quería imaginarse a lo que sabrían sus besos, y no quería ver nada más. Su cuerpo parecía de agua, cubierto con las luces que titilan en las mareas de invierno. Su cabello eran serpientes, que se retorcían cayéndole por el cuello y alrededor del rostro, silbando y atacando en todas direcciones. Pero lo más terrorífico era su rostro, el rostro de un

ahogado: hinchado, abotargado, sin labios ni nariz.

Uther empezó a murmurar una oración, cuando por sorpresa una mano le tapó la boca.

—Seguramente es una hechicera y te oírás si pronuncias un nombre santo —dijo Cai.

—Tenemos que marcharnos. ¿Lo lograremos? —preguntó Arturo fríamente.

—Espera, sólo un momento —susurró Cai.

De repente parecía que la aparición se derretía, fundiéndose con el cuerpo de Merlín. Igrane empezó a chillar cuando se volvió hacia ella. Ya no quedaba rastro de Merlín, sino un conjunto de cosas que la marea había llevado hasta la costa (redes, tablas, restos de botes, tiras de telas retorcidas y podridas, y algas), pero las serpientes seguían allí. Se retorcían, y llegaban hasta el suelo. Uther vio horrorizado cómo envolvían a Igrane y la picaban una y otra vez.

La aplastaron contra el manantial, entre las aguas oscuras, cerca de los restos del sacrificio que Merlín había ofrecido. La cabeza descansaba a un lado del manantial, que aún borbotaba, el cuerpo al otro. Un escalofrío mortal sacudió a Igrane, y Uther supo que de alguna manera aquella cosa había logrado entrar en su cuerpo.

—Ahora —susurró Cai.

Los tres gatearon lo más rápido que pudieron, hasta que se alejaron lo suficiente para levantarse. Sólo después de haber recorrido varios kilómetros, Uther se dio cuenta de que había dejado atrás a los dos jóvenes.



Cuando cruzaron la puerta, lo primero que hizo fue pegar una bofetada a Cai.

—Tú, tú, canalla sin corazón —chilló la joven—. Pensaba que te habías ido y me habías abandonado aquí con ella, esa bruja asquerosa, que eso es lo que es. —Entonces se dio la vuelta y vio a Arturo y al rey.

Se puso tan pálida como si hubiera visto un fantasma, y cayó de rodillas.

—Oh, Dios mío, Cristo, por todos los santos... oh, Dios, no se me ocurre ni uno solo. Dios Todopoderoso... y tú, rata, ¿cómo me has dejado decir esas cosas delante de su esposo y su hijo? —acabó dirigiéndose a Cai.

—Nosotros no hemos oído nada, ¿verdad, hijo? —dijo Uther. Arturo lo miró y respondió.

—¿Oír qué?

Cai hizo levantarse a la muchacha.

—Ésta es... Ena.

La cogía por la muñeca izquierda, y ella se dispuso a darle otra bofetada con la derecha.

—Ya está bien, te tendrás que conformar con una —dijo Cai. Ella lo miró amenazadora.

—¿Y, si no, qué harás? —le espetó.

Entonces se soltó y se alejó ofendida, hacia el otro extremo de la habitación.

—Está bien, está bien, no te volveré a pegar. Además, tu madre crió a un hijo bien raro. Sólo consigo que me duela a mí la mano.

—Háblales de la reina, Ena —la provocó Cai.

—Es joven. Lo juro, ahora parece más joven que yo. Le ha vuelto a crecer el pelo, le llega hasta la cintura, y... y... quiero irme a casa.

—Tu familia te maltratará. Vete con mi abuela. —Cai se dirigió entonces a Uther—. La he dejado embarazada. Ya habíamos llegado a un buen acuerdo, pero es sajona.

—Y ellos no entienden nada de nada —le interrumpió Ena—. Dirán que soy una mujerzuela.

—Vete con Morgana —insistió Cai—. Ella sí lo entenderá y cuidará de ti.

Ella dio una patada en el suelo y gritó:

—¿Qué?! ¿Dejarme al cuidado de esas malditas mujeres de tu pueblo que montan a un hombre tan rápido como a un caballo, y llevan las riendas de los dos con la misma facilidad?

—Morgana no encontraría demasiado halagadora esa descripción —terció Uther suavemente.

Ena se tapó la boca con una mano.

—Oh, Dios mío —salieron las palabras entre los dedos—. Tú... ¿cómo me dejas decir todas esas cosas dónde y cuándo no debo?

—El problema no consiste en ordenar tu discurso, sino en lograr que te calles en un primer momento —le respondió Cai.

Arturo habló con tranquilidad.

—Los sajones no entienden nuestros acuerdos caseros, eso es cierto; pero Cai es mi mejor amigo y un buen partido en cualquier parte del reino, Ena. Tu familia no tendría que disgustarse. Creo que te gustaría Morgana, y me parece que a ella no le molestaría tanto esa descripción que le has dedicado.

—Sobre todo porque contiene una gran parte de verdad —se atrevió a añadir Uther con habilidad.

Ahora Ena sollozaba. Cai cruzó la habitación y la abrazó.

—Sí, ven con nosotros. Vamos a volver allí.

—La reina, ¿cómo ha podido volver a rejuvenecer? —Ena parecía desesperada y asustada al mismo tiempo—. ¿Qué fue lo que viste anoche? ¿Qué hicieron ella y Merlín?

Arturo, Cai y Uther se miraron.

—No te preocupes por eso —dijo Uther, convirtiéndose de repente en el imponente rey de invierno—. Cai, acompáñala a las dependencias de los criados y ayúdala a recoger sus cosas. No la dejes sola, ni ahora ni en todo el tiempo que tardemos en alejarnos lo más posible de Tintagel.

—¿Padre? —preguntó Arturo.

Uther apoyó la mano en su hombro. Algo que le rondaba los límites de la conciencia desde la noche anterior se le acababa de presentar con toda claridad. Entendió por qué Arturo pudo entrar tan silenciosamente en su habitación. Sus hombres eran muy eficientes. Nadie antes había logrado acercársele sigilosamente mientras dormía. La única razón de que Arturo lo consiguiera fue que algún observador creyó que la intención de Arturo era asesinar a su padre. Así que un amable y sutil hechizo le había allanado el camino. La fortaleza debía de estar vigilada por miles de ojos y oídos de Merlín.

—Anoche no fue el final, sino el comienzo, y no quiero que nadie a quien yo quiera o que me haya servido quede a merced de la reina una vez que me haya ido.

Ella se quedó boquiabierta.

—Ni una palabra más, muchacha. Mantén la boca cerrada y haz lo que digo. Salimos dentro de una hora.

Cai le hizo darse la vuelta y salió de la habitación tras ella.

—Arturo —repitió el rey—, haz lo que digo y hazlo ahora mismo.

Arturo hizo una reverencia y después se marchó.

Uther era medio hermano de Morgana, así que su sangre era menos espesa, pero contenía suficiente dosis del poderoso don de la profecía para darse cuenta de que Igrane y el hechicero negro planeaban algo. Algo muy importante. El sacrificio de la noche anterior le había revelado que estaban listos para utilizar los medios más tenebrosos con tal de alcanzar sus objetivos. Uther sabía que debían irse ya, antes de que oscureciera, mientras las dos serpientes permaneciesen inactivas, o, si no, jamás tendrían otra oportunidad.



Arturo se dirigió a sus habitaciones. La estancia era muy austera, y viéndola nadie habría dicho que pertenecía a un rey. Aunque sólo fuera por cortesía, el rey de invierno tenía el poder supremo, y el rey de verano estaba asociado a él. Se había llevado muy pocas cosas a la fortaleza cuando se mudó allí. Tenía algunas ropas lujosas, porque un rey siempre tiene que aparecer magnífico ante sus súbditos. Pero el resto de los objetos que se veían en la habitación eran sus armas: arcos y lanzas de jabalí para la caza cubrían los muros, una maza como la de Cai (también para manejar ésta se necesitaba la fuerza de un oso), unas cuantas picas y dos valiosísimas espadas antiguas.

Se detuvo. Por un momento, se sintió extraño. Después entendió por qué.

Estaba solo.

Son raras las veces que las personas se quedan solas. Y los hombres de su rango, casi nunca. La guardia personal de su padre siempre estaba en su campo de visión, aunque a veces no pudiera llegar a oírlos. Sus vidas dependían de Uther, habían

jurado luchar a su lado en el campo de batalla, morir uno a uno antes que dejar que el rey cayera. Y caerían heridos por una flecha o una lanza, pero morirían antes que regresar del campo de batalla sin él.

Cai y Gawain habían hecho una promesa similar a Arturo cuando éste fue coronado rey de verano. ¿Por qué no estaban allí? Cai estaba con Ena, su padre se lo había ordenado; sin embargo, Gawain o uno de los guardaespaldas de su padre deberían haberlo acompañado a sus habitaciones.

«¡Da la vuelta y corre!», le advertía algo en su interior.

«¡Corre!».

No. Se negaba a caer presa del terror en sus propios aposentos.

Pero se daría prisa. Únicamente cogería las dos espadas, una la llevaría en el cinto y la otra, la más larga, cruzada a la espalda. Cogió el cinto de la más corta para ponérselo.

Algo le picó ferozmente, una picadura muy dolorosa. Volvió la cabeza y miró hacia el suelo. La serpiente estaba herida, pero todavía tenía fuerzas para atacar. Le clavó los colmillos en el dorso de la mano hasta las encías. Arturo sacó su cuchillo. Tenía una oportunidad, si el veneno todavía no se le había metido en la carne, podía clavar el cuchillo en el paladar de la serpiente y tirar hacia arriba, y así liberarse antes de recibir la dosis mortal. Pero mientras desenfundaba el filo se dio cuenta de que aquél no era un animal normal. Una serpiente puede ser un ser aterrador, pero, al fin y al cabo, es una criatura de Dios. Pero aquélla no. Tenía su pelo y su maldad, era una mensajera de la oscuridad. Vio manar la sangre donde antes había estado la cabeza del animal.

El veneno había empezado a paralizarlo, pero estaba dispuesto a luchar hasta el final. Intentó defenderse con el cuchillo, pero no podía mover el brazo, y de repente se encontró con los ojos de Merlín. Éste lucía una extraña sonrisa.

Entonces, mientras lo observaba, Merlín presionó la cabeza de la serpiente con un dedo hasta que el resto del veneno se le introdujo en el cuerpo.

Y eso fue lo último que el rey de verano vio o sintió por mucho tiempo.



Uther y sus hombres esperaron sólo el tiempo justo para que Arturo y el resto se unieran a ellos. Cai llegó el primero, acompañado de Ena, que todavía rezongaba. El rey partió tan pronto como les vio cruzar el camino elevado que conducía a la costa. Siempre lo seguían de cerca media docena de sus hombres. El resto los siguió, serpenteando por el camino a través del bosque con Arturo, Gawain y Cai a la cola.

El rey marcaba un ritmo muy rápido, casi imposible de seguir por aquel sendero angosto y enlodado. El cielo estaba cubierto, y de vez en cuando una llovizna caía sobre el grupo.

Arturo permanecía callado. Gawain tampoco hablaba y lucía una gran sonrisa.

«Debía de ser especialmente guapa», pensó Cai.

Gawain tenía veintitrés años y cuatro hijos bastardos que él supiera. Casado o no, estaba comenzando a formar una gran familia. Su padre, de las Islas Ouster, estaba enormemente orgulloso de su hijo, igual que su madre. Su pueblo raras veces llegaba a acuerdos matrimoniales. La mayoría de ellos eran marinos. El matrimonio no era más que un estorbo para aquel pueblo atrevido. No se puede esperar de hombres y mujeres que se pasan separados largos períodos de tiempo que sean cónyuges tan devotos como aquellos que pasan día y noche juntos. El rey Lot había estado casado con una de sus tías durante diecisiete años, pero en ese tiempo dudaba de que hubieran llegado a pasar seis meses juntos.

Gawain había sido concebido tras la visita de seis meses de su madre a la Isla de las Mujeres, un lugar realmente extraño. La mayor de las sacerdotisas, la Scathatch, había dicho a Morguse que tendría un hijo de la Reina de la Luz. Ésta, al igual que Dis Pater, el Señor de los Muertos, a veces dedicaba sus atenciones a otras criaturas. Y en esta ocasión, un pigargo vocinglero gigante había alzado a Morguse hasta lo alto de un risco y el apareamiento había tenido lugar en el aire, entre las nubes, sobre el océano.

Cai no sabía qué pensar de esa historia. Cuando le preguntó a su abuela Morgana, ésta le respondió con un bonito poema sobre una doncella alzada por los cielos por un pájaro como ése, y la culminación de su pasión mientras flotaban entre el cielo y la tierra, las nubes y el mar.

Cuando se está lo suficientemente alto, uno no se cae, sino que vuela, y el deseo nubla cualquier emoción que no sea la dulce inquietud de un cuerpo enredado en otro. En el poema, el pájaro llevaba en sus entrañas una lanceta de los colores brillantes del arco iris, y el miedo de la mujer se iba transformando en un éxtasis cautivador mientras se unían, un éxtasis que latía cada vez más hasta que la reina casi muere a causa del fuego divino del pájaro que consumía su cuerpo. La depositó, saciada y débil, sobre la hierba aterciopelada que crecía junto a un manantial, en el corazón de la Isla de las Mujeres.

Su marido acudió de inmediato, y la ciudadela del útero en llamas recibió su arcilla mortal, y el niño fue traído desde la nada hasta la existencia. Nueve meses después, nació Gawain.

Las mujeres iban hacia él como los gatos a la nébeda. Se retorcían ante él como leonas en celo, y absorbían su vitalidad, vigor y virilidad como la tierra absorbe la lluvia tras una larga sequía. Lo adoraban desde lejos y desde cerca, del derecho y del revés, de día y de noche. Él recibía a todas sus visitas con gran cortesía y un excelente buen humor.

Y frecuentemente un Cai consumido por los celos odiaba el aire que respiraba y el suelo que pisaba. Pero Gawain era tan afable, amable y bueno en todo lo que hacía, que nadie (por supuesto, tampoco ninguna de sus numerosas amantes) lograba permanecer enfadado con él demasiado tiempo.

Así que se le perdonaban cosas por las que otros hombres pagarían con la vida al momento. Caminaba bajo la belleza dorada de la protección de la diosa.

Ena estaba asustada, e interrumpía constantemente los pensamientos de Cai con preguntas quejumbrosas: «¿Adónde vamos?», «¿Por qué vamos tan rápido?», «No sé si podré seguir», «¿Cuándo llegaremos?», «¿No vamos a ir más despacio?», «¿Por qué no me contestas?».

Cai se echó a reír.

—Demasiadas cosas a la vez. Escoge sólo una.

—Oh, Dios mío, los britanos sois terribles. Nunca consigo una respuesta clara de vosotros. Mi madre me dijo... Ella ya me advirtió...

—Mi amor. Puedo aguantar a tu madre, dos tías y una prima. Todas tienen algo que decir sobre todo, por lo menos si tú estás para escucharlas. ¿Pero no tienes miedo de perderte tú misma entre esa multitud?

Estas palabras callaron a Ena un rato, mientras lograba encontrar una buena respuesta. Entonces empezó a lloriquear.

—Así que ahora no puedo hablarte de mi familia. ¿No te da vergüenza ser un tirano?

—Y otra pregunta más. Espera un momento, recapitulemos. Con Morgana. Porque Uther quiere que nos alejemos lo máximo posible de Tintagel. Sí que podrás seguir, de hecho, lo estás haciendo. Llegaremos dentro de poco. Y pronto iremos más despacio porque los caballos no podrán aguantar este ritmo mucho más. Ya te he respondido, y no, no me da vergüenza.

Ena tenía que encontrar respuesta también a esto, así que se quedó callada otro rato.

Empezaron a ir más despacio, porque a medida que se alejaban de Tintagel el camino se hacía más difícil. Cuanto más se adentraban en el bosque, la niebla se hacía más espesa entre los árboles, impidiendo que pasara la luz y haciendo difícil la visibilidad.

Cai frenó a su caballo y se puso a la par de Ena. Gawain ganó posiciones desde la cola y se colocó tras él.

—Esto no me gusta nada —dijo frunciendo el entrecejo—. Apesta a magia por todas partes.

Ena estaba pálida, tiró de las riendas de su caballo y empezó a ir más despacio.

—No, Ena —le dijo Cai—. Sigue.

—No podemos seguir avanzando a esa velocidad —contestó ella—. Prácticamente no se ve nada.

De hecho, la guardia personal de Uther también estaba bajando el ritmo. La niebla cada vez era más espesa.

—¿Qué quieres decir con «magia»? —le preguntó Ena a Gawain.

—Comenzamos a cabalgar una mañana clara, y ahora la oscuridad se cierne sobre nosotros. Eso no es natural.

—En eso consiste la magia —dijo Ena—. Una traición a nuestras expectativas, a las cosas de las que depende nuestra vida. Cuando llega la magia, el fuego es frío, el agua quema, los viejos son jóvenes, los jóvenes...

Casi se había detenido. La niebla ya no dejaba ver nada, y Ella dejó de hablar cuando los tres oyeron el ruido de unos cascos avanzando tras ellos.

—Ése debe de ser Arturo —dijo Cai.

—¿Seguro? —preguntó Gawain.

—¿Quién, si no? —intervino Ena.

El rostro de la muchacha estaba pálido. Su larga cabellera rubia parecía más oscura por la humedad, y le colgaba en mechones mojados a cada lado del rostro y por la espalda.

—Ya no veo nada delante de mí —dijo Cai.

Los caballos se habían vuelto a poner en marcha.

—Tampoco se oye a los demás —susurró Ella—. Nos hemos debido de separar del resto sin darnos cuenta.

La niebla era un muro blanco e impenetrable que los envolvía. Los árboles, los arbustos, e incluso el sendero húmedo y enlodado que seguían eran casi imposibles de ver entre el vapor.

El caballo de Arturo entró en su campo de visión, con una figura sobre la silla de montar. Vestía las ropas del rey de verano, con el dragón bordado sobre la pesada dalmática.

«¿Por qué ahora, para viajar?», pensó Cai. Las ropas reales podían ser apropiadas para un banquete o algún asunto de estado, pero no para un bosque enlodado. No.

Gawain, Cai y Ena dirigieron sus caballos hacia los bordes de hierba del camino. El semental de Arturo, todavía al trote, los alcanzó y empezó a adelantarlos.

Cai dio un suspiro de alivio al ver las manos pálidas que sujetaban las riendas. Eso fue todo lo que pudo ver, pues la capucha de la dalmática estaba subida.

—Mi señor... —dijo.

La figura a caballo no respondió a su llamada.

Ena iba un poco por delante de Cai.

—Mi señor —repitió ella, y extendió la mano.

Rozó con los dedos la manga de las ropas de Arturo.

Eso fue todo.

El semental redujo la velocidad. La figura que lo montaba se dio la vuelta hacia el trío expectante.

Cai sintió que el terror se apoderaba de él cuando vio en el rostro de su amigo las cuencas vacías de una calavera.

—Arturo —susurró.

Pero en ese momento empezó a disolverse. Por cada pliegue de las ropas caía arena, hasta que la calavera amarillenta que se apoyaba sobre el cuello de palos cayó rodando a un charco a los pies del caballo.

Gawain saltó de su montura. Pegó patadas a los restos: palos, huesos, arena, hojas secas y la vieja calavera.

Cai lo siguió e hizo bajar a Ena de su caballo.

—Está muerto —murmuró, mirando la calavera.

—¡No! ¡No! —gritó Gawain.

Cuando Gawain percibía la realidad, sus sentidos iban más allá que los de sus compañeros. Ése es un don que todos compartimos en cierta medida, el saber dónde estamos respecto al tiempo, el espacio, los objetos inanimados y el resto de los seres vivos. Pero su don se veía realzado por sus sobrenaturales antepasados. Cuando se acercaba a alguien, hombre o mujer, podía decir lo que sentían y, a veces, qué estaban pensando. Con sólo rozar el rostro de una mujer con la punta de los dedos podía saber cómo llevarla al éxtasis más estremecedor. Era igual de efectivo a la hora de apagar la furia y la envidia de los hombres, consiguiendo gustarles y que obedecieran a todas sus peticiones y órdenes.

Se arrodilló, cogió un puñado de la arena que había formado las extremidades de la figura y dejó que se le escurriera entre los dedos. El sentido de que algo estaba mal era palpable. La niebla que los envolvía se hacía más densa por momentos. Notó que un zarcillo le rozaba la manga.

La niebla real es húmeda y fresca. Pero ni humedad ni frescura estaban presentes en aquellas brumas. Por el contrario, sentía el bochorno mortal, la primera señal de que la muerte está presente.

Aquel vapor absorbía la vitalidad de todo lo que tocaba. Los árboles se doblaban bajo su peso, en vez de refrescarse como sucede con la niebla real. Daba a las hojas y al tronco el brillo plateado de la escarcha invernal. Gawain sabía que primero mataría la vegetación que los rodeaba, a continuación a los moradores del bosque, encerrándolos en aquel abrazo de hielo hasta arrebatar todo el calor de sus cuerpos en medio de un silencio gélido. Ya estaba atacando a los humanos reunidos alrededor de aquella parodia malvada de la vida, haciéndolos vulnerables mediante el dolor.

Los pájaros eran las criaturas de su madre. No de su madre humana, sino de la otra. Recordaba cómo la vio por primera vez, entre las alas desplegadas de un pájaro que alzaba el vuelo entre sus ojos y el sol. Cada pluma se perfilaba claramente; cada una, una estructura maravillosa que concedía el vuelo al pájaro. Una belleza translúcida, un diseño ordenado que refulgía bajo los rayos del sol que brillaban entre ellos.

«¡Madre! ¡Madre! ¡Respóndeme! ¡Ayúdame!». Y lo hizo.

—No —dijo Gawain—. Él... esa cosa... nunca estuvo viva. Sólo era un espectro... que pretendía engañarnos durante algún tiempo.

Cai se volvió hacia Ena. La expresión de terror que paralizaba el rostro de la muchacha era terrorífica.

—¿Qué he hecho? —susurró.

—Nada —le aseguró Gawain—, nada. Esa cosa se acabaría deshaciendo de todas

maneras en poco tiempo. Tu roce rompió el hechizo que sostenía todas las partes.

—¿Qué he hecho? —volvió a preguntar Ena, como si no le hubiera oído.

—¡Cai! ¡Bésala!

—¿Qué? —preguntó Cai casi de forma estúpida.

—Que la beses. Está en peligro. El hechizo saltó del espectro hasta su mente. Esa cosa era... era... una trampa. Se suponía que uno de nosotros caería, pero en vez de eso la atrapó a ella. Bésala, por lo que más quieras. Si la quieres, bésala.

Cai atrajo el cuerpo de Ena hacia él y apretó sus labios contra los de ella.

La soltó, mientras sentía miles de insectos diminutos recorriéndole el cuerpo.

—¡No! Sólo es un juego entre vosotros, hombres —gritó Ena.

—Esto no es ningún juego —dijo Cai, cogiéndola en brazos y llevándola entre los árboles cubiertos de niebla.

Comenzaba a levantarse viento. La echó sobre una mata espesa de helechos, lejos de la vista del sendero.

—Te quiero —dijo Cai en un gruñido.

—¡Sí! ¡Sí! —decía Ena entre jadeos—. ¡Oh, sí! Huelo el mar. Dios mío, cómo bate contra las rocas a medianoche.

Tenía agua salada en la boca y le sangraban los labios. Se los había mordido movido por la ferocidad de su deseo. El viento cada vez soplaba con más fuerza, arrastrando la niebla a jirones.

Los gritos llegaban hasta Gawain, que permanecía en el sendero, mirando los restos del íncubo de Merlín y sujetando con fuerza las riendas de los asustados caballos. Los gritos humanos y los de los habitantes del bosque, árboles gigantes que gemían y sollozaban entre el viento.

Sonrió, una sonrisa lúgubre. Cai y Ena le estaban tirando a Merlín su hechicería a la cara.

Ahora estaban unidos en un solo cuerpo, el bosque alrededor daba gritos de pasión que se juntaban con los suyos. Cai introdujo su lengua casi hasta la garganta de Ena. Sus muslos se abrieron como nunca Cai había sentido antes, húmedos, calientes, rebosantes de deseo.

—¡Dentro! ¡Dentro! Te quiero entero para mí. Sólo para mí.

Cai echó la cabeza para atrás mientras los fortísimos espasmos del clímax sacudían su cuerpo. Sintió que las uñas de la muchacha se le clavaban en las nalgas, y el leve dolor que eso le producía le llevaba a alturas aún más embriagadoras. De él salió un grito más animal que humano.

A continuación gritó ella, parecía que su propio deseo la consumía. Y todo terminó con el sol sobre la espalda desnuda de Cai y reflejado en los ojos de Ena, los rayos colándose por el dosel que formaban los árboles.

Alrededor, los matorrales rebosaban con la belleza de los trinos, de los pájaros y la brisa estival.



—Lo tienen —le dijo Gawain a Uther.

Uther dio un puntapié a la arena, las ropas y la calavera apiladas sobre el camino. De los otros cuatro, sólo Gawain osaba mirar al rey a los ojos.

La expresión de Uther era dura como el hielo.

—¿Desde cuándo?

—Seguramente desde antes de que dejásemos Tintagel —respondió Gawain—. Esta cosa... —señaló hacia los restos en el camino—, es como si sólo quisieran tenernos engañados un tiempo.

Ena cerró los ojos. Posó su mano sobre el vientre, donde estaba el niño. «Puedo alegar que estoy embarazada —pensó mirando a Cai—. Aunque no servirá de mucho. No sería extraño que ahorcase al padre delante de la madre y de su propio hijo. Hay una posibilidad de que los dos hombres se salven. Uther no querrá ofender a su propia familia o romper la alianza con el rey de las Islas Ouster, el padre de Gawain, Lot».

—Lo dejé solo para estar con Ena.

Gawain cerró los ojos.

—Y yo para entretenerme con una mujer.

—Sí —dijo Uther—, y yo tenía setenta hombres valientes a mi disposición. Y lo dejé ir solo a sus habitaciones. Vamos a intentar no buscar culpables.

Uther notó cierta relajación en los tres. Habían temido tener que enfrentarse a la furia desatada e irracional de un rey.

Y no era que no sintiera esa furia en su interior. Pero nunca habría llegado a ser rey de los britanos si no hubiera sabido controlar sus emociones, y no habría ostentado el poder tanto tiempo si se hubiera dejado llevar por la crueldad autodestructiva.

Aquellos tres querían al muchacho tanto como él. «Sí», pensó, dándose la vuelta. Le gustaría ahorcar, o, mejor aún, quemar y crucificar a alguien, o incluso a muchos «alguienes». Pero la verdad era que ese «alguien» no incluía al nieto de su hermana o a un príncipe de la nobleza como Gawain.

Y en cuanto a la muchacha... ¡Dios mío! También podría ahorcar al caballo del propio Arturo. El animal estaba junto a los restos, desconcertado entre tantos humanos reunidos.

—No sé si te servirá de ayuda, mi señor, pero creo que lograron engañarnos a todos. No me entra en la cabeza que todos fuéramos tan descuidados, todos a la vez... al menos no por casualidad.

Uther miró a Gawain.

—A veces —continuó Gawain—, la magia es más poderosa cuanto menos llamativa es.

Uther recordó a Gerlos mucho tiempo atrás, desesperado por la traición de Igrane. Entonces él había utilizado a Merlín para acabar con el rey de Dumnonia. De alguna manera, Gerlos se había enterado rápidamente de que el Pendragon había yacido con ella. Con el tiempo, Uther se había sentido responsable de la desesperación y el suicidio de Gerlos. Ahora estaba seguro de que Merlín se había encargado de hacer llegar a Gerlos el rumor de la traición de Igrane.

—De lo último que pecaré en este momento será de precipitación o de temeridad. Habla —dijo Uther volviéndose hacia Gawain—. Tú sabes más de magia que ninguno de nosotros, Halcón de Mayo. ¿Qué opinas?

—Seguramente ya no está, me refiero a Arturo, en Tintagel. Lo habrán llevado a otro lugar. Los piratas sajones que saquean nuestras costas están en deuda con Merlín, una gran deuda. Tal vez Arturo esté en sus manos para que lo lleven a sabe Dios dónde. Si regresas a Tintagel, creo que te encontrarás el puente levadizo levantado contra ti; y muchos de tus valientes hombres morirán intentando conseguir que entres, si es que lo logran. La guardia personal de Merlin estará dispuesta a morir con tal de impedir tu entrada. Y seguramente, si vencéis, la reina y su amante ya habrán huido.

Uther asintió. Reflexionaba. «No debería hacer nada, al menos por el momento». A veces no hacer nada es lo más difícil. «Tengo que hablar con Morgana en las antiguas tierras de Siluros, o Gales, como las llaman esos malditos sajones. Típico de su arrogancia, llamar a estas tierras milenarias con nombres extranjeros».

Antes que los romanos, los siluros, su pueblo, habían comenzado a participar en la vida de las mayores ciudades y mercados del mundo. Pero cuando llegaron los romanos, se retiraron a sus bosques. Las praderas de los montes ofrecían buen pasto en verano para el ganado, las ovejas y los caballos. Los valles estaban cubiertos de bosques a veces impenetrables. Las tribus se movían por ellos, hacían claros para plantar sus cultivos y después, rápidamente, se marchaban en cuanto los romanos se convertían en una molestia demasiado pesada, si es que eso sucedía.

Los romanos exigían tributos. Como no conocían mucho a los pueblos, no sabían cuánto podían pedir. El resultado fue que no consiguieron casi nada. Y los siluros organizaron sus costumbres de manera que pudieran evitar la conquista y la explotación de la que otras tribus habían sido víctimas.

Todos los siluros tenían tres amores, tres identidades: su familia, su tribu y su sociedad guerrera, ya fueran hombre o mujer.

Halcón de Mayo, Gawain, pertenecía al pueblo del Halcón, nacido, como se creía, de la unión de su madre y un halcón. Pero había más, muchas más.

Arturo el Oso. Morgana (sí, Morgana), un Búho. Cai, la Foca. La mayoría pertenecían a más de una sociedad, y habían sido iniciados en todas ellas. Las sociedades unían a un pueblo que, de lo contrario, habría estado muy dividido; ya que trascendían las clases, familias y tribus, siendo organizaciones puramente adoptivas. Y aceptaban tanto a hombres como a mujeres.

Cómo odiaba la iglesia eso, y Uther había sido víctima más de una vez de los

sermone de clérigos que querían que arrebatara a las mujeres el derecho a llevar armas. Pero él daba la espalda a tal idea. No quería enfurecer a su pueblo, y además, más de una vez las valientes mujeres de los siluros habían supuesto la diferencia entre la victoria y la derrota.

Uther se alejó de los demás con Gawain.

—¿Cuántos señores de la naturaleza te acogen en sus moradas?

—Todos. Soy uno de los hombres que ha hecho juramento de lealtad al rey de verano, y él es muy querido. Morgana vio cómo todos lo festejaban.

—Sé prudente —le susurró Uther.

—Nadie lo será más —acordó Gawain.

—Márchate y corre la voz.

Gawain asintió.

—Pídeles que estén preparados para mi llamada. Gawain volvió a asentir.

—Prevenles de que no deben hacer nada si yo no lo ordeno —continuó Uther—. Pero que no duden que cortaré la cabeza a ese nigromante asqueroso y a su amante, si consigo dar con ellos... pero no creo que tenga tanta suerte. Esa pareja sabrá cómo mantenerse alejada de mí, o aparentar que me son leales.

Uther apretaba con tanta fuerza el hombro de Gawain que éste, robusto como era, no pudo evitar estremecerse.

—Lo siento. Te ruego que me disculpes.

—No hacen falta las disculpas —respondió Gawain.

—En cuanto a mí, iré a hablar con Morgana. ¡Quiero a ese cabrón de Merlín muerto! Y ella sabrá mejor que nadie cómo conseguirlo.

—Mi señor —dijo Gawain en voz baja ante el tormento que vio en los ojos de Uther—, no creo que lo maten. No creo que se molesten. Cuando asesinaron a Vortigen, Merlín estaba seguro de que los sajones se impondrían. Pero no fue así. La realidad fue que se vieron obligados a huir en bandadas. Lo que necesitan es un rey que los domine, y gracias a tus artificios, Arturo es el único heredero.

—¿Cómo supiste que fue intencionado?

—¿Es que soy tonto? Renunciaste al lecho de la reina y, desde que Arturo fue acogido por la familia de Morgana, no yaciste con ninguna mujer que pudiera reclamar el derecho de su hijo al trono. Todas damas de lo más agradable, no lo dudo, pero de clase social muy baja.

—Sí, todas ellas, e hice todo lo que pude porque ninguna quedara embarazada. Es eso lo único que protege a Arturo en este momento. Pero Dios lo asista, eso no lo protege del tipo de dolor que esos dos diablos le causarán, que seguramente ya le están infligiendo.

De nuevo Gawain se estremeció bajo la fuerza de Uther.

—Mi señor, los vénetos navegan a lo largo de toda la costa para comerciar y conseguir madera. Las palabras de los señores de los bosques asustarán a esos dos, como poco.

—Puedes intentarlo. Puede que eso ayude a mi hijo y haga que ese par de gusanos se lo piense dos veces antes de cometer las peores atrocidades. Vete ya, y que Dios te acompañe.



CAPÍTULO 9

Me adentré en el agua para llegar hasta el dragón. Era distinto a los demás, más parecido a una orca, de un azul casi negro por el lomo y blanco por el estómago. Una hilera de escamas oscuras le recorría el lomo, cada una terminada en punta, desde el hocico hasta la cola. Era muy delgado, incluso más que el dragón negro. Los colmillos eran prominentes. Aunque tuviera la boca cerrada, le salían de la mandíbula superior y llegaban hasta más allá de la inferior, resaltando contra el pecho blanco.

—¿Cuántos tipos diferentes de dragones hay? —le pregunté.

—Seguramente alrededor de veinticinco. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. ¿A ti no te interesa?

—No. ¿Por qué? ¿Debería? Cada uno de nosotros está preparado para diferentes cosas. Yo soy cazador y me alimento de tiburones. Crin Roja, el primero que conociste, casi es exclusivamente vegetariano. Gran Buceador, el que es negro, en fin, creo que su nombre ya lo dice todo. Las crines plateadas siguen las algas arrastradas por las corrientes. Yo, en cambio, cazo y soy más fiero. Al contrario que las crines plateadas, no temo las tormentas, soy veloz, un nadador muy resistente, y me muevo... viajo... entre los perdidos.

—¿Eso quiere decir que estoy perdida?

—Por ahora sí, pero te llevaré a tu casa con tu familia.

—A Tintagel no.

—¡No! Igrane tiene que explicarnos muchas cosas antes de que la honremos con nuestra confianza de nuevo. Ahora sube. Tenemos que recorrer una gran distancia antes de que caiga la noche.

Lo obedecí.

Me había atado las flores a la cintura. Su fragancia me envolvía. En realidad, aquél era un lugar lleno de flores. Crecían por todas partes. Las playas estaban repletas de ellas a partir de la marca más alta de la marea, flores doradas sobre carnosos tallos.

De los bordes de los acantilados por los que pasábamos colgaban violetas. Arbustos de flores blancas se aferraban con raíces retorcidas a las escarpaduras de piedra que daban al mar.

Otras parecían amapolas, de colores brillantes, blanco, rojo, naranja, azul, y todas las tonalidades intermedias. Caían en cascada por los escarpados acantilados, entre

las puntiagudas rocas. Sus pétalos eran finos y suaves, y era evidente que esas flores duraban menos de un día, pues el agua que el dragón surcaba estaba salpicada de ellos. Todo esto sólo lo podía vislumbrar entre los jirones de niebla que cubrían el mar, como las nubes que ascienden desde la tierra en un día soleado.

El dragón, que, por cierto, era el nadador más rápido y resistente que yo había visto hasta el momento, esquivaba a veces los jirones de niebla para disfrutar del calor del sol; y en otras ocasiones se apresuraba a través de ellos, y yo quedaba cegada por aquel vapor espeso y sorprendentemente fresco.

—¿Dónde estamos? ¿Y por qué estamos aquí? ¿Cómo iremos a casa?

El dragón bufó y profirió un sonido de impaciencia.

—No tengo respuesta para todas esas preguntas. Por lo menos ninguna que tenga sentido para mí, así que mucho menos para ti. Los filósofos de la naturaleza tienen varias teorías que no tengo intención de discutir ahora. —Esta información me la proporcionó con el tono altanero que correspondía—. Pero basta con decir que esto no es un sitio, y que no estamos en ningún lugar.

—Muy esclarecedor.

—¡Ja! Si te crees que no es una buena explicación, espera a oír las de nuestros filósofos de la naturaleza. Pero nosotros lo llamamos el reino del ave con garras.

—Eso ya tiene más sentido.

Aquel pájaro tenía garras, y dientes.

—Sí —dijo el dragón—, hubo un tiempo en que así era, pero ahora ya no. Aunque todavía podemos venir a admirar sus flores y sorber la miel que las abejas hacen con ellas.

—¿Abejas?

Mientras salíamos de un banco de niebla cerca de un acantilado, vi las abejas allí mismo. Abejas de todas las formas y todos los tamaños anidadas en huecos bajo los salientes o en pequeñas cuevas que daban al mar. Algunas, no mayores que moscas, eran amarillas, anaranjadas, violeta y muy rápidas. También había otras negras, lilas, amarillas y rojas, y casi del tamaño de un pulgar.

—No te equivoques —me dijo el dragón—. Las más peligrosas son las pequeñas, y te picarán hasta que veas las estrellas. Las grandes y negras se defienden de otra manera, pero a cambio te ofrecen beber de sus panales. ¿Ves los panales?

Sí los veía. Algunos alcanzaban casi los dos metros, y estaban protegidos bajo los salientes de los acantilados. Eran obras magníficas de las abejas gigantes, de todos los amarillos imaginables, recorriendo la gama del rojo al marrón: dorado anaranjado, amarillo oscuro, amarillo verdoso, amarillo ligeramente más verdoso, brillantes como las flores que crecían pegadas a la piedra gris y negra.

—El pájaro con garras caza las pequeñas, pero está en una especie de tregua con las grandes, y ellas se lo agradecen dándole miel para sus crías. Pero te lo repito, no hagas muchas preguntas o puede que nos envíen de vuelta. No creo que te gustaran unas vacaciones en Tintagel.

—No. —Me estremecí al pensarlo—. Pero este reino del pájaro con garras tiene que ser algún sitio.

El dragón se echó a reír.

—Sólo para tu mente limitada, como para la mía —añadió en un arranque de humildad—. Pero piensa en el reino de la posibilidad. Dirías que es vastísimo, ¿verdad? Todas esas cosas que pudieron ser y aquellas que alguna vez existieron. Nuestros filósofos de la naturaleza creen que cualquier cosa que logró existir, se hizo con un lugar en ese reino. Y allí permanecerán independientemente del tiempo, ya que el tiempo no existe donde están.

Puse los ojos en blanco.

—Suena como el «posible» de Kyra.

—¿Mmm?

—Me dice que examine mi pureza lo más posible, y que luego examine al candidato posible.

—¿«Posible» como eufemismo de órganos reproductores humanos?

—Sí.

—Debería daros vergüenza jugar con el lenguaje de esa manera. Pero entonces los filósofos de la naturaleza dirían que vosotros, los primates, tenéis ese don especial. Pero yo me alegro de que nosotros tengamos nuestro equipamiento dentro del cuerpo. Ya está todo dicho. Me voy a sumergir, así que coge aire. Y mantén la boca cerrada. Si intentas hablar bajo el agua, te ahogará.

Tenía razón, me ahogaría. Es que no estábamos hablando con la mente, sino que los dos emitíamos sonidos. Él podía seguir articulándolos bajo el agua, pero yo no. Estoy segura de que algún tipo de contacto mental facilitaba nuestro entendimiento, pero los detalles eran verbales.

Tomé una buena bocanada de aire y nos sumergimos. No buceamos. No sé cómo lo hacen, pero es muy eficaz. He visto que las serpientes hacen lo mismo; aunque no pretendo comparar a las serpientes con los dragones, al menos si hay alguno cerca. No lo haré porque los dragones consideran a las serpientes un ser vivo inferior, pero no me cabe la menor duda de que utilizan unos principios comunes.

Allí abajo el mundo era azul y silencioso, aunque el sol lucía sobre el agua, y sus rayos dorados penetraban las profundidades. Nos sumergimos más y más, a través de una gruta que conducía a lo que me pareció una cueva oscura del acantilado. El reino de la posibilidad, todo lo que alguna vez existió, tenía su lugar allí. ¿Significaba eso que mi madre estaba aún en algún lugar de aquel reino? No tenía más que unos pocos recuerdos borrosos de ella, y ni siquiera estaba segura de que fueran mis recuerdos o sólo algo que Dugald me contó cuando ya era más mayor.

Tenía las manos frías, y el rostro delgado y cansado. Me tenía cogida en brazos, mostrándome a Dugald, y decía: «Es tan valiente que ni siquiera llora cuando la toco con mis manos heladas».

Más tarde supe que se estaba muriendo.

Si lo que decía el dragón era cierto, algún día podríamos encontrarnos las dos más allá de este mundo y hablar. El cielo, Dugald me hablaba sobre el cielo. Pero ni siquiera él estaba seguro de que todo el mundo fuera allí. En la iglesia se discute mucho sobre ese tema: quién tiene derecho a ir al cielo, quién no, y adónde van estos últimos. Pero el reino de la posibilidad parecía un lugar mucho más abierto. Tal vez ella estuviera allí.

Entonces llegamos a la entrada de la cueva y una profunda oscuridad nos envolvió.

Cerré los ojos. Lo mejor cuando no ves nada es cerrar los ojos.

Todo nuestro clan tuvo una gran discusión sobre este tema. Kyra decía que resultaba reconfortante. El Vigilante Gris opinaba que los humanos siempre prefieren la ilusión del control, y Dugald que despertaba el resto de sentidos. Zarpa Negra decía que todos ellos podían tener razón, y que por qué no podíamos pasarnos la velada comiendo carne de venado asada sin intentar resolver nosotros mismos los grandes interrogantes del universo. Que él y madre ya estaban preparados, y nunca antes en su vida había visto un grupo de gente tan pleiteadora. Y que callásemos de una vez y le dejásemos comer en paz y dormir un rato.

Sea como sea, cerré los ojos. Cuando lo hice, sentí que mi brazo cobraba vida, y supe que estaba brillando, porque el fuego se reflejaba a través de mis párpados. Pero no estaba asustada ni sentía la necesidad de tomar más aire.

Cuando salimos a la superficie, el aire era tan borrascoso como saturado el del otro lugar, y después del calor, sentí la brisa fresca acariciándome la piel. Abrí los ojos y vi que estábamos cerca de la costa, nadando entre el oleaje. No había rastro de humanos. El bosque llegaba hasta la arena de la playa.

El dragón se estremeció de forma extraña.

—¿Ya estamos en casa?

—No —me respondió, y en su voz se adivinaba auténtico miedo—. Tendríamos que haber llegado, pero no ha sido así, y no sé por qué. ¿Lo ves? Esto es Tintagel.

Era cierto. Aunque yo apenas podía distinguir el paisaje de la costa rocosa, que estaba, como el resto que pude ver en tierra, poblada por un denso bosque.

El sol se ponía por Occidente y daba una luz extraña sobre el océano, la playa y el bosque. Yo soy una hembra de lobo, en primer lugar y por encima de todo. Dugald educó mi mente. Kyra y Maeniel me enseñaron todo lo que necesitaba para sobrevivir. Pero madre me dio su corazón.

Ella vive en mí, y para un lobo la máxima principal es «lo primero es lo primero».

Apenas tenía con qué cubrirme. Mi vestido había ardidado y lo que quedaba sólo me llegaba hasta las rodillas. Ya tenía frío, y si intentaba navegar sobre el dragón toda la noche, seguramente moriría congelada.

—Iré a la orilla y encenderé un fuego —le dije al dragón—. Si pudieras pescar para mí un pez o dos, te estaría muy agradecida.

—Piensa en el peligro. El peligro. Nadie sabe con seguridad qué acecha en ese

bosque.

Asentí.

—Pero también corro peligro por el frío, y el sol ya se está poniendo. —Levanté la mano derecha—. El fuego siempre viene conmigo, al igual que a ti te protege la grasa bajo la piel. Es imprescindible que yo también encuentre esa protección antes de que sea de noche.

No hizo ninguna objeción más y nadó hacia la playa.

Localizamos una cueva resguardada del viento. Había cogido algunas piedras en la playa e hice un agujero para el fuego. La madera que encontré prendió con facilidad y con las ascuas cociné el pescado que había atrapado el dragón.

Después me acomodé en el lugar más caliente que encontré y me dormí.

Me desperté a mitad de la noche. Todo estaba completamente a oscuras, y sólo se oía el susurro del viento en el bosque. Hacía mucho que el fuego se había extinguido, pero las piedras conservaban algo de calor. Tenía sed. Había envuelto el pez en algas para hacerlo al vapor, con mucha sal. Había sido tal el esfuerzo que sólo lo quería comer así. Pero eso me había provocado sed y toda el agua que me rodeaba era salada.

Me adentré en el mar. Tenía que orinar y no quería dejar huellas. Por la mañana esparciría las piedras del fuego para que la marea las arrastrase, y borraría cualquier marca que hubiera dejado en la playa. ¿Y entonces qué? No estaba muy segura, pero sabía que preocuparme de esas cosas en ese momento seguramente no me serviría de nada.

Volví a la playa. Cada vez tenía más sed. A ambos lados de la playa reinaba la más absoluta de las oscuridades. Ninguna luz. Llegué a la conclusión de que eso era lo que me inquietaba. Cerca de los humanos siempre hay luces: antorchas, chimeneas, candiles, velas. Incluso los pescadores se alumbran cuando están en el mar, colocan una antorcha en la popa cuando pescan de noche. Pero en aquel lugar, nada.

No tenía miedo a la oscuridad y veía bastante bien en ella. Pero aquella negrura era abrumadora. Me sentí como cuando viajaba por el páramo con Zarpa Negra y Maeniel.

Ya no soplaba viento, así que, aunque estaba mojada, no tenía frío. Me tumbé y traté de dormirme, pero la sed aumentaba, atormentándome.

Acabé por levantarme. De nada servía esperar. Por la mañana no tendría agua fresca más cerca que en ese momento. Tendría que recorrer el mismo camino a lo largo de la playa, buscando la desembocadura de un arroyo o un riachuelo. Podía buscarlo ahora sin ningún problema. Tal vez fuese hasta más seguro así. Maeniel me enseñó a moverme en la oscuridad, y a no llevar siempre una luz conmigo, como hace la mayoría de los humanos.

Incluso las criaturas salvajes se asustan en lo más profundo de la noche; pero para un animal como el lobo, que puede ver con el hocico y las orejas, la Tierra bajo su manto de sombras es tan acogedora como una casa con la chimenea encendida y la

puerta cerrada con llave, además de mucho más variada e interesante.

Por la noche no soy tan hábil como Maeniel, pero tampoco lo hago nada mal si me esfuerzo.

Así que comencé a caminar por la playa. Me dirigí hacia el cabo donde estaba Tintagel, mientras me preguntaba durante todo el camino dónde estaba y cómo había llegado a ese lugar concreto. No estaba segura, pero me parecía que me había desplazado en el tiempo.

Ese temor me puso los pelos de punta. Había oído a Dugald contar esos hechizos, y que los druidas contrarios a Patricio se lo habían intentado hacer, y cómo había tenido que luchar para regresar. Pero entonces recordé una cosa más que me había dicho Dugald: el universo tiene sus propias leyes y normas. Por ejemplo, si saltas desde un lugar alto, te caes. Y Ella, la madre infinita, no ve con buenos ojos a aquellos que violan las leyes. Seguramente había sido Merlín quien me había enviado allí, y tendría que haber manipulado la maquinaria del cosmos para lograrlo. Ella, que no piensa pero existe, intentaría devolver las cosas a su lugar, y en algún momento me devolvería a mi hogar, igual que las ramas atascadas en un río acaban siendo liberadas y continúan su descenso hacia la llamada del mar.

Lo supe, alzando la vista hacia los acantilados bajo la luz fantasmagórica de las estrellas. No había luna, pero es así como sabes que el universo brilla con su propia luz; como hacía la costa de lo que había sido, o sería, Dumnonia. Supe que el nivel del mar era más bajo. Rompía contra los acantilados más allá de la playa. El tupido bosque que bordeaba en ese momento estaba sumergido en mi época, y Tintagel era una isla, no una península como ahora.

Tuve que vadear aguas más profundas. Las corrientes habían arrastrado a la playa un montón de tablas, justo en la lengua de tierra donde lo que era Tintagel empezaba.

Allí me encontré con el dragón. Flotaba entre las olas de aquel mar negro, con la cabeza apoyada contra su espalda como un pájaro durmiendo. Se despertó cuando me oyó chapotear alrededor.

—¿Es que estás loca, como el resto de tus semejantes? —me preguntó con acritud.

—No, es que me muero de sed. Estaba buscando algo de agua dulce.

Soltó un profundo suspiro.

—Perfecto, deambulando por el bosque de noche. ¿Cómo podré defenderte si te encuentras con una criatura mucho más grande que quiere comerte?

—No soy tan fácil de servir en un plato —le respondí gravemente—. Y, además, si vamos a partir mañana, tendré que encontrar algo para beber.

—No lo había pensado. ¿Por qué no puedes beber agua salada como cualquier ser normal?

—No lo sé. ¿Por qué tú no puedes beber agua dulce?

—Sí que puedo, pero la verdad es que la encuentro un poco sosa.

—Bueno, tengo que encontrar un arroyo o un riachuelo. Si no, mañana tendré

algún problemilla.

Volvió a soltar un profundo suspiro y empezó a olfatear el aire. Sabía que el Vigilante Gris podía oler el agua, y, de manera más limitada, yo también. Así que me imaginé que los dragones compartirían esa habilidad.

—¡Ya está! Hay un manantial en ese promontorio. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Tintagel—. Pero no puedes llegar hasta él, porque está tras los árboles.

—Entonces no queda otro remedio. Tendré que subir entre los árboles.

—No puedes. Mira el arbusto al límite del bosque.

—Seguramente sólo es una pantalla. Crece fuerte en el lindero, pero bajo los árboles hay muy poca luz, y la tierra estará desnuda.

Así que me adentré en el bosque y comprobé que estaba en lo cierto, bajo los árboles estaba muy oscuro, pero era mucho más fácil avanzar. Tenía que rodear los claros. Estaban cubiertos de helechos y zarzamoras.

No había rastro de ningún camino. Subí la pendiente, esperando que el manantial naciera de las rocas que con grandes esfuerzos veía sobre mí. Sin embargo, tenía alguna pista, pues el olor a humedad se hacía cada vez más fuerte a medida que subía.

El terreno se iba haciendo más escarpado, y los árboles ya no eran más que unas sombras grandes y silenciosas. Allí era imposible que crecieran los altos pinos, los fresnos y los robles que había más abajo.

Caminaba entre los abedules, fantasmagóricos bajo la tenue luz de las estrellas, y los serbales cargados de flores claras. Al alejarme del tupido bosque, volví a sentir el viento. Miré hacia las estrellas, con la intención de leer en ellas y saber cuánto faltaba para el amanecer. Todo empezó a dar vueltas alrededor. Aquéllas no eran mis estrellas.

La verdad es que las diferencias eran mínimas. Más bien se trataba de detalles pequeños y sutiles, pero allí estaban, y me asustaron, porque las estrellas cambian muy lentamente. El Vigilante Gris me dijo que sí cambiaban, pero se necesitaba más de lo que dura una vida humana para apreciar los cambios. Noche tras noche nos tumbábamos en la ladera de la montaña y él y Kyra me enseñaban a reconocerlas, y marcábamos las horas nocturnas con la salida o la puesta de las Siete Hermanas y la extraña belleza de la Estrella Polar. Kyra me enseñaba las historias de su pueblo, porque conocían la configuración de todas las estrellas y tenían canciones para cada una. El salmón, el guerrero, la doncella, y todas las demás. Y aprendí la sabiduría popular que permitía al pueblo de Kyra navegar entre las islas cerca de la costa. Los reinos del hielo y la nieve en el norte y los reinos de la miel, el vino y el aceite en el sur, de donde una vez vinieron los romanos.

Pero como Kyra decía, mucho tiempo atrás no había romanos, y su pueblo navegaba con sus barcas por donde quería y comerciaba con lo que quería. Igual que hacen ahora los vénetos.

Ni una sola vez en toda mi vida dejé de poder mirar al cielo, de día o de noche, y, teniendo en cuenta la estación, saber dónde estaba y en qué momento. Hasta ese día.

Estaba muy asustada. Un terror puro se apoderó de mí cuando comprendí la situación, y sentí la piedra en el estómago del miedo profundo, mortal. Pero no soy tonta. Además, me crié con cuatro seres (una mujer, dos hombres y un lobo) nada amigos de los ataques de histeria. Encontré una piedra plana en la que sentarme y apoyé la cabeza en las rodillas. Al momento ya me había recuperado.

Volví a mirar al cielo y descubrí que no todos los cambios eran tan profundos. Además, no tenía ninguna cita urgente a la que acudir. Si me equivocaba un poco en qué momento me encontraba, tampoco pasaría nada. «No mucho, una hora o dos para que amanezca», pensé.

Seguí mi camino hacia el olor a humedad, y vi bajo la luz de las estrellas el débil resplandor de las cascadas, donde el manantial daba a una charca entre las rocas. Por alguna razón, me sentía incómoda y temblaba. Y entonces recordé el consejo de Maeniel: «Ten cuidado cuando te acerques al agua de noche». Sabía por propia experiencia que era el lugar favorito de los depredadores. Él mismo, cuando cazaba solo, se había apostado en lugares así. Estaba cerca de una cima, y antes de que llegara a la charca ya no crecían más árboles. Era una cuenca de piedras puntiagudas. No podía llegar hasta el agua desde donde me encontraba porque la pendiente casi caía en vertical. Era imposible a no ser que quisiera darme un remojón. Calculé que tenía que rodear la charca e ir hasta el otro extremo, donde se podía acceder al agua desde una franja de arena.

¿Por qué no me levantaba e iba hacia allí? ¿Por qué me agazapaba entre las piedras como un ratón?

Cuando intenté ponerme de pie, se me dispararon todas las alarmas del instinto.

Juro por mi vida que a día de hoy todavía no puedo explicar qué fue lo que me puso en guardia. Y fue esa vida sobre la que juro la que precisamente salvé.

En ese mismo instante apareció una pequeña manada de ciervos. Casi no tenían cornamenta, dos machos a los que apenas les asomaba y otro al que ya le asomaban cuatro puntas.

Este último, que ya era mayor y estaba más seguro de sí mismo, agachó la cabeza para beber en primer lugar, mientras sus compañeros miraban alrededor nerviosamente.

No pude ver de dónde salió. Simplemente apareció allí, entre las tinieblas abalanzándose sobre el ciervo que estaba bebiendo. Hundió sus garras en la garganta de su víctima.

Los otros dos ciervos salieron volando, literalmente. No sabéis lo rápido y lejos que puede brincar un ciervo cuando está asustado. En un momento estaban en el aire, al siguiente en el centro de la charca. Debía de ser poco profunda, porque desde allí se impulsaron hacia las rocas entre las que yo me ocultaba. Uno de los cascos me golpeó cerca del omóplato, aunque en el momento no me di cuenta. Al día siguiente me vi la marca negra y azul con forma de pezuña sobre la espalda. Al momento ya no quedaba ni rastro de los dos animales.

Lo único que recuerdo es que tenía muchísimo miedo de que aquella criatura los siguiera y me encontrara.

Pero no, por lo visto con una presa ya tenía suficiente.

Vi morir al ciervo, con el pánico reflejado en los ojos durante un instante mientras le aplastaba la garganta. Pero entonces aquel animal se la arrancó con sus fauces y el ciervo murió.

Un segundo más tarde aquella cosa desapareció, invisible entre los arbustos y los abedules que crecían al otro lado de la charca.

Durante un buen rato me quedé allí temblando. Ya no tenía sed, y ni siquiera sentía el frío amanecer. Simplemente me quedé allí, agradecida por seguir con vida. Agradecida por no haber rodeado la charca y no haber llegado hasta el otro lado para beber antes de que el ciervo lo hiciera.

Entonces ocurrió un pequeño milagro. La mayoría de las personas no los notan, pues suceden todos los días. Se llama amanecer. Donde segundos antes reinaba la oscuridad, descubrí de repente que podía ver, aunque el mundo siguiera arropado entre sombras grises. Los colores empezaban a asomar entre las oscuras formas que se ocultaban entre las sombras.

Primero el marrón de los troncos de los árboles, las ramas y las hojas muertas que cubrían el suelo. Después el verde descubrió las hojas, el follaje de las ramas, los esbeltos tallos de las aneas majestuosas en los márgenes de la charca, los grupos de lirios... y ella.

La vi con el primer rayo, verde grisáceo y resplandeciente bajo las débiles brumas. La Doncella de las Flores. Primero la confundí con una zarzamora enroscada sobre un gran sauce junto a las cascadas. Su piel eran los delicados pétalos blancos de las flores de la enredadera en primavera; las ramas del sauce que llegaban hasta el suelo, su melena.

El resto tenía la forma de un resplandeciente membrillo reclinado como las crueles enredaderas con pinchos. Volví a mirar sus ojos cariñosos.

—La charca no está profanada —susurré.

No contestó, no estoy muy segura de que pudiera. Están tejidas en la trama y la urdimbre del universo. Su tiempo no es el nuestro. Para ellas cada mañana es la primera mañana. Cada primavera es la primera y la última que conocerá el mundo. Ésa es la razón de que el hombre lo suficientemente tonto para amarlas nunca sobreviva. Siempre es traicionado, aunque sea un dios. Ella lo abandonará y su corazón se consumirá en adoración y nostalgia.

Los pétalos blancos que formaban su cara, cuello y pecho se hincharon al mismo tiempo que el viento de la mañana dio su primera bocanada y movió los frágiles tallos. Sus ojos hablaron, se posaron sobre la neblina que se fusionaba con briznas de plata en un camino que se alejaba de la charca, cuesta abajo, la luz cada vez más intensa.

Dos opciones. Regresar con mi amigo nadador a través del bosque. Huir. Muy,

muy tentadora.

«Haz lo que la Doncella de las Flores te dice. Enfréntate a tu destino». Estaba condenada a ser una sirvienta, afanándome en la cocina mientras un cocinero me regaña, una de las criadas más bajas de una gran casa, ayudando a preparar banquetes a los que nunca asistiré. O la segunda esposa de un gran señor, más insignificante todavía. Haciendo reverencias a mis superiores con humildad, criando a tantos niños como mi marido me permitiese tener, y educarlos en el respeto hacia su padre.

No, cuando me negué a soportar la maldición del Señor de los Muertos e insulté a la reina de Britania en su propio salón, ya había elegido. Mejor seguía el camino.

Los músculos del estómago me temblaban de miedo, y tenía las piernas y los brazos entumecidos por el frío. «Esperar no servirá de nada», pensé. Por lo menos el ciervo nunca llegó a saber qué lo atacó. Espero que si ése es mi destino, a mí me suceda lo mismo.

La opción de los guerreros. ¡En marcha!

Corrí por el sendero que descendía por la falda bajo la luz cada vez más grisácea. Se me olvidó el cansancio, volaba sobre el camino. Parecía que el instinto me dictaba dónde poner los pies.

Los abedules que bordeaban el camino dieron paso a pinos, más tarde a unos robles bajos de ramas gruesas. Cuando llegué a campo abierto, plateado por la neblina, empecé a correr más despacio. Me atreví a echar un vistazo detrás de mí y comprobé que nada me seguía.

Cada vez iba más lenta, hasta que simplemente caminaba.

Vi ante mí una casa de labranza. Reconocí el estilo. Era redonda, el techo de paja con forma de cono que se levantaba casi desde el suelo.

Pero sabía que ya nadie construía casas así. El poste central era un roble, un ejemplar gigantesco y muy viejo. Las ramas se alzaban sobre el tejado, y los grupos de grandes hojas parecían nubes verdes.

También el tejado de paja estaba vivo. Estaba cubierto con trigo tierno y no muy crecido. El trigo tierno es una planta propia de climas calientes y secos. No sirve para hacer harina para el pan, pero sí para una masa que se puede comer con sopa o guisos. La planta todavía estaba verde como la hierba y no había empezado a apuntar. Gracias a que estaba sobre el tejado de la casa, no estaba en contacto con la humedad del suelo, que lo echaría a perder.

En los campos se mezclaban los cultivos: avena, centeno, trigo y cebada. Ya no quedan muchos agricultores que cultiven cebada. Pero antiguamente se hacía, y aún lo siguen haciendo los más pobres en las tierras de los pictos y de Caledonia; pues la cebada se da tan bien como la avena cuando hace demasiado frío y hay demasiada humedad para el trigo. El cultivo de varias cosas siempre te dará algo, aunque sea un mal año.

A un lado de la casa había otra construcción redonda, ésta más endeble que la principal, que daba cobijo a vacas, ovejas, gallinas y ocas. A los cerdos, tanto antes

como ahora, se les deja que se alimenten libres en el bosque.

Había un hogar en el centro, ya que por un agujero del tejado salía un débil hilo de humo.

Entré. No había lo que se dice puertas, los muros no eran más que un entramado de adobe y cañas. Una mujer y una vaca ocupaban el centro de la estancia, el lugar más caliente junto al hogar. En cuanto la vi supe quién era.

Me agaché cerca del hogar. La vaca estaba de parto y parecía que ya quedaba poco. La mujer le daba agua de un caldero.

—Saludos, bienaventurada señora. Al igual que la vaca, tengo sed. Además de estar cansada, hambrienta y helada.

—De acuerdo —contestó la mujer.

Entonces, sin pronunciar una palabra más, ordeñó la vaca y llenó un cuenco de leche. La leche recién ordeñada no suele ser la mejor de las bebidas. Normalmente desprende un olor muy fuerte, pero ésta era muy buena, templada, dulce y deliciosa. También era más espesa de lo normal, con mucha nata.

Bebí y sentí que el calor volvía a mi cuerpo, recorriéndome los brazos y las piernas hasta los dedos. Cuando acabé el cuenco, amablemente me sirvió otro.

Al otro lado de la habitación, las gallinas y las ocas hacían ruidos mientras se iban despertando y comenzaban a picotear su lecho de paja. Una de las gallinas fue pavoneándose hacia la puerta.

—No, pequeña. Es demasiado pronto. Los halcones todavía estarán de caza.

La gallina se dio la vuelta y regresó al nido.

Vacíé el cuenco por segunda vez y se lo alargué. Me sentía mucho mejor, revitalizada.

—No has comido —me dijo la mujer.

—No —contesté, y estuve a punto de añadir: «No, gracias», pero pensé que mejor sería mostrarse un poco más respetuosa. No todos los días se tiene el privilegio de estar con una diosa.

De todos modos ella me respondió:

—Sí, mejor que te esfuerces por portarte bien. Y no, no todos los días se tiene ese privilegio. Además, yo soy tu amiga. Yo envié al ciervo. Así que te equivocas. Sí que te ayudé cuando lo necesitaste.

—No creo que el ciervo se alegrara tanto.

—«Descarada», la taimada reina de Britania tenía razón sobre eso, y quizá sobre más cosas. Lo eres. Y te diré que cuando el ciervo se presente ante mí, que tiene tanto derecho como tú, le concederé un favor.

—¿Qué era aquella criatura?

—Él, porque es un macho, es el sirviente del hombre, ¿debería llamarlo hombre? En realidad no es humano. Pero lo llamaré así para que nos entendamos mejor. «Hombre» es lo que mejor se adecua a mis Propósitos. Ese hombre quería, y todavía quiere, poseer el manantial sagrado. Tiene, como insinúan sus guardianes, poderes

especiales. Él dejó a aquella criatura allí hace mucho tiempo.

—¿Para protegerlo?

—¡No! —Parecía enojada—. No necesita que lo protejan. La Donella de las Flores es su mejor guardiana. Dejó allí a esa vil criatura para alejar a todos los visitantes. Cuando el rey vino a celebrar los ritos, lo atacó y lo echó.

—El rey es el esposo destinado a la Doncella de las Flores. Está mal.

—Sí. ¿Por qué crees que estoy aquí? No sólo lo echó de allí, sino que mató a su hijo mayor e hirió a su esposa. Un gran dolor inunda el corazón de mi pueblo. Reniegan del rey y su familia. Huyeron, dejándolos aquí solos. Creen que esta tierra está maldita.

Me levanté. Ya había entrado en calor. Me senté en un taburete para ordeñar que había cerca del hogar.

Ella hizo un gesto y el fuego empezó a crepitar. Me daba calor.

—No puedo creer que se me haya llamado para nada —le dije.

Se rió. La vaca dio un mugido y asomó el ternero.

Hice ademán de levantarme.

—No seas tonta. Soy la partera de todos los seres vivos.

Un segundo después el ternero ya estaba sobre la paja.

La vaca sabía lo que tenía que hacer. Se volvió y empezó a lamer el ternero.

La mujer no estaba dispuesta a ocuparse de la placenta. La hizo desaparecer en una nube de vapor, dejando que la vaca lavara tranquilamente a su cría y la empujara suavemente contra su ubre cuando hubo terminado.

—Quieres que lo mate, ¿verdad? —pregunté.

Me dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Sí.

—Necesitaré algo de acero.

—Estas gentes no conocen el hierro. Lo que tienen es bronce, que, por otro lado, es excelente. Las hachas por lo menos.

—Con un hacha no, nunca podré acercarme lo suficiente.

—Por desgracia tienes razón —admitió pesarosa, mientras acariciaba el lomo de la vaca, que era como un saco de huesos.

Era obvio que se trataba de una vaca lechera. La miré con adoración y me percaté de que los efectos del nacimiento del ternero habían desaparecido, y el aparato bajo la cola por el que la cría (una hembra, por cierto) había pasado había vuelto a su tamaño y su disposición normal.

—No tengo la más mínima idea de cómo lograr tal hazaña. Pero supongo que si las historias de Kyra sirven de algo, se me ocurrirá alguna cosa. Me imagino que debo estar a tu servicio. Las historias también son bastante explícitas en ese punto.

—Es cierto.

—¿Un año y un día?

—No estarás aquí tanto tiempo —fue su respuesta.

Reflexioné sobre todo esto mientras preparaba el desayuno para la familia. Cuando entramos a la casa estaba claro que todavía estaban acostados. La construcción era redonda como el establo, como ya he dicho.

Abrió las puertas, que eran cuatro, como era costumbre en las casas nobles, una en cada punto cardinal. Nos quedamos quietas disfrutando de la brisa de la mañana, contemplando los campos verdes y dorados.

—Estoy impresentable —dije.

—Eso tiene fácil solución.

Me tocó la cabeza, y el cabello se me sujetó en un moño sobre la nuca. Después cogió una tela de araña que había en una esquina de una de las puertas. Se convirtió en una redecilla de seda que me cubrió el moño.

Dio unos pasos atrás para contemplar su obra.

—Eres hermosa —dijo misteriosamente—. Es mejor que no te quedes aquí mucho tiempo. Tienen otro hijo, por no mencionar al señor en persona, que una vez que se haya recuperado de su pena, puede posar sus codiciosos ojos sobre ti, con la idea de que podrías ser una buena segunda esposa.

—El vestido. Esto no son más que trapos.

Y así era. Lo que una vez había sido la manga derecha colgaba hecha trizas, y la tela estaba sucia a causa de todas mis aventuras.

—Mmmm. Necesita unos cuantos arreglos.

Desaté las flores que llevaba a la cintura. Estaban seguras en su bolsa de tela.

Ella percibió su perfume.

—¡Ah, ese olor! Hace mucho que han desaparecido del mundo de los seres vivos, pero fueron, en su tiempo, uno de los obsequios más hermosos de la creación. Dime, ¿por qué las cogiste?

—No lo sé. El instinto. Son maravillosas, no únicamente por su perfume y su belleza. Es algo típico de los humanos, me parece, intentar llevarnos con nosotros las maravillas que descubrimos.

—Algo positivo y negativo a la vez de la personalidad de tus semejantes —acordó ella.

—No hice daño a nadie —protesté—. Había muchísimas.

—Sí, ya lo veo.

La enagua rota y mugrienta desapareció. En su lugar llevaba un vestido verde claro. Era de confección muy simple, dos trozos de lino unidos por los hombros y los laterales, con agujeros para los brazos y la cabeza. Pero la tela era bonita, con una buena caída, y me favorecía. Me llegaba justo por debajo de las rodillas, y se ajustaba en la cintura con un cinturón de piel adornado con nudos de bronce.

—Guarda las flores. Tienen muchos poderes, y uno de ellos, no poco importante, es la verdad.

—La verdad. La verdad, ¿eh? Bueno, la verdad es que lo mejor que podría utilizar sería una lanza resistente con la punta de hierro y un hacha arrojadiza del mismo

metal. Los disfraces están muy bien, pero lo que más falta me hace son las armas.

Sollozó.

—Está fuera de mi alcance. Atraviesa mis armas como si estuvieran hechas de humo. No pude ayudar a esas gentes cuando las atacó por primera vez.

—¿Saben quién eres?

—Ella sí, la esposa. Dije que era su hermana, y no tiene ninguna hermana. El resto de la familia aceptó mi historia.

Con la puerta abierta, la habitación se estaba quedando fría. Me di cuenta de que era el hogar adecuado para un gran señor. Redondo, como ya he dicho, con un roble, un árbol enorme en el centro.

El hogar estaba cerca del roble, pero lo suficientemente alejado para que el árbol no sufriera con las llamas. Estaba encima de una plataforma de piedra.

Alrededor del hogar central el suelo era de madera, y éste era el tipo de suelo que llegaba hasta los muros de piedra que soportaban el tejado. Estaban blanqueados y, como era costumbre, cubiertos de tapices. No eran del rojo vivo, bronce, negro y naranja propios de las tierras altas, sino amarillos pálidos, verdes azulados y marrones con toques grises y negros.

—Pertenece a las ricas tierras de labranza de los valles, con árboles y praderas húmedas de tierra oscura. Sus espíritus son más tranquilos que el tuyo, no están tan atormentados por conflictos y problemas. Él debe casarse con la Doncella de las Flores o la tierra se precipitará a la ruina y la desolación.

—¿Y el dragón? Me está esperando.

—Ya me encargué de eso. En estos momentos nada con un grupo de ballenas grises, aprendiendo sus canciones, al amanecer, cuando las primeras luces transforman el agua en un espejo de colores y reflejos.

Fui presentada a la familia.

El señor era alto y delgado, tirando a rubio. Tenía graves heridas en el hombro y el brazo. Sus ojos eran dos pozos donde se reflejaba su dolor. Me acordé de que había visto a pájaros carroñeros volar en círculo sobre una placa de piedra cerca de la costa. Su hijo había muerto.

Hice una reverencia.

—Mi señor.

—Éste es Risderd —dijo ella.

Alargó la mano izquierda.

—Me temo que no estoy preparado para recibir invitados.

Estaba tumbado de espaldas sobre la cama. Su mujer descansaba a su lado.

—Ella, mi Aine, está dormida. Anoche sufrió mucho. Os lo ruego, dejadla descansar ahora.

—Por supuesto —respondí muy suavemente—. Y no soy vuestra huésped, aunque tengo el honor de ser vuestra sirvienta, por el momento.

—Una muchacha muy educada —susurró a mi señora.

—Sin duda. Estaba en lo cierto.

El hijo pequeño, que no debía de tener más de diez años, dormía al lado de sus padres. Tenía una magulladura bastante importante en la frente y en la mejilla. Estaba sollozando.

—Mi hermano... —dijo—. Dormíamos juntos. Me desperté y alargué la mano hacia su sitio, pero ya no está.

Me alejé de la zona de la casa donde dormían y volví junto al hogar. Era extraño, pero ya estaba familiarizada con los utensilios de cocina. Un molinillo, un trébede, una piedra para amasar y una olla de bronce. Sólo una diferencia. Kyra y yo cocíamos el pan sobre una piedra caliente, mientras que ellos utilizaban un cuenco de arcilla con un dibujo por la parte de abajo.

En un tarro de arcilla con tapa estaba el trigo y la cebada. También había agua del manantial, que pasaba al lado de la casa en forma de arroyo. Encontré una jarra para la leche y una vasija con mantequilla en agua, para que se mantuviera fría.

Molí el grano, que no era tarea fácil, pero el molinillo era tan bueno que acabé enseguida.

Mezclé la leche y la mantequilla como en casa, con la única diferencia de que esta mezcla tenía más trigo, porque éstos eran buenos campos de labranza, no como los de las tierras altas, frías, lluviosas, siempre cubiertas por la niebla. Puse las gachas sobre las brasas para que se hicieran y, mientras, empecé a hacer el pan.

Un par de brazos pequeños, calientes y suaves me cogieron por el cuello. Aquellos bracitos no me sobresaltaron ni me asustaron. Recordé que «la señora» había dicho que había dos niños. La pequeña olía a pan recién hecho. Y a sueño.

—¿Mi tía ha ido a la buscarte? —me preguntó.

—Sí, supongo que puede decirse así.

Entonces dejé caer el pan sobre la tabla de amasar, me sacudí la harina de las manos y, dándome la vuelta, la abracé.

La niña estaba un poco mimosa. Se ponen así cuando están asustados.

La senté en mi regazo y terminé de amasar el pan del desayuno. A continuación rocié aceite sobre un cuenco de mármol que encontré cerca del fuego, di forma redonda a la masa y la metí en el cuenco, que coloqué sobre el fuego.

—Eso ha sido un descuido por tu parte —dijo mi señora, y me di cuenta de que había estado observándome todo el tiempo—. Tendrías que haber calentado el cuenco antes.

—Ya lo sé. El pan podría pegarse. Kyra no me habría dejado hacerlo. Pero... —dudé un momento, después tiré del pan con las yemas de los dedos, un truco más difícil de lo que parece.

—No se ha pegado —dije.

La niña seguía en mi regazo, pues yo estaba sentada con las piernas cruzadas junto al hogar.

—Mmmm... —dijo mi señora—. Descarada o no, eres una jovencita muy bien

criada.

—Eso espero. Kyra, madre y Dugald lo hicieron lo mejor que pudieron. Pero eso no es lo más importante, ¿no? —dije mientras sacaba el pan del cuenco y metía más masa.

—No —respondió mientras servía un poco de las gachas que había hecho en un cuenco—. Me temo que necesitarás algo más que buenas maneras y ser trabajadora para dominar esta situación.

Di la vuelta al pan que se estaba haciendo, que ya tenía una fina corteza dorada en uno de los lados. Cuando también se hizo el otro, lo puse en un plato con el primero.

Ella, que hasta entonces había estado agachada a mi lado, se levantó.

—Serviré a la familia, voy a ver si puedo hacer que coman algo.

—Yo también tengo hambre —dijo en voz baja la niña desde mi regazo.

—Ya lo sabemos, pequeña —le dije.

Mi señora me alcanzó un pequeño cuenco de cerámica decorado con ondas blancas y el dibujo de un pez en negro en el fondo.

—¡Ése es el mío! —exclamó la niña.

—Sí, también lo sabemos —le respondí.

—Papá dice que tengo que comerlo todo hasta que vea el pez. Así que no echés tanto que no pueda llegar hasta el fondo —añadió con tono imperioso.

—No lo haré —le prometí, mientras servía gachas en el cuenco y lo enfriaba con un poco de leche.

Después cogí un trozo de masa más pequeño que los demás y lo puse al fuego. Mi señora regresó.

—El señor se está recuperando bien. Pero su esposa tiene fiebre y el niño se volvió contra la pared en cuanto entré y dijo que no quería comer nada. Pero se la voy a llevar de todos modos.

—¿Cómo se llama? —pregunté señalando a la niña.

La pequeña me miró fijamente con cara de desaprobación.

—Sé mi nombre, y yo misma podría decírtelo si te molestaras en preguntármelo.

Mi señora se echó a reír.

—Mis disculpas. ¿Cómo te llamas?

—Treise.

—Es un buen nombre para ti, significa «fortaleza».

—Ya lo sé, por eso me lo puso papá. Dijo que ya sabía muchas cosas desde muy pequeña.

La besé en la cabeza y la senté a mi lado. Le di las gachas y saqué el pan del cuenco. Soplé para enfriarlo.

Ella alargó el brazo.

—Puedo hacerlo yo misma. No lo comeré hasta que se enfríe.

—Muy bien —le contesté, pero esperé unos minutos para dárselo porque no me fiaba del todo de que lo hiciera.

Pero me equivocaba. Se aseguró de que estaba frío y entonces empezó a comer las gachas mojando el pan.

La señora llenó más cuencos con gachas y cogió más pan. Sirvió al resto de la familia.

Cuando volvió, tomó su desayuno conmigo y después fregamos la olla donde había hecho las gachas con pan y mantequilla.

—Aquí tendría que haber más gente. Sirvientes, doncellas, guardianes. Ésta es una casa noble —me quejé—. No puedo encargarme de todo yo sola.

—¿Qué? ¿Ya estás agobiada por el trabajo? —me preguntó sarcásticamente—. Además, éste no será tu trabajo. Ya te dije lo que tenías que hacer. En realidad no se espera que seas su sirvienta, sino su salvadora.

Entonces se levantó y cogió los platos que habíamos utilizado para lavarlos en el arroyo.

«Su salvadora», pensé, y puse los ojos en blanco. Qué alegría. No sabía por dónde empezar. La cabeza me daba vueltas, pensando sin parar. Maeniel, Zarpa Negra, madre y yo habíamos salido a cazar muchas veces. ¡Caballos! Sí, los romanos los montaban, aunque nosotros a veces nos alimentábamos de los ponis salvajes que vivían en los yermos. Había grandes felinos, aunque ya no quedaban muchos a veces se encontraban algunos, y a veces había que matarlos. Leones, osos y jabalíes.

Por ejemplo el año anterior tuvimos que dar caza a un oso. El animal estaba tullido, otro cazador le había herido en una pata delantera. Ya no era más que un peligro para las ovejas, pero no era un adversario que se pudiese menospreciar.

Aquello no era como esas jornadas de caza de la aristocracia, sin ningún peligro y todo precioso, tras las cuales vuelves a casa, donde te espera una buena cena y una cama caliente; sino expediciones extenuantes por las zonas más inexploradas de las tierras altas.

Una vez Zarpa Negra y yo perseguimos a un ciervo durante dos días porque Maeniel, nuestro cazador supremo, nos repetía hasta la saciedad que debíamos acabar lo que empezábamos y nunca dejar a un animal malherido que muriera después de una larga agonía.

Mi mente repasaba trampas, fosas y cepos. A otro oso lo habíamos atrapado en una fosa. Las preferencias de éste no eran las ovejas, sino los pastores. Aquélla me pareció la mejor solución. Una fosa llena de estacas afiladas.

Pero eso implicaba que tendría que seguir a la criatura y aprender algo sobre sus costumbres.

Maeniel había hecho eso en el caso del oso sediento de sangre. El problema era que yo no me puedo transformar en lobo, y aunque puedo ser casi tan silenciosa como ellos, si aquella criatura se percataba de mi presencia, me convertiría en su próxima merienda. El riesgo era tan grande que no aguantaría lo suficiente para saltar la trampa.

Sacudí la cabeza. Mal. Muy mal.

—Estás preocupada —dijo Treise.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo en tu cara. Mi padre dice que preocuparse no sirve para nada bueno, así que déjalo.

La señora seguía en el arroyo ocupándose de los platos del desayuno.

—¿Puedo salir fuera a jugar?

—No —le respondí demasiado rápido, y entonces me di cuenta de que podría alarmar a la niña.

Yo estaba asustada, pero no transmitiría mi miedo a la niña, al menos no del todo. Le podía decir que tuviera cuidado, pero no asustarla tanto que se quedara inmovilizada por el terror.

Una vez fui testigo de una discusión sobre ese mismo tema a tres bandas entre Kyra, Maeniel y Dugald.

—Vivir implica un riesgo, y tiene que aprender a enfrentarse con él de forma racional —opinaba Maeniel.

Dugald estaba más a favor de aterrorizarme sobre ciertas cosas, pero Maeniel no veía ninguna ventaja en ese planteamiento. No estoy muy segura de lo que defendía Kyra, excepto que dijo: «El paraíso del ignorante es un paraíso al fin y al cabo. Yo no habría conocido la felicidad si me hubieran dicho cómo terminaría». Después se puso a llorar y todos dejaron de discutir e intentaron consolarla.

Bueno, riesgos no era lo que me faltaban en ese momento. Pero, sobre todas las demás, la actitud que prefería era la de Maeniel. Mientras viva, viviré. Mientras tanto, había mucho que hacer.

Había que limpiar las cenizas del hogar y ordenar los utensilios de cocina. La señora volvió con los platos, y había que ponerlos en su sitio, cerca del fuego. Se guardaban cerca del gran árbol que ocupaba la parte central.

Tenía que hacer una ofrenda junto al tronco: aceite, vino y pan. Barrer el suelo de madera, alimentar a los animales, airear las camas y lavar la ropa sucia que hubiera. Más tarde tendría que resolver la comida ligera que se tomaba al caer la tarde y otra más consistente por la noche. Y además, que no era algo como para olvidarse, descubrir la manera de matar a aquella maldita criatura.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunté a la señora.

—Yo iré a ocuparme de los animales, y lavaré la ropa. Traeré leche. ¿Sabes batirla y hacer requesón?

—Sí, gracias a Kyra sé hacer todas las cosas propias de las mujeres.

—Muy bien. También puedes barrer el suelo y regar el huerto. —Señaló la puerta del sur.

Un gran huerto resplandecía bajo el sol. Algunas de las plantas empezaban a marchitarse.

—Está cercado, pero ¿y los ciervos? —pregunté—. No tienen perro.

Se rió con una risa poco agradable.

—Hace unas pocas semanas había dos. Pero desaparecieron.

—¡Oh!

—Cuando se haga más tarde tenemos una tarea más peligrosa. Tenemos que ir a recoger bellotas, un saco entero para los cerdos. Los que quedan. Sólo quedan dos machos, la cerda y su cría desaparecieron más o menos cuando los perros.

—¡Oh! —repetí, y no paraba de pensar en la pequeña—. Madre mía.

Sentí a Treise contra mi vestido y me cogió la mano izquierda con fuerza. Mi señora encontró mi exclamación infantil muy divertida y dejó que se le escaparan unas cuantas carcajadas.

—Treise, quédate cerca de mí. Hoy voy a necesitar tu ayuda. Salgamos a regar el huerto —dije.

Treise me soltó la mano, pero me seguía tan cerca que parecía mi sombra.

El huerto estaba en una cuesta poco empinada y bien explotada. El arroyo corría cerca, en su camino hacia el mar.

Aquel hombre era un buen agricultor. Me gustan los huertos, y Kyra y yo habíamos tenido uno cerca de casa, en una de las terrazas de la costa. Cultivábamos puerros, cebollas, nabos, ajos, romero, salvia, zanahorias y verduras. Allí tenían un clima mucho más templado y la tierra era más rica que la nuestra. Y él la había sabido explotar.

El cultivo estaba plantado en hileras altas, y pude descubrir la razón cuando llegué a la verja. Habían construido un pequeño dique para desviar el cauce del arroyo hacia el huerto y así regarlo cuando hacía calor y estaba un poco seco, como sucedía en ese momento. Al otro lado del arroyo habían construido un vivero que consistía en un estanque de tierra, para tener peces.

Era un lugar bonito, aunque peligroso. Estaba rodeado de aneas, berros y lirios acuáticos amarillos. Un grupo de sauces mimbreros crecía en un extremo cercano al bosque. Los árboles hacían sombra.

Me dio un escalofrío y volví a concentrarme en mi trabajo. Levanté la tajadera y el agua empezó correr por una zanja que conducía al huerto.

Busqué con la mirada una puerta. La verja era un lío de bayas cubiertas con espinos y flores blancas. Cogí a Treise de la mano y empecé a seguir la verja, mirándola atentamente. No encontré ninguna entrada, y el sendero cada vez se acercaba más al bosque. Así que volví sobre mis pasos hasta que llegamos a la zanja. Pensé que tendría que decidir si el huerto ya estaba bien regado desde fuera, y buscar más tarde la puerta, entonces Treise me tiró de la mano.

—Mira, qué divertido. Nunca había visto algo así. ¿De qué son? —Señalaba unas huellas grandes de tres pies sobre el barro, cerca del agua.

No seré muy dura conmigo misma. Me parece que cualquiera habría tardado lo mismo en estudiar las huellas y llegar a la conclusión que era evidente. Todavía estaba desconcertada cuando vi por el rabillo del ojo que algo se movía, la cabeza enorme de un reptil cayendo no sobre mí, sino sobre el bocado mucho más tierno que

estaba a mi lado, Treise.

Apreté su mano y la lancé bajo los espinos que cubrían la verja.

—¡Gatea bajo los espinos! —grité.

Entonces aquel animal me mordió en el hombro derecho y sentí que unas garras ásperas me cogían por la cintura.

«¡Voy a morir! Pero antes le heriré», pensé.

No soy muy alta. Podía ver el ojo, bajo la luz del sol, amarillo nacarado como oro fundido, con la pupila como la de una víbora. La mandíbula abarcaba todo mi hombro y el pecho derecho. Me imaginé que sus dientes amarillentos, largos y afilados, me triturarían el hueso. Trituraron algo, pero no el hueso.

Estaba muerta. Sabía que aunque aquella criatura no me comiera, moriría a causa de las heridas.

«¡Hiérole! ¡Haz que lo pague caro!», me retumbaba en el cerebro.

Moví el brazo derecho dentro de la mandíbula del animal y sentí la carne de su cuello. Se me oscureció la vista al lanzar todo el poder que tenía en mi mano derecha.

El mundo desapareció. ¿Cómo se siente un rayo cuando relampaguea entre las nubes hacia la tierra? Yo lo sé, porque por un momento fui el canal de ese poder salvaje, voraz y abrasador.

Incluso desde el lugar remoto al que mi alma había huido, oí el grito de aquella cosa. Golpeé el suelo con fuerza, y me di cuenta de que, igual que un depredador que se mete un insecto nocivo en la boca y se da cuenta demasiado tarde de que no es comestible, el animal me había escupido y huía, cruzando el estanque hacia el bosque.

Me senté. Quería estar segura de que todavía podía. Entonces me di cuenta de que la coraza verde que había protegido mi mano derecha de los espinos ahora se extendía por todo el cuerpo. Un magnífico patrimonio. Si mi padre no me dejaba nada más, aquello bastaría para demostrar su reconocimiento.

Casi no me atrevía a mirarme el hombro y la mano derecha. No habían corrido demasiada suerte. En el hombro y el pecho tenía magulladuras profundas, el rojo se había vuelto morado.

Mientras me observaba, las enredaderas verdes que me cubrían la piel volvieron a su color de siempre, más pálido.

Cuando levanté la vista, ella estaba allí con Treise en brazos, y mirándome asombrada.

—En todos los años que he perseguido a esa bestia y he intentado destruirla, nunca había visto un superviviente que además lograra hacerle tanto daño.

—Está vivo, así que también puede morir. Creo que puedo descubrir cómo, pero necesitaré tu ayuda.

Me ayudó a levantarme, y fui hasta la casa. Cuando crucé la puerta, Treise gritó y alargó los brazos hacia mí.

La cogí y le di un beso.

—Haz las ofrendas —me dijo la señora.

Ven, Treise —dije a la niña—. Tenemos que dar gracias.

La conduje hacia el árbol. Un roble centenario, cuyas raíces se agarraban a la tierra como garras o dedos nudosos. Disfrutaba de un lugar en el centro de la casa, rodeado de guijarros, seguramente de la playa, que adoquinaban el suelo. Sobre las raíces se alzaba el poderoso tronco, la parte central tan ancha como la distancia de la cabeza a los pies de un hombre alto. Entre dos raíces, los guijarros formaban una vasija para las ofrendas.

La señora llevó miel, aceite e hidromiel.

Me arrodillé y senté a Treise sobre una de las raíces. Alcé los brazos en la postura de invocación. Todavía no había dejado de temblar. El hombro derecho del vestido estaba rasgado, y las heridas me cubrían todo el hombro y el pecho derecho. Los colmillos de aquella criatura no habían llegado a clavarse del todo, pero tenía arañazos profundos en muchos sitios y la sangre me corría sobre el estómago y la ingle. Por algunas partes goteaba sobre los guijarros.

—Estoy viva, y por eso doy las gracias.

Fuera, el viento murmuraba entre los árboles y parecía que me estaba contestando.

—Ahora debo matarlo —continué—, pero no invocaré tu bendición en la muerte. Sabes tan bien como yo que hay veces que es necesario.

Tras estas palabras ofrecí la miel, el aceite y el hidromiel a las raíces. Era un obsequio, un simple obsequio, de lo que poseemos a lo que representaba el árbol.

Treise estaba callada. Estaba sentada sin moverse, mirándome con sus enormes ojos oscuros.

Cuando terminé, la levanté, me incorporé y miré a la mujer.

Ella asintió con un gesto de aprobación. Como virgen pertenecía a ella, y, de algún modo, ella a mí.

—¿Hay un taller? —pregunté.

—Claro. Todas las casas de labranza tienen uno. Pero recuerda que no tienes mucho tiempo.

—¿Cómo? ¿Y cuánto?

—¿Cómo? —Se quedó pensando un momento—. ¿Has visto alguna vez cómo se curva un árbol joven para hacer una trampa?

—Sí —respondí desconcertada.

—Bueno, pues algo así hice con el mundo para traerte aquí. Aunque las fuerzas implicadas son enormes, ceden bajo mi presión. Tarde o temprano se liberarán, como el árbol, saltarán y te devolverán a tu hogar. ¿Cuánto...? Como mucho unos días.

—Entonces debemos darnos prisa. ¿Dónde está el taller?

Treise me condujo a él.

Los talleres son necesarios en todas las casas de labranza. Hay que reparar las herramientas, arreglar los arneses, hacer el jabón, secar el mimbre y cortarlo a la

medida necesaria, hacer leña de los troncos, secar la madera para hacer verjas, curtir la piel, tejer las redes y alisar los anzuelos; los mil y un trabajos que surgen en una casa de campo.

El rey era un hombre ordenado. Las herramientas colgaban de un banco limpias y relucientes, cada una en su sitio. A lo largo de otro muro estaban apiladas las cosas que quedaban de las matanzas y la siega, lo que sobraba en los días de rutina de la vida de toda casa de labranza: madera, pieles, cuernos, tendones, huesos, tarros con grasa, piezas de madera demasiado buena para ser leña, demasiado pequeñas para hacer muebles.

Aquello era todo lo que necesitaba.

Le describí lo que quería construir.

—Nunca vi un arma así —me respondió.

—Me parece que todavía no hay ninguna en el mundo, y si la hay, son muy pocas y están muy lejos.

Asintió.

—Por eso te fui a buscar. Necesitaba ideas nuevas.

Nos pusimos manos a la obra.

Había un torno. Yo empecé a hacer la primera pieza más importante con un trozo de madera de fresno que encontré. Ella comenzó a dar forma al tendón y los cuernos. Treise se sentó en el suelo e hizo panes con barro.

La madera era tan dura como la piedra. Tuve que afilar varias veces la navaja de bronce, pero al final logré darle la forma que quería.

Ella había trabajado con el tendón y los cuernos. Me agaché al lado de Treise y extendí todas las piezas en el suelo, intentando recordar con exactitud cómo las unía Maeniel.

—Necesito cola —dije—. Ahora necesito cola.

—¿Cómo se hace la cola? —preguntó Treise.

—Con los cuernos, las pieles y las pezuñas de los animales. Lo más importante son las pezuñas.

Risderd tenía muchas.

—También necesitaremos una olla.

La señora me miró exasperada. Las dos estábamos sucias y sudábamos.

—Ahora cola —dijo.

—Es de la única manera que sé hacerlo.

—Pues tendrás cola. Pero ahora vamos, hay que atender a la familia.

Risderd estaba levantado y deambulaba por la casa. Cuando lo vio cerca del hogar, la señora me arregló el vestido y el peinado.

—He venido a buscarte, Eline. Mi esposa se encuentra muy mal y tiene mucha fiebre.

Las dos fuimos a donde la mujer dormía. Tosía y se movía, los vendajes del brazo se le habían aflojado y estaban empapados de sangre.

—Estate tranquila —dijo mi señora, y posó la mano sobre la frente de la mujer.

La esposa del principal se incorporó y le cogió la mano.

—Eres amable, y cuando me tocas, me baja la fiebre. Pero —continuó con expresión interrogante—, yo no tengo ninguna hermana.

—Sí, sí, sí que la tienes —le aseguró—. Pero en su momento, cuando llegó el momento de su encarnación, no vivió lo suficiente para respirar. Pero te quiere y ha sido durante mucho tiempo tu hermana, y lo volverá a ser, cuando sea el momento. Me pidió que te ayudara. Y ya es el momento. Me estoy batiendo con ese ser tenebroso, Bade. Ésa es su criatura.

—¿Por qué nos acosa de esa manera?

—Sssh..., hermana. No atormentes tu alma —besó a Aine en la frente y se dirigió a mí—. Tráeme algo de sopa y agua.

Lo de la sopa era fácil. Ya la había preparado a fin de que estuviera lista para la cena. Lo del agua, eso me daba algo más de miedo.

Me acerqué al hogar y serví algo de sopa en un cuenco. Se lo di a Treise, diciendo que se lo llevara a su madre, y cogí un caldero de madera.

Risderd estaba sentado en la mesa baja donde la familia acostumbraba a comer.

—Yo en tu lugar no saldría afuera. Algo, no puedo decir el qué, vive entre los juncos al lado del estanque. Le gusta el pescado.

—Ya veremos —contesté, y salí con paso resuelto.

Fui al arroyo, pero no por donde pasaba cerca del huerto. Sumergí el caldero justo sobre el estanque de patos, y después volví a la casa. Sentí sus ojos clavados en mí, y la inteligencia fría y cautelosa que se escondía tras ellos. El principal tenía razón, los juncos se movieron como si algo me observara entre ellos.

Tal vez los peces fueran presas más fáciles. Yo lo había herido.

Llevé el agua, y ella le lavó la cara a Aine.

Las dos juntas preparamos la comida para los hombres. Finn, el niño más mayor, salió. Me di cuenta de que el principal había cerrado la puerta del oeste, que miraba a las montañas, por donde volaban los pájaros carroñeros, y recordé a su otro hijo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—Ardal, «valeroso». Y su valentía hacía justicia a su nombre. Si él no se hubiese sacrificado, ninguno de ellos habría podido sobrevivir.

Cuando servimos al señor y su hijo, se levantó y nos hizo una reverencia.

—Os ruego que compartáis con nosotros la cena, en muestra de gratitud por vuestra ayuda a mí y a mi esposa.

Envió a Treise con su madre, diciéndole que nos llamase si Aine necesitaba algo.

Nos sentamos en los cojines de lino que rodeaban la mesa baja.

Yo había hecho requesón, sopa y pan y bebimos, como correspondía en una mesa de un hombre distinguido, hidromiel.

Hidromiel, sí... bueno, hidromiel... hay de muchos tipos. Aquél era el de otoño, con un toque de manzana silvestre, cereza, membrillo e incluso algo de trigo y

cebada, aunque con la suficiente miel para que se diferenciara de la cerveza. Era una bebida rica y embriagadora, más adecuada para una fiesta que para un funeral.

El señor alabó nuestras cualidades como amas de casa. Me agradeció que hubiera regado el huerto, pero no hizo mención a lo que había sucedido mientras me encargaba de esa tarea. Era imposible que no se hubiese dado cuenta de que todo mi costado derecho estaba cubierto de heridas. Hablamos de caza, pues el guiso era de liebre. Sobre la caza mayor y menor que había en la zona, y las maneras de cazar o colocar trampas. El ganado, del que se sentía muy orgulloso, y la ternera recién nacida, que añadía valor a su vacada.

Empecé a pensar que los problemas lo habían vuelto loco, que no entendía bien la situación en la que él y su familia se encontraban.

Sin embargo había algo en lo que Kyra, Dugald y el Vigilante Gris siempre estaban de acuerdo, y era la cortesía. Uno se la debía a sí mismo y a los demás.

Él estaba representando el papel de anfitrión perfecto, y nosotros por nuestra parte éramos los huéspedes encantadores. Y entre todos mantuvimos una conversación superficial y divertida hasta que terminamos de comer.

Cuando nos ofreció un surtido de frutos secos fritos con sal, Finn se levantó, tembloroso, se dirigió a la puerta occidental y tras abrirla, miró hacia las montañas.

—Propongo —dijo a su padre con una voz que resonó por toda la habitación— que subamos allí y nos unamos a él.

Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. Y es que sabía perfectamente lo que quería decir, aunque no suele pasar. Dugald me había dicho que no era una costumbre muy común, más frecuente en la antigüedad. A veces una persona cercana al hombre o mujer que había muerto no quería dejarlo viajar solo, e iba a donde estaba el cadáver y se unía a él. No sé qué método utilizaban, normalmente se dejaba que él mismo escogiera la forma de morir.

No creo que importara, siendo un solo ser con los cuervos, las águilas y las moscas. Según Dugald, el rito es siempre voluntario. Ni siquiera en los relatos más antiguos había oído hablar de ningún tipo de coerción.

—¡No! —dijo el señor también con voz atronadora—. Ya sabes lo que tengo que hacer. Y harás lo que te diga si eres un hijo leal, porque serás lo único que dejen.

La luz proveniente del oeste alumbraba la casa. Venía cargada de su belleza y su fortaleza... El tronco negro de su árbol protector, los colores preciosos de los estandartes y los tapices, los suelos pulidos, los muebles tallados con maestría que capturaban la unidad del tejido de la vida...

Finn volvió a la mesa y nos dio la espalda, mirando a su padre, con los puños cerrados.

—Esa cosa te matará.

Risderd sonrió, demostrando en cada gesto su nobleza.

—Tal vez. En realidad, casi seguro, pero mi honor exige que recoja el hidromiel de primavera y dé la bienvenida a mi prometida. Cumpliré con mi honor. Si la muerte

no es más que un sueño, siempre hay un despertar. Si no es así, entonces, el durmiente descansará para siempre en paz. Sea como sea, no importa.

»Como eres mi hijo leal —continuó—, me obedecerás. Como soy tu rey, me obedecerás. Como me quieres, me obedecerás —añadió con un tono más tierno.

Finn no decía nada y sacudía la cabeza. El rostro de Risderd era la representación del poder y la belleza bajo la luz dorada.

—Cuando ya esté hecho —siguió diciendo a su hijo—, llevarás a tu madre y tu hermana al lugar donde viva ahora mi pueblo. Y tienes que estar orgulloso, pues eres el último descendiente. Tu madre y tu hermana tendrán buenos matrimonios. Ahora ve y descansa, porque mañana reuniremos las posesiones que podamos, y pasado mañana emprenderé mi camino. Si no vuelvo, sabrás lo que tienes que hacer.

La expresión de Finn iba cambiando. Parecía que quisiese decir muchas cosas, pero Risderd lo había acorralado, según su punto de vista, ante dos invitadas. El pequeño era demasiado tímido para hablar en esas circunstancias y expresar su terrible dolor por, según nuestro punto de vista, la inútil muerte de su padre.

Ella se levantó y yo me apresuré a seguirla. De ninguna manera se podía interpretar como un gesto irrespetuoso hacia ellos.

—Mi señor, ¿querréis comer algo más tarde? —le preguntó.

—Me parece que no —contestó. Se notaba que tenía los músculos agarrotados, se iba recuperando de sus heridas—. Creo que dormiré para guardar fuerzas para mañana. Tendré mucho que hacer...

Ahora el sol entraba por la puerta de Occidente, y la luz era tan brillante que no la podía mirar de frente, como si el cielo acariciara con su resplandor la placa que cubría a su hijo.

—Casi ya no vuelan —dijo en un tono que pretendía ser neutral.

Yo sabía que los huesos del muchacho debían de ser un montón de restos rojizos sobre el suelo.

—Le pondremos bajo el hogar —dijo Finn.

—No. Tú —dijo Risderd enfatizando esa palabra—, tú y yo sabemos que él no había planeado estar ahí. Lo mezclaremos con miel, hidromiel, aceite y especias, sándalo y mirra, lo haremos todo polvo y lo quemaremos. Después dejaremos que el viento se lleve las cenizas a la costa. No lo dejaré aquí, con el tejado y los muros cayéndose, buscándonos en vano.

La luz que entraba en la casa se hacía cada vez más tenue, pues el sol empezaba a ponerse lentamente tras una montaña a lo lejos.

—Si pudieses cerrar la puerta a la oscuridad...

—Lo haré, mi señor —contestó ella haciendo una reverencia.

Yo también hice una reverencia mientras Risderd se iba, apoyado en el hombro de su hijo.

—¡Oh, Dios! —exclamé.

—¿Sí?

—Tengo una idea.

—Menos mal, ya era hora. A mí no se me ocurre nada. Cerremos las puertas y vayamos al taller antes de que este tonto se mate. Se esfuerza por conseguirlo antes de que pueda salvarlo.

—He oído hablar de ese hidromiel. Un buen trago de ese brebaje y esa cosa no se tendrá molestar en comerlo —dije—. Además, llevo todo el día preguntándome por qué esa criatura no hace una visita a la casa.

—No puede entrar en la sombra del árbol. El roble es sagrado y no se puede profanar, ni siquiera Bademagus.

—Ahora es de noche. El roble no proyecta ninguna sombra.

—No importa. Todo a lo que el árbol dio sombra en algún momento está a salvo.

—Menos mal, no me gustaría tener que confiar en estas puertas. No parecen muy resistentes.

—Tampoco puede atraparnos en el taller. Vamos.

Fuimos, e hicimos la cola. No era una tarea demasiado agradable. Es pegajosa, y se engancha en el pelo, debajo de las uñas, en la piel, en la ropa. Ella también era de gran ayuda a la hora de limpiar. Podía hacer desaparecer todas las cosas desagradables con sólo mover una mano. Hacía eso cuando le caía sobre el vestido algún manchurrón.

—Eres una diosa. ¿Por qué no puedes matarlo sin más?

—Una diosa —repitió, interesada, mientras yo trenzaba los tendones, y luego éstos con el cuero—, así me llaman esos griegos. Vivía en una cueva donde construyeron la ciudad. A-thena. La «A» indica género femenino.

—Ya lo sé, Dugald intentó enseñarme algo de griego. ¿De verdad convertiste a aquella tonta en araña?

—Me declaro inocente. No voy a negar que de vez en cuando hice algunas cosillas desagradables. A ver quién quiere ser una diosa si no puedes hacer la vida desagradable, y a veces incluso corta, a algún que otro mamón. Como Bademagus, por ejemplo, que quería robarme mis pozos sagrados.

Rechinó los dientes.

—No se me pondrá al alcance de la mano. Y lo comprendo perfectamente. Lo convertiré en un charquito de meados, si es que alguna vez tengo la oportunidad, claro.

—Estás muy lejos de casa.

—La distancia es relativa. ¿Qué es lo que has oído acerca de esa historia?

Me había pillado.

—La muchacha dijo que era mejor tejedora que tú.

Dejó escapar una risita.

—Menuda proeza. Cualquier humano lo es. Mírate a ti.

—Extiende un dedo —le pedí—. Tengo que hacer un lazo. Maeniel me enseñó.

—Sí, pero eres lo suficientemente inteligente para hacer las cosas sin tener que

seguir el método que aprendiste cuando llega el momento.

—Eso espero.

—Y yo.

Puso el dedo sobre la cuerda y yo hice el nudo.

—Ya está hecha la mitad. Ahora el otro —dije.

—Todo lo que hice por esos griegos fue mantener la paz. No anduve haciendo el tonto convirtiendo a nadie en no sé qué. ¿Sabes lo que se les da bien a las diosas?

—No —respondí.

—Hay algo que siempre hay que hacer para que los acontecimientos sigan su curso. Una piedra balanceándose en lo alto de una montaña puede caer hacia la derecha o hacia la izquierda, a no ser... ¿qué?

Se me erizó el cabello.

—A no ser que le des un empujoncito —dije, aunque estaba pensando que ella podría empujar montañas.

—Pobrecita —dijo dándome palmaditas en la mejilla—. No soy una compañía muy agradable, ¿verdad? En fin, la manera más fácil de decirlo es que di a esos ingeniosos y exasperantes griegos un empujoncito. Propicié una tregua en mi santuario, porque algunos idiotas me recordaban un poco a tu pueblo; cuando no estaban de cháchara, estaban luchando. Necesitaban dar un descanso a sus temperamentos belicosos, para que se concentraran en otras cosas. Y mi plan funcionó. Por otra parte, disfrutaba con sus ofrendas, me gustaban los vestidos nuevos (las mujeres me hacían uno todos los años) y, en general, me agradaba su compañía. Eran unos individuos muy estimulantes, y cuando las cosas estaban así de tranquilas, miré más allá del mar Egeo.

»Me pidieron que adivinara el futuro —continuó—. No soy mejor que la mayoría para esas cosas, pero, desgraciadamente, hay veces que es bastante fácil. Recuerdo una cosa graciosa, una mujer casada con, no uno, sino tres amantes.

Me eché a reír.

—Como ves, algunas cosas deberían ser obvias.

—Entonces explícame por qué Risderd tiene que morir si no consigo matar al monstruo.

Se alejó de mí, fuera del haz de luz de la lámpara.

—Porque es rey, señor, marido... las palabras son limitadas.

—Intenta superarlas.

Se echó a reír.

Dejé el arco en el suelo, y me puse de cuclillas, rodeando las rodillas con los brazos, mientras daba golpecitos en el suelo cubierto de polvo con los dedos.

—¿Por dónde podría empezar? —Se volvió un poco hacia mí, hasta quedar de perfil—. ¿Con la explicación de reyes? No, sería demasiado larga y complicada. Lo haré sencillo. Debe casarse con la Doncella de las Flores. Eso era lo que intentaba hacer cuando Bade envió al monstruo para matarlo. Su pueblo, los atrovintos, son

buenos guerreros, pero huyeron como villanos en cuanto Risderd fracasó en su misión. Sólo queda él y su familia.

»Su boda con la Doncella de las Flores —continuó— legalizaría las propiedades que su pueblo tiene por aquí. Sus tierras, en otras palabras. Su fracaso significa que no pueden exigir el derecho a tener estas tierras.

Dio una patada contra el suelo y señaló hacia abajo.

—Esta misma tierra. La unión con la Doncella de las Flores les proporcionaría su propiedad. Ella representa la soberanía. Si él fracasa, queda mermado; lo convierte en algo parecido al Rey Pescador, que no podía explotar la tierra bajo ningún concepto. Y si él no puede, su pueblo tampoco.

»Cree que lo mejor para él es la muerte —siguió explicándome—. De ese modo, el pueblo puede elegir otro principal, tal vez uno que pueda derrotar al monstruo. Por eso beberá el hidromiel de primavera, irá hasta donde mora esa criatura...

—Esa cosa horrible lo destrozará —terminé yo la frase.

—Así es —respondió.

—¿Y qué pasará después?

—Mmmm. —Se lo pensó con cuidado—. Cuando muera, su pueblo huirá, dejando a Bade como único poseedor de estas tierras. Intentarán comenzar una nueva vida en otro lugar.

Miré el arco. Estaba terminado, la vara central conectada al tendón y los huesos elásticos, y las partes torneadas a cada extremo estaban también atadas y sujetas con cola. Siguiendo el proceso normal de construcción, los nudos se cortarían una vez que la cola estuviera seca, pero yo lo había preparado de tal manera que pudieran dejarse. La cola tardaba una semana o más en secarse, y después de todo lo que había pasado aquel día sabía que no dispondría de tanto tiempo.

—Una herramienta muy poderosa, ésa —dijo señalándolo.

—Sí. Lanza flechas con una fuerza increíble. Sobre todo si lo utilizas de cerca, que es lo que pienso hacer. Ahora necesito flechas.

Había estado un tiempo sopesándolo, y había terminado por decidir que prefería la calidad a la cantidad. Necesitaba que aquellas flechas se clavaran muy hondo. Aquella criatura no era un ciervo que saldría huyendo. Tenía la impresión de que podría acribillar a aquel bicho con tantas flechas que acabara pareciendo un alfiletero, que aun así seguiría atacando y suponiendo un peligro, aunque ya no fuera letal.

Empezamos a hacer flechas, y dejamos de hablar tanto, porque las dos estábamos muy ocupadas. Tallé las puntas de hueso de la manera que Maeniel me había dicho que eran las mejores para las lanzas, si es que no se tiene metal. Y en aquel lugar no había.

Con hueso o piedra se hacen triángulos anchos, pero muy finos, y después se afilan las puntas y los lados. Parecen hojas, sólo los extremos son afilados como navajas. No es necesario molestarse en hacer púas, porque penetran muy profundo, y el impacto y la hinchazón evitan que se puedan arrancar con facilidad.

Mi señora también trabajaba. El bronce es el metal más difícil de afilar, así que ella lo afilaba mientras yo tallaba.

Cuando terminamos ya estaba casi amaneciendo, y sólo tenía cuatro flechas. Pero pensé que podrían bastarme. No me entretuve en hacerles muescas, porque no iban a ir muy lejos y no quería darles efecto.

—Será mejor que duermas un poco —me dijo, mirándome desde la muela.

Me miré los dedos, llenos de ampollas y heridas, y coloqué las flechas en la mesa de trabajo.

Me acercó una manta, me envolví en ella y me dispuse a acostarme allí mismo.

Algo me vino a la memoria. «Se dice que sólo un héroe puede salvar al Rey Pescador».

Alcé la vista y sus ojos brillaban de forma extraña, un poco como los de los dragones a la luz del sol, un fuego opalescente bajo la última luz parpadeante de la lámpara.

—¿Por qué crees que Dis Pater envió al jabalí para buscarte?

No respondí.

No recuerdo haberme acostado, sólo que sus ojos eran dos lagos de luz y oscuridad, un mar de sueños y pesadillas. Me sumí en ellos.



CAPÍTULO 10

Se despertó con la certeza de que lo habían estado observando. El miedo le pesaba como una piedra en el estómago, le atenazaba la garganta. Estaba tendido bajo un acebo, y los pinchos de sus hojas se le clavaban a través de la sencilla camisa que llevaba. Estaba bocabajo. Se movió y las hojas le volvieron a pinchar.

Al despertarse, se arrastró sobre su estómago hasta que salió de debajo del arbusto, y entonces se puso de rodillas. Se protegió con la mano izquierda de manera instintiva. Cuando miró la derecha, supo por qué. La tenía hinchada y había dos marcas rojas y con restos de sangre en el dorso, donde se le habían clavado los colmillos.

Probó a mover los dedos, y sintió un intenso dolor. Se dio cuenta de que no podría volver a utilizar esa mano con normalidad durante un tiempo.

Le había mordido una serpiente.

¿Le había mordido una serpiente? No lo sabía, estaba confuso. Le costaba mucho trabajo pensar. Pensar y ver. Cuando intentaba mirar alrededor, la luz lo cegaba. Pero veía lo suficiente para darse cuenta de que estaba en un bosque.

Estaba de rodillas junto al acebo, que crecía junto a un montón de ramas caídas, cerca del tronco de un enorme roble, derrumbado por un rayo.

Justo detrás de la maraña de ramas de lo que había sido la copa del árbol, había un lago. Desde donde estaba veía el reflejo del cielo en la superficie.

Se puso de pie tambaleándose. Trató de caminar por la simple razón de que sabía que no podría gatear. Estaba seguro de que su mano derecha no soportaría el peso. Necesitaba beber desesperadamente. Sentía la lengua como una lija.

No se equivocaba. Cuando estuvo de pie se sintió tan mareado que apenas podía sostenerse. Pero tenía tanta sed que logró llegar al lago tambaleándose, cayó de rodillas, se tumbó, y bebió.

Lo miró desde el fondo.

Se apartó con tanta rapidez que se apoyó sin querer en la mano derecha, y un dolor insoportable le recorrió todo el brazo, seguido de unas náuseas terribles.

Volvió a tumbarse, giró sobre sí mismo y cerró los ojos.

Ella estaba allí.

Podía ver su rostro como si estuviera delante de él. Joven, los rasgos de mujer todavía mezclados con los de la niña. Casi, todavía no, preparada para el amor. La piel como pétalos de rosa, los cabellos hilos de oro, los labios como los escaramujos

en otoño, y los ojos dulces y azules como el cielo estival.

Algo en su interior se rió de sí mismo. Todas aquellas banalidades poéticas, todo aquel amor...

Recordó las palabras de alguien de la sociedad de guerreros: «Mujeres. Sí, siempre hay mujeres. Mujeres para el placer, mujeres para criar (éstas son muy importantes). Mujeres para trabajar, todas esas cocineras y lavanderas incansables. Esas tareas tan necesarias y monótonas en las que las mujeres son expertas. Mujeres. Que no os preocupen las mujeres».

Sus ojos se clavaron en los suyos. Sí, eran el cielo estival, un arco de nubes y luz cristalina sobre un mundo amable y verde. El olor de los caballos, de la piel de las sillas de montar, de los perros de caza. El humo de las hogueras de la cocina, de la carne de venado, del jabalí sobre el fuego; salmones saltando en los ríos o ahumándose sobre las brasas. Todas las cosas buenas de la vida. Los compañeros, los amigos, la comida, la bebida, incluso los retos a muerte. El brillo del filo de las dagas, las espadas, las lanzas, bebiendo de la luz que se refleja en sus hojas. Todo... todo en aquellos ojos dulces, azules.

Por un momento desapareció el miedo y la ansiedad, y lo inundó la paz. Entonces recordó lo que había visto en el agua y el miedo lo golpeó como un latigazo.

Abrió los ojos, miró la superficie y el fondo del lago.

Se preguntó si aquellas aguas serían venenosas, porque no era sólo una, eran por lo menos una docena las calaveras que lo miraban desde el fondo con la expresión vacía de la muerte.

Recordó un chiste morboso que alguien le había contado: ¿Por qué las calaveras nunca te quitan la vista de encima? Porque no pueden cerrar los ojos.

Un pájaro pequeño, parecido a un pinzón gris y negro, se posó en un lirio y bebió. Después, se alejó volando.

El agua era cristalina, por eso las había descubierto tan rápidamente. Podía ver el fondo.

Estaban esparcidas entre las piedras, mirándolo. Por lo menos una docena de calaveras. Era extraño que todas estuvieran orientadas hacia él. Ninguna estaba de perfil o de espaldas. Estaba seguro de que podría decir si estaban mal colocadas a partir de las piedras del fondo. Pero ninguna lo estaba. Todas miraban hacia el cielo o hacia él a través del agua cristalina. Volvió a beber.

No, los antiguos cadáveres no habían contaminado el agua. Se sintió mejor, mucho mejor. Entonces se le ocurrió que el agua podría aliviarle el dolor de la mano, y la metió en el lago lentamente.

Sí que lo alivió, le refrescó la piel caliente y debilitó las palpitaciones que sentía.

Suspiró, un suspiro de alivio y desamparo, y entonces se dio cuenta de que el bosque se había quedado silencioso.

No, eso no era muy buena señal. Era un hombre del bosque experimentado, pues se había criado en un mundo en el que los bosques centenarios todavía eran comunes

y poblaban muchas tierras, extensiones interminables vírgenes del hacha y el fuego del hombre. Donde la caza era una necesidad reconocida, y servía de sustento principal para los pocos hombres dispersos que vivían allí.

Conocía el bosque.

Los trinos de los pájaros cesaron, y en un árbol cercano a él un grupo de ellos huyó volando como si un ruido lejano los hubiese asustado. Hizo lo que hacen los humanos: se puso de pie.

Se encontraba en un claro del bosque, con maleza y suelo de fina piedra. No podía ver nada, excepto una especie de temblor en el aire, parecido al que se forma sobre el fuego.

Se estaba acercando. Y él temblaba por dentro.

Un cervatillo pasó a su lado, saltando por encima del extremo alargado del lago. A lo lejos se oía el murmullo de los arbustos y los árboles a medida que se desplazaba entre la maleza, directo hacia él.

Se agachó y bebió deprisa, formando un cuenco con las manos. El viento cambió de dirección un momento, y le llegó el olor pesado y espeso de la putrefacción. Un búho, despierto en mitad del día, pasó planeando ante él, y supo qué camino debía seguir. La dirección que tomaban todos los animales que huían ante él.

Pero él era especial. Él era la presa.

Ya había estado allí, antes de ese extraño despertar. Pero su mente estaba confusa por la enfermedad o las drogas que le hubieran dado.

Era incapaz de recordar.

Una especie de ráfaga de viento, que no era viento, empezó a sacudir y tirar las ramas de un grupo de álamos jóvenes a la otra orilla del lago, y supo que aquello ya estaba allí. El hedor era como una nube compacta, casi gaseosa, que se extendía sobre el agua, y lo golpeó con tanta fuerza que sintió náuseas.

Una liebre despistada salió de un bosquecillo cercano y trató de rodear el lago. Pero su huida lo condujo cara a cara con el horror.

Debió de entrar en contacto con la sustancia terrible de aquella criatura, porque el animal explotó como una bola roja. Sangre y tiras de piel saltaron por el aire, salpicándole la cara.

Sin más dilación, echó a correr en una huida a vida o muerte entre los árboles. Aquella cosa no podía moverse con rapidez. Había determinado que... ¿ayer?

Apenas se dio cuenta de que había gastado muchísima energía, demasiada, tratando de escapar. Así que cuando ya se había alejado bastante del lago y encontró un sendero de cazadores, pudo dejar de correr y ponerse a caminar mientras pensaba.

Intentaba recordar, pero era como tratar de ver en un pasillo largo y mal iluminado cubierto de niebla. Algunas cosas del día anterior se le presentaban claras, como sus propias pesadillas. Pero otras cosas no eran más que sombras, imágenes que se acercaban y alejaban como el fondo del mar visto desde lo alto de un acantilado.

Pensó que a ella no le gustaría aquello. ¿Ella? ¿Quién? ¿Qué había pasado con

ella? Todo lo que podía recordar era que ella le habría dicho que utilizara la cabeza: pensar, no simplemente huir de aquella criatura terrorífica que lo perseguía sin pararse a pensar.

Se miró sin parar de caminar. La camisa que vestía era muy sencilla. La mayoría de los hombres llevaban una así los días de trabajo, una camisa de lino que casi parecía una túnica. Le caía justo por encima de las rodillas. Los pantalones estaban reforzados por detrás y por las rodillas con piel de ciervo, y le llegaban por debajo de las rodillas. Las pantorrillas estaban cubiertas con lana sujeta con cintas de piel.

Tenía un buen calzado, muchas capas de piel curtida, para que fuera más suave. Estaban atados con las mismas cintas que las polainas.

Aquella cosa era lenta, sí. Y mientras mantuviera ese ritmo ligero, le sacaría suficiente distancia.

Se mojó los labios y al notar la sangre, se asustó por un momento. Entonces se acordó de la pobre liebre.

¿Qué podía hacer ahora?

La respuesta le llegó como si ella se la hubiera susurrado. En primer lugar, sobrevivir. Soltó una corta carcajada y se asustó ante el sonido de su propia voz.

Miró alrededor, pero en aquel bosque caótico era difícil ver algo.

Trepar a un árbol.

Le recorrió una ola de miedo. No. Tal vez lo atrapara en lo alto de la copa. No sabía si aquello podía trepar, y «no saber» no era suficiente garantía. Tenía que evitar por todos los medios que lo acorralara.

Desechada esa idea, no se le ocurría nada más que hacer lo que ya estaba haciendo, seguir el sendero.

Ella le había enseñado a hacer otra cosa, algo muy difícil. Pero ella llevaba practicando desde pequeña. A qué edad era otra cosa que su mente confusa no podía aclararle. De todos modos, ella le había enseñado a dejar sus miedos de lado mientras hacía lo que tenía que hacer. Y eso hizo.

El sendero discurría por un bosquecillo de abedules, a través de unos matorrales tenebrosamente oscuros, y descendía hasta el lecho seco de un arroyo, por donde avanzaba más o menos durante casi un kilómetro. Después daba a lo que en primavera debía de ser una pequeña laguna, pero en ese momento no era más que una ciénaga. Los árboles desaparecían y daban lugar a grandes grupos de juncos y aneas. La visibilidad era tan mala como en el bosque.

Sin embargo, volvió a sentirse familiarizado con aquel lugar. Y el sendero seguía.

Entre las aguas poco profundas crecían berros, y se dio cuenta de que era porque el lago negro, nombre que su pueblo daba a las ciénagas, corría lentamente colina abajo. Arrancó unos cuantos berros, los lavó, y los comió mientras caminaba, abriéndose paso entre las zonas de aguas más profundas. Las distinguía porque en ellas crecían grupos de lirios acuáticos y nenúfares. Las libélulas flotaban en el aire, con sus alas transparentes brillando a la luz del sol.

Aquella ciénaga era un lugar bonito. Le habría gustado quedarse un rato si no temiera tanto a aquello que lo perseguía. Podría pescar en los pozos más profundos y coger ranas en la orilla.

Tropezó con algo, y vio que era el tronco de un árbol caído. Unía dos zonas más altas entre dos pozos.

Volvió a dar una patada y abrió un nido de larvas escondidas entre la madera podrida. No se lo pensó dos veces. Las cogió y a continuación se las comió.

«¿Por qué no? —pensó—. Los osos lo hacen, ¿y qué soy yo más que un oso?».

Sacudió la cabeza. «¿Cómo que soy un oso?». Fuera como fuera, las larvas y los berros eran comida, y él se moría de hambre.

Dejó el tronco limpio de larvas. Pero entonces oyó los gritos de los pájaros que huían al sentir la presencia de la criatura que lo perseguía.

Tenía que darse prisa.

Un poco más allá se encontró con un nido de huevos de pato que su madre había abandonado, asustada por su cazador. Eran frescos, y los comió ávidamente.

La ciénaga poco a poco se convertía en un bosque pluvial. Frío y húmedo, estaba cubierto de musgo y tantos tipos de helecho que no lograba reconocerlos todos. Era un lugar verde chillón que brillaba como esmeraldas rociadas con polvo de diamantes.

Tras él, un pájaro asustado dio un chillido agudo y salvaje, y cuando pasó volando su sombra lo tapó un momento. Había perdido demasiado tiempo con aquel tronco, y sabía que tenía que correr de nuevo.

Eso hizo, y así se le pasó el día. Encontró un camino que daba a un bosque de pinos más altos, y pudo avanzar con menos problemas. Pero el camino era cuesta arriba, y en las zonas más empinadas el esfuerzo lo agotaba.

Al final de la tarde, casi no podía mantenerse en pie, pero sabía que debía continuar. Al mojarse la mano el dolor se había aliviado, pero los esfuerzos del día y las veces que sin darse cuenta había apoyado los dedos o toda la mano habían hecho que se hinchara de nuevo y volviera el dolor.

Intentó olvidarse de ella, pero más tarde pensó que era una tontería. Si perdía la movilidad, estaría ante un problema peor. Improvisó un cabestrillo con un trozo de enredadera y el alivio fue inmediato.

Entonces se volvió a encontrar con las calaveras.

La última la había visto clavada en el tronco de un abedul. Alguien había cortado la copa del árbol, pero había vuelto a crecer y la calavera le clavaba la mirada desde un nido de ramas. Algunas se habían metido entre las mandíbulas y por las cuencas de los ojos.

No tenía dientes, y su dueño debía de ser un hombre muy viejo. La corteza del árbol iba a acabar cubriéndola.

Se sorprendió a sí mismo saludándola.

«Soy muy joven, y nunca disfrutaré del privilegio de tu larga vida», pensó.

Para su asombro, recibió respuesta, como un suspiro que una ráfaga de aire le llevó entre los árboles. No era viento. A su alrededor nada se movía y el sol le calentaba la espalda.

Volvió a pensar en la muchacha, en sus ojos dulces.

«Qué pena no poder volver a verla», pensó.

Estaba seguro de que no había sido ella quien le había enseñado el arte de la supervivencia.

Siguió su camino, y descubrió la trampa.

El bosque terminaba en un precipicio de por lo menos mil metros de caída.

Trepó rápidamente a lo alto de unas piedras que había cerca de la calavera, y no vio nada que le pudiera proporcionar una posible huida. Se encontraba en el límite de una meseta que terminaba en un escarpado precipicio, tan alto que rozaba las nubes azuladas.

La meseta era como una plataforma. En una pequeña depresión que había en el centro estaba la ciénaga. Pero alrededor el terreno se levantaba, y los altísimos precipicios caían hasta un valle verde y profundo.

Más allá el valle y el sol rojo que se ponía tras otra línea de montañas. Eran muy altas, las más altas que había visto en su vida. Las cumbres estaban cubiertas de nieve y se perdían entre la niebla.

Desde donde estaba podía mirar atrás y ver la criatura que lo perseguía.

Como el sol se estaba poniendo, los rayos ya no se colaban entre los árboles, sino que brillaba entre sus copas y sobre las montañas que había más allá.

La sombra de aquella criatura empezó a temblar en el aire, luego ascendió. Parecía que se debilitaba con la falta de luz.

Oyó que soltaba una especie de grito, como si se quejara ante la invasión de la noche. El grito parecía que reunía muchas voces. No se podía entender nada, sólo una algarabía de quejas cada vez más intensas dirigidas a la pálida luna que empezaba a asomar por el horizonte.

Su memoria le dijo que el cazador perdía su poder por la noche, y tenía que regresar al sitio del que había salido antes de la puesta del sol. Pero se quedó quieto, recorriendo el valle con la vista en busca de algún signo de presencia humana.

En el anochecer, le pareció distinguir una débil luz a lo lejos y un hilo de humo. Eso no hizo más que acentuar la soledad, un abismo de dolor en su corazón.

Para regresar, siguió el camino que aquella cosa había tomado en su persecución. De vez en cuando se encontraba con el cuerpo sin vida de algún pájaro u otro animal que no había sido lo suficientemente rápido para apartarse del camino de aquella criatura. No había ninguno que se pudiera aprovechar como comida, hasta que se encontró con un cervato. Estaba prácticamente descuartizado, la cabeza había desaparecido, pero el cuerpo estaba allí.

Rápidamente afiló un trozo de granito con una piedra. Las astillas eran bastante afiladas, y pudo trocear el animal.

Comió toda la carne que encontró entre las vísceras, un poco del corazón y del hígado, y por último los músculos del joven animal, que es una carne muy tierna. Estaba inclinado sobre su comida cuando oyó una risa lejana.

Levantó la vista bruscamente.

—¿Puede oírnos? —susurró una voz femenina, deliciosa.

—Mírale la cara, querida. Claro que puede —intervino una segunda voz.

—Qué cruel... sabe que lo están observando.

—Eso es porque yo quiero que lo sepa. —Esta vez la voz era masculina.

Unas risitas femeninas siguieron a sus palabras. Pero entonces, como una cortina que se corre, las voces y la sensación de su presencia desaparecieron.

Y supo que lo estaban torturando, sutilmente, con ingenio, pero también con crueldad. Torturado, y alguien se divertía mucho con ello.

Una víctima tiene que soportar el peso del odio de su verdugo, y a él se le hacía pesada la carga mientras terminaba de comer y recogía las tiras de carne que había logrado cortar. Las dejaría secarse colgadas en el acebo. Ojalá tuviera un puñado de sal. La carne se secaba mejor con un poco de sal. Con sal o no, se secaría igual si el sol lucía, así que se dio prisa con su botín a cuestas. Estaba demasiado cansado para pararse a pensar en las consecuencias de lo que le habían permitido llegar a saber.

Se hundió entre las hojas secas de debajo del acebo. Pero antes de dormirse, se acordó de la muchacha con el cielo en sus ojos. Y su imagen lo siguió hasta la oscuridad.



No sabía quién era, ni tampoco, excepto en el sentido más amplio, dónde se encontraba. Los siguientes tres días fueron quizá los más duros de toda su vida.

Se despertaba con la certeza de que aquello lo perseguiría de nuevo. El único descanso que le daba su cazador era en las horas grises de la mañana, antes del amanecer, y durante la oscuridad azulada y fría, cuando el sol se ponía tras las lejanas montañas. Mientras el sol luciera en lo alto del cielo, tendría que correr. Y eso hacía.

La amenaza se materializaba en el claro del bosque en cuanto los rayos de sol traspasaban las copas de los árboles en las primeras horas de la mañana.

Había ruidos, a veces el murmullo de varias voces hablando tan bajo que era imposible distinguir las palabras.

Otras veces, cuando se sentía frustrado, gritaba, siempre mil voces al unísono. Lo que más lo frustraba eran las calaveras, y Arturo acabó comprendiendo que lo vigilaban. No podía meterse en el lago o en la ciénaga, porque ellas lo observaban entre las oscuras aguas. No podía ir más allá del precipicio que limitaba la meseta, porque estaban distribuidas a lo largo de toda la caída hacia el valle.

Lo descubrió porque durante la semana siguiente recorrió la meseta y exploró cada palmo del bosque que la cubría buscando un camino que bajara hacia el valle.

Pero no había ninguno.

Incluso se le ocurrió romper una de las calaveras del borde con la esperanza de que esa cosa huyera. Pero estaba bastante seguro de que a lo lejos se veían campos arados y a veces hilos de humo, así que, por el momento, asumió la responsabilidad de ser el guardián del mal.

La bestia no se movía con demasiada rapidez, por lo que cualquier animal alerta podía huir de él. Pero no corrían la misma suerte las crías: los polluelos, las crías de liebre, los cachorros de zorro o incluso de gato montés. Acababa con ellos, con todo lo que tocaba, también los árboles, aunque en la mayoría de los casos parecía que encontraba una manera de esquivarlos. Pero eso no evitaba que les arrancara las ramas o, lo que era más usual, que los dejara sin hojas, frutos o flores.

Con la piel del cervato improvisó una honda y trató de lanzar piedras al centro del globo de aire tembloroso en movimiento que veía. Se parecía mucho al aire que se forma sobre el fuego, que se agita a causa del calor, y Arturo sintió que tenía que ser el corazón del horror.

Las primeras piedras simplemente rebotaban, o alguien las hacía rebotar.

Pero no cejó en su empeño y logró mejorar su puntería.

La cosa daba gritos horribles, y la piedra explotó, como la liebre que había visto morir el primer día, y las esquirlas afiladas salieron volando en todas las direcciones. Una le arañó la mejilla, otra casi le saca un ojo, y una tercera le hizo un corte de por lo menos cinco centímetros de profundidad en el brazo.

Se colgó la honda del cinturón y echó a correr, casi sin tocar el suelo hasta que aquella criatura no era más que un rugido lejano. Se agachó ante un barranco y se limpió la sangre con un poco de musgo seco, jadeando y preguntándose durante cuánto tiempo podría resistir esa persecución interminable. También se preguntaba si tendría el valor suficiente para hacer alguna de las dos cosas que pondrían fin a su pesadilla: esperar a que esa masa de energía diabólica lo venciera, o, como alternativa, lanzarse por uno de los acantilados escarpados que limitaban la meseta.

«¡No!». La palabra se le formó en la mente, luego le saltó a la boca. «¡No!».

Todavía prodigiosamente alerta, estudió la alfombra marrón de hojas de los centenarios robles retorcidos que lo rodeaban. Vio bellotas. En su tierra servían para alimentar a los cerdos. Pero seguro que también servían para los hombres. Cogió una y la golpeó contra una piedra. La cáscara se rompió, y comió el fruto. Era curiosamente dulce, y recordó que no todas las bellotas tenían por qué ser amargas.

Encontró otras cinco o seis, y las abrió. No le faltaba mucho para tener lo que se dice una buena comida, cuando el suave murmullo de las hojas de los robles le anunció que la criatura se acercaba, moviéndose con parsimonia entre los árboles. Tenía que huir.

Pero en ese momento comprendió que no debía morir sin luchar.

Aquel día volvió dos veces al bosque de robles a recoger más bellotas, guardándolas entre su cuerpo y la camisa. Al anochecer, cuando aquella cosa se

quedaba inactiva, hizo otra incursión, esta vez quitándose la camisa para utilizarla como bolsa. Llevó unos pocos kilos hasta su lecho, bajo el acebo. Entre las bellotas y la carne que había conseguido del cervato, se acostó con el estómago lleno por primera vez en una semana.

Sin embargo, cuando se despertó a la mañana siguiente tenía muy mal sabor de boca y descubrió, al incorporarse, que se le había vuelto a hinchar la mano y no podía utilizarla. El agua del lago lo alivió un poco, y se dio cuenta de que podía mirar más allá de la cortina de arbustos de la otra orilla, hacia el pasillo de pinos que había detrás. Los esbeltos troncos, como pilares color tierra, se extendían entre la neblina gris de las primeras luces. Todo estaba inmóvil.

Sumergió las manos en el agua fresca, cauteloso, atento al bosque, esperando el primer movimiento de la criatura. La luz se hizo más intensa, pero entre los árboles sólo se movió la neblina. El silencio era absoluto. Sobre los árboles, el cielo estaba nublado.

El viento borrascoso agitaba los troncos con ráfagas constantes, y gruesas gotas rompieron la superficie del lago. Las calaveras lo miraban fijamente con la indiferencia de costumbre.

Tal vez estaba condenado a dormir, si no salía el sol.

Permaneció tumbado sin moverse, con la mejilla apoyada contra las piedras de la orilla, hasta que su camisa quedó totalmente empapada. Entonces se refugió de la lluvia bajo un pino cercano y volvió a quedarse dormido, apoyado en el tronco.

Se despertó casi al mediodía, o seguramente era ya mediodía, porque casi no podía ver la esfera del sol, oscurecido por las rápidas nubes de tormenta. Se puso a pensar, intentando ordenar sus necesidades mentalmente.

Tras unos momentos se levantó, improvisó un cabestrillo para la mano, y se dirigió al lugar donde estaba el cuerpo del cervato. Consiguió cortar más piel, tendones y huesos. Después regresó al lago.

Algo, tal vez un tejón, había cavado una madriguera cerca del acebo. La parte un poco más ancha de la entrada era un buen lugar para guardar las bellotas y las otras cosas de utilidad que tenía.

Fue hasta el punto donde la piedra había explotado, y encontró muchos trozos afilados. Construyó un arpón con uno de los huesos de una pata del ciervo y fue pescar.

Media hora más tarde, estaba de cuclillas detrás de un árbol caído junto a la ciénaga, vigilando las sombras de las carpas que se movían por el fondo del agua, a veces enturbiada por la lluvia. Ya habían pasado dos días desde que había comido los cuartos del ciervo, y no creía que las bellotas pudieran mantenerlo un día más, por muchas que fueran. Esa ansiedad hacía que le temblara el pulso cuando intentaba concentrarse en una presa.

Justo cuando un pez se colocó al lado del tronco sumergido en el que estaba arrodillado, cubierto de una capa verde, otro chaparrón cayó sobre el bosque y la

ciénaga. La luz plateada cambió, y vio su rostro reflejado en las tranquilas aguas. Pálido, delgado, con los ojos hundidos y las mejillas chupadas, casi tan cadavérico como las calaveras sujetas a los árboles que reclinaban al monstruo en aquel lugar perdido del horror.

Se sintió indiferente hacia sí mismo y hacia su lucha.

Su imagen se agitó cuando el pez rompió la superficie nadando desde el fondo. Clavó el arpón con fuerza. Al principio creyó que había fallado un blanco fácil. Pero entonces vio al pez flotando, con las branquias todavía agitándose, y un agujero que le atravesaba la cabeza. Lo sacó del agua, lo cogió por detrás de las branquias y tiró. Pensó que tenía que acordarse de poner una punta de presa en el arpón. Sabía que lograría sobrevivir.

Se comió el pez crudo, como había hecho con el cervato. Tenía muchas cosas que hacer.

Completaron su almuerzo bellotas, avellanas y distintas bayas maduras que se fue encontrando cerca de los precipicios. Sumergir la mano en el agua y las horas extra de sueño le habían bajado la hinchazón. Con la mano en cabestrillo, recorrió la meseta.

Tal y como se había temido, hasta donde alcanzaba la vista los precipicios eran muy escarpados. Pero había algunos lugares donde se habían formado chimeneas naturales. Se podían descender bastantes metros sujetándose con las manos y apoyando los pies contra la pared de piedra. Pero para eso necesitaría dos manos con fuerza, y por el momento era imposible.

En otras zonas, había pedregales que hacían las caídas verticales algo más escalonadas. Pero nunca partían de la parte más alta. Si pudiera hacer una cuerda, podría deslizarse y llegar hasta alguno, y desde allí ir bajando hasta el final.

Las nubes de tormenta cubrían todo el cielo. De todos modos, temía que un rayo de sol se abriera paso entre ese escudo que lo protegía y devolviera a la criatura su terrible poder, aunque fuera temporalmente. Si eso sucedía, no le gustaría estar en el centro de la meseta, así que siguió su camino pegado a los precipicios.

Acabó llegando a la calavera del abedul. Como ya había hecho otras veces, le dedicó un saludo.

Al hacerlo, la luz se intensificó peligrosamente, y se dio cuenta de que una de las ramas crecía casi horizontalmente, señalando un bosquecillo de álamos que había al borde del precipicio. Lo miró con más atención y vio que los árboles estaban en flor.

Tanto los abedules, como los sauces, los robles, los fresnos y los álamos tienen flor, pero no son muchos los que se fijan en sus extrañas flores desnudas. No necesitan ser espectaculares, porque no necesitan a los pájaros ni a los insectos para que las polinicen; sino que dejan que su polen sea llevado por el viento en primavera, antes de que les nazcan las hojas u otras flores aparezcan entre la tierra húmeda o cubierta de nieve de las zonas más frías. Ellas son, de forma tan austera, las primeras en anunciar el fin del invierno y el comienzo de la época más gozosa de la naturaleza.

Y a menudo esparcen su polen bajo cielos plomizos e intensas lluvias mucho antes de que florezcan las primeras orquídeas. Se esfuerzan por asegurar la continuidad de la vida incluso entre las sombras heladas.

«Pero ahora estamos en verano —pensó Arturo—. No es época de que ningún árbol esté en flor».

La rama estaba cubierta de gotitas de lluvia. Cubrían los amentos de las flores macho, y brillaban como varitas de plata.

«Soy Arturo», pensó. Pero no podía relacionar nada con ese dato. No sabía quién era Arturo.

«Soy Arturo, pero no sé qué significa eso».

Pero la rama apuntaba hacia una dirección, y él la siguió, preguntándose si el grupo de álamos sería un lugar traicionero donde resbalaría y caería por el precipicio.

No fue así. Cuando pasó el primer grupo de árboles, se encontró en un claro, y en él un grupo de rocas al borde del abismo. Tras la barrera de piedra oscura, vio la dulce forma del valle, y, más allá, las montañas arropadas entre las nubes grises.

Entre los jirones de nubes, el globo de luz del sol apenas brillaba, un momento más intensamente, al siguiente de nuevo oculto entre las vastas sombras plomizas. Aquellas rocas estaban ennegrecidas, como si hubieran soportado la cólera desatada de fuerzas tan poderosas que apenas eran comprensibles para el joven que las miraba con asombro.

¿Qué tenía el poder de destrozar y retorcer los huesos de la mismísima Tierra?

Era incapaz de imaginar arma tan horrorosa. Las rocas eran antiguas, erosionadas y agrietadas por la lluvia y el frío, dilatadas bajo el calor estival. El flujo de lo que una vez había sido roca líquida empezaba a borrarse. Líquenes, mitad planta y mitad quién sabe qué, cubrían las superficies. Eran verdes, negros y rojizos. Y por los siglos de los siglos el manantial fluía. Manaba de una grieta en la roca, cerca de la parte más alta del monumento.

Arturo sabía que era un monumento, porque el agua bajaba en forma de abanico por la piedra, y las letras de un alfabeto que nunca antes había visto se destacaban negras contra el fondo gris.

Conocía varios alfabetos, el griego, el latino, runas e incluso el ogam. Estaba seguro de que ése era distinto.

No disfrutó de demasiado tiempo para hacer hipótesis, porque el juego de luces que había hecho los caracteres visibles durante unos segundos pasó rápidamente y las letras desaparecieron en un brillo negro como el ébano que resaltaba el camino del agua sobre la piedra.

El agua saltaba entre las piedras partidas al pie de la fuente y se desvanecía de forma extraña, como si canales subterráneos la condujeran hasta el lago del centro de la meseta. Recorrió los pocos pasos que lo separaban de la fuente y puso bajo el agua silenciosa su mano herida.

Ella le había dicho en una ocasión: «Esas cosas tienen el poder de la curación.

Ésa es la razón de su existencia. Sólo se me ocurre una razón: para curarnos de nuestras heridas más profundas».

El curso del agua, desviado por su contacto, le fluía por el dorso de la mano, sobre las marcas de los colmillos, le descendía por el antebrazo hasta llegar al suelo, goteándole desde el codo.

«¡Frescor! ¡Frescor!», pensó. Era como el agua que gotea de los carámbanos formados al borde del tejado tras una tormenta de invierno.

Su cuerpo se agitó en un espasmo. Involuntariamente, estiró los dedos, apoyó con fuerza la mano sobre la piedra fría, de manera que el agua le lamía el dorso hinchado de la mano.

El tiempo se detuvo.

Volvió la cabeza y la vio a ella.

«Creí —susurró su mente a través del silencio—, creí que no eras más que algo del pasado».

Era verde, gris, negra y rojiza, los colores del otoño y de la primavera. Verde como los árboles frutales. El millar de formas, texturas y luces de las nubes grises, de las tormentas, de la lluvia. El murmullo y el latido de la brisa marina. Negra como la boca de un pozo, el lago de un bosque cubierto de hojas muertas, las oscuras aguas de las ciénagas, los vientos del norte, como los ojos de la muerte en una calavera descarnada.

Rojiza, roja y gris, verde y negra. Las hojas muertas en otoño, los primeros brotes de la primavera, las frondas en espiral de los helechos antes de desplegarse, el exterior rojo anaranjado de los capullos antes de abrirse y mostrar su belleza. Las puntas de otra flor, cargadas del polen de la vida, listas para abrazar la humedad receptiva, femenina.

Dios, ya era vieja. Más vieja que las otras doncellas hechas de flores.

Ella era el viento, y sintió que le acariciaba la mejilla con la suavidad de sus dedos. Y comprendió que ella había abierto los ojos por primera vez en el amanecer de un mundo en el que la humanidad no existía ni siquiera como posibilidad, poblado por vastos bosques que albergaban monstruos, y sintió todas las primaveras. La primavera siempre reina en algún lugar. Los árboles centenarios entregaron sus almas al viento y, cuando éste les creó, revelaron sus vidas y descubrieron la poesía de los bosques.

—Bebe —fue su única orden, y él obedeció, saciando su sed en la fuente helada.

«La Doncella de las Flores hará de un hombre un rey». Recordó las palabras sin acordarse de quién las había pronunciado.

Cuando volvió a mirar, ella ya no estaba. Mucho más allá del valle en brumas que se extendía a sus pies, vio el sol apagado que se ocultaba tras la última hilera de montañas. Entonces volvió al abedul que aprisionaba, ¿o protegía?, la calavera.

El tiempo había vuelto a correr, y se apresuró a ir hacia su lecho. Parecía que la mano había mejorado mucho después de mojarse con el agua de la fuente.

«Arturo», pensó. Significara lo que significase. «El pasado está regresando».
Habló en voz alta consigo mismo.

—No estoy seguro de querer que vuelva. Pero quiera o no, se acerca.

Se detuvo para contemplar las primeras estrellas que aparecían sobre el bosque.

—Mi mano casi está curada. Pronto podré manejar un arco.



CAPÍTULO 11

Me despertó al amanecer. Todavía estaba muy cansada y la miré casi sin poder abrir los ojos.

Me indicó con el dedo sobre los labios que no hiciera ruido.

—Sssh. Viene a pescar al estanque. Tienes que conocer a tu adversario.

Me llevó hasta la puerta oriental y señaló hacia el huerto. Me quedé asombrada. Resultaba duro mirarlo. Del estómago le partían rayas amarillas y verdes, y parecía confundirse con el soleado bosque que se extendía a sus espaldas.

Intentaré explicaros cómo era, pero me resultará difícil, porque nunca antes ni después volví a ver nada parecido. Las caderas estaban hundidas bajo el cuerpo, no como las de los lagartos. Parecía veloz. La parte superior de su cuerpo se parecía más a la de un lagarto, con rayas verdes y amarillas naciendo de una línea central en el torso y que se curvaban sobre el lomo. Tenía dos brazos largos. Eran delgados, pero musculosos, con cuatro pinzas donde estarían nuestros dedos, y una más larga en el lugar de nuestro pulgar.

La cabeza, el cuello y la cara parecían sacados de una pesadilla, muy similar a una serpiente, salvo en que a las serpientes no se les pueden ver los dientes a no ser que abran la boca. Ya lo sé. Maeniel atrapó una, una de las venenosas, y me enseñó los dientes y la lengua bífida. Me explicó que la lengua es un órgano sensorial, y mide la temperatura. El veneno está en los dientes, e incluso me enseñó cómo sale antes de dejarla en libertad.

Me dijo que la serpiente lo maldecía a conciencia mientras reptaba de vuelta a las piedras donde la había cogido. Las serpientes no tienen nada parecido a la voz. Se comunican con sus movimientos y las huellas casi imperceptibles que dejan sobre la tierra. También se comunican por medio de las escamas cuando la luz les da de una determinada manera.

Maeniel no sabía mucho del idioma de las serpientes, sólo unas pocas palabras. Me contó que aquélla le había deseado que contrajera alguna enfermedad, y luego había adornado su maldición con una serie de rotundas obscenidades. Unas obscenidades de lo más curiosas, puntualizó.

Le pregunté hasta qué punto eran curiosas. Pero no me respondió, sólo sacudió la cabeza y dijo: «Eres demasiado pequeña».

Le dije que la serpiente tendría que haber apreciado su clemencia al dejarla marchar. Su respuesta fue que la clemencia era un concepto demasiado complejo para

un reptil. «Ven las cosas más en blanco y negro, morir o matar, comer o ser comido, morder o que te muerdan. No te quedes mirándolos con ambigüedad. Simplemente demuestra que tú eres el más fuerte y sigue tu camino. Que tampoco se te ocurra comerlos. Su carne resulta vomitiva para todos menos los pájaros, que los consideran un manjar».

En fin, la cara de aquella criatura recordaba la de una serpiente, menos en que los ojos miraban de frente y en que los dientes sobresalían alrededor de la mandíbula. Mientras la observaba, sumergió un brazo en el estanque y sacó un pez que se agitaba, e inmediatamente se lo metió en la boca, que tenía un número de dientes increíble.

Su largo torso era el mejor sitio para intentar dar en el blanco.

—El estómago —susurré—. ¿Las costillas están situadas como las de los humanos? Está erguido igual que nosotros.

—Sí.

—El estómago es un sitio peligroso, aunque muy seguro la mayoría de las veces. Casi todos los ciervos o caballos que maté recibieron ahí la herida mortal, pero a veces la agonía dura días. Es una de las principales razones por la que me hice buena tiradora. Me cansé de tener que ir corriendo detrás de ellos. Sólo en esta ocasión, correré detrás y él me perseguirá. Tengo que asegurarme de que lo veo a tiempo. Con esos colores, ayer podía haberlo mirado directamente y no saber lo que veía.

—Más o menos fue eso lo que hiciste. Necesitarás toda tu fuerza. Hoy no. Risderd todavía está muy débil. Mañana.



Morgana vivía en un fuerte circular, de los que solía haber antes. Estaba situado en el centro de un lago, tan cerca de la costa que en algunas tormentas de invierno el agua salada alcanzaba la parte más baja. En el río había salmones, y ése era el alimento básico de quienes la rodeaban. Los pescaban durante las cuatro estaciones del año.

Morgana era como Igrane. La soberanía de su pueblo, los siluros, estaba entre sus piernas. Pero no había rey. Uther era el gran rey, y ella iniciaba a los grandes señores salvajes en las leyes y las sociedades guerreras. Ellos iban pasando por su cama, un honor muypreciado. Su fama de poderosa hechicera se había extendido hacía ya tanto tiempo que hasta los clérigos temían sus maldiciones.

«Cuando llegaron a sus tierras, así es como los llamarían los sajones», pensó Ena. Ninguno de aquellos bárbaros parecía que hubiera oído hablar de ciudades. Ena no había tenido nunca tanto miedo.

Pensó que sólo se había dado cuenta de que tenía miedo cuando tuvo que decir cara a cara a Uther que su hijo no estaba. No sabía lo que era el miedo hasta que no entró en aquel bosque de robles. Nunca había visto tantos árboles. Eran monstruosos, y el camino zigzagueaba entre ellos kilómetros y kilómetros. Robles inmensos y

erguidos, con ramas que crecían en todas direcciones tapando el sol.

Hacía tiempo que el camino ya no discurría por tierras llanas, y ya no sólo zigzagueaba entre los árboles, si no que también subía y bajaba de manera desconcertante. A veces subían a un alto y veían las compactas copas verdes de los árboles, y quizá praderas de aguas esmeralda y doradas rodeando un lago azul celeste.

Parecía que siempre vivía alguien en los lagos. Eran muchas las islas artificiales y naturales, y las gentes vivían en las casas redondas que construía el pueblo de Cai. Por dentro resultaban mucho más cómodas de lo que creían los sajones. Pero a Ena no le gustaba que utilizaran sin más los enormes árboles que poblaban la zona a sus casas. Y el bienestar de esos árboles se cuidaba tanto como el de los animales. Recibían, además de agua y sacrificios, abonos, que normalmente enterraban entre las raíces y cubrían con los guijarros del río que constituían el suelo alrededor de las raíces. El tejado de la casa hacía las veces de huerto. Verduras, especias y hortalizas crecían sobre la hierba todavía verde que cubría los tejados.

En la primera parada, muchos de los hombres de la guardia personal del rey empezaron a marcharse.

—Muchos son de por aquí —dijo Cai, y añadió bajando la voz—. Y otros... No puedo... No sé... ¿Cómo podría decírtelo?

—¿Decirme el qué?

Cai vio lo dilatadas que tenía las pupilas. Se habían quedado al lado de la puerta de la primera casa, después de entrar, y allí pensaban pasar la noche. Vio que la muchacha había alzado la vista hacia las vigas. Tenía la certeza de que las cabezas estarían allí. Todas las buenas familias, fuera cual fuese su rango, las tenían. Pero para ella, la costumbre de cortar cabezas era nueva.

—No huelen mal —dijo Ena, pero Cai vio que no se encontraba muy bien.

—No, las tratan con aceite de cedro.

Los dueños de la casa eran una mujer y sus cinco hijos. La mujer iba tatuada imitando a un búho, y su tocado con cadenas de oro recordaba a las plumas. Pero lo que más impresionó a Ena era la riqueza de aquel lugar. La riqueza y el salvajismo absoluto de aquellas gentes, según su punto de vista.

Las mesas estaban colocadas como era costumbre, en torno al hogar circular. Como en Tintagel, estaban hermosamente talladas y perfectamente pulidas. Las cubrían con telas decoradas extrañamente bordadas que representaban alas de búho. La vajilla era de plata, bellamente adornada con filigranas de oro.

Las muchachas que las atendían vestían lino blanco y suave. Le echaron agua templada sobre las manos y le ayudaron a lavarse la cara, después la sentaron al lado de Cai.

Miró las cabezas que colgaban de las vigas un par de veces, hasta que decidió resolver su problema fingiendo que no las veía. Los habitantes de la casa estaban distribuidos en torno a dos anillos concéntricos alrededor de las mesas, que a su vez rodeaban el hogar. Al poco tiempo Ena se sorprendió a sí misma bostezando, tan

cansada estaba.

La noche después de haber descubierto que el rey de verano no era más que un espectro, la pasaron acampados en el bosque. No era muy seguro, y los hombres de Uther habían encendido grandes hogueras y no dejaban que nadie se alejara demasiado. Ena se despertó en mitad de la noche. Cai la rodeaba con sus brazos, pero estaba segura de haber oído el rugido de una pantera.

Dio un codazo a Cai y éste se despertó.

—Por aquí no hay panteras, ¿verdad?

—Sí que hay.

—Pues creo que he oído rugir a una.

—Es muy posible. Arturo y yo alguna vez vinimos a estas tierras a cazarlas.

—¿Y qué hago cuando tenga que hacer pis? No puedo pasarme toda la noche... el bebé aprieta... —empezó a sollozar.

—Para ya. Despiértame cuando tengas que ir.

Intentó darle una bofetada, pero no lo alcanzó y lo único que hizo fue agitar el aire.

—Sssh. Duérmete.

Eso hizo, pero, según ella misma, despertó a Cai tres veces. Lo más normal es que fueran dos, pero las panteras la ponían nerviosa.

Esa noche, después de casi no haber descansado en la anterior y un largo día a caballo, estaba agotada. «Más de lo normal», pensó. Pero entonces se dio cuenta de que lo normal no incluía estar embarazada.

Uther ocupaba una silla ligeramente más alta que las demás: Los hijos de la mujer fueron a saludarlo con reverencias, y uno de ellos le pidió formar parte de su guardia personal.

Para sorpresa de Ena, el rey pidió a la mujer búho (así la llamaba Ena) su permiso. Ella se lo concedió con gentileza. Ena sospechó que seguramente todo estaba acordado de antemano.

El festín comenzó. La mejor parte estaba destinada al rey. La compartió con el nuevo miembro de su guardia y sus acompañantes más importantes, entre ellos Cai.

La cena discurrió tranquilamente. No se dieron las borracheras y fanfarronadas que Ena estaba acostumbrada a ver en casa de su padre. Lo que más impresionó a Ena fueron las grandes cantidades de comida. Había cuatro clases distintas de carne asada: cerdo, ajo, cordero y venado. Tampoco faltaban las aves, había ganso, pato e incluso cisne. También había verduras al horno: puerros con manteca y nata, hortalizas variadas, berros, repollo con beicon, y un tipo de cardo limpio de espinas y cocido con cebada. Vino, hidromiel y cerveza completaban el menú.

Una mujer embarazada, cuando no está vomitando, se convierte en una máquina de devorar. Después de apurar su ración de cerdo con un pan de manzana, dejó en los huesos medio pato con membrillo, y cuando se disponía a atacar un gran trozo de carne de venado con pan y abundante salsa, Cai le preguntó si estaba segura de que

en su vientre no había más que un bebé.

Ella clavó su mirada en él, una mirada asesina, y estaba a punto de soltarle una regañina, cuando frente a ella apareció su anfitriona. La mujer búho se paseaba ofreciendo a cada huésped la bebida que llevaba en la vasija más impresionante que jamás había visto Ena.

Se detuvo ante Cai.

—Querido —se dirigió a él con gran familiaridad—, ¿quién es tu acompañante?

—Se llama Ena.

—Por su aspecto, una sajona.

—Así es.

—¿Está embarazada de ti?

—Sí.

Ena enrojeció.

—¿Qué haces? No estamos casados. Me avergüenzo...

—Sssh —le dijo la mujer, mirando furtivamente alrededor—. No digas nada. Lo que has hecho no es motivo de vergüenza entre nosotros. Y no te descubras como una extranjera ignorante entre tus seres queridos quedándote boquiabierta como una tonta.

Ena tragó saliva y miró a Cai, que sonreía.

—Y ahora cuenta a Niamh, la sacerdotisa de los guerreros búho, cómo acabaste yaciendo con la foca. Pero primero bebe de mi vasija. Por primera vez, Cai parecía preocupado.

—Niamh, ella no sabe...

—Calla tú también. ¡No te descubras como un ignorante ante tu propio pueblo! Aquí, bebe.

Entregó la copa a Ena. Ésta puso los ojos en blanco, miró a Cai, luego a Niamh.

—No es veneno, Ena —le dijo Cai—. Mira, yo beberé primero.

Cogió la copa, bebió y luego puso la copa entre las manos de Ena.

—Sólo un sorbo, ten cuidado —le advirtió mirando a Niamh.

Ena tocó el líquido con los labios, luego lo saboreó. Desprendía un olor muy fuerte, pero agradable, como un vino fuerte con hierbas.

Tomó un sorbo y sintió cómo el calor inundaba su cuerpo, seguido de una extraña relajación. Notaba el bebé en su vientre. Se movía, era la primera vez que lo hacía, vivificación, así se llama. Y por primera vez sintió que llegaría a ser otra persona, un ser igual que ella, de ella, pero no ella misma, con esperanzas, deseos, experiencias, lealtades, y finalmente sus propios recuerdos. Se sintió culpable porque no había sido fruto del amor, sino de su desesperada necesidad.

—¡Ahora! —le dijo Niamh—. ¡Cuéntamelo!

—Éramos siete. Diez, si contamos a los que murieron. Cinco hombres. Para ellos había suficiente. Mi hermana había heredado de mi abuela. Ningún hombre se fijaría en una mujer sin nada para tomarla como esposa. Empecé a temer que me ofrecieran a los dioses. Así que mantuve las piernas bien cerradas. Para los sacrificios no les

sirve una virgen.

—Es verdad —dijo Niamh—, no pueden ahorcar a una virgen.

Ena sintió que le recorría un escalofrío al oír la palabra «ahorcar» Tembló.

Niamh le acercó la copa de nuevo. En cuanto sus labios tocaron aquella bebida, sintió que el frío se alejaba de su cuerpo como arrastrado por un viento tibio.

—Pero me enviaron con la reina —continuó.

—¿Igrane?

—Sí, y no tardé en...

—¿Temerla? ¿U odiarla?

—Temerla, temerla, temerla... Tenía miedo de ella y de su amante de día, de noche, bajo el sol, la luna y las estrellas.

—¿Tan terrible era?

—Tan terrible.

—¿Y Cai?

—¡No! —exclamó el muchacho con firmeza, y apartó de sí la copa—. ¡No! ¡Basta! No quiero oírlo, Niamh. Aquí no, delante de todos tus invitados.

—Está bien —respondió Niamh, que entregó la copa a una de las criadas y dio una palmada.

Una mujer se acercó presurosa, y ella le susurró algo al oído. Ena estaba concentrada de nuevo en su bebé, sintiendo esa comunicación tan profunda que ningún hombre llegará a conocer. Tenía conciencia clara de la vida que había en su interior, sentía una presencia sin pensamientos o emociones todavía, pero que empezaba a existir. Y simplemente ese existir le producía un gran placer.

«Soy, fui, seré... amo a cambio. Conduce mi amor a la luz», pensó Ena. Entonces abrió los ojos y vio que Niamh le estaba poniendo un collar de flores en el cuello. Olían a tilo.

Ena levantó la cadena con un dedo.

—Del árbol, del otro árbol —dijo.

Todos los que la oyeron parecían perplejos, menos Niamh. Sí, la casa tenía el árbol que era habitual a la derecha del hogar, pero era el único.

—¿Sientes el otro árbol? —preguntó Niamh.

—Sí.

—Bien, pero no digas nada más de él —repuso Niamh.

—No lo haré. El collar es muy bonito. Gracias.

A continuación Niamh se alejó hacia su siguiente huésped.

Cai rodeó a Ena con el brazo.

—Lista para ir a la cama.

—Oh, sí —respondió Ena, casi con un suspiro.

Cai la ayudó a levantarse y la condujo hacia la puerta. El rey estaba sentado cerca.

—Estoy seguro de que no irán a... —empezó a decir.

—Y yo estoy segura de que sí —respondió Niamh—. Esperábamos que fuesen

calculadores, pero no que provocasen tanto dolor. Ella tiene el don. Un don peligroso. Todavía no lo sabe, pero lo tiene. Llévala con Morgana lo antes posible. Es increíble que haya logrado escapar de Igrane, pero supongo que ella y su amante estaban muy asustados ante ella. Siente la maldad y la asusta. ¿Dices que tocó el espectro de Arturo y se deshizo?

—Sí.

—Un poder así acabaría con muchos encantamientos de menos importancia. Lo irradia. Tienes que estarle agradecido, porque gracias a ella conoces la verdadera situación. Ya sabes que habrían acabado con el espectro de manera que creyeras que Arturo había muerto. Al menos eso es lo que habría hecho yo. La muchachita insignificante puso fecha de caducidad a sus conspiraciones, rey mío. Vigíla de cerca y protégela.

Los ojos de Uther se abrieron asombrados.

—Ni siquiera se me había ocurrido todo eso.

—¿No? Pues a mí sí, y también a Gawain. Pasó por aquí anoche. ¡El rey de verano! ¡Esto es la guerra, mi señor! ¡La guerra!



Ena se despertó con sed. Cai dormía a su lado, rodeándola con un brazo protector. Se escabulló y se levantó.

Los dormitorios estaban alejados del solemne gran salón. Su habitación era un semicírculo con su propio hogar. Utilizaban el método romano, una pared doble que conducía el humo y los olores por una chimenea situada en la primera pared, hacia un agujero que había en la segunda. El suelo estaba caliente, cubierto con pieles de animales.

Ena se levantó y pasó por delante del hogar, hacia un entramado tallado que daba al salón principal. Parpadeó al alargar el brazo, porque las figuras retorcidas de los dragones que lo formaban parecían tener rostros humanos.

Parpadeó de nuevo y pudo ver con más claridad. Apartó el entramado y entró en el salón.

Algunos de los hombres de Uther y otros invitados que no se había molestado en regresar a sus casas estaban tendidos en el suelo. Todos parecían profundamente dormidos.

Siempre había visto muy bien en la oscuridad, y se abrió paso entre los durmientes tan ligera como una voluta de humo. El hogar central resplandecía bajo la capa de cenizas blancas. Lo rodeó, buscando una jarra con agua y un cucharón. No tenía suerte.

Oía el débil murmullo de las olas del lago que había fuera. Pero allí dentro no había nada que pudiera calmar su sed.

Entonces el otro árbol captó toda su atención. Se alzaba detrás del roble

gigantesco, en un extremo de la casa. Parecía que lo hubiesen talado, es decir, como si del tronco hubieran hecho leña, pero hubiesen dejado que del tocón crecieran ramas nuevas. La corteza era fina y de color claro. «No es un roble, es un tilo», pensó.

De ahí venía el olor que desprendía el collar que le había dado Niamh, de la esencia de sus flores. Le pareció ver luces moviéndose lentamente entre los múltiples troncos del árbol gigante.

Pensó que debía de ser más tarde de lo que había creído en un primer momento, y corrió hacia él. Se encontró caminando por el lecho de un río, suaves guijarros al pie del tronco. Y sintió la humedad bajo sus pies.

El tilo estaba plantado entre grandes piedras cubiertas de musgo, y el agua saltaba entre ellas camino de una charca lo suficientemente profunda para reflejar el camino de estrellas, la Vía Láctea, que dibujaba un sendero de luz por el negro cielo. Junto a ella había un cuenco de arcilla, dejado por casualidad sobre la grava, cerca del manantial.

Se arrodilló, sumergió el cuenco en la charca de silenciosas estrellas, lo llenó y bebió. Del arbusto crecían ramilletes de flores blancas. «Qué raro, antes no me había fijado», pensó. Le inundó el olor de las pequeñas flores, los pétalos le acariciaron las mejillas.

Dejó en el suelo el cuenco. «Dios, ¿de dónde ha venido?», pensó. Pero precisamente era de allí de dónde venía, de Dios. Pero no de aquellos dioses terribles, malvados y sanguinarios que adoraba su pueblo, y que hablaban por medio del roble, el árbol que cegaba la luz; ni aquellas sombras que adoraba el pueblo de su amado Cai, soñadores enigmáticos que compartían con los hombres sus sueños, no su propio ser.

La rama era una mano, los dedos le tocaban la mejilla. La estrechó como se estrecha una mano. Dios, la madre. No una diosa, que, al fin y al cabo, no es más que el otro género de la misma divinidad.

Sino Dios Madre.

Ena abrió los ojos y contempló la mañana a través de la «V» que formaban dos troncos. La límpida luz dorada de la mañana se colaba entre los árboles, convirtiendo la pálida hierba de la primavera en oro reluciente. El bebé se estiró en su vientre, y luego parecía que saltaba.

Un segundo después, unos brazos como barras de hierro la alejaron del árbol, el manantial y la mañana eterna. Volvía a estar en el salón oscuro. Y los brazos que la sujetaban eran los de Cai. La apretaba contra su cuerpo, y Niamh estaba a su lado.

Cai temblaba. Podía sentir sus temblores mientras la llevaba cerca del hogar y el roble centenario.

—Buen Dios, buen Dios, cuéntamelo ya —le susurró.

Ena estaba de pie ante él. Le hacía daño al cogerla tan fuerte.

«Tiene una fuerza increíble», pensó, y le gustó la idea, aunque hubiera temido su

fuerza la primera vez que se encontraron.

Él le había pedido que se encontraran a solas, y cuando sucedió, ella supo lo que él tenía en mente. «¿Qué otra cosa podía ser?». Cuando se escabulló para ir a su encuentro, él no perdió el tiempo descubriendo sus encantos mientras la colocaba. Y ella decidió que eso era lo más romántico que él iba a llegar a ser. Al momento ya la había tumbado de espaldas y le había subido la falda.

Empezó a resistirse.

—¿Qué pasa?

—¡Mi honra!

—No se lo contaré a nadie.

—¡Sí, ya! Todo el mundo lo acabará sabiendo. Además, dicen que duele.

—Sólo si eres virgen.

—Yo soy virgen:

—Entonces tendré cuidado.

Y lo tuvo.

—Así. ¿Y ahora qué te parece? —le preguntó.

—Nada del otro mundo —respondió Ena encogiéndose de hombros.

—Bueno, pues intenta moverte un poco.

Le hizo caso.

—Eso está bien.

—Mejor, mucho mejor. Era verdad.

Ahora la miraba como si fuera su cosa más querida.

—Dime, dime si has comido o bebido algo cuando estabas allí.

—¿De qué estás hablando? —se apartó de él—. No he ido a ningún sitio. No me he movido de aquí. ¿Qué te piensas? ¿Qué me estaba escapando para irme con otro? Pues no. Simplemente tenía sed. Bebí un poco de agua. ¿Ves? El árbol. —Se dio la vuelta y se encontró señalando a una pared vacía al lado de la puerta.

Parpadeó un par de veces.

—Ya no está.

—Eso es porque nunca ha estado —gruñó Cai.

—Cai, tranquilízate —le ordenó Niamh—. La estás asustando. ¿Bebiste agua y luego qué pasó?

—Sentí amor. —Ena seguía con la vista fija en la pared, desconcertada—. Contemplé la mañana.

Ena se volvió hacia Niamh. La mujer se acercó y le tocó la mejilla.

—Creo que no fue más que un sueño. No te habías despertado del todo y has seguido soñando —le dijo con suavidad.

La joven volvió a darse la vuelta, mirando primero a Cai, luego a Niamh, por último la pared.

—Sí... sí, supongo que ha debido de ser eso.

Cai la abrazó. En esta ocasión fue un abrazo consolador, no crispado como había

sido el anterior. La levantó.

—Te voy a llevar a la cama de nuevo.

Ella suspiró, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro, como un niño agotado. Se le cerraron los ojos.

Ninguno de ellos estaba preparado para lo que sucedió después.

Ella levantó la cabeza, abrió los ojos y su cara se transformó. Para Cai fue especialmente terrible, porque la mujer que llevaba en brazos ya no era Ena. Sus rasgos se transfiguraron, formando una máscara de madurez, endurecida con una expresión de hierro. El ser que habitaba Ena lo miró, descartándolo, y se dirigió a Niamh.

—Dile a Morgana que está en la jaula de huesos, al igual que yo. —La voz era de hombre, su cadencia, el tono, la expresión, todo era propio de un hombre.

El rostro, que parecía superpuesto a los rasgos más suaves de Ella, miró a Cai.

—No temas por tu amada. Yo... ya... no... podré... volver.



CAPÍTULO 12

El día amaneció nublado, con viento del norte. Me desperté por el frío. Había dormido en una cama que me había hecho en el taller.

Mejor dicho, ella me la había hecho, utilizando virutas de madera como colchón, cubiertas con sábanas de lino y una manta vieja de lana.

Ella ya estaba en marcha. Estaba de pie en la puerta, contemplando el mar. El viento soplaba a nuestras espaldas.

—Los últimos aleteos del invierno.

—¿Lloverá? —pregunté con nerviosismo.

—No lo sé —contestó, apartándose de la puerta—. ¿Por qué?

—Por el arco. La cuerda está hecha con un tendón. Está tirante si está seca, pero se estropea si se moja. Los arqueros siempre tienen fundas para guardar los arcos y protegerlos del agua lo más que pueden. A mí no me dio tiempo a hacer una.

Asintió.

El arco estaba colgado delante del fuego del pequeño hogar del taller. Lo cogí, con la esperanza de no haberlo tensado demasiado, porque si no, no podría ni encordarlo.

Había que arrodillarse, sujetar el arco con una pierna mientras empujabas hacia abajo el extremo de arriba, y sujetar la cuerda en la pieza curva del extremo. En pocos minutos, estaba resoplando y murmurando una serie de palabras que en teoría no debía conocer, mientras llevaba a cabo esa tarea medianamente difícil.

—¿Qué pasa?

—Este maldito vestido, eso es lo que pasa —le contesté con brusquedad.

Se levantó y me tocó en el hombro. De repente llevaba las mismas ropas que cuando llegué a Tintagel, mi vieja túnica, el manto y los pantalones con refuerzos de piel. La única diferencia es que estaban mucho más limpios que cuando me desnudaron las criadas de Igrane.

—¿Qué tal así?

—Mejor —respondí mirándome—. Lo han lavado.

Me dedicó una mirada sombría.

—Lo necesitaban. —Después apartó la vista a la nada y añadió—: Gracias.

Paseé la mirada por el taller apenas iluminado y dije en un susurro:

—Aprecio los esfuerzos que haces por mí. —No vi nada, pero ¿quién sabe?

Reanudé mi lucha con el arco y casi había llegado a la conclusión de que lo había

tensado demasiado. Cuando me tocó el brazo, la fuerza fluyó por él, como el sol llena de luz una habitación a oscuras.

—Es todo lo que puedo darte, pero si sobrevives a este día, tendrás una fuerza increíble en ese brazo el resto de tu vida. Mis dones no se debilitan ni desaparecen.

Pude encordar el arco con facilidad, y los nudos que sujeta la madera con el hueso y las largas tiras de tendón quedaron muy firmes.

Cogí las cuatro flechas (puntas de flecha cretenses, como las habría llamado Maeniel), y las guardé en el carcaj que había improvisado el día anterior. Le alargué el arco. Empezando por el final, pasó los dedos por sus curvas, por la empuñadura situada en el centro, después por la parte de abajo.

—Lo estoy grabando en mi memoria, y comprobando si tiene algún fallo.

Sacudió la cabeza.

—No. La cola está seca, las partes bien sujetas, la cuerda tensa. El arco resistirá por lo menos cuatro tiros. Pero es un arma terrible.

De repente me sentí mareada y tuve que sentarme allí mismo, en el suelo. El mundo daba vueltas alrededor.

En su cara apareció una expresión de profunda concentración.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Se acercó con grandes zancadas a la puerta abierta. El aire hinchó su falda. Inspiró profundamente, luego se volvió hacia mí.

—Alguien, o algo, está intentando llevarte de vuelta con todas sus fuerzas.

Pensé en Kyra, inclinada sobre el fuego, mirando a Cymry. La estaba chamuscando. Él lloriqueaba como un perro sin amo.

—Ella... ella... mi niñera, mi madre. No, mi madre era... mi... Kyra me busca —acabé la frase rápidamente.

—Es muy fuerte esa Kyra.

—Lo... lo siento —dije tartamudeando—. No lo sabía.

—Bueno, puedes elegir. No podrás luchar si ella interfiere de esta manera. Si no queda más remedio, dejaré que te vayas.

—¡No!

Un segundo después, veía a Kyra a través de los ojos de Cymry. Su rostro estaba desfigurado por la rabia, mostraba los dientes.

—Kyra. Kyra, soy yo. Aparta la cabeza de las llamas... ¡por favor! Obedeció. La sostenía atada a una cuerda, como si hubiera pescado un pez.

—¿Quién eres? Este impresentable no dijo «por favor» a nadie en su vida.

—Guinevere.

—Cariño. —El nerviosismo de Kyra se transformó en dolor—. ¿Dónde estás? Llevamos semanas intentando encontrarte, Dugald y yo. Los lobos han recorrido toda la costa, han llegado hasta Tintagel. Pero ese pajarraco arrogante y maldito de Magetsky dice que ya no eres prisionera de la reina. Y los dragones dicen que el que fue a buscarte desapareció contigo. Cuéntame qué ha pasado.

—No estoy muy segura de dónde me encuentro exactamente. Pero sea donde sea, tengo que hacer algo para ella.

—¿Ella? —repitió Kyra, confundida—. ¿Ella? ¡Ah...! ¡Ella! —Parecía que se había dado cuenta.

—Sí. Ahora, deja que me vaya —le insistí.

—Ella puede llegar a ser...

—Ella está a mi lado ahora mismo —la interrumpí desesperada.

Un segundo después, Kyra había desaparecido. Y ella se reía.

—Creo que ya está todo en orden —le dije cuando regresé.

Asintió.

—Pobre Kyra, sea quien sea, es muy poderosa. Para llegar hasta aquí, tuvo que traspasar el tiempo y el espacio. Estaba intentando advertirte de que para un mortal puede ser muy peligroso mezclarse en los asuntos de los inmortales. Eso era lo que estaba a punto de decirte.

Le eché una mirada cargada de significado.

—Creo que eso ya lo sé —le dije.

—¿Te gustaría volver? El camino que creó Kyra sigue abierto. Puedes irte, si quieres. No te voy a obligar.

—¡Por favor! —contesté, pensando en Risderd y en su familia, especialmente en Treise, por alguna extraña razón—. Ya estoy muy metida en esto para irme ahora, y, además, te pertenezco.

Se rió.

—Una mujer del juramento de lealtad.

—Si tú lo dices —respondí intentando salvar mi dignidad—. Supongo que es lo mismo.

—Sí —dijo, volviendo a mirar el amanecer gris y nubloso—. Muchos de los grandes guerreros son y serán mujeres. Aunque los hombres muchas veces no quieran darse cuenta.

Entonces se dio la vuelta y me miró a los ojos.

—Pronto sangrarás y dejarás de pertenecerme.

—¡No! —dije, y extendí mis manos unidas hacia las suyas.

Ella me las envolvió entre las suyas en ese gesto tan antiguo del que acepta un homenaje.

—Yo soy Inanna, Diana, Artemisa, Isis. He tenido tantos nombres que se me han olvidado. Pero recordaré el tuyo, Gwynaver. Y toda la humanidad lo recordará también. Hay hombres que murieron por alcanzar la fama eterna, pero no conozco ninguna mujer que lo haya hecho.

—Sí, te estás riendo de mí. Además, está aquella muchacha que enterró a su hermano. ¿Cómo se llamaba?

—Antígona. Pero no creo que ella disfrute de la fama eterna. Sólo su dolor. Él era su hermano.

—Sí —respondí, pensando en Zarpa Negra—, el amor es importante, y las mujeres, que son inteligentes, seguramente saben que la fama no lo es tanto. Preferiría mucho más algo que se pueda gastar, comer o amar, muchas gracias.

—Y lo tendrás, hija mía, lo tendrás —prometió—. Pero creo que en primer lugar necesitarás la comida. Te iré a buscar algo para desayunar —añadió mientras salía del taller.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Treise entró a trompicones. Había estado llorando. Se acercó a mí, se sentó en mi regazo, y empezó a llorar de nuevo.

—¿Qué te pasa?

—¡De todo! Ardal se ha muerto, y ahora mi padre quiere ir a donde está el monstruo. Lo oí hablar con mi madre de eso anoche. Ella le suplicó que no fuera.

—Ssssh —le dije, y empecé a acariciarle el pelo suave y lleno de rizos. La acuné y canté en voz baja—. Iré con él y volverá sano y salvo. Te lo prometo.

Se levantó y se apartó unos pasos.

—¿Tú? ¿Tú vas a protegerlo? ¿Cómo?

—Ssssh.

Yo también me levanté y cogí un puñado de virutas de lo que había sido mi cama. Las sostuve entre las manos ahuecadas delante de Treise. Se convirtieron en un montoncito de luces amarillas.

Invoqué al fuego.

No sé cómo hago eso. Es tan sencillo y natural como el vuelo de un pájaro, y seguramente yo lo entiendo tan poco como el pájaro su vuelo o el Vigilante Gris su transformación de hombre a lobo, y viceversa.

Las virutas empezaron a desprender un fuerte olor, a humear, y finalmente las llamas las envolvieron, se alzaron, y redujeron las virutas a cenizas antes de que llegaran a calentarme la mano.

Cuando volví a mirar a Treise, me miraba con los ojos como platos y expresión asustada.

—¿Es eso lo que hiciste la otra vez, cuando el monstruo se fue chillando?

—Sí, y puedo proteger a tu padre como te protegí a ti. No te preocupes —dije, y la acosté en mi cama vacía.

Se metió el pulgar en la boca, cerró los ojos y se quedó quieta. Pocos minutos después, noté que su respiración cambiaba. Se había dormido.

Mi señora volvió con gachas y pan. Desayuné de pie, cerca de la puerta, mirando el bosque entre brumas.

—¿El dragón?

Cerró los ojos.

—Está comiendo un tiburón pequeño. Seguía un grupo de delfines en el que había muchas hembras preñadas. Persiguen a las crías. Me refiero a los tiburones. Las hembras le pidieron ayuda, y es obvio que la recibieron. Le gustan los tiburones. Lo pondré al corriente si lo necesitas para algo.

Asentí. Tenía la boca seca.

—No sé si podrá hacer mucho por mí.

—Es cierto. Los dragones no son muy ágiles en tierra firme. Inútiles, para ser sinceros. No creo que te sea de gran ayuda.

—Bueno, eso es bueno, quiere decir que no saldrá malparado. Si no vuelvo, dale las gracias por su ayuda. Y ahora, si es posible, ¿me puedes decir dónde está ese pescador?

Cerró los ojos y se tocó las sienes con los dedos índice.

—Está oculto para mis ojos tras una nube mágica, pero puedo llegar a limitar dónde se encuentra la nube. —Un segundo después, murmuró—: Era de esperar. Se ha escondido cerca del pozo, en... en... ah, sí, en dirección a tierra. Está observando a la Doncella de las Flores.

—¿Cerca del camino?

—Sí, porque por ahí es por donde llegará Risderd.

—Bien, entonces yo...

—Ssssh. Otros oídos aparte de los míos pueden oírte.

Entonces me besó en la frente.

—Hija mía, que no te abandone la suerte.

Y me alejé corriendo, entre las sombras nubosas y verdes de los árboles.

El bosque a esa hora tan temprana estaba silencioso, y los suaves jirones de bruma del mar borraban los límites de las cosas. Mis pasos no seguían ningún camino trazado. La mayoría de los ciervos y el resto de los animales no se aventuraban a pasar por allí. Seguí la pendiente que bajaba hacia el mar.

Había muchos árboles, la mayoría pinos bajos, y las agujas que se habían caído formaban una gruesa alfombra que suavizaba las puntas escarpadas del suelo de piedra. El viento soplaba con suavidad, pero con ráfagas constantes, arrastrando la niebla del mar entre los delgados troncos marrones de corteza áspera. En sus copas, las agujas verdes brillaban como piedras pulidas cubiertas de rocío.

Primero fui hacia abajo, bendiciendo el calzado de Talorcan, porque parecía adaptarse a todas las superficies, desde la alfombra esponjosa de agujas secas, hasta las piedras de granito gris resbaladizas que sobresalían entre los árboles, formando extraños espacios abiertos bajo la niebla de aquella hora. Si tenía que trepar, lo hacía sujetando con fuerza el arco y las flechas con la mano derecha. Siempre avanzaba descendiendo, hasta que me detuve un momento y vi la gran pila de troncos varados en la arista de roca asomada al mar de lo que se convertiría en Tintagel.

La visión de la madera me dio una idea. Era un poco arriesgada, pero tal vez diese buen resultado.

Bordeé la parte más alta de la pila, medio caminando, medio gateando entre las piedras desnudas, sintiéndome muy vulnerable hasta que encontré el abrigo del bosque al otro lado. Para entonces el sol salía sobre el mar, el gran disco anaranjado todavía medio tapado por las brumas de la noche. Me obligué a darme prisa, pues

sabía que Risderd partiría en cuanto amaneciera.

Pero tampoco podía avanzar demasiado rápido, porque debía tratar de no hacer ruido, para no alertar a la criatura. «Sería una pesadilla si llego al pozo y me encuentro con el novio muerto y medio devorado por esa criatura», pensé.

Trepé con desesperación entre los árboles, a medida que los pinos daban lugar a algunos álamos que cubrían un montículo de piedra cercano al pozo. A lo lejos, distinguí entre los árboles el resplandor de la charca que había cerca del manantial.

Empecé a avanzar algo más despacio y tan silenciosamente como podía, hasta que llegué a los tupidos arbustos desde donde había visto al monstruo matar al ciervo que había ido a beber. Me arrodillé, escondida en el límite del bosque.

Vi cómo llegaban a la charca los primeros rayos de sol, convirtiendo en cristal el agua que manaba del manantial y la charca en una gema resplandeciente. Sentía la belleza de aquel lugar, aunque realmente no la veía, porque estaba demasiado ocupada buscando la serpiente de aquel Edén.

Y entonces, casi a la vez, vi al monstruo y también a la Doncella de las Flores.

Ella esperaba de pie a su amante, junto a la pequeña cascada que caía sobre la charca. Era una misma cosa con el agua. Las altas flores venenosas de la cicuta y las formas del agua cayendo formaban su falda. Su pecho desnudo eran las sombras de un grupo de abedules blancos que crecían sobre la roca oscura, y su rostro resplandecía límpido en el horizonte a la luz del nuevo sol.

No es que se la pueda ver. Sólo se deja adivinar. Es tu imaginación la que crea los detalles.

Gracias a eso es siempre tan hermosa. Se crea a partir de las glorias fugaces pero eternas del mundo que nos rodea. Si contemplas las hojas nuevas que brotan de una rama, la ves. Parecidas e iguales a ella son las orquídeas en flor y las ramas curvadas por el peso de los frutos en otoño. Nace de nuevo en el desierto, en la ciénaga, en el bosque o en el monte. En verano, invierno, primavera y otoño, es eterna y siempre nueva, como una flor.

Por un momento envidié a su amante, y me pregunté cómo sería su unión. Entonces lo vi.

El monstruo se mostró ante mí. Al final del camino que llevaba al manantial se alzaba un roble centenario. El grueso tronco negro estaba cubierto de motas de oro bajo el sol de la mañana. No había duda de que la criatura había sido inteligente. Esperaba a un lado bajo la sombra del árbol. Lo distinguí gracias a su silueta, que se recortaba en el cielo límpido.

¿También me habría visto? Permanecía inmóvil.

No, la cabeza con grandes dientes miraba hacia el otro lado, hacia el camino.

¿Y si intentaba dispararle? Siempre me he preguntado si me habría atrevido, ya que podría no haber acabado con él allí. Pero la dificultad estribaba en que no podía determinar el lugar exacto de la criatura. Veía su contorno, pero ¿a qué distancia estaba?

Cuatro flechas. Sólo tenía cuatro. El bosque estaba húmedo y frío. No podía confiar en que el arco pudiera disparar las cuatro.

Dudé. Y entonces ya fue demasiado tarde. Oí los pasos de Risderd avanzando por el camino, sin intención de esconderse.



CAPÍTULO 13

ensó que lo estaba torturando, en el reino de sombras que todos cruzamos antes de despertar.

La recordó. Ya no era joven, pero conservaba su hermosura. El cabello leonado que enmarcaba su rostro y le caía sobre los hombros como una capa. Su rostro pálido, surcado por profundas arrugas, su nariz recta y la boca generosa. Su cutis fino, de alabastro, coloreado en las mejillas.

Tenía miedo a las mujeres, siempre se lo había tenido. Pero esa mujer no tenía nada que ver con aquella bruja que ensombrecía sus pensamientos. Se acordaba de aquellos encuentros pasados en los que se ponía a temblar si ella lo tocaba. Sereno, su padre le había prometido que no le ocurriría nada. Así que dio permiso a la mujer para que lo sentase en su regazo, mientras la miraba desafiante a la cara.

Le pellizcó una mejilla con suavidad y desaparecieron el miedo y la rabia, se disolvieron como la sal en el agua, dejando tras de sí el recuerdo de ambos sentimientos, cambiando la naturaleza de la experiencia del mismo modo que la sal cambia el sabor del agua.

«Qué cosa más horrible, más horrible», susurró la magnífica mujer. Y él supo que las personas que se agolpaban alrededor de la silla tallada en la que ella estaba sentada, ante el fuego, no habían oído nada.

Entonces ella alzó la voz.

—¡Cai! ¡Cai! ¡Ven aquí conmigo!

El muchacho que se acercó era un poco mayor que él. Pero lo que más los diferenciaba era su complexión morena, y el pelo liso del muchacho, que le crecía entre las pronunciadas entradas. Era fuerte y robusto.

—Cai —dijo ella—, mucho me has reprochado no haberte dado un hermano en el *comitatus*, entre los jóvenes leones. Te estás preparando para aprender a ser guerrero. Y con amargura te has lamentado de tu soledad. Te dije que estaba escrito que estuvieras solo, que no estabas predestinado a tener compañía. Y tú has soportado las dificultades y no tienes igual entre los muchachos de tu edad.

Extendió la mano hacia el joven, que se arrodilló y la besó.

—Pero ahora ha llegado el que será tu hermano.

Vio la felicidad reflejada en el rostro del muchacho. Los dos eran demasiado jóvenes para conocer ningún artificio. Sabía que él era la causa de tal felicidad, y se preguntó si se merecía ser la razón de tal sentimiento para nadie.

Pero descendió del regazo de la mujer y abrazó a su nuevo hermano. Y a partir de ese momento, cazaron, jugaron, estudiaron y lucharon juntos. Y no tenían ningún secreto entre ellos.

Sintió un profundo dolor, tan doloroso que apenas era soportable. Entonces, ¿cómo podía encontrarse tan solo?

El rostro de la mujer se volvió hacia él. Ella le habría dicho: «Piensa».

Tortura. ¿Por qué llegar a medidas tan complejas para producirle dolor? Los torturadores siempre quieren algo, incluso cuando simplemente obtienen satisfacción del sufrimiento de sus víctimas. Ese sufrimiento era lo que deseaban. Cuanto menos sufriera, más en vano sería la tortura. Y si descubriera qué otras satisfacciones, si es que las había, buscaban sus captores, podría estudiar cómo negárselas también.

Abrió los ojos. Su perseguidor debía de seguir aletargado, pues el sol todavía no había salido. El cielo estaba despejado, pero el aire era levemente frío.

No tenía ni idea de qué estación era. Cai y él habían recorrido las montañas, y aquel lugar tenía toda la pinta de estar a mucha altura. ¿Llegaría a hacer mucho frío? Y si era así, ¿hasta qué punto y cuándo?

Salió gateando de debajo del acebo y fue a beber al lago. Saludó a las calaveras que lo miraban. Estaban empezando a adquirir su propia personalidad. La estructura que se esconde bajo la piel es, al fin y al cabo, tan distintiva como la carne que la cubre. Ésa, la que estaba más cerca de donde él bebía, seguramente pertenecía a un hombre joven. Conservaba todos los dientes, y los huesos eran fuertes y poderosos.

Arturo tembló. El agua estaba tan fría como el aire. Fue a su escondrijo y comió un poco de carne seca, después cogió bastantes tiras de esa cecina y se las puso en el cinturón.

El sol posó sus rayos entre los árboles. «Ahora, sobrevive», pensó.

Oyó el aullido de la criatura tras los árboles. No echó a correr, simplemente empezó a caminar. Le pareció oír unas risas lejanas, pero se había aleccionado a sí mismo para mostrar indiferencia, y no permitió que ninguna expresión de miedo o preocupación le cruzara el rostro.

«Necesito un tejo».

Parecía que la criatura ganaba terreno, así que empezó a correr, preguntándose si a aquel ser también le habría sentado bien el día de descanso. «Necesito un tejo para simular el incendio».

Con la criatura persiguiéndolo, como siempre, recorrió la meseta. Pero no pudo encontrar el tipo de árbol que necesitaba.

La necesidad de escapar de aquella cosa ya se había convertido en una rutina. Cuando llegó a la ciénaga, hizo añicos de una patada otro tronco podrido y comió lo que encontró dentro. Oyó la risa de nuevo, y volvió a obligarse a mostrarse impasible.

Buscó las altas aneas que había cerca del bosque, encontró algunos huevos y los comió como hacen los animales, aplastando la cáscara. Descubrió que si se movía cerca del borde del abismo la criatura avanzaba más despacio, pues se encontraba

rodeada de las calaveras. Y eso también le suponía un reto a él, pues tenía que avanzar con cuidado, para no precipitarse en el vacío. Ese camino no era llano, ni mucho menos. A veces, su avance se veía entorpecido por las piedras, y tenía que desviarse a través del bosque, en ocasiones peligrosamente cerca del monstruo. Pero eso le daba una oportunidad para estudiarlo.

Era una columna temblorosa, las sombras atrapaban su centro. Y los sonidos que emitía eran las expresiones universales de la ira y el dolor. Pero era consciente de la existencia del muchacho, y cuando se le acercaba, parecía que destrozaba todo a su paso con la esperanza de sepultarlo.

Se levantó una capa de barro que casi lo cegó, pero con eso la criatura hizo que unos cuantos peces saltasen a la orilla. Cuando volvió sobre sus pasos para recogerlos, cayeron sobre él piedras del tamaño de un puño provenientes del lecho seco de un río.

Se asustó mucho y aprendió a no menospreciar la persecución patosa de la criatura. Si una de esas piedras le daba en la cabeza, o le rompía una pierna, no tendría nada que hacer.

Rápidamente se alejó de allí. Después de coger los peces, volvió al límite del precipicio, pensando que necesitaría un refugio por si caía enfermo o se veía impedido. Algún sitio donde esconderse al que la criatura no pudiera llegar.

Casi al atardecer, encontró el árbol. Crecía muy al borde de la meseta. Los vientos preponderantes castigaban la parte más remota de la meseta en ese lugar. El árbol se sujetaba con sus raíces en el mismísimo borde del precipicio, justo antes de que cayera en picado sobre el valle. Una calavera, la que protegía ese lugar, estaba enredada entre las ramas más altas.

¿Ella? ¿Sería una mujer? No estaba muy seguro. La calavera era grácil, delicada, y conservaba todos los dientes. ¿Una joven, quizá? Como el árbol estaba en cuesta, sus cuencas vacías le miraban a los ojos directamente, a la misma altura. La saludó como a la calavera del abedul.

Un tejo, justo lo que buscaba. Era muy viejo, y parecía que se había movido por culpa de un desprendimiento de tierras. Le quedaban suficientes raíces para sujetarse firmemente, aunque parte del árbol crecía perpendicular al precipicio.

Los tejos no se rinden así como así, y la mitad del árbol todavía estaba cubierta de sus hojas afiladas y oscuras, entre grises y verdes. Estaba profusamente adornado de bayas rojas. El viento que subía del valle era frío y le daba en la cara, y el sol que se movía por Occidente estaba medio oculto por la niebla que se levantaba en las lejanas montañas.

Bajó por la cuesta y trepó por el tronco. Mirado desde arriba, el árbol era más alto de lo que le había parecido.

«Quiero... ¿qué es lo que quiero?», pensó asustado. Sin querer, miró al suelo.

¡No! Al momento se mareó y le sacudieron las náuseas. Se había negado a la evidencia de que se encontraba muy débil, exhausto por el hambre, el esfuerzo y la

mano herida. Sólo se mantenía de pie gracias a su fuerza de voluntad. Lo sacudieron violentos temblores, que también sacudían al árbol, y tenía la certeza de que si caía, sería una caída hacia una muerte segura en el abismo.

Se aferró a las ramas más pequeñas con tanta fuerza que se le clavaban en la piel. Justo en ese momento, la criatura llegó al límite de la meseta.

Chillaba, y el eco repetía sus chillidos una y otra vez. En sus gritos se reflejaba la ira que nacía en su interior, y parecía que quería perforar el suelo. La fuerza de su furia provocó una lluvia de tierra, piedras, ramas y trozos de todo tipo de cosas que se encontraba a su paso, como si quisiese arrancar todo el suelo, desenterrar las raíces del árbol y arrojar a éste y a Arturo por el precipicio.

Podría haberlo conseguido, porque las raíces gruesas y nudosas no eran muy profundas; pero Arturo sintió, ya que no se puede decir que viera, la ira punzante de la calavera. Y supo que había pertenecido a una mujer, y que de algún modo seguía allí... Vengativa y protectora...

La criatura dio un grito espeluznante y huyó, justo cuando el sol empezaba a ocultarse tras las montañas lejanas. Arturo apoyó la mejilla sobre la corteza irregular del árbol durante lo que pareció una eternidad, hasta que la luz se volvió azul. Recordó qué era lo que quería. Ella, la mujer de la calavera, se lo había dado.

Se preguntó qué y quién habrían sido, y descubrió que, aunque no adivinaba sus orígenes, sí sabía que no estaba solo en su lucha.

¡Cai! Sí, Cai le había enseñado. Su primera lección casi fue cómo encender una hoguera. Habían salido a cazar al bosque omnipresente que cubría su reino. Buscaban gansos, y los dos iban armados con sendos arcos.

Se perdieron, aunque no estaban del todo desorientados, porque los dos muchachos sabían que si seguían la costa llegarían a casa. Pero aquella era una noche sin luna, y la oscuridad era aún mayor entre los árboles. Tenían pan y queso suficiente para aguantar hasta el día siguiente, pero necesitaban una hoguera. A Cai no se lo veía preocupado. «Todos nosotros —le dijo a Arturo en tono altanero— llevamos el fuego siempre con nosotros».

Entonces descordó su arco y le demostró a Arturo lo fácil que era encender una hoguera acogedora con la estructura del arma. Agachados junto al fuego en una hondonada cerca de un riachuelo, Arturo le pidió inmediatamente que le enseñase a hacerlo. Y pronto descubrió que no era tan fácil como parecía.

Después de unos cuantos intentos, le dolían los brazos y las manos, y lo que había conseguido era perder el aliento. Cai se reía de él.

Entonces a Arturo le invadió la furia, tan poderosa como un torrente, una especie de locura malvada. Un simple trozo de madera y una cuerda no se burlarían de él. Jamás lo permitiría.

Rechinó los dientes y se entregó a la tarea con tal ferocidad que Cai se asustó. No dejó el arco y la cuerda hasta que vio que salían chispas, y que éstas se convertían en poderosas llamas. Sólo se detuvo cuando sentía sus brazos también en llamas, y una

punzada le hacía doblarse hacia un lado a causa del esfuerzo. Pero consiguió el fuego, y de una patada se lo lanzó a Cai a la cara.

No eran más que niños, y Cai ya lo había perdonado en cuanto apagaron entre los dos las llamas que se propagaban por las hojas muertas de manera alarmante. Sin embargo, Arturo se dio cuenta de que a partir ese momento Cai tuvo mucho cuidado de no volverse a reír de él.

Alzó la vista hacia las ramas que se habían salvado y vio una parte de la que se podría hacer un buen arco, el corazón de la madera por fuera y la savia por dentro. Se apoyó sobre las rodillas, todavía temblando a causa de la emoción y del cansancio. La duela, porque tenía esa forma, se le rompió en la mano.

Ya no había rastro del monstruo, y lo mismo podía decirse de la luz. Gateó hasta el borde, con la duela en la mano. Volvió a saludar a la calavera, esta vez en voz alta: «Muchas gracias, señora».

A continuación emprendió tambaleante el regreso a su lecho bajo el acebo. En cuanto llegó, se derrumbó sobre las hojas muertas y durmió unas cuantas horas. El hambre y el frío lo despertaron.

La duela que había escogido ya casi formaba sola un arco. No le costó mucho acabar de prepararla con una tira de la tela de sus pantalones, y tenía más que motivos para estar agradecido por su gran experiencia en construir arcos desde que era un niño. Era todo un experto en encender hogueras con el arco, y en poco tiempo ya contaba con una bajo el acebo.

Apartó las ramas del fuego, y rodeó la hoguera con piedras. Después añadió unos cuantos nudos de roble que había encontrado cerca.

Luego simplemente se sentó, contemplando lo que tanto había echado de menos todo ese tiempo.

Al rato volvió a donde había cogido los peces, improvisó una parrilla con algunas ramas verdes y los puso sobre el fuego. Iba ya por el segundo, lamiendo las espinas, cuando oyó el aullido de cólera.

Arturo se echó a reír, porque sabía que había desconcertado a sus captores, además de enfurecerlos, cuidando de sí mismo mucho mejor de lo que ellos esperaban. Lo invadió un feo sentimiento de autosatisfacción, y la oscuridad reinó.



CAPÍTULO 14

hora, ahora!», pensé.

No recuerdo haber tensado el arco ni haber colocado la flecha. De lo único que tengo conciencia es del escozor en la muñeca cuando la cuerda me rozó con un chasquido, y el golpe en los nudillos.

Al momento, casi inconscientemente, la segunda flecha estaba preparada mientras aquella cosa venía corriendo hacia mí. Corría sobre sus patas traseras, fuera ya de la sombra del roble. Veía las gotas de agua que levantaba a su paso, y la distinguía con claridad, con sus rayas amarillas y verdes, como la vegetación bajo el sol, y dos flechas clavadas en la mitad del cuerpo.

«Qué extraño, ni siquiera me había dado cuenta de cuándo he lanzado la segunda», me pasó por la cabeza.

Pero la tercera flecha ya estaba colocada, y la lancé, aunque la criatura ya estuviera tambaleándose.

De hecho, eso fue lo que pasó. Debí quedarme inmóvil y lanzar la cuarta flecha, para así cumplir mi destino. Porque cuando la tercera flecha alcanzó a aquella cosa, le dio en el bajo vientre, cerca de su cadera izquierda.

Los dos primeros disparos no le habían causado más que dos regueros de sangre, pues las flechas le habían dado en el estómago. Pero cuando la tercera le alcanzó, el monstruo se tambaleó, dando un terrible grito, y la sangre empezó a salir a borbotones.

Lancé lejos lo que quedaba del arco y eché a correr.

¡Hacia abajo, abajo! Hacia el mar.

La criatura me perseguía, impulsada por la furia de aquel ataque. Me di cuenta de que no tardaría en alcanzarme, porque era más rápida que yo. Salí del bosque. Si seguía recto y cuesta abajo me encontraría con la gran pila de madera. Cuando alcancé a verla, las garras del animal se me clavaron en la espalda. Noté cómo resbalaban sobre la armadura que me había dado mi padre.

Salté por encima de las maderas. Era muy arriesgado, pero no más que bajar un poco el ritmo. Si puedo decir que alguna vez estuve entre la espada y la pared, fue en esa ocasión. La pila de madera podría romperse, y yo caería, donde ramas rotas y puntiagudas como estacas estaban listas para empalarme; o tal vez me hundiría, y moriría ahogada entre la arena levantada por el viento y el montón de hojas muertas que se acumulaban allí desde hacía años.

Pero, si quería seguir con vida, tenía que lograr que la criatura redujera la velocidad. Tal vez yo fuera su última comida antes de morir, pero me convertiría en comida al fin y al cabo.

Caí sobre el grueso tronco de un roble, desgastado por la lluvia y el viento hasta parecer de plata. Resistió mi peso, y volví a saltar al sentir que el tronco se estremecía cuando la criatura cayó sobre él.

Y sentí, lo juro, su aliento en la nuca y las garras en la espalda cuando me deshice de mi vieja camisa.

Pegué un grito de guerra mientras volvía a saltar, esta vez para caer sobre un montón de ramas muertas de sauce. Cedieron bajo mi peso, sin embargo no se rompieron. Oí mi propio grito de satisfacción cuando me di cuenta de que la criatura no había corrido la misma suerte.

Y no me equivocaba. Estaba en el aire cuando oí el crujido de las ramas y el aullido de furia de la criatura mientras caía entre las maderas.

Llegué a un tronco grueso medio podrido cerca del suelo. Era resbaladizo, y se deshizo, lanzándome hacia delante.

Conseguí rodar justo a tiempo para no caer sobre las ramas rotas que sobresalían, y que me habrían sacado los ojos, desgarrado el pecho y arrancado la piel de la cara a jirones. A pesar de su poder, la armadura mágica no bastaba para protegerme, y fui a parar a la arena, con la espalda en carne viva, y heridas profundas en los brazos y las piernas. Pero no acababa de tocar la arena, cuando ya estaba de nuevo de pie y preparada.

Por encima de mí, la criatura trataba de liberarse de la maraña de ramas que la aprisionaba. Me di la vuelta y, sin preocuparme ya de las heridas, alargué el brazo hacia la pila, apreté una rama con los dedos y pensé «Fuego».

Y el fuego apareció.

Tuve que retroceder de un salto para no verme envuelta por el infierno que yo misma había creado. Me di la vuelta y eché a correr hacia la cueva donde había pasado la primera noche. Más allá, la playa se hacía pedregosa, y más allá, no sabía lo que había.

No era tan ingenua como para pensar que el fuego acabaría con la criatura. Tal vez la pila en llamas desprendiese un calor abrasador, pero la madera estaba tan húmeda por las brumas y la lluvia que tardaría mucho en quemarse del todo. Y estaba segura de que la criatura lograría liberarse antes de que eso sucediera. Así que eché a correr por la playa con todas mis fuerzas.

Esta vez tampoco me equivoqué. A medio camino de la cueva, volví la cabeza a tiempo para ver cómo esa cosa aparecía entre el humo y trataba de alcanzarme, avanzando a grandes zancadas.

Sí, pero le había dejado mi marca. Puedo decirlo porque lo vi con mis propios ojos. La increíble piel a rayas estaba llena de manchas oscuras de hollín y humo. Tenía quemaduras rojizas y negras en el cuello, los hombros y los antebrazos. Le caía

la sangre por el estómago, y dejaba un rastro de charcos sanguinolentos a su paso.

Muy bien hecho, pero yo también dejaba un rastro de sangre. Y la criatura era mayor y más fuerte de lo que yo había llegado a imaginar. Si el monstruo estaba herido de muerte, y ése era mi mayor deseo, ¿tendría alguna esperanza de sobrevivirle?



CAPÍTULO 15

Al despertarse, Ena tenía la vejiga llena y el bebé daba patadas. La primera vez que lo había sentido (vivificación, así se llamaba ese primer movimiento) le había inundado la felicidad, pero sabía que la alegría daría paso a la irritación. Se sentó lentamente y se dio cuenta de que Cai ya se había levantado y que había salido con varios de los otros hombres. Estaban despidiéndose, porque muchos vivían en los alrededores y se iban a sus casas antes de asistir a las ceremonias de la corte que Uther iba a celebrar en la fortaleza de Morgana.

Una de las criadas le llevó a Ena una toalla y un poco de agua templada. Se lavó la cara y las manos, y después se frotó los dientes con una ramita.

Niamh lo había calificado de sueño, pero Ena no lo recordaba del mismo modo que recordaba los sueños. El roce de los pétalos en la mejilla. El aroma que desprendían las flores cuando las tocó. El sabor del agua cristalina. La imagen de la mañana tras el tilo.

Pero entonces llegó Cai, y sintió una punzada de enfado, pues él la había despertado y la había arrebatado ese bienestar y esa belleza. Un instante después, se sorprendió a sí misma llorando, y trató de calmarse antes de que Cai volviera.

Era agradable tener sueños bonitos, porque el día se presentaba horrible. Tenían que cabalgar hasta la fortaleza de Morgana y anunciarle que Arturo había desaparecido. Esperaba que Gawain ya hubiese llegado y hubiera preparado a la anciana para recibir la mala noticia.

Y después estaba lo del bebé. ¡Dios! ¿Es que no le podía salir nada bien? ¿No podía hacer nada bien? En cuanto fue consciente del ser que crecía en su vientre, supo que era del sexo que no debía. La pena la desgarraba por dentro. Ella lo amaba y quería amarlo más todavía, pero no se atrevía. Era una niña. Y tal vez Cai la abandonaría en cuanto diera a luz. ¿Y entonces qué haría? En contra de sus deseos, volvió a ponerse a sollozar.

Cai entró en ese momento.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Todo y nada! —le espetó como un gato salvaje—. ¡Estar embarazada! ¡Que me duela el estómago y no poder comer nada!

Él fue en busca de Niamh, que fue a la habitación y le dio algo que sorprendentemente sabía muy bien, con un toque de menta. Después le sirvió filetes de pollo cocido y gachas con pan y mantequilla fresca.

Cuando era hora de montar, Ena ya se sentía mejor.

Una vez en camino, se calmó, y se sentía mejor que lo que se había sentido en los últimos tiempos. Ahora estaba preparada para analizar mentalmente todo lo que había ocurrido la noche anterior. «No, eso no era un sueño», pensó tercamente. El árbol estaba allí, y Cai la había apartado de un lugar real. Alguien la había llamado, y ella había seguido su voz.

No tenía ni idea de si se trataba de una trampa o no. Parecía que Cai pensaba que lo era, y también Niamh. Pero ella no era una niña a la que se pudiese calmar con palabras dulces. Lo que había visto y sentido en aquel lugar era real, más real que todo lo que había conocido hasta entonces.

«¡Mi hija! Mi hija, ¿cómo podré cuidar de ella yo sola?», pensó.

Seguía de lejos a los demás, porque en aquel lugar estaban seguros, tan cerca de la fortaleza de los siluros. Nadie la había molestado ordenándole que no se quedase a la zaga, como hacían cuando atravesaban zonas más peligrosas. Por el contrario, los soldados avanzaban despreocupadamente, como ella hacía, disfrutando de la resplandeciente mañana y de la brisa que soplaba sobre el bosque, proveniente del mar. Cai y el resto de los hombres avanzaban en grupo delante de ella. Daba vueltas al problema de su maternidad como hacen los perros con un hueso seco y viejo, pensando que tal vez Cai no quisiera reconocer a su hijo ni siquiera como bastardo cuando supiera que era una niña. Entonces vio al jinete abandonar el bosque, avanzar sin dificultad entre los arbustos del borde del camino y marcar el ritmo a su caballo, situando el suyo a su lado. No tenía ningún rasgo físico que llamara la atención, moreno como muchas de las gentes de esas tierras, y no llevaba armas. Eso sí que llamó la atención de Ena. Nunca había visto a nadie, hombre o mujer, que fuera desarmado. Lo que el hombre llevaba era un arpa en una funda colgada a la espalda.

«Eso lo explica todo», pensó Ena. Había oído muchas veces que los poetas y los músicos de esas tierras eran sagrados, y ni siquiera el forajido más desalmado los atacaría. Porque si lo hacían, les acarrearía las peores maldiciones por parte de dioses y humanos. Aquellos que cometían ese crimen eran despreciados por familiares y amigos, que a partir de ese momento los consideraban muertos. Nadie les daba abrigo, comida o protección, y vagaban de un lado a otro sin misericordia hasta que morían. Esto era suficiente para garantizar la seguridad de los bardos.

Le parecía oír las notas de plata que salían del instrumento por obra de los dedos expertos del músico. Ena sonrió y se olvidó de sus preocupaciones, inmersa en la alegría, preguntándose si él también se dirigiría a la fortaleza de Morgana, y en caso de que fuera así, si tocaría para ellos esa noche.

Le sorprendió que nadie lo hubiese saludado o dicho algo. Lo miró a los ojos y le sonrió, como si quisiese darle la bienvenida. Parecía precavido, y aceleró el paso hasta quedar un poco por delante de ella. Sin embargo, le devolvió la sonrisa.

Justo en ese momento el grupo dejó las sombras moteadas de los árboles y entró en una zona alumbrada por la luz dorada de la mañana. Y Ena pudo ver sin lugar a

dudas que los rayos de sol atravesaban el cuerpo del hombre.

Entonces empezó a hacerse varias preguntas. El hecho de estar expuestos a los hechizos que Merlín e Igrane entretejían a su alrededor, el extraño espectro de Arturo que ella había deshecho, descubriendo la verdad. La violenta expulsión de la magia de Merlín que ella y Cai habían llevado a cabo bajo la instigación de Gawain. El placer que había sentido todavía vivo en su cuerpo.

Dirigió ese sentido nuevo y extraño hacia la niña. El bebé estaba bien, disfrutaba con el movimiento de la yegua mansa que montaba, como si estuviera haciendo algo de manera independiente. Todavía estaba muy lejos de ser consciente, y por tanto era feliz.

Después utilizó ese sentido con el hombre que cabalgaba delante de ella. Estaba muerto, desde hacía mucho tiempo. Pero había despertado, sólo a medias, de un sueño placentero, e intentaba volver a casa.

Hubo un tiempo en el que vivía por allí cerca, bajando un camino. Pero no podía encontrar el camino, el paisaje había cambiado mucho.

Ella sabía dónde estaba ese camino.

Nigromancia era como lo llamaban. Sólo las personas con un talento especial la tenían. Había oído a Merlín y a Igrane hablando sobre los procedimientos. Despertaron una especie de terror en su mente. No estaba preparada para aquella melancólica tristeza.

Él había muerto amándolos, pero ellos creían que los había traicionado. Tenía que volver y decirles que no era cierto. Después continuaría con un... ¿un? No estaba segura de con qué.

Ena recordó que había preguntas. Merlín le había dicho a Igrane las preguntas que no se pueden hacer a los muertos. Las preguntas de respuesta prohibida. Pero no sabía cuáles eran.

«No pasa nada», pensó encogiéndose de hombros. No le preguntaría nada.

Azuzó un poco a su caballo, hasta que alcanzó al del hombre. Lo observó detenidamente. Era un hombre bastante joven y de aspecto agradable, si se pasaba por alto que se podía ver a través de su cuerpo.

Él echó un vistazo alrededor y después hizo patente su sorpresa. «La mayoría no puede verme». Las palabras se formaron solas en la mente de Ena.

«Ya lo sé», le respondió. Ella tampoco habló en voz alta para no alarmar a los hombres que avanzaban junto a Cai. «Pero yo sí puedo. El árbol ya cayó hace muchos inviernos, lo partió un rayo en una tormenta. Se quemó, y más tarde alguien cortó lo que quedaba. A quien lo hizo no le importaba que fuese sagrado».

«¡Aquí!», añadió, dando la vuelta al caballo. Éste se tambaleó un poco, porque tuvo que bajar a una zanja y luego volver a subir al otro lado. Ella lo guió entre las hojas y las ramas muertas y encontró, tal y como se imaginaba, un sendero estrecho que descendía la montaña. Cuando alzó la vista, él estaba a su lado.

«Sí, sí», dijo silenciosamente.

A sus pies se extendía una pradera verde, en la que crecían tojos exuberantes, dorada retama, altos cardos púrpuras. En lo alto de la colina crecían distintos tipos de pinos altísimos. Pero más lejos, cerca de la pradera, el campo era más abierto y el reflejo de los abedules blancos moteaba el sendero que avanzaba en zigzag entre los árboles.

«Gracias», le dijo. Y se desvaneció en la luz del sol.

En ese momento oyó que Cai la llamaba.

—¡Ena! ¡Ena!

Hizo avanzar con dificultad a su caballo entre los helechos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —respondió ella, mientras desmontaba.

—¡Ah, eso! Ena, estamos lo suficientemente cerca de Morgana como para avanzar con tranquilidad, pero todavía hay peligros para una mujer sola. Y...

Se dio la vuelta para darle un poco de intimidad mientras se ponía de cuclillas.

—No estaba sola —murmuró ella.

—¿Qué?

—Nada —respondió con dulzura fingida—. Quiéreme o no, canalla. —No estaba de muy buen humor—. Apuesto lo que quieras a que cuando nazca el bebé me podré ganar la vida así.

Era verdad. En todo el mundo se apreciaban mucho los servicios de aquellos que podían hacer preguntas a los muertos. Ella se acordaba de las visitas de sus padres a los vovulas, que era como les llamaba su pueblo. Dejaban valiosas ofrendas en la vasija de las mujeres a cambio de noticias de su familia en Frisia. Y todo lo que habían dicho era cierto, porque uno de sus tíos los había visitado, pues estaba al servicio de un capitán véneto, y les confirmó todo.

Ena ya se sentía mucho mejor. Y la verdad es que no había pasado muchos apuros, pero era agradable vaciar la vejiga. No sabía qué tipo de mujer era Morgana o cuánto tiempo la tendrían por allí. Si su corte se parecía en algo a la de Igrane, habría mucho de eso.

Pero no se parecía en nada, y no tuvo que esperar mucho.

La fortaleza de Morgana se alzaba sobre el mar, en una isla en el centro de un lago. Relucía bajo el sol. Ena había visto el salón de cristal de Tintagel, pero eso era totalmente nuevo para ella.

—Un romano lo construyó para nosotros —explicó Cai, una explicación que no explicaba nada.

En la isla crecían tres árboles centenarios: un roble, un fresno y un tilo. La fortaleza era triangular, y tenía tres salones enormes, uno en cada árbol. Los troncos sujetaban el techo de cada uno de los salones. Los techos eran muy altos, pero no importaba, porque como eran de cristal dejaban pasar toda la luz que necesitaban los árboles. Para ser más exactos, como comprobó Ena cuando estaban más cerca, los techos eran sólo a medias de cristal. Se alternaba una franja de cristal con una de

madera de la misma anchura. Los vidrios de las ventanas se sujetaban con plomo, una nueva técnica que empezaba a utilizarse en las iglesias.

Un paso elevado de piedra, aunque estrecho, atravesaba el lago hasta la isla. Los soldados que lo flanqueaban saludaron al rey. Él les devolvió el saludo y siguió hacia la fortaleza.

Las mujeres, aunque en un primer momento Ena las confundió con hombres, porque iban tan armadas como ellos, les dieron la bienvenida en el patio, ante la entrada. Cogieron las riendas de los caballos, y una de ellas, alta, de pelo oscuro recogido en trenzas sobre las orejas, ayudó a Ena a desmontar. En todo momento se comportó cortésmente, pero echó una mirada evaluadora más propia de un hombre, y ésta no pudo evitar sonrojarse.

Condujeron al grupo al salón a través de unas puertas dobles ricamente talladas. Ena lo miraba todo con atención, estirando el cuello y pensó: «No importa cuánto viva, nunca veré algo tan impresionante como esto. Tengo que observarlo todo y recordarlo».

El árbol estaba en el centro, como en las demás fortalezas. Aunque estaba en un sitio más cerrado que en los salones normales, la alternancia de cristal y madera del techo le dejaba suficiente luz. Era la estancia más luminosa que nunca hubiera visto. De hecho, era un jardín, más hermoso que los de las terrazas de Tintagel.

Todo el interior formaba parte del jardín. Cruzaron una pasarela sobre un canal de agua, que corría hacia el interior de la construcción para regar los jardines.

—Este lugar es maravilloso —dijo Cai—. Nunca hace demasiado calor ni demasiado frío, y todo crece en el jardín de mi madre.

En ese momento pasaban ante un árbol en flor en una maceta cerca del agua. Las flores eran anaranjadas, y los frutos rojos. Cai le dijo a Ena que era un granado.

Al terminarse los jardines, el suelo era de piedra oscura muy pulida, como en Tintagel. Y en el centro ardía un hogar, con las brasas cubiertas por una capa blanca de cenizas. Detrás del fuego, los guijarros de río cubrían el suelo que rodeaba el enorme tronco.

Allí estaba la mujer. Iba de blanco, con un tipo de tejido mezcla de lino y seda. Ena se la había imaginado morena como Cai, pero era castaña, aunque no tanto como ella. Su melena era más rojiza, y los ojos verdes. Ena se sintió incómoda, pues le recordaba una leona. Una vez había visto una. Los aristócratas medio romanos medio britones seguían celebrando juegos en el anfiteatro de Aquae Sulis, y un grupo de gladiadores itinerantes habían exhibido a las leonas como una curiosidad.

Una vez un *bestiarius* se había enfrentado a una, pero ahora importarlas de cualquier país resultaba demasiado caro para sacarles tan poco provecho. En otra ocasión habían arrojado a los leones a un esclavo huido de las tierras de su padre, pero las leonas no estaban demasiado hambrientas y dejaron el cuerpo a medias. A mitad del espectáculo, Ena se sintió mal y acabó devolviendo el almuerzo. El resto de la familia se rió de sus escrúpulos y de las tonterías que hacía el gran felino

jugueteando con su víctima. Y Ena se había alejado de allí convencida de que la entregarían a los dioses con la misma falta de escrúpulos que disfrutaban de la ferocidad del animal, y supo que su pérdida les importaría tan poco como la muerte del esclavo.

Ena sintió calor y se mareó cuando vio que Morgana se acercaba al rey. Porque ella sabía que aquélla era Morgana, no necesitaba que nadie se lo dijese. De nada sirvió que la primera persona a la que invitara a acercarse a ella fuese a Ena.

—Acércate, Ena. Así te llamas, ¿verdad? Acércate.

Ena rechinó los dientes y murmuró «Diablos».

Se acercó a Morgana. Cuanto más se aproximaba, más se asustaba. Pero su estricto padre le habría dicho que estaba bien reírse de la debilidad, porque Ena estaba dispuesta a derrotar a aquella mujer, daba igual lo que tuviera que hacer para lograrlo. Se detuvo justo delante de ella.

—Ajá —dijo Morgana, y tocó el vientre de Ena, que apenas sobresalía—. ¿Sabes lo que llevas aquí?

—Sí. Y si tu fama es cierta, tú también lo sabes. Es una niña.

—Una niña fuerte y sana, eso es.

—Me parezco a mi madre. Ella nació para tener hijos. Tuvo once, y salió bien parada de todos los partos. Como me pasará a mí. —Hizo una mueca que mostraba sus dientes, pero no era una sonrisa.

—¿Cuándo decidiste quedarte embarazada del hombre de más alto rango que podías meter en tu cama? —preguntó Morgana.

—En cuanto puse un pie en la corte de esa maldita bruja. —Le espetó Ena.

—¿Y por qué Cai?

—Decide tú misma. Los demás eran demasiado jóvenes o demasiado viejos, o estaban demasiado borrachos, o eran demasiado miserables, o no se fijaban en mí o llevaban auestas un matrimonio. Aunque en el caso de tu pueblo, el matrimonio no se considera tan importante.

Morgana bufó.

—Ahora tiras piedras sobre tu propio tejado. Y lo de nuestro pueblo... ¿Cuántas concubinas tenía tu padre?

—Sólo una —respondió Ena agriamente—. No se podía permitir más. Pero no dejaba tranquilas a las esclavas de la casa. Hay bastardos suyos por todas partes.

Morgana se rió entre dientes.

—Ya veo que eres realista. ¿Estás enamorada de mi nieto?

—¡No! Déjeme de quererlo cuando supe que era una niña. Cuando nazca, no volverá a mi cama.

—Sí, sí, yo creo que volverá. Lo digo por la expresión de ansiedad que tiene ahora mismo. Adivina por nuestros gestos que éste es un intercambio bastante enérgico.

Ena se relajó un poco.

—¿Crees que seguirá sintiendo algo por mí?

—Sí, y también yo. La verdad es que podrías decidir que el resto de tu vida lo pasarás sentada sobre cojines de seda y terciopelo y dedicarte a comer trigo cocido con miel y mantequilla, porque no podrás hacer nada que supere el hecho de darme una bisnieta. Tengo muchos nietos, pero ninguna nieta. Y haga lo que haga mi querido Cai, quedarse o irse, tú siempre tendrás un sitio en mi casa. Y no te equivoques. Yo soy quien manda aquí.

—Entonces nos llevaremos bien, siempre que recuerdes que ella es tu bisnieta, pero mi hija.

Morgana se echó a reír.

—Eres bastante engreída, ¿no?

—¡Hoy sí!

—Has descubierto tu poder, ¿verdad?

—Sí, soy una vovula.

—¿Así es como nos llama tu pueblo?

—Sí. Así supe que era una niña. Todo ha pasado en el camino hacia aquí.

Morgana todavía tenía la mano sobre el vientre de Ella. Era una mano grande, y las uñas largas como garras.

—Anteanoche oí una pantera.

Morgana sonrió.

—Sí, la oíste, ¿verdad?

A Ena le recorrió un escalofrío y se le puso la piel de gallina.

—Hablaemos de todo eso más tarde, pero no ante todos mis huéspedes.

De repente a Ena se le había quedado la boca seca. El poder que Morgana desprendía era puro. Fuera cual fuese su don, esa mujer debía de ser increíblemente más fuerte que ella. Ena retrocedió y se inclinó en una reverencia, pero Morgana la hizo levantarse y la besó en la mejilla. Ena volvió al lado de Cai temblorosa.

Cuando Uther se acercó a ella, Morgana hizo una reverencia. Pero él le besó la mano.

Cai hizo el ademán de llevar a Ena fuera.

—¡No! —dijo Morgana—. Quedaos. Que traigan sillas y sentaos alrededor del hogar.

Ena miró hacia arriba. A través del techo de cristal pasaban rayos de luz que inundaban el salón. El techo era tan alto que vio a un pájaro salir de entre las ramas del roble y volar hacia la puerta para salir. El cristal no era transparente, sino que estaba tintado de verde; y eso hacía que el resplandor quedara mitigado como en los bosques, y envolvía al salón en una luz clara y dorada. Allí no había cabezas colgadas, excepto las talladas en las vigas del techo, cerca del árbol.

Morgana se quedó callada hasta que salieron todos los sirvientes y los miembros de la comitiva. Entonces cada uno se sentó en un lugar alrededor del hogar.

Uther y Morgana estaban una enfrente del otro. A Ena le horrorizaba ver que

Uther sollozaba en silencio, las lágrimas le descendían por la nariz para desaparecer entre la barba y el bigote. Ella y Cai también estaban uno enfrente del otro. Él le sonrió, y ella se sintió incómoda, como siempre le ocurría cuando le demostraba su cariño. Deseo era lo que ella esperaba de un hombre, y no cariño. Ningún hombre de su vida había sido cariñoso, ni sus hermanos ni su padre; y el deseo no habría sido muy correcto, aunque ella veía su deseo hacia otras mujeres, normalmente de rango inferior, preparadas para que se las utilizase y luego abandonase.

De Uther pensó que la pérdida de su hijo lo apenaba. Tal vez lo quisiese, aunque ella lo encontrase un poco asombroso. Algunos padres quieren a sus hijos, pero ¿quién iba a decir que el duro rey de invierno tendría esa debilidad?

—Serénate, mi señor —dijo Morgana.

—Imaginar lo que pueden estar haciéndole me hace sufrir más de lo que se pueda expresar con palabras, Morgana.

—Hagan lo que hagan, no les servirá de nada —intervino Cai—. No importa lo que hagan, no podrán derrotarlo. Estoy seguro. Somos compañeros inseparables desde que yo tenía nueve años y él siete. Dejará que lo maten antes que rendirse ante uno de los dos.

—No estoy muy segura de que eso que dices consuele mucho a tu rey —dijo Morgana.

—No pretendo consolarlo. Simplemente constato un hecho. Si Arturo vive para reinar, no será la marioneta de nadie. Por ello tenemos que liberarlo antes de que eso suceda.

—¿Ena? ¿Estás preparada? —preguntó Morgana.

—¿Para qué? —preguntó Cai alarmado.

—No te preocupes —dijo Ena—. He formado parte de esto desde el principio. Y si quieres saber la verdad, no sé por qué, y apostaré algo a que ella tampoco.

—Acércate a las brasas, Ena —ordenó Morgana.

Arrojó un puñado de algo al hogar, y Ena tomó una profunda bocanada del humo. Durante un segundo la cegó, después salió de entre el humo y empezó a ver visiones.

La primera era una leona. Del mismo tono rojizo que Morgana, se agazapó junto al hogar, una enorme zarpa sobre el suelo de piedra. Tenía las fauces manchadas de sangre, como Ena la había visto por última vez, y rugió, mostrando los colmillos teñidos de rojo de un asesino.

—¡Tú la has traído! —acusó Ena a Morgana.

—No, sólo viene lo que tú llamas.

—Sí —admitió Ena—. Ella, la leona, también debe de estar muerta ya.

La leona se desvaneció, como una nube cambia de forma arrastrada por el viento, y apareció el rostro del joven al que había enseñado el camino ese mismo día. Parecía triste, y Ena se preguntó qué habría encontrado al regresar a su casa. Pero cuando él la vio, sonrió.

—¡Oh! —murmuró Ena.

El joven le traía un mensaje, uno muy complejo. Ella tenía miedo de los hombres, y tenía buenas razones, pero no tenía que temerlos a todos. Cai la amaba y la amaría siempre. Pero por encima de todo, podía confiar en él, porque en él no había deshonestidad. No era siempre un rasgo positivo, pero formaba parte de su naturaleza. Mantenía la fe sin cuestionárselo. No podía imaginarse lo contrario.

El rostro desapareció y el humo se interpuso entre ella y el mundo como un velo. Cuando se disolvió, estaba al límite de un bosque, y alrededor había muchos pájaros cantores posados en la hierba, pinzones y carrizos, de todos los tonos del verde, el gris y el marrón. Gritó sorprendida al darse cuenta de que estaba en otro lugar. ¿O no fue ella la que gritó, sino eso?

Los pájaros huyeron, y un segundo después volvía a estar en el salón de Morgana. Pero tenía un nombre.

—¡Vareen!

—Dios... —murmuró Uther.

Morgana tenía una expresión triunfante.

—Vareen —repitió Uther sorprendido—. Pero hace mucho que murió, mucho.

—A veces hay hombres con los que eso no basta —dijo Cai.

—¿De qué habláis? —los interrumpió bruscamente Ena.

—Vareen era el druida de Vortigen —le explicó Morgana.

—Pero Vortigen fue rey mucho antes de nuestra época. Era un criminal. Robaba a la iglesia.

Cai, Morgana y Uther se rieron al unísono.

—¿Ésa es la versión sajona? —preguntó Cai.

—Eso fue lo que me enseñaron —dijo Ena con tono de disculpa—. No soy más que una mujer. No sé nada de guerras ni de política.

—Pues estás aprendiendo rápido —dijo Uther, y continuó—: Digan lo que digan de Vortigen, fue un buen rey. Y no, no robó a la iglesia. Pidió dinero a las órdenes monásticas, que tenían mucho. La iglesia siempre acusa a alguien de robarle. Sea como sea, Vareen era su druida. Todos los reyes tienen un druida personal, consejeros. El mío es Morgana.

—Es una mujer —dijo Ena. Morgana se echó a reír.

—Así que se me nota.

Ena enrojeció.

—Sí. Bueno, hay veces que la yegua es el mejor caballo —dijo Uther.

Morgana volvió a reírse.

—Gracias por el cumplido, Uther.

—Vortigen y Vareen murieron traicionados por Merlín —dijo Cai—. Les asesinó cuando intentaban establecer la paz con los sajones. Merlín está del lado de los terratenientes del sur, que los tienen como mercenarios. Creía que debía terminarse con la figura de alto rey.

—Pero sus cálculos fallaron —añadió Morgana—. Él y sus seguidores pronto

fueron derrotados. Atacaron los pictos, cruzando la Muralla de Adriano. Los vénetos no quisieron ocuparse de las líneas de suministro de las tropas sajonas. Los siluros, nuestro pueblo, declararon una revuelta, y Merlín tuvo que pedir ayuda a los reyes para terminar la guerra. El padre de Uther fue elegido gran rey, y él y sus hombres del juramento de lealtad consiguieron restablecer la paz en el reino.

—Paz, si puede llamarse paz —dijo Uther—. Digamos más bien tregua. Nosotros no los matamos si ellos no nos matan.

Ena seguía sin entenderlo, pero no se atrevía a pedir más explicaciones de las partes interesadas.

—Necesitaremos dinero —dijo Uther.

—Es el momento de que robes a la iglesia —respondió Morgana.

Uther parecía contrariado.

—Supongo que sí. Prefiero su dinero que empobrecer a nuestro pueblo.

—Niamh habló de guerra, y eso es lo que es —le dijo Morgana.

—¿Y qué tiene que ver el dinero con la guerra? —preguntó Ena.

—Todo —respondieron al unísono los tres, Uther, Morgana y Cai.

—Si hablamos de guerra, de lo primero que hay que ocuparse es del dinero —explicó Morgana—. ¿Por qué diablos crees si no que esos malditos romanos conquistaron tierras y tierras con tanta facilidad?

Cai y Ena parecían confundidos.

—Porque cada soldado romano tenía una espada mejor que la que la mayoría de nuestros aristócratas podía permitirse —respondió Uther—. Los romanos armaban y alimentaban a sus legionarios bien. Tal vez muchos de esos políticos del Senado fueran corruptos, pero nos sobrevivieron. Y acabamos siendo confinados a los bosques y los pantanos, de una revuelta inútil a otra. Y tuvimos suerte de por lo menos tener nuestros bosques y pantanos. En el sur, los derrotaron fortaleza tras fortaleza y esclavizaron al pueblo. Esclavizados por esos principales tan astutos como para hacer causa común con los romanos y traicionan a su propio pueblo. En esa parte de Britania, o servías a los romanos o morías.

»Aquí conseguimos mantener cierta independencia —continuó—. Los romanos ya no están, pero permanecen las tropas sajonas. El archidruida está al servicio de los poderosos nobles que gobiernan las tierras del sur, y, como siempre, sirve a sus intereses.

»Quiere controlar a mi hijo —gruñó Uther—. Es el único heredero, gracias a mi abstinencia...

Morgana miró divertida a Uther.

—Bueno —continuó Uther—, si no abstinencia, al menos un planteamiento inteligente. No hay ningún otro candidato que pueda elegirse para ser gran rey. Además, él ya ha tenido sobre su cabeza la corona del rey de verano.

—Lo sé —dijo Cai—. Gawain la tejió con trigo, cebada, centeno y avena. Y las asambleas de guerreros celebraron cuando se la puso.

—Yo misma la bendije —intervino Morgana con júbilo—. Ella me poseyó... aquel día.

—Es sagrado, y no puede apartarse a un lado —dijo Uther—. Pero ¿podrá resistir el poder de Merlín e Igrane? Siempre volvemos a ese punto. ¿Tú qué crees, Cai? De todos nosotros, eres el que le conoce mejor. ¿Podrá resistir?

El fuego rugió. De repente las cenizas grises se convirtieron en llamas poderosas.

Los cuatro se sobresaltaron ante la repentina luz y calor. Ena habló, pero no con su voz. ¡Era Vareen quien utilizaba su boca y su lengua! Ella respondió a la pregunta dirigida a Cai.

—No sabrá cómo no resistir.



Se despertó en Tintagel, tirado en el suelo, a los pies de Igrane.

—¡Tú,apestoso! —le dijo ella.

—No más que tú, madre. Al menos, a mi alrededor no flota el olor de la corrupción y la traición. No puedo decir lo mismo de ti... ni de tu amante.

Igrane se dio la vuelta y se alejó. Estaban en sus aposentos. Era de día, el cielo estaba cubierto de nubes oscuras que se movían con rapidez.

Se acercó con grandes zancadas al diván sobre el que descansaba el manto invisible, y ante ella estaba el espejo. Se miró en él mientras se daba unos retoques.

—Tan joven como siempre, por lo que veo —dijo él mientras se sentaba.

—No gracias a esa zorrilla... tuya.

—¿Mía, madre? ¿En qué sentido mía? Fuiste tú quien la trajo aquí. No me eches la culpa si tú y tu enamorado tratasteis de abarcar más de lo que podíais. Tendríais que haberos quedado al margen.

Se sentía mal por el hambre y el *shock* de la transición. Pero había recuperado la memoria, y eso era más de lo que podía decir desde que le había mordido la serpiente de ella.

Igrane llevaba un vestido de seda casi transparente. Podía verle perfectamente los pezones y el triángulo oscuro del sexo. Sintió que le ardía la cara y apartó la vista. Después de todo, era su madre. Y entonces recordó que la otra función del sexo es el castigo, los hombres lo utilizan para humillar a las mujeres. Y ya que darle la vuelta también es justo, las mujeres lo utilizan para humillar a los hombres.

Cuando volvió a mirarla, ella le sonrió con malicia. Se estiró sensual como un gato, luciendo lo mejor que podía sus atributos. Se preguntó lo que le habría pasado si Uther no lo hubiera separado de ella violentamente cuando tenía siete años. No le gustaba pararse a pensar en eso.

La atracción desapareció, y se sintió más a gusto consigo mismo. Pero eso era el objetivo, ¿o no? Eso era lo que ella y su amante querían, controlarlo.

Parecía que Igrane había percibido que se le había vuelto a escurrir entre los

dedos, porque se dio la vuelta de mal humor.

—¿Es que nunca vas a aprender?

«Muy bien, seguiré el juego», pensó. Mejor de mal humor que seductora.

—¿Aprender el qué, madre?

—Quién manda aquí —le espetó.

Consiguió esbozar algo que podía llamarse sonrisa.

—¿Quién podría ser, madre? Qué extraño. Creía que yo era el rey de verano. —
Alzó la vista, retándola con la mirada.

Ella le escupió.

Él disfrutaba con la situación. Se limpió la saliva de la mejilla y la miró.

—Me alegro de saber tu opinión sincera sobre mí.

Lo suficientemente lista para darse cuenta de que el muchacho estaba jugando con su cólera, se despojó de la bella máscara de poder. Ocultó su mirada airada bajo los párpados.

—Ve a bañarte —le ordenó fríamente—, a no ser que mis criadas te den asco. Están preparándote algo de comida.

Señaló la tina que estaba tras el biombo de alabastro. Pero Arturo, antes de obedecerla, se acercó al espejo, que estaba casi al otro extremo de la estancia. Cuando era niño le habían contado muchas historias de espejos y lo que se podía ver en ellos. Siempre había hecho poco caso de esos relatos, pues los espejos eran objetos de lujo que tenían que importarse y sólo los más poderosos podían permitirse uno. Pero Morgana le había dicho que un pueblo que vivía cerca de Roma los utilizaba para leer el futuro. Él se había echado a reír.

—¿Cómo?

—No lo sé —le contestó ella—. Es uno de los secretos que nunca revelaron a los romanos. Lo hacían las mujeres. Sumergirse en el cristal, lo llamaban.

—¿Y qué les sucedió?

—Los romanos —le contestó, como si fuera suficiente explicación.

Y cuando se paró a pensarlo, estuvo de acuerdo con ella.

Pero ese espejo sólo le devolvió su reflejo. Estaba pálido y más delgado. Su madre tenía razón. Estaba sucio, mugriento para ser más exactos. Tenía barba de una semana. Parecía una buena espada en una vaina abollada. Estaba muy delgado y fuerte, sus rasgos finos demostraban valentía y decisión. Ya era un hombre diferente al joven rey de verano que Merlín e Igrane habían hecho su prisionero. Y se preguntó qué tipo de hombre llegaría a ser si lograba escapar de su maldad.

Alargó el brazo izquierdo y tocó el cristal con las yemas. Un rostro le miró a los ojos. Se estremeció y retrocedió, y echó un vistazo a Igrane para ver si había sido testigo de su reacción.

Pero no lo había visto, y hablaba con sus criadas cerca de la tina. Mejor así. Cuando volvió a mirar al espejo, el rostro ya no estaba allí.

Se guardó su secreto de forma reflexiva. Se alejó del espejo y se dirigió al baño, y

cuando las criadas trataron de acompañarlo, les ordenó que no lo hicieran en un tono que no admitía desobediencia. Una vez que se hubieron ido, se desnudó y se metió en el agua templada, con el cuello apoyado en el borde de la bañera de mármol.

Era joven y no había tenido tiempo para preocuparse sobre el sexo durante su cautiverio. Cuando se sumergió en el agua templada, el deseo le sacudió como si tuviera fiebre. Se frotó los párpados con fuerza y maldijo en voz baja. El deseo no era más que otra arma, como el hambre, la soledad y el frío que sus torturadores le habían hecho pasar. Los siguientes minutos los pasó intentando acabar con esa energía sexual cuanto antes.

Cuando abrió los ojos, vio al pájaro posado sobre el biombo de alabastro, mirándolo con aparente curiosidad lasciva. Ladeaba la cabeza, le observaba con un ojo, luego con el otro, con los dos.

—¿Resulta entretenido, pájaro? ¿Una de las batallas de un hombre desesperado?

Para su asombro, el pájaro le respondió:

—¡No!

«No», le dijo una parte de su mente racional. «Los pájaros no hablan». Pero ése era un cuervo, y quizá fuese un animal domesticado que se había escapado.

Con un movimiento de las alas, el pájaro bajó volando y empezó a dar vueltas alrededor de las extrañas incrustaciones en el suelo que rodeaban la bañera. Se pavoneó con aire pomposo, hasta que llegó al tejo, y le dio un picotazo.

Lo miró, un ojo, el otro ojo, luego los dos, y volvió a hablar.

—Arturo.

Arturo se incorporó. El pájaro alzó el vuelo.

Se acordó del tejo... ¿ese mismo día? Parecía que habían pasado siglos. Y el rostro en el espejo detrás de él.

Había llegado a la conclusión de que su mente le estaba gastando bromas pesadas. La presión, el hambre, el miedo. Ahora decidió que tal vez se equivocara.

Despreciaba profundamente la magia y todos los personajes relacionados con ella, exceptuando a Morgana, y nunca se había sentido inclinado a aprender ese arte. Su mente retrocedió hasta su infancia, cuando temía las cosas que Igrane y Merlín podían hacerle, como matarlo. Se puso rojo al recordar la rabia que sentía, por su humillación y por la vergüenza de su falta de poder, y sabía que esa situación era la repetición de la primera.

En el pasado se le había ocurrido que ellos disfrutaban con su sufrimiento. Ahora estaba seguro de que era así. Y lo que es más, consideraban débiles a los que no estaban iniciados en su arte terrible.

Pero tal vez ahora se habían excedido.

Sentado en el agua, apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas y empezó a sangrar. Entonces, poco a poco, se obligó a sí mismo a relajarse y empezó a lavarse el pelo, la piel, la barba, todo. Un momento después, una de las criadas de Igrane le llevó ropa limpia. No tomó nada más que la camisa. Se puso sus

pantalones de montar y las botas, y arrancando el dobladillo de la camisa vieja se ató con tiras cruzadas las polainas. Tampoco dejó que le cortaran el pelo ni que lo afeitaran.

—Apenas se puede decir que estés presentable —dijo Igrane cuando abandonó el abrigo del baño—. Y sigues apestando.

La mujer se dio la vuelta y casi demasiado tarde, él sintió la presencia a sus espaldas. Sintió un dolor atroz, como cuando al morder se rompe un diente y el nervio indefenso siente el aire.

—Méate encima, pequeña rata —dijo Merlín.

Y Arturo recordó que cuando era un niño le había ordenado lo mismo, y él había obedecido.

—Méate y dejaré que te vayas.

Después nunca llegó a saber cómo lo hizo. ¡Nunca! Estaba de rodillas, junto a las piernas del hechicero, pero ya no era un niño indefenso de siete años. Giró sobre sí mismo, sin cambiar de postura, y pegó el primer puñetazo en la ingle del hombre con toda la fuerza que pudo.

Merlín gritaba. Igrane gritaba. Vio la ira sin piedad en el rostro de la mujer y el gesto salvaje que hizo con la mano derecha al arrojarle la oscuridad al rostro.

No veía nada.

Pero si no lograba que lo mataran, tal vez pudiese hacerlo él mismo. La ceguera podía hacerle daño, pero jamás les dejaría ganar.

Se puso de pie y echó a correr en la dirección que recordaba que estaba la balastrada. Si saltaba, la caída que había hasta el siguiente piso de la fortaleza bastaría para matarse.

La balastrada lo golpeó a la altura de la cadera. Con ayuda de las dos manos saltó por encima de ella con un salto mortal.

«Que me rompa el cuello. ¡Por favor, por favor! Que me rompa el cuello», fue su último pensamiento.



Lo peor de todo es que corría y salía de la playa. Estaba muy cerca de la cueva donde había pasado mi primera noche en tierra. Tras ella, la arena se convertía en piedras. Pero no importaba. Tenía que seguir corriendo.

Cuando llegué a la barrera de rocas que interrumpía la playa, me metí en el agua. Eché un vistazo hacia atrás.

La criatura estaba aminorando el paso o tal vez le costara correr entre la arena. Pero me pareció que aminoraba el paso. Las flechas y el fuego la habían debilitado mucho. Tenía el vientre cubierto de sangre, y las quemaduras sobre los hombros y los brazos largos y con garras demostraban que la cortina de llamas que ardía en la pila de madera había cumplido su objetivo. Empecé a pensar que podía tener muchas

posibilidades de sobrevivir.

Estaba nadando en el mar, y lo que vi ante mí a lo largo de toda la costa hizo que perdiera las esperanzas de nuevo. Había pensado bordear la roca, nadando como los perros. Pero en pocos segundos estaba en las aguas más profundas que había nadado nunca. Entonces la resaca me hundió.

Durante un segundo sentí pánico y traté de luchar contra la corriente. Pero entonces recordé que Kyra y Maeniel me habían enseñado que ésa era la manera más segura de morir ahogado. Hay que intentar dejar que te lleve, y el movimiento de las olas te devolverá a la superficie. O en eso hay que confiar. También puede que no tengas tanta suerte. Pero el miedo te matará antes que la asfixia.

Contuve la respiración y estoy segura, aparecí en la superficie como un corcho cuando la corriente perdió fuerza en aguas más profundas. Dios, respirar. Oxígeno. No sabes lo que significa hasta que no puedes respirar.

Tosí, y se me metió agua en los ojos. Me salieron lágrimas, y poco a poco volví a ver con claridad.

No hacía pie, y la criatura disminuía cada vez más la distancia que nos separaba. Al otro lado del cabo escarpado que acababa de rodear no había playa, y un arrecife rocoso recorría la costa. Las olas batían contra él, y estaba cubierto de algas y percebes, una combinación peligrosa para correr sobre ella. No tenía elección, pues las corrientes intentaban arrastrarme hacia la cueva y la playa, donde la criatura me interceptaría.

Nadé con todas mis fuerzas hacia las rocas y me di cuenta de que el cansancio era un factor que había que tener en cuenta. Mientras intentaba salir a tierra entre las olas que rompían, notaba que me iba quedando sin fuerzas. Pero tuve algo de suerte, pues las rocas iban más lejos que la lengua de arena, y pude correr, no nadar, mucho más rápido de lo que había pensado que podría. También bendije a Talorcan, pues su regalo me protegió los pies y los percebes no me los dejaron en carne viva.

Miré hacia atrás y vi que el monstruo también se había metido en el agua, y venía hacia mí rodeando el cabo. Era un nadador excelente. Se movía entre el agua con la fuerza ondulante de las serpientes en la arena, formando amplias eses. Sabía que la marea estaba subiendo, y a no ser que encontrara un sitio más alto, el agua me arrastraría y la criatura me atraparía.

En toda lucha hay un momento en que parece que se aproxima la derrota. Estaba cansada y empecé a sentirme dolorida. Tenía todo el cuerpo cubierto de cortes y moretones. La camisa me colgaba a jirones por hombros y brazos, y la parte de debajo de mis pantalones había desaparecido. El agua salada me escocía en todas las heridas que tenía en carne viva, y cada ola que me alcanzaba era como un latigazo.

Pero recuperé el equilibrio sobre las rocas y pude correr sobre la superficie plana. Era un lugar extraño, y sentía su poder mientras avanzaba. Los miles de años en que el agua había batido contra la superficie habían formado canales sobre la piedra. Las olas, al romper, los llenaban y vaciaban con una fuerza que podían hacerte caer

mientras pasabas, y unas cuantas veces acabé rodando, maltrecha bajo el agua y pegándome contra el granito de la superficie.

La piedra era gris, plateada cuando le daba la luz, de un plateado extraño, duro, empañado por el tiempo y la erosión. Las olas eran como un trueno sin fin, un rugido ensordecedor cuando cubrían las simas desde arriba y desde abajo, y el agua se alzaba en géiseres, y chocaban con las olas que amenazaban con arrastrarme a las fauces del monstruo. Cada vez que el agua me cubría volvía el dolor, pues la sal hacía que me escocieran las heridas.

Volví a mirar atrás y vi que la criatura había salido del agua trepando, y ahora estaba en la misma lengua de roca que yo, la gigantesca cornisa que salía de la costa. No sabía cuánto más podría resistir. Pero me animaba ver que el monstruo también desfallecía. Empapado bajo las olas, podía ver el daño que le había hecho. Le seguían sangrando las heridas, tanto las quemaduras como las provocadas por las flechas. En una que tenía cerca de la ingle la sangre le manaba con cada latido del corazón. Tenía la boca abierta, y se le veía la lengua bífida, mientras resollaba. No estábamos muy lejos el uno del otro, y si tuviera la misma fuerza que al principio, con una sola carrera me habría alcanzado.

Pero vaciló un instante, creo que trataba de recuperarse tras su lucha contra el mar. Después levantó una de sus patas poderosas con tres garras y vino hacia mí.

Dios mío, qué veloz era.

Me di la vuelta y eché a correr. Me di cuenta de que había dejado el mar atrás y corría sobre una superficie irregular algo más alta que conducía a un acantilado que veía ante mí.

El miedo es algo increíble, y también la juventud. Casi no tocaba el suelo, pero sabía que esa fuerza renovada no duraría mucho. Estaba agotada, la punzada que sentía en un costado era una agonía. Me quemaban los pulmones. Oía las pisadas de la pata de tres garras sobre la piedra mojada detrás de mí.

Y entonces los dos corrimos más allá del espacio que había para correr. Volví a saltar al mar. Me sumergí. Las corrientes me atraparon inmediatamente. La plataforma de piedra por la que había estado corriendo me parecía ahora la parte más alta de una extraña muralla en el mar.

Sí, las construimos nosotros, o los romanos, aunque no me cabe la menor duda de que mi pueblo se encargó del trabajo pesado. Pero ésta era una muralla más grande que todas las que los romanos pudieran construir. Aunque el mar había logrado abrir una brecha y se colaba entre los baluartes de piedra de las ruinas de aquella construcción casi inimaginable. Primero había creído que era una cueva gigantesca. Y de hecho debía de haber estado abovedada, como esos edificios romanos de los que me hablaban Maeniel y Dugald. Nunca habría llegado a creerlos si no hubieran dado tanta fe uno de las palabras del otro.

Pero este espacio para la bóveda era mayor de lo que los romanos nunca llegaron a soñar. Subía desde el nivel del mar hasta lo alto de los acantilados, un arco enorme

en ruinas que se cortaba donde el antiguo techo tenía un agujero en lo más alto.

La luz se colaba dentro y parecía propagarse sobre los muros curvos, relampagueando sobre las olas que los recorrían. Era una luz gris y azul, el reflejo brillante de los colores del mar.

La corriente me había atrapado. No hacía falta que nadie me dijese que no luchase contra ella. Ya no tenía fuerzas para nada, así que me dejé arrastrar como un cuenco roto, porque eso era lo que parecía: un enorme huevo con la cáscara rota. El sol salía justo en ese momento y brillaba entre las nubes, y era como si alguien tocara las cuerdas de un arpa que emitía luz y color, no sonidos.

El resplandor se deslizaba sobre los muros como un arco iris. En ese momento los colores dominantes eran el dorado y un blanco brillante, tan brillante como la luz de incontables estrellas o el sol en un bosque helado en el invierno. Entonces, tan repentinamente como había llegado, el brillo desapareció. El sol se ocultó tras una nube y el delicioso resplandor de miles de azules, rojos, violetas, lilas e incluso granates cubrió los muros y se desvaneció entre sombras interminables de plata, y entre la mezcla de grises y blancos de una nube que traía tormenta.

Me di cuenta de que había elegido un lugar poco común para morir porque moriría. La criatura me había alcanzado y entraba en el remolino que formaba un lago bajo la bóveda mágica. Es cierto, tenía la armadura mágica que mi padre me había dado. Sí, y una tortuga tiene concha. Pero cuando un águila la coge con sus garras y la deja caer sobre una piedra, indudablemente el águila tiene cena para esa noche. La tortuga tarda más en morir que una rata o un conejo víctimas del ave, pero dudo si eso es una suerte. Sería difícil acabar conmigo, pero al final las garras ganarían y la fuerza bruta del monstruo me despedazaría.

La corriente me arrastraba por la enorme estancia, pero cuando se metía por el canal que había abierto el mar, se formaba un remolino agradable, como el que se forma en las gachas cuando las revuelves con la cuchara para enfriarlas. El agua ya no hacía efectos en la luz. Se extendía a lo largo de todos los muros, estuvieran sobre la superficie o sumergidos. Pensé en Treise, pues había planeado tragar agua antes que dejar que el monstruo acabara conmigo. Pero no, no haría eso. Quizá pudiese terminar mi encargo en vez de morir. Todavía tenía el poder del fuego en la mano. Lo castigaría mientras me destrozaba.

Estaba cerca. Podía ver sus ojos amarillos de pupilas estrechas bajo la creciente luz del templo del arco iris, que bañaba con su belleza los muros que me rodeaban. Entonces algo que venía del fondo tapó la luz. Estaba confusa y no lograba comprender qué podía desprender tal resplandor.

El dragón salió a la superficie bajo la criatura. El dragón orca emergió del mar como una ballena, con el monstruo atrapado entre sus mandíbulas como si fuera un ratón indefenso cazado por un gato. La criatura chilló, pues el dragón tenía los colmillos clavados en el estómago.

La criatura volvió a chillar, y su grito se repetía bajo el maravilloso techo

abovedado. El sol volvió a alumbrarlo todo. La criatura colgaba flácida de la boca del dragón, que tenía el pecho blanco lleno de la sangre que le goteaba de los colmillos. La luz era un torbellino cegador, amarillo y rojo salpicado de dorado, al momento verde y azul mientras otra nube tapaba el sol.

La criatura yacía sin vida. Un movimiento de la cabeza del dragón la arrojó a las rocas, y se quedó tirada en el borde, un guiñapo sangriento. El dragón sumergió la cabeza en el agua para limpiarse la sangre y trozos de carne de su víctima, después vino nadando hacia mí. Se sumergió bajo mi cuerpo exhausto y salió a la superficie conmigo en su lomo. Así de fácil. Me sujeté a las púas que tenía a ambos lados del cuello y dejé que me inundara todo mi cansancio mientras me reprendía todo el camino de vuelta a la costa.

—Te estuve siguiendo a lo largo de toda la costa. Esperaba que me vieras y llevaras a aquel bicho espantoso a aguas más profundas. Pero no, estabas tan ocupada en que no te alcanzara esa cosa horrible que no logré que oyeras mis llamadas. Casi la tuve cuando estaba bordeando el cabo, pero la marea no había subido del todo y... ¡qué!

Eso no es exactamente lo que dijo, pero es la mejor aproximación que puedo hacer en nuestro lenguaje.

Pareció que una sombra había pasado por la luz que nos envolvía, y la criatura que yacía en la roca se movió y cambió de aspecto, convirtiéndose en algo más pequeño y menos amenazador. Un hombrecillo moreno.

Cuando el dragón se acercó, comprobé que lo que quedaba del terrible asesino que rondaba el pozo sagrado tampoco era humano. Lo que había visto que era marrón era la piel, suave y fina por la parte de arriba, pero mucho más peluda que la de ningún humano. El pelo se hacía más largo y fuerte a partir de la cintura, protegiendo las piernas y los genitales. Las patas eran duras, y tenían garras como las del monstruo, pero con más dedos. Parecía que se habían moldeado unos a otros y tenían una especie de zarpa que los cubría gruesa y llena de callos.

Pero seguía siendo el monstruo, con las heridas de mis flechas en el estómago, quemado y despedazado por los colmillos del dragón. Yacía en medio de un charco de sangre.

—Un fauno —susurró el dragón con tristeza—. Un fauno. Nunca vi uno vivo, y lo he matado.

—No. Había que matarlo. No te lo reproches, amigo mío.

¿Cómo era posible que un fauno, la más dulce de las criaturas, se hubiera convertido en el monstruo terrible que yo había visto? ¿Qué le había cubierto con esa piel de cazador de peces que una vez habitó estas costas? Nunca había oído que los faunos pudiesen cambiar de forma.

Los murmullos del dragón debieron de despertar la conciencia de la criatura moribunda, porque abrió los ojos y me miró. Eran dulces y castaños, los ojos de un ciervo o de algún otro animal tímido y salvaje como una liebre o una ardilla.

El dragón se había acercado y bajé de su lomo para acercarme a mi adversario caído.

Sí, no había duda de que agonizaba. Demasiado débil para moverse, me observaba en un silencio casi gentil. Sobre la frente vi el nacimiento de los dos cuernos. El pelo crespo apenas se abría para dejarles espacio. Aunque estaba muriéndose, logró retroceder cuando alargué el brazo hacia él.

La luz que nos envolvía resplandecía como la plata, pero durante un segundo se oscureció, y oí un sonido parecido al golpe de un badajo gigantesco golpeando una enorme campana. De repente me encontraba en el lugar donde había visto por última vez a madre, en el bosque oscuro cerca de la cascada que resplandecía con luz propia y caía sobre un lago de estrellas. Durante los años que habían transcurrido se me había olvidado lo bonito que era aquel lugar... El frescor, la presencia tranquilizadora de los altísimos pinos, el único sonido que se oía del suspiro profundo del viento entre los árboles, y el agua del arroyo que se formaba con el agua que se desbordaba de la fuente junto a la que me encontraba...

El fauno estaba delante de mí. Lo veía con claridad bajo la luz que desprendía el agua y los rayos que de vez en cuando proyectaba el viento al acariciar la columna de agua, desviándola como una cortina deslumbradora de encaje.

—No lo sabía —dije.

—Claro, ella no te lo dijo. Pero ¿eso habría cambiado algo?

—No, seguramente no —respondí, pero sentía cómo las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—No llores —susurró con dulzura, y acercó una mano peluda a mi cara—. Piénsalo, casi sucede lo contrario.

—Sí —contesté limpiándome las lágrimas.

Sobre nosotros, el viento soplaba contra la columna de agua y me caían gotitas. Tal y como Maeniel me había dicho, el murmullo de su roce curó mis heridas. También hizo que mi armadura mágica brillase con un débil resplandor.

Me envolvía. Formaba espirales sobre mi pecho desnudo, cubría mis brazos con las curvas de los meandros y se enredaba delicadamente en las tracerías de la unión sagrada y eterna de no simplemente toda la vida, sino el universo en que se teje la vida, un hilo entre los demás, muchos y uno solo para siempre. Un misterio que mi pueblo comprendía y dejaba que siguiera su camino en el pasado, en el presente y por siempre jamás.

Sentí esos senderos resonar en la capa que cubría los pequeños cuernos, y me di cuenta de que no servían para defenderse, sino que eran los órganos sensitivos que nos permitían comunicarnos. Para unir el abismo de tiempo, lenguaje y naturaleza que nos separaba.

—Me alegro de que haya terminado —dijo—. Me he echado de menos, también mi alma.

—¿Tu alma?

—Sí. Verás, eso es lo único que nunca debes entregar. Yo lo hice, y me he arrepentido amargamente desde entonces. No he podido hablar con las flores, las mariposas o las estrellas desde hace siglos. Pero estaba celoso de que alguien como ella —y entendí de quién hablaba— disfrutase de la vida eterna mientras que las simples criaturas mortales morimos.

Comprendí su dolor, y supe que con el paso del tiempo lo comprendería aún mejor.

—Así que —continuó—, entregué lo que era, pues eso es el alma, a cambio de poder e inmortalidad. Y me convertí en la criatura que viste. Me liberaste de una eternidad de arrepentimiento. Una eternidad de dolor.

—¿Cómo sabré si alguien exige mi alma?

—Lo sabrás —contestó mientras se daba la vuelta hacia la fuente.

Entonces apoyó una rodilla en el suelo y cogió agua en la mano grande y peluda.

—Ella te dirá qué hacer —dijo—. Puede que ya no me quede mucho tiempo.

—¡Espera!

Pero ya estaba bebiendo. Un segundo después, me encontraba ante ella, de nuevo en el mundo que había dejado envuelto en una luz brillante.

Tenía un hacha de bronce de doble filo entre las manos. Mirando los ojos castaños y tristes del fauno.

—Hijo mío. Hijo mío. Hijo mío —murmuraba con profundo dolor.

Entonces apretó el hacha contra mi mano.

—Córtale la cabeza antes de que muera —me ordenó.

—¡No!

—¡Tonta! No es momento de vacilar. ¿Quieres que se quede perdido? ¿Tanto lo odias?

Miré hacia el suelo y me encontré con la mirada de mi adversario.

—Ella es sabia. Hazlo —dijo el dragón.

Balanceé el hacha. El filo golpeó la piedra.

Ella me ayudó a envolver la cabeza en lino blanco. Después la metimos en un saco.

—Necesitaré saber su nombre para darle órdenes.

—No necesitarás ordenarle nada —me contestó—. Y cuando lo despiertes, él mismo te dirá su nombre. Después de que te haya servido por un tiempo, déjale irse. Devuélvele su libertad. Para entonces se habrán olvidado sus faltas, y podrá olvidar su sufrimiento y vivir de nuevo para hacer el bien.

La marea estaba alta, y el sol descansaba entre las nubes. La media bóveda me mostraba las bellezas del gris y el blanco y, a veces, cuando pasaban los rayos de sol, una neblina dorada. No puedo describir lo bonito, salvaje y extraño que era aquel lugar al final de la larga plataforma de roca asomada al mar. ¿Dónde había ido el tiempo? ¿Había luchado contra el monstruo durante tanto tiempo? Parecía que pronto iba a anochecer.

Temblé y me di cuenta de que estaba desnuda. La larga lucha y la transición a la antecámara de la muerte habían acabado con los harapos que me cubrían. Sólo me envolvían las espirales de mi armadura verde, pero incluso podía decirse que eran recatadas, pues me cubrían los pezones y el sexo. Me había recogido el pelo para que no me molestase, pero hacía mucho que las trenzas se habían deshecho y, exceptuando las dos trenzas de guerra que nacían a cada lado de la frente y me enmarcaban el rostro, el pelo suelto me cubría la espalda.

Kyra me enseñó a peinarme para ir a cazar. Me contó que las guerreras de su pueblo siempre llevaban el pelo así, para asegurarse de que si las cogían por sorpresa o las despertaban bruscamente, no se les pondría por la cara. Como sabéis, yo nunca me lo había cortado, siguiendo las costumbres de su pueblo. Eso proclamaba mi virginidad. El hombre que abusara de mí se enfrentaría a una maldición terrible. Ni siquiera mi marido podía tener la audacia de arrebatarme mi virginidad. Había veces que primero se ofrecía a la muchacha virgen a un señor poderoso o a un principal, para apartar del marido la mala suerte. Kyra me dijo que ese rito no era muy común, pero en mi caso, me podía esperar lo peor de mis futuros suegros, y tenía que estar preparada para hacer lo mejor en caso de que lo propusieran en el contrato de matrimonio. Para soportar el rito con dignidad.

Siempre había considerado a los hombres como lo que son, celosos como venados o toros en celo, que esa magia era prácticamente imposible, pero ahora...

Dadas las características de mi armadura (me toqué el vientre y las complejas curvas y meandros que se levantaban y se iban curtiendo), ¿cómo podría hacer el amor con nadie? ¿Me tendrían que forzar la primera vez, como a las hijas de Gydden?

Entonces miré hacia abajo y vi la sangre que me bajaba por las piernas. Estaba perpleja. ¿Es que tenía heridas por todas partes?

Fruncí el entrecejo y levanté la vista hacia ella.

—Ya eres una mujer. Puse mi mano sobre ti cuando cortaste la cabeza del fauno.

Me sorprendí a mí misma al echarme a llorar. Había sido un día muy, muy largo.

En ese momento una neblina suave, de los colores del crepúsculo, nos envolvió a las dos. Alguien, esta vez tampoco pude ver quién, le dio ropas, mi vieja túnica y los pantalones arreglados, y otro conjunto, una túnica blanca y polainas. Después me enseñó, como habría hecho Kyra, a lavarme y colocarme almohadillas para que la purificación femenina fuese limpia, y me dijo que debía lavarme y cuántas veces.

Todavía estaba temblorosa y sollozaba.

—Las hijas de Gydden —dije—. Las elegidas de los caídos. Yo no... no...

—No. No tienes que tener miedo al rito, pero sólo un hombre es tu auténtico destino. Eres increíblemente peligrosa para el resto, evítalos.

—Creo que sé quién...

—Sí. Ya lo conoces —dijo, y me tocó la frente con los cinco dedos de la mano.

Sentí que me rodeaba con el brazo mientras me quedaba sin fuerzas. Ni siquiera

ahora puedo decir qué fue lo que sucedió. Me atravesó una ola.

—¿Qué era eso? —pregunté cuando recuperaré el sentido.

—El premio a tus servicios. Cuando lo necesites, lo sabrás.

—¿Qué es este lugar?

Tras la plataforma de piedra, el sol se hundía en el agua. La neblina que nos había envuelto había desaparecido en cuanto estuve vestida, pero los colores seguían danzando y cantando sobre los muros.

El dragón salió a la superficie bajo la luz de la bóveda. Estaba pescando. El negro y el blanco de su cuerpo se reflejaban en los muros, un diálogo sin fin entre lo eterno y lo efímero, el ser y el ser potencial eran una sola cosa.

—Oh, ya lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Pero has llegado a captar el concepto que guió a sus creadores mejor que nadie que yo haya conocido.

—¿Qué era el fauno?

El dragón sacó la cabeza y me contestó:

—El mundo en el que vives es cruel. Hubo un tiempo en el que era... —miró rápidamente a la mujer—... menos cruel. Unimos a todas las criaturas del mar. Él y sus semejantes reinaban en los bosques. Podían hablar en el lenguaje de... las abejas revoloteando entre las flores. Las mismas flores, aliviadas de su dolorosa soledad, le transmitieron su sabiduría. Los helechos hablaban de sus exploraciones entre el humus húmedo. Incluso los hongos que construyen sus redes a través de la tierra y la humedad, deshaciendo los árboles, le contaron los ciclos de renovación sin fin que hay en el mundo. Podía seguir el vuelo ansioso de la mariposa que buscaba la planta adecuada para sus crías y entender el éxtasis de la epifanía de la oruga alimentada con hojas cuando extendía sus alas bajo el sol. Tenía todas esas cosas, y las entregó a cambio de...

El dragón se detuvo.

—No se me ocurre el qué —dijo con tristeza.

—Sigue siendo mi hijo. Sé amable con él, y libéralo algún día —me advirtió.

El dragón se acercó nadando a la orilla. Del agua empezó a salir una preciosa neblina dorada. Me subí a su lomo.

—Treise —dije.

—Treise estará bien. De hecho, si hubieras mostrado miedo y hubieras dejado que la criatura la comiese, habrías desaparecido inmediatamente. Ella es un importante antepasado tuyo.

La neblina se había hecho tan espesa como niebla, ocultando la bóveda, el mar e incluso el agua.

—¡Llévala a casa! —ordenó.

Y el dragón obedeció.



CAPÍTULO 16

Se despertó de cara al fuego. Le escocían los ojos y supo que no estaba ciego. Tenía la cara húmeda. Se pasó la lengua por los labios y notó el sabor del vino. De ahí venía la ilusión de la ceguera. Igrane le había tirado vino a la cara cuando él golpeó a su amante en la ingle.

Parpadeó y se sentó, todavía tembloroso y un poco asustado. El fuego daba calor y resplandecía. Sin embargo, no podía pensar más que en una cosa: «¿Cómo puedo evitar que me vuelvan a atrapar?».

Pero había visto un rostro mirándolo en el espejo. Y el fuego, alguien tenía que haberlo cuidado mientras él no estaba; si no, se habría extinguido.

Se sentó con la cabeza inclinada, simplemente dejando que el calor le entrara en el cuerpo. Después de un rato, preguntó al silencio.

—¿Estoy solo? Si no fuera así, ¿quién eres?

La verdad es que no esperaba recibir una respuesta, pero ésta llegó en forma de suspiro. Podía confundirse con el viento, pensó, pero no era el viento. Sólo la silueta esbelta y negra de los árboles contra el cielo nacarado bajo la luz de la luna.

Ella, la luna llena, estaba alta en el horizonte, en un mar de nubes bajas sobre las lejanas montañas, un navío luminoso, a la deriva entre olas fantasmagóricas. El aire estaba inmóvil. Una voz siguió al suspiro, era débil y articulaba cada palabra cuidadosamente, como si su interlocutor tuviese dificultades para comunicarse.

—Por fin. Estaba empezando a pensar que nunca lograría persuadirte de que aceptaras las indirectas que te enviaba.

—El pájaro, y tu rostro en el espejo —dijo Arturo.

Una risa de mujer vibró desde las sombras.

—Yo envié el pájaro.

Su voz era tan ligera y fresca como la brisa sobre una vega en un día caluroso.

—Tú estás en el tejo.

—Sí, y él en el abedul —susurró ella.

—¿Y esto es?

—El reino del verano —respondió la voz masculina.

—Las tierras del Rey Bademagus —terminó Arturo la frase—. Morgana me educó bien. Pero ¿por qué tardasteis tanto?

—Obtenemos nuestra energía de ti —respondió la mujer—. Y teníamos miedo de agotar tus fuerzas.

—Tengo que huir de este lugar.

—Y rápido, antes de que Merlín vuelva a ponerte las manos encima —dijo la mujer.

—Antes moriría que dejar que sucediera eso.

—Ésa puede ser la opción correcta —convino el hombre.

—Entonces la tomaré —dijo Arturo poniéndose de pie.

—No tengas tanta prisa —dijo la mujer—. Tienes algo de tiempo. Tu adversario todavía está muy dolorido —añadió riéndose, un sonido extraño entre las sombras que rodeaban el fuego.

—Eso espero.

—Sí, disfrutaste de una pequeña venganza. Bajo el tejo, las raíces más profundas crecen por una grieta que hay en la piedra. Forma una chimenea. No llega hasta el suelo, pero termina en lo alto de una rampa de piedra bastante pendiente que te llevará hasta el corazón del valle.

—No me gusta esa idea. Supone un riesgo terrible —opinó el hombre.

—¿Qué? ¿Y esperar más? ¿Hasta que lo hagan enloquecer?

—No lo sé ni quiero saberlo —dijo Arturo—. Unas pocas semanas a su lado y me convertiré en un guiñapo mocososo y llorón.

—Pues yo no estoy de acuerdo —dijo el hombre—. No tienen tanto poder sobre ti como creen. Eras un niño cuando soportaste sus tormentos.

—Sí, y envenenaron mi vida.

—¿Ves? —intervino la mujer—. Ya te lo había dicho. Tenemos que sacarle de esta jaula.

—¿Entonces esto es una jaula?

—La jaula de los huesos —le explicó el hombre—, y salir de esta parte no querrá decir que ya eres libre. No del todo. Pero no le será tan fácil tenerte a su merced cuando quiera.

—Eso ya es mucho —dijo Arturo colgándose el arco del hombro—. Quiero seguir adelante. Enséñame el camino.

—Deja el fuego ardiendo —susurró ella—. Será lo primero que busque. Casi has llegado a dominar esta prisión. Llegaste sin nada y ahora tienes fuego, comida y una visión de la primera Doncella de las Flores.

A Arturo se le subió el corazón a la garganta al pensar en ella.

—No lo sabía —dijo.

—¿No sabías el qué? —preguntó el hombre.

—Que algo podía ser tan bello. ¿De verdad es la primera?

—Sí. Nació en un tiempo más frío y húmedo que ahora, cuando los bosques dominaban el mundo. Un bosque como jamás ha conocido el hombre. Ella también está encerrada en este lugar. Vence al monstruo, la criatura que vaga por esta jaula, y quizá descanses entre sus brazos. Él es su carcelero.

—Todavía faltan unos cuantos años para eso —le interrumpió la mujer, con un

sentido práctico que no admitía réplica—. Y no podrá aprender las habilidades que necesita si se queda aquí.

—Tal vez muera —advirtió el hombre.

—Sí —dijo Arturo—. Tal vez, pero ese riesgo siempre existe. —Empujaba con el pie algo que avivara el fuego—. Lo dejaré encendido, aunque vaya contra mis instintos, soy un hombre del bosque. Ahora, adelante.

Poco después, llegaron al borde del precipicio. Desde allí miró hacia el valle. La luna resplandecía, y cuando trepó a las ramas del árbol, pudo ver desde arriba el agujero negro donde la grieta formaba la chimenea que llevaba hacia el valle.

Se tumbó boca abajo sobre la corteza áspera y cerró los ojos.

—Se va a caer —se quejó la voz del hombre.

—Ya verás como no —respondió la mujer con voz mucho más segura.

—Vamos a dejar de discutir sobre eso —dijo Arturo—. De un modo u otro, llegaré abajo, ¿no?

—Me alegro de que encuentres motivos de risa en tu difícil situación —contestó el hombre.

—Tú decides. No puede ser un día más apropiado —dijo la mujer—. Hay luna llena, el cielo está despejado. Apenas sopla el viento. La temperatura es agradable. Incluso aquí, el reino de verano, el viento trae frío y aguaceros.

—Te lo agradezco, señora. Ya no necesito más ánimos.

—Pero... —empezó a protestar el hombre.

—No —lo interrumpió Arturo—. Hay cosas que no necesitan pensarse dos veces.

Tras decir eso, se descolgó hasta las ramas más bajas y gruesas cerca del tronco y descendió hasta las raíces retorcidas que se metían por la grieta.

Primero el camino le pareció fácil. En algunas partes la grieta descendía poco a poco. Era muy profunda, y podía ir bajando apoyando los pies en una pared y la espalda en la otra. La vegetación había conquistado la piedra agrietada, y los pequeños árboles, los helechos y el musgo le proporcionaban buenas agarraderas mientras descendía, de saliente en saliente por la grieta.

Pero a medio camino cambió el tipo de piedra. Se hizo más oscura, más dura y estaba más desgastada, y, por lo tanto, más resbaladiza que la piedra sedimentaria y recortada de la parte más alta. Cuanto más bajaba, más empeoraba. Empezó a sentir que sangraba por los dedos y por las zonas que se apoyaban contra los silicatos del granito. Entonces, cuando ya había recorrido dos tercios del camino, la grieta, que se había ido haciendo más y más estrecha, se acabó. Sujetándose a dos pequeños salientes y apoyándose con las rodillas en una piedra desnuda que sobresalía, se encontró colgando sobre las piedras peligrosamente recortadas del fondo del valle.

Se quedó quieto, con las manos sangrando, intentando respirar entre los sollozos que le sacudían, mirando hacia lo que estaba seguro que sería su muerte.

—Ssssh —oyó la voz de la compañía de Varen—. Ssssh. Descansa. Descansa. Después muévete hacia un lateral. La piedra se desliza en una serie de salientes

estrechos. Te sostendrán mientras descienes el resto del camino.

—Debo decirte lo que Varen no te dijo. —Las palabras no eran más que un murmullo, suaves como la brisa, como el viento del amanecer empezando a soplar—. Eres mágico: No, no puedes hacer magia, como Igrane o Merlín o la posible reina de ojos lípidos. Pero tú eres mágico.

—Siempre los he odiado —murmuró él—. Siempre.

—Ya lo sé. Por eso te torturan y quieren controlarte. Por la magia que hay en ti. Fue tu magia la que guió a la Doncella de las Flores.

Se echó a reír, y sentía los músculos del estómago temblar pegados a la piedra.

—Mujeres y direcciones. ¿A mi derecha o a mi izquierda, esos salientes?

—Ummm... Los de la izquierda están más cerca. Pero los de la derecha tal vez sean mejores, porque en ese lado tienes más fuerza.

Arturo suspiró y se decidió por los de la izquierda. Unos pocos minutos después, tanteaba un saliente más abajo. Encontró uno muy plano y resistente. Tardó unos minutos en volver la cabeza y asegurarse, y entonces se dio cuenta de que era el suelo.

Apenas tenía fuerzas para avanzar tambaleándose entre las piedras con forma de abanico que llevaban al corazón del valle. El camino hasta allí no había sido tan duro como había creído. Las rampas de piedra eran mucho mayores de lo que se veían desde lo alto del precipicio, y caminaba entre ellas sin dificultad.

Sabía que debían de haber caído desde el precipicio, donde el suelo de la meseta estaba formado de esas rocas anaranjadas y rojas. Los bloques eran cuadrados y lo suficientemente regulares como para pensar que manos humanas les habían dado esa forma. Y recordó que en el muro cerca del arroyo donde había aparecido la Doncella de las Flores había visto letras grabadas. Fuese cual fuese su origen, su forma regular y suave las hacía muy cómodas para sentarse en una y apoyar la espalda en otra. Era como sentarse en unos peldaños gigantescos, anchos y largos, como los de enfrente de la basílica que había visto en Londres, ahora dedicada al culto de los cristianos. O como los trozos de un gran muro derrumbado.

Diferentes sensaciones se encontraron en su cuerpo y mente. Miedo: Igrane y Merlín estarían buscándolo. Agotamiento: habían sido veinticuatro horas difíciles, y los días anteriores ya lo habían dejado sin fuerzas. Frío: el sudor que le cubría el cuerpo se secaba bajo el viento frío, y temblaba. Algo muy profundo en su mente le decía que también debería estar hambriento y sediento, pero había pasado por alto esas dos sensaciones.

Se dijo a sí mismo que descansaría unos minutos y que luego continuaría.

Ella llegó con el primer silencio del amanecer. Se despertó a tiempo para darse cuenta de su presencia, su Doncella de las Flores. Vio las aguas en sus ojos, los ríos recorriendo las tierras inundadas. Su voz era el bosque. El bosque centenario, inmortal, complejo, que vive tanto en la desintegración de sus componentes como en los árboles o en la bóveda bañada por el sol.

Ella era el viento de la medianoche en invierno o la helada de las mañanas otoñales, dejando a los árboles desnudos de sus últimas hojas en verano.

La Doncella de las Flores. Cuál es la razón de una flor aparte de la pasión por sí misma. Repentina y breve, pero segura y eterna al mismo tiempo.

Lo abrazó y le hizo entender mejor cómo debía de ser amado por una de ellas. Su espíritu atribulado, furioso y valiente al mismo tiempo tembló y gritó con dolor y rebelión. Pero sus suaves labios se posaron en los suyos, y su beso... era el beso de la paz.

Cuando despertó, el sol estaba en su cenit. Había pasado toda la mañana durmiendo, pero estaba en paz y seguro de su destino. Sabía que estaba terriblemente débil, y que moriría si no encontraba pronto comida y cobijo. Pero el sentimiento de libertad era tan maravilloso que, en vez de sus dolores y debilidades, sentía una felicidad resplandeciente.

«¿Por qué? ¿Me estoy volviendo loco?», se preguntó. No, simplemente estaba dichoso por estar vivo y ser libre.

Se apresuró a descender los peldaños de piedra hasta que llegó al final. No se permitía a sí mismo pensar en Igrane y Merlín. No quería que nada perturbara la paz que había alcanzado en sus sueños.

Al pie de las enormes piedras encontró agua de lluvia en lo que parecía una vasija de piedra rota. La piedra era de basalto, y parecía que se había quemado en fuegos inimaginables, y por su forma podía asegurar que la habían dado forma manos humanas.

El agua estaba limpia, aunque un poco de cieno se había depositado en el fondo del cuenco formando una capa. Bebió mucho. El agua era dulce, con los dedos quitó el cieno y descubrió los símbolos en oro que había en el centro.

Cogió el cuenco e intentó explorar los símbolos pasando los dedos. Un segundo después, estaba en presencia de Merlín e Igrane. Ambos estaban en las habitaciones que había al lado del baño donde se había lavado la noche anterior.

Igrane lo miró y pegó un grito. Merlín abrió los ojos perplejo y, para la sorpresa de Arturo, aterrorizado.

Arturo sacó la mano del agua y cayó de nuevo en el suelo cerca de la vasija y las piedras, y la visión de la pareja había desaparecido. Pero de todos modos se levantó tambaleante y corrió lo más rápido que pudo hacia el bosque.

Cuando había recorrido casi un kilómetro, su debilidad lo obligó a aminorar el paso, además del pinchazo que sentía en el costado. Pasó de correr a caminar. Después de un tiempo, empezó a preguntarse si sólo habrían sido imaginaciones suyas.

En el bosque no se oía nada, excepto los sonidos normales de los pájaros, el viento y los insectos. Nada lo perseguía. Como antes, lo invadió el sentimiento de paz de su sueño, como el agua llena una copa vacía.

El bosque estaba formado por pinos, algunos muy altos, y otros árboles de madera

noble (robles, fresnos y arces), y en las partes bajas álamos y sauces. Caminaba entre los árboles porque los claros estaban cubiertos de flores salvajes: margaritas blancas y rojas, vernonias azules y varas de oro crecían entre las zarzamoras cubiertas de pinchos y flores blancas. Aquí y allá se iba encontrando con manzanos silvestres, ciruelos, nísperos y groselleros que formaban matorrales casi impenetrables.

«Éste es un lugar muy rico», pensó. Entonces llegó al lado de un tilo centenario que no cabía duda de que había sido tallado.

«Alguien vive por aquí cerca», pensó. Y lo comprobó cuando, unos pocos kilómetros más allá, llegó a un camino lleno de curvas.

No era muy ancho, pero pasaba un carro, tenía las marcas de las ruedas a los lados. Lo siguió hasta el final del bosque. Olió el humo antes de ver la casa.

Se detuvo a la altura del último árbol para mirar los alrededores. Le gustó lo que vio. La casa se alzaba sobre una pequeña loma en el centro de un claro. No era redonda, como las de su pueblo, sino con forma de media luna. La construcción rodeaba un patio abierto por uno de los lados. El establo, con una vaca rumiando en su interior, estaba a un lado de la casa. Cerca del bosque había un granero, a la sombra de los árboles.

En un montículo a un kilómetro de la casa había un huerto vallado, sobre un río y una vega donde pastaban dos caballos de tiro. Tras la casa había un campo repleto de trigo, cebada y avena, lo que normalmente cultivaba su pueblo. No era fácil decidir cuál era el cereal que predominaba, pero, a simple vista, parecía el trigo. Eso significaba noches frescas, días templados tirando a calurosos, y seguramente, a juzgar por los florecientes cultivos del huerto, listos para la cosecha, inviernos no muy fríos.

Si los inviernos tuvieran períodos de heladas y mucha nieve, no sería posible tal abundancia en el huerto tan a principio del año. El trigo todavía estaba muy verde y no le llegaba más que a la pantorrilla.

En el patio picoteaban las gallinas. Más allá de la vega, vio varios patos y gansos comiendo a lo largo del río.

Las gallinas pintadas cerca de la puerta trasera de la casa empezaron a cacarear de manera increíble cuando salió del bosque y empezó a caminar hacia la casa.

Ella lo saludó desde la puerta trasera con una pica en la mano y una mirada poco amistosa. Parecía que la pica era de forja casera, con un buen filo en forma de gancho a ambos lados, el metal oscuro salpicado de óxido. La hoja había sido afilada hacía poco, y los filos relucían tan afilados como una navaja.

Pero lo que más lo inquietó fue el mastín que sujetaba con la otra mano. Era un perro de lucha con poderosas fauces y paletillas anchas, y gruñía y se revolvía bajo su mano intentando lanzarse contra él.

—¡Vete! —le gritó ella—. Sal de nuestras tierras o soltaré al perro.

Arturo retrocedió. Después apoyó una rodilla en el suelo.

—Señora, por favor. Me muero de hambre.

—¡No! —Era evidente que estaba muy asustada e insegura.

Se metió en la casa empujando al perro y cerró la puerta tras ella.

Arturo se levantó y se alejó tambaleándose. Cuando él y Cai salían a cazar, muchas veces se detenían en las casas de los campesinos. Siempre eran muy hospitalarios.

Pero luego pensó que debía de parecer un pordiosero, un forajido más bien. Sus ropas reflejaban el tiempo que había pasado en el bosque, y el descenso por la chimenea las había estropeado aún más, y él había acabado cubierto de moretones, arañazos y cortes. Tenía los dedos y las uñas en carne viva. Y una barba de por lo menos una semana le cubría el rostro. Y no había exagerado. Literalmente, se moría de hambre.

Cerca de la casa, había un tronco bajo un árbol y un tocón con el que habían hecho una mesa bastante tosca. Se desplomó sobre el tronco para considerar qué hacer.

No sabía que se había desmayado hasta que se despertó sobre la hierba. Ella estaba mirándolo. Cuando se dio cuenta de que volvía a estar consciente, retrocedió rápidamente.

—No sabía que... —empezó a decir la mujer— todo te había sido tan difícil. Perdóname. Nunca negaría la comida a un hombre que se muere de hambre. Pensé... estaba asustada... yo... ¡por favor, come y vete! Ya tenemos bastantes problemas por aquí.

Vio que sobre el tocón había un plato cubierto con un trapo y a su lado tres panecillos planos de los que hacen a la plancha los campesinos. Cuando se sentó, ella se alejó rápidamente hacia la puerta. El perro estaba atado cerca, y la pica estaba apoyada en el muro, cerca del dintel de la puerta. Metió al perro y la pica en la casa con ella, y él oyó cómo atrancaba la puerta.

Atacó la comida. Hasta que no había medio acabado no se dio cuenta de lo que estaba comiendo, y luego tampoco estaba muy seguro. ¿Pollo? ¿Cerdo? Pero no importaba, estaba preparado para comer cualquier cosa que le cayera en las manos. Se dio cuenta de que el estofado estaba hecho prácticamente con verduras (cebolla, puerro, repollo, nabo, zanahoria), todo lo que se podía recoger en el huerto. El pan tenía mantequilla, y se sintió muy agradecido.

Se dio cuenta de que debería comer más despacio si no quería que le sentase mal una comida tan completa. Cuando terminó, se apoyó de espaldas en el tronco. Dormitó un rato, y cuando despertó, se volvió a sentir humano por primera vez desde el comienzo de su cautiverio.

Estudió la casa labriega con atención. La mujer estaba sola. Estaba casi seguro. Y era más que posible que se le estuviese acabando la comida, y también el montón de madera se terminaba.

Encontró un hacha colgada en el muro de la casa al lado de la lima. Afiló el hacha y dedicó dos horas a cortar más leña. Las tareas necesarias en las casas como aquella

no le eran extrañas. A él y Cai les habían inculcado severamente que la generosidad del pobre no era algo sin importancia. Si no les podían agradecer su generosidad con los animales que habían cazado, tenían que ofrecerles alguna otra cosa, y la mayoría de las veces eso suponía alguna tarea.

Nobles o no, en la fortaleza de Morgana todos trabajaban, y él nunca había sido reticente a ayudar a los demás. Además, en su personalidad había una fuerte tendencia al orden. Cuando veía que algo estaba pendiente de hacer, se sentía satisfecho al hacerlo. En las ocasiones en que ésa era la única recompensa que obtenía, la satisfacción del trabajo bien hecho era bastante para él.

Las tareas se ponían en fila delante de él, lo llamaban, y él emprendía el trabajo con voluntad. Cuando le pareció que ya había apilado la leña suficiente, fue al establo y limpió los compartimientos de los dos caballos de tiro y tiró cerca del bosque el estiércol. Recubrió los compartimientos con heno limpio y suave, y llenó los comederos.

«No es de los mejores, pero mejor que el heno normal o la hierba de la vega», pensó.

Le preocupaba pensar que no podría coger a los caballos, pero éstos le recibieron con relinchos de alegría. Estaba claro que estaban acostumbrados a los cuidados del hombre. Cuando los hubo conducido hasta tierras secas, comprobó si tenían los cascos sanos a pesar de haber pasado tanto tiempo en terreno húmedo. No eran caballos demasiado grandes, pero ya había visto en otras ocasiones que prósperos agricultores tenían jacas macizas y robustas. El pelaje era un puro enredo, crines y cola retorcidas y enredadas con hierbajos y cadillos.

Se pasó dos gratificantes horas cepillándolos y limpiando los cascos. Cuando salió del establo, sobre el tocón había otro cuenco con comida y más pan. Esta vez sin duda se trataba de un guiso de pollo. Volvió a comer vorazmente.

Se acercó a la casa y se apoyó cerca del muro. Se dio cuenta con sorpresa que era de piedra, adoquines sujetos con argamasa. Había pocas ventanas, y las que había estaban muy altas, justo debajo de los aleros.

—Voy al río a lavarme —dijo—, volveré y dormiré en el establo. Ahora ya me siento mejor, y estoy muy agradecido por la comida y el refugio. Pero mañana me iré, si es lo que quieres.

No recibió respuesta. Lo único que oyó fue el breve llanto de un niño, que se paró de repente, como si lo hubiesen puesto a mamar.

Al volver, se encontró un poco de pan y queso en el tocón. Se sentó y lo comió tranquilamente, contemplando la puesta de sol, el río dorado bajo la luz cada vez más tenue.

Era un rey en el exilio, pero un rey. Aunque sabía que no le habría importado nacer humilde y tener el privilegio de hacer de un sitio como ése su hogar. Saber que ésas eran sus tierras y sentarse en silencio, como hacía en ese momento, contemplando la casa, los campos y los pastos. Si ésas fueran sus posesiones, le

proporcionarían un pasar estable.

Contempló la transformación de la luz de amarilla a dorada, y finalmente en violeta y azul. Las estrellas se abrían camino en el cielo.

Al día siguiente se acordaba de haber ido hasta el establo, pero no de haberse tumbado sobre el heno. Estaba tan débil que durmió toda la noche sin soñar, envuelto en una paz absoluta. O al menos en unir paz más absoluta que la que él había conocido nunca.

Se despertó antes de las primeras luces. Cuando él y Cai pasaban un tiempo en el campo, la mayoría de las familias se levantaban y empezaban sus tareas antes de que el sol cruzara el horizonte.

Bajó con facilidad del pajar. Los caballos estaban inquietos en sus compartimientos, atados con una cuerda. Vio que habían terminado el heno que les había puesto en los comederos el día anterior. Comprobó que los cascotes estuvieran secos, y como era así, los soltó y los sacó para que volvieran a la vega a pastar.

Él los siguió más despacio. En el camino pasó por delante del ahumadero.

Se detuvo. Sí, salían volutas de humo por la chimenea. Pero ya no estaba la leña apilada junto a la casa. Comprendió que la mujer debía de haberla utilizado cuando el cajón de la leña de la casa se quedó vacío.

Se encogió de hombros. Ése era un recurso desesperado para una campesina. El fuego del ahumadero tenía que mantenerse encendido para curar el jamón y los embutidos que necesitaba la familia para pasar el invierno. Pero entonces se acordó de que la mujer se tambaleaba al volver presurosa hacia la casa.

Si había un bebé... tal vez dado a luz cuándo su esposo ya no estaba y no tenía ningún medio para ir a pedir ayuda. «Mal, muy mal», pensó.

Abrió la puerta del ahumadero. Estaba casi vacío. Pero ¿qué clase de hombre era su esposo que dejaba a su mujer sin comida ni leña? Y encima embarazada.

No era de su incumbencia, y él ya tenía bastantes problemas. Pero entonces se le ocurrió otra posibilidad. Quizá el hombre estuviese en la casa enfermo o herido.

Se dijo con dureza que aquello no era asunto suyo... pero... en fin, podría matar un jabalí. Había una lanza apoyada en el muro nada más salir del ahumadero.

Cerró la puerta y sopesó la lanza. La hoja era afilada, ancha y brutal, y había una pieza con forma de cruz justo debajo. Quien la había hecho había puesto un mango resistente por si era necesario mantener al jabalí alejado, en el caso de que no se hubiese acertado un órgano vital y hubiera que esperar a que muriera desangrado. Por aquel entonces los jabalíes eran muy peligrosos. Cuando tenían heridas mortales, se volvían contra su agresor.

Dejó la lanza donde estaba y caminó hasta la casa. Como ya había hecho, habló pegado al muro.

—Señora, no sé cuál es tu problema. Pero si te hace falta comida, puedo matar un jabalí antes de irme y así podrás llenar el ahumadero.

Esta vez sí se oyó una respuesta. Pero tardó tanto que ya estaba a punto de darse

la vuelta y alejarse de la casa.

—Sí... eso estaría bien. Necesito comida... carne... El huerto me sirve, pero...

—No digas nada más. Lo entiendo. —No era verdad, pero dijo eso por miedo a que ella se avergonzase al descubrirse—. Volveré con el jabalí.

Orinó entre las sombras, al lado del estiércol, y después se lavó en el río. Se sentó en el banco con la lanza y reflexionó un momento.

Detrás de la vega, el bosque llegaba casi hasta el río. El sol estaba alto y el frío de la mañana desaparecía, pero a ambas orillas la niebla seguía cubriendo las aguas menos profundas. Se remangó la camisa de grueso lino y se ensució las manos en la fina capa de suciedad que cubría el agua. A lo largo de la orilla había un surco muy débil, y sospechó que lo conduciría a un revolcadero de jabalíes.

El primero estaba vacío, pero vio un rastro de juncos y aneas rotos donde los jabalíes habían estado comiendo. En el segundo encontró una hembra y media docena de crías. No quería atacarla. Los lechones se consideraban un manjar entre su pueblo, pero no tenía intención de sacrificar una hembra productiva (corrección: la hembra productiva del campesino) para disfrutar de un pequeño festín, por muy sabroso que fuera.

En el tercero había otra hembra, pero sin crías. Estaba tumbada en el revolcadero, haciendo burbujas de saliva con satisfacción.

Aminoró el paso. «Sí, estarán por aquí cerca», pensó.

Oyó el chasquido entre los arbustos antes de verlo venir. Un segundo después, el animal salió directo hacia él, cargando con la cabeza baja, los colmillos fuera, la boca llena de espuma. En el último momento, se apartó a un lado y clavó la lanza a su izquierda, justo detrás de la pata delantera izquierda.

El golpe fue perfecto. La lanza se clavó en el cuerpo del animal sin rasgar nada, señal de que no había dado en una costilla.

El jabalí cayó al suelo y resbaló unos pocos metros, arrastrándole con él, muerto casi antes de que llegasen a doblársele las patas. Sacó la lanza y dejó que el jabalí sangrase un tiempo, después le cortó la garganta con la lanza. Entonces lo levantó por los cuartos traseros para que cayese toda la sangre.

Odiaba tener que hacer eso, desperdiciar la sangre. Con ella se podían hacer embutidos buenísimos. Pero no había nada que hacer. En una situación normal, él y sus hombres lo habrían atrapado con una red, habrían aturdido al animal con un mazo de madera, después lo habrían colgado y le habrían cortado la garganta. Pero ahora estaba solo y tenía que hacerlo como mejor pudiese.

Cuando estaba más o menos seguro de que el animal ya estaba desangrado, se colgó el cuerpo del hombro, recogió la lanza y emprendió el camino de vuelta a la casa. Suspiró, pues sabía que el trabajo duro no había hecho más que empezar.

Cuando volvió, la mujer estaba preparada, un fuego ardía en el patio, en otro había una tetera. En el tocón había un rollo de cuerda y un cuchillo largo. Y, sí, también había un árbol cerca. Otro trozo de tronco estaba en el centro, cerca del

patio. Serviría como tabla para despedazar el animal.

Ella tenía otro cuchillo. La hoja mediría unos treinta y cinco centímetros.

—Lo he desangrado —dijo Arturo poniendo el animal debajo del árbol.

—Qué se le va a hacer, no esperaba que la trajeras. Tenemos que hacerlo lo mejor que podemos.

—Eso es —contestó él, colgando el jabalí por las patas traseras de la rama más baja del árbol.

—¿Puedo saber cómo te llamas?

—Arturo.

—¿*Dea Arto*?

—Sí —recibió como lacónica respuesta.

—¿Eres un oso?

Apartó la vista del jabalí, que estaba empezando a carnear.

—Sí —dejó el cuchillo, se subió la camisa y se lo mostró.

Ella se relajó.

—¿Cómo fue tu muerte?

La pregunta flotó en el aire entre ellos.

—No morí, me enviaron aquí vivo.

—No puedes hacer eso.

—Pues lo hice. O, más exactamente, me lo hicieron. ¿Ahora podemos seguir con esto? ¿Y tú cómo llegaste aquí?

Apartó la vista hacia el río, a lo lejos, evitando mirarlo a la cara. Sostenía el filo del cuchillo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, los dedos de la otra mano se abrían y cerraban sobre la empuñadura.

—Era pequeña, tendría siete u ocho años como mucho, y estaba corriendo como loca con el resto de niños del pueblo, cerca del río Severn. Vino un hombre. Era apuesto y tenía ropas bonitas. Él y media docena más nos rodearon como si fuéramos ovejas, y trajeron a una docena o más del pueblo.

»Descartó a unos cuantos —continuó—, los que eran tullidos o demasiado lentos. Pero se llevó al resto. Mis recuerdos de los siguientes días son borrosos, pero cuando me desperté, estaba aquí.

«¿Estaré yo muerto?», se preguntó. No, había vuelto y había hablado con Igrane y Merlín. Habían intentado torturarlo. Él tampoco creía que ella estuviese muerta, pero, por alguna razón, ella sí.

—¿Puedo saber tu nombre? —le preguntó también.

—Eline. Eso es todo lo que recuerdo. Mi padre me llamaba «cervatillo».

Arturo asintió.

—Así que has oído hablar de los osos.

—Oído sí, pero nunca me he encontrado con uno. Así que no sé si es verdad lo que se dice de ellos.

—Seguramente lo es.

A continuación los dos se pusieron a trabajar. Y había mucho que hacer. Él descuartizaba, ella rellenaba.

Algo tan magnífico como un jabalí entero no se podía echar a perder. Salarían los jamones y los colgarían en el ahumadero. Mucha de la carne se cocinaría y con ella harían un tipo u otro de embutido. Otra parte de la carne se dejaría cruda y con ella harían otro tipo de embutido. Salarían trozos grandes para utilizar más adelante en estofados o con alubias y así darles sabor. Y, de paso, les proporcionaría a los dos un buen almuerzo.

Arturo apagó la hoguera y echó ramas de salvia. Las piedras estaban casi al rojo vivo, y el olor de la salvia inundó el aire. Entonces los dos colocaron la carne sobre las ramas, la cubrieron con más ramas, y echaron una piel sobre ella para mantener el calor.

Ella se afanaba sobre la tetera y la tabla de carnicero. Cortó más leña para el fuego y limpió los intestinos del jabalí en un caldero, preparándolos para hacer embutidos con ellos.

A media mañana el bebé empezó a llorar. La mujer levantó la vista de su trabajo, que consistía en sazonar y cortar la carne y la grasa. Él hasta entonces había estado frotando con sal las ancas.

—Tengo que ir a darle de comer. Tú deberías ir al cobertizo al lado del río y tomar un poco de leche, ya que no has desayunado nada. Tengo un poco de leche enfriándose allí.

Él asintió.

La planta curva de la casa era como un cuarto de luna, y ellos trabajaban en el patio que había en lo que sería la parte creciente. Una de las puntas era el enfriadero.

El perro estaba atado delante de la puerta. Cuando oyó hablar a la mujer, levantó la cabeza hacia ella con una admiración sin palabras.

Ella tomó aire.

—Siempre he oído que los osos son hombres de honor.

—Y lo somos.

—¡*Bax*! —llamó ella al perro.

Éste se levantó y Arturo descubrió que era incluso mayor de lo que él había pensado. Era negro, con manchas entre marrones y doradas, y tenía la corpulencia y las mandíbulas poderosas de un animal de lucha.

—*Bax*, saluda a mi amigo Arturo.

Arturo se acercó al perro, se detuvo frente a él y le ofreció una mano. Los enormes ojos amarillos lo observaron y olfateó la mano que se le tendía. Entonces el perro se levantó y apoyó las patas delanteras en los hombros de Arturo. Era media cabeza más alto que el muchacho. Solemnemente, le lamió la cara.

—Gracias, *Bax* —dijo Arturo cuando el perro se puso a cuatro patas y se sentó tranquilamente.

—Era una de las cuidadoras de perros en la villa del rey Bade. Gracias a *Bax*

pudimos escapar, él nos ayudó.

—¿Cómo es el rey Bade?

—No lo sé. Nunca llegué a verlo.

Arturo se inclinó ante *Bax* al pasar frente a él. Éste le respondió con una especie de gruñido, que no podía llamarse propiamente gruñido, pues sonaba bastante amistoso.

En el enfriadero hacía frío y apenas había luz. Había un manantial, no más que un hilo de agua que caía de un caño en el muro de piedra sobre un pilón. En éste había una vasija de barro con leche, otra con mantequilla y una jarra de vino. La vaca lechera estaba atada en el muro del otro extremo de la habitación.

«Vino», pensó, enarcando las cejas. «Un producto caro para los agricultores humildes». No le dio más importancia, sino que bebió la rica leche que se sirvió en el jarro.

Intentó recordar lo que le había contado Morgana sobre el reino del verano. No era mucho, sólo que tenían una especie de trato con el rey Bade. Un trato que se cumplía cuando el rey estaba de humor. Pero la mayoría de las veces, el rey hacía lo que más le apetecía en ese momento. Podía llegar a ser muy peligroso.

Arturo pensó que Merlín tenía muchos amigos. Algunos de ellos poderosos. Sí, era verdad que había escapado de una trampa sólo para caer en otra. Sacudió la cabeza, se lavó la cara rápido con el agua fría y se obligó con firmeza a ponerse a trabajar. ¡Ahora!

Pasara lo que le pasase, estaba decidido a dejar a la mujer con suficiente carne para que sobreviviera un tiempo. No estaba recuperada del todo. El parto debía de haber sido difícil.

Volvió al patio y siguió salando los cuartos. Después los llevó al ahumadero. Allí había que avivar el fuego y cortar más leña, a fin de que ella pudiera mantenerlo encendido el tiempo necesario para ahumar la carne.

Cuando volvió, sobre el tocón le esperaba pan con mantequilla. Después, los dos se dispusieron a derretir la manteca.

Cuando terminaron, se dieron un festín de carne. Arturo se sorprendió ante su propia gula, pero al fin y al cabo hacía semanas que no disfrutaba de una buena comida, y ella debía de haber perdido bastante sangre en el parto.

Los dos comieron hasta la saciedad las tiernas costillas con olor a salvia. *Bax* recibió su parte, un plato repleto de huesos y restos. Después se quedaron sin hacer nada, disfrutando del último sol.

—Por la mañana me iré. Antes cortaré más leña, pero después me iré. ¿Hay por aquí alguna casa en la que me aceptasen a cambio de trabajo?

—Eres un buen trabajador —le respondió ella sin mirarlo a la cara, sino observando las piedras del patio que había bajo sus pies—. Pero no lo sé.

Arturo comprendió que no podía o no quería decir nada más, así que se levantó, bajó al río, se bañó y volvió al establo. Se tumbó en el pajar y al instante se quedó

dormido.

Las voces le despertaron al anochecer.

—Haznos una cama ahora mismo, tesoro.

La mujer estaba en el establo con tres hombres bajo el pajar en el que él dormía. El establo no era más que un cobertizo, y entraba luz más que suficiente para distinguir a los tres hombres en la oscuridad. Ella lloriqueaba.

—¿Por qué hacéis esto? El vino es lo único de valor que tenemos. Cogedlo y marchaos. Apenas estaba dilatada cuando nació el bebé... No valgo para vosotros.

El hombre que Arturo tomó como el líder le dio unos golpecitos casi amables en la mejilla, y luego le cruzó la cara con el revés de la mano. Ella no gritó, pero retrocedió entre la paja sangrando por la nariz y la boca.

—Tetitas dulces, nos prometiste ser amable con nosotros cuando te abordamos en el huerto. Ahora date la vuelta y haz una buena cama con la paja.

Era un hombre corpulento y moreno, y la raíz del pelo le formaba un pico pronunciado en la frente.

Ella se dio la vuelta, se limpió la cara con la camisa y empezó a hacer lo que le decía. El líder tenía aspecto de ser peligroso, pero Arturo consideró que los otros dos no tanto. Uno tenía un cuchillo y una maza con la cabeza de piedra. El otro sólo tenía un cuchillo y sobre la camisa un tejido acolchado que lo protegía. El moreno llevaba una malla metálica y una espada.

El líder llevaba la jarra de vino. El que tenía la maza le dio un golpecito con un cuenco.

—Dame más.

El líder le sirvió más y después dio un trago largo directamente de la jarra. Jubón Acolchado gruñó.

—Ya has bebido dos veces como nosotros.

—¡No, yo no!

Peludo y Moreno le pegaron un codazo en las costillas.

Jubón Acolchado no parecía ceder terreno, pero tampoco se desinfló.

—Aquí hay de sobra para todos. —Entonces se agachó y sacudió a la mujer por los pies—. También aquí hay de sobra para todos. Ahora, tesoro, es hora de que te quites la falda o te la levantes, como prefieras. Y vosotros dos cogedla por los brazos mientras yo...

—Quiero vino. Estoy harto de que acapares todo lo mejor para ti. Después nos echamos a suertes quién la prueba primero —escupió Jubón Acolchado.

El moreno desenvainó la espada.

Arturo entró en acción.

Saltó del pajar justo detrás de ellos, apoyando apenas los pies. El moreno se volvió, con la mano todavía en la empuñadura.

Arturo no prestó atención a la espada, sino que sacó de la funda que colgaba del cinturón de su adversario el cuchillo de hoja corta. Los hombres armados eran idiotas,

pensó mientras clavaba la hoja por debajo de la mandíbula del hombre, en la base de la lengua. Sintió la resistencia, después el chasquido que se produjo cuando la hoja atravesó el fino hueso que protege el cerebro por debajo. Y por último el tacto blando cuando por lo menos cinco centímetros de la hoja atravesaron el mismo cerebro.

El hombre moreno no murió al instante, sino que por lo menos vivió treinta segundos para contemplar su destino. Pero no pudo hacer mucho, pues los cinco últimos centímetros de acero le destrozaron el centro neurálgico de la vista. Ni siquiera pudo gritar, porque la lengua quedó cortada desde la raíz. Hizo algunos ruidos, pero Arturo no les prestó demasiada atención. Todavía tenía trabajo.

El que tenía la maza trataba de balancearla. Arturo le bajó la cabeza tirándole del pelo y le pegó un rodillazo. Le destrozó la nariz y el tabique le subía y bajaba en el lóbulo frontal del cerebro. Para asegurarse de que recibía su merecido, le sacó los dos ojos con los pulgares.

El del jubón trató de huir. El moreno estaba tirado en el suelo formando un arco, agonizante, mientras se retorció con convulsiones. Arturo desenvainó la espada y se la clavó a Jubón Acolchado por la espalda, destrozándole un pulmón y partiendo en dos la aorta abdominal y la vena cava interior. Antes de que cayera al suelo ya había muerto desangrado.

—¿Hay más? —preguntó Arturo.

Ella sacudió la cabeza. Después señaló al moreno.

—Sigue vivo.

Arturo lo miró, luego volvió a mirar a la mujer. En su mirada relucía algo que a ella le asustó más que nada que hubiera visto antes, incluso más que aquellos tres a los que se había tenido que enfrentar.

—No por mucho tiempo.

—¿Cuidarás del bebé?

—¿Es que te han herido?

—No, pero el vino era una trampa. Para que lo bebiesen, tuve que tomar yo también un poco. Fingí que pretendía comprarles con el vino. Tenía la esperanza de que se lo acabasen antes de empezar conmigo. Ya me cogieron en el huerto. El vino está envenenado. No se lo dije, e incluso bebí. Esperaba que aunque yo muriera, también ellos lo hicieran.

Lo mordió cuando le metió los dedos por la garganta para hacerla vomitar. Durante las siguientes horas, la mujer descubrió que podía ser tan despiadado con ella como lo había sido con los tres hombres. Pero con un objetivo totalmente diferente.

Arturo no hizo caso del mordisco y la obligó a vomitar hasta que no le quedaba nada en el estómago. Después le ordenó que le dijera qué veneno era.

—¡Opio!

Se sintió aliviado. El opio era una droga muy conocida. Los faraones egipcios la tomaban para dormir, y el espectacular deterioro de algunos de los peores emperadores romanos se debía al opio. Comprendió cómo funcionaba, y durante las

siguientes ocho horas no la dejó dormir. Se propuso con determinación no dejarla morir.

A la mañana siguiente la ayudó a envolverse el pecho para sacar la leche contaminada por el opio. Después ordeñó la vaca y dio de comer al niño cucharada a cucharada, hasta que se quedó lleno y dejó de lloriquear.

En ese momento tan inoportuno el esposo llegó a casa.

La casa estaba limpia y ordenada. Arturo estaba sentado a la mesa, dando al bebé un puré de zanahoria, nabo y leche. No había incluido cebolla, porque sabía que provocaba gases a los niños.

Bax, que nunca se alejaba de él demasiado tiempo, estaba sentado al lado de la puerta. Ella retrocedió desde el hogar central, cogió al perro por el collar y se interpuso entre Arturo y su esposo, que estaba en la entrada con la espada a medio desenvainar.

—Antes de que cometas el peor error de tu vida, vete a mirar en el establo —dijo la mujer.

—¿Crees que así se convencerá? —preguntó Arturo.

—Más vale —respondió ella.

Dijo algo en voz baja al perro, y *Bax* se alejó y se sentó delante de Arturo.

El hombre tardó un rato de volver del establo. Cuando regresó, se sentó enfrente de Arturo, y ya no llevaba la espada ni la coraza provisional de piel.

—¿Perdisteis? —le preguntó ella a su esposo, poniéndole delante un plato.

—Sí. Lo intentamos, pero fracasamos.

—¿Qué más? Te dije...

El hombre pegó un puñetazo sobre la mesa.

—Por todos los santos, Eline...

—¡Para! —se oyó la voz de Arturo con el tono inconfundible de una orden—. Eline, déjalo comer. Y tú, te llames como te llames, tu esposa es una mujer honesta. No tienes que sospechar nada de ella.

—Hiciste eso con tus propias manos. Estabas desarmado, ¿verdad?

Arturo se apoyó sobre la mesa y enseñó los dientes en una mueca que nada tenía de sonrisa.

—Se comportaron groseramente con tu buena esposa —gruñó—. Yo los corregí.

—Eso es evidente —le contestó el hombre, y añadió—: Para siempre.

—Sí, así no volverán a tener comportamientos desagradables. Estaba en deuda con tu esposa. Ella me ofreció la hospitalidad de comida y cama... ¡en el establo!

Eline puso un cuenco con sopa delante de su marido.

—Arturo, éste es mi esposo, Balin.

Miró de su esposo a Arturo.

—Arturo, Balin.

—¿Cómo sabemos que no eres uno de los del rey?

Arturo volvió a mostrar los dientes.

—¡No lo sabéis! Pero si fuera uno de los hombres de ese rey vuestro, ¿qué probabilidades habría de que matara a sus hombres?

—Supongo que no sería...

—Vino del bosque, muerto de hambre. No creo que sea un hombre del rey.

—No, no lo soy. No sé el valor que tienen aquí las palabras, pero en otros lugares se me considera un hombre que jamás miente. Y te daré mi palabra de que no conozco a ese rey vuestro ni jamás lo serví en modo alguno.

Eline llevó una fuente de panes planos y algo de mantequilla. Después cogió al bebé, que estaba dormido en los brazos de Arturo, lo metió en la cuna y volvió a la mesa. Se sentó en el banco junto a su marido. Ninguno de los dos miraba a Arturo a la cara. Balin estaba concentrado en su comida y Eline jugueteaba con los dedos en el regazo.

—Sabe luchar muy bien —le dijo a su marido.

—¿Y a mí qué?

—¡Lo necesitas!

—¡No! —respondió Balin dedicando una mirada sombría a Arturo.

—Si no podéis recuperar el ganado, estamos perdidos.

—¿Dónde está el ganado? —preguntó Arturo con paciencia.

—Al otro lado del río —respondió Balin—. No podemos cogerlo porque alguien vigila el puente.

Balin miró con expresión de culpabilidad a su esposa, después continuó:

—Él es... es demasiado fuerte para nosotros.

—Ummm... —fue toda la respuesta de Arturo, y se levantó pasando la pierna por encima del banco—. ¿Están empezando a pudrirse esos tres del establo?

Balin sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—De todos modos será mejor enterrarlos.

Balin levantó la vista.

—¡No! Sé un lugar adonde pueden ir. Si los dejáramos aquí cerca, podrían... caminar.

Arturo asintió.

—A veces ocurre.

—Aquí no es a veces, aquí es siempre —dijo Eline, y preguntó a Arturo—. ¿Quieres lavarte y ponerte ropa limpia?

Él se quedó algo sorprendido, pero respondió que sí.

—Tenemos una sauna bajando el río —dijo Balin, que a ojos de Arturo seguía teniendo una expresión culpable—. Creo que te valdría mi ropa.

Arturo volvió a asentir. Empezaron a hablar en cuanto salió de la casa, cuando todavía los podía oír.

—No puedo creer que vayas a dejarle enfrentarse al monstruo sin ni siquiera... —empezó a decir Eline con brusquedad.

—Dijiste que sabía luchar, y yo mismo he visto lo que hizo a esos tres en el establo —respondió Balin entre dientes—. Mañana lo advertiré...

Sentaba bien estar limpio, pensó Arturo cuando volvió al establo y se tumbó entre el heno.



Balin y él partieron temprano, antes de que amaneciera. Balin trató de que montara uno de los caballos, pero Arturo se negó y dijo que era un buen caminante. Eline llenó un morral con comida, mirando con tristeza a su marido mientras lo hacía.

—Acuérdate —le dijo a Balin—. Lo prometiste.

Mientras se internaban en el bosque siguiendo el camino, Arturo miró atrás una vez, hacia la meseta de la que había llegado. Donde había sido prisionero. Avanzaban en el sentido opuesto.

—¿De dónde eres? —preguntó Balin.

—De allí —respondió Arturo señalando la montaña y la meseta cercana.

Balin se santiguó.

Arturo lo observó un momento pero no le pidió ninguna explicación. Siguieron caminando. Era una de aquellas mañanas en las que cuesta creer que hay maldad en el mundo. Fresca, límpida, dorada, alumbrada por los primeros rayos de sol, verde en la generosa belleza de los bosques. Innumerables flores silvestres ribeteaban el camino (margaritas, fárfaras, acianos, violetas), y la hierba estaba salpicada de blanco, violeta y amarillo. Una hierba lozana, larga, verde.

Los bosques no eran intransitables ni estaban envueltos en sombras por culpa de copas de árboles demasiado altos. Aquél era un bosque bastante despejado, con robles, fresnos, avellanos, espinos y sauces. De vez en cuando Arturo distinguía el brillo azul de los remansos que se formaban en los meandros del transcurso del río por tierras más bajas.

«Son tierras ricas, y no están muy pobladas», pensó Arturo. Alrededor de los remansos había claros que eran buenas zonas de pasto para el ganado.

—¿Son fríos los inviernos?

—No —respondió Balin—, pero llueve mucho. Por eso construí la casa tan alta.

Se detuvieron a comer casi al mediodía, y Arturo se dio cuenta de que él y Balin ya no estaban solos. Por lo menos una docena de hombres los seguía. Se parecían mucho a Balin tanto en sus ropas como en su aspecto. Iban vestidos humildemente y tenían mal cortado el pelo y la barba. Sus armas eran variopintas y todas improvisadas, desde hondas colgadas del cinturón, pasando por garrotes, lanzas de madera y cuchillos, hasta unas pocas espadas de verdad como la de Balin.

Entre ellos, Arturo se sentía como cuando, una noche de caza, había entrado por error en el prado de las vacas de alguien. Estaba en medio de la hierba alta y se asustó al descubrir a una docena de vacas observándolo con curiosidad bovina e impasible.

Aquellos hombres parecían tan propensos a hablar como las vacas. Mantenían las distancias como habían hecho los animales, y no mostraban ningún indicio de agresión.

Balin se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Todos perdimos ganado —le explicó— cuando el rey decidió cerrar el río.

Arturo asintió. La mayoría llevaba comida, como Balin. Repartieron los víveres sin discusiones y empezaron a comer.

Era media tarde cuando encontraron el primer cadáver. Estaba sentado apoyado en el tronco de un árbol, con la cabeza inclinada.

Por un momento, Arturo creyó que estaba vivo, pues hasta conservaba su ropa. Pero entonces se dio cuenta de lo tirante que estaba la piel en el rostro medio oculto y la forma grotesca de la que colgaban los harapos.

—No lo toques —le advirtió Balin—. Por eso no enterramos a ninguno de los nuestros. A veces hace excepciones.

—No sé —comentó un corpulento hombre de barba negra—. Normalmente están más frescos que ése.

—¿Alguien sabe cómo se llamaba? —preguntó Balin.

Los que le contestaron, sólo unos pocos, dijeron que no. El resto parecía que no quería formar parte de la conversación.

Iban cuesta abajo hacia el río. Cuanto más se acercaban a la orilla, el número de cadáveres iba en aumento. Los había en todos los estados de descomposición, excepto, notó Arturo, el mojado, que olía tan mal y era realmente desagradable. El resto estaban todos secos, el más antiguo reducido a huesos marrones con trozos de piel apergaminada; pero también había cadáveres más recientes, empequeñecidos, sin ojos, pero todavía reconocibles para sus familiares. Unos pocos, muy pocos, eran mostrados a Arturo por sus familiares. En susurros.

Antes de que salieran del bosque, Arturo oyó algo.

—¡Puff up, pt, pt, yup, tup, whup, whup, pa, pa, pa, pa...!

Sílabas sin significado, repetidas una y otra vez.

Había habido una vez un puente sobre el río en aquel lugar, uno fácilmente transitable, según la opinión de Arturo. Los arcos eran bastante altos. Estaban contruidos con la misma piedra de basalto negra que Arturo había visto en el pie de la meseta, y parecía que salían del mismo lecho del río. Arturo había visto carreteras y puentes romanos, ciudades romanas enteras, algunas abandonadas cuando se desmoronó la soberanía romana en Britania. Pero nunca antes había visto algo como esos arcos. Eran sólidos, con ninguna marca de separación entre los bloques. Ningún pueblo del que él hubiera oído hablar o conociera podría construir nada parecido.

El puente todavía podía utilizarse, porque los arcos más bajos se habían unido con tablones sujetos al suelo. La criatura bailaba sobre ellos, saltaba, brincaba, se ponía a la pata coja, daba volteretas, sin dejar de producir a borbotones aquellos sonidos incomprensibles que parecían palabras, pero no lo eran.

Arturo se puso de cuclillas donde empezaba la madera e intentó tener una buena perspectiva. Algo bastante difícil, porque el ser estaba en permanente movimiento. El uniforme era de oficial de caballería romano, casco de plata con una máscara, una máscara femenina. Una malla metálica sobre una túnica y pantalones, espinilleras y botas.

Se preguntó qué mujer sería la que representaba la máscara. ¿Boudicca? En una ocasión lo habían invitado en Bretaña a una representación, donde la caballería había representado la derrota de la reina de los icenios. Se había dado cuenta de que era un insulto mientras lo veía, seguramente dirigido hacia él. Así que había puesto especial atención en aplaudir con fuerza y halagar efusivamente al comandante.

Otra representación muy apreciada era la de la destrucción de la reina de las Amazonas en Troya. También Penthesilea se representaba de la misma manera.

En cualquier caso, no logró ver nada del cuerpo de aquella cosa. De hecho, dudó que tuviera uno, porque se dio cuenta de que alrededor de aquella criatura el aire temblaba, igual que alrededor del monstruo que lo perseguía en la meseta.

—¿Lo habéis intentado de noche? —le preguntó a Balin.

—Sí. Intentamos cruzar sin que se diera cuenta. El que está sobre los tablones creyó que era tan listo que podría pasar sin ser visto.

—¿Vadeando el río?

—Está allí en cuanto llegamos —intervino un hombre de barba negra.

—¿Con lanza? —preguntó Arturo.

—Se deshacen y a veces arden. Y el hombre que la blande queda... ¿Cómo? —pidió ayuda al resto.

—Como si lo atrapara una araña... chupado hasta que queda seco —fue la respuesta, y todos la aprobaron.

—¿Y las hondas?

Balin sacó la suya. Un segundo después, un proyectil de plomo volaba hacia la criatura del puente. Todos corrieron a esconderse cuando la bala volvió silbando y se incrustó en el tronco de un pino.

—Eso le causa más problemas —dijo Balin—, pero todos lo hemos intentado una vez u otra. Simplemente espera hasta que intentamos cruzar el puente y, créeme, cuando llegas a la mitad del claro que hay delante del puente y esa cosa se revuelve, eres hombre muerto. Sí, hasta es posible sacarlo fuera del puente, pero nunca logramos retenerlo el tiempo suficiente.

—Creemos que se alimenta de los hombres que mata y de cualquier animal que se acerca a beber al río —añadió el de la barba negra.

La hierba que crecía en el claro delante del puente estaba alta, pero cuando Arturo se puso de pie, vio que crecía entre los huesos de esqueletos tanto humanos como animales. Cuando se incorporó, la criatura del puente empezó a dar patadas en el suelo y a gritar más alto.

—Ot, tu, tut, art, ar, ar, ar, Arturo, tu, tu, mu, mur, muer, muer, muere, mu, mm,

uu...

El aullido se fue apagando, el ruido sordo de las botas era lo único que se oía.

—Por Cristo y todos los santos —murmuró Balin— nunca antes había oído que dijera el nombre de nadie. —Se santiguó, y entonces él y el resto de hombres se protegieron entre los árboles.

Arturo se quedó donde estaba, en cuclillas, con los ojos entrecerrados, pensando.

—¿Vas a enfrentarte a él? —preguntó alguien.

—No. Lo que quiere es eso.

—No te lo reprocho, pero tenía la esperanza... —dijo Balin suspirando con tristeza.

Arturo se levantó y retrocedió hasta los árboles con el resto.

—¿Huele mal? —preguntó.

—A mil demonios. ¿Por qué? —contestó Balin.

—Ya lo verás.

Tardó un tiempo en encontrar piedras del tamaño adecuado. Después un poco más en cortar las cuerdas de cuero sin curtir. Los compañeros de Balin entendieron el principio del arco. Entonces alguien tenía que conseguir grasa para las teas.

Falló el primer blanco que intentó hacer en un árbol con su nueva arma, maldijo para sus adentros, pero siguió intentándolo, y una hora después su puntería era razonablemente certera. Las había visto mejores (era un perfeccionista), pero seguramente bastaría.

Hizo muchas de esas nuevas armas. Dio a Balin y al hombre de barba negra una a cada uno. Aprendían con rapidez. Para entonces, el resto de hombres había encendido un buen fuego apartado del puente y su guardián.

—Yo voy primero. Incluso si muero, creo que el principio es el sonido. Todavía tendréis posibilidades de matarlo. Pero, hagáis lo que hagáis, no entréis nunca en una lucha cuerpo a cuerpo. Ése fue el error que cometieron sus anteriores adversarios, y es como él lo siente.

Miró rápidamente al círculo de rostros que lo rodeaba. Todos asentían.

Ya estaba todo dicho. Se puso en pie y empezó a descender hacia el puente. No miró atrás para ver si lo seguían. Toda su atención estaba puesta en matar a aquella criatura. Si creían que su plan tenía algún mérito o no, no le importaba.

Cuando estaba cerca del claro enfrente del puente, echó a correr. Lo oía, «pop, pot, poot, up, yu, mup», dando fuertes pisotones.

Cuando lo vio salir al descubierto, pegó un chillido que sonó como metal golpeando a metal, algo imposible de emitir una garganta humana. Arturo cruzó el claro en diagonal en vez de dirigirse al puente. La hierba le llegaba hasta las rodillas, y un segundo después de empezar su carrera, se dio cuenta de que corría sobre los muertos. Oía los crujidos de las cajas torácicas y de los huesos largos bajo sus pies. Pero no tenía tiempo para pensar en eso, porque la criatura parecía que volaba directa hacia él, casi sin tocar el suelo.

Apenas tuvo tiempo para lanzar unas boleadoras. Se le enredaron a la criatura en el pecho, en vez de en las piernas, que habría sido mejor. Las piedras y las cuerdas se enredaron alrededor de la coraza que llevaba y la golpearon, hasta que la partieron por la mitad.

La cabeza y los brazos cayeron a un lado agitándose, seguidos de lo que parecían intestinos secos. Las entrañas ennegrecidas y malolientes se esparcieron por la hierba, uniendo las dos mitades del cuerpo. En el otro extremo, las piernas pateaban con furia.

Durante unas décimas de segundo, Arturo quedó paralizado por el asco. Pero no fue más que un segundo, porque tan gruesos como eran los restos, el tronco se dio la vuelta y empezó a gatear hacia las piernas que se retorcían.

Arturo tenía como única esperanza que funcionase la segunda parte de su plan.

Corrió hacia la cabeza y el torso, y cuando estaba a un paso de ellas, lanzó la tea. Cayó sobre la falda de la armadura y los brazos la cogieron. Por un segundo, Arturo pensó que no podía ser cierto.

Se apartó de un salto, y tuvo suerte de hacerlo. El rugido de las llamas casi lo atrapa. Cuando miró las piernas de aquella cosa, Balin y Barba Negra las estaban quemando.

La máscara ennegrecida cayó rodando de la calavera que cubría y quedó tirada en la hierba mirando hacia abajo. Entonces las llamas consumieron lo que parecían los fragmentos de una calavera. Era difícil verlo, porque la intensidad de las llamas era desproporcionada para el combustible que suponían las partes abolladas del guardián del puente. Los restos quemaban como la brea, se le ocurrió a Arturo, como si hubiera algún gas.

«Sí», pensó Arturo. Estuvo a punto de derrotar al monstruo de la meseta cuando su madre y su amante lo habían devuelto a aquel hogar. Recogió la máscara de plata con la punta de un palo y la colgó de un espino que había en el lindero del bosque.

«Tengo que hacer una ofrenda», pensó, sin entender de dónde procedía tal pensamiento. Pero entonces miró el rostro de la mujer, adivinando la sustancia putrefacta de su interior. De repente había encontrado la solución. Era posible, sólo posible, que tuviera algo de ayuda.

Las llamas rápidamente se convirtieron en una pira a manos de los hombres que lo habían seguido. Estaban quemando a los muertos, los restos de los hombres y de los animales que habían muerto a causa de aquel terrible asesino. Los acercaban a rastras de todas partes, el bosque, la pradera, los márgenes del río, la hierba alta. Ardían dos hogueras, separadas por aproximadamente quinientos metros. Las entrañas de aquella cosa seguían en medio, retorcidas, negras, muertas.

Pero se movieron cuando las golpeó con el palo, y sintió su fuerza cuando los restos espantosos trataron de recuperar su poder para arrebatarse la vida. Con un movimiento las recogió con el palo y lo arrojó todo, palo incluido, al fuego.

Las llamas bramaron con más vigor al quemar los restos del monstruo muerto.

Ninguno de los hombres se detuvo hasta que todos los cadáveres de los que había matado la criatura estuvieron envueltos en llamas. La tarde estaba avanzada, aunque el sol seguía alto, cuando finalmente el fuego se extinguió. Pero aún nadie se aventuraba a cruzar el puente.

—Me parece que deberíais recoger el ganado antes de que anochezca —dijo Arturo.

Se había formado un grupo bastante numeroso. Al grupo se habían unido más hombres y unas pocas mujeres de los alrededores. Algunas de las mujeres iban armadas, como los hombres. Otras acompañaban a sus familiares masculinos. Estas últimas encendían fuegos y preparaban comida para los presentes. Pero la mayoría de los hombres permanecía con Arturo a la orilla del río. El nivel del agua era bajo y, excepto en el centro, se podía vadear el río con facilidad.

Las mujeres pescaban en la orilla. No se ayudaban más que con sus manos desnudas. Una mujer daba palmadas en el agua para conducir a los peces a la orilla, y allí otra los cogía por las agallas y los lanzaba a una cesta. Los hombres que rodeaban a Arturo miraban el puente con temor manifiesto.

—¿Y bien? ¿Nos instalamos para disfrutar de una buena cena y nos vamos cuando caiga la noche? —preguntó Arturo.

Barba Negra y Balin tenían expresión de culpabilidad. Ninguno de los dos osaba mirar a Arturo a los ojos.

—Podría ser que los hombres del rey Bade estén guardando el ganado.

Arturo estaba sorprendido.

—No me lo habíais dicho. Nadie habló de soldados humanos.

—No —respondió Balin—. No creíamos que pudiéramos librarnos del guerrero enmascarado. La última vez que atacamos con las hondas nos persiguieron. Tuvimos que huir. Están mucho mejor armados que nosotros.

Arturo resopló lentamente por la nariz.

—¿Por qué no fuisteis tras ellos?

—No sabíamos que se acercaban —contestó Balin.

—¿Por qué no dejasteis a alguien vigilando?

—No se nos ocurrió —murmuró Balin.

—¿Cómo es posible? Os habéis sublevado contra el rey Bade, ¿no es así?

—Sssiiii —respondió Balin dejando escapar el aire.

Entonces Arturo dijo:

—Es necesario pensar en esas cosas.

Los hombres miraron con nuevas expresiones de culpabilidad.

—No nos hemos sublevado exactamente.

—¿Y qué es lo que habéis hecho entonces?

Los hombres que lo rodeaban parecían avergonzados. Balin no le miró a la cara y murmuró en voz muy baja.

—Somos esclavos huidos.

«Ajá, ése es el meollo de todos sus problemas. La vergüenza. Sí, la vergüenza es poderosa», pensó Arturo.

La máscara de plata captó su atención. Seguía colgada del espino, donde él la había dejado. El espino no estaba en flor, ni a punto de florecer. Lo que colgaba de sus ramas eran frutos maduros. Pero los pétalos blancos y suaves cubrían las ramas, resaltando las hojas verdes, del mismo modo que la niebla blanquecina se posa sobre los bosques en la montaña.

Merlín creía que lo había hecho su prisionero, pero en realidad Arturo había sido llamado a aquel lugar por algún motivo. Una mano más poderosa que la del hechicero había dispuesto los acontecimientos de su vida.

—Yo soy rey. Y he llevado las tres coronas. Es cierto que sólo soy el rey de verano, pues mi padre, Uther, todavía reina. Pero he sido coronado con flores, maíz y bellotas como muestra de mi soberanía sobre el bosque, las praderas y los campos. Aprendí las antiguas leyes de nuestro pueblo sentado en las rodillas de mi padre. La primera obligación de un rey se debe a esa ley. Así que juzguemos vuestro caso.

Se acercó a grandes zancadas al árbol, y cuando se apartó a un lado vio que todos lo habían seguido. No sólo los hombres, sino todos los que estaban en el claro. Incluso las mujeres que estaban pescando dejaron sus cestas y se acercaron al extremo del grupo. La máscara de plata miraba a la multitud por encima del hombro de Arturo.

—Está en flor —dijo Balin señalando el espino.

—La máscara no está profanada, a pesar de la maldad que la rodeaba —dijo Arturo.

Olía el perfume débil y exquisito de las flores, un olor muy puro. Cerró los ojos durante un segundo. Sintió como si unos dedos, suaves como las flores, le acariciaran la mejilla y supo que la que pronto sería su prometida estaba presente. Ella, la de los primeros árboles.

Entonces volvió a abrir los ojos.

—¿Confiaréis en mi criterio?

Él aceptaba la esclavitud. Todos los pueblos que conocía la practicaban. Pero los legisladores habían establecido límites a su práctica y a las circunstancias en las que se podía aplicar a cada individuo. A veces se imponían límites de tiempo y ciertas obligaciones a los amos de los esclavos. Los esclavos tenían derecho a un trato justo, y no podían ser vendidos cuando fueran viejos y ya no sirvieran para el trabajo, sino que había que cuidarlos en la casa como al resto de personas mayores y dependientes.

Las personas que lo rodeaban se miraron unas a otras. Se fue elevando un murmullo de aprobación.

Arturo levantó la mano y pidió silencio.

—La ley dice que sólo hay tres formas de obligar a un hombre o a una mujer a trabajar para otro: como prisioneros de guerra, en compensación por una deuda que no se puede devolver con trabajo o, por último, como castigo por un crimen capital,

que normalmente se pagaría con la muerte. Esta pena se puede evitar vendiendo al culpable como esclavo lejos de su pueblo. ¿Algunas de estas circunstancias es aplicable a alguno de vosotros?

El silencio fue absoluto. Arturo oía a lo lejos el murmullo del viento entre los árboles, el suspiro largo y lento del atardecer en el bosque. El curso del río fluía sobre los guijarros cerca de las riberas que titilaban bajo los rayos oblicuos del sol, una franja centelleante y dorada.

Arturo no los miró a la cara, porque sabía que se encontraría con muchas lágrimas. Su mente retrocedió hasta el banquete interrumpido en el que la muchacha de ojos límpidos huyó no se sabía adónde. Tenía la certeza de que muchos de los señores asistentes al banquete iban recolectando a los niños por sus propiedades como si fueran becerros o gallinas, vendiendo a los que sobraban como esclavos. De situaciones así era, en parte, de donde provenían estas gentes. Enviados al rey de verano como un tributo para que trabajasen sus tierras. Daba igual que esa práctica fuese ilegal. Convenía a los poderosos.

Recordó el relato de Eline de los niños acorralados y alejados de sus hogares en manos del hombre de «bonitas ropas». Merlín, si no se equivocaba, o alguno de sus subalternos. A cambio, seguramente el rey Bade aceptó que Arturo estuviera prisionero en la jaula de huesos y, si ese rey se empeñaba en resistir, lo devolvería a su prisión. Entre Merlín, Arturo y aquel rey Bade, fuera quien fuese, no podía estallar más que la guerra.



CAPÍTULO 17

Podéis imaginaros un río que fluye por medio del cielo? Pues por el que navegábamos el dragón y yo era así. Nubes traspasadas por rayos de sol flotaban a nuestro alrededor y más bajas. Formas magníficas de un blanco cristalino, violeta, amatista, dorado y todas las tonalidades del azul, con los bordes ribeteados de color sangre, como cuando se pone el sol.

Más cerca de la tierra oía y olía las tormentas: el clamor del trueno, el silencio entrecortado que seguía al relámpago, y el rugido del aire precipitándose hacia el vacío que provoca la salvaje descarga. Maeniel me había hablado de este lugar. Aquí no amanece ni llega el crepúsculo, pues la luz proviene de los dos. Las montañas de vapor ocultan el horizonte, espectros de niebla te mojan la piel y los pájaros pasan volando a tu lado. Halcones, águilas, cisnes y ocas dominan las grandes alturas.

Navegábamos entre nubes frías y oscuras y, al otro lado, flotaban las incipientes tormentas esplendorosas sobre nosotros, rodeándonos por todas partes, resplandecientes con todos los colores del arco iris bajo los rayos del sol. Flotábamos sobre las olas entre ellos, olas o agua, no sabría decirlo. A veces entrábamos en salones recubiertos de columnas, cubiertos por un techo de nubes de tormenta, el suelo bajo ellas, mientras el centro de una docena de soles reflejaba el sol que danzaba sobre las formas siempre cambiantes que nos rodeaban, trazando con su presencia las maravillas del día. Desde el amanecer hasta el crepúsculo, los regalos de Dios. Cada uno. Perfecto y único.

—¿Adónde vamos? —pregunté al dragón.

—No lo sé.

—¿Y cómo llegaremos a nuestro destino, sea cual sea?

—No tengo ni idea.

Un momento después, se me metieron en un ojo unas gotas de agua. Cuando acabé de frotármelo, vi la costa de Cornualles. Sin embargo, estábamos muy lejos del castillo de Tintagel.

No había terminado de soltar el aire de un profundo suspiro de alivio, cuando me di cuenta de que me hacían señales desde la playa... y vi a mi familia. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que los quería, ni tenía la más mínima idea de lo que los había echado de menos.

El dragón giró y nadó hacia ellos. Yo no le resultaba especialmente simpática.

—Deja de lloriquear —me dijo con brusquedad—. Durante todo este largo viaje,

y debería añadir accidentado, te has mantenido serena, con la cabeza clara, valiente y astuta. Y ahora ves a tu familia y cubres mis delicadas orejas de mocos y lágrimas. Cálmate.

Como no era humano, continuó:

—No había tenido la experiencia de haber llevado a su casa a alguien que libremente ha ingerido un estupefaciente de algún tipo, pero tengo la sensación de que pronto tendré el gusto de saber cómo es. No me cabe la menor duda de que todos los de mi especie y yo seremos los culpables de todas tus aventuras y desventuras a ojos de ese viejo gruñón de Dugald. No tienes que agravar mi problema poniéndote en este estado justo cuando llegamos. ¡Haz un esfuerzo por calmarte y hazlo ya!

»Fui nombrado tu guardián y tu compañero —prosiguió—. No, repito, no me compliques más la vida, pues mi tarea ya es de por sí bastante complicada.

El dragón tenía razón. La discusión empezó en cuanto llegamos a la playa. Supongo que para eso están las familias.

¿Dónde había estado? Bueno, Tintagel era uno de los lugares. A partir de ahí, no estaba muy segura.

¿Y cómo había llegado a los sitios donde había estado? No tenía la más mínima idea.

Dugald, furioso, echó la culpa al dragón, a toda su especie y demás especies similares. El dragón mostró sus dientes impresionantes e hizo lo que mejor sabía, amenazar a Dugald con merendárselo si seguía acusándolo. Y como el dragón no flotaba muy lejos de la orilla, manteniéndose en el mismo sitio con suaves movimientos de sus aletas y la cola, la amenaza surtió su efecto.

Kyra me abrazó, y era agradable estar entre sus brazos de nuevo, fingiendo por un momento que seguía siendo una niña. El Vigilante Gris me besó en la frente, pero Zarpa Negra me miró con resentimiento.

—Hasta hueles mal —me dijo.

Dugald se distrajo un momento de su discusión con el dragón.

—¡Eh! ¿Qué? —preguntó.

—¡Cállate! —espeté a Zarpa Negra—. ¡Cállate!

—Sssh —susurró Kyra, apretándome la cabeza sobre su pecho—. Vosotros, los hombres, preparad un baño ahora mismo —ordenó—. Y tú, viejo tonto —se volvió hacia Dugald—, deja de cotorrear con tus superiores. Puede que ellos sé la llevaran, pero la trajo de vuelta sana y salva.

»Y en cuanto a ti, te llames como te llames... —añadió señalando al dragón—. Haz algo útil y pesca unos cuantos peces para la cena. ¿Me oyes? Pues en marcha. De todos modos Dugald no sería precisamente un manjar para un dragón, es demasiado viejo y correoso.

Dugald parecía enfadado.

—Mira, mujer... —empezó a decir.

El Vigilante Gris lo cogió por el brazo.

—Vamos a preparar el baño. Gray y yo te ayudaremos.

—¿Gray está aquí? —le pregunté a Kyra—. ¿Por qué no está en casa?

—No tenemos casa —contestó Zarpa Negra con tristeza.

—Chitón —ordenó Kyra mientras se alejaba conmigo.

No sé a quién de los dos iba dirigida la orden, porque a ambos los miró con frialdad.

Zarpa Negra se escabulló. Yo seguí a Kyra, pensando que estaba más que preparada para darme un baño. No porque oliera mal, sino porque estaba experimentado algo nuevo... calambres.

Me empecé a sentir mejor cuando el calor comenzó a sacarme el frío de los huesos mientras el vaho nos envolvía. Me había puesto un trozo de lino, pero ya estaba empapado. Observé la sangre saliendo y bajándome por los muslos.

—Parece que he dejado de ser una niña:

—Sssh —dijo Kyra echando más agua sobre las piedras—. Eres y seguirás siendo siempre la niña de mi corazón. Mi primer consuelo tras perder todo lo que tenía. Si alguna vez fui dura o desagradable contigo durante estos años, lo siento. Es difícil perderlo todo y volver a abrir el corazón para amar. Pero contigo lo hice. —Me besó en la frente y empezó a desenredarme el pelo.

—Nunca has sido desagradable conmigo —le dije—. He tenido mucha suerte. Te tengo a ti, al Vigilante Gris, a Dugald, a Zarpa Negra y a madre. Durante un tiempo di por hecho que todos me querían. Pero después de conocer a Merlín y a Igrane me di cuenta de lo afortunada que había sido. Ellos, par de víboras, son todo lo que él tiene.

—¿Él, quién?

—Arturo.

—¿Así que has conocido al joven rey?

—Sí —respondí levantando la vista para mirarla, y ella retrocedió y se encontró con mi mirada—. Él es mi destino.

Kyra parecía preocupada, muy preocupada.

—¿Estás segura?

—Ella lo dijo.

—¡Ah! —Kyra suspiró y después se sentó a mi lado en el banco.

Seguía siendo hermosa, mi Kyra, aunque empezaban a aparecerle algunas canas. Pero la figura no se le había estropeado, y conservaba sus caderas anchas y un pecho generoso y terso sobre la cintura estrecha.

Como ya dije, estaba tatuada como todos los miembros del pueblo de los pintados, con enredaderas y flores similares a los diseños que representan todos nuestros tapices celtas, testimonio de que el mundo es uno. Pero, después de unirse a nosotros, ella había añadido una víbora entre las flores que la cubrían. Sus tatuajes eran rojos, negros y azules.

—Mira —dije, golpeándome con fuerza el brazo.

La armadura verde me cubrió la piel.

Kyra pegó un grito y se puso de pie de un salto.

—¿Qué te ha pasado? Estás tatuada como yo. Pero hacen falta meses para hacer esos tatuajes. No has tenido tanto tiempo, ¿y cómo has logrado ocultarlos?

—No, tonta, es una armadura. ¿Lo ves? —dijo, y cogí una rama que ardía en el fuego.

Kyra me miraba sobrecogida. Yo estaba desnuda, pero al mismo tiempo cubierta por la armadura mágica que relucía con la luz del fuego.

Volví a tirar la rama al fuego. La armadura no era perfecta. Después de unos minutos el calor de las llamas había empezado a traspasar mi protección.

—Así que ella ha hecho lo que Dugald pensaba —dijo Kyra.

—¿El qué?

—Tu madre —susurró Kyra—. Dugald juró que había yacido con Sidhe. Y era verdad.

Guardé silencio un momento. Las espirales, los meandros de mi piel se desdibujaron. No, no había atado todos los cabos. Pero... me reconocí un escalofrío.

—Parecían hombres. Creí que eran irlandeses, drui... Primero me parecieron feos, sucios y borrachos. Pero cuando me acerqué su aspecto era otro.

Kyra asintió.

—Se mostraban como querían. Unos rufianes borrachos para los ojos de Merlín e Igrane.

—Querían avergonzarme, hacerme sumisa como un perro. Tenían a los señores de Sidhe en sus manos, o eso parecía —dije, viéndolo todo claro por primera vez.

—Seguramente también era una prueba para ti. Esperaban que tú, señora mía, les dieras la espalda. Ya veo que no fue así.

—No; no fue así. Cuando me acerqué a ellos, vi lo que eran en realidad. Uno de ellos, el que dijo que era mi padre, hizo una puntualización más tarde que me pareció que ponía en entredicho la honra de mi madre. Y les leí la cartilla.

Kyra apartó la vista de mí.

—La honra como la entendemos los humanos no tiene ningún sentido para ellos. No saben nada de celos o arrepentimientos. Nuestras leyes no tienen lógica para ellos. Ellos tienen sus propias costumbres, no son como las nuestras.

—Dijo que ella había tenido... más de uno.

—Espero que ninguno te tentara.

Me quedé sorprendida. ¿Había sentido el poderoso magnetismo de aquellos hombres vigorosos? La respuesta era sí, sí y sí. Pero todavía me protegía mi niñez. Si nos volviéramos a encontrar...

Kyra me levantó y me cogió por los hombros, con tanta fuerza que la armadura se levantó. Me sacudió con suavidad.

—Escúchame, niña, y escúchame atentamente. Amarlos significa... la muerte. Tu madre se sacrificó para traerte al mundo. Entregó su propia vida voluntariamente en el fuego de los dioses, el altar de fuego. Tu padre o no, él, el jefe que te engendró,

yacería contigo sin dudarlo si tú se lo propusieras.

—No estaban muy seguros de cuál de ellos era mi padre.

—No me sorprende nada. No resulta fácil a la carne mortal mezclarse con la inmortal. No hay duda de que tendría que intentarlo varias veces antes de quedarse embarazada. Sácatelos de la cabeza. Escúchame bien, a partir de este momento nunca jamás mires a alguno de ellos con deseo. Supone un gran peligro para ti. Porque en ti hay una parte como ellos y puede intentar arrastrarte a... a casa.

Me encogí de hombros y sonreí al rostro asustado de Kyra.

—Me dijeron que era el vivo retrato de mi madre. Y además es a Arturo a quien yo deseo. Y, como ya te dije, ella dijo que él era mi destino. Creo que soy bastante humana. Además, puede que no todos los que pasaran por la cama de mi madre fuesen dioses. Parece más probable que yo naciera de la semilla de algún mortal valiente, lo suficientemente audaz para intentarlo.

De hecho, estaba bastante asustada por todas esas indiscreciones sobre los dioses, los Sidhe, que vete a saber qué eran. Los cristianos dicen que los Sidhe no son dioses, sino héroes, a los que se puede «honrar» pero no adorar. La obra maestra del autoengaño. Estaba claro que los irlandeses querían al nuevo Dios, pero no querían abandonar a los antiguos. Así que se comprometieron y mantuvieron a ambos. No es broma. Está claro que los romanos hicieron lo mismo. Incluían en la religión cristiana todo lo que pudieron revivir y relacionar de refilón (y no fue poco), así que todavía tienen a los antiguos dioses y al nuevo.

Aunque Dugald insiste en que todo encaja, no es verdad. A mí me sorprende que no se haya caído todo abajo a causa de sus propias contradicciones internas. Sin embargo, dada la poderosa capacidad de los humanos para el autoengaño, una ceguera voluntaria permite a nuestras iglesias sobrevivir durante siglos, a veces haciendo el bien, otras causando grandes males; y seguramente sólo el mismo Dios puede percibir la diferencia.

Decidí que yo misma me dejaría llevar por un poco de autoengaño. No me gustaba la expresión de su rostro. Me recordaba a una gallina que acaba de descubrir que entre sus huevos hay un halcón.

Zarpa Negra y yo hicimos eso una vez, cuando éramos más pequeños, simplemente para ver lo que hacía la gallina. Maeniel se enfadó muchísimo, sobre todo cuando Zarpa Negra admitió que había sido idea suya. Maeniel dijo que había sido algo muy irresponsable y cruel para la gallina y el halcón, y que los humanos eran crueles por naturaleza. Después nos castigó a cuidar del halcón recién nacido hasta que le salieron las plumas.

Entonces descubrimos que teníamos que enseñarle a cazar. Éramos un manojo de nervios cuando acabó por echar a volar para unirse a los de su especie. Maeniel dijo que nos lo merecíamos.

En fin, Kyra empezaba a recordarme demasiado a aquella gallina. Así que la abracé y le dije que estaba segura de lo que había pasado: algún tunante fue tan

persuasivo que logró convencer a mi madre de que era un Sidhe y de ahí salí yo. O más bien me sacaron.

Después volví a sentarme e intenté descubrir lo que había pasado después de que los dragones me alejaran de Tintagel. Kyra me había preparado un mejunje para calmar los calambres. Fui recuperándome de la sensación de agotamiento de los primeros días, y me sentí mejor.

—¿Qué es todo eso de que no tenemos casa?

Kyra levantó las manos.

—Todo fue culpa de ese imbécil de Bain. Esperaba entrar en gracia con el archidruida.

—Como si Merlín fuese a mirarlo dos veces.

—Sí. Pero intentó capturarnos y llevarnos él mismo ante Merlín. Lo que no se había planeado era lo que haríamos nosotros entre tanto. Sea como sea, la cosa fue que encontró unos pocos espíritus tan insensatos como el suyo y planearon sorprendernos una noche mientras dormíamos. Pero ese hermano tuyo había decidido pasar la noche pescando y se había escabullido cuando todos nos habíamos dormido y con forma de lobo, fue al mar.

»Debía de estar escrito —continuó—, pues se topó con Bain y compañía avanzando sigilosamente por el bosque. Zarpa Negra nos contó que los habríamos oído llegar, pues lo de sigilosamente era sólo un propósito, y hacían tanto ruido que habrían despertado hasta a los muertos. El muchacho se lo tomó como un chiste, pero Dugald no.

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—Seguro que se enfureció.

—Decir eso es poco. Fue mucho peor. Zarpa Negra despertó a Maeniel, y él nos despertó al resto. Dugald estaba fuera de sí. Se vistió, cogió su bastón y les envió el druida de las brumas. Nunca llegaron a la casa.

El druida de las brumas es un castigo terrible. Tengo que explicároslo antes de seguir con la historia. Todos tenemos pesadillas sobre perdernos o ser incapaces de terminar una importante tarea de la que somos responsables. El druida de las brumas es la pesadilla hecha realidad.

Bain y sus compañeros se encontraron vagando por el bosque sin poder avanzar o retroceder. La víctima de las brumas se agota a sí misma intentando escapar y, como el que se enfrenta a las arenas movedizas, su lucha sólo consigue hundirle más. Con el tiempo, el hambre y la sed se convierten en una tortura, después llega el frío, porque, tal y como se dice, entre las brumas no existe el sol. Los manantiales están secos y los ríos se detienen. La víctima pierde el rumbo una y otra vez, perdido, hasta que se desespera y cae en garras de la congelación y el agotamiento.

—Dios mío... —murmuré—. ¿Y qué pasó?

—Pues el día siguiente llegó Dunnel suplicando misericordia a Dugald. Dijo que no sabía lo que había planeado Bain. Pero el muchacho era su yerno. Dugald le

respondió que, teniendo en cuenta las marcas que su hija tenía en la cara, marcas que todos veían, no sólo él, debería alegrarse de haberse librado de él.

»Dunnel se fue furioso y desesperado —prosiguió Kyra—. Entonces vino la mujer de Bain, con su bebé al pecho, tengo que añadir. Suplicó a Dugald que perdonase al padre del pequeño. No tuvo más suerte con ese viejo cascarrabias que tiene un humor de mil demonios. Y se fue llorando, como si le hubiera roto el corazón.

—No. Eso no es nada bueno. Debería haber...

Kyra levantó una mano.

—Al final vino Gray. Estaba enfadado, y dijo que las cosas se estaban poniendo serias. Añadió que si el joven moría, Dunnel era familia suya y tenía la obligación de vengarlo. ¿Es que Dugald era tan tonto como para provocar una enemistad de sangre por una escoria como Bain? Todos nos pusimos de parte de Gray, y al final Dugald cedió. Y todo el grupo salió de entre las brumas y llegó a la playa esa misma tarde.

—¡Dios mío!

—Todavía no sabes ni la mitad. Dos o tres de los hombres rozaban la locura, entre ellos Bain. El resto, medio muertos a causa del miedo, el hambre y la sed.

—Eso provocó resentimientos.

—Así es. —Kyra se echó hacia atrás, con las manos sobre las rodillas y los ojos cerrados—. El pueblo no es muy grande. Si tienes un problema con alguien, el rumor se extiende rápidamente. La gente se pone del lado de unos u otros. Aunque la mayoría seguramente simpatizaba con Dugald, lo que había hecho les daba miedo. Lo habían tomado por un hombre sabio y tranquilo, con el que se podía contar si surgían problemas. Pero les había mostrado los dientes.

Kyra sacudió la cabeza.

—No podemos volver. Han pasado demasiadas cosas. Asentí.

—¿Y ahora qué?

El fuego casi se había extinguido y ya no había vapor. Empezábamos a sentir el frío del atardecer. Kyra no me respondió hasta que me hube vestido y salimos del baño. Tenía su ropa, pero me puse mis viejos pantalones de piel de ciervo y una camisa blanca.

El Vigilante Gris había puesto una mesa en un claro con forma de arco bajo los árboles. Había un jabalí sobre el fuego, muchos peces frescos cocinados con algas, pan recién hecho, mantequilla y un queso curado.

Pregunté a Kyra cómo habían conseguido la leche y me respondió que hacían trueques.

Claro. Zarpa Negra y Maeniel eran unos excelentes cazadores.

Aunque no estuviera del todo contenta con Zarpa Negra, seguía queriendo su compañía. Así que trepamos por el terraplén cubierto de hierba verde que rodeaba el claro hasta que llegamos a lo más alto. Desde allí podíamos observar al resto y se veía la costa, más allá del bosque. El dragón seguía flotando entre las olas, con la

cabeza vuelta hacia atrás como un pájaro.

Intenté contarle a Zarpa Negra todo lo que me había pasado, pero cuando me oyó mencionar a Arturo se enfadó mucho.

—Ahora ya conoces a un rey. ¿Y qué piensas?

Recordé la mirada de Arturo sobre mí, en la terraza, cerca de las habitaciones de su madre. Me había acariciado.

—Era maravilloso.

—Y supongo que yo no soy tan maravilloso.

Le di un codazo en las costillas. No me lo podía creer. Estaba celoso. Me encantaba.

—Sí, tú eres maravilloso. Pero no...

Me eché un poco hacia atrás para observarlo, y me di cuenta de que estaba alcanzando la madurez. Era tan alto como yo ahora, pero huesudo y desgarrado.

—Pero no tan guapo como él.

Me arrepentí en cuanto lo dije. Vi que mis palabras le habían hecho mucho daño. Pero antes de que pudiera disculparme, él me contestó:

—No sé si puedo creerte. Gray dice que no se puede confiar en las mujeres. En ninguna.

Me sentí un poco ofendida.

—¿Por qué no?

Zarpa Negra sonrió.

—¿Cómo te vas a fiar de algo que sangra durante una semana y no se muere?

Piqué como una inocente, pero me hice respetar. No se dio cuenta de lo que le venía encima.

Mi puño izquierdo.

Entró en contacto con un lado de su mandíbula un segundo después. La armadura me ayudó, por supuesto, y también la fuerza extra que la señora había dado a mi brazo derecho. Supe que le había hecho daño cuando se convirtió en lobo en el aire y aterrizó sin pantalones sobre un montículo que había al pie del terraplén. La túnica era lo suficientemente larga para cubrirle, así que guardaba el pudor.

Pegó un aullido y se levantó tambaleante, en posición para escalar el terraplén e ir a por mí. Nuestras miradas se encontraron, y se hizo patente su madurez. Ya era tan grande como su padre, y aunque siguiera siendo desgarrado y un poco huesudo, tenía unos músculos poderosos y como todos los lobos, era muy veloz. Estaba camino de convertirse en un peligroso guerrero, y yo sabía que me había buscado un buen problema atacándolo por sorpresa.

Pero no estábamos solos, y yo era la mujer que amaba. Lo supe en cuanto vi desaparecer la cólera de sus ojos. Me quería mucho y siempre lo haría. Y de muchas maneras: como amigo, como hermano, como compañero y finalmente como mujer. Comprendí todo esto en el momento en que se detuvo el tiempo y estuvimos solos. Antes de que el presente se apresurara a enfrentarnos.

Él estaba pensando en volver a lo alto del terraplén y enseñarme un par de cosas sobre pegarle un puñetazo sin previo aviso. Habría una refriega, de acuerdo, pero no nos haríamos daño. Y descubriríamos cómo se sentían nuestros cuerpos.

Eso estaría bien. Sí, y no nos haría ningún bien a ninguno de los dos.

En el salón de Tintagel había intercambiado promesas con el rey. Y ella había dicho que yo sería reina. O más a menos eso cuando me dijo que él era mi destino. Me había conmocionado descubrir su amor, una complicación con la que no había contado.

Pero entonces Maeniel cogió a su hijo por el brazo y lo arrastró por el camino del honor. Y todos me miraban, sobre el terraplén, como si me hubiese convertido en un toro salvaje, con cuernos y todo.

Tenía el pelo suelto, lo sentía sobre la espalda. La armadura verde relucía sobre mi piel. Todos me miraban del mismo modo que había hecho Kyra en el baño.

Anna, la mujer de Gray, hizo la señal de la cruz. Gray me miraba con la boca abierta por la sorpresa. Maeniel, con la mano de la recapitación sobre su hijo, me evaluaba con la mirada. El único que no parecía sorprendido era Dugald.

—Baja —me dijo—. Toma algo de carne.

Después, de repente, añadió:

—La feria de Beltane, la feria de Beltane, ya lo veo. Maeniel, habla con tu hijo.

—No cantes victoria tan pronto, viejo —dijo Maeniel—. No sabes lo que presagia esto.

—Puede que él no, pero yo sí —dijo Kyra—. Dugald tiene razón. Se casará con un rey e, incluso antes de eso, será reina.



Por la noche dormí con Kyra, como siempre había hecho. Nos alejamos un poco de los hombres, hacia la playa, desde donde podíamos contemplar las estrellas. Después de su afirmación de por la tarde, nadie había cuestionado las palabras de Kyra. Maeniel había llevado a Zarpa Negra a un aparte. Él volvía a ser un muchacho, y podríamos fingir que no había pasado nada.

—Antes esas cosas le parecían divertidas —se quejó a Maeniel.

—Es evidente que las cosas han cambiado —le contestó Maeniel mientras caminaban juntos—. Está muy susceptible respecto a algunos cambios que se están produciendo...

Y eso fue todo lo que pude oír, porque se internaron juntos en el bosque. Los demás nos sentamos a la mesa a comer. No hubo más peleas, y cuando se hizo de noche, todos fuimos a buscar un lugar donde dormir.

Yo estaba desvelada. Tenía muchas cosas en las que pensar. Kyra había dicho que me convertiría en reina antes incluso de casarme con un rey, y me preguntaba cómo sería posible. Después pensé sobre la pelea que había tenido con Zarpa Negra.

Recordé lo que había dicho, y tenía razón. Era divertido. También tenía razón en otra cosa. Hacía tiempo me habría echado a reír. Y me reí en ese momento, pero por el momento mi recién estrenada condición de mujer era una carga demasiado pesada. Así que me sentí mal y decidí hacer las paces, cuando oí unos ruidos muy débiles entre la maleza que rodeaba el lugar en el que yo y Kyra dormíamos. Me di cuenta de que los ruidos eran intencionados, y seguramente era Zarpa Negra el que los hacía, en un intento de hablar conmigo.

Aparté las mantas y gateé en silencio hacia donde provenían los ruidos. Percibí su olor: a humo, a pan caliente, a juventud y al almizcle masculino. No sé describirlo. Pero en mis recuerdos más antiguos, él ya tenía ese olor. La única diferencia es que se había hecho más fuerte, más fuerte que cuando nos separamos en el reino de Dis.

«Sí, yo soy una mujer y él se está convirtiendo en un hombre», pensé.

Sus brazos se extendieron hacia mí.

—Lo siento —susurró.

—Yo también. —Solté una risita nerviosa.

Era gracioso.

Entonces nos besamos. Era cariñoso, pero vacilante. Entré en calor entre sus brazos, y por un momento entendí todos los contoneos y suspiros de las parejas que habíamos visto haciendo el amor.

A él le pasó lo mismo, pues sentí su sorpresa y después la urgencia cuando su miembro reaccionó ante mi cuerpo apretado al suyo. Los dos estábamos vestidos. Yo todavía llevaba mis pantalones, y él también. Pero se metió entre mis muslos, duro.

Interrumpí el beso y eché la cabeza hacia atrás. No para escapar de él, no quería. Sino para concentrarme del todo en lo que pasaba por debajo.

Apreté los muslos contra su miembro. Bajo la luz de las estrellas vi que abría la boca. Como un lobo, no emitió sonido alguno, pero sentí que su cuerpo se ponía rígido.

La fuerza de su abrazo era tal que me hacía daño. Sentía las costillas aprisionadas, pero no me importaba. Si era así, podía hacerme todo el daño que quisiera. Si era así, podía hacerme daño toda la noche.

En ese mismo momento, sentí que le clavaba las uñas en los hombros y en la espalda. Un segundo después caíamos sobre el montón de hojas secas en el que estábamos, aferrados el uno al otro, devorados por un hambre despiadada. Me sentía como arrastrada por la resaca. Había estado nadando entre aguas quietas pensando que el mar estaba tranquilo, y de repente las olas me alzaban hacia el cielo y me hundían. Estaba indefensa en la vorágine.

Las llamas que se interpusieron entre nosotros nos quemaron, cegaron y aterrorizaron. Kyra nos separó con un tronco prendido de la hoguera. Nos separamos para escapar del fuego, y segundos después nos poníamos de pie de un salto, caminando con dificultad por el bosque.

Yo me levanté de un salto y corrí hacia la cama, corrí, dando palmadas sobre las

ascuas prendidas en mi camisa. Vi de refilón a Zarpa Negra, con la camisa ardiendo, toda chamuscada, pegado contra el tronco de un pino alto, retorcido, sacudido por el viento, con los puños apretados y los ojos cerrados. Kyra se interponía entre nosotros, con el tronco ardiendo en la mano.

El Vigilante Gris salió de entre las sombras. Su mirada y la de Kyra se encontraron.

—Estaba claro que iba a acabar sucediendo —dijo él.

Kyra asintió.

—No sabía que las cosas habían llegado tan lejos.

Zarpa Negra se separó del árbol e intentó golpear con fuerza a su padre. El puñetazo golpeó con un gran chasquido la palma de la mano izquierda de Maeniel, mientras esquivaba a su hijo con la derecha.

Yo estaba llorando tan intensamente que apenas podía ver entre las lágrimas.

—¡Para, para! —dije a Zarpa Negra—. No ha hecho más que lo que tenía que hacer.

—Sí —dijo Kyra con suavidad—. Ya veo que vosotros dos no entendéis lo que ocurre entre vosotros.

—No —dijo Zarpa Negra—. Yo no. Sólo venía a disculparme y a preguntarle si quería pasar la noche pescando.

—La noche pescando, ¿eh? —repitió Kyra—. ¿Y qué esperabas pescar?

—No lo que conseguí. Sólo peces, Kyra, sólo peces —respondió con desaliento.

Ella sacudió la cabeza.

—Vaya par de inocentes, los dos. —Señaló la hoguera—. Vamos. Tenemos que hablar.

Zarpa Negra miró a su padre.

—Sí —dijo Maeniel—. Tú también.

Entonces volvió a desaparecer en la oscuridad. No podíamos mirarnos. Los dos nos sentamos ante el fuego. Kyra se unió a nosotros.

—Hubo un tiempo en el que los hombres obedecían a sus madres y el mundo era bueno.

Zarpa Negra parpadeó y la miró de mal humor.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Y vosotros os quedaréis con la boca cerrada y me escucharéis. Como iba diciendo, hubo un tiempo en el que las mujeres dirigían el mundo. En aquellos tiempos casi no había praderas y las tierras de labranza no existían. La gente iba de un lugar a otro, recogiendo las riquezas de la Tierra. En el agua, pescábamos. Entre los árboles, recogíamos bellotas y avellanas. Los dos sabéis que se puede hacer un pan muy bueno con ellas.

»Entre los árboles —continuó— cazábamos ciervos, alces y los uros salvajes. Todos los estómagos estaban satisfechos, y ningún hombre podía proclamarse mejor que los demás por tener una corona o por la familia de la que provenía. Cuando había

que tomar decisiones, se llamaba a los caminantes de sueños, y ellos leían el futuro y decían a la gente lo que había que hacer. Entonces, un día los sueños de una mujer se convirtieron en pesadillas.

Kyra se quedó callada un rato, y por primera vez me di cuenta de que se estaba haciendo vieja, y de que había envejecido entre nosotros.

—Era su deber ver el futuro, y lo vio con demasiada claridad. Vieron estrecharse las manos de los hombres para controlar lo que antes se daba libremente. Un hombre cultivaba un campo, veía madurar la cosecha y la recogía sólo para él. La mayoría lo entendió como algo positivo. Pero una adivina comprendió que, aunque fuera algo bueno al principio, acabaría convirtiéndose en algo negativo. Y que una vez tomaran ese camino, no habría vuelta atrás. Seríamos muchos. El gran entramado de nuestra alianza con la Tierra se había rasgado, y nuestras vidas se derramarían por el velo roto.

»Por eso ella y sus hermanas crearon un reino de mujeres —prosiguió Kyra—. El paraíso de las mujeres. Yo me eduqué allí. Scathatch y sus hermanas me enseñaron magia, lo que era la guerra y las leyes.

—¿Ese lugar es real? —preguntó Zarpa Negra.

—Tan real como la tierra sobre la que estamos sentados. Todos hemos oídos las historias de cómo las antiguas hechiceras vieron alzarse el mar y cubrir la tierra. Por eso ella guió a su pueblo hacia las montañas del norte, donde podrían encontrar su propio reino y mantener vivo el esplendor de las viejas costumbres.

—Allí la tierra es pobre —dijo Zarpa Negra—. Tenían buenos motivos para mantener sus viejas costumbres.

—Es verdad. Los tenían. Su forma de vida funcionaba. La mayoría de ellos vivía dignamente y en paz. En la Isla de las Mujeres se nos enseña cómo lograr que funcione, lo que tenemos que hacer.

—Guerra, ley y magia —dije.

—Sí. La guerra porque la envidia, la crueldad y la avaricia son universales. Es triste decirlo, pero es necesario defender las cosas buenas. Yo lo olvidé, y mi familia murió. La ley porque es necesario resolver las disputas y hacer justicia.

—Pero la magia, ésa es la tercera cosa —dije.

Kyra sonrió.

—Vosotros dos sois criaturas mágicas. La magia protege la vida del universo. Porque el universo tiene vida a su manera, y la vida y el significado son parte de ella, como el color es parte de la flor o los dedos parte de la mano.

»El que los dos seáis mágicos da mucha importancia a lo que hagáis —continuó—. Debéis escoger vuestras vidas. Ya llegó la hora. Lancé el tronco ardiendo entre los dos para daros la oportunidad de elegir antes de que os vierais arrastrados muy lejos por la corriente del deseo.

—Primero quiero saber qué errores son esos que crees que provocaron la muerte de tu familia —dije.

Los ojos de Kyra se volvieron hacia dentro.

—Es justo. La primera hechicera que vio inundarse la tierra y morir el buen orden del mundo pertenecía a una gran familia. Su linaje no desapareció. Yo lo sé, soy uno de ellos, y tú también, y tu madre, e incluso Merlín e Igrane. Está claro que el poder no se consagra al bien o, por el contrario, al mal. La tierra, el aire, el fuego y el agua son los componentes de todo. Los dos entendéis eso.

—Sí. Pero ¿en la práctica qué significa? —pregunté.

—En la práctica significa que nosotros los pintados tenemos la tradición de preparar a nuestros líderes y escogerlos entre aquellos que pensamos que desempeñarán mejor sus obligaciones. Yo fui una de las elegidas y me preparó la gran sacerdotisa, conocida como Scathatch, en la Isla de las Mujeres. Se nos necesita en tiempos de crisis para resolver cualquier problema que pueda surgir.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Zarpa Negra.

Kyra se quedó callada y pude oír el crepitar del fuego y el suspiro del viento entre los árboles.

—Ocurrió una gran catástrofe en el Pueblo del Mar. El linaje de la reina desapareció. Hubo una epidemia y las mujeres murieron, todas, un mal augurio. Llegó una delegación a la isla de Scathatch para descubrir qué hacer.

»Yo estaba muy orgullosa de mi aptitud para adivinar. Casi siempre podía señalar un modo de actuar productivo. De hecho, cuando la Scathatch me llamó, supe lo que sucedía sin que me lo dijeran. Veréis, había cinco mujeres: por eso nadie creía que pudiese desaparecer el linaje. Cuando el barco llegó al muelle, volví a la fortaleza. Vi a la primera mujer. Pensé que no era más que una niña. No lo sabía. Pasó a mi lado cuesta abajo. Entonces vi que sus piecitos no dejaban huellas sobre la arena mojada.

»La segunda se unió a mí en un recodo del camino. Miraba a un punto más allá del mar, pero podía ver a través de su cuerpo la piedra en la que estaba sentada. La tercera no era más que una sombra. Pude ver a la cuarta, pero ésta proyectaba dos sombras. Murieron juntas. La quinta estaba de pie al principio del camino, y me miró con ojos airados. Sólo ella habló. «Elige bien», me dijo.

»Me detuve, porque no quería traspasarla, pero cuando habló se desvaneció.

—¿Y lo hiciste? —pregunté—. ¿Escogiste bien?

—¡No! —respondió Kyra bruscamente—. No escogí bien. Por eso os estoy advirtiendo. Zarpa Negra no puede ser rey.

Por primera vez, Zarpa Negra y yo nos miramos.

—No —dijo él lentamente—. No puedo.

—¿Para eso te querían, para escoger un rey? —pregunté.

Kyra asintió.

—Ésa es la obligación del linaje real entre los pintados, elegir un rey. Y por eso tu madre yació con los señores de Sidhe y se condenó a sí misma a una muerte prematura; para que en ti no sólo hubiera la soberanía de la tierra, sino también la del

espíritu de todo un pueblo. En tu cuerpo llevas el don de la soberanía. Para ti, es un regalo de tu padre y el reconocimiento de su paternidad. Pero demuestra la legitimidad de tu exigencia a ser reconocida por derecho de sangre como la Doncella de las Flores del rey. Dime, ¿acaso le has prometido fidelidad al joven rey?

Me quedé callada. Después me volví y me encontré con la mirada de Zarpa Negra.

—Sí —respondí orgullosa.

Kyra se levantó y se alejó, saliendo de la zona alumbrada por la hoguera, y nos dejó solos.

—¿Por qué? —preguntó Zarpa Negra.

—Es mi otra mitad —respondí.

Ni siquiera ahora sé de dónde venían esas palabras, sólo sé que cuando las pronuncié, sentí muy profundo dentro de mí que eran ciertas.

—¿Qué querías que hiciese? —añadí.

La mirada de Zarpa Negra era fiera como la de un halcón o la de un lobo cazando.

—Ven conmigo —me dijo—. Podemos vivir y amar entre los humanos, entre los lobos o entre ambos. Seré un cazador conocido en todas las manadas y un gran guerrero entre los hombres. Lo sé. —Se golpeó el pecho con el puño—. Lo sé. Lo siento aquí.

—¿Eso es lo que quieres?

—¡Sí! Eso es todo lo que quiero excepto... tú.

—No puede ser. Y ya sabes por qué.

Los dos lo sabíamos.

—Vortigen está muerto desde hace cien años —dije—. Sin embargo tu padre, Maeniel, habló con él, fue a pedirle ayuda de parte de los bagandas. Creo que serás como tu padre.

—No —contestó poniéndose de pie—. No quiero ser un simple observador.

—Entonces busca la Isla de las Mujeres. Te enseñarán a convertirte en el más peligroso de los guerreros.

—¿Dónde está la Isla de las Mujeres?

—Al este del sol, al oeste de la luna. Sigue la costa y te llamarán.

De nuevo, no sabía de dónde procedían las palabras. Pero volví a sentir que eran importantes, y que era importante que las pronunciase. Me pregunté si formaba parte del don que me había dado, el poder de ver a veces en las almas de mis compañeros y aconsejarles correctamente.

Dudo que la primera reina de los hombres quisiera dejar su valle idílico y húmedo, donde ella y su pueblo cazaban en invierno y en verano permitían que las riquezas del mar les sonrieran, para viajar a los fríos peñascos donde ahora vivían. Pero ella sabía que la elección más fácil no era la más sabia, y por eso aceptó su destino.

Un segundo después, mi amigo, mi compañero de juegos, mi hermano había

desaparecido y frente a mí se alzaba un gran lobo gris. Me volví hacia él, con los ojos bañados de lágrimas. Me tocó la nariz con el hocico. Después desapareció.



CAPÍTULO 18

o lo encuentro —dijo Merlín a Igrane. Ella rió entre dientes.

—Ni se te ocurra —le dijo Merlin.

Igrane intentó, sin mucha fortuna, reprimir una sonrisa. Merlín la miró pausadamente. La magia de la hechicera había funcionado. Volvía a ser hermosa. Era una hermosura de constitución frágil: los senos no más grandes que manzanas maduras, coronados con cerezas. El estómago tan liso que era cóncavo, y se le notaban las costillas. Su piel era blanca como las gardenias, pues la protegía del sol con ungüentos, aceites y un poco de su propia magia. Tenía las piernas tan largas que a su lado el resto de mujeres parecían bajas, su sexo era una colina de rizos suaves.

Mientras la observaba, ella extendió las piernas ligeramente, enseñando un poco, sólo un poco, de carne rosada y cálida entre ellas.

—¡Tápate! —le ordenó, y apartó la mirada.

Se le dilataron las ventanas de la nariz, pero sabía que no podía permitirse ese lujo en aquel momento. Necesitaba toda su energía, todo su poder. Ella lo distraía. Siempre había sido así. Había ido de mal en peor desde que la había conocido.

Antes podía concentrar toda su energía en asuntos de estado. Había dominado la política de muchos reyes sucesivos y había defendido la base de su poder entre los grandes terratenientes de Britania. Los protegía a ellos y a sus propiedades.

Ahora parecía que aquel muchacho se le escurría entre los dedos. Él mismo había ayudado e instigado las torturas al pequeño, Arturo, pero se dio cuenta de que la mujer había llegado demasiado lejos. Su tendencia natural a la crueldad y la dominación la habían traicionado. Si hubiera resistido un poco más, habrían hecho del niño su esclavo, pero Igrane disfrutaba demasiado atormentándolo. No había tenido la discreción de frenarse o disimular su placer cuando el rey estaba presente, y éste la había descubierto.

Cuando Merlín llegó, ella tenía la mandíbula y un brazo rotos, y el pequeño ya no estaba. La había castigado, le gustaba castigarla. De hecho, antes de que pasara la noche, seguramente la castigaría de nuevo. Pero no llegaría a matarla. Podría, pero no lo haría. Y ella lo sabía.

Al notar verdadera ira en su voz, Igrane suspiró y se cubrió con una larga tela de seda.

—Creía que me habías dicho que no podría salir de la jaula. —Parecía irritada.

—Pensaba que era imposible —admitió Merlín—. Pero ha encontrado el valor

suficiente para descender por el precipicio.

—Nunca le faltó el valor —contestó ella sujetándose la tela—. Te dije que no lo menospreciaras. Todavía recuerdo su mirada cuando era niño. Parecía que, aunque estuviese chillando, cubierto de lágrimas y enredado entre la ropa, una parte de él estuviera lejos, sumando las ofensas y esperando el momento en que pudiese cobrárselas. Ojalá lo hubieses matado.

—Es tu hijo. —Merlín parecía un poco asustado.

—¿Y qué? —le dijo por encima del hombro.

Un poco más lejos, cerca de la terraza, sus mujeres esperaban como un ramillete de flores de colores intensos para peinarla y vestirla para la cena. Viéndola atravesar ondulante la habitación, una parte de la mente de Merlín consideró los placeres que le esperaban esa noche, mientras la otra meditaba sobre el problema del joven rey. En aquel reino la política había sido difícil desde antes que llegaran los romanos. En cierta manera, ellos no habían hecho más que agravar las dificultades.

Los romanos se habían interesado por las tierras llanas y fértiles de los alrededores de Londres. Esas ricas tierras de cultivo eran las que habían atraído al César. El botín que había obtenido de las tribus de la costa, los esclavos conseguidos por los negreros que lo seguían, y los tributos arrancados al resto del reino bastaban para pagar sus deudas en Roma y convertirlo en el primer emperador que no se dedicaba a más asuntos que gobernar. Cuando Claudio le sucedió y empezó a conquistar el reino, esta vez una conquista permanente, también fueron principalmente esas tierras del sur, cálidas, las que más le interesaron.

Pero para consternación de los romanos, cuanto más se aventuraban en las tierras, más duro se hacía el avance. La mayoría de esas dificultades nunca se consignó en las crónicas históricas que escribían. Pero las montañas de Cornualles y Gales eran más altas, los bosques más densos, las tribus más salvajes, más peligrosas y menos sumisas que las que habitaban las ricas costas. Aun así, seguía habiendo oro y plata que extraer de las minas y muchas tierras de labranza ricas para el cultivo, que trabajaban con facilidad los esclavos o los *coloni*, siervos medio libres, para sus nuevos señores. Proveniente de las zonas menos explotadas del reino, las pieles, el ámbar y los esclavos obtenidos del estado endémico de la guerra entre las tribus eran beneficios muy valiosos.

En general, la situación satisfacía a la nobleza romana. El levantamiento de Boudicca fue la primera señal de que las cosas no seguirían siendo así.

Las guarniciones romanas tuvieron suerte de poder aplastar el levantamiento antes de que la presencia romana desapareciera completamente. Pero a partir de entonces todo empezó a ir mal. Tal vez poco a poco, pero de todos modos tuvo lugar una erosión constante. Era necesario emplazar en la zona a seis legiones que protegiesen a los señores romano-britanos, y Gales nunca llegó a someterse del todo. Al final, después de muchas campañas violentas, las guarniciones romanas se contentaron con recaudar los tributos.

La Muralla de Adriano fue su último gran logro y la confesión de su fracaso. Los romanos se podían comparar con unos despiadados contables, y el balance final era que las conquistas tenían que pagar los gastos que habían generado. Era imposible que las legiones pudiesen obtener suficientes tierras ricas, plata, oro o esclavos valiosos que devolvieran la sangre y las riquezas que habían tenido que dedicar para acabar para siempre con la resistencia de los pueblos nativos.

En lo que sí triunfaron fue en dividir el reino en dos grupos: los pueblos que vivían de acuerdo con las costumbres que se practicaban desde tiempos inmemoriales y los señores romano-britanos civilizados, con sus esclavos oprimidos.

Los esclavos siempre tenían en mente el ejemplo de los hombres libres que resistían en las montañas de Gales y los pueblos antiguos de las tierras altas, cuyas exigencias de soberanía no se limitaban a la tierra de Britania, sino también a su vida religiosa. La reivindicación de ser los primeros creadores de la ley y el gobierno en toda la isla no se apoyaba en siglos, sino en milenios. Él no sabía si creer o no la historia que contaba de aquel pueblo se retiró a las montañas cuando el mar empezó a bullir el valle entre Inglaterra y Francia. La leyenda le parecía una tontería. Pero lo que sí sabía es que siempre terminaba perdiendo cuando se enfrentaba con sus reinas hechiceras y con sus brujos.

Como esa desgraciada que había humillado a Igrane y a él mismo.

Cuando los romanos se retiraron, había probado suerte con los señores romano-britanos. Dios, eran civilizados. Vivían en casas, leían libros, tenían modales en la mesa. ¿Qué tenían en común con él aquellos hombres y mujeres salvajes que recorrían los pantanos, los páramos, las montañas y los bosques más densos, cuyas cortas vidas transcurrían amando, luchando, comiendo, navegando, pescando en el profundo océano, cantando y contando historias?

Él amaba sus comodidades, era un entendido en mujeres, comida y vino, y obtenía lo mejor de cada cosa. Ellos dormían sobre el suelo, con pieles, rascándose los piojos. Y a veces soportaban dos hambrunas al año, una en primavera antes de que las ovejas parieran a los corderos y otra cerca del otoño, antes de que los cultivos estuvieran listos para la siega. Si él podía obtener lo que deseaba a expensas de otros, por qué preocuparse por ellos. De todas maneras, muchos de ellos eran inferiores, y era mejor que desaparecieran, como las hojas muertas arrastradas por el viento, o una gallina vieja que sólo sirve para el puchero.

Admiraba a los romanos. Llevaron a la isla la civilización, la ley y el orden. Y la conquista de esa muchedumbre borracha y alborotadora, que sometieron a sus órdenes, no podía ser más que algo positivo. En dos ocasiones el sur civilizado había intentado conquistar el norte bárbaro. En la segunda ocasión él se había «encargado» de la muerte de Vortigen y su poderoso druida, Vareen. Pero había fracasado. Los vénéto le habían traicionado al negarse a sustituir a las tropas sajonas dejadas atrás por las legiones, y se vio obligado a respaldar a un nuevo rey para detener el mayor caos que se recordaba, que amenazaba a los poderosos terratenientes del sur, sus

civilizados aliados.

Uther Pendragon era ese rey. Y ahora él, el archidruida de Britania, se enfrentaba a otra rebelión de su hijo, Arturo. ¡Igrane había torturado al muchacho! Aquello no había sido nada sensato, aunque Merlín estaba de acuerdo en que el pequeño habría acabado destrozado y sometido mediante esos medios. Tendría que haber envenenado a la mujer y haberse encargado él mismo de la educación del pequeño. Él sí entendía las herramientas más sutiles de controlar a los demás. Pero había caído en su propia trampa. Igrane era como una droga. Lujuria, así lo llamaban los romanos. El descenso a los placeres prohibidos. Sentía la tensión entre sus muslos con sólo pensarlo.

Las sirvientas estaban preparando una mesa para dos entre las flores de la terraza. Vino, vino traído de Roma en copas de cristal. Platos de cristal, oro y plata contendrían las frutas que las habitaciones de cristal de su morada producían con igual abundancia en verano que en invierno. Habría carne de venado, de jabalí, lechazos con fresas recogidas en las cumbres de Cornualles. Y para terminar, pastelitos con olor a azafrán y mirra.

Y más tarde, Igrane sería el postre. No podía esperar más.



Me pasé toda la noche llorando. Pero al amanecer, Kyra me obligó a recogerme el pelo y ponerme una túnica escarlata de seda bordada con hilos de oro, y unos pantalones de la misma tela. Tuvimos un debate breve y violento sobre el calzado.

—No te vas a poner esas cosas horribles —me dijo señalando las sandalias de piel áspera que me había hecho Talorcan.

—Ya verás como sí.

Kyra las cogió y su reacción fue como la de Igrane. Las soltó como si le ardieran en las manos.

—Dios mío —murmuró—. ¿De dónde demonios las has sacado?

—Del mismísimo infierno. Torc Trywth los hizo para mí. Su nombre es Talorcan. Se transforman según lo que lleve puesto o lo que esté haciendo.

Y así fue, aparecieron unas sandalias doradas con muchas cintas que me subían por las pantorrillas hasta justo debajo de las rodillas.

Después, todos (todos excepto Zarpa Negra, que se había ido), Kyra, Dugald, el Vigilante Gris, Gray, Anna y yo descendimos hasta el refugio de una cueva tranquila, donde aguardaba un barco. Farry era el capitán.

—¿Ahora tienes tu propio barco? —le pregunté, sorprendida de volver a verlo.

—Sí, y tú te has hecho tan hermosa como imaginé.

Le ofrecí la mejilla, pero sólo me besó en la mano.

—¿Tan formal? —le pregunté.

—La ocasión lo exige —respondió con gravedad.

A él también se le notaba mayor. Tenía una barba corta y rizada, y el pelo le

llegaba hasta los hombros. En general, tenía buen aspecto. Llevaba un manto de lana irlandesa muy bonito. El fondo era negro, pero tenía rayas azul claro, verde y rojo oscuro como el vino. Sólo nuestro pueblo sabe hacer esas cosas. Nunca vi que un griego, un romano o un oriental vistiera prendas de lana parecidas. Son uno de los objetos más rentables para los vénetos, el pueblo de Farry, que siguen exportándolo al este, donde es muy apreciado.

—¿Cuándo te has hecho con tu propio barco? —pregunté.

Farry enrojeció antes de contestar.

—Mi padre me lo dio cuando reconocí a mi primer hijo.

—Qué bien —dije, felicitándolo.

Me preguntaba cuántas esposas tendría en ese momento. Los vénetos, especialmente un capitán con barco propio, tienen muchas. Establecen lazos a lo largo de su ruta, y así se garantizan su seguridad cuando están en los puertos.

Por eso eran un pueblo tan influyente. Sí, César había matado a muchos de los que habían navegado por las costas francesas cuando destruyó Ohene, una ciudad de la costa de Bretaña. Como era un deshonor para ellos, los romanos siempre persiguieron a los comerciantes. Pero pocos eran los que se atrevían a enemistarse con ellos, pues resultaban muy útiles. Siempre hay cosas que incluso los más autosuficientes no pueden conseguir por sí mismos. Especias, telas, metales, gemas, marfil y, en algunas ocasiones, miel y sal; para conseguir todo eso teníamos que comerciar. Y el pueblo de Farry nos abastecía, a veces en grandes cantidades cuando se cernía una hambruna o la guerra aumentaba la necesidad de armas. Lo más conveniente era tener buenas relaciones con ellos.

—Estoy aquí para llevarte ante la gran asamblea de los pintados —me dijo—. Cuando haya acabado, saldremos hacia el norte.

Kyra asintió.

—¿Tan pronto? —pregunté.

Tenía los labios apretados.

—Cuanto antes, mejor.

—Si —dijo Farry.

Muchas transacciones estaban teniendo lugar a nuestro alrededor, tanto en la cubierta como en la playa. Mientras observaba, un herrero del pueblo llegó a un acuerdo sobre un montón de retales de metal y uno de los hombres de Farry empezó a meterlos en un saco para bajarlos a la playa. Sobre una alfombra que había cerca se amontonaban los paquetes de especias y viejas joyas revueltas. Por lo menos una docena de hombres y mujeres regateaban con la tripulación el precio de algún objeto.

Había vasijas de cerámica con miel y aceite, y un estante con ánforas de vino bajo un toldo, para que estuvieran a la sombra. Yo quería detenerme y mirarlo todo, pero Maeniel y Dugald me flanqueaban y me conducían con delicadeza pero firmemente entre los pequeños fardos de lino y seda, camino de un pabellón en la popa del barco.

—Tenemos asuntos importantes que resolver —dijo Dugald—. Cosas

importantes.

—Vamos, no sigas —dije—. Por lo menos podríais dejarme...

—¿Manosear todas esas baratijas? —me interrumpió Dugald—. No están a tu nivel. Tú vas a ser reina.

Farry reprimió una sonrisa.

Yo suspiré profundamente.

—He visto un anillo de plata muy bonito...

—Te lo compraré —dijo Maeniel—. Ahora, rápido. La señora está esperando. Por favor, capitán, sea lo que sea lo que quiera —terminó apremiándome.

—Tiene un ópalo, muy apropiado —dijo Farry, y se agachó para coger el anillo cuando pasamos por delante de la alfombra.

Maeniel deslizó el pesado anillo de plata por mi dedo.

—Es demasiado grande —dijo Kyra.

—Crecerá y le quedará bien —respondió Farry con confianza.

Me fijé en que el pabellón tenía una cortina que ocultaba a sus ocupantes de las miradas entrometidas de los clientes de Farry que se agrupaban delante del barco. La apartó y me llevó adentro.

Supe quién era en el mismo momento en que la vi. Él se parecía a su familia paterna.

Ella era una leyenda.

Morgana. Se decía que era la más poderosa de las hechiceras. Tan unida a su diosa que su cuerpo prácticamente albergaba a las dos.

Hice el ademán de arrodillarme, pero Dugald me apretó el brazo.

—Ni lo intentes —me susurró.

Y no lo hice.

—¿A quién debemos el honor? —preguntó Dugald.

Ella se adelantó. Me sorprendió que fuese vestida con tanta sencillez, hasta que me fijé en la delicadeza del brocado de seda de la dalmática y los pantalones de ante. Era un vestido de un azul intenso y opalino, y el estampado representaba alas de cuervos negros. El torques de oro puro que llevaba al cuello debía de pesar un kilo, al igual que el cinturón, de brillantes hematites negras, oro y ópalos auténticos.

Tenía el pelo rojizo, no rubio. Nunca antes había visto ese color, y no lo he vuelto a ver. Conocía... era como su nieto Cai. Corpulenta, pero de un modo que no sé explicar.

—¿Kyra? ¿Dugald? —preguntó mirándonos.

—¿Conoces a mis tutores? —pregunté.

—No veo nada especial en ti —me dijo directamente.

—Yo no sé lo que es.

—Sí, nada que te convierta en alguien para casarte con él. Me dijeron que le habías hecho una promesa.

—Yo creo era al revés. Él me hizo la promesa a mí.

—Intercambiasteis promesas —dijo Maeniel.

—Supongo que sí.

—¿Te arrepientes? —preguntó Morgana.

—No. Él es lo que quiero.

—¿Estás segura? —preguntó Maeniel.

Me di la vuelta y lo miré.

—Lo siento por Zarpa Negra, pero sí, sí, estoy segura.

—Muy bien —dijo Morgana—. Pero todo puede acabar en nada. Se ha ido.

—¡Ido! —exclamé, y di unos pasos hacia ella, alejándome de mi familia—. ¿Ido adónde?

—Merlín hizo alguna magia terrible y lo envió a las tierras de verano. Está en otro mundo. Un mundo del que la única manera de volver es la muerte.

Maeniel silbó y Magetsky se posó en la batayola del barco. La cuervo silbó e hizo la pedorreta que había aprendido.

—Estate en silencio —dije—. O haré que arda cada una de tus plumas. Si sabes algo de Arturo, dínoslo ahora.

—¿Y cómo nos lo dirá si se queda en silencio? No tengas tanta prisa por utilizar esa mano derecha tuya con tanto talento. Resérvala para cosas más serias —dijo Maeniel.

El pájaro picoteó la batayola y llamó con un mote a Maeniel. Después se dio la vuelta. Acertó de pleno en la cubierta, y lo que era peor, sobre la alfombra en la que estaba Morgana.

Maeniel le dio un manotazo y lo tiró hacia el agua, y el pájaro no pudo hacer todo el daño que pretendía. Pegó un grito.

—Pajarraco, hoy hay salchichas para cenar. Estate tranquila o no te daré nada —intervino Kyra.

Magetsky sobrevoló el barco y se posó donde había estado minutos antes. Se encorvó. Ahuecó las alas con expresión malhumorada.

—Salchichas —repitió Kyra.

Magetsky empezó a hablar a Maeniel. Había visto a Arturo en Tintagel, no hacía mucho, contó Maeniel a Morgana. Había estado curioseando por allí.

Maeniel miró al pájaro con expresión acusadora, no sé por qué.

—Es una criatura deshonesto y taimada —dijo Dugald con tono de superioridad moral.

Magetsky hizo más ruidos que parecían besos y una par de pedorretas húmedas dedicadas a Dugald.

—En cualquier caso —continuó Maeniel— dice que se alegra de ser un pájaro, porque su madre lo estaba atormentando con su belleza.

Los labios de Morgana se curvaron con una mueca de disgusto.

—Pero él... no, no repetiré eso en presencia de su familia —dijo Maeniel a Magetsky, que graznó estridentemente.

»Sea como sea —prosiguió Maeniel—, según el pájaro, Merlín entró en escena y el muchacho lo golpeó en... en... en... una zona muy sensible.

Morgana se echó a reír.

—Espero que lo inutilizara.

Maeniel siguió contando.

—El mago hizo magia y volvió a enviar al muchacho donde había estado hasta entonces.

Morgana tenía a un criado junto a ella.

—Pájaro, te lo agradezco. —Después se volvió hacia el sirviente—. Da al pájaro algo de lo que tengamos para comer. Esta información es mucho más útil que la comida. Merlín debe de tener una alianza con el rey Bade. De lo contrario, Arturo no podría ir y venir con tanta facilidad. Los dos han acordado mantenerlo prisionero.

Magetsky se pavoneó por la batayola hasta que el sirviente volvió con el cuenco de comida. Entonces bajó a cubierta y atacó la carne vorazmente.

Farry llevó cojines, y todos nos sentamos juntos sobre la alfombra y compartimos un poco de vino, pan y gachas.

—Esta situación es muy peligrosa —dijo Morgana—. Uther está furioso y se prepara para la guerra.

Dugald y Maeniel asintieron.

—Te encontré de esta manera porque tu amigo Farry aquí presente, me dijo que no me revelaría dónde estabas, porque según él Merlín te buscaba y tuviste que huir de las gentes del pueblo. Pero dijo que me traería, así que aquí estoy. Dime, muchacha, ¿de verdad os hicisteis esas promesas?

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó Dugald dándose mucha importancia.

Morgana parecía molesta.

—Si se comprometieron, tal vez pueda utilizarla para recuperarlo. El rey Bade de las tierras de verano no es un oponente cualquiera, y llegar hasta otro mundo no es fácil.

—No —respondí—. No, debe de serlo. Pero dime cómo...

Eso fue todo lo que pude decir, porque Dugald me interrumpió.

—Quédate callada. En este asunto, deberían ser tus mayores los que te aconsejen.

Kyra puso los ojos en blanco.

—Pero viejo, la muchacha ya sabe bastante sobre...

Ella tampoco pudo continuar, porque Magetsky había encontrado la oportunidad de ensañarse con Dugald. Lo odiaba con todas sus fuerzas desde aquel viaje a Irlanda. Pegó un salto rápidamente apartándose de la comida y clavó el pico en el muslo de Dugald.

Éste dejó escapar un aullido. Magetsky graznó con fuerza y se alejó con un «yrrrrrrrp». Echó a volar y se cernió sobre su cabeza.

Me puse de pie de un salto y la alejé de un manotazo. El pájaro dio otro chillido de rabia y me picó en la muñeca. La armadura se levantó cubriéndome todo el brazo.

En parte logró protegerme, pero de todos modos empezó a caerme sangre por el dorso de la mano. Era mi mano de fuego.

Magetsky sabía que había ido demasiado lejos. Dejó de luchar, agachó la cabeza y dijo «¡Yek!». Me observó con un ojo de ónix. Parecía muy asustada. Me sacudí presa de furia, y la armadura me cubrió todo el cuerpo.

—La verdad es que este habitante malvado de los aires no será una gran pérdida para el mundo —dijo Dugald.

Era curioso, antes la había amenazado sin intención de cumplir mis palabras. Ahora la asustaba sin intentar amenazarla. Doblé las piernas y me senté sobre el cojín, y puse a Magetsky de nuevo ante su cuenco.

—Come —le dije—. Y no me vuelvas a molestar durante lo que queda de tarde, por lo menos.

Magetsky colocó el cuenco entre las dos y volvió a su cena, tranquila, es todo lo que puedo decir, excepto cuando de vez en cuando me miraba con cautela.

—Creo que puedo hablar por mí misma —le dije a Dugald. Morgana asintió.

—No. No intercambiamos votos, pero me dijo que me quería. Y por lo que a mí respecta, yo le dije que... que... que sus atenciones eran muy bien recibidas.

Esta última frase sonó un poco forzada, pero no sabía cómo explicar a un distinguido desconocido que me temblaron las piernas cuando Arturo me rozó la mano.

—Así que hay un lazo.

—Sí —respondí—. Lo hay. No podría decir en qué medida fue algo nuestro o fue cosa... de los ocultos.

Morgana asintió, porque sabía a quién me refería. Jamás he conocido a alguien que no creyese en los ocultos, aunque les den nombres. De lo que no hay duda es de que los romanos creen en ellos y los griegos y los sajones, y mi pueblo. Los destinos, así se les llama, son sus sirvientes más antiguos, pero ni siquiera se sabe si ella los dirige.

—Dame la mano —dijo Morgana.

—¡No! —rugió Dugald.

—No —dijo Kyra—. Señora, con los debidos respetos...

—Sí —dije yo.

Los dos habían empezado a hablar a la vez, pero Maeniel alzó la mano.

—Es ella la que debe elegir —dijo—, al igual que anoche. Aunque ella hubiese elegido lo contrario, ninguno de nosotros habría podido intervenir.

Se quedaron en silencio.

Alargué los dos brazos hacia Morgana.

—¿Cuál de las dos? —le pregunté.

—La izquierda —me contestó sin vacilar—. Aunque pudiese creer lo contrario, ésa es la importante.

«Sí, con ella curé a Gray y reconforté a Talorcan», pensé.

Me levanté y me acerqué a ella. Apretamos con fuerza nuestras manos, una enfrente de la otra, nuestros dedos entrelazados. Su mano derecha unida a mi izquierda. Entonces dobló el codo, yo hice lo mismo, y nuestras manos se alzaron sobre nosotras, mi mano sobre mi corazón, la suya sobre el suyo.

Sentí el abismo. Dugald me había hablado de él. El abismo es la mayor barrera de la magia. Es la nada de la que todo proviene. Invocado de un modo incognoscible. Ésa es la cuestión, la pregunta constante y eterna, insoportable y sin respuesta: ¿por qué el todo?, ¿por qué la nada?

Si los hechiceros se quedan fascinados por la contemplación de esa pregunta durante demasiado tiempo, absorbe su poder y fracasan en aquello que estuviesen realizando.

«Aparta la vista, he descubierto que es la mejor manera de tratar este problema», me dijo.

«Dugald dice que hay que vencerlo», respondí.

«Un trabajo de enormes proporciones», me contestó. No hablábamos con palabras, ya sabéis. Reconocí el humor en su respuesta. «Hay quien puede decir que es imposible. ¡No! No es posible vencerlo. Los hombres ponen toda su confianza en la fuerza bruta. Yo he descubierto que simplemente evitarlo resulta mucho mejor. Ése es el peligro de tratar con Merlín. Él piensa como una mujer. Apenas distrajo a Uther un tiempo, y su red ya había caído sobre Arturo mientras no mirábamos. Sus estratagemas son infinitas y brillantes, pero su delicadeza hace suponer que sus poderes pueden debilitarse con el tiempo».

«¿De verdad?».

«Eso creo», respondió.

Intenté cerrar mi mente al abismo evocando el rostro de Arturo. Parecía muy fácil, enseguida me encontraba a su lado.

Acababa de hablar. Lo noté. La muchedumbre que lo rodeaba parecía asombrada ante sus palabras. Muchos lloraban. Otros permanecían en silencio, pero el brillo de sus ojos sugería que de sus almas había desaparecido un gran peso. Él no parecía interesado en lo que esos hombres y mujeres pensarán o sintieron, como si quisiese eludir su gratitud a toda costa.

Habló a un hombre armado que estaba junto a él.

—Se está haciendo tarde. Tenemos que cruzar el río. Si, como tú dices, este lugar se hace más peligroso al llegar la noche, no tenemos mucho tiempo.

Entonces se encaminó resuelto hacia el puente. Las mujeres volvieron a la orilla para seguir pescando. Los hombres siguieron a Arturo, que emprendió la marcha a la cabeza.

—La ley Balin, es importante. Pero el ganado es de lo que vivimos —dijo mientras caminaban.

—No intentes quitar importancia a lo que acabas de hacer —respondió un hombre de barba negra—. La idea de que no éramos hombres libres nos rondaba a todos.

Muchas de las cosas que pensamos de nosotros mismos están determinadas por lo que nos dicen los demás. Y durante toda nuestra vida nos dijeron que éramos esclavos y propiedad del rey Bade.

Noté que Arturo se sorprendía ante la agudeza de aquel hombre. Encarnó las cejas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Caradog Freichfras. Soy hijo de un señor, de uno de los tantos atrapados en los rastreos. ¿Te convertirás en nuestro rey y nos guiarás?

Arturo parecía incómodo.

—Tengo... —empezó a decir.

Se interrumpió porque ya habían pasado el puente y estaban entre los árboles. Habían llegado a un lugar desde el que se podía ver el ganado y mucho más allá del valle.

Oí la exclamación de Arturo, y no me sorprendió. Ya he vivido mucho, pero nunca antes ni después vi un paisaje tan hermoso. Cerca del río, un torrente de montaña caía por un precipicio, regando la primera pradera donde el ganado pastaba, unos animales marrón claro, con orejas, pezuñas y colas rojas. Más allá del prado, el río descendía sobre gigantescas rocas, hasta llegar a una segunda pradera que caía hacia un valle, soleado y vago en la lejanía.

—Dios mío —murmuró Arturo—, nunca antes había visto un lugar tan hermoso como éste. El reino del rey Bade.

Los campos estaban rodeados de montañas, pero no había cumbres inalcanzables cubiertas de nieve que se alzaran como cuchillos afilados en el cielo. Éstas eran elevaciones suaves de piedra oscura cubiertas por bosques antiquísimos de madera noble, que llegaban hasta las praderas abiertas del valle. La hierba larga y abundante le llegaba a Arturo hasta las rodillas, y se veía al ganado bien alimentado gracias a ella.

—¡El edén! —exclamó Arturo—. Antes de que Eva cogiera la manzana de la serpiente y se la diera a su amante.

—Es cierto, pero al fin y al cabo había una serpiente en el edén. Y aquí también la hay —respondió Balin, y señaló una torre oscura.

Lo primero que se le pasó a Arturo por la cabeza fue que eran unas ruinas. Pero no era así. Simplemente salía de la tierra como los soportes del puente. Los árboles crecían dentro de ella, y algunos hasta parecían formar parte de su estructura. Un roble de edad incalculable crecía junto a la base, y sus raíces, más que levantar el suelo de piedra (de grandes rocas, en realidad), parecían sostenerlo. Un sauce que había un poco más lejos formaba una cuenca con el tronco hueco, y gracias a él se regaban las enredaderas que florecían por todas partes entre las pequeñas piedras, que parecían de argamasa.

Una combinación de árboles y otras plantas cubrían una torre redonda que había cerca de la cascada, altísima. Desde ella se podían contemplar la cascada, el río y el

valle.

—Se dice que ella tiene tanto poder aquí como Bade —dijo Balin.

—¿Quién?

—La Reina de los Muertos.

—La Reina de los Muertos —repitió Arturo.

—Ella los controla —dijo Balin, señalando a los tres jinetes que cuidaban el ganado. Eran los tres hombres que Arturo había matado en el establo.

—Ella oyó las moscas, olió el hedor y los llamó —susurró Balin.

—¡Ah! Ya entiendo —respondió Arturo.

No entendía nada, estoy segura, pero hay que parecer seguro cuando eres el líder. Es tan fácil que el pánico atrape a un ejército como a un tropel de niños. O eso dice Maeniel. Expresé mis dudas al respecto cuando lo fijo. Pero incluso Dugald estaba de acuerdo con él, y no tuvieron uno de esos enconados debates.

Ésa es una de las razones por las que los romanos cosecharon tantos éxitos, la disciplina militar. Mantiene a los soldados en la buena dirección, obedeciendo las órdenes de sus oficiales.

Los tres pastores formaban un grupo espeluznante, del tono grisáceo que se ponen los cadáveres cuando no tienen sangre. La garganta de uno de ellos estaba cortada, y la habían vuelto a coser con un tendón; otro no tenía ojos, sólo una pasta rojiza en las cuencas vacías; el tercero tenía bastante buen aspecto, excepto por la herida terrible de la espalda. Los habían vaciado, y después vuelto a coser los vientres para que no se pudrieran tan rápido.

—Pueden hacer tareas fáciles —explicó Balin—, hasta que se descomponen y se caen a trozos. Habrá hombres cerca vigilándolos.

—Vayamos a buscar el... —empezó a decir Arturo.

El agua me dio de lleno en la cara. Grité, y la conexión entre Arturo y yo se rompió. Me encontré en la cubierta del barco, el sol dándome en el cuello, cegada por el diluvio que caía sobre mí.

—Estabas sumergiéndote demasiado —se quejó Dugald—, un poco más y te habrías visto arrastrada a... —hizo el signo de la cruz, y recordé que también era un sacerdote cristiano—... a sabe Dios qué.

Morgana estaba sentada en un cojín y parecía exhausta. Uno de los sirvientes me tendió una toalla, y me sequé el cuerpo y la cara. Morgana jadeaba como si acabara de correr una distancia muy larga, y yo también me sentía agotada.

—Se ha escapado de Bade y de Merlín —dije—, y es libre, aunque creo que está en peligro. Pues me parece que Bade lo considerará un huésped algo problemático, muy problemático.

Morgana todavía no había recuperado el habla, pero sonrió. Me di cuenta de que pensaba lo mismo que yo.

Volvimos a nuestro campamento sin decir a Morgana nuestros planes. Dijo que no quería saberlos. Y Maeniel y Dugald convinieron en que seguramente era lo mejor.

En el muelle Farry me besó en la mejilla a modo de momentánea despedida, y me dijo que lo mantuviera informado de mis movimientos. Para que así fuera, me regaló una caja con cuatro pájaros.

—Ya sabes cómo utilizarlos —me dijo.

Y sí que sabía. Es un viejo truco de los vénetos, una manera de que las personas alejadas se puedan comunicar rápidamente. Palomas mensajeras.

Entonces volvimos al campamento.

Esa noche me tumbé con las mantas cerca de Kyra, mirando las estrellas. Era raro que no pidiese dormir. La media copa de vino que había tomado prácticamente me había dejado fuera de combate, y me acosté casi en cuanto se puso el sol, lo cual no era mi costumbre. Normalmente, incluso estando en casa, nos acostábamos tarde.

A veces Kyra nos contaba una historia o Maeniel y Dugald discutían y debatían de cualquiera de las cosas del mundo en la que no se hubiesen puesto de acuerdo durante el día. Y pocas eran las veces en que se ponían de acuerdo. En vez de eso, cuando ya había anochecido, la discusión solía subir de tono y hacerse más acalorada, hasta que el Vigilante Gris se convertía en lobo y Dugald se iba muy ofendido a su cama, mascullando para sí.

Kyra, Zarpa Negra y yo participábamos, a veces de parte del lobo, otras de Dugald. Ahora Zarpa Negra se había ido y no sabía cuándo volvería a verlo, si es que lo hacía.

Pensando en él, sobre mi corazón se posó la sombra de la pena. Si hubiera podido, me habría gustado tenerlo siempre a mi lado como hermano y amigo. Pero eso no era posible, y no habría sido justo intentar retenerlo.

Giré sobre la espalda y me quedé mirando hacia las estrellas. La Osa Mayor brillaba en lo alto, y me acordé de que algunos llamaban a Arturo el Oso.

Dea Arto. La diosa de la montaña.

Kyra me dijo que era una diosa muy antigua. Hace mucho, cuando su pueblo huyó de la subida del mar y se dirigió a las tierras altas, le hicieron ofrendas de miel y aceite. Y también salmón en primavera, porque ésas eran las cosas que le gustaban a la diosa. Entre los siluros, los hombres sólo ofrecían salmón.

La sociedad del Oso es la más fiera y la más valiosa. Cuando luchaban, echaban a suertes quién iría a la batalla desnudo como ofrenda, y el que ganaba lo hacía. Los romanos pensaban que estábamos locos cuando nos veían luchar desnudos, y la verdad es que la mayoría de las veces no lo hacíamos. Pero aquéllos en los que caía el júbilo de la diosa de la guerra marchaban en la vanguardia desnudos como ofrenda, una ofrenda de sangre para las iracundas hijas de Dis, para que saciaran su sed y el resto pudiese salvarse.

Maeniel dice que no sirve de nada, y por una vez Dugald está de acuerdo. Pero los Osos todavía siguen esa antigua tradición, y se dice que ningún Oso murió nunca herido por la espalda. Dan igual las probabilidades, ellos siempre caen mirando hacia el enemigo. Si Arturo era un Oso, sería un hombre poderoso, certero, y el rey Bade

tendría sus manos ocupadas con él.

Cerré los ojos y debí de dormirme un rato, porque me despertó la voz del dragón. Estaba cantando una canción de las estrellas. Una de las canciones sobre las casas del cielo que aprendía el pueblo de Kyra para guiarse durante las horas de la noche, saber el día del año y el transcurso de los siglos.

Todos los pueblos conocen las casas del cielo, o eso me dijo Kyra, pero sólo los vénetos y los pintados saben las partes de las canciones que les permiten seguir el camino de las ballenas, muy lejos de la vista de la tierra, mirar al cielo de noche y seguir sabiendo dónde están. Las reinas del pueblo de Kyra se sientan en sus enormes salones, y cada una de ellas dirige una de las casas del universo y un mes del año. El dragón cantaba la casa del dragón.

Me levanté, me puse la túnica y caminé hacia la costa. El silencio era absoluto, excepto por el rugido del mar y la brisa jugando en la orilla. El dragón se deslizaba hacia delante y atrás sobre las aguas poco profundas, con las aletas como remos agitándose fosforescentes en el mar, formando estelas de fuego frío cuando golpeaban la superficie.

Se deslizaba como un cisne, con el cuello arqueado, la cabeza hacia abajo, una silueta negra contra el cielo repleto de estrellas. De un lado a otro en una pequeña bahía entre dos cabos rocosos.

Supe que notaba que lo estaba observando, aunque continuaba nadando y cantando mientras lo hacía. Comprendí que estaba haciendo magia. Preguntaba algo a los poderes todopoderosos.

¡Y yo era ese algo!

No me atreví a interrumpir su canción, porque sabía que sea lo que sea lo que dirige el universo lo estaba escuchando. Escuchándolo y respondiéndolo.

La canción del dragón es muy larga. Los dragones y los humanos no siempre se han llevado bien. Competían entre sí por los marrajos gigantes, las focas y las morsas, pero sobre todo por los salmones y las anguilas que suben los ríos a contracorriente para desovar. Más de una vez un grupo de humanos furiosos y egoístas eliminó a los dragones que recorrían la costa, y machacaban sus huevos y mataban a las crías e incluso a veces a las hembras que se quedaban a protegerlas. La canción hablaba de todas esas cosas, y me di cuenta de que estaba temblando, aunque la brisa del mar no fuese excesivamente fresca.

Finalmente el dragón terminó, se volvió y se deslizó hacia mí. Más que ver, sentí que Kyra se acercaba a mis espaldas.

—Vas al norte —dijo el dragón dirigiéndose más a ella que a mí—. Y tú, mujer de la realeza, la respaldarás en la morada de tu pueblo.

—Sí —respondió Kyra.

—La mitad de los asientos del salón del cielo están vacíos. Sólo se recuerdan las canciones —continuó el dragón—. En algunos, el linaje de las reinas profetas ha desaparecido. En otros, los salones de baile ya no están, los ha tragado el mar. Otros

no tienen nada que ver con nosotros. Ya no tenemos relación con el arquero, el lobo o el zorro. ¿Cuántos siglos han pasado desde que las doce reinas ocupaban todas su trono? Sólo hace falta uno para dar un rey al pueblo.

»Siete siglos, Kyra, siete —prosiguió el dragón—. Desde que tú y tu pueblo no aspiráis a más y os contentáis con cuidar el ganado, pescar salmones, correr y sentaros en vuestras casas de vigas oscuras, contándoos unos a otros historias de tiempos mejores. Setecientos años desde que navegasteis por última vez rumbo a los mares oscuros como el vino de Grecia, o hacia el frío norte, donde el mar resplandece con islas de hielo, en busca de los colmillos de marfil de las morsas o las pieles oscuras de las focas. Y enterrasteis a vuestros muertos en los enormes sepulcros de piedra que salpican las costas de Britania, Irlanda y Galia.

»Entonces erais importantes para nosotros, Kyra —siguió diciendo—. Navegábamos juntos por los senderos del mar, os preveníamos de las tormentas, guiábamos los peces a vuestras redes. La Reina Dragón era la más grande de las reinas. Entonces empezasteis a envidiar nuestro tributo. Salmones, anguilas, abadejos, algas, hinojos de mar, e incluso a veces las focas y las ballenas que utilizábamos para alimentar a nuestras crías. Sólo al final empezasteis a temer con todas vuestras fuerzas a los romanos, y entonces ella, la última reina, nos traicionó. Eso provocó su condena.

—¡No! —exclamó Kyra—. Nadie que haya ocupado nunca el trono del Dragón murió en su cama. No, no podréis tener ésta. ¡No y no! ¡Déjanos! ¡Vete! Las relaciones entre tu especie y la nuestra están rotas. Se rompieron cuando Onbrawst danzó y la roca en que danzaba se partió con un temblor de tierra y ella y él cayeron al mar.

—¿No tengo nada que decir en todo esto? —pregunté.

Kyra se puso a gritar.

—¿¡Qué?! ¿Quieres matarme de pena? ¿No he sufrido ya bastante en la vida para que ahora llegue este nuevo mal?

—Kyra, esta noche debo ir a un sitio y hacer una cosa —dije.

El bramido del viento sonó a mis espaldas y me puso el pelo sobre la cara. El viento cambió, y cuando la ráfaga volvió a alcanzarme, vi el relámpago danzando sobre las montañas en el interior. El viento soplaba en dirección al mar, y supe que me estaban invocando.

Entendía en parte, seguramente no lo suficiente, el dolor de Kyra. Pero yo, o tal vez él, era algo que ella había dejado para tranquilizar a Kyra, mi madre en el corazón.

—Kyra —dije—, sea cual sea mi destino, no vivirás para llorarme. Ese dolor lo sufriré yo. La tristeza de separarnos.

Entonces corrí hacia el mar, donde me esperaba el dragón.

—¿Sabes...? —le pregunté.

—Lo sé. Las crines plateadas me lo dijeron. Ya son viejos, y los siglos que han

estado esperando y que han vivido son más que las estrellas que lucen en el cielo una noche clara, o que los granos de arena de todas las playas del mundo. No hablan a nadie, pero a ti te hablarán. El llamado Lais lo prometió, y ellos cumplen su palabra.

Al momento, lo único que se distinguía de la playa era la línea delgada y pálida de las olas. Entonces el dragón y yo nos vimos rodeados por la oscuridad, y él empezó a invocar de nuevo para mí y su pueblo las bendiciones de las canciones de las estrellas. Y supe que sucediera lo que sucediera, no le amaría sólo a él, sino a todo su pueblo. Y harían de mí una gran reina y nunca jamás, fuese cual fuese el precio, los traicionaría.



CAPÍTULO 19

Arturo había percibido su presencia. Y, lo que es más, sabía a grandes rasgos quiénes eran. Se había dado cuenta de que no eran Merlín ni Igrane. Pensó que Morgana debía de haber encontrado un modo de observarlo. No lo sorprendía, pero no creía que ni siquiera ella pudiese llevarlo de vuelta, no con tanta facilidad.

Recordó la vasija al pie del precipicio. Intentó alejar de su mente la aprehensión que le causaban esas cosas. El manto cubierto de estrellas de Igrane siempre le había dado escalofríos. Y sabía que en el espejo veía cosas que le decían los movimientos de los demás. Lo utilizaba para aterrorizarlo cuando era un niño. Le decía que jamás podría escapar a su mirada.

Una noche, despierto en mitad de la noche por culpa de una pesadilla, había confesado sus temores a Morgana. Desde entonces había empezado a confiar un poco más en ella. Nadie en su fortaleza le ponía las manos encima llevado por la furia. Más tarde descubrió que ella había prohibido que nadie lo tocara. No era una costumbre corregir a los niños golpeándolos, entre su pueblo no, pero los sajones y los romanos eran muy violentos con sus pequeños. Y por eso esas órdenes no provocaron resentimientos.

Además, como la mayoría de los niños maltratados, él se portaba terriblemente bien. Así que cuando empezó a confiar en Morgana, ella tuvo mucho cuidado de no traicionar esa confianza. Le indicó las limitaciones del espejo de Igrane, y él estaba razonablemente seguro también gracias a que ella lo había protegido con un tipo de encantamiento que impedía a Igrane encontrarlo mientras estuviera bajo sus cuidados.

Sonrió un poco al recordarlo, y después volvió a sus reflexiones sobre la vasija, como la posibilidad de que le pudiera servir de alguna ayuda. Llegó a la conclusión de que no lo sabría sin investigar más.

Balin interrumpió su reflexión.

—Allí están.

Arturo vio una columna de humo blanco que salía de un bosquecillo de robles jóvenes que había cerca.

—No esperan nuestra visita —dijo Arturo—. ¿Cuántas muertes serán necesarias?

—Ésa es una pregunta bastante extraña viniendo de ti.

—No estoy por matar a no ser que sea necesario. Si esos tres hubiesen pertenecido a mi guardia más leal, los habría ejecutado si hubiesen abusado aunque fuese de una esclava, como hicieron con tu mujer. Aunque sea triste, hay criaturas

que es mejor eliminar de la superficie de la tierra. En el mejor de los casos, ese tipo de comportamiento demuestra una peligrosa falta de autocontrol. La primera cualidad de un guerrero es el autocontrol.

—Sí —respondió Balin lentamente.

—Voy a ver cuántos son.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Balin humildemente.

—Sí, el resto esperad aquí.

Arturo se movía silenciosamente. Tan sigilosamente que dejó estupefacto a Balin. Seguía su mismo camino, evitando pisar las hojas secas, y las ramas que pudiesen crujir bajo sus pies. Poco después, estaban en el límite del claro, bajo la sombra alargada de los esbeltos robles, observando a dos hombres que estaban sentados cerca de una hoguera, en el centro de la arboleda.

Las cosas se solucionaron muy deprisa. Los dos hombres no querían luchar contra Arturo, y entregaron las armas prácticamente al momento.

Arturo observó a los tres jinetes. Los muertos.

—¿Realmente están muertos? —preguntó a Balin.

—Sí.

Uno de los prisioneros, un hombre corpulento con la nariz rota, intervino:

—A mí me dan escalofríos. Ella... —señaló la torre— es su señora ahora.

—¿Ella vive en la torre? —preguntó Arturo.

El otro prisionero, un pelirrojo muy robusto, contestó:

—Dudo que «vivir» sea la palabra correcta. Me azotarán por rendirme tan fácilmente, pero sobreviviré. Ya no quiero seguir formando parte de esto.

—Entiendo que ninguno de los dos es un devoto seguidor del rey Bade —dijo Arturo.

Se miraron entre sí, luego a Arturo y a Balin.

—¿De dónde diablos es? —preguntó el pelirrojo.

—Yo... no... no estoy muy seguro, Firinne —respondió Balin al pelirrojo.

Al menos es sincero —dijo Arturo—. Yo tampoco lo sé.

—No —continuó Firinne—, no somos devotos seguidores del rey Bade. Somos sus prisioneros y esclavos, igual que Balin es... o era. ¿Lo consiguió Eline?

—Sí. *Bax* nos guió entre los pantanos. Sabe dónde están las zonas secas, los carnívoros lo temen, y también encontró el camino a través de la barrera de espinos. Tardamos tres días, pero lo conseguimos.

—Dios, me alegro.

—¿Por qué no os quedáis? —preguntó Balin.

—Sí —preguntó Arturo—. ¿Por qué no? ¿Para qué vais a volver y que os castiguen?

—Mi mujer y mi hijo están allí —dijo Firinne—. Ellos son la garantía de mi regreso. Además, vivo bastante bien. Los soldados del rey no tienen mala vida. Eline era una de las cuidadoras de los perros del rey. Él... —señaló a Balin— trabajaba los

campos. Sin mujer, dormía en los barracones. Si Eline no se lo hubiese llevado con ella, todavía seguiría allí. Ella y ese perro fueron los que le sacaron.

Balin parecía avergonzado.

—¡Firinne!

El de la nariz rota intervino:

—No hacía falta que insultaras al pobre hombre delante de su jefe de batalla.

—¿Eso eres? —preguntó Firinne—. ¿El jefe de batalla? Más bien tienes aspecto de un forajido sin suerte.

Arturo echó la cabeza para atrás y se rió. «¿Hacía cuánto que no me reía así?», pensó.

—Bueno, sólo hay que mirarlo —dijo Firinne—. Lleva la ropa bastante limpia, pero está punto de caerse a pedazos. Y un pájaro podría anidar en su barba. Si ni siquiera lleva armas.

Arturo se acarició la barba y sonrió.

—No las necesito.

—Es verdad —dijo Balin, y señaló los tres cadáveres a caballo—. Se ha encargado de esos tres.

Firinne y su compañero se quedaron callados.

—Por eso te dije que no ofreciéramos resistencia —dijo Nariz Rota—. Cuando lo vi, tuve un presentimiento.

—Vale, muy bien, yo los maté. Y ahora, ¿cómo me deshago de ellos? Por lo visto con matarlos no basta.

Balin le respondió con una pregunta.

—¿Eres bueno con la honda?

—Aceptable, sólo aceptable.

Balin le entregó su honda y, sorprendentemente, algunos proyectiles de plomo.

—Vacíales la calavera —dijo Nariz Rota.

Arturo asintió y miró al que estaba más lejos, el que tenía la herida de la espada en la espalda.

—Uno.

Balanceó la honda.

La cabeza del cadáver explotó.

—Dos. —Arturo se volvió hacia el de las cuencas vacías. Tenía la cara vuelta hacia ellos, hasta que se quedó sin cabeza.

—Tres —dijo Arturo.

Los puntos del cuello saltaron, y la cabeza quedó colgando grotescamente hacia un lado, sujeta sólo por la piel, antes de deslizarse por la silla.

—Tenías razón. Mejor no ofrecer resistencia —dijo Firinne.

—Ahora llama a los demás —dijo Arturo—. Agrupad el ganado y enterrad o quemad esa carroña, lo que sea con tal de librarnos de ellos. Y contadme sin avergonzaros cómo es el rey Bade, cómo esclaviza a sus hombres, cómo los controla

y por qué.

La historia resultó sorprendentemente familiar a Arturo. Muchas de las familias más poderosas que poseían tierras entre los romano-britanos no eran mucho mejores que ese rey Bade. El cual tenía, para ser justos, la excusa de no ser humano.

Eso fue algo en lo que todos los presentes estuvieron de acuerdo. No era humano, aunque ninguno se sentía con fuerzas para adivinar qué podría ser. ¿Un demonio? ¿Algún tipo de dios?

La palabra «demonio» era muy amplia: ángeles caídos, espíritus de muertos malignos, espíritus malvados en general, y una clase más de seres en los que casi todo el mundo creía. Espíritus de la tierra, indiferentes a la bondad o a la maldad de los humanos, que tienen sus propias prioridades.

Conocía la versión de Morgana de los hombres ciegos y el elefante, y estaba seguro de que ninguno de los individuos con los que estaba hablando tenía pruebas suficientes para hacer una hipótesis razonable sobre la naturaleza del rey. Se pusieron de acuerdo en uno de sus rasgos: era extremadamente cruel.

Se mantenía separados a hombres y mujeres. Dada la naturaleza de las personas, las medidas tomadas por las clases dominantes de Bade a menudo fracasaban. Pero se mataba a los niños nacidos de tales uniones, normalmente en abortos causados por las cuidadoras de perros como Eline. Se hacía aplastando el feto en el vientre de la madre, un procedimiento terriblemente doloroso para la mujer, a la que no se le daba nada para aliviar su dolor, aunque seguramente el feto ya hubiera muerto a causa de las drogas preparadas por las mujeres de los perros, como se las llamaba.

Sí, aquellos individuos con mayores cualidades, a los que Bade encontraba más útiles que al resto, disfrutaban de mejor trato y más privilegios, como tiempo libre, o poder aprender a leer y escribir, más alimentos e incluso cierta libertad de movimiento. Además, el derecho de disfrutar de la compañía del sexo contrario de vez en cuando. En ningún momento se permitía explícitamente a las cuidadoras de perros tener amantes, pero normalmente (siempre a escondidas, por si acaso) los tenían.

Eline lo tenía. Balin. Compartieron abrazos a escondidas durante casi un año. Entonces ella descubrió que estaba embarazada. Tenía una salida fácil: podía informar a la encargada de las mujeres, tomar las drogas y abortar. O podía intentar escapar.

Las mujeres controlaban los perros, pero éstos eran los verdaderos luchadores. Eran los dientes de Bade.

—Eso es lo que son los perros —dijo Balin a Arturo—, los dientes de Bade. Por alguna extraña razón lo encuentra divertido. Nadie sabe por qué. Los perros están obsesionados con las mujeres. Los perros guardianes son machos, todos machos. Las hembras sólo se utilizan para reproducirse. Y matarán al instante cuando su cuidadora lo ordene. Y así es, Dios mío, vaya si lo hacen.

Todos asintieron antes estas palabras. Para entonces todos los hombres y la

mayoría de las mujeres habían cruzado el río, y estaban agrupando el ganado y llevándolo a sus casas. Todos distinguían a sus animales, normalmente hasta los conocían por sus nombres. La mayoría eran vacas con terneros que todavía tenían que amamantar. Casi todos eran de color fresa, con orejas rojas, vacas lecheras preciosas. En su mundo se sentía mucho respeto por vacas así, y la mayoría de las vacadas pertenecía a familias muy poderosas. Pero Balin le explicó que todo el ganado de ese lugar era así, y Arturo recordó la leche tan cremosa y buena que había tomado en la casa. Era una buena raza de vacas lecheras.

—Así que las mujeres mantienen el orden entre los esclavos —dijo Arturo.

Balin asintió.

—Supongo que puede decirse de esta manera. —No parecía muy dispuesto a adoptar ese punto de vista—. Sin embargo, no funciona exactamente así.

—Díselo —dijo Firinne—. No hagas que parezcamos peor de lo que somos. Los hijos de las cuidadoras de perros no siempre mueren. Se permite que algunas, las que consideran de más confianza, los tengan. Sus hijos pertenecen al rey. Yo soy uno de éstos. Mi madre es la esposa del jefe, mi mujer una de las cuidadoras. Si no vuelvo, mi madre perderá su posición. Mi esposa se convertirá en una de las mujeres de consuelo y mis hijos morirán, pues todavía no tienen edad de trabajar, ninguno llega a los ocho años. No puedo hacer eso a mi madre y a mi mujer. Espero sobrevivir a los azotes. Pero aunque no sea así, al menos ellas estarán a salvo.

—¿Mujeres de consuelo? —preguntó Arturo.

—La mayoría de los hombres no tienen mujer propia. ¿Tú qué crees? —le preguntó Nariz Rota como respuesta.

Caradog se adelantó hasta el grupo de hombres que rodeaban a Arturo.

—Dijiste que los enterráramos, pero esos cadáveres siguen moviéndose.

—Enterradlos de todos modos —contestó Balin—. Lo mismo pasa con las serpientes cuando les cortas la cabeza. Pero mueren con la puesta de sol, y lo mismo pasará con esos tres.

Para la puesta de sol no faltaba mucho. En ese momento la mayoría del ganado ya se había ido guiado por sus dueños. Sólo Balin, Caradog y los dos sirvientes de Bade acompañaban a Arturo.

Balin miraba hacia la torre con aprensión.

—Seguro que ella se enoja con nosotros. Mejor cruzamos el puente al atardecer. Firinne, si vamos a regresar, mejor partir ahora y salir de su valle.

Firinne y su compañero de la nariz rota empezaron a recoger apresuradamente sus pertenencias del campamento. Arturo se quedó mirando la torre al otro extremo del valle. La luz se había vuelto de un naranja intenso, y la torre brillaba como un dedo de oro cubierta de vegetación, un extraño esplendor y belleza en la oscuridad.

Sólo cuando Arturo dejó de mirar al reluciente chapitel se dio cuenta de lo cerca que estaba la noche. Vio cómo las sombras habían empezado a condensarse en las zonas en penumbras debajo de los árboles. La pradera seguía reluciendo, la larga

hierba brillante bajo los rayos del sol que se ponía en occidente, pero en las partes más espesas el bosque ya se preparaba para dar la bienvenida a la noche.

Arturo empezó a caminar hacia la torre, su sombra en movimiento parecía un dedo sobre la hierba que señalaba el Este.

—¡Deténte! —exclamó Balin—. Ir allí significa la muerte.

—¿Quién lo dice? —preguntó Arturo sin darse la vuelta ni aminorar el paso.

—¡Todos! —gritó Balin, y empezó a correr tras Arturo.

Cuando casi lo hubo alcanzado, Arturo volvió a hablar, de nuevo sin volverse o aminorar la marcha.

—Vete a casa, amigo mío. Si intentas detenerme, te heriré. No te mataré. Tengo mucho respeto por esa buena mujer que tienes. Pero te heriré. Tengo gravedad. Vete a casa. Tu mujer te necesita. Nadie ni nada me necesita a mí.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gritaba Balin, justo detrás de Arturo.

—No tengo tiempo para explicártelo. Necesitaría demasiado tiempo.



CAPÍTULO 20

Me encontré con madre en las escaleras cerca del manantial. Vi sus ojos como tantas veces los había visto cuando estábamos cazando o me levantaba por la noche para ir a aliviarme afuera. Siempre hacía que me sintiese mejor saber que ella estaba allí.

Estaba sentada cerca del manantial donde había visto a la Doncella de las Flores. Parecía tranquila. Estaba sentada sobre las ancas, erguida, en la oscuridad iluminada por las estrellas, mirando hacia el mar.

—Madre —dije.

Emitió el sonido con el que siempre quería decir «Sí, soy yo. Estoy aquí, no es ningún otro lobo».

Yo estaba preocupada.

—¿Cómo llego arriba?

—La escalera —dijo.

Aunque no fueron ésas exactamente sus palabras, fue más bien algo, como «camino» o «el camino más normal», expresión más propia de un lobo.

—La escalera ha desaparecido.

Recordé la última noche que había pasado en la isla cuando me había vuelto para mirar, y sólo había visto unos pocos peldaños rotos en el lado del acantilado, y me di cuenta de que había subido por algo que no existía.

Madre simplemente suspiró y gruñó como siempre hacía cuando tenía que enfrentarse a la obstinación o la rotunda ignorancia de los humanos. Entonces se volvió y empezó a subir por... por algo.

«Madre está muerta», pensé. Entonces razoné, ¿alguna vez me había perdido por su culpa?

Conocía la respuesta: nunca. Por la noche en el bosque al borde de imponentes acantilados cuando salíamos juntas de caza, subiendo y bajando escarpadas pendientes en las que un paso en falso podía significar romperse el tobillo o la pierna; en los vados de ríos y torrentes que podrían arrastrarnos si ella hubiera cometido un error; siempre la había seguido y ella siempre me había guiado sana y salva hasta mi destino.

Así que la seguí y me sorprendí yo misma subiendo por algo. Ella iba delante, confiada, hasta que llegamos arriba. Entonces entró en la cámara abierta en la piedra. Dentro estaba muy oscuro. Intenté tocar con la mano el cuello de madre. No sentí

nada, y entonces me di cuenta con dolor de que realmente ella no estaba allí. Pero de repente bajo mi mano noté el pelaje, y oí el ladrido divertido y grave que emitía cuando se reía de algo.

Sí, los lobos tienen sentido del humor. A veces más agudo que el de los humanos.

Un segundo después, el nicho donde estaba la calavera de Lais se iluminó, y la descubrí mirándome entre las ramas de una espesa enredadera. Una silueta oscura entre la luz.

—¿Cómo haces eso? —pregunté.

—¿El qué? —respondió la voz de Lais.

—La luz.

Ella resopló.

—No es luz. Hice que sucediese algo en tu mente para que pudieses ver dónde estoy. La que tú llamas madre no necesita luz para ver, sus sentidos más desarrollados le dicen todo lo que necesita sin mi ayuda. Tú los percibes como luz. Tu cerebro tiende a procesar la información en términos de fenómenos que le son familiares.

—Gracias. Hablar contigo es como hablar con Dugald.

—Yo sé muchas más cosas que Dugald.

—Sí. Por eso estoy aquí. Deja que te cuente todo lo que he pasado desde que...

—No te molestes, ya lo sé. Te he estado observando desde tu última visita. Cuando buscaste mi ayuda, se creó un lazo entre las dos. La que llamas tu madre hizo de mediadora en ese lazo. Ella me dirá cualquier cosa que yo no sepa.

Madre apretó la frente contra la palma de mi mano.

—Amor —dijo.

—Quiero que madre tenga ya su descanso —contesté fríamente.

Como os expliqué, no es algo que se suela decir entre los lobos, pero cuando se dice, significa mucho.

—Madre está contenta. Se está divirtiendo. En su estado actual, nadie puede obligarla a hacer nada. Créeme, nadie puede coaccionar a un fantasma. Has estado metida en unos cuantos líos, ¿verdad?

—¿Tengo que recordarte que yo estaba preocupada en mis cosas, intentando cazar un ciervo cuando empezó todo? Y yo no elegí que me raptaran...

—¡Ya basta! Pero no te ha ido tan mal siendo la parte perjudicada. Y ahora estás en el ojo del huracán y estás preparando una estrategia tú sola. Deberías haber hecho lo que quería de ti esa reina de Britania.

—Ni loca. No, tal vez me equivoque, pero yo dirigiré mi vida, muchas gracias.

—Tal vez fueses más feliz si no fueras tan testaruda.

—Él será un gran rey. Y si alguien sabe cómo hacerle regresar de donde Merlín y esa Señora de la Traición lo enviaron, ese alguien eres tú. Y por eso estoy aquí.

—Sí... sí... será un gran rey. No conoce el miedo a nada, y tampoco se permitiría sentirlo. Lo que es, no lo puedo saber. Incluso ahora, esta noche, reta al gobierno del rey Bade en el reino de verano. Algo que no ocurría desde hacía siglos. Milenios.

Pero hacerlo regresar puede no resultar demasiado fácil.

—No sé. Si Magetsky decía la verdad, ellos mismos lograron traerlo. Lo que quiero saber es cómo obligarlos a...

—No. Y ellos no lo trajeron. Ese hechicero lascivo seguramente pensó que había sido él quien lo había hecho, y también lo creyó su amada Igrane. Pero no fueron ellos, y creo que Merlín está empezando a darse cuenta de que sus hechizos no funcionan. Cuando logra quitarse el sexo de la cabeza, intenta encontrar a tu joven rey. Y no lo consigue.

»¡No! —prosiguió—. Lo que sucedió fue que cuando intentaron hacerlo regresar, sus hechizos funcionaron durante un rato, pero después él volvió a donde estaba. De forma muy parecida a como volviste tú a tu lugar cuando lograste matar al monstruo. Todo lo que tuvo que hacer ella fue dejarte marchar.

—¡Entonces él pertenece a ese lugar! —Yo estaba consternada.

—No sé con seguridad a qué lugar o tiempo pertenece. Él es uno de los grandes capitanes, un distinguido líder en la batalla. Dejan tras de sí un reguero de sangre y lágrimas vayan a donde vayan.

—También tú fuiste uno de ellos —pregunté.

—Sí, y por eso estoy a favor de enviarlo a poner las cosas difíciles a Bade. Pero ya veo que no descansarás hasta que cambies el orden de las cosas para ir en su busca.

—¿Por qué importa lo que yo quiera?

Lo entenderéis, estaba realmente sorprendida de que ella tomara en consideración de manera tan obvia mis deseos en esta discusión tan importante.

—Oh, tú importas. Y lo que quieres es muy importante, porque si yo fracaso, rápidamente irás a buscar otro camino para alcanzar tu objetivo.

—Tienes razón —dije—. Todo el camino hasta aquí estuve pensando en diferentes posibilidades. Me pregunto si...

—Ah, sí, encontraste el camino del arco iris.

—¿Todavía existe?

Se rió, y su risa era inquietante.

—Es decir, el mar subió y cubrió la costa donde peleábamos, el fauno y yo... —me apresuré a añadir.

—Majaderías. Ningún poder terrenal puede afectar a esa maravillosa creación. Ha sobrevivido a cataclismos, cuya magnitud está totalmente fuera del alcance de tu imaginación.

—El fauno, él murió allí.

—Sí, así fue —respondió tranquilamente—. Y tú blandiste el hacha. Si estaba convencida de su muerte, con la misma facilidad podría haberlo hecho ella misma.

—Oh, diablos —murmuré.

—Ése es uno de sus nombres —me dijo Lais.

—Sé cómo.

—Me lo temía —fue su respuesta.

—Tú me lo dijiste.

—Sí, me temo que así fue.

—¿Dónde están tus amigos?

—En el limbo de los sueños. Si no tuviésemos descanso, nos volveríamos locos.

—Volverse loco y ser inmortal no parece muy buen plan.

—¡No!

—El fauno deseaba ser inmortal.

—Sí. Un ser que no es un dios y no muere tiene que pagar el precio. Y el precio está en el don. Nosotros no podemos vivir ni morir, pero se nos permite soñar. Mis compañeros supervivientes y yo lo hacemos mucho. Al resto los mataron y seguramente tuvieron suerte cuando el asalto que yo ideé tuvo lugar y la vida desapareció, o casi lo hizo, de la tierra. Para eso es el reino de Bade. Un refugio. Pero no estaba preparado cuando cayó la larga noche.

—¿Cómo? —pregunté.

De repente estaba entre las estrellas, mirando hacia abajo veía el precioso planeta azul, una esfera cubierta de nubes, los mares y los continentes apenas esbozados bajo el velo de la atmósfera.

Di un grito ahogado.

—¿Dónde estoy? —pregunté mareada.

—En la cueva. Como con la luz, esto es una ilusión.

Y, sí, sabíamos que la tierra era redonda. Por todos los santos, hasta los griegos lo sabían, y uno de sus filósofos incluso calculó su tamaño. No logro acordarme de cuál. Pero Dugald pensaba que era un cálculo muy preciso, pero cálculo al fin y al cabo. Ninguno de nosotros podía comprender los procesos matemáticos que seguía. Por extraño que parezca, el Vigilante Gris era más capaz de juzgar la validez de sus especulaciones que Dugald o yo.

Y él creía que el hombre tenía razón. Decía que la verdad tenía un sabor, y sentía el sabor de la verdad en esa ocasión. Un lobo podía decir las cosas así, pero yo también estaba de acuerdo. Algunas cosas no se sostienen por sí mismas, otras sí. Y muchas veces, cuando te encuentras ante algo así, dices: «No quiero que esto sea así, pero seguramente lo es, aunque me cause dolor».

Pensé en el fauno, la cámara del camino del arco iris, y miré abajo, hacia el precioso planeta azul y lo comprendí, incluso cuando vi el otro mundo más pequeño descendiendo a través de la capa de aire rojo ardiente mientras caía y explotaba con el impacto. Incluso tan lejos como parecía que estaba, el resplandor casi me cegó, y el humo y los restos se alzaron en el cielo como un torbellino negro y rojo, similar a cuando un bosque se quema.

Vi el segundo y de nuevo casi me ciega cuando explotó en el impacto. Cuando aterrizó, la puesta de sol se desplazaba sobre la esfera ahora gris que estaba bajo nosotros. Cuando la Tierra volvió a girar hacia el sol, las nubes eran oscuras y tan

espesas que ya no pude ver la superficie.

—Se hizo muy frío y oscuro —dijo Lais.

Me acordé de que una vez Dugald nos había llevado a un lugar muy lejano para ver un eclipse de sol. Los druidas siempre tienen maneras de calcular cuándo ocurrirán esas cosas.

A Zarpa Negra y a mí nos encantaba vagabundear por la playa. En una cueva protegida encontramos un vivero de ostras. Madre, Zarpa Negra y yo estábamos dando buena cuenta de ellas cuando el sol empezó a oscurecerse. Por un momento, no me acordaba de la predicción de Dugald y comprendí el terror que esos fenómenos provocaban en nuestros antepasados.

Era impresionante, por la sombra de la estrella diurna, lo rápido que el viento pasó de ser una brisa agradable a ráfagas heladas. Encendimos una hoguera en la playa, intentando librar a nuestros espíritus de la pesadumbre que los oprimía. Pero ninguno de nosotros volvió a sentirse realmente bien hasta que el sol volvió a alumbrarnos y a darnos calor.

—Un mundo entero desapareció bajo esa nube —dijo Lais—. Y aunque tus semejantes seguramente nunca lleguen a saberlo, una civilización entera con él.

Entonces la ilusión se desvaneció y volvía a estar en la cueva.

—¿Estás un poco menos segura que cuando llegaste? —preguntó Lais.

—¿Vosotros hicisteis esto?

—Sí... —vaciló—. Sí, nosotros lo hicimos. Teníamos nuestras razones. Hoy en día sigo sin saber si eran buenas razones o no, pues nunca volvimos a hablar de ello. Descubrir si nuestras estrategias tuvieron éxito. Y jamás nadie intentó recogerlos, lo que indica que quizá fracasásemos y nuestra fuerza desapareciera. Nuestros enemigos nos abandonaron aquí, creyendo que ya era suficiente castigo, y de hecho lo es.

»Pero sigamos, pues eso, a pesar de lo terrible que es, no era lo que quería contarte —prosiguió—. Este refugio fue construido por las personas, aunque no eran humanos, los llamaré así, que vivían aquí. Pero Bade fue el único que entró. El único de todos ellos que sobrevivió. El resto de los animales y las plantas que habitaban el planeta junto con ellos murieron. Para vivir, debía robar el mundo que dejaba atrás. Así que él también es prisionero de sus acciones, como nosotros.

»¿Todavía quieres encontrar a tu rey y devolverle a tu mundo? —me preguntó—. ¿Todavía quieres empezar esa guerra contra Merlín y sus aliados, los sajones? Y, para decir toda la verdad, también tiene amigos en Roma y Constantinopla.

—Vaya, pensaba que los romanos nos habían abandonado hacía mucho tiempo —dije.

—Siempre andan metidos donde no pueden dominar. Y si Arturo se convierte en rey, y yo creo que lo hará, estarán ansiosos por ponerle la mano encima.

Me mordí el labio hasta que noté la sangre.

—¿Y bien? —me preguntó.

Reflexioné y contemplé todos los aspectos juntos. Antes de que él naciera, los

druidas de Irlanda y Britania vieron una serie de augurios alrededor de este rey. Pero sabían, y creo que mi madre también, que su esposa sería crucial. Tenía que llevarle un ejército.

Si pudiera hacer lo que Kyra quería de mí, sentarme en el trono del Dragón, se convertiría en el rey más poderoso desde que las legiones se retiraron. Entre los dos tendríamos el poder para aplastar a los sajones y a cualquier otra facción. Extender nuestro dominio por todo el reino, acabar con el poder de los terratenientes romano-britanos del sur, eliminar el comercio de esclavos y la piratería, y restablecer el orden por todo el reino.

No sería fácil, pero era posible.

—¡Sí! —dijo Lais—. Lo sabes.

—¿Él...? —pregunté—. ¿Crees que él... podrá dirigir una fuerza así y vencer?

—Sí. Y no te des tantos aires. Podría hacerlo incluso sin ti. Aunque esa posibilidad no me gusta, pues no tendría el apoyo de los pintados y de una poderosa reina.

»Bueno —continuó—, creo que se te termina el tiempo. Farry partirá con la marea. No falta mucho.

La luz empezaba a debilitarse. Parecía que Lais se retirase.

—¡Madre! —exclamé, y sentí el cuerpo peludo contra la pierna.

—¡Espera! —añadí, pero la luz se apagó.

Tenía más preguntas, aunque no eran importantes. Madre me acompañó escaleras abajo. Me detuve y bebí del manantial sagrado. Y cuando levanté la vista del agua, madre ya no estaba.



Las cosas pueden ser muy viejas y seguir siendo bonitas. O al menos ésa era mi opinión.

—Primitivo —era la opinión de Dugald, dicha con desdén.

Maeniel pronunció la palabra que no tiene significado y que suele utilizarse peyorativamente para rebajar algo que no entendemos.

Pero todavía ahora, volviendo la vista atrás, me parece que el gran salón, y sala de asambleas de los pintados, es una de las cosas más bonitas que he visto. Era muy grande, casi tanto como un anfiteatro romano pequeño.

Farry nos dejó cerca de la costa, no en tierra. Era imposible que un barco atracara allí. El viento y las olas son demasiado fuertes, las rocas demasiado recortadas, y la subida a cualquier lugar habitable demasiado pronunciada para construir un puerto. Pero me quedé sorprendida al ver todas las personas que había cuando llegamos a lo alto del acantilado.

Kyra dijo que seguramente todos los pueblos habían enviado un representante, y la mayoría venían en grupos. Una importante asamblea de Beltane. Las personas más

influyentes estarían presentes, tanto hombres como mujeres, para participar en la elección de la nueva reina.

El pueblo de Kyra eran gentes de aspecto duro y peligroso. No parecía que pasasen muchas dificultades. Hombres y mujeres llevaban diferentes armas y armaduras de piel curtida o enguatadas.

Hacía frío, aunque fuese mayo, y el cielo era de un azul gélido, cargado de nubes altas que lo cruzaban como vetas pálidas. El viento soplaba muy fuerte, hinchando los largos vestidos de lana de las mujeres y las pieles con las que hombres y mujeres se envolvían.

Ya sabían quiénes éramos, y nos saludaron con una mezcla de recelo e intimidación. Dannel, el principal del pueblo en el que habíamos vivido, estaba allí, acompañado por Issa, su hija, y un Bain bien aleccionado.

No vi motivos para no ser amable, y fui cordial al saludar a los tres. Issa estaba embarazada de su tercer hijo: el primero había muerto; el segundo, un niño, había sobrevivido y ya sabía caminar. La felicité por su estado, y ella sonrió y se mostró deferente conmigo.

Bain se escabulló y evitó encontrarse con Dugald o Maeniel. Pero Dannel me besó en la mejilla y preguntó por Zarpa Negra. Le dije que se había ido para comenzar su preparación como guerrero. Luego él e Issa nos acompañaron al gran salón.

Era, como ya he dicho, algo magnífico. Las gentes que lo habían construido, hacía ya mucho tiempo, como residencia para las reinas habían aprovechado una depresión natural del terreno. Estaba en medio de un misterioso bosque de robles. Los robles siempre son árboles recios, pero éstos lo eran más de lo que nunca antes ni después haya visto. Dado el frío y el viento que hacía, ninguno era muy alto, pero los troncos eran gruesos como rocas y creo que algunos tenían más de medio metro de diámetro.

De cada tronco salían ramas igualmente gruesas y nudosas, en las que crecían hojas que brillaban como piedras lisas y verdes. La corteza era de un negro mate, y las hojas contrastaban. Todos eran más altos que yo, y el suelo estaba cubierto de hojas, bellotas y ramas muertas.

—¿Cuántos años tienen? —pregunté a Kyra.

—Nadie lo sabe. Se dice que estaban aquí antes de que construyeran el salón, cuando las primeras personas que huían de la subida del mar vinieron para recoger bellotas a fin de alimentarse durante el invierno. Sus frutos son muy dulces y saben muy bien. Así supieron las primeras personas que llegaron que incluso aquí prosperarían.

Seguíamos a los demás por la pronunciada pendiente. Entonces llegamos a lo más alto, una piedra ancha y lisa que dominaba todos los campos de alrededor. Nos quedamos contemplando lo que parecía el mundo entero.

A nuestro alrededor todas las laderas de las montañas estaban cubiertas de

bosques. Las más escarpadas tenían árboles como éstos, robles retorcidos y castigados por el viento, pero resistentes y duros. Como la gente que vivía entre ellos, yo creo. En donde la tierra era más generosa, el conocido como pino de Caledonia cubría las laderas. Había mucha humedad, más de la que os podáis imaginar, y muchos arroyos y riachuelos bajaban, susurrando, gorgoteando, cubriendo los lechos de piedras en su camino hacia lagos pequeños y alargados que se extendían por todo el bosque.

El resto del camino no era una subida tan dura. Los amigos de Kyra nos dieron la bienvenida en las puertas con forma de arco del salón.

Ésa fue la primera vez que vi a Mondig. Era un hombre bajo, de constitución fuerte. Me recordaba un poco a Gray, pero su cara era feísima. Los ojos eran un poco saltones, la boca era pequeña, y no tenía barbilla.

—Kyra —dijo, y no parecía nada contento—. Creí que habías muerto...

—O algo peor —acabó Kyra la frase por él.

—Me imagino que es ella —añadió él mirándome.

—Sí.

—Sí, sí —repitió él frotándose las manos, que hacían un ruido áspero y sombrío—. Otra ahijada, me imagino. Bueno, por lo menos ésta es guapa. Las otras dos, las que ya llegaron, podrían servir de espantapájaros.

Yo estaba molesta.

—¿¡Qué?! —pregunté a Kyra—. ¿Me has traído delante de otro idiota que quiere decirme que mi madre era una mujer de vida alegre? Lo que había oído en la corte de Igrane me había afectado más de lo que creía. No suelo ser tan susceptible, pero estaba cansada de que todo el mundo pusiera en entredicho a Riona, que fue una mujer valiente y fuerte en todos los aspectos.

Mondig retrocedió con expresión asustada. Algo parecido a respeto se reflejó en sus ojos.

—Es bastante franca —dijo Kyra.

Él parecía seguir teniendo sus reservas. Maeniel me cogió del brazo. Sopló aire, que me alborotó el pelo y me hinchó el vestido. Era tan fuerte que hizo que todos se sujetaran la ropa y agacharan la cabeza para protegerse del polvo, las hojas y las ramitas que habían echado a volar.

—Les gusta este lugar y no sé por qué —murmuró Mondig—. No os quedéis ahí fuera en el frío. Entrad, aquí se está bien.

Como ya dije, los constructores del salón habían aprovechado una depresión natural. Las puertas en forma de arco eran tan bajas que hasta yo tuve que agacharme para entrar, pero en su interior me maravillaron sus dimensiones. Repito que parecía un anfiteatro. La mayor parte era subterráneo. Y con aquel clima, era lógico.

Había filas de asientos escalonadas a ambos lados. Estaban hechos de piedra, claramente esculpidos en la caliza que formaba la montaña. Había unos pasillos que conducían al espacio central alrededor del hogar. En este aspecto, era como una casa

convencional, pero mucho, mucho más grande. El techo lo sostenían numerosas columnas, cada una tallada con diferentes motivos.

—Todas las tribus tienen un lugar —me dijo Kyra—. Por las tallas de las columnas saben dónde tienen que sentarse. Tú te sentarás en el centro.

Las columnas sostenían un entramado de vigas curvas, que a su vez soportaban el peso de una bóveda de mimbre trenzado cubierta por pieles de vaca. Sobre ella, césped verde aislaba el techo del agua. Desde fuera, tenía el mismo aspecto que nuestra casa, un montículo verde cerca del mar. Cada centímetro de madera a la vista estaba tallado de la forma más hermosa que yo haya visto. El mejor de los salones de un principal palidecía en la comparación. Salmones que saltaban, dragones nadando, lobos de caza, jabalíes gruñendo, árboles en flor, enredaderas que trepaban; y sobre todo ello, ciervos retozando con las cornamentas alzadas, sosteniendo el entramado de mimbre que sostenía el tejado.

—Cada columna narra una historia —dijo Kyra, apoyando la mano en la más cercana—. ¿Lo ves? En la parte más baja están las algas y el hinojo de mar. Y las anguilas serpenteando entre las algas. Están cerca de un río de anguilas y viven del mar.

Las tallas pasaban de un ser vivo a otro, por los pescadores. No había salmones, pero sí tiburones, merluzas y rodaballos. En la parte de arriba, hojas de roble y avellano se extendían hacia el tejado. Cada columna era diferente, cada una de ellas exquisita, cada una contaba la vida de su pueblo.

—No te llegué a enseñar a leerlas del todo —dijo Kyra arrepentida—. Quien las sabe leer puede decir dónde viven e incluso cuántos son en cada pueblo o pueblos.

Dejó caer la mano de la columna con expresión de arrepentimiento. Seguimos bajando los peldaños hacia el centro de la estancia. Allí estaban los asientos de las reinas. No eran sillas... pero tampoco tronos. Cada una señalaba la casa del cielo a la que pertenecía.

El salmón, pintado de los colores de las crías, saltaba desde el respaldo de uno de los asientos, enredado con otro. Los lobos, toda una manada, estaban en posición de ataque sobre el respaldo y en cada brazo del asiento. Todas las demás casas del cielo estaban señaladas de manera parecida. Formaban un rectángulo largo y ancho alrededor del hogar.

La habitación estaba llena de gente que se afanaba sobre las columnas, pintando las figuras con esmaltes brillantes, colocando mesas en los peldaños de piedra del anfiteatro, extendiendo tejidos y pieles de vaca sobre los asientos de piedra y colgando estandartes del techo. Aunque sabía que algunos de los asientos estaban vacíos, todos tenían la marca del esmalte fresco. Todos menos uno.

El trono del Dragón.

Se alzaba solo en el centro del rectángulo, por delante de las dos hileras de seis asientos a cada lado. La madera, aunque magníficamente tallada como el resto, estaba oscurecida y seca por el paso del tiempo. El cuerpo relativamente achaparrado del

dragón formaba un lateral del asiento, el cuello largo formaba el respaldo y se curvaba alrededor de uno de los lados y sobre la persona que ocupara el asiento.

—¿Trece meses? —pregunté.

Mondig estaba a mi lado.

—Su calendario tenía trece meses —me contestó—. Calculaban el tiempo según la luna. Ahora utilizamos el sol. El dragón no tiene un sitio entre ellos. —Hablaba con actitud desdeñosa—. Y, además, trae mala suerte desde la última reina. Murió al ir a ocuparlo.

—Creía que el salón de baile había caído al mar —dije.

—No, eso le ocurrió a la anterior. Sin embargo, no dejaron de intentarlo. Su sucesora murió dando a luz. Y hubo una más. Resbaló y cayó en el sendero de lo alto del acantilado. No llegó a ocupar su asiento. Por aquel entonces ya se llamaba al trono del Dragón el asiento peligroso, y dejamos de intentar ocuparlo. Además, estábamos enemistados con los dragones. Cuando los vemos, los matamos. Les gustan demasiado nuestros salmones.

Se rascó la barriga y me miró de reojo.

—Sí —contesté—, ya no sois los que erais.

—Niña, no juegues conmigo y no ocupes ese asiento. Si lo haces, tal vez mueras incluso más rápido que las demás.

Gray, Maeniel e Issa colocaron una tienda en el bosque de roble cerca del gran salón. Kyra me ayudó a vestirme. Maeniel había dado con un lugar tolerablemente protegido, pero seguía siendo muy frío. Temblaba, incluso pese a que habían puesto a calentar agua.

—¿Cuánto poder tienen las reinas? —pregunté.

—Mucho —respondió Kyra—. No dejes que esa rata de Mondig te engañe. La mayoría controla una facción entre su pueblo, y esa facción respaldará sus decisiones si llega la ocasión.

—Yo no conozco a nadie.

—Eso no es verdad. Maeniel es muy respetado, y también Dugald. Saben que es druida y lo consideran muy poderoso. Gray procede de una gran familia. Ellos lo respaldarán: Son pobres, pero buenos guerreros. Y también estoy yo, todavía hay quien se acuerda de mí. Tengo amigas entre las hijas de Scathatch de la Isla de las Mujeres. También son muy respetadas, y algunas incluso temidas. Y tu madre tenía familia entre el pueblo y en Irlanda, en Dalraida. No te olvides de que Riona era la esposa de un rey, y tenía fama de ser una mujer de fuerte carácter. No, no estás sola en absoluto.

Kyra me vistió con un vestido blanco adornado con hilos de oro y me cepilló el pelo extendido sobre mi espalda. Me puse el collar de ámbar y granates que Maeniel me había comprado y el anillo de ópalos. Las sandalias se transformaron en una especie de botas bajas de piel blanca con largas cintas.

Maeniel entró. Llevaba bajo el brazo la espada y el cinturón. Sin ceremonias,

desenfundó la espada y cerró mi mano sobre la empuñadura.

La sujeté con fuerza y levanté la hoja. Relucía como la luna sobre las aguas de un lago. Parecía que el brillo venía del mismo interior del acero.

—No puedo... —empecé a decir.

—Sí... sí puedes —dijo él—. La recuperaré.

—Tú... mala suerte. No hay muchas cosas que vivan tanto tiempo como tú. Pensaba que era más grande.

—Has crecido en más de un sentido. Iré a por otro cinturón y otra funda. Éstos son demasiado grandes para ti.

—No sería muy apropiado que la llevara hoy —dijo Kyra.

Yo asentí.

—Quizá se enfrente a un reto —dijo el lobo.

Kyra se dio la vuelta con brusquedad y se alejó en dirección a la entrada de la tienda.

—¿Un reto? —pregunté.

Maeniel miró a Kyra.

—¿No se lo dijiste?

—¡No! Es muy extraño que eso suceda.

—Pero a ella no la conocen demasiado por aquí, y además siempre cabe la posibilidad. Debe estar preparada en cuanto sea necesario, por si acaso. Por esa razón ahora le regalo la espada, en vez de esperar a una ocasión más auspiciosa. Quiero que tenga una buena arma entre las manos.

Kyra estaba callada, de pie ante la entrada, con la cabeza gacha.

—Pocas son las mujeres que pueden vencer a un hombre en un solo combate —dijo—. Yo sé que no podría. En teoría, la reina que consigue uno de los asientos tiene que ser experta en el arte marcial, y hubo un tiempo, Dios sabrá, en que lo eran. Pero hace cientos de años que esa tradición cayó en desuso y nunca volvió a practicarse. Además, Mondig me prometió que si no ocupa el trono del Dragón, se aseguraría de que su aceptación fuera votada por el pueblo, ocupara un asiento y fuera recibida como uno de los suyos.

—¿Qué hay entre tú y Mondig? —pregunté.

—Me debe un favor.

—¿Qué tipo de favor?

—Yo estaba casada con su hermano.

—Él fue el que no elegiste —dije—. El correcto.

Kyra echó la cabeza hacia atrás, y su cara tenía una expresión de dolor indescriptible. Pero no respondió.

—Es tan feo... —dije.

Kyra apartó la cortina y salió.

—Nadie se sentará en las sillas esta noche —me dijo Maeniel—. Aunque el resto de nosotros irá con Dannel y su familia, Bain e Issa, nos sentaremos todos juntos y

serás presentada a la compañía.

Dugald entró en la tienda.

—En este tema te dejarás guiar por tus mayores, señorita. Kyra, Maeniel y yo ya hemos hablado de esto y hemos hecho nuestros planes. La política es el arte de lo posible, y pienses lo que pienses, el mes décimo tercero y el trono del Dragón serán para ti como si no existieran. ¿Me entiendes, señorita? —dijo severamente.

—Sí, lo entiendo —respondí en voz baja.

—No me gusta el brillo que hay en sus ojos —dijo a Maeniel—. Quiero tu palabra de que no harás ninguna tontería ni serás descarada esta noche. ¿Me oyes?

—Te doy mi palabra. No haré ninguna tontería ni seré descarada esta noche.

Llevaba su túnica, las vestiduras tenían escritura ogam. También lucía la corona de oro de su orden. En realidad no es una corona, sino más bien una diadema. Hojas de roble de oro, bellotas, candelillas y raíces retorcidas.

—Vas a hacer magia —dije.

—No voy a tener más remedio. Habrá que convencerlos de tu buena fe. ¿Te sabes la genealogía de tu madre?

—Me la sé desde que tenía cinco años. Y todas las relaciones familiares. Tú me las enseñaste. Casi fue lo primero que me enseñaste.

—Sí. Pues mejor que te la sepas de carrerilla, pues deberás recitarlas ante la asamblea esta noche. Muchas personas presentes serán familiares tuyos, aunque lejanos, y se preguntarán si encajarás en la esfera de los pintados.

—¿La genealogía entera? Empieza antes de la reina de los icenios y tardaré hora y media en...

—Sí, sí —me interrumpió—. Toda entera. Dime —añadió dirigiéndose a Maeniel—, ¿tú crees que parece suficientemente inocente? Habrán oído de ese asunto con Arturo... No se creerán que se hayan comprometido. La propuesta de convertirse en concubina es un duro golpe para una señora de tu rango. No le dejaste que se tomara ninguna libertad contigo, ¿no? O no le habrás dado algo como... como... ya sabes —dijo a Maeniel—, un adelanto.

—¡Qué! —exclamé—. Todavía no he... Yo no... No habría podido... ¿Qué quieres decir? ¿De qué me acusas?

En ese momento Kyra reapareció en la entrada de la tienda. Agarró a Dugald del brazo.

—Oh, por todos los santos, viejo idiota, era lo que faltaba. Ha sufrido una terrible experiencia, y tienes que empeorar las cosas acusándola de cosas sin sentido. Por supuesto que no ha hecho nada de todo eso que dices. Madre mía, viejo, sólo estuvieron juntos un momento, y nunca solos.

Las últimas palabras las cogí al vuelo, porque Kyra empujó a Dugald fuera de la tienda a rastras. Maeniel y yo nos quedamos solos. Me di cuenta de que estaba llorando. Maeniel me dio un trapo limpio de lino y me sequé la cara y los ojos.

—Lo han arreglado todo entre ellos, como Merlín, Igrane y Arturo en Tintagel —

dije con brusquedad.

Profirió un sonido sin traducción.

—¿Te fías de Mondig? —pregunté.

—No. Apesta a hipocresía.

—Amenazó con matarme.

Vi como los ojos de Maeniel cambiaban. En ellos brillaba la sombra del lobo, relucientes como espejos bajo la débil luz de un candil.

—Pero qué estúpido... —dijo Maeniel—. Tiene a Kyra y a Dugald completamente engañados.

—Así que estás pensando lo mismo que yo.

—¡Sí! Confía en que Kyra y Dugald te hagan comportarte como él quiere.

—Pero no importa, porque tarde o temprano me acabará matando, sin importar lo que yo haga.

—Seguramente —dijo Maeniel—. Hubo un tiempo en que tu pueblo no era tan sabio, y el lobo los enseñó a cazar. Los cuervos, como los lobos, los guiaban hasta las presas. El oso guiaba a otros hombres a tierras más frías, en las que la nieve cubría el suelo y el hielo remataba las grandes cumbres. Observaban a los osos, y así aprendieron a pescar, a esperar a que madurasen los frutos y las moras, a robar la miel de las colmenas, a buscar larvas entre los troncos podridos y a matar ciervos.

»Los jabalíes les enseñaron a buscar comida para el invierno entre las bellotas y las avellanas —continuó—, y los patos y los gansos les mostraron cómo almacenar semillas de hierbas silvestres. Y, entre todos, los mejores eran los dragones. Dieron a la humanidad el recurso infinito del mar. Los llevaron hasta el marisco y las algas. Por eso colocaron a estos animales amigos entre las estrellas y les rindieron el homenaje que merecían.

»Pero ahora todo eso se ha olvidado —siguió diciendo—, y los hombres creen que toda la Tierra y todas las cosas buenas que hay en ella les pertenecen. Engullen y arrebatan, matan y roban, tiran lo que les sobra. Asesinan a quien se atreva a competir con ellos por el primer puesto en la pirámide de la vida. ¡Hacer justicia! Ésa es la obligación de un gobernante.

—Me hice una promesa a mí misma respecto a los dragones.

—Mantenla. Y cuidado con la comida.

—Tú sabrás si es buena, ¿verdad?

Asintió.

—Normalmente sí.

Pero no me tuve que preocupar por la comida. Entramos en el salón. Estaba repleto de estandartes, el fuego ardía en el centro. Todos se habían vestido con sus mejores ropas, las más llamativas. Las miles de joyas de hombres y mujeres centelleaban por la sala.

Cada tribu, *tuath*, así las llamábamos, teñía sus prendas con sus colores característicos: un arco iris de rojos, azules, verdes, amarillos, naranjas e incluso

grises y negros. Seda, lino y lana lucían sobre los cuerpos. En el centro, la música había empezado en torno al hogar, delante de los asientos de las estrellas. Todos estaban pintados y listos para sus nuevas ocupantes.

Todos menos el del Dragón. La vieja madera de roble con la que estaba hecho estaba ennegrecida por el paso de los años, y resplandecía con la belleza sencilla de la madera noble y vieja.

Vi que Dannel, Issa y Bain, Dugald y Kyra ya se habían unido a la mesa de Mondig, en los sitios de honor, junto a otras dos muchachas. Ésas debían de ser las dóciles hijas de los dioses que serían coronadas reinas.

No me detuve ante la mesa y proseguí hacia el espacio abierto que rodeaba el hogar. Entonces me di la vuelta, pasé junto a los músicos y el arpa, el caramillo y el tamboril enmudecieron.

No tuve ni que pensarlo. Me acerqué al asiento del Dragón y me senté.



CAPÍTULO 21

uanto más se acercaba a la torre, menos lo intimidaba. Arturo sabía que se enfrentaba a algo para lo que sus últimas experiencias no lo habían preparado. Nada en la torre tenía la arrogancia imponente que caracteriza la mayoría de las construcciones de los hombres. Por contra, parecía que formaba parte de la tierra, como sucedía con el puente.

Parecía que las mismas enredaderas que abrazaban la base habían construido los cimientos de la torre, en vez de hombres. En las zonas en que la piedra estaba más erosionada por la lluvia y el viento, la planta tapaba los huecos con sus ramas fuertes y leñosas. Los árboles sostenían los grandes bloques de piedra de la parte de arriba, las raíces clavadas en la tierra en busca de agua y nutrientes, casualmente sosteniendo las piedras más grandes como si fueran argamasa.

¿En empanados?

Su pueblo, y no era el único, cultivaba árboles frutales pegados a los muros para ahorrar espacio. No, sería más apropiado decir que la construcción era la que estaba pegada a la maraña de hojas, raíces y ramas.

La piedra, oscura como la de los contrafuertes del puente, estaba pulida por millones de años de lluvias y viento. No, eran los árboles los que subían y subían sosteniendo la torre, no la torre a los árboles. No había puerta, sólo un agujero en el muro, porque la torre formaba parte del mundo, construida para abrazarlo, no para cerrarlo. Pero la abertura que formaba la maraña de flores aromáticas de la enredadera era una entrada a la oscuridad. Y en la oscuridad, algo reía.

Arturo sintió un escalofrío en la nuca. «¡No! Tal vez muera, pero debo descubrir qué contiene este extraño lugar», pensó.

Apartó las enredaderas y entró.

Muy cerca de la entrada unas raíces de un sauce formaban un banco que invitaba a sentarse. Se sentó hasta que la vista se le habituó a la luz. Musgo suave y espeso como una alfombra cubría el suelo de piedra. La luz era difusa, verde azulada, y de manera extraña parecía que la habitación descendía hacia el mar, pues al otro lado de la habitación veía las olas rompiendo.

Su mente le decía que aquello era imposible, pero sus ojos se negaban a cooperar. Así que se levantó y se metió en el mar.

Las olas rompían contra sus piernas y tobillos, pero no lo mojaban. Se metió más adentro, hasta que el agua le llegaba a la barbilla. Seguía teniendo el cuerpo seco, así

que avanzó un poco más, hasta que el agua lo cubría por entero.

Un animal con caparazón como un cangrejo, se le subió al brazo. Tenía muchas patas, y empezó a descender por su brazo. Era azul, como algunos cangrejos, pero las patas eran de un amarillo brillante, que palidecía hasta convertirse en blanco en los extremos. Intentó alcanzarlo y cogerlo, para comprobar si realmente estaba allí. Debía de estar de alguna manera, porque sentía el caparazón duro. Asustado, se enrolló hasta hacerse una bola, se dejó caer y la corriente lo arrastró.

Un banco de peces apareció ante sus ojos como agujas veloces, huyendo de algo. Giraron a la izquierda, a la derecha, relucientes como espejos diminutos, después avanzaron de frente, dividiéndose en el último momento en dos grupos para adelantarlos, uno a cada lado, y desaparecieron.

El depredador que los perseguía lo dejó estupefacto. Era un pez, o algo parecido, pero tenía caparazón como el animal que le había recordado a un cangrejo. Era de color rojo irisado por arriba, que se iba convirtiendo en dorado verdoso cuanto más abajo.

Entonces Arturo subió a la superficie, y vio la espuma que formaban las olas sobre la playa no existente. Real o no, esa agua era cambiante y hermosa como el mar en verano que recordaba de niño. De nuevo sintió la extraña paz que había invadido su mente cuando llegó al pie del precipicio que limitaba su prisión. El sol se colaba por los huecos de la piedra, los rayos rojos entre las ramas verdes.

Arturo vio la escalera, formada a partir de las raíces retorcidas de los árboles. Alguien, apenas una sombra vaga, pasó a su lado y empezó a subir los escalones, desapareciendo tras la primera curva.

«Sí, éste es el lugar de los muertos». Se encontró en medio de una gran multitud que se desplazaba hacia la escalera, hacia la luz, tan intensa que sus ojos no la soportaban. Se dio la vuelta para protegerse, mirando de nuevo hacia el océano, pero ya no estaba allí.

Unos dedos le acariciaron la cara, el cuello, los hombros y la espalda; y algo lo besó en los labios. Entonces, para su horror, los labios que se apoyaban sobre los suyos se convirtieron en dientes, los dedos en ásperos huesos, y el hedor de la muerte lo mareó. Se separó de aquello, fuera lo que fuese, dando arcadas.

Al otro lado de la puerta de arco cubierta de flores, el crepúsculo adquiría el color de la sangre sobre los prados.

—¡Corre, hombrecillo, corre! —susurró una voz—. Quítate el sabor de la muerte de los labios, escapa del miedo que te persigue. Que nos persigue a todos. Y aprende que sólo eres un hombre.

Sintiendo náuseas, Arturo tragó saliva y avanzó hacia la escalera.



CAPÍTULO 22

Ni siquiera pude disfrutar sentada en el trono del Dragón, aunque era bastante cómodo. Un silencio absoluto se impuso en el salón de la asamblea de los pintados. Todos los ojos de los presentes estaban fijos en mí, y sentía cada uno de ellos.

Las emociones eran una mezcla de horror ante un extraño que se atrevía a cometer una transgresión de tal envergadura, de cólera por la violación de una costumbre tan antigua, de rabia y placer ante la excusa perfecta para matarme. Estos últimos fueron los que me preocuparon en primer lugar. Mondig debía de haber llenado las primeras filas de bancos de la asamblea con sus seguidores.

En cuanto volcó la mesa en el centro de la sala, me di cuenta de que era uno de los hombres de Merlín. Iba vestido de negro y plateado, que son los colores de poder de los sacerdotes más importantes. La espada estaba desenvainada y preparada. Intentó cortarme la cabeza de un solo golpe.

Me aparté de un salto del trono del Dragón. Oí gritar a Kyra rompiendo el repentino silencio.

—¡No! ¡Está desarmada! ¡Por el amor de Dios!

«No por mucho tiempo», pensé. Y vi al Vigilante Gris, con la espada en la mano. Voló por los aires, con la empuñadura por delante, hacia mí.

Mi adversario no era un oponente cualquiera. No tardó más de un segundo en darse cuenta de lo que sucedía, se dio la vuelta hacia mí y atacó. Pero no intentó matarme. Tuvo una idea peor, intentó humillarme ante los que tenían que juzgar mi capacidad para gobernar. Con dos golpes rápidos, cortó los tirantes del vestido que llevaba.

Tenéis que tener en cuenta que entre nosotros la desnudez no es causa de vergüenza, es algo solemne. La víctima propiciatoria va desnuda cuando va a la batalla. El rey está desnudo cuando yace con la Doncella de las Flores. La reina está desnuda cuando abre la procesión de Beltane por el bosque para asegurar la fertilidad de la tierra. Estar desnudo significa invocar el poder. Y eso fue lo que hizo mi desnudez.

La armadura me cubrió todo el cuerpo, verde, resplandeciente a la luz del hogar, recorriéndome la piel con los antiguos símbolos de mi pueblo. Las curvas, las cambiantes y siempre iguales formas de toda creación, desde la piedra hasta la estrella, la Tierra que recorreremos, el aire que respiramos, el agua que todo lo cambia,

el fuego que lo transforma. Los dibujos que pertenecen a la danza de la vida se entrelazaron intrincadamente y para siempre en uno.

La expresión de su cara al ver la armadura brillante que cubría mi desnudez en la que él me había dejado era una mezcla de consternación y dolor, y también reflejaba un poco de fatalidad, porque sabía que había desatado una fuerza que no entendía y que no podría contener. Y que lo mataría.

Y así fue. Intentó sacarme un ojo, pero la hoja de su espada resbaló sobre mi mejilla y tuve que torcer la cabeza. Creyó que eso me detendría, que había encontrado una salida. Pero no fue así, porque utilicé un truco que me había enseñado Maeniel. La espada saltó de mi mano derecha a la izquierda, y se la clavé en la garganta. La hoja de la espada de Maeniel era muy buena, y le cortó la columna vertebral.

Cayó como un saco vacío, como si no tuviera huesos. Me di la vuelta, dando la espalda al hogar, y vi que quince hombres más venían tras de mí. Pero el lobo gris estaba conmigo. Él derribó al primero y yo le corté el cuello. Cayó sobre los hombros del siguiente.

La espada del tercero me acertó en un costado. La armadura se levantó, pero sentí el chasquido de dos costillas. Era un hombre enorme.

Ya os había dicho antes que la armadura no evita que me hieran o me maten.

Me volví para proteger mi lado izquierdo, pero me atacó por el derecho. No intenté esquivarlo. Contaba con que la armadura me protegería del filo de su espada. El dolor me recorrió el cuerpo como una lanza cuando la espada me golpeó. Pero ya tenía alzada la mía, y la sostenía con las dos manos. La clavé con todas mis fuerzas en su cabeza. La hoja traspasó el yelmo, el cráneo y el cerebro. Le aplasté el cráneo contra la mandíbula.

Otro intentó apuñalarme por la espalda, clavando la una hoja de un puñal por un resquicio de mi armadura mágica. Casi lo logra, pero me retorció y la hoja se partió, es lo que pasa con las hojas tan finas. Entonces me di la vuelta del todo. Lo cogí del cuello y lo sacudí. No llevaba espada, pero intentó clavarme lo que quedaba del puñal (la otra parte todavía estaba fija en mi armadura) bajo el pecho izquierdo.

Pero mi espada atravesó la coraza y el cuerpo del hombre rápidamente. Murió antes de que le diera tiempo a presionar con el puñal.

Salté para apartarme de la trayectoria de la caída del cuerpo sin vida, pero más hombres venían a por mí. Maeniel se había encargado de tres: el primero al que yo corté el cuello, el segundo al que se lo había cortado él, y un tercero al que las mandíbulas del lobo habían destrozado el fémur. Se desangró cuando el hueso le atravesó la piel.

Pero repito, había más.

Talorcan surgió en el medio del fuego del hogar entre una cascada de brasas. Ninguno de los que venían para intentar acabar conmigo llegó a alcanzarme, porque el jabalí de la Muerte destripó al primero, y el resto huyó entre los bancos mientras la

víctima del animal agonizaba, retorciéndose y gritando junto al fuego.

Yo estaba de pie, con la espada sangrienta en una mano, el lobo gruñendo a un lado y el jabalí saltando furioso al otro. Pero nos enfrentábamos a una amenaza aún peor.

Por lo menos eran una docena los arqueros que rodeaban a Mondig, con las flechas preparadas y apuntándonos. Y el salón no era como una plataforma, sino un anfiteatro. Sabía que a nuestras espaldas habría hombres armados con hondas.

Eché un vistazo de refilón y comprobé que no me equivocaba.

—Matadlos —ordenó Mondig.

Toda la estancia estaba en silencio, su tono era casi amistoso.

—Matadlos —repitió.

—¡Mondig! —gritó Kyra—. ¡Detente! Supón, simplemente supón, que no lo consigues.

Y vi lo que había salvado nuestras vidas tantas veces. Lo vi en los rostros de los arqueros y los hombres armados con las hondas. Habían visto nuestros poderes y no estaban seguros de poder matarnos.

Pero paseé la mirada por el resto del salón iluminado por el fuego, y supe que ellos podrían. Aquél no era un rebaño de ovejas, sino una manada de lobos. Todos los hombres y casi todas las mujeres iban armados.

—¡Dis! —silbó Mondig—. Dis te está esperando.

El jabalí gigante se movía inquieto junto a mí, y comprendí por qué había aparecido sin que lo invocara, pues yo no lo había llamado, íbamos a morir, a ver, venceríamos a los arqueros y a los hombres de las hondas, pero al final acabaríamos en pedacitos cortados por los hombres y mujeres de los pintados. No nos iban a permitir sembrar la ruina en su tierra.



CAPÍTULO 23

oy el rey», pensó, y empezó a trepar. Era extraño, no recordaba la ceremonia en la que había sido coronado, pero es que había bebido mucho hidromiel de primavera aquella noche. Al día siguiente Morgana le había dicho que no había hablado proféticamente ni nada de eso. Había sido afable con sus compañeros.

A veces el recientemente coronado rey podía ponerse violento. El hidromiel de primavera era una bebida extraña, y la receta era un secreto guardado por los druidas más importantes. En primavera, las abejas beben de las flores que son peligrosas incluso de tocar, como el acónito, el beleño, la dedalera, las pequeñas flores misteriosas del muérdago, y quizás otras incluso más tóxicas. La esencia extraída de la miel de esa época llenaba la copa del rey con un brebaje que era tan tóxico que había quienes, en algunas ocasiones, se sumían en la locura para siempre.

Se decía que el nuevo rey podía mirar en su alma y ver sus pensamientos. Y si decidía matar a uno de los hombres que lo acompañaba, debía considerarse un sacrificio a los poderes que dirigían todas las cosas. Esa noche el rey era sagrado y no se equivocaba.

Arturo no recordaba haber sentido ira aquella noche, sólo una vasta distancia entre él y el resto del mundo, un cristal contra el que apretaba la cara y los dedos que se imponía entre él y el resto de los asistentes al banquete. Y una profunda pena ante el abismo que lo separaba de los demás. Una separación que no podía esquivar, rodear, pasar por debajo, por encima, a través. Por eso estaba ahora en esa torre. Nunca sería uno de ellos.

A uno de los lados, los troncos de la torre formaban un muro, así que no podía mirar hacia abajo. Por encima de su cabeza, las ramas crecían sosteniendo los muros. Pasó por un lugar en el que un árbol había muerto, y lo único que sostenían las enormes piedras eran las ramas secas. Pero las enredaderas habían cubierto el tronco muerto y nutrían los pequeños árboles que crecían en la base. Tras el muro de troncos de su izquierda se oía un susurro, a veces ráfagas más fuertes. Sabía que las cascadas que había visto junto a la torre debían atravesarla de alguna manera, y la vegetación que formaba la estructura de la construcción bebería de esa agua.

La luz lograba pasar a través de los grupos compactos de hojas que colgaban de las ramas sujetas a la piedra, pero en la mayoría de las zonas la vegetación era tan espesa que no podía ver nada del mundo exterior. Subía envuelto en un brillo constantemente esmeralda y dorado.

«Seguramente está anocheciendo fuera», pensó. Pero para entonces ya no sabía si el mundo exterior era el que había dejado a su izquierda. Lo que lograba ver por los huecos entre las ramas no le aclaraban nada.

Hubo un momento en el que parecía que miraba hacia una selva de árboles de grueso tronco que crecían tan pegados unos a otros que ni siquiera un ratón lograría abrirse camino entre ellos. Otra vez vio un desierto con plantas raquílicas muertas por el calor, en medio de la tierra árida y bajo el sol abrasador. Un hermoso erial (las piedras eran rojas, violeta, marrones y algunas negras) que casi parecía que absorbía la luz y la reflejaba en colores pastel más propios de las alas de una mariposa que del páramo terrible que había visto. El brillo de las piedras tenía textura de diferentes telas: seda azul, montañas de terciopelo, piedras de lino naranja, barrancos de lana verde en aquellos lugares en los que había un poco de agua. Y las pocas plantas frágiles y de largas ramas del color de la sangre.

Apreciaba el concepto de los creadores de la torre. Habían comprendido lo que su pueblo sabía: la vida corre cercana a la inmortalidad. Recordaba los bosques deslizándose en Aquae Sulis, los álamos y los sauces que sostenían las pesadas banderas de los romanos. Un *frigidarium* cubierto de musgo, un muro caído que no era más que un montículo bajo algún tipo de enredadera de dulces flores.

Veía que la piedra que formaba la estructura de la torre estaba gastada, picada por el viento y la lluvia. Pero los líquenes que se aferraban a ella, los helechos, las enredaderas y los árboles se mantenían fieles a sus constructores, más poderosos que la piedra en su mortalidad eterna y su permanente renovación. Cuando incluso la piedra se hiciera polvo, el esqueleto de los Árboles que Formaban la torre seguiría en pie.

Cada vez estaba más sediento y cansado, preguntándose si estaría condenado para siempre a subir peldaños. Había varias cosas que le preocupaban de aquel lugar. Hay muchas maneras de matar a un hombre, pero si el señor de esa fortaleza quisiera acabar con él, la mente que había concebido todo el planteamiento de una estructura así no tendría ninguna dificultad para disponer de él.

Los lugares y las personas le transmitían vibraciones, era uno de sus dones. Había percibido la maldad en la meseta y la criatura que lo mantenía prisionero en ella. Había sentido la inocencia de la casa labriega. La inocencia de Eline. Su honor. Y también la de Balin.

No sentía nada negativo en ese lugar, sólo la misma sensación extraña de paz. Todavía inmerso en ella, llegó a lo alto de la escalera.

Allí vio cómo se entrelazaban la cascada y la torre. Era más de una cascada. El agua entraba desde el río, en lo alto de la pendiente, y caía en un lago, en la base. Desde allí se escurría al interior de la torre. Las largas raíces que alimentaban a los árboles colgaban como los hilos incontables de una cortina sobre el agua que pasaba de un lado a otro, llenando una base de piedra tras otra, todas cubiertas de raíces.

Las enredaderas que formaban la base subían por los muros, floreciendo con gran

profusión, rojas, violeta, doradas, esmeraldas, amatistas, cornalinas, blancas. Colgaban en matas, espigas, guirnaldas, cintas y espirales, inundando el aire con su fragancia. Inmortales, creciendo incesantemente, renovándose, siempre cambiando pero inmutables en su variación sin fin. Los árboles se asomaban al lago de las primeras cascadas, y era como si aquello que dominara la torre oyera sus silenciosas preocupaciones.

La laguna en la base de la cascada estaba verdosa por los hierbajos que crecían en el agua. Colas de caballo ribeteaban la orilla, espesas como juncos. Arturo las atravesó, alejándose de la escalera hacia la orilla musgosa del lago, y bebió. El agua era cristalina, dulce y buena, y le recordó el manantial de la Doncella de las Flores, en lo alto de la meseta.

«Éste no es un lugar de muerte, sino de vida», pensó. La paradoja había surgido en sus palabras. No habría vida sin muerte. Ningún árbol crecería sin el alimento del humus del árbol muerto. Nada podría nacer si nada muriera.

Algo caminó por el claro, pasó al lado de la cascada, alrededor de un helecho y se ocultó entre las sombras que había detrás. Se puso de cuclillas, reflexionando. ¿Venían aquí a contemplar lo que les daba la vida a lo que estaba enraizado en su carne hendida?

Oyó voces que discutían en un idioma que no entendía. Entonces volvieron a pasar a su lado; sólo notó las pisadas que curvaban la hierba y el sonido, ninguna imagen apareció ante sus ojos.

Se dio cuenta de que los árboles que se apiñaban alrededor del lago estaban cargados de fruta. ¿Era fruta, o algo diferente que nunca antes había visto? Cerca de su cara una hoja envolvía unas bayas. Cogió una y se la metió en la boca. El sabor fue un impacto de placer desconocido. El fruto tenía una pepita grande, y la escupió en el lago.

Tenía hambre. Se comió el resto de las bayas. Las semillas flotaban y se alejaban empujadas por el agua, que corría hacia el centro de la torre.

El árbol estaba contento. Se sorprendió mucho. Nunca había pensado que los árboles tuviesen ningún tipo de sentimiento, mucho menos de felicidad.

Los demás árboles que rodeaban el lago también tenían fruta. Algunas eran como una especie de bayas grandes, rosadas tirando a negras, azules tirando a violeta, de color beige perfilado en escarlata. En eso consistió su comida. Las azules eran tan dulces que sólo pudo comer unas pocas, las rojas eran una mezcla entre manzana y limón, las de color beige recordaban a un queso con muchas especias.

Cuando terminó volvió al camino en el que había oído los pasos fantasma. Lo siguió adentrándose en el bosque oscuro y misterioso. Helechos del tamaño de árboles; árboles enormes con hojas diminutas, húmedas y verdes como el musgo; helechos finos como papel que cubrían las frondas de los más grandes, colgando sobre el camino, pero tan frágiles que no suponían una barrera para el caminante. Era tan fácil apartarlos como si fueran telarañas.

Estaba oscuro, pero no resultaba amenazador. Era una oscuridad verde, húmeda e increíblemente silenciosa, hasta que le llegó el sonido del mar.



CAPÍTULO 24

Lo que me pasó por la cabeza fue que Kyra había vuelto a hacer la elección equivocada. Mondig, con los hombres de Merlín a su lado, no parecía dispuesto a dejar que nos rindiéramos.

Talorcan, junto a mí, se movía y resoplaba.

—He venido por alguien —dijo con su voz chirriante—. Si es por ti, señora, te escoltaré a la oscuridad con una guardia de honor.

El lobo gruñó a mi lado, con un tono cargado de amenaza.

Kyra estaba apoyada en una de las columnas talladas, con la cara escondida como si no quisiese ver mi final. Dugald estaba al lado de Dunnel, que se había quedado blanco. Intentó tomar la iniciativa y salvarnos.

—¡Esperad! —gritó Dunnel—. No dejéis que esto vaya más lejos. Yo responderé de su comportamiento. Que ésta sea la última muerte.

—¡Bah! —contestó Mondig—. No tienes ni una décima parte de lo que vale el honor de los muertos.

Tenía razón. Dunnel no era rico, a pesar de ser principal.

—¡Hombres de Merlín! —exclamé—. ¡Qué! ¿Es que el archidruida domina a los pintados?

—No, muchacha —respondió una voz—. Pero sólo un tonto se mete en la boca del lobo. —Se oyó un murmullo de asentimiento.

—Es mejor recelar del poderoso que provocarlo —dijo Mondig.

El hogar estaba a mis espaldas, la armadura reluciente sobre mi piel, pero sentí un escalofrío y lo supe. Lo supe.

—¡Kyra! —grité—. La cabeza, la cabeza. Ella levantó la vista con ojos desorbitados.

Cabezas y oráculos. Por eso se las corta y se les pregunta.

—Espera —dije—. Antes de desperdiciar vuestra sangre para acabar con nosotros, es mejor que sepáis los motivos de Mondig.

Kyra tenía a Cymry en un saco. Estaba dentro de una bolsa de red, así que era fácil colgarlo. Saqué la cabeza.

A pesar del dolor punzante de las dos costillas rotas, trepé rápidamente la columna de la primera casa, apoyándome en las tallas para subir. «Debería estar avergonzada», pensé. La armadura resaltaba mi desnudez como el esmalte en una rara joya. Incluso la sangre que me manaba de las heridas que el mejor de los hombres de

Merlín me había provocado formaba parte de la belleza salvaje de mi cuerpo. Sentía las miradas de todos los hombres clavadas en mí, y las de no pocas mujeres, y sólo ese miedo no me habría salvado la vida.

¡Era la encarnación del deseo! Y aquella muchedumbre lo sentía. Para los reunidos en la sala, yo era Eros en carne y hueso.

Colgué la cabeza de Cymry de las vigas más altas. Cayó pesadamente hasta unos pocos metros por encima del fuego. Se hacían ofrendas a Eros, ya sabéis, los griegos y los romanos lo hacían. Y por primera vez entendí por qué. Y por qué el principal es principal, y por qué el rey debe yacer con la Doncella de las Flores junto al manantial, y por qué en el pueblo de Farry los reyes y los principales se casan con el mar.

El deseo es el manantial de la creación, la renovación eterna de la única inmortalidad. Mi padre y mi madre se combinaron para hacerme como soy, el símbolo con vida de ambos, creación e inmortalidad. En ese momento se me grabó en el alma esa verdad, y allí estaría para siempre, igual que cubrirían mi cuerpo los símbolos de la sabiduría eterna que mi pueblo olvidó hace tiempo.

Cuando terminé de atar la cabeza, salté, di una voltereta en el aire, y caí de pie con suavidad, cerca del hogar y de la cabeza. Miré a Mondig. Parecía desesperado, lo que indicaba que yo actuaba con audacia.

Los hombres de Merlín rodearon a Mondig en un gesto de protección. El juego más antiguo se representaba ante mí. ¿Podrías hacerte con todo un pueblo? ¿Es difícil mantener a las gentes sometidas? Simplemente escoge a tu candidato. Debe ser apto para gobernar: rey, cónsul, juez, o como quiera llamarse. Envía a tu ejército para encumbrarlo al poder. Una vez que ya está en posición de gobernar, tu ejército se encarga de que mantenga su puesto, y él cumple tus órdenes. Sabe que si te abandona morirá a manos de sus propios súbditos. Nunca se atrevería a desobedecer.

Ése era el truco que utilizó Merlín para mantener sometidos a los pintados. Mandil; era su hombre, y los grandes señores lo sabían. Pero Merlín no los perjudicaba, y ellos estaban agradecidos por estar en paz, así que toleraban la alianza.

Estaba a punto de atreverme a desafiar todo eso, y me costaría el cielo si fracasaba.

—Cymry —ordené—. Ven a responderme. Soy yo, tu dueña quien te invoca.

Contuve la respiración un momento, y vi la vida animar su rostro. Los ojos se abrieron, los labios se liberaron del rictus de la muerte que mostraba los dientes. Oí que un murmullo de consternación recorría la sala.

—¡Vino! —gimoteó Cymry.

Cogí una copa y arrojé el vino al fuego. Las llamas se elevaron alrededor de Cymry, y éste gritó con alegría y rió.

—¡Borracho asqueroso! —gruñó Kyra—. No le des más hasta que no responda a tus preguntas.

Cymry gimoteaba y sollozaba.

—¿No te basta, mala mujer, con qué sufra los tormentos de esta esclavitud terrible?

—¡No! ¡No! —gritó Kyra—. ¡Asesino! Jamás, lo que sufras jamás podrá bastarme.

—Cymry —pregunté—, ¿cómo supiste cuándo y cómo atacar la fortaleza en la que vivía Kyra con su marido y sus hijos?

Cymry suspiró y gimió.

—Más vino, por favor. Por favor. Más vino.

—¡No! ¡Responde! ¡Te lo ordeno!

Cymry cerró los ojos. Sentí que trataba de escabullirse. Otras veces había dejado que lo hiciera cuando ya estaba satisfecha. «Pero esta vez, no», pensé vengativamente.

Lo cogí por el pelo largo y negro y metí la cabeza en el fuego. Todavía tenía la armadura, y sabía que me protegería por lo menos unos momentos.

Cymry gritó como siempre hacía cuando se lo amenazaba con fuego. La malla de la red se deshizo entre las llamas.

—¡Nonononononononono, nonoaaaah! —aulló.

—Quiero la verdad, y la quiero ahora. ¡No intentes jugar conmigo, montón de mierda! Respóndeme o te tiro entre las brasas y dejo que te consuman lentamente, muy lentamente.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Oh, te lo suplico, ten piedad! —Entonces empezó a gemir y pidió más vino.

Todavía lo tenía sujeto con la mano izquierda, agarrándolo por el pelo. Le acerqué la copa a los labios con la derecha. Sólo le di un sorbo, lo justo para humedecerse la garganta. Mi mente se rió al pensarlo, y supe que estaba cerca de la locura. Me pregunté si el vino se derramaría por el extremo del cuello cortado.

Pero no se derramó. Su muerte repentina y en pecado había atrapado a su espíritu en esa poca carne que cubría su calavera. Absorbería cualquier cantidad de vino que le diera.

Subí la cabeza y la sostuve en lo alto, mostrando su vida horrible a todos los presentes.

—¡Ahora! ¡Contesta!

Cymry dejó escapar un gemido de una pena casi insoportable.

—¡Mondig me lo dijo! Mondig me vendió a su hermano, la esposa de su hermano y todas las mujeres de la casa. Eran ricos. El almacén subterráneo de la casa del principal estaba lleno de aceite, pieles de foca, colmillos de morsa, lana, tanto bacalao seco que podría alimentar a toda una ciudad. Era el mayor botín que había conseguido en mi vida.

—Y en el camino de vuelta te hiciste avaricioso —susurró Kyra. C cogió otra copa de la mesa—. ¡Vino! ¡Te voy a dar vino!

Arrojó el vino a la cara de Cymry y después lo prendió con una vela que había en

la mesa. Dejé la cabeza, que gritaba y gemía en el suelo. Las llamas que provocaba el vino no lo matarían, o más bien tendría que decir que no alejarían el espíritu de la cabeza. Kyra ya lo había hecho otras veces, siempre con la misma finalidad: atormentarlo. En pocos minutos desaparecería la sustancia que hacía que el vino ardiera y Cymry volvería a las cámaras oscuras de su muerte viva.

Entonces ella invocó a las mujeres. Ellas cogieron a Mondig, dejando los asientos que ocupaban con sus maridos e hijos. No mataron a los soldados de Merlín, los rodearon. Maeniel me había contado que las abejas hacían lo mismo con las reinas que no querían, se apiñaban alrededor hasta que moría ahogada.

La mayoría iban armadas, y tenían escudos. Rodearon a los guardias de Mondig, empujándolos más y más. Al poco tiempo, los hombres de Merlín no podían moverse ni empuñar sus armas. Entonces empezaron a sacarlos uno a uno, entregándoselos a sus compañeros, que los desarmaban y los ataban. Un hombre, incluso uno fuerte, queda indefenso si siete u ocho mujeres lo rodean. Era una lucha perdida y silenciosa. Al final, sólo quedaba Mondig.

Las mujeres tuvieron cuidado de no herirlo, empujándolo con los escudos, las empuñaduras de las espadas, los extremos romos de las lanzas y los mangos de las mazas.

Hasta que llegó al centro del salón, cara a cara con el jabalí de la Muerte.

Los pequeños ojos rojos de Talorcan estaban clavados en él. Señalé a Cymry. La cabeza estaba en el suelo, murmurando cosas para sí.

—¿Viniste a por él?

—¡No! —respondió Talorcan con su voz chirriante.

Señalé a Mondig.

—¡Sí!

—Creía que sólo venías a buscar a los héroes —dije.

—Él podría haberlo sido, si hubiese querido.

Las mujeres habían procurado no hacer a Mondig ni un rasguño. Pero había muchas piedras en la habitación. Como dije, el salón estaba construido en la ladera de la montaña. Los hombres fueron los que le apedrearon.



Al día siguiente Kyra me despertó antes del amanecer. Me peinó el pelo en cuatro trenzas. Las dos fuimos juntas a la sauna para lavarnos.

—Me avergüenzo de lo de anoche —le dije.

Ella parecía sorprendida.

—Cuando ya estábamos en la tienda —añadí.

Se rió, una risa fuerte y melodiosa.

—Me vine abajo.

Y era verdad. Me había venido abajo completamente, ya no había logrado seguir

controlándome. Me eché al cuello de Kyra y grité histérica que quería volver a casa.

Issa arrastró a Gray aparte.

—Dejemos que su pueblo lo solucione entre ellos —le dijo. Dugald estaba furioso.

—¿Qué es esa tontería? —rugió.

—¡Yo opino lo mismo! —le contesté a gritos—. Ese traidor maquinador podría haber encontrado el modo de matarnos a todos. Pero la manera... la manera en que lo mataron... no puedo... yo... no quiero estar entre esta gente.

—Es una tontería —volvió a rugir Dugald—. Una buena lección para aquellos que vayan a tomar este lugar.

Mondig no murió con dignidad. Intentó correr, y de hecho lo hizo, alrededor del fuego. Ése fue el problema: en un ruedo no hay adónde ir. Como ya dije, los hombres tiraban piedras. Tenían brazos fuertes y buena puntería. La mayoría de las piedras le dieron, pero siguió corriendo hasta que se convirtió en un montón de carne y no pudo continuar. Entonces se tambaleó, y al final gateaba, dejando tras él un reguero de sangre y baba. Una vuelta y otra, hasta que convencí a Talorcan de que usara sus colmillos y acabara con aquello.

Para entonces Kyra había encontrado un vestido para mí en algún lugar, y la armadura estaba desapareciendo.

El jabalí, con los colmillos, despedazó a Mondig y guió a su espíritu, tuerto y lloroso, hacia el fuego. Y después desaparecieron.

Una de sus sirvientas sacó sus restos y los llevó a un lugar alto y solitario para los pigargos. Los pintados no los habrían enterrado bajo ninguna circunstancia. Les parecía algo horroroso, cristianos o no, y todos querían que se los dejara expuestos hasta que los carroñeros dejaran limpios los huesos.

Creo que luego me senté con Dunnel y los demás, y comimos y bebimos. Yo sobre todo bebí. No me gusta mucho beber, ni siquiera ahora. Pero aquella noche me gustó, y bebí del hidromiel más fuerte que había hasta que no pude más. Y los de las tierras altas hacen bebidas bien fuertes.

Creo que por eso me vine abajo al final. Kyra y Dugald trataron de hacerme razonar, pero por lo visto cada vez me ponía más histérica e insistía más en que nos fuéramos. Y además en ese mismo momento.

—En primer lugar, no podemos ir a casa, como tú dices —gruñó Dugald—. Todo lo que conseguiríamos sería causar problemas continuos a Dunnel y a todos los que conocemos en el pueblo. Y ahora deja de comportarte como una niña... o te daré una bofetada.

Levantó la mano y Kyra montó en cólera.

—¡Si la tocas, viejo inútil, te rompo el brazo!

—¡Parad, los dos! —dijo Maeniel—. Guinevere, deja de gimotear. Si te quieres ir, yo te llevaré. Y ahora mismo, esta noche.

—¡No! —gritó Dugald.

—¿Cómo? ¿Adónde iréis? —preguntó Kyra.

Me quedé tranquila.

—¿De verdad? —dije.

—Sí.

Creo que Kyra y Dugald empezaron a hablar a la vez. Pero Maeniel los miró con su mirada más de lobo y los dos se callaron. Me tendió una toalla para que me secase la cara. Tenía los ojos hinchados y me escocían, la nariz no dejaba de gotearme. Estábamos en la tienda. Maeniel miró a través de la puerta.

Por todo el bosque había luces desperdigadas, que marcaban los lugares en los que habían acampado otras familias que habían ido a la asamblea.

—Dentro de poco la mayoría se acostará —dijo Maeniel—. Podemos irnos entonces. Ya hemos viajado a través de los bosques otras veces. Al amanecer podemos estar a kilómetros de aquí. Es difícil encontrar un lugar en el que no viva nadie, o muy pocas personas, pero no es imposible. Podemos ir allí, y estoy seguro de que Zarpa Negra nos encontrará cuando termine su preparación como guerrero. Guinevere, si eso es lo que quieres, lo que realmente quieres, será lo que hagamos. No tengo nada que objetar. Ya estoy harto de todos estos hombres y mujeres sangrientos.

»Pero recuerda que vinimos aquí porque tú lo decidiste —continuó—. Mi hijo no era bueno para ti. No. Tú tienes que tener a tu maravilloso rey. No será tuyo sin esfuerzo. Los reyes tienen aún menos libertad que la mayoría de los hombres para escoger con quién se casan.

Yo estaba callada, observando su cara medio oculta por las sombras que proyectaba el candil.

—Recuerda —dijo levantando un dedo—, después de esta noche, no habrá marcha atrás, por mucho que lo desees. Después de esta noche, demasiadas vidas totalmente inocentes se comprometerán según tus decisiones como para que vuelvas a huir. Tu mejor opción es sacudirte el manto de la ambición y la posesión del poder. Así que decide ahora. No sin preocupación o miedo, pero con la mente clara y la voluntad fuerte. Elige... el camino que tomará tu vida.

Entonces, cogiendo a Dugald del brazo, lo llevó aparte.

Kyra cogió una tela limpia y agua fría y me lavó la cara. Me senté en un extremo del catre y la miré, consciente de que estaba agotada emocional y físicamente, completamente exhausta.

—Nunca vi a nadie hacer lo que tú has hecho esta noche —me dijo en voz baja—. ¿Cómo descubriste a Mondig? Nos tenía a todos engañados, y a muchos de su propio pueblo.

—Te conozco, y sé que no cometerías ese tipo de error. No escogerías al hombre equivocado. Dime, ¿su hermano, el hombre que escogiste, era guapo?

—No, era más o menos tan feo como Mondig. A lo mejor hasta más, pero se reflejaba más amabilidad en sus rasgos.

—Sí.

No me acuerdo de haberme acostado o de haberme dormido. Ella cuidó mis heridas mientras dormía.

—Todavía puedes irte —me dijo a la mañana siguiente, en la sauna, después de que me disculpara por mi comportamiento de la noche anterior.

—¡No! No iré a ninguna parte.

—Parece que tampoco me equivoqué la segunda vez que elegí —respondió, dándome una palmadita en la rodilla, y se fue a buscarme un vestido y la ropa interior.

Cuando salimos de la sauna, yo iba adornada como el caballo ganador de una carrera, llevaba una especie de corona, por lo visto todas las reinas sin excepción llevan una. La mía no era más que un aro de oro con una piedra preciosa en el centro. Se ajustaba perfectamente sobre mi frente.

El resto de la vestimenta era más elaborado. Sobre los hombros llevaba una banda lisa dorada de la que colgaban finas cadenas de oro. En la cintura llevaba otra igual. El vestido era de seda, seda cruda blanca, y seguramente costaba más que las cadenas de oro.

Kyra me dijo que cuando bailase esa noche sólo llevaría las cadenas de oro.

—Pero no me cubren... —Me miré el pecho—. Y tampoco tapan nada por debajo.

—No —fue todo lo que me respondió Kyra, excepto porque añadió—: Prepárate.

Luego me llevó a que me sentara en uno de los robles más viejos del bosque. El cielo estaba gris, del mismo color era el mar. El viento soplaba sin interrupción. Dugald, en calidad de mi druida, se situó al lado de mi asiento. Maeniel, en forma de lobo, se puso sobre mis rodillas.

El asiento estaba formado a partir del mismo árbol, y una cara adusta con un solo ojo estaba tallada justo encima de mi cabeza. Kyra, como mi ayudante, se situó detrás de mí.

—Los principales irán viniendo, y todos los hombres y mujeres distinguidos de los pintados —me previno Dugald—. Traerán obsequios. A ti te corresponderá recordar quién trajo qué y qué tienen que decirte.

No se equivocó, todos vinieron en procesión constante a lo largo de todo el día. Y, como Dugald había dicho, traían regalos.

Los pintados son muy buenos artistas. No creo que se les llegue a apreciar como a los griegos o a los romanos, porque trabajan con materiales efímeros, como telas y madera, nunca sobre piedra. Sus obras en oro y plata son magníficas, y algunas de ellas sí sobrevivirán. Parece que todos son guerreros, incluso las mujeres, y visten con el arte del telar, siempre cargados con un impresionante despliegue de armas.

Nunca antes ni después he vuelto a ver ropas de tal hermosura. Es verdad que el corte no era muy imaginativo: una simple túnica para hombres y mujeres, pantalones de lana para protegerse del frío y un manto, a veces con un agujero para la cabeza, y

otras simplemente envolviendo los hombros. Pero la variedad interminable de colores y los estampados eran simplemente increíbles.

Como ya he dicho, iban marcados con los signos del cielo. El toro, el jabalí, la serpiente, el lobo, el salmón, el dragón, los dibujos de cada danza, los colores del viento y del mar, todo combinado en la misma prenda. Los tatuajes que cubrían su piel en azul, verde, rojo, gris y dorado. Cuando se iban acercando a mí, los dibujos que mi padre puso sobre mi piel se realzaban, como si estuvieran saludando a un amigo.

Las reinas vinieron primero, llevándome torques de plata. Son un lúgubre recuerdo de lo que significaría la posición de la reina si la desgracia cae sobre el pueblo. A ella, como al guerrero desnudo, se le coloca al frente de la batalla, el primer sacrificio que más satisface a los dioses. En épocas de grandes penurias (plagas, hambrunas, ataques enemigos) se echa a suertes y quien sale elegido muere. Eso es el torques; un estrangulador. Un gesto amable, para que el elegido muera sin heridas y con su consentimiento.

El consentimiento es muy importante. Yo lo sabía y cogí el primero, un pesado objeto de plata con cabezas de dragones como florones, como ya dije, exquisitamente trabajado en plata, ámbar y cornalina del color de la sangre. Me lo puse alrededor del cuello sin vacilar.

Era la mujer más mayor, el resto de muchachas eran jóvenes, ninguna había escogido todavía un hombre como rey. Me miró un rato, y me pregunté si ella habría elegido a Mondig. Así que se lo pregunté.

Me respondió que no, que no lo había elegido a él. Él no era el rey, sino simplemente el principal más influyente de los reunidos en la asamblea. Desde que era el títere de Merlín, había conseguido, con la ayuda del archidruida, intimidar o controlar a los otros principales. Ahora ya se había acabado todo eso. Todos los augurios, oráculos y profecías estaban de acuerdo: algo trascendental estaba a punto de ocurrir.

Y ya había ocurrido: mi llegada con todas las señales del favor divino. Entonces me aconsejó que escuchase bien lo que tenían que decir los principales. Luego se dio la vuelta y se alejó, seguida por las jóvenes silenciosas.

Estaba amaneciendo, y desde donde estaba sentada veía el mar. El sol estaba rojo, y asomaba tras gruesas tiras de nubes tiznadas. Aquel día hablé con todos mis visitantes, con algunos mucho tiempo. Aprendí muchísimas cosas.

Los dragones tenían mucho apoyo. Muchas personas no compartían el rechazo que sentían hacia ellos los pueblos más dependientes del salmón. Otros defendían las colinas que había cerca de sus casas, sobre todo los mercaderes y los pescadores de alta mar, que estimaban mucho su ayuda.

Muchos de los pueblos de la costa no estaban contentos con la situación actual. Los piratas los hostigaban, los sajones y los que navegaban desde el continente para asaltar las islas. No eran pocos los puertos cerrados a los vénetos por los agresivos

señores bárbaros que los dominaban. Es más, los capitanes que se encontraban en apuros corrían el riesgo de que los atraparan y ellos y su tripulación fuesen asaltados y muertos, como muchos de los pueblos más desafortunados.

En general, los principales de los pueblos más pequeños estaban disgustados por el fracaso del poder central. Necesitaban un rey, que hiciera lo que principalmente hace un rey: acabar con los grupos que saquean las costas.

Las mujeres que se sentaban en los asientos de la gran asamblea no habían mostrado indicios de ofrecer sus favores a ningún hombre. Mondig los había controlado en mayor o menor medida, y ninguno de los principales por sí solo tenía el poder suficiente para enfrentarse a él. Por varias razones, ningún grupo se había puesto de acuerdo en unirse contra él hasta que yo llegué.

Al mediodía hicimos un descanso y comí con Dugald, Kyra, Gray y el Vigilante Gris. Hablamos de todo lo que habíamos escuchado. Issa hizo pan y requesón.

—La reina debe casarse —dije.

Nadie me contradijo.

—Es imprescindible —dijo Kyra—. Y con un hombre fuerte. Pero tu hombre fuerte está atrapado en otro mundo, y nadie sabe cómo traerlo de vuelta.

—Creo que deberíamos cruzar el puente cuando llegemos a él.

Todos me miraron como si me hubiese vuelto loca, incluso el Vigilante Gris.

—Has ido de querer casarte con un rey a planear casarte con uno que no está aquí —dijo Maeniel.

—No quiero hablar de eso —respondí—. Pero estoy segura de que puedo resolver el problema. El mundo no necesita saber cómo.

Como era de esperar, Magetsky rondaba por allí cogiendo piedrecillas.

—Sí —respondió con suavidad el Vigilante Gris—. Eso es verdad.

—Tiene razón —intervino Kyra—. Lo que tiene que hacer ahora es impresionarlos esta noche. Aquí, mucho poder significa prestigio, y esas muchachas, las «reirías», no son más que marionetas de una facción u otra. Si te sientas en el trono del Dragón, formarán filas detrás de ti, siempre y cuando sus intereses vitales no se vean afectados.

—¿Qué hace tan especial la maldita silla del Dragón? —preguntó Gray.

—La mujer que la ocupa suele ser la primera entre sus iguales. ¿Por qué diablos crees que Mondig quería que estuviese vacía? ¿Por qué diablos crees que esos principales pendencieros habían conspirado para que fuese así?

—Tienen miedo de quienes la ocupan. Pero te aseguro, según las conversaciones de esta mañana que ahora hay la presión suficiente para volver a ocuparla —dije—. Y eso planeo hacer. Hay demasiados saqueos a lo largo de toda la costa para que las mujeres hagan oídos sordos a sus responsabilidades durante más tiempo. Alguien tiene que dar un rey al pueblo.

Luego pregunté a Gray de dónde provenían los saqueadores. Pareció sorprenderse.

—De la costa sajona —respondió—. Por eso primero se establecieron...

—Entonces hizo referencia a dos o tres ciudades.

—Enséñamelas —le pedí.

Dibujó un mapa en la tierra, y marcó las ciudades con hojas.

—Los barcos salen de Frisia en la época de saqueos, la primavera. Fondean a lo largo de la costa y reclutan a la tripulación. Después se dirigen al norte.

Todos sabíamos lo que venía después: mujeres, marfil, morsas, pieles de foca, lana. La lana de los pictos es la mejor del mundo. Pero sobre todo esclavos. Los reinos del este tienen un apetito insaciable de esclavos, y una muchacha hermosa podía llegar a costar una docena de monedas de oro en el mercado de Constantinopla, sobre todo si era rubia. Como habían dicho las mujeres en el salón de Igrane, el comercio de esclavos estaba floreciendo.

—¿Crees que las tropas me seguirían? —pregunté.

—Los barcos y las armas cuestan dinero.

Di una palmadita en la bolsa en la que Dugald había guardado los obsequios.

—¿Qué tal esto?

A Gray se le iluminó la cara.

—Sabía que no me equivocaba contigo.

Maeniel me miró con tristeza.

—Hay muchas cosas en que pensar —dijo.

Dugald también intervino.

—¡Espera! No puedes...

—Venga, callaos —interrumpió Kyra.

—Te seguirán. Yo me encargaré de que así sea —dijo Gray.

Maeniel suspiró, se levantó y se alejó por el bosque. Vi que ya se iba formando un grupo de gente que esperaba para hablar conmigo. Empecé a levantarme, pero Kyra me arregló el vestido y el peinado.

—No —me susurró.

—Hay maneras para hacer bien estas cosas —dijo Gray.

—Ya lo sé. ¿Crees que tú y el resto podréis estar preparados pronto?

—Es muy posible que en pocos días. Pero ¿cómo sabremos quién estará preparado para hacerlo y quién no?

—¿Necesitas preguntar? —le respondí.

Miró el océano. El sol ya estaba muy alto, pero atrapado por una maraña de nubes. Aquella noche habría niebla.

—¡No! —respondió—. No, creo que no.



La discusión empezó en cuanto entré en la tienda. Estaba cada vez más abarrotada. Cinco cabezas (las de los hombres que Maeniel y yo habíamos matado) colgaban de

la parhilara en sacos de piel, empapados en aceite de cedro. Entre los regalos había dos perros lobo. Y no los necesitaba, pero hicieron buenas migas con Maeniel. Los tiene tan confundidos que no hacen nada. Además, no eran más que unos cachorros grandes. Maeniel sonrió y dijo que él los entrenaría.

La conversación se fue convirtiendo en una de esas peleas a cuatro bandas que tenemos tan a menudo cuando todos tomamos posiciones diferentes y las defendemos con energía.

—Todavía no has sido aceptada como miembro de la realeza —dijo Maeniel—, y ya estás planeando una guerra.

Abrí la boca, pero Gray se me adelantó.

—Si se te ocurre otra manera de acabar con los saqueos, me encantaría oírlos.

Ahora me parece que tengo que decirles que estos saqueos son muy serios. Supongo que mucha gente ha vivido siempre al límite de la supervivencia. Sé que nosotros lo hicimos. Las comunidades costeras y de las islas de los pintados son débiles. En un saqueo, pierden sus mujeres, el ganado y, a veces, casi todas sus reservas de comida. Las mujeres y los niños que no son raptados como esclavos normalmente mueren asesinados, y los supervivientes se quedan abandonados sin nada con lo que sobrevivir. A menudo tienen que venderse como mano de obra en otros pueblos para poder comer.

Cuando se llevan a las mujeres es lo peor de todo. ¿De qué sirve una casa de labranza si no hay una mujer para ocuparse de la lechería? ¿O un bote de pesca si nadie sala o ahúma los peces? Y la comunidad también sufre cuando se desatiende el ganado, pues son las mujeres quienes lo protegen de los depredadores.

Nosotros nos esquilamos a las ovejas, pero las mujeres cortan la lana, la lavan, la tiñen, la hilan y la tejen. Es una lana magnífica, pero sin mujeres que hagan ropa con ellas, se desaprovecha y la riqueza de la comunidad desaparece con la lluvia y el viento.

—No, los saqueos son muy graves y van cada vez a peor, y estoy segura de que estoy donde estoy y Mondig está cenando con Dis porque los pueblos ya se han hartado de su negligencia.

Sé que hablé con dureza a mis mayores, pero sentía que lo teníamos que dejar aclarado para siempre. Si estaba cualificada para ocupar el trono del Dragón, no iba a ser un adorno. Estaba decidida a ocuparme de mis responsabilidades.

—No puedo decir que esté en desacuerdo contigo —dijo Dugald—. Pero ¿por qué esas prisas impropias? Yo creo que deberías visitar las casas de los principales más importantes. Halaga a tus partidarios más poderosos, gánate el favor del resto, y tantea diplomáticamente a los más inteligentes y maduros...

—No tengo tanto tiempo —le dije—. Un año más de saqueos, y las piedras que cayeron sobre Mondig caerán sobre mí.

Maeniel y Gray se miraron de manera especial.

—Tiene razón —dijo Maeniel—. Por mucho que me cueste admitir que alguien

es más astuto que yo, en este caso creo que ella tiene una visión del problema mejor que la de todos nosotros.

—Pero no tiene experiencia en... —empezó Dugald.

—No, pero nosotros sí —le cortó Maeniel.

Él y Gray volvieron a mirarse. Los dos llamaron la atención de Dugald.

—Ummmm —se limitó a decir.

Miré hacia Kyra. Su ojo gris parecía de granito y tenía una expresión forzada.

—Yo me olvidaría de los pueblos, y las villas están fortificadas —dijo Maeniel.

Gray asintió.

—Normalmente, en realidad siempre, hay un lugar fuerte cerca donde puede dejar a los prisioneros y el botín —continuó Maeniel.

—De la mayoría sería poco decir que están medio arruinados —dijo Gray.

—No importa. —Maeniel sacudió la cabeza—. La idea es construir murallas. Tras ellas se pueden apostar hombres con hondas que alejen a todos los que intenten atacar los barcos. Normalmente no los dejan en el mar. Como ya os dije, la tripulación los utiliza como casas hasta el primer saqueo.

—Primero nos hacemos con los sitios fuertes —dijo Gray.

Maeniel sonrió.

—¡Eso es! A primera hora de la mañana, justo antes de que amanezca. Dugald, ¿se te ocurre algo que podamos hacer a una banda de ladrones desprevenidos?

Dugald entrecerró los ojos.

—Madre mía, y tanto.

—¿Y yo qué hago? —pregunté.

—Quedarte aquí —respondió Gray.

—Puedo luchar... —empecé a decir indignada.

—Ya lo sé —dijo Maeniel—. Y tan ferozmente como un jabalí. Pero no tiene sentido arriesgar tu valiosísimo cuello en un trabajillo de limpieza sin importancia como éste. No, lo que tú tienes que hacer es celebrar un banquete para los principales que aporten barcos y armas. Haz a cada uno un buen regalo. Así te aseguras de que no se dejarán vencer si las cosas se nos ponen difíciles. No sucederá, pero querrán garantías.

—Naturalmente —contesté—. ¿Quién decide nuestros objetivos?

—Yo lo haré —dijo Maeniel.

—Los dragones... —empecé a decir.

—No —me interrumpió Maeniel—. Siempre se han mantenido neutrales en los conflictos de los hombres. Creo que es mejor que las cosas se queden así.

Yo estuve de acuerdo en que eso era lo mejor.

—Tú nos dirás adónde ir, nunca he visto que quisieras encontrar algo y no lo hicieras. Nosotros nos encargaremos de limpiar —dijo Gray.

—Me parece buena idea —dijo Dugald—. Pero hay otra cosa. ¿Y el botín? ¿Qué hacemos...?

—El pueblo de Farry —contesté—. Le hablaré de ello. Los vénetos hacen gala de su neutralidad, pero apuesta a que comprarán todo lo que quieras venderles sin más explicaciones.

—¿Los esclavos? —preguntó Kyra.

—Ése es un problema más espinoso —respondió Gray—. Pero la mayoría serán mujeres jóvenes, y los hombres que vendrán con nosotros también serán jóvenes, y estarán solteros. Creo que ellos llegarán a... acuerdos. Y los que pertenezcan al pueblo de los pintados podemos devolverlos a su hogar vía Farry. Y muchos desaparecerán en el campo si les damos la oportunidad. Aunque no me gusta el comercio de esclavos, creo que sería peligroso para nosotros intentar transportar a personas en nuestros barcos. Vamos a utilizar embarcaciones pequeñas y rápidas. Estarán pintadas con colores difíciles de distinguir, y los remeros se vestirán de los mismos colores. En azul o gris se confundiría con el agua. He estado hablando con un primo mío y me dijo que funcionó contra los romanos.

—Algo que funcionó contra los romanos funcionará aún mejor con esos idiotas —dijo Maeniel.

—¡Vergonzoso! —exclamó Dugald—. Muy vergonzoso, pero seguramente muy lucrativo.

—¡Vergonzoso! —repitió Gray, ofendido por el adjetivo dedicado a nuestros planes—. El rey de los francos no opinaba lo mismo. Clovis deposita dinero en el tesoro de los sajones todos los años. Le parece una buena inversión.

—Se matan dos pájaros de un tiro —me dijo Maeniel—. Obstaculizará sus planes de saquear los pueblos de la costa, y seguramente de manera indirecta te hará rica. Una octava parte...

—¿Una octava parte? —pregunté escandalizada—. ¡Quiero la cuarta!

—¡La cuarta! —protestó Gray.

—Yo pongo el dinero —argumenté.

—La sexta parte —dijo Maeniel.

—¡Trato hecho! —le dije—. Pero sólo porque eres un amigo de toda la vida. Y además me diste tu espada.

Maeniel sonrió con expresión lobuna.

—Creo que será una buena reina. Muchas mujeres sólo querrían colgarse todo ese oro y esa plata del cuello e impresionar a todo el mundo.

—El dinero es una herramienta. Todos vosotros me enseñasteis eso desde que era una niña.

Kyra asintió.

—No es nada avariciosa —dijo.

—Avariciosa de poder —dijo Dugald.

—Quizá —contesté—. Pero ése es mi trabajo. Estas personas me están dando un cargo de mucha confianza. No quiero fallarles, si puedo evitarlo.

Kyra se acercó a la entrada y miró el sol.

—Casi es la hora. Marchaos, todos. Tiene que bañarse y prepararse para el baile. Cuando el sol toque el horizonte, no podrá volver a hablar hasta que acabe el baile.

Maeniel se me acercó, puso las manos sobre mis hombros y me abrazó y besó en las dos mejillas. Dugald también me abrazó. Lo estreché fuertemente, me llegaba el olor de la lana vieja de sus vestiduras ceremoniales. Estaba temblando, y estoy segura de que lo notó.

—Te ahorraría esto, si pudiera —me dijo.

—No. Esto es lo que mi madre quería. Dio su vida para que yo naciera. Tengo una deuda con ella que nunca le podré pagar. Sin tu protección, habría muerto.

—¡Oh, Dios mío! —susurró—. ¿Hice bien? Podría haberte dejado con Merlín e Igrane. Ellos te habrían criado de una manera más civilizada.

—¿Esos dos monstruos? —le respondí—. Arturo casi no pudo sobrevivir a sus torturas sin volverse loco. Y estoy tan civilizada como quiero estar. Si tengo algunos defectos, la culpa es mía. Todas mis virtudes son el resultado de tus enseñanzas.

—Dios mío, ojalá fuera cierto. —Dugald alzó la mano para bendecirme.

—¡No! —dijo Kyra—. Dudo que Cristo aprobara este rito. Hace muchos miles de años que la Virgen María le puso los pañales. No le pongas el sello de Cristo esta noche.

—Tiene razón —dijo Maeniel, y lo llevó fuera.

Gray me besó la mano, me deseó buena suerte y después Kyra y yo nos quedamos solas. Fuimos a mirar el sol. Ya rozaba el horizonte.

—Hora del silencio —me dijo—. Aleja tus pensamientos de las cosas mundanas. Mira en tu interior y prepárate para la visita de lo divino.



CAPÍTULO 25

Ya anoecía cuando llegó al mar. Salió de la selva y luego atravesó la playa de un blanco casi impoluto para acercarse a ver el agua. Su corazón se había apaciguado a la vista de tanta belleza. El agua era verde cuando las olas rompían en espuma blanca, entonces el verde daba paso a una transparencia cristalina en el camino de la ola hacia la orilla, hasta que el agua se desvanecía entre la arena de alabastro.

Más lejos de la orilla, el mar era azul claro. El sol ya estaba alto entre las nubes del horizonte, y el viento, aunque todavía agradable, había empezado a refrescar poco a poco. No se parecía en nada al mar de su tierra, pero no sería difícil aprender a amar esa belleza perfecta con la misma intensidad. Él y Cai habían cazado cerca del océano cuando eran unos críos. A menudo nadaban hasta islas de roca alejadas de la orilla para pescar a los gigantes de aguas profundas que por la noche se acercaban a la costa para alimentarse de calamares. En dos ocasiones habían logrado pescar peces tan grandes como ellos, y el resto de los muchachos trataron de sonsacarles el secreto de su logro. Pero nunca lo confesaron, no sólo porque no querían darles esa satisfacción, sino también porque tenían miedo de que si Morgana se enteraba de los peligros que corrían, pondría punto final a sus expediciones.

Cai no tenía ningún miedo al agua, y Arturo nunca habría permitido que un compañero mostrase más valor que él. Así que una tarde se zambulleron y nadaron hasta una pequeña isla rocosa que casi ni se veía desde tierra. Mientras preparaban los sedales, se fue formando una bruma espesa que los dejó allí atrapados. Cai estaba asustado, no por él, sino por Arturo, si hay que ser fiel a la verdad. Por el joven príncipe. El aire helado estaba cargado de humedad, y el cuerpo delgado de Arturo no tenía la grasa necesaria para protegerlo del frío.

Uno de los rasgos más marcados de Cai era su gran sentido de la responsabilidad. Se quitó la ropa, tapó con ella a su amigo más pequeño y se zambulló en busca de un camino de vuelta a tierra firme. Pero el agua estaba demasiado fría para poder buscar bien, ya era prácticamente de noche y cada vez era más evidente que estaban en apuros. Así que volvió a la roca, encontró el lugar más protegido y abrazó al pequeño Arturo.

Arturo no recordaba que nadie antes lo hubiese abrazado con cariño y protección. Se puso tenso y mordió a Cai en el brazo, con fuerza, haciéndolo sangrar. Cai todavía tenía un poco de señal, un semicírculo de puntos blancos en el antebrazo.

La refriega fue breve, aunque intensa, sin embargo Arturo tenía frío y el mar lo asustaba, así que finalmente Cai y la razón acabaron por imponerse.

—¿Por qué eres tan tonto que no me dejas que te proteja del frío? —espetó Cai, y su oponente se rindió.

Después de un rato el cuerpo de Arturo empezó a sentir el calor. Los dos eran demasiado pequeños para ni siquiera tener sueños eróticos, pero Arturo encontró en los brazos de Cai algo que no había hallado en los de su madre, los de su padre o incluso los de Morgana. No podía expresarlo con palabras, a no ser diciendo que creó un silencio rico en su interior y que por primera vez en su corta y atormentada vida experimentó la paz. Permaneció tranquilo física y espiritualmente durante un buen rato.

Se había despertado todavía caliente cerca del amanecer. Se sentó en el hueco de la roca en el que se habían refugiado y vio el mar bajo la luz de las estrellas. Del agua salió una cabeza oscura que lo miró con unos ojos negros grandes y amables, después se dio la vuelta y empezó a alejarse nadando con suavidad.

Arturo se deslizó entre las aguas heladas y fue detrás, y en poco tiempo llegaron a tierra. Sus armas, mantos, fardos y arcos estaban arrimados a un árbol. Cuando Arturo se recuperó del esfuerzo, miró hacia atrás y la foca ya no estaba, pero Cai salía ya del agua.

Para Cai dormir era como una droga. Se entregaba a ello, se zambullía como las focas hacen en el agua, y avanzaba como las focas entre las olas, sumergiéndose en sus silencios, felizmente sin sueños. En cambio, Arturo se solía despertar por culpa de las pesadillas, temblando, gritando, jadeando, sudando, con el corazón palpitándole con fuerza. A veces no recordaba cuál había sido la pesadilla, y se sentía aliviado por ello. Dormían en la misma habitación, y se levantaba, trepaba a la cama de Cai, se tumbaba apretando la espalda contra el cuerpo de Cai y se dormía de nuevo. Era consciente de que algo en la personalidad de Cai le hacía sentirse más seguro y le permitía descansar, buscar paz y encontrarla. Nunca trató de explicarlo, ni nunca había hablado de ello. Y nunca, nunca se habría dejado a sí mismo o a otra persona decirlo en voz alta: amor.

Desde aquel día se había sentido fascinado por el mar, por sus mil rostros inmutables, por su silencio eterno: silencio, el sonido de las olas rompiendo, su bien guardado secreto de eternidades, paz.

Se sentó en un tronco. La luz cada vez más tenue alumbraba unas nubes doradas como si una tormenta se desplazara por la selva a kilómetros de allí. «Ella vendrá», pensó. ¿Para hacer qué? ¿Destrozarlo?

¡No! Si hubiese querido, no le hubiese costado nada hacerlo mientras subía por las escaleras. El logro que representaba ese lugar estaba claro para él. Si era producto de la magia, era de un tipo que él nunca antes había visto. Los malvados trucos de Merlín y la manipulación de Igrane no eran nada comparados con esto.

No, esto le había dado la bienvenida con una grandiosidad filosófica imposible de

imaginar. La forma de la torre indicaba un pensamiento no humano pero que no carecía de las características que los hombres, la humanidad, admirarían, intentarían estudiar y por último emular. Seguramente él moriría tratando de cultivar para la Reina de los Muertos los frutos que ella deseara, pero hay muchas maneras peores de morir. Y él estaba bien al tanto de la mayoría de ellas, pues se le consideraba un hombre desde los diecisiete años, edad en la que mató por primera vez. Un forajido que vendió su espada a un esclavista en la costa del reino de Morgana.

Las sociedades de los guerreros habían sorprendido el barco del hombre encallado en un banco de arena cerca de la fortaleza. Llevaba cargamento ilegal, una de las mujeres de Morgana. Eran muy apreciadas en Constantinopla por su destreza como guerreras, y aquel diablo había pasado muchas penalidades para poder atraparla. Sólo mujeres y niños, ninguno mayor de catorce años, habían sido testigos del secuestro. Arturo, que ya era un Oso, fue uno de los que comió un trozo del pan.

El recuerdo era vago. No tenían mucho tiempo. Cuando los avisaron del secuestro de una joven de los Halcones, los Osos se dieron cuenta de que eran el grupo que estaba más cerca de la costa. El honor obligaba a salvar a la muchacha inmediatamente, aunque los Osos más jóvenes pudiesen caer en el intento.

Su capitán y líder era el instructor de armas: Shela-na-gig. Se apresuraron hacia la costa.

El capitán del barco esclavista mostró a sus huéspedes que no había menospreciado la velocidad de la marea baja en la bahía en la que estaban encallados. El navío estaba varado en la entrada de la bahía, cerca del mar abierto. Todo su cargamento eran esclavos. Si los desencadenaba para que el barco fuese más ligero, seguro que alguno intentaba huir a través de los bancos de arena formados por las mareas. Como estaban encadenados, todos se ahogarían si uno intentaba escapar, pues estaban unidos por el cuello. La joven tendría que arrastrar con ella a todos los demás.

No se le ocurrió que sus invitados podrían reunir un grupo armado entre una marea y otra. No había tenido en cuenta a los Osos.

Recorrieron cincuenta kilómetro a pie en pocas horas. Sólo se detuvieron el tiempo necesario para hacer la torta, la harina especialmente mezclada por su sacerdotisa líder. Llevaba avena, cebada, maíz y todas las plantas y flores de cultivo y silvestres que se podían recoger en un momento. La cortaron en tantos trozos como hombres formaban la cuadrilla. En secreto, la sacerdotisa preparó un trozo aparte con un trozo de madera carbonizada dentro.

Los muchachos se agacharon alrededor del fuego mientras ella cocía la torta sobre una piedra caliente. Cada uno cogió un trozo. Arturo notó el carbón cuando mordió el suyo. Lo masticó y tragó sin dar muestra alguna de desagrado.

Shela se puso de cuclillas junto a la piedra sobre la que había hecho la torta y miró a los muchachos sentados en círculo a su alrededor.

—¡Yo soy el elegido! —dijo Arturo inmediatamente.

Recordaba la sonrisa despiadada de la mujer, el brillo de sus dientes perfectamente blancos en medio de su rostro tatuado y escarificado. Sin más preámbulos, Arturo empezó a desnudarse.

Cai se negó. Shela lo desarmó y lo ató a un árbol.

—Vas a ser rey. Eres el único heredero. ¡No podemos prescindir de ti! —gritaba Cai angustiado, y después empezó a sollozar sin esconderse.

—Tu amor te honra, pero si «ellos» lo quieren a él, debe ir —dijo Shela.

Después empezó a mezclar la preparación de carbón, grasa, madera y ocre amarillo que se utilizaba para dedicar el sacrificio. Eros, deseo, lujuria, las manos de la mujer eran todas estas cosas cuando marcaban la piel desnuda del muchacho.

Arturo era virgen. No había conocido mujer, no una humana. No sabía si la criatura que le había escogido y arrojaba su cuerpo al fuego en su iniciación era realmente una mujer o no, pero sin duda las manos y el cuerpo de Shela eran femeninos.

Shela-na-gig. La iglesia la odiaba y temía a la vez, aunque dejaban al pueblo que esculpiera su rostro en el ábside de las iglesias. Era demasiado fuerte para negarla.

Las manos de la sacerdotisa acariciaban y se entretenían en el cuerpo del joven guerrero mientras lo preparaba para la muerte. Luego apagaron el fuego y recorrieron la distancia que los separaba del mar.

Eran unos niños, pero Shela y ellos pensaban como una sola persona. Su única ventaja era el factor sorpresa.

Arturo cruzó la arena en cuclillas junto a ellos. En la oscuridad, podía olerles a su alrededor. El olor a miedo y cólera, a ceniza, a pis, a carne caliente, carne cruda, recién matada como una presa sin vida, preparada para el despiece. Sabía que tenía que ir delante. La víctima propiciatoria debía ir primero. La ira salvaje que precede a la muerte segura, el terror que se convierte en cólera como el agua en vapor, inundaban su mente y cuerpo con júbilo, preparado para inspirar a otros con su autodestrucción.

En la mano derecha llevaba la espada. Las instrucciones de Shela habían sido claras: «Espera a que la vista se te acostumbre a la oscuridad. Asegúrate de que es así. Entonces escoge a tu víctima y no dudes más».

Sí, veía el barco. En la noche sin luna, era una sombra oscura contra un mar de estrellas. Sus ojos recorrieron la borda. Encallado, el barco estaba un poco inclinado hacia la izquierda, era fácil saltar a cubierta desde la arena. A bordo había una luz, un candil o una vela. Muy tenue. Él o los centinelas estarían cerca de la luz.

Exploró las sombras que rodeaban el barco, buscando una emboscada, porque eso sería lo que se le habría ocurrido hacer a él, si hubiese encallado en un lugar así. Pero no, no parecía que eso formara parte de los planes del capitán.

Sintió una ola de deseo puro, físico. Tenía la mano izquierda sobre el muslo. Sentía su órgano masculino entre las yemas de los dedos. Su muerte sería extática.

Oyó la palabra en un susurro: «¡Ahora!», sin llegar a saber quién las había

pronunciado. Entonces echó a volar, una sombra blanca como la espuma arrastrada por el viento. El barco varado se levantaba frente a él, y le dio tiempo a pensar en que apenas les quedaba tiempo. La marea estaba subiendo, corría entre las olas.

Un segundo más tarde, de un salto (parecía que volaba) apareció sobre la cubierta. El centinela estaba justo delante de él.

Recordaba la cara del hombre, con grandes ojos grises y una cicatriz en la frente. Debía de haber oído el chapoteo en el agua, porque tenía la espada desenvainada. Rápidamente la empuñó hacia su costado izquierdo, desprotegido.

Arturo sintió la sangre.

«Estoy muerto, pero tengo un segundo antes de que mi corazón se detenga», pensó.

Le recorrió una sacudida de placer salvaje y su cuerpo y su mente se prepararon para dejarse llevar por la ola que estaba seguro de que rompería y lo llevaría a la eternidad. Ya tenía permiso para blandir su arma, y la hoja de su espada atravesó el cráneo de su enemigo, hasta llegar a la mandíbula. Un mar escarlata lo cegó, tibio, húmedo y pegajoso, antes de caer.

Sintió más que vio a Shela y al resto de los muchachos saltar en tropel sobre la borda. La mayor parte de la tripulación estaba dormida y nunca llegó a despertarse. Rescataron a la joven guerrera de la sociedad de los Halcones. No hubo entre ellos ninguna víctima.

No, ni siquiera él.

La estocada del centinela no había sido profunda. Se deslizó a lo largo de sus costillas. Todavía tenía la cicatriz, la primera señal de su valor. Y había cumplido todas las condiciones del sacrificio, incluido dejar que su enemigo atacara primero.

Los poderes lo habían salvado. Tenía otra misión que cumplir.

El sol estaba bajo. Las estrellas cambiaron su sitio al mar y se extendieron a su alrededor hasta que se quedó solo en el vacío inmenso del universo. Ella se acercó flotando entre el resplandor de las estrellas.

Se sorprendió al darse cuenta de que la conocía. No mucho después de la aventura de Cai y él atrapados en el islote, volvieron a los amables valles verdes atrapados entre los flancos de las montañas de la costa. No sabía qué primavera era, porque cuando vivía en el reino de Morgana el tiempo no existía. Ella lo había dejado suspendido con su magia.

Incluso los romanos sentían a veces que la tierra se movía bajo sus pies, y una legión entera se perdió entre sus brumas. Morgana se reía de los generales romanos cuando intentaron recuperarla devolviendo los impuestos que había recaudado, y la legión regresó al mundo de los hombres desde la nada suave y húmeda. No mucho después, los romanos se retiraron de la isla blanca para siempre, pues en ella se enfrentaban a la desintegración de su mundo particular.

Ella había nacido en el valle, cerca del mar, y allí mismo murió. Su familia era cristiana y jamás la dejarían a merced de las gaviotas. La enterraron.

Recordaba su rostro cuando su padre volvió para hacerla descansar, porque caminaba. O al menos de eso se quejaban las otras familias del valle. Y Uther dijo que, cristianos o no, debían quemar su cuerpo antes de que hubiera más muertes.

Ya habían muerto una mujer y dos hombres. Los tres la habían visto caminando en la neblina cerca del mar antes de que la marea los atrapase en los bancos de arena.

Uther llegó e invalidó la decisión del obispo local. Estaba desenterrada.

Arturo recordaba su rostro, la piel amarillenta arrugada sobre la delicada estructura ósea de la calavera. Las cuencas vacías de los ojos, los labios que cubrían los dientes blancos y jóvenes, todavía generosos pero del color violeta de la decadencia. El cuerpo incluso más carnoso, terso y curvilíneo que el de la esbelta virgen que habían enterrado hacía un año. Radiaba un erotismo frío, amarillento, pero todavía envuelto en la mortaja de seda y lino. Como una serpiente, fría pero firme al tacto.

Caminaba hacia él saliendo de las penumbras a lo largo del sendero de estrellas. Alzó los brazos ante él.

Arturo había visto a su padre abrazarla y besarla antes de arrojarla a las llamas. «¿Soy yo menos?», pensó, y la tomó entre sus brazos.

Recordaba el chasquido de las ramas, el siseo de la carne quemándose en el fuego, derritiéndose como cera. El hermoso, muerto pero todavía hermoso, rostro coronado con flores secas, marchitándose, desapareciendo entre las llamas. La señora detestable, la hechicera de la oscuridad invernal, que el rey de invierno, para ser rey, debía besar.

Lo envolvió el hedor de la putrefacción mientras apretaba sus labios contra los suyos.



CAPÍTULO 26

Me senté, porque hay lo que llaman una silla para que la reina se siente antes del baile. Hay muchas cosas de éstas, así que uno nunca está seguro de lo que significan.

Una huella en Tintagel. Y sí, Uther siempre pone los pies allí en sus visitas. Y cuando lo hace, su guardia personal y todos los demás lo aclaman con un grito.

Ésa sería la señal de la aprobación del pueblo, si mi danza les gustaba. Un grito. Un poderoso grito. Y después otros, si mi comportamiento era el adecuado para una reina. Y por último un tercero, si era aceptada como su gobernante.

Para gobernar estaba cualificada. Las jóvenes escogidas por Mondig no eran más que marionetas. Kyra tenía razón, me seguirían, siempre y cuando yo no supusiera serios inconvenientes para los intereses de sus facciones. O, también era muy probable, aunque fuera así, ya que podía intentar dividirlos y gobernar entre ellos, eliminándoles uno a uno según me apeteciera. Individualmente, ninguno era lo suficientemente fuerte para desafiarme, si, si, si, si... si pudiera terminar con aquellos saqueos.

Kyra me había dado un manto cálido, de una mezcla de lana y seda, otro de los regalos que había recibido. Era de colores vivos, los primeros verdes de la primavera, azules, amarillos pálidos; el agua, la hierba, la luz del sol. Y era caliente y casi tan ligero como si estuviera hecha de plumas.

Eso estaba pero que muy bien. Estaba prácticamente desnuda debajo. Llevaba las cadenas sobre los hombros. Caían a ambos lados de mis pechos, del verde brillante del regalo de mi padre, mi armadura mágica. Una banda del mismo metal fino sobre las caderas sostenía una falda de cadenas finas, que me llegaban casi hasta las rodillas, Eros, de la vida.

Sabía que en el salón la mujer que habían escogido ya estaba preparada. Es fértil. Su cuerpo es la tierra tibia y primaveral antes del arado. Las huevas rojas translúcidas del salmón resplandecientes como el fuego en el agua helada, esperando las espirales pálidas de la lecha. Tibia como las brasas que cubren el pan haciéndose sobre el fuego, espesa como el trigo maduro que se curva, el rubor de las manzanas silvestres en las ramas cuando llega el otoño.

Eros y la muchedumbre expectante reunida alrededor del lugar para el baile lo contemplarían en mi danza. Tenían derecho a que la Reina Dragón podría escoger un rey o, si fuese necesario, dar a luz a uno. Y en ninguno de los dos casos tenían que

sentirse frustrados por ella.

Así sería.

Entonces pensé en la guerra, porque, por encima de todo lo de eso me tenía que ocupar.

—Es una lotería —dijo Maeniel—. Los ganadores escuchan los premios, poder, riquezas, mujeres. Las mujeres llegan las últimas, van junto con la riqueza y el poder, o al menos así es en la mayoría de los casos. Para el perdedor, muerte, esclavitud, pobreza y opresión. Sobre todo la muerte.

—¡Vaya! —respondí—. ¿Y qué me dices de las muertes en el lado ganador?

Eso fue hace mucho, cuando Zarpa Negra aún estaba con nosotros.

—Haces que parezca terrible —acusó él a su padre.

—Es que lo es. Y sólo hay un bando en la guerra, el de los sobrevivientes. El resto no cuenta, no importa de qué lado estuvieran, creedme, sobreviven más los ganadores que los derrotados. La sentencia es a menudo una sentencia de muerte más lenta que la que se encuentra en el campo de batalla.

—¡Dios mío! ¿Y entonces por qué razón lo hacen? —preguntó Zarpa Negra.

Íbamos tras una manada de caballos salvajes y caminamos por una cuesta abajo en un bosque de pinos. Maeniel se detuvo nos miro a los dos.

—Pensad en los muchachos de la tropa.

—Tiene razón —dije a Zarpa Negra.

Por un momento pareció horrorizarse, después, al ir comprendiendo, asintió.

—Sí, ya lo entiendo —dijo en un murmullo.

Ninguno de los muchachos que habían luchado contra los piratas aquel día en la playa había vuelto con las tropas que vagaban protegiendo las costas. Bain se casó con Issa, la hija del principal. Dannel no estaba dispuesto a entregar a su única hija, pero Bain podía aportar el botín que había obtenido desvalijando los cadáveres de los piratas.

Gracias a sus ganancias, Gray había conseguido a Anna, la hija del herrero. Después de Dannel, el herrero era el hombre más importante y próspero de nuestra comunidad. Todos los muchachos encontraron un trabajo, y la mayoría también una mujer.

—Ésas son las reglas del juego —dijo Maeniel—. Nunca os dejéis engañar por sentencias de valor, honor, o ni siquiera justicia o verdad. Aunque encontraréis todas esas cosas mezcladas a veces y hay que hacerles frente. Recordad esta verdad principal. Vuestro enemigo está ahí porque él también ha sopesado las consecuencias de la derrota y las acepta. Jugad siempre para ganar, eso es lo único que importa.

Tenía razón. Y los saqueos tenían que terminar. Pero daba igual las operaciones que Maeniel y Gray llevasen a cabo, en un análisis final sólo nos darían un pequeño respiro. Simplemente había demasiados hombres jóvenes y sí, también mujeres, ávidos por sobrevivir pero sin los medios para conseguirlo. Lo arriesgarían todo a cambio de una vida, riqueza y felicidad en el contexto de la guerra, la violencia y los

robos. Así había sucedido en la época de los romanos, y de los griegos antes todavía. E incluso cuando los reyes del mar lucharon por la supremacía sobre el Mediterráneo y los primeros griegos no eran más que tribus en las montañas que se mataban entre sí con sus espadas de bronce, y los pintados llevaron el hierro desde Etruria a la Galia, y las primeras espadas de hierro se fundían en hogueras en las montañas. Por aquel entonces no se pensaba de manera diferente sobre la guerra y su necesidad.

Maeniel creía que los cristianos intentaban cambiar la mentalidad de los hombres, intentaban persuadirlos de que eran hermanos y que debían al prójimo el amor y la protección que toda buena familia debe a sus miembros. Que debían convivir en paz y con piedad.

—Fracasó —dije.

—¡No! —me respondió Maeniel con convicción—. Ese ideal no fracasó completamente. Y como lo que se intentaba hacer era tan difícil, uno podía sentirse satisfecho con el esfuerzo de toda una vida. Yo no puedo decir lo mismo. La mente de Dios es un libro cerrado para mí. Pero él nos mostró qué camino debemos tomar para servir al bien. ¡El bien! ¡Y para buscarlo!

Yo tenía... ¿cuántos? Más o menos diez años cuando me dijo eso, caminando por el bosque intentando cazar algo para alimentar a nuestra familia. Madre y Zarpa Negra estaban a mi lado.

Madre gruñó, un sonido que hacen los lobos apenas audible para los humanos. Lo significaba todo.

Su respuesta lo abarcaba todo. Ningún libro del mundo podría ser tan sucinto.

—Cazamos lo que necesitamos para comer, ya sean ciervos, liebres, caballos, o incluso peces o pájaros. Ellos, tú, porque tú eres una de ellos, se cazan entre sí. Nosotros nos vengamos de sus muchas crueldades y su gran locura. No puedo esperar más que logremos sobrevivirles.

Madre era, como él decía, una maldita sarcástica.

Sí, madre, ella dio forma a mi mente, y en mi corazón soy un lobo.

El sol ya se hundía en el mar, tan bajo, tan oculto en la niebla, que podía mirar la esfera de fuego dorado como si fuera un espejo. El viento se hacía cada vez más frío, y detrás de la silla, el océano tronaba y silbaba contra las rocas.

¡Madre! Ella es parte de la respuesta al abismo. La pregunta: ¿Por qué todo? ¿Por qué no nada?

Ella es la vida y la guía de generación en generación, como mis dos madres lo fueron.

Madre no tuvo una vida fácil, ni siquiera para un lobo. El manto de la procreación la cubrió en su juventud, como última hembra con vida de la manada. Tuvo su primer parto cuando apenas había alcanzado la madurez. No mucho después, Maeniel se convirtió en su compañero, y no muchos años más tarde tuvo que cargar conmigo. Una criatura fuerte, la hembra de lobo, fuerte y comprometida con su obligación.

Pero a la vez era libre y de ninguna manera podía considerarse propiedad de

Maeniel. Si él hubiese vuelto a la Galia la primavera siguiente, ella habría bailado bajo la luz de la luna con nuevos pretendientes y habría continuado con su deber sagrado de asegurar el futuro.

—Eso es lo que hacemos —me dijo en una ocasión.

—¿Por qué? —le pregunté.

Echó las orejas hacia atrás, señal de gran contrariedad.

—¿Por qué el agua baja por las laderas, un río corre al mar? No creo que los de tu especie tengan la más mínima idea. Incluso cuando recuerdo que hace mucho tiempo el hielo y la nieve cubrían todo el planeta, sé que Dios está en mí. El Dios de la maternidad.

Yo era muy engreída.

—Maeniel dice que tenemos que ser discretos en esos asuntos.

—Puedo serlo. Sé cuándo ha habido mal tiempo, los humanos han actuado con especial locura o por qué razón la caza es escasa. Sé que no tengo que atraer a mis parejas en primavera, sino esperar y proteger lo que tengo. Sois vosotros, los de tu especie, los que sois irresponsables, lascivos y tozudos. Un lobo demasiado agresivo se las vería con mis colmillos. Pero vuestros hombres forzarían a una mujer, especialmente si es una mujer que consideran suya, sin pensárselo dos veces. Como si uno pudiera ser propiedad de otro.

Después me dejó sola para que reflexionara sobre sus palabras.

Sí, todo lo que ellos, madre y Maeniel, decían era verdad. Y poco me había importado por aquel entonces. Sólo era una niña que tenía que emprender su camino por el mundo. De poco me servían esos trabalenguas filosóficos.

¡Pero ahora! ¡Ahora! Estaba intentando alcanzar el poder. Y tenía que dar las lecciones sobre amor y guerra que algunos pensaban. Tenía que decidir qué rumbo tomaría mi vida. Como Maeniel había dicho (y como era costumbre, Dugald no estaba de acuerdo), Cristo había señalado el camino para todos nosotros.

¿Podría cambiar las cosas?

El sol estaba bajo, pero todavía bañaba el cielo con su luz. Más allá de la silla en la que estaba sentada, se iban formando grupos en las laderas alrededor del salón de baile del dragón. En los extremos de lo que quedaba del salón ardían las hogueras. Las personas que llegaban para ver mi actuación llevaban antorchas, los candiles y las velas se habrían apagado con el viento omnipresente del mar.

El cielo era una bóveda azul en la parte más alta, todavía alumbrada por los últimos rayos de sol. Pero las estrellas ya se abrían camino entre la oscuridad. Cuando el cielo se volviera totalmente negro y la muchedumbre fuera una isla, un reino de luz entre el cielo, las montañas y el bramido del mar, Kyra me llamaría.

¿Podría cambiar las cosas? Y si era así, ¿cómo? ¿Era la guerra una necesidad eterna entre los humanos? ¿Era necesario que la lujuria y la avaricia determinaran siempre el destino de hombres y mujeres? ¿Sobre todo de las mujeres?

Oí unos pasos y supe que Kyra se acercaba con las señoras del cielo, las señoras

de las viejas casas entre las estrellas. Estaban allí para escoltarme hasta el salón de baile.



CAPÍTULO 27

Las estrellas desaparecieron. De repente estaba en una fosa.

—Felicidades —dijo la voz, cascada y vieja—. Has ganado el derecho a enfrentarte a mí en un combate cara a cara. No hay muchos de tu especie que lo consigan. Pero ninguno ha sobrevivido a esta prueba final.

Arturo intentaba habituarse a la oscuridad que lo rodeaba, la oscuridad siempre cambiante.

—¿Intentas verme? —le llegó la pregunta cargada de ironía.

—No estamos cómodos cuando no podemos ver.

—Vaya, hablas de incomodidad, no de terror. No una locura insoportable y desgarradora.

—¡No! —contestó Arturo—. Simplemente incomodidad.

—Veré si puedo remediarlo.

Parecía que la llama hubiese salido del suelo junto a sus pies, un fuego parecido al de las fundiciones avivadas con fuelles. Desprendía mucho calor. Se alejó, pero entonces otro fuego, más cerca, apareció rugiendo. Y después otro más.

Ahora ya podía ver, pero tampoco era muy tranquilizador. Parecía que una enorme cúpula de metal los cubría a ambos. Estaba sujeta con tornillos de hierro. Aunque pareciera que estaba hecha de un material gris más resistente que el acero (el metal más resistente que Arturo conocía), la cúpula empezaba a deteriorarse y algunas piezas de metal empezaban a soltarse de las gruesas placas. No era que se estuvieran oxidando, sino que era un proceso mucho más lento que las hacía cada vez más quebradizas. Con la bota rozó uno de esos trozos y vio que se desintegraba.

Otra llama salió del suelo e iluminó los troncos que había a lo largo de los muros.

La voz se rió.

—¡Mira! Estamos todos muertos.

Todos muertos, y además ninguno de ellos era humano. Ella estaba sentada enfrente de Arturo, un montón de huesos cubierto con seda, una malla de oro y sombras. Distinguía perfectamente el rostro y las manos. Los huesos de las manos eran largos, y sólo tenía cuatro dedos, no, eran tres y algo que parecía un pulgar muy flexible. La calavera era una auténtica pesadilla, más larga que las humanas y muy ancha en la parte posterior, con mucho espacio para el cerebro. En la parte de delante asomaban los afilados dientes. Le recordaba a un pájaro, un ave de presa, porque los ojos miraban de frente.

El que estaba a su lado estaba cubierto con los jirones de algo que había caído sobre el asiento formando un montón, y que colgaba hasta el suelo. Pero todavía quedaban unos huesos de color marrón rojizo y una especie de ligamentos irrompibles que los mantenían unidos. El resto no eran más que montones de restos irreconocibles, algunos sobre los asientos, otros tirados por el suelo.

Las antorchas que ardían alrededor proyectaban sombras imprecisas sobre una escena digna del mismísimo Príncipe de las Tinieblas.

Arturo se echó a reír.

—No me habría perdido esto por nada del mundo. Pero ¿no te parece que hace demasiado calor?

Hacía mucho. Aunque la cámara mal ventilada era grande, las llamas no podrían seguir ardiendo así durante mucho más tiempo. Si el calor seguía aumentando, no tardaría mucho en caer abatido y asfixiarse.

—¿Es eso? ¿Esperáis que me asfixie? —preguntó Arturo.

—Debes estar aquí el tiempo suficiente. A no ser que... a no ser que quieras quedarte.

Arturo miró al suelo. Muchos lo habían intentado. La verdad es que muchísimos. Había cadáveres en todos los estados de putrefacción, unos pocos húmedos y malolientes, pero la mayoría tenían la piel seca pegada a los huesos como pergaminos. Otros eran montones derrumbados de huesos marrones y una silueta tenue marcada por una calavera, uno o dos fémures o unos cuantos dientes esparcidos.

Cada vez hacía más calor bajo aquella bóveda.

—¿Vas a probar suerte? —preguntó ella.

—¿Y por qué no? —dijo Arturo encogiéndose de hombros.

El agua era un alivio. Estaba gélida, pero no parecía que eso lo molestase. Intentó cerrar los ojos, pero descubrió que no podía. Sentía el agua alrededor de ellos, pero eso era mejor que sentir el aire abrasador.

«¿Qué? ¿Dónde?», se preguntó, mirando al lecho de guijarros en el que estaba. Las piedras resplandecían pulidas por el agua. Mientras las observaba, un pez apareció en el campo de visión de su ojo derecho. Un salmón, negro verdoso por arriba, rojo por abajo.

«¿Por qué no me tiene miedo?». Estaba tan cerca que podría tocarlo. Se movió para alargar el brazo, pero sus músculos no quisieron obedecerlos.

Se inclinó hacia donde estaba el pez. Un sentido exterior le dijo que estaba inclinándose mientras la presión en su costado cambiaba. Con un movimiento elegante y nada humano, se enderezó.

«Yo también soy un pez. Sí, un hombre respira, un pez nada. Ninguno de los dos tiene que meditar mucho sobre eso», pensó.

Quiso subir a la superficie de las aguas ondulantes y brillantes por las que nadaba. Notó la extraña sensación de ir reduciendo la presión cuanto más se acercaba a la

superficie. No necesitaba mirar para saber la profundidad a la que estaba.

Los árboles a las orillas del arroyo lo cubrían de un verde oscuro. El negro de las rocas escarpadas y húmedas, el marrón de los trozos astillados de los árboles que bajaban por el arroyo limpio gracias a la nieve fundida del invierno. Todo eso rodeaba el agua.

«Abajo», pensó, y sus aletas lo impulsaron hacia el fondo.

Más veloz, adelantó al pez que todavía veía a su derecha. Y de repente, asustado, se dio cuenta de que había quedado encallado, la arenilla bajo su estómago, el aire, el aire fresco de las montañas en primavera era un latigazo terriblemente doloroso.

«Unos pocos minutos más y morirás», le advirtió algo en las profundidades oscuras del instinto en su cerebro, y lo empujó hacia el pánico. Pero seguía siendo un hombre e hizo frente al miedo. «¡Piensa!».

En el agua veía bien. Ante él había una trampa mortal, el arroyo continuaba hasta donde podía ver. Además, vio los cuerpos secos y medio comidos de aquellos que habían cometido el mismo error que él.

Una oportunidad. La aprovechó. Un pez puede doblarse casi hasta la mitad si quiere. Y él quería.

Su poderosa musculatura empujó la cabeza hacia la cola. Un segundo más tarde, seguía encontrándose en el agua, pero mirando hacia la zona más profunda. «Ahora, pez, finge que eres una serpiente».

Eso hizo, serpenteando hacia delante, haciendo caso omiso de las aristas de las rocas que a veces le rozaban la delicada piel. Segundos más tarde, era uno más de los habitantes de las profundidades, con las branquias en pleno funcionamiento. Ahora las podía sentir, aliviado al saberse a salvo por el momento.

¡Todos los animales comen salmón! ¡Halcones, águilas, osos, hombres!

Sí. Pero muchos sobreviven.

El fondo del arroyo era un camino, un túnel lleno de luz cubierto por una superficie que le mostraba imágenes rotas de un antiguo bosque de pinos, tejos y árboles perennes. Un sendero de agua cristalina empedrado con guijarros brillantes. Él, y algunos más que habían descansado lo suficiente, empezaron a recorrerlo, esta vez con más cuidado. Siguió el canal más profundo.

Oyó los rápidos. Tenía unos oídos bastante rudimentarios, pero los cambios de presión y el empuje de los remolinos lo alertaron de su presencia. Subió a la superficie. Se dio cuenta de que ése no era el mejor sitio.

Vio las cascadas, una serie de escalones poco profundos cubiertos de ramas caídas que había ido arrastrando la corriente, el verde esmeralda de las hojas nuevas de los álamos, los sauces y los fresnos de la ribera.

Un lugar muy bonito, pero muchos problemas para un pez.

Volvió a las aguas poco profundas, pero para hacer eso tenía que cruzar la parte más profunda del lago sobre el que caían las cascadas.

¡No! No más imprudencias. Se había dado cuenta de que la mayoría de los peces

que se adentraban en el lago se ponían a un lado u otro de las oscuras profundidades. Avanzó sin problemas entre ellos, atento hasta que llegó a un agujero profundo bajo un sauce, un sauce ya viejo, medio podrido, cerca del pie de la primera cascada.

«Un pez. Soy un pez», pensó mientras se sumergía hacia el fondo. «¿Soy un pez?». Y se dio cuenta de que, entre los muchos peligros que lo esperaban allí, había uno con el que no había contado si llegaba demasiado lejos. ¿O sería que si se habituaba demasiado a su nueva forma, podría olvidar quién había sido antes? Quién había sido. Y, de hecho, los recuerdos como humano parecían ir haciéndose más débiles a medida que escuchaba más al pez. A medida que las imágenes de los costados plateados recorrían su mente.

Se le entrecruzaban por encima. Por lo menos una docena. Atacó, sintiendo los dientes en su garganta. Morder, saborear, tragar. Incluso en su descenso hacia el fondo.

No eran muy listos los de ahí arriba, seguían avanzando veloces como antes. Pero entonces su mente comprendió su exquisito sistema.

Las *cachipollas* formaban un enjambre, posadas sobre el agua por docenas con sus alas de encaje verde. Algunas comerían y morirían, pero el resto comería, y eso era lo importante. Pero si era importante para ellas, y ellas eran importantes para él, ¿no podría él ser importante para alguna otra cosa?

¿Qué?

Nadó más hacia el fondo, apoyado sobre el fango, las aletas casi inmóviles.

¿Qué? ¡Nada!

Entonces un lucio lo miró desde la penumbra. Un pez no puede contener la respiración, ¿verdad? Pues él se sentía como si lo hiciera.

El primero estaba delicioso, pero el segundo que fue a buscar podría ser el último. Pero entonces, él no podía ser el único que estaba de caza. ¿O sí?

Un segundo después, vio las mandíbulas cerrarse con un chasquido sobre otra sombra plateada, el vientre rojo convertido en una masa escarlata bajo la luz de la superficie. Las mandíbulas que lo habían atrapado eran tan grandes como él. La sangre tiñó el agua, la pudo sentir cuando le pasó por las agallas. Vio desaparecer el lucio en las profundidades con el salmón que todavía se debatía entre sus dientes. Estudió con la mirada el lago, había mucho movimiento, aunque la mayoría eran peces pequeños.

Quien nada arriesga, nada gana. Mordió una y otra vez, hasta que estuvo lleno. Y después, poco a poco, salió de las aguas poco profundas y se lanzó hacia delante. Del salto salió del lago y llegó a la charca más pequeña que había en el primer nivel de las cascadas.

«Llegar arriba». El pez iba ganando terreno. Todo lo que tenía que hacer el hombre era dejarse llevar, pero él no haría eso. Sabía que haría caso al pez.

«¿Cómo salta un pez?». La pregunta lo entorpeció. El salto del salmón, una táctica de los guerreros.

«¡No pienses! ¡Actúa! ¡Arriba!». Y, tras un breve vuelo, se encontró en la siguiente laguna.

Las cascadas eran la presión del embate de una ola. No vio al oso hasta el último momento. Estaba pescando en la orilla, casi en la parte más alta. No tenía tiempo para saltar, no tenía tiempo para nada más que lamentos y una pregunta.

«¿Qué haría si fuera un pez?».

Las atroces mandíbulas se cernían sobre él. El pez ejecutó la orden, pero el hombre la dio. Un golpe vigoroso de la musculosa cola y el oso apareció con ojos, hocico y boca llena de agua helada. Se tambaleó hacia atrás con un gruñido, balanceando una zarpa, armado con garras relucientes.

El salto del salmón de los héroes, y el pez nadó contracorriente en lo alto de las cascadas. Saltaba como un pájaro en pleno vuelo.

Esta vez ya no parecía que estuviera muerta, y vagaron por un bosque extraño, embrujado, oscuro incluso de día. Estaba dolorosamente silencioso, ni el zumbido de un insecto ni el trino de un pájaro. Caminaban siguiendo el lecho del río. Se preguntó si sería el mismo río, pero ella, avanzando a grandes zancadas, le contestó:

—¡No! Aquí nada tiene vida. Ni siquiera el río.

Había sido hacía tanto... Los árboles eran verdes, con troncos suaves, altos, de color verde oscuro en la base, pero aclarándose a medida que se acercaba a la copa, retorcida, llena de hojas. A veces alcanzaban treinta metros de altura o más. Veteados por la luz, los suaves doseles se movían graciosamente con la más ligera brisa, permitiendo que la luz llegara hasta los helechos y el musgo que crecía con igual abundancia en el lecho del río bordeado de rocas.

Ella tenía una hermosura inquietante. Alta, más que él, la cabeza cubierta con un penacho de plumas blancas que la moldeaba suavemente, como si fuera un pájaro. Su rostro estaba cubierto de plumas más finas aún. Los colmillos largos y poderosos le sobresalían de la mandíbula, más bien pequeña. Su cuerpo (podía verlo bastante bien a través de su túnica de malla de oro y los pantalones largos) también estaba cubierto de plumas, hasta los pies, que tenían unas garras finas, como las de los pájaros. Hasta los dorsos de las manos de largos dedos estaban cubiertos de plumas, aunque parecían extrañamente desnudos cuando las abrió, enseñando la palma y los dedos. Sus ojos también eran los de un pájaro, marrón claro con el iris ribeteado de negro; y la pupila se contraía hasta hacerse diminuta en un instante, para luego convertirse en un pozo negro.

—¿Nada tiene vida aquí? —preguntó Arturo—. ¿Ni siquiera tú?

—No.

—Así que hay vida después de la muerte.

—No, pero hay algo, al menos para mí. No sé lo que esperará a otros, pero sea lo que sea, no es vida. Vida sólo se tiene una. Haz buen uso de ella.

El viento sopló con un poco más de fuerza y los árboles susurraban al moverse las marañas de ramas y las finas hojas. Arturo tocó uno de los troncos verde oscuro.

Estaba ligeramente abombado en un complejo dibujo de marcas de hojas. Pero así era como crecían, y observó que las plantas que había, en los brotes que crecían cerca del lecho del río, eran muy simples. También cuando acababan de nacer salían directamente de la tierra, los brotes se dividían en muchas ramas pequeñas, en las que crecían hojas también pequeñas y suaves, casi tan suaves y ligeras como plumas.

A medida que la hierba... el arbusto... el árbol crecía (de alguna manera era las tres cosas al mismo tiempo), el tallo se expandía en la base desde el interior, no como los árboles que crecen alrededor de la corteza exterior, sino en una suave curva. Y la razón de que crecieran tan juntos es que eran enteramente verdes, incluso bajo las sombras de los altísimos árboles.

—¿Qué es? —preguntó Arturo, acariciando los troncos lisos que casi parecían tener vida.

Ella recorrió con la mirada el enorme árbol que tenían más cerca, cubierto a lo largo de todo el tronco con el follaje de plumas.

—Musgo. Musgo. No muy diferente a la suave alfombra que estás pisando.

Miró el musgo que crecía bajo sus pies, en algunas zonas tan fino que parecía terciopelo. También había otro tipo de musgo grueso como almohadones, que cubría los espacios entre las rocas tapizadas con terciopelo. Entonces el sol se puso, envolviendo al mundo de una penumbra verdosa, y la lluvia empezó a enviar sus cortinas de plata húmeda entre los árboles pegados entre sí. El riachuelo que corría por el lecho del río aumentó su volumen y reflejaba el gris del cielo, luego azul cuando las nubes de tormenta pasaron, de nuevo empujadas por el viento.

Un ruido seco, como un chasquido, se oyó en el bosque, el único sonido en aquel silencio omnipresente. Alrededor los pasillos de árboles, tupidos, casi impenetrables, repetían el sonido.

—¿Qué es eso?

—Sus almas hablan. Tras la lluvia, las piñas hembra, ésas, las maduras, se abren y dejan que el viento se lleve las esporas. ¿Lo ves? Si te acercas, las puedes ver contra el fondo de las hojas.

Logró distinguirlas. Docenas y docenas caían sobre los almohadones verdes de los árboles gigantes.

—Sssh —susurró ella—. Escúchalas.

Eran tantas la piñas que crujían que parecía el redoble de unos tambores, como si un ejército invisible cabalara a través del bosque de musgo.

—Vida —dijo el joven—. Éste es el sonido de la vida, pero tú eres la Reina de los Muertos.

—De eso habla la muerte, de la vida.

Se despertó en medio de la oscuridad. Oscuridad absoluta.

«Es cierto que estoy tentando mi suerte», pensó.

Cuando intentó moverse, sintió náuseas. Intentó expresarlo emitiendo algún sonido, y lo que oyó fue un silbido.

«Bueno, y qué otra cosa puedes esperar si eres una serpiente», pensó.

Muerte. Ella había hablado de muerte. La muerte despertó a la... serpiente que era.

No le importaba morir. Nada le importaba mucho. Era demasiado simple.

Pero esa sencillez absoluta abría las puertas a otros reinos. Era muy viejo. La mente de la criatura, incluso la del pez, no parecía tan atterradoramente vieja.

¿Soy, fui, seré? Todo era lo mismo para la serpiente. Está lo múltiple y el uno. Yo soy el uno, a no ser que la muerte me alcance.

Hay muchas muertes, pero todas son una y como yo, la muerte es una y múltiple. La muerte llega desde arriba sin avisar, un halcón o una piedra que cae es lo mismo para la serpiente. La muerte llega por abajo con previo aviso, pero inevitable de todos modos. Muerte a mano de un depredador: jabalí, comadreja, nutria, lobo, gato, humano. Muerte por sopor o por frío. Ésas eran ahora las amenazas de la serpiente.

El invierno ya había terminado. Sacó la lengua y sintió el aire. La guarida seguía fría, pero fuera brillaba el sol. El aire que había sentido la serpiente era tibio.

Comer o morir. Las cosas son muy simples para una serpiente. Pero sabía que el animal puede convertir la paranoia en un gran arte.

Madre mía, la criatura se podía mover muy bien. Apunta con la cabeza y el resto irá detrás. La serpiente sale de la guarida lentamente, con cuidado, probando el aire, analizándolo a su alrededor para sentir el foco de calor que indica la proximidad de un gran depredador.

¡No! ¡Nada!

Ah, tibieza.

Simple. El humano Arturo no sabía que la simplicidad pudiese ser así de absoluta, de pura. La gratificación tan intensa, la experiencia tan global.

No pensar, ser.

Sí, después de un tiempo, eso ya era suficiente. Avanzaba hacia un sendero de hierba verde a la sombra de una piedra redondeada.

Probar el aire, probarlo cada segundo más o menos. La lengua bífida y la mente trazaban el mapa del mundo. Una piedra a la que daba el sol por un lado. Un lago, no demasiado grande, pero lo suficiente alto como para albergar peligrosos huéspedes. Al otro lado, un bosque. Los seres vivos eran puntos brillantes de calor. Pájaros, las crías en las ramas más bajas de un pino.

Demasiado alto.

Un árbol caído, todavía medio verde, un arce, las ramas resplandecientes con miles de hojas nuevas verdes. Ese punto en la base, en la parte podrida, ratones, una familia entera. Habían roído un agujero en el árbol, demasiado pequeño para que él pudiera entrar.

Retener eso, y el recuerdo se colocó entre los otros, sólo unos pocos, como cuentas de un collar, cada uno diferenciado, completo, plasmando el sentido que siempre tendrá. El árbol se estaba pudriendo, el espacio de los ratones era bastante

grande. Por el momento estaban a salvo, la corteza del árbol seguía intacta. No la roería. Pero la madera se pudriría.

La laguna a la izquierda de la piedra redondeada. Las ramas secas de los arbustos muertos en invierno bordeaban la orilla cerca de la piedra, apiñados alrededor de un pequeño sauce caído. Un sauce como ése seguía con vida y formaba una cortina de ramas, aislando la laguna de los arbustos. El tronco estaba inclinado.

¿Un lugar perfecto para descansar? La mente del hombre preguntó a la mente de la serpiente.

Prueba el aire. No. Nada. Ningún pájaro. Ninguna nutria. Agua fría, árboles tibios y juncos.

Puntos fríos moviéndose: peces, ranas, insectos.

Comer por la noche. Comer o morir.

«Las odiamos. No las entendemos en absoluto, pero las odiamos», pensó el hombre, pensó Arturo.

Escudriñó el pozo profundo y oscuro de la mente de la serpiente. Buscaba aprobación, la encontró y avanzó hacia el sauce caído. Apunta con la cabeza y el resto irá detrás. ¿Las serpientes pueden subir a los árboles? De hecho, son muy buenas trepadoras.

Llegó a una de las ramas del sauce. Se apoyaba contra la piedra. En calor gracias al sol y empujado por el hambre, se movía rápidamente, la cabeza levantada, alrededor de la rama fina, su cuerpo invisible contra la corteza gris verdosa.

Arriba.

«Ah», pensó el hombre. La serpiente sintió el pájaro. La lengua se asomó, tibia.

La mente de Arturo se embotó. La serpiente era totalmente otro.

Claro. Ésa era la muerte sin aviso: la estaba viendo. Sabía que la serpiente tenía que ser más rápida que el pájaro.

No, más rápido es peligroso.

¿Dejarse caer?

No. Demasiado ruido. Otros seres poblaban el agua. Pueden oír. Debía moverse y esperar que el pájaro no lo viera.

Sin huesos, como una cuerda, sujeto con fuerza a la rama, deslizándose hacia el suelo mientras su cuerpo giraba alrededor del centro de la rama. Primero un ojo, luego el otro miraron hacia arriba. El pájaro empezaba a caer.

Pero se mantuvo constante, entendiendo ahora por qué. Mientras se moviera siempre a la misma velocidad, los ojos del pájaro no podrían distinguirlo con claridad. Cualquier movimiento brusco sería como un fogonazo de certidumbre en la mente del halcón. El movimiento lento y constante casi logra convencer al halcón de que se había equivocado, pero le había parecido tan claro que descendió para mirar desde más cerca.

La serpiente se arriesgó. Debía comer para sobrevivir. Detenerse ahora, llevado por el terror, significaría una muerte segura. Incluso un halcón pequeño era mortífero

para la mayoría de las serpientes. Arturo los había visto cazar y sabía que nacían sabiendo matar. Si era posible, agarraban a la serpiente por detrás del cuello. Cuando las garras se clavaban en el cuerpo, el pico afilado y mortal cortaba la cabeza.

Una serpiente era una presa muy preciada. Nada se desperdiciaba, la comían desde la cabeza hasta la cola. Toda entera.

Una cosa es admirar la eficiencia en un plano abstracto, otra considerarla respecto a uno mismo.

Pero la fría astucia de la serpiente también era de nacimiento, como la habilidad del pájaro. Le marcó el camino, y se lanzó al agua antes de que el pájaro se acercara lo suficiente para ver con claridad la serpiente y se encorvara, la caída del depredador cuando golpea a su presa.

La serpiente se movía por la oscuridad verde y húmeda, estaba tibia, tras la cortina de ramas del sauce. Y desde las sombras, el sigilo establecía que podía ver el sol de la tarde iluminando la zona central de la laguna. Sobre la superficie había piscardos. También había zapateros, que rizaban la fina capa de moléculas que no eran ni del agua ni del aire, sino que flotan entre los dos mundos. Las libélulas, muchísimas, brillaban como lentejuelas de un vestido de fiesta.

La serpiente llegó al tronco inclinado del sauce y subió, con las escamas del vientre sujetándose sabiamente a las grietas ásperas de la corteza, hasta que se encontró a unos pocos metros sobre el agua, oculta entre las frondosas ramas que colgaban del Árbol. Arturo las había visto tumbadas como él estaba ahora en los días de verano, cuando vadeaba ríos y arroyos. Nunca las había molestado, y ahora se alegraba de no haberlo hecho.

La serpiente atrapó una libélula con una velocidad asombrosa. No sabía demasiado bien. Los piscardos eran mejores. Como los peces, tenía los dientes para atrás.

¡Ahora! La libélula no había sido más que el aperitivo.

Arturo estaba incómodo. No podía dejarse llevar por la serpiente como había hecho con el pez. No quería fundirse con un animal así. Pero sentía que si se permitía el simple papel de observador, el animal moriría. Y ésa era la prueba.

Lo comprobó cuando vio pasar bajo el tronco la sombra de una víbora nadando por las aguas iluminadas por el sol. No era más que una silueta en la translucidez verdosa y turbia, pero vio con claridad la cabeza plana, más ancha por la parte de detrás, con forma de cuña, unida al cuello que se estrechaba hasta dar al cuerpo grueso, más ancho que alto.

Las serpientes venenosas tienen su propio perfil. Único.

La serpiente había aceptado esa verdad y venía aquí a cazar. Faltaba por ver si el propietario de la charca pasaría por alto su entrada sin autorización. La víbora era dos veces mayor que el cazador bermellón que Arturo habitaba. Su compañero sería una buena cena.

Víboras. Donde hay una, suele haber más. Pero no se movió, incluso un ojo

humano lo habría confundido con la corteza.

¿Dónde, ay, dónde estaba la otra?

Sus ojos recorrieron los juncos y las juncias muertas durante el invierno, los tallos marchitos de las aneas, el verde claro de la hierba que crecía entre el agua en los márgenes de la laguna.

Entonces se dio cuenta. Si no estaba en ninguno de esos sitios, estaría...

Detrás de él.

Si hay algo que saben hacer las serpientes, es moverse con rapidez. Se dio media vuelta formando un arco. La víbora ya estaba atacando.

Balanceó la cabeza con movimientos amplios y se lanzó sobre la cola de la víbora, clavó los dientes en el extremo. Se balanceó como un látigo. Arturo volaba por los aires, pero no importaba. Tensó todos sus músculos y torció la cabeza hacia la izquierda. Notó el crujido del cuello de su oponente.

Sólo había estrellas. Flotaba en el mar de estrellas, y no había arriba, ni abajo, ni tierra, ni cielo. Sólo el arco del camino de estrellas, la Vía Láctea, sobre él. Estaba muy cansado, pero era un alivio tener brazos y piernas y ser de nuevo un hombre. Tenía una sed insoportable, sus ropas eran harapos, parte del pelo y la barba quemados.

Ella no estaba muy lejos. Arturo se arrodilló. Le temblaban los brazos, y le costaba obligarse a sí mismo a incorporarse.

—¿Ha sobrevivido la serpiente?

Ella se echó a reír.

—¿Y eso qué importa? Al final, tú no vivirás, es así. Ningún hombre puede tentar su suerte demasiado tiempo.

—A mí sí me importa.

—Sí, sí ha sobrevivido. Después de enfrentarse con la víbora, comió algunos peces pequeños y una rana. No gran cosa, pero suficiente para superar la época de frío. Más adelante, ese mismo año, se apareó y tuvo crías.

Arturo miró sus ropas sucias. Incluso con la luz de las estrellas veía lo andrajosas que estaban.

—Cuando nos adentramos en el bosque... —empezó a decir.

—En realidad no estábamos allí —respondió ella—. Sólo tú estabas con el pez o la serpiente.

—¿Y ahora estoy aquí?

—No puedo decírtelo.

—Sólo tengo una pequeña necesidad. Pero espero estar presente de tal modo que pueda satisfacerla. Me gustaría beber un poco de agua.

De repente, se encontró de nuevo en el bosque, justo al pie de la meseta en la que había estado prisionero la primera vez. Estaba en el mismo pedregal en el que había encontrado la extraña vasija que parecía haberle devuelto a Tintagel durante unos segundos. Ella también estaba allí con él.

La vasija estaba a sus pies. Arturo hizo ademán de arrodillarse. Pero ella no se lo permitió.

—No. Cógela y pon los dedos en la parte interior del borde. Tócala, pero no metas la mano demasiado y llegues al fondo, la parte de poder.

Extendió el brazo derecho y tocó el borde. Se oyó un chasquido muy suave y la vasija se movió de su sitio y se le quedó pegada a los dedos, alzándose con su mano cuando dobló el brazo.

—Ves, ya te conoce —dijo ella.

La vasija estaba medio llena de agua y tenía una cruz de oro. No exactamente una cruz, sino un círculo con extraños símbolos como brazos, cuatro brazos, todos diferentes entre sí. Uno de ellos tenía forma de media luna y dos óvalos, otro forma de gancho y óvalos, el tercero otro óvalo y un símbolo sinuoso en forma de media «S», la mitad de abajo; y en el último los óvalos se unían con líneas curvas. Las extrañas marcas brillaban con luz clara desde el interior, pero no con la fosforescencia azul y fría del agua en invierno o de la madera podrida. Su brillo era acogedor, sombreado, como los rayos de sol a través de ámbar.

Sujetó la vasija de forma más cómoda, entre las dos manos.

—¡Ahora bebe! —le ordenó ella.

Obedeció, y el agua de la vasija le bajó por la garganta, y no sólo apagó su sed, sino que le dio calor, fuerza, y lo llenó de una seguridad tranquila que nunca antes había sentido.

—¿Está limpia?

—Esto no es un concurso —respondió ella.

Se defendió instintivamente. El pájaro le iba directamente a los ojos.

El cuervo chilló y explotó en una maraña de plumas negras. Cayó al suelo, y se dio cuenta de que no lo había matado, porque alzó el vuelo y huyó.

Algo lo golpeó en el hombro, y sintió una picadura. Esta vez se movió más rápido todavía, y el estornino murió cuando su pico enorme y ganchudo se cerró sobre él.

Los pájaros pequeños que lo acosaban retrocedieron, peleándose entre ellos. Aquello les había metido el miedo en el cuerpo.

Entonces una ráfaga de viento helado lo golpeó. Se encorvó y ahuecó las plumas para protegerse del golpe de frío. El sol era un disco naranja pálido en el horizonte. Llegaba la noche a un campo devastado. Alrededor de él había un bosque ennegrecido y muerto, el rastro de un incendio que lo había quemado todo hacía sólo unas semanas.

«Muy lejos he volado, y en todas partes encuentro desolación», pensó el pájaro.

No era propio de los pájaros de presa pararse a pensar en el resto de especies, pero esto era demasiado incluso para ellos. Y el pájaro sabía, con dolor y entrega, que pronto moriría. Hacía ya una semana que no encontraba comida, y se moría de hambre.

«No exactamente. Esto supondrá mi muerte», pensó Arturo. Se quedó de piedra

por la incompreensión de su compaero.

No es que nos demos por vencidos. Ni siquiera se nos pasa por la cabeza. Pero es así, el pájaro, un águila joven (su sexo fue una auténtica revelación), había agotado todas sus reservas. Hacía ya un mes que viajaba sola. En dirección a las montañas de las que venía, las sobras eran bastante buenas. Pero no podía quedarse en el territorio de sus padres, y todos los demás estaban ocupados.

Así que emprendió el viaje, guiándose por las estrellas y el movimiento de la Tierra sobre su eje. Sobrevolando la llanura, adentrándose en la destrucción causada por la guerra.

Al principio por lo menos encontraba carroña. Descansó varios días cerca de un campo de batalla, limpiando los huesos apilados por todas partes, vencedora de las disputas con los otros pájaros para mantener su posición. Hasta que se había acabado toda la comida que había y los carroñeros se vieron obligados a alimentarse de los roedores que sobrevivían royendo las articulaciones y las montañas de huesos que una vez fueron hombres y caballos. Y al final acabaron alimentándose de los trozos de piel de las armaduras y los aperos.

Cuanto más avanzaba, mayor era la desolación. Casas y pueblos quemados completamente, ganado muerto en los compartimentos, establos, corrales y pastos. Patos, gansos y pollos cocinados y devorados por el ejército en su marcha.

Los incendios en los bosques se produjeron cuando los ejércitos prendieron fuego a los cultivos de los campos. Hasta los huertos estaban destrozados y los árboles talados, cargados de fruta todavía verde. El mismo destino aguardaba a las gentes. Los que no servían para venderlos como esclavos fueron asesinados en cualquier sitio. Los hierbajos empezaban a crecer entre sus huesos.

Su última presa había sido una liebre escuálida, hacía prácticamente semana y media. En este momento estaba sobre la rama más alta de un pino ennegrecido, contemplando el bosque quemado y la casa labriega bajo ella, soportando el frío y sacudida por el viento que anunciaba nieves.

Él contempló con alegría su conversión en pájaro. Lo prefería, aunque la ferocidad pura de la mente del ave era aterradora. A pesar de eso, sentía una especie de conexión con el animal, ya que él ocultaba en las partes más oscuras de su espíritu la misma furia insaciable aguardando, sometida por un férreo control, hasta que llegara el momento del enfrentamiento, cuando pudiera liberarla sin impedírselo su conciencia. Una fuerza salvaje, con la que aterrorizar y luego destruir a su enemigo.

Sí, ella era como él, sin dar cuartel ni permitiéndoselo a ella misma.

«Somos, incluso en estas condiciones extremas, algo bueno», pensó Arturo.

La creciente oscuridad echó a los pájaros que seguían molestándolo, y se quedaron solos. Era asombrosa. Arturo habría dado lo que fuera por esas garras que se aferraban a la rama. Estaban armadas con unas uñas de cinco centímetros de largo y tan fuertes que podían romper el cuello de una cabra adulta. A pesar de estar muriéndose de hambre, las enormes alas estaban en perfecto estado y la llevarían

sobre las cumbres más altas del mundo.

Sus ojos eran asombrosos, y de hecho, en ese preciso momento demostró lo buenos que eran. Se movió una sombra en lo que había sido una especie de casa al pie del pino. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y se fijaron en una rata que hurgaba entre los granos carbonizados que había junto a los restos de un gallinero ennegrecido.

El hombre tuvo un segundo para asombrarse de la destrucción tan impresionante y absoluta que abarcaba incluso a las aves de corral. Su siguiente pensamiento fue que una inteligencia superior no es siempre una ventaja, a veces sólo es una distracción. Pero no para ella.

Se sobresaltó al darse cuenta de que el ave había emprendido su descenso en picado mientras él todavía estaba considerándolo. Era veloz, silenciosa e infalible. Ni siquiera se molestó en batir las alas ni una sola vez. En cuanto las desplegó, planeó graciosamente, hasta llegar a pocos centímetros de la rata.

Arturo vio que la rata miraba hacia arriba una vez, cuando el águila ya se cernía sobre ella. Su expresión era de sorpresa, y fue para lo único que tuvo tiempo, para la sorpresa.

Unos segundos más tarde, estaba de nuevo posada en su rama del pino. Había rata para cenar. No era suficiente, pero era algo. Un aperitivo para un pájaro de su envergadura. El viento seguía castigando al animal. Se encorvó y ahuecó las alas para protegerse del frío cada vez más intenso mientras acababa su comida. Cuando tuvo el buche lleno, dormitó un rato.

Arturo se dio cuenta de que ella estaba contenta de que lo acompañara. Esto lo sorprendió, hasta que pudo explorar más profundamente la conciencia del pájaro y descubrió que tenía capacidad para el amor y la lealtad.

No hacía sus crías. Las aves de presa tienen que superar su primera prueba en cuanto rompen el cascarón del huevo a picotazos. Y muchas no la superan.

No, sus fuertes sentimientos estaban reservados para el compañero con el que un día se uniría para dominar un territorio y criar. A él lo querría. Y Arturo sabía que se amaban. Lo había comprobado una vez que uno de los Osos había capturado a un joven azor. Su compañera no lo abandonaba de ninguna manera, sino que se quedó cerca e incluso trataba de alimentarlo a través de los barrotes de la jaula que habían guardado en las caballerizas. Aquello conmovió a Arturo. La mayoría del resto de los muchachos se lanzaron entusiasmados a la caza de la hembra.

Pocos días después, Arturo se dio cuenta de que le entraban ganas de llorar cuando veía a los dos pájaros intentando pasar a través de los barrotes de la jaula para estar juntos. Así que dio al dueño del azor un puñal con la empuñadura de oro a cambio del azor y lo liberó. El pájaro se alzó hacia el cielo haciendo espirales, y las nubes le dieron la bienvenida con exclamaciones de la más pura alegría que él jamás había oído. Entonces se echó a llorar, y se alegró de que nadie lo viera.

¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer ahora... por ella?

Ella se alegraba de que estuviera allí. Se había sentido tan... sola.

Ya era de noche, las estrellas brillaban, una malla de belleza atemporal que parecía atrapar la eternidad entre sus redes resplandecientes. Ella y su especie habían convivido durante mucho tiempo. Los humanos habían tenido el respeto de las aves. Pero ya no. Era imposible domarlas, aunque aceptarían como compañero de caza a un humano si se las convencía. Las mujeres y los hombres amantes de la cetrería sentían un respeto reverencial por las aves. Eso era lo que necesitaba inmediatamente: uno de aquellos fanáticos.

Volamos.

Ella voló.

Ella no podía tener sus conocimientos sobre la guerra y sus limitaciones. Por un momento, Arturo se sintió inmerso en el júbilo de sus poderosas alas, que lo alzaban más y más, por encima del bosque quemado. Las casas abandonadas, las ondulantes colinas, los pastos llenos de maleza, las villas con rejas de la ocupación romana todavía en pie, pues sus muros eran de piedra y eran imposibles de quemar. Los tejados largos abiertos a la lluvia. Era lo que primero había caído.

Las pocas ciudades que estaban amuralladas eran montones de escombros ennegrecidos. De vez en cuando veía luces, y ella amablemente descendía y enfocaba sus magníficos ojos en los pocos supervivientes furtivos de la larga guerra. No daban lugar a muchas esperanzas. La mayoría, como el águila, luchaban por sobrevivir en medio de lo que parecía una catástrofe universal.

Arturo le pidió que se dirigiera a las montañas. Allí, en los tupidos bosques de las estribaciones, escondidos en un terreno tan rocoso y accidentado que era imposible cultivar nada, había un grupo de supervivientes. En verano se dedicaban a llevar el ganado a pastar a las montañas. Durante el invierno robaban a los viajeros en su camino, a través de lo que una vez fueron ricos prados, al mercado, todavía en funcionamiento de París. Las recompensas bastaban para mantener vivo el comercio, y los ladrones se contentaban con ser sobornados.

Nada en aquel pequeño valle adusto era fácilmente accesible. Todos los lugares estaban fortificados de una manera u otra. Había casas redondas, como las que su pueblo construía, y el águila se posó en el tejado de la más grande. Costó un poco persuadirla, pero al final se coló por el hueco para el humo y se posó en una de las vigas.

Arturo estaba encantado. Era el grupo de hombres más bravucones, aterradores y de peor pinta que hubiera visto jamás. El líder era un pelirrojo grande como un oso, que sólo llevaba unos pantalones, ni rastro de la camisa. Pero eso no tenía mucha importancia, porque estaba cubierto de un pelaje pelirrojo que habría sido la envidia de cualquier oso. Y acababa de compensar su falta de camisa con numerosas joyas. De su cuello colgaban dos torques y un surtido de cadenas de las que pendían valiosos medallones.

Pero lo mejor de todo era que por lo menos había media docena de halcones

encapuchados sobre perchas colocadas contra los muros. Y el guano bajo ellas no dejaba duda alguna de que su nutrición y comodidad eran lo primero.

No había muebles, y el líder y sus hombres se sentaban sobre pieles formando un círculo amplio alrededor del hogar. El líder hablaba a un joven alto y atlético que estaba junto a él.

—Sigo sin comprender por qué no puedes contarme cómo descubriste que estaban actuando por los alrededores.

—La pregunta es el origen de la mentira —respondió el joven.

El resto del grupo se rió del líder, y esto no le parecía molestar lo más mínimo.

—Tendrían que enseñarte a respetar a tus superiores —dijo alguien.

—Respetaré a mi superior cuando lo tenga delante —respondió el joven—. Por aquí no lo veo.

Otro estallido de carcajadas.

—No iría mal ser tan comedido —dijo el líder.

Había por lo menos tres animales asándose sobre el hogar. Un ciervo, un jabalí y algo que parecía un caballo. El líder degustaba el primer plato, cochinito. Los perros estaban tumbados alrededor del fuego. Un bonito sabueso gris frotó el hocico contra la mano del hombre, y éste le dio una pata del cochinito. Cuando otro perro de caza más grande trató de arrebatárselo, el líder le golpeó en el morro. El perro gimió y se cubrió el hocico con las patas delanteras. El líder se ablandó y le dio un poco de otra pata.

—Tendrías que rendirte, Cregan —dijo uno de los filibusteros—. Zarpa Negra nunca te dirá cómo descubre esas cosas.

Cregan resopló.

—Tienes razón. Pero si vosotros, panda de canallas, no le hubierais hecho tan insolente, quizá pudiera sacarle alguna verdad.

—No hay ninguna verdad en ninguno de vosotros —dijo el joven—. Si no fuera así, no estaríais aquí.

—De todos modos, ya lo hacemos mejor desde que dejaste de merodear por el bosque —dijo Cregan.

»Me dijiste que querías aprender el arte de la guerra y la lucha —continuó—. Y te diré que has escogido el mejor lugar para perfeccionar tu educación. No recuerdo ni un año de paz en toda mi vida, ni en la de mi padre. Ni en la vida de su padre. Y sin embargo creo que debemos sentirnos agradecidos por haber sobrevivido a los romanos y a los francos. Ahora tenemos que enfrentarnos con los hunos.

—Son hombres increíblemente ricos, además —intervino otro hombre—. El grupo al que tendimos una emboscada ayer iba cargado de oro. Tuvimos nuestra buena recompensa por cortarles la cabeza. Vaya, resulta que los señores de las villas pagan bien, y ahora es todo nuestro.

Y la verdad es que parecían ricos. Todos los hombres tenían por lo menos un torques de oro; la mayoría también llevaba cinturones en los que resplandecía la plata

y las piedras preciosas, y las empuñaduras de los puñales, las espadas y las hachas arrojadizas tenían gemas incrustadas. Algunas armaduras y mallas adornadas con lingotes, cadenas, anillos, brazaletes y cascos bruñidos conformaban sus equipos.

Sin embargo, las armas y las joyas eran lo único que estaba limpio de toda la estancia; por todo lo demás, parecía que los hombres se hubiesen frotado el pelo con Cai o grasa y que no se cambiasen de ropa más que cuando se les deshiciese entre las manos. Pero en lo que al águila respecta, aquello era un mal menor. Lo único que le preocupaba eran los tres animales que estaban a punto de comerse. Tenía un hambre insoportable.

Descendió de las vigas y se posó justo a los restos del ciervo, intentando llenarse el buche lo más rápido que podía. Los hombres gritaron. Unos pocos se pusieron de pie dispuestos a coger las armas. Las elaboradas hachas arrojadizas preocupaban a Arturo. Pero Cregan se quedó sentado, mirando el ave con asombro y placer.

—¡Quietos! —rugió—. Si alguno le pone una mano encima o le roza una sola pluma, le quitaré las ganas de hacerlo con mi puñal. Ven, bonita. Mi preciosidad, la dama de las alturas. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Déjala tranquila —dijo Zarpa Negra—. ¿Cómo molestas a una invitada de tan alta alcurnia antes de que haya comido y bebido hasta saciarse?

—Ay, muchacho. Tú y yo seremos amigos para siempre. Me entiendes tan bien.

—¿Qué es? —preguntó otro de los hombres—. Es demasiado grande para ser un halcón.

—¡Idiota! Se trata de un águila hembra, la reina de las aves —contestó Cregan.

Ella dejó de comer y miró a Cregan a los ojos.

—Muchacho, dame mi guante más duro —pidió éste a Zarpa Negra.

Zarpa Negra asintió y se apresuró a hacer lo que le decía. Volvió con un guante halconero de piel de buey. Cregan se lo puso y esperó educadamente hasta que el pájaro terminó de comer. Entonces alargó el brazo y ella se posó en el guante.

Arturo estudió el rostro de los dos hombres, Zarpa Negra y Cregan. Lo mismo hizo el águila.

—Uno debe vivir —le dijo a ella—. No es esclavitud, sino fraternidad.

El silencio del ave significaba conformidad.

—No puede sobrevivir por estas tierras —dijo Zarpa Negra a Cregan.

—La mayoría no lo logra, muchacho. Ya no.

Entonces echó a volar, sobrevolando en círculo las cabezas de los hombres. Después, bruscamente, subió más y salió a través del hueco por el que había entrado.

—¡No! —exclamó Cregan, como si lo hubieran herido de muerte.

—Tiene algo que hacer, no pasa nada —dijo Zarpa Negra.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro?

—Lo sé, y estoy seguro —contestó Zarpa Negra—. Te digo que lloverá y llueve. Te digo que nevará y nieva. Te digo que se acercan los hunos y al día siguiente te estás comiendo sus caballos. Estoy seguro.

Ella volvió a entrar por el hueco del humo, descendió y voló alrededor de Cregan.

—Le está rindiendo un homenaje —dijeron entrecortadamente varios hombres.

Luego voló más alto y volvió a salir por el mismo hueco, haciendo espirales en el cielo oscuro. Se dirigió al este. Arturo se sintió desconcertado un momento, luego lo comprendió.

—¿Esto es todo? —preguntó.

De nuevo el silencio le sirvió de confirmación.

Era un gran ascenso. Volaban cada vez más alto, por encima de las colinas y de las montañas que parecían extrañamente etéreas, sus cimas atrapadas en un invierno perpetuo. Pero el pájaro logró volar aún más alto, en reinos donde las nubes heladas dejaban escapar su polvo en velos que flotaban sobre las corrientes de aire de las capas más altas, rodeando la Tierra como las corrientes de agua se arremolinan en los océanos. Y más allá, inmóviles en el aire en el límite del profundo silencio que separa los dos mundos.

La Tierra se extendía bajo ellos. Las imágenes (la fealdad y la oscuridad de la guerra, la infinita y cambiante belleza de la creación) envueltas en el abismo de la distancia, hasta que forzosamente tuvo que enderezar el vuelo. Allí solo, con Dios y el águila, Arturo vio el destello del amanecer contrastado con el contorno del mundo mientras volaban saliendo de la oscuridad, hacia el sol.

Se despertó en lo que sabía que debía de ser el trono en lo alto de la torre. Cerró los ojos un momento, y así pudo cerciorarse de que el águila entraba por el hueco para el humo. La habitación estaba llena de hombres borrachos que roncaban, pero Cregan y Zarpa Negra la esperaban despiertos. Cregan alargó el brazo, ella se posó encima y el hombre la llevó a su nuevo hogar en las caballerizas.

Arturo volvió a abrir los ojos y miró la mañana. Había vencido.

El trono estaba situado entre dos partes de las cascadas que caían sobre la torre. La vasija de la que había bebido estaba en el centro de la habitación, donde debería estar el hogar, y Arturo sintió que toda posesión material que hubiera necesitado o llegara a necesitar estaba contenida allí. Estaba cansado, débil hasta rozar la muerte, pero lo inundaba una paz absoluta, total e inalterable.

Había vencido.

No tenía ni idea de lo que aquello implicaba o en qué medida cambiaba las cosas. Pero nada de eso importaba ahora, se enfrentaría a cada cosa cuando la tuviera delante. Por ahora su victoria era lo único que contaba. Tenía que dormir.

Y la certeza de su triunfo lo acompañó en la oscuridad.



CAPÍTULO 28

Los pasos del baile son secretos. Sólo lo saben los pintados y las reinas. Junto con los dibujos del suelo del escenario, éstos indican a los observadores la estación del dragón en el cielo y lo que significa día a día, mes a mes. Y el que navega alejado de la vista de tierra firme puede surcar el mar a salvo hasta avistar tierra, aunque sólo el agua y el cielo lo rodeen.

Esas indicaciones fueron trazadas hace mucho tiempo por los sabios, y se incorporaron a la danza mucho antes de que nadie apoyara una pluma sobre un papel. Las indicaciones para navegar sin peligros se transmitieron de generación a generación mediante una danza extática.

Pero ése no es el único significado del baile. Como ya dije, Dugald me había dicho que no entendería el amor completamente hasta que amara, o hasta que me encontrara en medio de la batalla. Eso también es cierto con las danzas enseñadas por los pintados. Cada reina de las casas del cielo tiene un sentido diferente. El salmón, como ya expliqué, la castidad y la fertilidad. No gozan del amor hasta que no es el momento señalado, pero luego tienen muchos hijos. El lobo es el símbolo del deber y la habilidad. Raramente fallan en eso los lobos. El jabalí indica valor precipitado y valentía absoluta. Sin embargo, no es muy astuto, pero quien valore esas cualidades por encima de las demás adoptará su danza.

Nosotros, cada uno de los miembros de los pintados, practicamos la danza que mejor se adapta a cada persona. Cada uno sigue ese camino concreto a lo largo de su vida. Yo había elegido el camino del dragón, y lo iba a emprender esa misma noche.

El dragón es la sabiduría y el poder. Por eso es tan temido y a la vez ansiado. Nada es más poderoso que el dragón, del mismo modo que nada es más puro que el salmón o más valiente que el jabalí. Y cuando pones el pie por primera vez en ese camino, esperas, ruegas que de algún modo la sabiduría esté en tu corazón y te permita manejar tu inmenso poder ajena a la vanagloria y el egoísmo. Que tu espíritu no muera como un árbol que se pudre desde su interior, convertido el don en un defecto fatal y trágico.

Esto es todo lo que puedo decir sobre el significado de la danza, a partir de aquí debéis buscar en vuestro corazón y comprobar que Dugald tenía razón. Hay cosas que no se pueden enseñar. Al menos, no con palabras.

Maeniel sentía que ésta era la razón por la que ningún sabio escribió nunca nada. Y el motivo por el que los druidas consignaron su sabiduría únicamente a su

memoria. En el análisis definitivo, los escritos siempre son inútiles, siempre dependientes de las intenciones de su intérprete. A menudo, una mentalidad demasiado literal puede conducir a los estudiosos a la más extraña de las locuras. A veces es mejor dejar que los ávidos de saber intenten descubrir las profundidades del gran misterio por sí mismos, y aceptar que aquellos que toman el mismo camino no siempre ven el mismo final.

Hay modos de contenerse, de no comprometerse en el viaje. Pero yo los desprecio e incluso ahora, tras una vida de dolor y lucha, sigo creyendo que hice la elección correcta. Nunca le pedí que me los enseñase, sino que me entregué totalmente a mi destino.

Cuando llegamos al extremo del escenario, me quité el manto y dejé que todos los reunidos me observaran. El vestido de cadenas no pretendía cubrirme. Las cadenas anilladas sobre los hombros caían hacia atrás, dejando al descubierto mi pecho. Las que se apoyaban en mis caderas no me cubrían los dos costados, y cuando empecé a bailar supe que la falda ondulante no ocultaría nada.

En ocasiones, lo que somos es más importante que quiénes somos, y lo que representamos más importante que lo que intentamos alcanzar. También me rendí ante esa verdad.

Yo era la manzana madura en la rama más alta, el trigal verde dorándose bajo el sol del otoño. La montaña y el río repleto de peces, vestida con las ropas escarlatas del deseo. La muchedumbre había enmudecido, e incluso el viento pareció cesar cuando crucé el salón hacia el centro de la pista.

Entonces oí un murmullo de aprobación entre las personas agrupadas en la ladera. Las mujeres querrían ser yo, los hombres me querrían a mí... ése era el objetivo.

Volvió a hacerse el silencio. Había superado la primera prueba.

Hacía frío. Me acuerdo de eso. Pero era joven y mi sangre era caliente y me sonrojé la piel. La armadura se alzó, una tracería verde sobre el pecho y las caderas, las partes más descubiertas, dejándome menos desnuda.

Habíamos preparado el baile, Kyra y yo. Practicamos un método que compensara el suelo desigual. Ya veis, en ningún baile dado tienen por qué tomarse todos los caminos del laberinto. Cada bailarina (o bailarín, si se da el caso) encuentra su propio camino. Así que yo sabía lo que iba a hacer. Conocía cada paso. Cada giro y vuelta se había dispuesto para mí de antemano. Podría hacerlo con los ojos cerrados.

Cuando llegué al centro, me quedé en silencio, mirando a la vasta multitud que estaba en la ladera sobre el escenario. Alcé los brazos y empezó la música. Había practicado tanto que parecía que mis pies se deslizaran con el primer movimiento repetitivo de la danza sin que yo se lo ordenara.

Empieza con el sol. Todas son así, el ascenso y el descenso del sol en verano e invierno. Así los observadores saben, según cuántos giros haya en la espiral del sol y en qué dirección, qué mapa de las estrellas se está haciendo, sobre qué constelación trata la danza. Una vez dada esta información y otras más, la bailarina tiene libertad

para interpretar el viaje del dragón para el pueblo. Ellos pueden leer los intrincados pasos dentro y fuera del laberinto. Y son ellos quienes los aceptan o rechazan.

No estoy segura de cómo puedo explicar lo que sucedió luego. No estoy segura de saber cómo. Dudo que alguien supiera. Pero no bailé siguiendo los pasos que Kyra y yo habíamos preparado tan cuidadosamente.

Por el contrario, me sentí a solas con el viento de la noche, el silencio y el mar. La luz de las antorchas y la fría piedra bajo mis pies eran la única realidad. Preguntamos y volvemos a preguntar la cuestión del abismo. Nos golpeamos contra el muro de la ignorancia que se alza entre nosotros y el último significado del universo. La última verdad que crece en el corazón de la misma creación.

Buscamos, llamamos envueltos de tinieblas, y anhelamos una respuesta. Ansiamos que, de alguna forma, lo que determina el principio de todas las cosas, el amante eterno, formule una respuesta que no nos destruya.

Yo luché. Yo busqué. Yo pregunté. Y tuve una respuesta.

Las palabras no sirven. No es que no puedan llegar al final de esta experiencia fundamental, es que ni siquiera pueden alcanzar su inicio. Es como si vivieras en un mundo en el que las nubes nunca se abren y tus ojos y tu mente nunca han sentido el sol. Entonces un día el cielo se despeja un instante y la luz rompe la barrera y transforma toda la creación. Aunque dure sólo un instante, ese instante puede significar una vida de iluminación trascendente y amor.

Porque Dios es eso: luz. El pensamiento, que es la luz de la mente, y el amor, que es la luz del corazón. Y son una misma cosa y no hay lugar dentro o fuera de la creación en el que no brille esa luz.

Y durante unos preciosos segundos, minutos, fue una sola cosa conmigo, y yo fui una sola cosa con la luz. Y nada más importa. Nada.

Bailé el ansia del espíritu humano por el cumplimiento del amor eterno. Dancé el arrobamiento que supone la contemplación del amor trascendente, el sentido, la belleza; donde el que busca, el que pregunta, el que ama, el que sueña, por un instante sabe lo que una mente meramente humana no podrá saber jamás. Y la silueta y el sentido de todas las cosas de la vida cambian, sufren una transformación, y no podemos contemplar algo tan pequeño como una brizna de hierba sin sentirla como parte del único misterio, la gran incógnita, la raíz y la lógica de la creación.

No, las palabras no pueden describirlo, no pueden llegar hasta el fondo. Ni siquiera pueden tocar la superficie.

Mis amigos me contemplaban, una figura verde y dorada que resplandecía, moviéndose por el laberinto de piedra, mi cuerpo, una columna viva de luz centelleante en contraste con la piedra gris.

—No está siguiendo los pasos que preparamos —susurró Kyra a Maeniel y Dugald.

—Ya lo sé —dijo Dugald—. Pero no es la danza lo que me preocupa, sino adónde conduce.

Porque me estaba acercando al borde del acantilado.

—Retrocederá —dijo Kyra.

Pero no lo hice. Bailé suspendida en el aire, con el abismo a mis pies.

A Kyra le subía un grito por la garganta, pero Dugald lo frenó tapándole la boca con la mano.

—Quedaos callados los dos —susurró a Kyra y Maeniel.

Mientras yo seguía bailando en un arco en el que antes había estado el escenario, en el viento, sobre el embate de las olas, bajo las estrellas. Y Dugald me dijo que llevé a todos los que me contemplaban conmigo, no en el milagro de alguien que baila sobre la nada, sino a través de la búsqueda de la humanidad de lo absoluto y lo trascendente. Una búsqueda que comenzó cuando las mentes de los hombres pusieron el nombre del día mismo a lo divino, la luz. Una búsqueda que todavía no ha terminado, tal vez nunca lo haga. Una sed que nunca se apaga, un hambre que nunca se sacia.

Pero una búsqueda sin la que no seríamos más que piedras ignorantes arrastradas por los remolinos sin fin del mar hasta deshacerse y desaparecer.

—¡Puede morir! —murmuró Kyra.

—Lo que intento decirte, mujer ignorante, es que si interrumpes su concentración seguro que muere.

Así que me observaron completar el arco sobre el mar enfurecido, regresar de nuevo al acantilado y después, volver a flotar sobre el aire, con el rostro sin muestras de ser consciente. No sólo del peligro que corría, sino también de dónde estaba cuando terminaba la última espiral del sol que marcaba el lugar donde debía terminar la danza. Volví al centro del escenario y me quedé inmóvil.

No sabía lo que había hecho. Sólo recuerdo un silencio abrumador hasta que oí el primer grito, después el segundo, y por último el tercero. E increíblemente un cuarto. El primero me honraba a mí, a mi esfuerzo. El segundo confirmaba mi candidatura. El tercero me coronaba, el trono del Dragón era mío por derecho. El cuarto, pocas veces oí un cuarto, me ordenaba seguir adelante.

Alcé los brazos e hice mi promesa a cambio.

—Es obligación y júbilo de las reinas dar reyes a su pueblo. Con todo mi corazón, me comprometo a cumplir mi obligación. Os traeré el rey más grande de todos los tiempos.



ALICE BORCHARDT (Nueva Orleans, Luisiana 1939 - Houston, Texas 2007). Fue una de cinco hermanas. Compartió una infancia llena de relatos con su hermana, Anne Rice. Su padre, Howard, un empleado de correos, le ayudó a solicitar su primer carné de biblioteca a la edad de 7 años: «Fue el mejor regalo que he recibido», dijo en una entrevista en 1999. Su madre, Katherine, era una feminista que enseñó a Alice a perseguir sus objetivos profesionales.

La familia O'Brien se trasladó a Richardson, Texas, cuando Alice era un adolescente. Comenzó su carrera de enfermería en Houston, donde conoció y se casó con su marido. Después de 30 años de carrera como enfermera profesional, Borchardt se enfrentó a las reducciones de personal en el hospital donde trabajaba. Fue su hermana Anne quien la alentó y ayudó a encontrar un agente, y escribió la introducción a varios de sus libros.

Tenía más de cincuenta años, cuando la primera de sus siete novelas, se publicó en 1995. Tal vez es más conocida por su trilogía sobre hombres-lobos en la Roma medieval. En *The Silver Wolf*, *Night of the Wolf* y *The Wolf King*, la huérfana Regeane y el noble Maeniel, en parte lobos y en parte humanos, frente a la intimidación de caciques, emperadores y asediados por intervenciones sobrenaturales. Su último libro *The Raven Warrior* fue publicado en el 2003.

Falleció en el 2007 de un tumor.